

La roja y la falangista

Dos hermanas en la España del 36

13

Dos vidas enfrentadas, las de Constancia y Marichu de la Mora Maura, constituyen las dos caras de la guerra civil española. Dos mujeres, hermanas entre sí, encarnaron en los años treinta el delirio de las dos Españas. Nietas de Antonio Maura, las hermanas de la Mora se vieron atrapadas en las convulsas corrientes ideológicas que hicieron temblar el mundo en el primer tercio del siglo XX: el fascismo y el comunismo.

Constancia, la hermana mayor, unió su suerte a la de la España legal durante la guerra civil y decidió ingresar en el Partido Comunista de España. Marichu, amiga personal de José Antonio Primo de Rivera y de su hermana Pilar, formó parte del núcleo inicial de Falange y durante la guerra civil contribuyó a organizar la Sección Femenina en la zona nacional. Espejos de las Españas reales y posibles, las vidas de Constancia y de Marichu fascinan por sí mismas y por lo que representan: a través de ellas se puede recorrer la historia de España del siglo XX.

Inmaculada de la Fuente

La roja y la falangista

Dos hermanas en la España del 36



Título original: *La roja y la falangista*
Inmaculada de la Fuente, 2006

-

Revisión: 1.0
18/08/2023

A los que no quisieron ni promovieron
la Guerra Civil y la padecieron.
A los exiliados del interior y del exterior.
A los que no cayeron en el revanchismo
durante la contienda y a los que respetaron
a los vencidos en la posguerra

La vida, y más aún la humana, se abre paso en el delirio.

MARÍA ZAMBRANO, «Delirio, esperanza y razón», en *La Cuba secreta y otros ensayos*

PRÓLOGO

Dos hermanas, dos Españas

VIDAS ENFRENTADAS

«El 14 de abril se había proclamado la República en España. Las multitudes salieron a la calle, las cárceles se abrieron. Mi tío Miguel Maura abandonó la cárcel Modelo y se convirtió en ministro de Gobernación del Gobierno provisional. En la calle Alfonso XI mi madre desplegó al viento de los residentes la oriflama tricolor republicana en todos los balcones de la casa. Las contraventanas de hierro o de madera se cerraron con estrépito a nuestro alrededor». (Jorge Semprún en *Federico Sánchez se despide de ustedes*).

«Cuando el pueblo español conoció la traición de que era objeto, cuando tuvo la evidencia plena de la invasión del fascismo internacional atentando contra su libertad […] lo que en realidad tuvo lugar fue un acto de fe. Por un acto de fe en su destino humano, por un acto de fe en la dignidad y en la libertad ultrajadas el pueblo español se lanzó a la muerte sin medir las fuerzas, sin calcular.» (María Zambrano en Testimonio para «Esprit». *Hora de España*, 1938).

«Y era tan sencillo todo. Con haber leído *Mi lucha*, de Hitler, hubiera bastado». (Juan Ramón Jiménez. Entrevista publicada en *España Republicana* [Buenos Aires, 8 de agosto de 1945]).

> «Nadie quería hablar del cataclismo que acababa de desgarrar al país, pero las heridas vendadas seguían latiendo aunque no se oyeran gemidos ni disparos: era un silencio artificial, un hueco a llenar urgentemente de lo que fuera. […] Y aprendimos a esperar sin pensar que la espera iba a ser tan larga». (Carmen Martín Gaite. *El cuarto de atrás*).

Comunista la mayor, falangista la segunda, las hermanas Constancia y Marichu de la Mora Maura encarnan, a pesar de sí mismas, la historia de las dos Españas. Sus vidas paralelas y al mismo tiempo antagónicas cautivan y a la vez conmueven por su dramatismo, por su contraste y por su singularidad. Ambas son la viva representación de la España fratricida y apocalíptica que eclosionó en 1936 y que, además de dejar en el camino miles de muertos, arrojó al exilio a medio millón de españoles. La herencia de aquella locura fue una sociedad civil amordazada, mutilada y profundamente herida, pero dispuesta a recuperarse después del duelo de la posguerra hasta alcanzar nuevas cotas de libertad.

Sus respectivas trayectorias expresan el delirio de la guerra a través de dos mujeres que a la vez eran hermanas. Al igual que sucedió entre otros españoles, una de las hermanas fue al exilio y formó parte de la España peregrina; la otra perteneció a la élite cultural y política de la dictadura y supo evolucionar hacia la democracia, como gran parte de sus contemporáneos.

Nietas de don Antonio Maura, el ministro y presidente del Consejo predilecto de Alfonso XIII, Constancia y Marichu, nacidas respectivamente en 1906 y 1907, fueron educadas dentro de una familia conservadora y liberal. El orden y las formas imperaban en sus vidas, pero la imaginación y la libertad de pensar no estaban relegadas al olvido ni eran despreciadas. Sólo bajo ese prisma liberal puede entenderse que dos hermanas educadas en los mismos colegios eligieran caminos tan dispares. A través de la trayectoria de estas dos hermanas, podemos ver la evolución de la sociedad

española desde la República hasta la democracia. Ambas, la comunista y la falangista, procedían de la clase alta, por lo que no puede hablarse necesariamente de lucha de clases, sino de ideales. Constancia murió en el exilio a los cuarenta y cuatro años, víctima de un accidente de tráfico que cerró de modo trágico una vida de leyenda. Ferviente republicana primero y disciplinada comunista después, apostó por el riesgo como estilo de vida y, aun en la derrota, mantuvo su espíritu indómito y anticonvencional. Fue de las primeras españolas en romper su matrimonio cuando se aprobó la Ley del Divorcio de 1932, para volverse a casar por lo civil con Ignacio Hidalgo de Cisneros, el futuro general y jefe de la Aviación republicana durante la guerra civil. Su hermana Marichu superó los noventa años y vivió la misma metamorfosis que las españolas del interior que no quedaron ancladas en el franquismo: de ser la principal colaboradora de Pilar Primo de Rivera entre 1936 y 1940, pasó a ganarse la vida como periodista, a sentirse solidaria y cómplice con otras mujeres profesionales y a tender puentes entre las republicanas que no se exiliaron y las más liberales y posibilistas de las antiguas falangistas. En contraste con su hermana, que no pudo volver a España, Marichu tuvo la doble fortuna de gozar de la victoria franquista y al mismo tiempo labrarse su propio camino en una sociedad que deseaba espacios más amplios. Después de vivir como adelantada a su época durante años, saludó la llegada de la libertad e igualdad recobradas entre hombres y mujeres.

Al iniciar esta historia, apenas había referencias de Constancia de la Mora más allá de lo que escribe en su autobiografía, *Doble esplendor*, en la que narra su infancia y primera juventud hasta 1939 de un modo vehemente. Los once años que transcurren entre 1939 y 1950, en que falleció, parecían haberse evaporado. Eran años oscuros e inaprensibles. El rastro de Constancia se perdía en Cuernavaca (México). Poco a poco descubrí que la vida de Constancia de la Mora era mucho más novelesca y aventurera de lo que ella misma refleja en *Doble esplendor*. En el exilio, Constancia siguió siendo una mujer anticonvencional. Su muerte accidental añadía nuevos elementos de ficción y de suspense a su vida.

De Marichu de la Mora se conocía su trayectoria de periodista y su pasado falangista, pero, al adentrarme en su biografía, su figura empezó a crecer también como personaje. Además de periodista de dilatada trayectoria, y de número dos de Pilar Primo de Rivera durante un corto período de tiempo, Marichu de la Mora se convirtió, con el paso del tiempo, en una mujer liberal que recibió con curiosidad la llegada al poder del socialismo democrático en 1982. Aunque su biografía no contiene los saltos en el vacío ni los elementos novelescos que acompañan a la de su hermana mayor, Marichu de la Mora mantuvo una relación de amistad privilegiada con José Antonio Primo de Rivera. A pesar de que el fundador de la Falange negaba a la mujer el talento creador, que asociaba a los hombres, subraya la clarividencia de Marichu en una de las cartas que le envió desde la cárcel de Alicante. Más tarde, durante la guerra civil, Marichu mantuvo una hermosa camaradería llena de afecto con Dionisio Ridruejo, el poeta falangista que fue capaz de renunciar al poder para emprender su propio camino hacia la democracia. Considerado un hombre puente y respetado por igual en la memoria de sus antiguos correligionarios y en la consideración de los demócratas, Ridruejo experimentó una gran atracción en sus años de juventud por esta bella dama y correligionaria que encarnó para él la sutileza y el *glamour* falangistas. Este amor imposible alimentó la poesía de Ridruejo entre 1935 y 1941 y le proporcionó un gran impulso creador en aquellos años terribles y en ocasiones mediocres. Convertida según todos los indicios en Áurea en su imaginario, el poeta dedicó a esta musa rubia y volátil parte de su producción poética de esos años.

Fascinantes cada una por sí mismas, las vidas de Constancia y de Marichu de la Mora no interesan tanto por ser hermanas como por su carácter de personajes históricos y públicos en unos años muy precisos de la historia de España. Enfrentadas por su ideología, diferentes por su carácter y hasta por su físico —Constancia era morena, alta, de ojos expresivos y facciones angulosas, y Marichu bella y rubia—, ambas hermanas desempeñaron papeles paralelos durante la guerra civil, ya que fueron las encargadas de las labores de

Prensa y Propaganda en sus respectivos lados. Lo misterioso es la cantidad de eslabones que unieron a ambas hermanas a pesar de sus antagonismos. Constancia representó para los reporteros extranjeros, como Hemingway, Jay Allen, Dorothy Parker, Josephine Herbst o Burnett Bolloten, la censura y la información republicanas. Marichu reorganizó, con Pilar Primo de Rivera, la Sección Femenina a la muerte de José Antonio, entró en Bilbao en nombre de su organización cuando la ciudad vizcaína cayó, y dirigió durante años la revista *Y*, emblemática publicación falangista para las mujeres.

Nada presagiaba el enfrentamiento de las dos hermanas al inicio de los años treinta. Hasta su adolescencia, compartieron espacios, colegios y un mismo estilo de vida, además del mismo hogar. En diferentes cartas escritas por Constancia de la Mora a sus abuelos, Antonio Maura y Constancia Gamazo, en el verano de 1920, desde la finca segoviana de «La Mata del Pirón», la joven de catorce años que era entonces la futura censora comunista describe cómo pasaban ella y sus hermanos sus vacaciones: además de jugar al tenis y de montar a caballo, la joven explica que las hermanas mayores tenían la intención de irse a confesar ese día a Las Navas de Riofrío, pero la ausencia de chófer y coche (esos días en Madrid) les hicieron desistir de su propósito. Al hablar en plural de ir a confesarse, Constancia de la Mora incluía a sus hermanas Marichu y Regina, y posiblemente a Tere, la pequeña. El benjamín, Ignacio, no contaba, ya que en esos años estaba perfeccionando su castellano y echando a hablar.

Constancia de la Mora empezó a cambiar a la vuelta de Cambridge, donde pasó varios años estudiando en un colegio de religiosas católicas más liberales que las rígidas Esclavas del Sagrado Corazón de Madrid, su primer colegio. El descubrimiento de que no tenía más futuro que casarse, y la fallida elección de su primer marido, el simpático y algo caradura Manuel Bolín (hermano de Luis Bolín, el *héroe* del Dragon Rapide franquista), condujo a Constancia a un planteamiento nuevo de vida. Su separación de Bolín, el padre de su hija, coincidirá, además, en el tiempo, con la

llegada de la Segunda República. La familia de Constancia, llamada Connie desde su vuelta de Cambridge, respaldó su separación matrimonial, no en vano conocía ya las mentiras y debilidades de Manuel Bolín. En una ocasión, la madre y las hermanas de Constancia se alojaron en un lujoso hotel de Granada poco después de asistir al bautizo, en Torremolinos, de Lourdes Bolín, Luli, hija de Constancia y Manuel, que vivían en aquel tiempo en la ciudad malagueña. Teóricamente, Bolín las había invitado a hospedarse en aquel hotel, y, desde su llegada, observaron cómo daba propinas a todos los camareros y botones del establecimiento hotelero, encantados con el huésped. Sin embargo, los familiares de Connie estuvieron a punto de irse del hotel sin pagar: cuando ya salían con sus equipajes, descubrieron que Bolín no había pagado la cuenta ni pensaba abonarla. Esta anécdota, unida a hechos más graves, propiciaron que el padre de Constancia de la Mora, don Germán, propusiera a su hija la anulación matrimonial y le ofreciera que ella y Luli se alojaran de nuevo en su casa. Pero Constancia, su primogénita, les había salido republicana, y descartaba la anulación: quería trabajar, mantener a su hija y, llegado el momento, divorciarse. Constancia había emprendido un camino que la alejaba progresivamente de su familia, de sus anteriores amistades y de su clase. Su segundo matrimonio con el militar de Aviación republicano, Ignacio Hidalgo de Cisneros, una vez aprobado el divorcio, la embarcaba en la gran aventura de su vida. La sublevación militar de julio del 36 y la guerra civil marcarían su destino.

Ambas hermanas dejaron de hablarse en las semanas anteriores al enfrentamiento civil, a pesar de que sus padres trataron de mantener los almuerzos familiares para que nada se rompiera. Enemigas durante la contienda, en enero del 39, mientras Constancia salía para el exilio, su hermana Marichu recobraba su antigua vida en Madrid. Con una diferencia: su líder y amigo, José Antonio, había sido fusilado, y la victoria tenía un amargo regusto. Por razones bien distintas, la derrota sufrida hirió a Constancia de un modo definitivo: jamás podría regresar a España, y su trágica

muerte, que los más imaginativos vincularon, al menos en el terreno de la especulación, a los ajustes de cuentas estalinistas, puso un injusto y prematuro final a su vida.

Marichu, entretanto, cimentaba su vida profesional, a pesar de ser madre de familia. Todas las trabas que la Sección Femenina impuso a la mujer común casada, para ella fueron paja y humo. Adelantada a su época, a pesar de su inicial entronque político con el fascismo, fue a la vez transgresora, sensata y coherente. Su amistad con Ridruejo, sustentada en la igualdad y la complicidad, no se rompió del todo cuando el poeta se alejó del poder y fue confinado, primero, en Ronda, y, luego, en Cataluña. En 1943, Ridruejo le envió a la entonces directora de *Y*, publicación mensual falangista para la mujer, su libro de poemas *Sonetos a la piedra*, y Marichu de la Mora le contestó con su habitual encanto e ironía: en una breve nota acusaba haber recibido el libro y se lo agradecía, «en nombre de la directora de *Y*», que era, destaca, «a quien iba dirigido el volumen». Años antes, Ridruejo había publicado en *Primer libro de amor* diversos poemas inspirados aparentemente en la directora de *Y*, a quien llamaba Áurea.

Con Constancia en el exilio, sus vidas se bifurcaron definitivamente y no volvieron a encontrarse, pero fueron muchos los elementos y afectos comunes que las acompañaron. Si alguien hubiera querido inventar una historia de ficción tan llamativa, no lo hubiera hecho con tanta generosidad como la propia naturaleza al crear a dos mujeres tan distintas y tan próximas como Constancia y Marichu de la Mora.

Constancia y Marichu, Connie y Áurea, encarnan la cruenta y devastadora división de los españoles en los años de la guerra y la posguerra. Pese a todo, ellas, sin duda, asumieron su aventura, y eligieron de un modo más o menos consciente su modo de vida, no exento de dolor ni paradojas. Su hermana Regina, ahora con noventa y siete años, a quien Constancia y Marichu invitaban en ocasiones a que las acompañara, bien fuera a las tertulias republicanas, la primera, o a visitar a José Antonio y a sus correligionarios a la cárcel, la segunda, tal vez haya sido, sin

buscarlo, la síntesis de una tercera España alejada de delirios y desatinos. Al menos, una de las muchas síntesis posibles que caben en una España cada vez más tolerante y llena de matices.

CAPÍTULO PRIMERO

Una muerte misteriosa y temprana

> Constancia, tu partida nos ha caído en medio del corazón y en medio de nosotros como un rayo negro o como una sombra terrible. […] Nosotros, los que en América te recibimos, te conocimos y te amamos, no podemos sino pensar que sobrevives.

PABLO NERUDA,
Elegía a Constancia de la Mora,
Acapatzingo, Cuernavaca,
1 de febrero de 1950

Un accidente de coche en una remendada carretera de Guatemala. Un golpe seco, una curva convertida de pronto en línea recta hacia el abismo. Y en seguida la nada, la muerte adueñándose de todo. De la infancia, de la historia privada y pública, del presente transformado ya en pasado. Una muerte hasta cierto punto discreta e instantánea, cruel y piadosa al mismo tiempo, oscura. Constancia de la Mora Maura iba dormida, y despertar y morir fueron lo mismo. El golpe, directo en la cabeza, le impidió recobrar cualquier atisbo de memoria. Ni siquiera ese débil pensamiento que se extingue antes

de morir, como un relámpago arrancado a la oscuridad. Ni siquiera la oportunidad de hacer un repaso fugaz y sobresaltado de todo lo vivido. Aunque quién sabe si pudo latir en ese último fogonazo un instante clarificador, algo parecido a una despedida.

El coche se quedó sin frenos; la carretera, llena de parches, se volvió una trampa. Y al fondo de la curva, el precipicio. Adormecida, Constancia de la Mora iba sentada delante, junto al chófer, Roberto Jordán, y sólo ella murió. Quién sabe, sin embargo, si en ese último sueño sosegado y tranquilo, quizá premonitorio, se filtró un borroso recuerdo para su hija Lourdes Bolín de la Mora, o se coló, por inercia, la sonrisa fragmentada de Ignacio Hidalgo de Cisneros, la otra parte de su yo perdida en el Este europeo. Quizá el sueño se quebró de forma abrupta y ya no hubo tiempo para atrapar los ojos de su padre, Germán de la Mora, fundidos en su último aliento. Tampoco hubo tiempo para recordar el estruendo de las bombas cayendo en cascada sobre Madrid o Barcelona, los árboles de su finca segoviana de «La Mata del Pirón», el olor a jabón de tocador y a lencería limpia que siempre la hicieron feliz, o el austero despacho de su abuelo Antonio Maura. No hubo sufrimiento en esta muerte callada e imprevista. Pero tampoco fue la muerte heroica, asumida tantas veces, presentida de forma anticipada. No fue la muerte silbando en Barcelona, ni oculta en una bala emboscada en Madrid. Fue una muerte sin gloria, silenciosa, opaca, que apenas importaba ya a nadie fuera de su núcleo familiar y del pequeño y selecto grupo de sus amigos exiliados. Una muerte en la que ya no se jugaban derrotas ni victorias.

Constancia de la Mora, la nieta de Antonio Maura que eligió ser comunista y combatir en la guerra española desde el lado republicano, tenía sólo cuarenta y cuatro años cuando perdió la vida en una carretera cercana al poblado de Penajachel, en Guatemala. En realidad los iba a cumplir al día siguiente. La muerte, agazapada en aquella curva en vísperas de su cumpleaños, supuso el último y más cruel ajuste de cuentas entre sus sueños y la realidad. Demasiado temprana, inoportuna y hasta inadecuada para alguien con una biografía tan intrépida y valerosa. Aunque la había rozado

otras veces, la muerte la había respetado durante la guerra civil española. Más tarde, tras la derrota, la vida premió su fidelidad a la República con un exilio a veces triste y solitario, pero al mismo tiempo afortunado y lleno de luz. Lejos de casa, pero entregada a la fascinación de México, poseída por la belleza de Cuernavaca. Era demasiado joven para morir, aunque su cabeza hubiera almacenado ya un abultado fajo de experiencias. En esa temprana y extemporánea muerte radica su última tragedia. Una absurda tragedia en tiempo de paz. No hubo gloria ni sacrificio consciente en esa muerte. Pero fue, cuando menos, una muerte nada normal para una vida que tampoco lo fue. Tan inesperada que en seguida nació la leyenda. No exactamente la leyenda que magnifica a los héroes, sino la de esa cadena de misterios que envuelve a los seres singulares.

«Mi abuela iba dormida y al chocar se desnucó; la muerte fue instantánea y a nadie más le pasó nada. Hasta donde yo sé, iba de turista y a comprar ropa artesanal», recapitula Lourdes Caraballo Bolín, la nieta mayor de Constancia de la Mora. Aunque no de forma sistemática, Constancia solía comprar en sus viajes ropa autóctona de México o Guatemala que vendía en su propia casa a sus amigos. «Pero estando conectada con la Embajada [durante un tiempo fue secretaria de la Embajada soviética en México] igual tenía algo más que hacer», añade Lourdes Caraballo esforzándose en recordar. Después de todo, Lourdes apenas tenía tres años cuando perdió a su abuela.

Más esclarecedor y emocionante es el relato que le hace Lourdes (Luli). Bolín, la única hija de Constancia, a Ignacio Hidalgo de Cisneros, el que había sido marido de su madre y auténtico padre suyo. La carta que Luli le envía desde Colima (México) tiene fecha de 3 de marzo de 1950, un mes después de que su madre fuera enterrada, y está encabezada con un familiar «Queridísimo papi». Semanas antes, Luli le había enviado al hotel Polonia, de Varsòvia, un radiograma con este texto: «Infinita tristeza comunicóte falleció mamá accidente automóvil». En la carta, después de recordarle que vive en Colima con su marido, Severiano Caraballo, y sus dos hijas,

Lourdes y Constancia, y que allí estaban cuando pasó «la horrible tragedia», Luli, todavía trastornada, narra así la muerte de su madre:

«Ya te imaginarás que no me apetece nada recordar todo este asunto, a pesar de que lo tengo en el pensamiento todo el día. Pero para ti sí lo voy a hacer. La pobre mami se fue el 28 de diciembre a Guatemala en avión con una señora americana, millonaria, que le pidió que la acompañara para enseñarle el país y que le pagaba todos los gastos del viaje. La idea hacía feliz a mi madre, aunque al final ya no tenía muchas ganas de ir; pero había retrasado tanto el viaje que le pareció feo negarse a última hora. Aunque no soy nada fatalista […] es curioso que ella tenía una especie de presentimiento, pues tenía la completa seguridad de que iba a sufrir un accidente de avión, hasta el punto de que días antes de salir fue con una amiga al cementerio de Acapatzingo y le enseñó el lugar donde quería ser sepultada […]. Después de haber recorrido Yucatán y de haber hecho excursiones muy bonitas en Guatemala en compañía de esta señora americana y de Nancy Johnstone (que ya sabrás que se divorció de Archie y se casó con un francés, y después Archie se quedó en la URSS como ciudadano soviético), llegó el 26 de enero, víspera de su cumpleaños […]. Al pasar por un pueblo, pues iba de excursión en un coche de turismo con más gente, decidieron bajarse para comprar un vino muy bueno que hacen allí y festejar al día siguiente. Ya era en la tarde y se estaban acercando al hotel cuando en una curva el coche se fue al precipicio porque no traía frenos, ¡¡¡IMAGÍNATE QUÉ HORROR Y QUÉ ESTÚPIDO ES TODO!!! De toda esta pesadilla lo mejor es que la pobre no sintió nada […]. Iba al lado de la portezuela, delante, con el chófer. Hubo más heridos, y algunos parece que murieron[1]. Nancy salió herida ligeramente, y la gringa, NADA[2].

»[…] Nosotros ya estábamos en Colima. Hacía semana y media que nos habíamos mudado y ya tendrás una vaga idea de lo que es una mudanza así, con dos niñas de la edad de las mías. En fin, el día 28 de enero me avisaron aquí; en la mañana siguiente salíamos para México otra vez, con niñas y todo. Esto está algo lejos y no me atrevía a dejarlas con la muchacha. El problema estaba en hacer el

traslado del cadáver. Pero afortunadamente todas las personas mexicanas que nos podían haber ayudado lo hicieron inmediatamente».

Luli señala que «sólo ellas podían resolver problemas como el del permiso de traslado inmediato del aeropuerto a Cuernavaca. El tiempo pasaba y queríamos acabar de una vez. El cónsul de México en Guatemala se portó maravillosamente, y el día 31, a las cinco de la tarde, el cuerpo de mi pobre madre llegaba al aeropuerto. En seguida la llevamos a Acapatzingo, a su casa, y allí estuvo tendida toda la noche y el día siguiente hasta las seis de la tarde, hora en que tuvo lugar el entierro. Toda la noche hubo muchos amigos españoles y mexicanos […]. La mayoría de la gente llegó al día siguiente para la hora del entierro. Este fue sencillo pero muy emocionante. Fuimos en coches exclusivamente, como unos 35. Habló Roces, también María Asúnsolo dijo unas palabras cariñosas y finalmente Pablo Neruda leyó un poema que había dedicado a mi madre».

Una ceremonia bella y emotiva. Pero con puntos de fuga y ausencias significativas. A Ignacio Hidalgo de Cisneros, que vivía entre Bucarest y otros países del Este, nadie le avisó en varios días de la muerte de la que había sido su esposa y correligionaria política. «Yo estaba preocupada, pues creía que a lo mejor te enterarías antes por otro conducto y me parecía que yo debía ser la primera en decírtelo. Pero por lo visto no sabías nada —matiza Luli—. Los abuelitos sí se enteraron antes de recibir mi telegrama, hablamos con ellos por teléfono. Ya te imaginas…». El dato que aporta Luli es llamativo: la muerte de su madre había llegado a las agencias de noticias en pocas horas, y los abuelos madrileños (Constancia Maura y Germán de la Mora) se sintieron en seguida golpeados. Pero la muerte de una comunista y republicana española, Constancia de la Mora, conocida como Connie, no había traspasado el Telón de Acero ni le había llegado a Hidalgo de Cisneros en las primeras 48 horas. ¿Tan poco importaba la muerte de Connie a los dirigentes del PCE o eran tales los enlaces burocráticos que las noticias se atascaban? ¿Cómo interpretarlo? Un nuevo velo que añadir a la

muerte de Constancia de la Mora. Pero no el único ni el más terrible. Hubo quien pensó o imaginó entonces si ese accidente pudo no ser tan fortuito. Con Connie se volvieron a repetir las especulaciones que rodearon el final de la fotógrafa Tina Modotti, la agente de Socorro Rojo Internacional que participó en la guerra civil española con el nombre ficticio de María Sánchez y que recaló luego en México. Tina Modotti, amiga de Connie y compañera de Vittorio Vidali, murió probablemente de un ataque al corazón cuando un taxi la devolvía a su hogar después de una fiesta en casa de Diego Rivera y otros artistas mexicanos. Era una mujer consumida y gastada, a pesar del atractivo misteriosamente camal que emanaba de ella. Pero la sombra del envenenamiento o de la liquidación estalinista, incluso a manos de su antiguo amante y compañero, el agente Carlos Contreras, uno de los alias de Vittorio Vidali, creador del Quinto Regimiento, planeó por la colonia mexicana. Quizá llegara entonces como un eco a oídos de Constancia. Años después, cuando la muerte se entrometió en el camino de la propia Connie, alguna voz especuló con la idea de un final intencionado. Los hechos, aparentemente, desmintieron esta suposición. Es probable que todo fuera mucho más sencillo y más estúpido, como escribió Luli, pero lo cierto es que si hubiera habido alguna mano oscura por medio, no dejó rastro. ¿Cómo comprobar, además, si así hubiera sido, que el accidente fue planeado? Aparentemente no había motivos, pero tampoco hacían falta. En pleno apogeo del estalinismo, muchas figuras importantes *desaparecían* misteriosamente, y no por estar en contra del Partido o de la política soviética, sino simplemente porque sabían demasiado y representaban un peligro potencial para quienes ejercían el poder. El desviacionismo acabó siendo un pretexto elástico, algo banal. El riesgo no era apartarse de la ortodoxia, ni siquiera decir lo que se pensaba, sino el mismo hecho de dudar. O de hacer creer que se pensaba de modo distinto.

Tan alta como una torre

Oscura de tez, vestida con ropas artesanales y cómodas y tendida en aquella carretera, ¿cómo adivinar en su cadáver el sello de una mujer de la alta burguesía española? «Mi abuela solía vestir con ropa de Oaxaca, y fue, si no la primera, una de las pioneras en dar valor y uso a la ropa artesanal autóctona, que el mexicano común nunca usaba», recuerda su nieta mayor, Lourdes Caraballo. Aunque entre aquellas ropas exóticas aflorara intacto cierto señorío, ¿quién podía imaginar que aquella mujer que acababa de morir en un accidente de tráfico junto a Penajachel era la nieta roja y exiliada de don Antonio Maura? Un político conservador y en parte hecho a sí mismo, hijo de Bartolomeu Maura Gelabert, un industrial mallorquín dedicado a los curtidos, y de Margarita Montaner, nacida también en la isla. La familia estaba arraigada en Mallorca desde el siglo XVI, pero, al terminar el bachillerato, el joven Antonio Maura soñó con estudiar Derecho —a pesar de ser un chico de ciencias que amaba la química y la botánica— y conquistar Madrid. No fue fácil al principio: su acento mallorquín y su dificultad para pronunciar bien el castellano lo condenaron al ostracismo en su etapa estudiantil y le cerraron algunas puertas. Pero era tenaz y sus sueños se colmaron. Su amistad con Honorio Gamazo, a quien conoció en la universidad, sería su salvoconducto para acceder al ejercicio de la abogacía. Honorio le presentó a su hermano Germán Gamazo y lo introdujo en la familia. Convertido en pasante del bufete Gamazo, emparentó muy pronto con esta familia de añejos políticos y juristas. Su matrimonio con Constancia Gamazo, depositaría de un apellido de raigambre política, borró su pasado de abogado advenedizo. En pocos años, el joven Maura aventajaría a los Gamazo, sus parientes políticos.

La mujer de tez oliva tendida en aquella carretera centroamericana sobre un coche abollado y sin frenos medía 1,72 de estatura, estaba divorciada y era escritora. *El Imparcial* de Guatemala, en su edición del 1 de febrero de 1950, señalaba estos

datos y recogía el traslado del féretro por vía aérea, el día anterior, 28 de febrero, a las 14.45 horas. «El cónsul general de México en Guatemala certificó que se trata de Constancia de la Mora y Maura, nacida en Madrid, España, el 27 de enero de 1906 [continúa la crónica]. Bajo el amparo consular mexicano, el cadáver de la infortunada escritora va con destino a su hija, la señora Luli de Caraballo». El avión que transportó el cuerpo de Constancia correspondía al vuelo 100 de la compañía TACA, encargado de efectuar el servicio regular de Guatemala a la capital de México.

Hija de Constancia Maura Gamazo y de Germán de la Mora Abarca, cuando Constancia de la Mora nació, su abuelo materno, Antonio Maura, presidía el Consejo de Ministros. Decían que era el político favorito de Alfonso XIII, aunque no siempre se entendieran. Pero qué lejano quedaba todo eso en aquella curva de Guatemala. Y en apariencia, qué irrelevante. Y sin embargo, de ese origen, de esa pertenencia a la oligarquía política y financiera, nacía y moría todo. Una vida segada antes de que llegara a la mitad, pero llena de inflexiones y aventuras intelectuales y políticas. Como ese viaje por Guatemala en el que Connie, sentada inicialmente en un asiento de atrás, cedió su sitio a su acompañante norteamericano que se mareaba y que iba delante. Poco después, el coche se precipitó sobre un barranco: allí dejó Connie su vida llena de pliegues, de curvas y de vértigos.

Las palabras de Pablo Neruda reflejaban el estupor y el desaliento ante aquella muerte inesperada y algo estúpida. El poeta las leyó en el entierro de Constancia, junto a la tumba:

> Constancia, tu partida nos ha caído en medio del corazón y en medio de nosotros como un rayo negro o como una sombra terrible. Eras tan alta como una torre, se divisó tu estirpe desde todos los puntos de la tierra española, entre tanta sangre y tanta alegría, y luego, en México, sobresalías de la tierra purpúrea y desde lejos, al torcer la encrucijada de Tres Marías, ya te veíamos, ya divisábamos tu hermosa estatura morena.
>
> El golpe de la guerra aventó lo mejor de España hacia otros mares, y nuestras tierras, separadas por el océano, se unieron, recibiendo a los que, como tú, eran al mismo tiempo liberadores de la vieja patria y esencias de

nuestras tierras de espacio y libertad.

Fuiste personal como nadie, pero fuiste también disciplinada guerrera, fibra de un gran combate colectivo. Como una alta llamarada, sentías de pronto el viento de la vida derribar tu lumbre, pero de nuevo, con el nuevo día, te elevabas y resplandecías.

Lo bueno es recordarte cómo eras, como una gran mortal, como una gran humana, capaz de la alegría y de la cólera, y tierna también, digna de todas las canciones que amabas. Nosotros, los que en América te recibimos, te conocimos y te amamos, no podemos sino pensar que sobrevives. Sobrevives en tu libro, en que te retratas y retratas una época con dibujo imborrable. Sobrevives en la lucha de tu pueblo y en la victoria que le aguarda. Nosotros, en tu memoria, amiga amada, sostendremos y ayudaremos a los pueblos de España, sin desmayo, sin pensar que jamás estén vencidos, y al hacerlo, creemos que ésta es tu única herencia, herencia que repartiremos entre nosotros cantando. *[Elegía de P. Neruda*, Acapatzingo, Cuernavaca, 1 de febrero de 1950][3].

«Todo se ha hecho como a ella le hubiera gustado. Le acompañamos hasta su casa de Acapatzingo, llegamos por la noche y toda ella le acompañamos. Además de Luli y Severiano, de sus criados y de unos amigos muy leales que tenía allá, el matrimonio De la Mora, Carmen Roces, Regina Lago, su íntima amiga Elena Gordon, Lila Díaz, Juan Vicens, Clarita Porset y yo. Tenía muchas flores y la cubrían las banderas del Partido y la republicana. Estaba frente al campo y frente a los árboles de su jardín que tanto le gustaban». Esta carta, dirigida también a Ignacio Hidalgo de Cisneros el 2 de febrero de 1950, la escribe Concha Mantecón, esposa de José Ignacio. El matrimonio Mantecón había sido vecino de Connie e Hidalgo de Cisneros en la casa de Veracruz, 56, la primera vivienda que los acogió al llegar a México. Poco después Constancia se trasladó a Cuernavaca, pero el año anterior a su muerte había vivido en la casa de los Mantecón durante dos meses. Necesitaba estar un tiempo en la capital a fin de recoger datos para un libro que preparaba sobre los exiliados. «Al amanecer vinieron a verla mujeres del pueblo, inditos descalzos, gente a la que ella había ayudado y que la querían. Durante toda la mañana y hasta las seis de la tarde que fuimos con ella hasta el cementerio, siguió llegando

mucha gente de México y de Cuernavaca, todos los amigos. Sus camaradas del Partido, Aleonada, Wences, Castellote y Moret, hicieron una guardia junto a ella», completa Concha Mantecón.

Su familia, el enemigo

Transterrada, exiliada —de su país, de su clase social, de sus dos matrimonios, de la historia española, de sí misma—, la vida de Constancia de la Mora Maura, nacida en 1906, muerta en 1950, causa asombro. En una guerra civil marcada por fuertes intereses económicos disfrazados de ideologías fanatizadas como la española, de apego paranoico a la salvación por la sangre —la muerte como expiación, como destrucción y luego como resurrección para dirimir las diferencias—, de atracción por lo oscuro, Constancia, Connie, eligió lo diáfano: ser racional y consecuente, aunque eso significara colocarse en el lado *equivocado*. Justamente el bando que no le correspondía. Vivido, además, desde la vehemencia de una militante del Partido Comunista de España. Embarcada a defender su causa con una entrega casi maniquea que casaba mal con sus reposadas convicciones republicanas. Arrastrada a participar a fondo en una guerra civil en la que su familia encarnaba al enemigo. Y en especial su hermana Marichu de la Mora Maura, amiga de José Antonio y de Pilar Primo de Rivera, y miembro del núcleo inicial de la Falange. La amistad de Marichu con el fundador de Falange era tan estrecha que cuando el líder se encontraba en la prisión de Alicante, entre los libros que le llegaron para pasar mejor las horas, uno llevaba la dedicatoria de Marichu. Otro de sus correligionarios, Rafael Sánchez Mazas, también envió un buen puñado de libros a José Antonio, ese enigmático líder capaz de aglutinar a idealistas, poetas y pistoleros.

El fundador de Falange Española escribió a Marichu varias cartas manuscritas desde la prisión de Alicante en las semanas

anteriores a la sublevación franquista. Unas cartas peligrosas en los tiempos que corrían. Marichu las pasó a un cuaderno de hule con tapas negras y lo guardó entre sus objetos personales. A la muerte del líder, entregó el cuaderno a Dionisio Ridruejo, pasándole el testigo. Fue un gesto político y personal complejo y difícil de desentrañar. Le entregaba a la vez un secreto, un tesoro y un encargo: le confiaba la íntima amistad que había mantenido con José Antonio a través de las propias palabras del líder y se desprendía de ellas en un acto de desnudez peculiar. Como si manifestara al poeta que le hacía depositario de la herencia personal y política que la unía al Ausente. Dionisio Ridruejo guardó el epistolario y con él la responsabilidad ide sumergirse en una acción política que hasta entonces había observado con mirada de poeta. Algunas de estas cartas, quemadas al incendiarse por causas fortuitas y no explicadas la sede central provisional de la Falange en el colegio Trilingüe de Salamanca, son un despojo de trozos manuscritos amarillentos salvados de las cenizas. Su contenido, sin embargo, no se ha perdido. Marichu de la Mora trató de reconstruir en un nuevo cuaderno de tapas verde agua las cartas de José Antonio a partir de los fragmentos conservados.

Las cartas de José Antonio

Este último cuaderno de cartas pasadas a limpio con la caligrafía de Marichu, una letra menuda, apretada y recta, levemente inclinada, y con la tinta algo desgastada, ya que solía escribir con estilográfica, lo conservó Ridruejo hasta el final de sus días. La mayor parte de la documentación reunida por este escritor y político que disintió de Franco y pasó del fascismo a la democracia se encuentra en el Archivo de la Guerra Civil, en Salamanca. Las notas y cartas más íntimas las custodia su hijo, Dionisio Ridruejo Ros. Al confiarle aquellas cartas, Marichu estaba anticipando una riada epistolar entre

ella y Ridruejo, que desbordaría la correspondencia con José Antonio. En ese epistolario, en los poemas que ella le inspiró y en las propias memorias de Dionisio Ridruejo aparecen múltiples indicios que avalan la atracción amorosa que despertó en el poeta la nieta falangista de Antonio Maura.

Frente a las facciones nobles y alargadas, pero algo caballunas, de Constancia, que, sin embargo, no ocultaban unos ojos expresivos y un porte esbelto, Marichu era la guapa de la familia. Elogiada por admiradores rendidos, como Dionisio Ridruejo, no era la suya una belleza perfecta, sino el resultado de una acertada combinación de gestos y expresiones. En la familia se decía que Constancia había salido Maura, y Marichu, Gamazo. No era lo mismo. El prototipo Gamazo era más sugerente. Susana Maura, la menor de las hijas de don Antonio, y madre de Jorge Semprún, considerada muy bella, era también Gamazo. Susana y Marichu formaban así un círculo mágico de facciones compartidas y de trazos mejor logrados dentro de la familia. Aunque no era la belleza, sino el ingenio lo que podía hacer irresistible a Marichu. La segunda hija de Germán de la Mora y de Constancia Maura se dejó encandilar por la amable iconografía fascista encarnada por José Antonio. En Marichu, como en otros jóvenes de su ambiente social, lo primero fue José Antonio, su carisma. Más tarde vino una comunión de ideas, una fidelidad a unos principios no siempre analizados, y, en todo caso, nunca cuestionados. A pesar de su matrimonio con el atractivo agente de Bolsa Tomás Chávarri, en marzo de 1929, y de haber tenido tres niñas seguidas, Marichu se mantenía espléndida, y, como otras damas de clase alta, gozaba de cierta independencia y de una libertad de movimientos que los avatares de la guerra civil acrecentaron.

En 1937, la hermana de Connie viajaba con Pilar Primo de Rivera por Castilla y León, cuando la hermana de José Antonio se enteró de que Franco había firmado el decreto de Unificación por el que asumía la jefatura de Falange Española de las JONS. La noticia se daba a conocer pocas horas después de que se confirmara oficialmente que José Antonio había sido ejecutado. Hasta entonces

José Antonio sólo había sido el Ausente y su muerte se rumoreaba en voz baja o no se consideraba. Ahora ya no se podía alargar esa leyenda. Marichu fue testigo, así, del disgusto de Pilar ante la voracidad de poder de Franco. Ella misma, mujer fuerte, debió de sentirse desolada por la muerte ya segura de su querido amigo. Marichu compartió con la hermana de José Antonio, aquel momento de estupor, desesperanza y soledad, y la apoyó en su determinación de mantener viva la Sección Femenina. Pero también asistió a la transformación de esa Falange traicionada que había perdido a su mítico líder en una organización posibilista que, consciente de que había vencido, se apresuró a colaborar con el nuevo caudillo, Franco. Un inicial traidor para los falangistas más radicales que fagocitó el liderazgo del Ausente gracias a su victoria: las derechas no podían sino estar agradecidas a quien había limpiado de rojos, revolucionarios y librepensadores sus vidas, sus tierras y sus haciendas.

La búsqueda de la libertad

Cuando murió Constancia, en 1950, su pasado de hija de la oligarquía ya había muerto o había caducado para ella. Su hermana Marichu, por el contrario, se encontraba encumbrada por entonces en la vida social y política española. Por su origen, desde luego; por su matrimonio con Tomás Chávarri, ligado a la Bolsa, y, sobre todo, por sus vínculos falangistas y periodísticos, Marichu aprendió a moverse durante la posguerra en los círculos más exquisitos del franquismo. Representantes de la política, las finanzas y la cultura se daban a veces cita en su casa o la invitaban a sus reuniones y fiestas. También los diplomáticos norteamericanos o alemanes, los colaboracionistas franceses y los espías de pasado nazi, es decir, todos los que contaban en el Madrid de los cuarenta y los cincuenta. Si la figura desgarbada de Constancia imponía, aun tratando de

hacerse próxima, y su sonrisa algo rígida creaba barreras, Marichu era una conversadora ingeniosa y exquisita, aunque mantuviera, de forma imperceptible, un matiz elitista y selectivo ante las nuevas amistades. Pero, a pesar del brillo que la rodeaba y de vivir en plena bonanza, Marichu, lentamente y en silencio, inició ya en los cincuenta una vía propia dentro del Régimen: la de apartarse sin irse, la de colaborar sin asentir ni gastarse, la de callar sobre el pasado y buscar alternativas de futuro a una existencia que, se daba cuenta, no podía estar ya anclada en la política. Un silencioso camino hacia la libertad, tal vez el mismo que quiso emprender en los años treinta sin saberlo, aunque la dirección estuviera equivocada. Aquella libertad a veces esquiva, en ocasiones envidiada, que su hermana mayor aprendió a amar mucho antes.

Su matrimonio, enfocado a tener hijos y a mantener un estilo de vida acorde con su clase social, empezó a enfriarse pasado un tiempo, aunque tardara años en tirar la toalla. De acuerdo con la etiqueta de la burguesía española no lo rompió formalmente ni siquiera cuando fue posible desde un punto de vista legal, pero los itinerarios entre ella y su marido se bifurcaron pronto, lo que le permitió, paradójicamente, desarrollar una actividad profesional y social propia. En eso, en la corta duración de sus matrimonios, a pesar de ellas mismas, las vidas de las dos hermanas se parecieron.

Poco antes, en la década de los cuarenta, la derrotada Constancia de la Mora trató de recomponer su historia en México. No estaba ciega, como la exaltada y también perdedora Margarita Nelken, ni tenía una responsabilidad política expresa que llevar adelante. Tampoco una obra creativa a la que entregarse, como Buñuel, Bergamín o Concha Méndez. Pero se inventó un destino: gracias a su antigua dedicación a las antigüedades y al arte popular, que había cultivado cuando trabajaba en la tienda madrileña de Zenobia Camprubí, esposa de Juan Ramón, antes de la guerra, recuperó en México el interés por la artesanía y buscó por Oaxaca piezas indígenas. Coleccionista, indagadora de lo humilde, del barro y del color, al final de los cuarenta empezó a acompañar a turistas norteamericanos a visitar los lugares más irresistibles de México y

Centroamérica. De nuevo una labor de mestizaje, de mezclas y síntesis en una mujer que había protagonizado ya varias metamorfosis sorprendentes, delatoras de inequívocas insatisfacciones íntimas.

«Deslumbrada por el México que supo descubrir en sus abundante viajes por la provincia, le gustaba peinarse como las mujeres indígenas de Morelos», escribe la exiliada Aurora Arnáiz en *Retrato hablado de Luisa Julián*. «Cruzaba sus dos largas trenzas en la nuca y las subía hacia la frente», agrega Arnáiz. Primera catedrática de la UN AM (Universidad Nacional de México) y ahora profesora emérita, Aurora Arnáiz fue vecina de Constancia y su marido, Hidalgo de Cisneros, al ocupar la planta baja del edificio de Veracruz, 56. Esta cercanía le permite ofrecer en sus memorias detalles de la vida doméstica mexicana de Constancia e Hidalgo de Cisneros. Al entrar en su casa siempre se veían «brazadas de flores puestas en un gran jarrón», en especial «preciosos alcatraces entreverados de algún nardo», relata. La misma afición por las plantas que cultivaba su hermana Marichu de la Mora, como si la botánica y la sangre fueran lo único que las uniera ya tras el cataclismo de la guerra civil. No en vano su padre, Germán de la Mora, había plantado escogidas especies de coníferas en la extensa e inicialmente rala finca de la «La Mata del Pirón», en Segovia. Ignacio Hidalgo de Cisneros, el segundo marido de Constancia, participaba también en México del interés por las plantas. Solían colocarlas «extendidas sobre la amplia boca del jarrón, recordando el célebre cuadro de Diego Rivera, buen amigo, con Frida Kahlo, los Neruda y los Délano, del matrimonio Hidalgo. En ocasiones, el olor a nardo era tan fuerte en la pieza central del apartamento que impregnaba toda la casa, aunque estuvieran los balcones abiertos», rememora Aurora Arnáiz.

Huaraches de petate

En México, Constancia acostumbraba a llevar huaraches de petate que adquiría en los mercados de Cuernavaca. La entusiasmaban igualmente los sarapes de Oaxaca, un estado del que estaba enamorada: «Allí llevaba a *las gringuitas* que venían a conocerla», fascinadas por la lectura de *Doble esplendor*, «su autobiografía», evoca Arnáiz. Ciertamente, Constancia ofrecía todos los registros y contrastes de una figura novelesca: si alguien hubiese querido inventar el personaje de una mujer de familia aristócrata afiliada al Partido Comunista ejerciendo de eficaz censora en el Departamento de Prensa Extranjera y Propaganda durante la guerra civil, quizá la hubiera hecho más rotunda, más compleja o más dubitativa, pero no más humana ni tan llena de matices como los que convergían en esta figura a la vez sensata y exaltada.

Constancia, además, se convirtió muy pronto en una heroína para las feministas norteamericanas de izquierdas, encandiladas por su coraje. En 1939, pocos meses después de finalizar la guerra de España, Constancia publicó en Nueva York *In Place of Splendor (Doble esplendor),* las memorias de una republicana española. Escritas de forma apresurada con la ayuda, o supervisión, de algunos reporteros norteamericanos que coincidieron con ella en la guerra española, la primera edición se agotó en seguida y tuvo un gran impacto en el mundo anglosajón. La segunda, distribuida en noviembre del mismo año, llevaba, a modo de introducción, un artículo de Eleanore Roosevelt, que había recomendado la lectura del libro en el *New York Times*. A pesar de sus limitaciones literarias, el libro es un testimonio de una época: la autobiografía de una mujer de clase privilegiada que deserta de su origen para entregarse a una causa que, de no mediar el acoso a la República primero y luego la guerra, tal vez nunca hubiera sentido hasta esos límites.

Es una autobiografía escrita con urgencia. Cuando empezó a escribirla, la República agonizaba y los gobiernos europeos reconocían a Franco. Constancia intentó conjurar lo que consideraba una infamia en sus primeros capítulos. Luego, consignada la derrota, evoca su Arcadia perdida y trata de explicar al mundo que dejar morir a la República fue una injusticia y una

equivocación. Además de justificar su papel en la guerra, De la Mora refleja en *Doble esplendor* sus avatares de mujer y la educación represiva en la que creció hasta que en 1931 su vida dio un vuelco, al cambiar simultáneamente España. Aunque a veces se filtre la tentación sectaria, lo autobiográfico y lo histórico se funden, consciente de la proyección pública de su figura como heroína de un hecho colectivo de la envergadura de la guerra civil. Vencida, sí, pero no derrotada, ése parece ser su objetivo. Escrito en la casa neoyorquina del corresponsal de guerra Jay Allen, donde Constancia se alojó al salir de España, *Doble esplendor* quiso ser un aldabonazo sobre las conciencias occidentales. Aunque la autora se manejaba bien en inglés, pidió ayuda a sus amigos reporteros y a la fotógrafa Tina Modotti, la célebre *María Sánchez* en la guerra de España, para que le corrigieran algunas frases. Una periodista y guionista de izquierdas, Ruth McKenney[4], unificó el estilo. A pesar de no distanciarse de los hechos, en parte porque los tenía aún encima, y de que incurre en algunas exageraciones, el relato de Constancia tiene fuerza: no hay intención de mentir, aunque se muestre partidista. Es, sencillamente, la autobiografía de una española de clase alta que unió su propia evolución personal y política al nacimiento y muerte de la República.

México, pasión y dolor

Nada hábil para el deporte y el ejercicio físico, Constancia de la Mora poseía, en cambio, una gran capacidad de adaptación a las nuevas circunstancias. Poco delicada de facciones, tenía un exquisito gusto para captar lo bello. México fue su última pasión. Buena anfitriona, solía agasajar a las hispanistas norteamericanas que la visitaban, invitándolas a casa a cenar o a tomar algún tentempié que preparaba ella misma. La presencia en estas cenas de Ignacio Hidalgo de Cisneros, un personaje fascinante para las mujeres y

legendario y heroico para los republicanos, añadía al encuentro cierta sofisticación.

Además de frecuentar Oaxaca, Connie captó en seguida el realismo mágico de Chiapas, Morelia y Zacatecas, y se introdujo en las perdidas etnias lacandonas sin mencionar nunca su origen aristocrático, relata Aurora Arnáiz en sus memorias. Sin embargo, incluso envuelta en el humilde rebozo o en el quesquemél, conservaba un toque señorial. En vez de alfombras, cubría el suelo del apartamento con petates de color paja de grueso trenzado, y las sillas eran de las denominadas equípales de Guadalajara, traídas de San Pedro de Tlaquepaque. Tenía un buen ojo clínico para descubrir la más hermosa artesanía mexicana, y a menudo acudía al mercado de Toluca con las gringas que asistían a los cursos de verano de la UNAM. Esta premeditada búsqueda de la simplicidad no fue algo espontáneo, sino un proceso de despojamiento iniciado en la guerra.

Al comienzo del exilio, Constancia trabajó como traductora de español e inglés para Constantino Oumansky, primer embajador ruso en México tras el restablecimiento de relaciones diplomáticas con la URSS. Este trabajo en la Embajada soviética y los derechos de autor de *Doble esplendor* facilitaron su afincamiento en México. En los años cuarenta se divorció de Ignacio Hidalgo de Cisneros, una ruptura no explicada por ninguno de los dos. Ni siquiera lo aclara Hidalgo de Cisneros en sus memorias, publicadas ya en los años sesenta. En su distanciamiento no debieron de ser ajenos el desarraigo y el destierro impuestos a ambos por el exilio. Como telón de fondo, al menos como catalizador de suspicacias y caldo de cultivo para el recelo, influyó la afición, o más bien la facilidad, de Ignacio para ejercitar la galantería y, de forma recíproca, la fascinación de las damas por este atractivo general de Aviación republicano.

Se dice que Hidalgo de Cisneros robó algunos corazones en México, incluso los de algunas de las mujeres más deseadas del entorno político y artístico en el que el matrimonio se movía. Palmira Arnáiz, hermana de Aurora, que se exilió en la URSS y

luego en Rumania con su familia, trató de cerca al general republicano en el tramo final de su vida y en algún momento de confidencias intentó arrancarle algún secreto, pero Hidalgo de Cisneros se limitó a sonreír, un gesto que prodigó durante años, además de dar por buena su fama de seductor. Es posible que al Hidalgo conquistador le sobre leyenda, ya que muchas de estas supuestas conquistas sólo eran ejercicios de mera coquetería. Aun así, hubo un episodio que hizo rebosar el vaso: Ignacio montaba muy bien a caballo, una afición que compartía con sus cuñadas Regina (campeona de equitación en su juventud) y Marichu, pero no con su esposa Constancia. Una norteamericana que realizaba un curso de verano en la Universidad de México le pidió que le enseñara a montar, y el general se prestó con gusto. El hecho dio que hablar, y más cuando la norteamericana decidió volver a su país e Hidalgo se planteó acompañarla. No sólo por razones románticas o amistosas, sino porque no estaba del todo asentado en México y necesitaba moverse y probar otras salidas. Parece claro que al general no le gustaba tanto México como a Constancia. Lo que significa que no hay que desdeñar factores políticos y económicos en su separación matrimonial. ¿Qué puede hacer un general republicano en el exilio, y más si es un señorito acostumbrado a montar a caballo y a vivir con desahogo? Durante un tiempo, el simpático y voluntarioso Hidalgo de Cisneros acudió probablemente a las tertulias del café París, donde algunos exiliados especulaban sobre cómo habrían ganado la guerra si se hubieran tomado otras medidas. Al mismo tiempo, trabajó de representante de una firma de vinos para ocupar su tiempo y ganarse la vida, una actividad que, según algunos malintencionados, molestaba o decepcionaba a Connie. Ella había encontrado cierto acomodo entre los representantes de la cultura mexicana y se desenvolvía mejor que él en aquel país. O al menos podía camuflarse más. Al mismo tiempo, Hidalgo de Cisneros era más valioso para el Partido Comunista Español y para la Internacional Comunista en Europa. Al finalizar la segunda guerra mundial, fue reclamado por sus superiores para que se estableciera cerca de España e iniciara algún contacto con el Ejército

franquista a través de sus hermanos militares. Aunque puede resultar algo rocambolesco, no se puede descartar incluso que el matrimonio recibiera desde arriba la sugerencia de que se divorciara legalmente una vez que sus caminos se alejaban: trabajos separados, vidas separadas. Quizá no haya una sola causa, o no se sepa cuál fue la principal, aunque influyeran varias. Quizá, simplemente, «se aburrieron el uno del otro», sugiere Teresa Azcárate Diz, veterana activista comunista que colaboró con Constancia de la Mora en México y trató a Ignacio Hidalgo de Cisneros en diferentes momentos del exilio.

Connie, ya sola, acentuó la mexicanidad de su casa de Cuernavaca. Con el arquitecto Rodolfo Ayala, a quienes sus amigos denominaban el Loco por su imaginación y excentricidad, se adentraba en el interior de México y buscaba en haciendas y ranchos medio abandonados —que habían pertenecido en otro tiempo a ricos gachupines a los que la reforma agrarista había despojado de sus propiedades—, vigas, puertas de madera desechadas, artesanados o herrajes que transportaban a su casa. Parte de la arquitectura y decoración de esta mansión de puertas abiertas, donde reinaban los alacranes, se deben a la fantasía de Ayala. Una última afición por los viajes y las aventuras decorativos que le acercó a la muerte cuando la parte fundamental de su vida ya estaba tejida, empaquetada y precintada.

Su nombre, Constancia, más allá de su significado y de los juegos de lenguaje que pueda sugerir, tiene algo de heroína romántica; su diminutivo, Connie, adoptado durante su estancia juvenil en Cambridge, un aire inglés, extravagante y cosmopolita. El de Marichu, por el contrario, es un nombre localista, sensatamente juvenil, cercano. Sin duda, Marichu de la Mora no buscaba los abismos ni los saltos rotundos como su hermana mayor. Marichu era festiva, aunque no negara la gravedad del compromiso. Connie era arriesgada y un poco dramática. De cualquier modo, Constancia apenas llevaba algo más de un año a su hermana Marichu, y sus vidas estaban llamadas inicialmente a confluir, a repetirse. Pero las hermanas Mora Maura eran ediciones únicas, sus temperamentos

divergían y sus caminos se alejaron sin remedio al estallar la guerra civil.

Sólo con verlas juntas, las diferencias saltaban a los ojos: sorprendentemente rubia Marichu; de tez morena y con un brillo romántico en los ojos Constancia. Para Marichu, su hermana mayor era nerviosa, imaginativa y fantasiosa. Delicada de salud de niña, Constancia se libró durante algún tiempo de ir al colegio y tomaba un preparado medicinal diario que tenía un cálido sabor a chocolate. Marichu sentía envidia de esa precaria salud que mantenía en perpetua comunicación los ojos de sus padres y los de su hermana mayor. Pero, al mismo tiempo, la hermana menor observaba con desprecio y condescendencia su flojera. Constancia era sentimental y llorona, y a Marichu la impacientaba su llanto cuando sus padres salían por la noche. Por si fuera poco, a pesar de crecer grandota, Constancita, como la llamaban antes de pasar a ser Connie, se defendía mal de las agresiones físicas en las que a veces terminaban las discrepancias entre hermanas. En definitiva, Marichu se consideraba más fuerte, mientras que Constancia, condicionada por su mala salud hasta pasada la adolescencia, tal vez decidiera resarcirse después volando alto.

Magnetismo imperial

Marichu, ligada al estrecho círculo de Primo de Rivera, viajará en la preguerra con el líder falangista, con Miguel Sánchez Mazas, Isabel Argüelles y otros amigos-camaradas al telúrico Toledo. En otras ocasiones, acompañados de Agustín de Foxá y Margarita Pedroso, recorrerán Cadalso de los Vidrios o las calles de Sigüenza. Dentro del grupo, aparte de José Antonio, Marichu tenía más afinidades con Foxá que con Sánchez Mazas. Unas excursiones cargadas de simbolismo, en las que José Antonio palpaba la España eterna. Toledo formaba parte de la geografía mítica joseantoniana. A veces,

él y sus amigos recalaban en la Venta de Aires en pos de sus sabrosas perdices, afición gastronómica que compartían con los chicos de la Residencia: García Lorca, Buñuel y Dalí. Los tres amigos de la Residencia descubrieron el Toledo literario y terrenal antes que los falangistas buscaran allí sus raíces. En 1921, García Lorca, Buñuel y Dalí crearon la Orden de Toledo como un reclamo para beber y vivir. Desde entonces repostaban algunos sábados en la antigua Posada del Sevillano, donde Miguel de Cervantes escribió *La ilustre fregona*. Entonces se la conocía ya como la Posada de la Sangre, un nombre fatalmente premonitorio para una época en la que la muerte era metáfora de abnegación e inconsciente reclamo político. Los amigos de la Residencia, que también constituían la Cofradía de la Perdiz, en la que habían admitido a Maruja Mallo, en Toledo fundían sueños, amistad y alcohol; los falangistas acudían a la ciudad del Tajo en busca de ese magnetismo imperial que querían recobrar triturando la República. Alguna noche, unos y otros debieron de coincidir bajo el cielo toledano uniendo por unas horas la diversión y la camaradería con los afanes de redención colectiva y la aspiración a inmortalizarse en conquistas poéticas o imperiales, según los casos.

Cuando estalla el enfrentamiento, tras la espiral de violencia que la propia Falange había alimentado desde junio de 1935, al permitir la acción armada, las posiciones estaban definidas. Todo lo escondido, lo más visceral, lo idealizado o lo soñado en la juventud, y también lo más turbio, aflora ahora con virulencia entre los extremistas. Las dos hermanas se involucran y se dejan arrastrar por el vértigo existencial de la época. Marichu da el paso político y se integra en el grupo al que ya pertenecía como amiga. Una vinculación política que no entra en contradicción con sus intereses de clase, ya que sigue, simplemente, el camino trazado, aunque cause cierta preocupación en la familia. Lo elegante en la derecha es pertenecer a Renovación Española; la Falange representa cierta vanguardia, pero atrae como un imán a la clase media, y militar en ella es menos glamouroso y un poco suicida. Constancia va más lejos: rompe amarras familiares y de clase y se afilia a un partido, el comunista, que defiende bien sus ideas, pero en el que es

considerada una *outsider*.

La losa del apellido Maura

«Era como un desbordado caudal de energía», evoca Aurora Arnáiz en sus memorias al recordar a Constancia en su exilio mexicano. Para entonces, Connie de la Mora Maura había llevado hasta el extremo su metamorfosis y había adoptado la camaleónica apariencia de una india. Pero debajo del rebozo, Arnáiz adivina una mujer «de modales controlados y mirada fija», un pasado no clausurado y todavía latente. «Daba la impresión de que sobre ella pesaba, como una losa, su segundo apellido. Tenían sus facciones un rictus de severidad. Nunca sonreía y trataba a las gentes con cierta distancia, sin adentrarse demasiado en ellas». Esa falta de espontaneidad descrita por Arnáiz choca con la imagen que Marichu guardaba de su hermana: una joven presa de súbitas emociones. Diferentes apreciaciones, o quizá tan sólo la doble faz de una mujer emotiva y reflexiva a la vez, como si la militante hubiera doblegado a la antigua niña.

Cuando la muerte la alcanzó en aquel accidente de tráfico en una carretera llena de curvas, Constancia mantenía aún, apiladas unas sobre otras, todas esas capas llenas de dobleces que configuraron su vida, las del pasado y la del presente: mimetizada con la vida mexicana en su casa de Cuernavaca, pero siempre con el peso Maura encima de sus pobladas cejas y su cuerpo de mujer alta y destartalada.

Mucho más longeva, como si la vida hubiese sido más piadosa con la hermana que aparentemente no arriesgó, pues se limitó a jugar con las cartas marcadas y en cierto modo ganadoras, Marichu de la Mora falleció el 1 de noviembre de 2001. Había atravesado ya la frontera de los noventa, y se la veía cruzar por su extensa finca segoviana de «La Mata del Pirón» activando un coche eléctrico al

que llamaban *papamóvil*. Así paliaba la relativa inmovilidad de sus piernas a la que la habían condenado un accidente y los achaques de la edad. Jubilada de un periodismo que empezó en la órbita de la Sección Femenina (*Y; Medina, Para ti, mujer, Ventanal*) y acabó en la moda *ad lib*, Marichu se empeñó en sacarse el graduado escolar cuando ya no le hacía falta. Ella, que había ejercido de periodista sin tener un título, gracias a que Víctor de la Serna avaló su trabajo y su cultura de señorita educada en las Esclavas del Sagrado Corazón y en el selecto Saint Marys Convent de Cambridge, y le entregó el carné profesional en 1942, demostró al final de sus días una inesperada querencia por las titulaciones académicas. Acompañada de Adela, una de las empleadas más antiguas de su finca, se trasladaba al cercano pueblo de Sotosalbos (Segovia) para seguir las clases de graduado escolar. Tal vez sólo quisiera dar ejemplo y animar a los otros. Tal vez sólo buscara camaradería, intercambio, nuevas amistades. E incluso ejercer la vanidad de saber más que sus compañeros, encontrar un pequeño público. En todo caso, ésta fue, junto con el cuidado de las flores de su finca, donde había conseguido una excelente combinación de especies botánicas originarias de todo el mundo, una de sus últimas tareas.

Ninguna vida se parece a otra, y a menudo ni siquiera se mantiene la propia idéntica a lo largo de los años. Aun así, pocas vidas y muertes han sido tan dispares como las de las dos hermanas Mora Maura. Sus vidas son una doble metáfora de cómo la individualidad y las circunstancias históricas constituyen un acicate misterioso e inequívoco para que dos hermanas crecidas en el mismo ambiente familiar y dotadas de una educación semejante se conviertan en rivales políticas y emprendan caminos antagónicos.

El viraje de Constancia

Republicana hasta el exilio, Constancia; falangista de primera hora,

Marichu. Disidente: Constancia; con frecuentes toques de audacia e ironía, Marichu. Ambas hermanas encarnan el clima de división, enfrentamiento y esquizofrenia desencadenado en España en los años treinta. Un hostigamiento alimentado por la tentación inicial de monárquicos y ultraconservadores de batir a la República por medios no democráticos. Constancia tal vez haya sido una de las mujeres más transgresoras en la España de la primera mitad del siglo XX. Salvando las distancias vitales e intelectuales y sin comparar personalidades tan distintas, el viraje de Constancia hace recordar el emprendido en la democracia por Carmen Diez de Rivera, otra mujer dispuesta a romper con su privilegiada clase social décadas después, ya en la segunda mitad del siglo XX. Sin duda, Carmen Diez de Rivera era un animal político de trayectoria comprometida, tal como demostró al colaborar con Adolfo Suárez en los inicios de la transición, mientras que Constancia era más *amateur*. Pero las circunstancias históricas singulares en las que se desarrolló la vida de esta última agiganten su toma de postura. El rumbo emprendido por Constancia escandalizó a su familia, recuerda su primo Jorge Semprún, entonces demasiado pequeño para entender el porqué de su provocación. No sólo saludó con convicción la llegada de la República, sino que fue la primera aristócrata que obtuvo el divorcio para contraer matrimonio civil con Ignacio Hidalgo de Cisneros, un atractivo aviador republicano amigo de Indalecio Prieto (don Inda) que se había sublevado contra la Dictadura de Primo de Rivera.

El fracaso de su primer matrimonio fue el resorte que la hizo replantearse su destino. Casada por propia decisión poco después de finalizar sus estudios en Cambridge, con Manuel Bolín, un joven al que conoció en el verano de 1925 en San Juan de Luz, hijo de una familia afincada en Málaga, de madre inglesa y origen nórdico, Connie descubrió muy pronto que su marido no tenía intención de trabajar ni aportar dinero a la familia, sino que más bien trataba de vivir de la asignación que su padre les pasaba.

Hace mucho que he olvidado quién me presentó a Bolín; sólo

> recuerdo que fue una completa casualidad. Yo estaba apoyada en la barandilla de La Pérgola cuando alguien me llamó y levanté la vista para encontrar delante de mí a un muchacho casi de dos metros de estatura. Yo era muy alta y una de mis preocupaciones consistía en que la mayor parte de los hombres que yo conocía me llegaban al hombro. Así es que me quedé mirando al desconocido. Dos días más tarde ya habíamos decidido casarnos. Lo que en realidad hizo que yo llevase a cabo una decisión tomada tan precipitadamente fue lo que sucedió después; porque yo creo que si toda mi familia y amigos hubiesen recibido a Bolín con muestras de alegría, yo hubiese sido más prudente [...]. Estaba verdaderamente tan ilusionada con la idea de casarme, que no se me ocurría que fuese necesario estudiar el carácter del hombre que iba a ser mi marido. En mis sueños, durante el día, él ocupaba un espacio relativamente muy pequeño. Desde el principio, decidí que no tendríamos hijos, y como en realidad yo no sabía lo que significaba el matrimonio, no me preocupaba si mi novio sería, además de marido, un buen compañero y amigo. *[Doble esplendor*, págs. 94 y 95].

Para sus padres, Bolín sólo era un desconocido. Un argumento muy endeble para hacerla cambiar. Ni siquiera la perspectiva de irse a vivir a Málaga una vez casada la hizo reflexionar. La muerte de su abuelo, don Antonio, contribuyó indirectamente a formalizar el noviazgo. Bolín almorzaba con Connie y sus hermanos cuando les llegó la noticia de que don Antonio Maura había muerto. «El nombre de Maura, retirado de la política desde la Dictadura, volvió a ocupar la primera plana de los periódicos. El gran salón dorado y blanco, casi siempre desierto, fue transformado en capilla mortuoria. [...] Durante tres días el cuerpo del abuelo, vestido con el hábito franciscano, su cara encogida pero tersa —que parecía una máscara de cera con su barba y sus cabellos blancos—, estuvo expuesto en una caja descubierta, en el centro de la improvisada capilla ardiente», evoca la nieta en *Doble esplendor*. Cuando todo terminó, «nos dimos cuenta de que, durante aquellos días, Bolín se había convertido en un miembro de la familia. Lleno de atenciones, había conquistado para sí las simpatías de todos». Los obstáculos estaban vencidos. Como regalo de bodas, Bolín pidió y obtuvo un llamativo descapotable azul. La boda se celebró en mayo de 1926 en Los

Jerónimos. Mientras la pareja se casaba, llegó al templo la noticia de que la abuela de Connie, enferma, agonizaba. «Un aleteo de muerte rondaba en la ceremonia de mi boda», reconoce Constancia. Su abuela murió horas después; su matrimonio empezó a perecer al día siguiente de casarse. La primera noche de bodas la pasaron en «La Mata», mientras la familia, enlutada, despedía a Constancia Gamazo. «Y en el silencio y la tranquilidad de "la Mata", mi matrimonio resultó ser muy diferente de lo que yo me había imaginado. Antes de que llegase la mañana sabía ya que nunca había estado enamorada de Bolín y que tendría que hacer un gran esfuerzo para quererle», anuncia en un tono desolador. Una desilusión común entre muchas de sus amigas y parientes, educadas con esenciales lagunas respecto al sexo, aunque no todas tuvieran el valor de reconocerlo. Pero también una manera seca y despiadada de cerrar un capítulo apenas abierto, a la vez que una velada declaración de amor al hombre que poco después iba a entrar en su vida, Ignacio Hidalgo de Cisneros.

Sin escatimar caprichos, acumulando deudas de juego y ocultando de forma ambigua que su renta era más escasa de lo que una Maura hubiera merecido, el abismo entre el recién casado y su esposa se hizo patente al poco de nacer su hija. Consciente de que su marido era un peso muerto, al que en sus memorias menciona por su apellido, Bolín, evitando el nombre de pila, la ruptura se consumó de forma gradual. Después de que él iniciara varios trabajos, siempre con recomendación, que al poco abandonaba, Connie le pidió que se alejara discretamente de ella. Se quedó con la niña y decidió ponerse a trabajar, algo insólito en una mujer de clase alta. Después de todo, Connie seguía siendo, por entonces, una chica de veraneos en Zarauz y amistades de Neguri. María Vallejo e Isabel de Arriluce eran sus principales amigas. Pocas mujeres se separaban de sus maridos en los años veinte y treinta, y aún menos si pertenecían a la alta burguesía o a la aristocracia. En el caso de Connie, el comportamiento de su marido facilitaba la separación, pero la novedad que ella impuso es que no viviría con sus padres ni bajo su exclusivo respaldo económico. Comenzó a representar a una firma

de bordados y buscó trabajo en una tienda de decoración y arte popular. Sus propietarias, Zenobia Camprubí (esposa de Juan Ramón Jiménez) e Inés Muñoz, no sólo eran señoras de la burguesía, sino cultas y liberales.

El viraje comenzó al abandonar Málaga y volver a Madrid. Aunque Connie no había mostrado interés hasta entonces por la política, la intransigencia de la conservadora familia de su marido, adicta al monárquico *Abc*, la había hecho buscar otras fuentes de información y leer periódicos como el *Heraldo*, que llevaba a casa de sus suegros como si se tratara de una provocación. Fueron días de larvada transformación en los que Connie expresaba su malestar conyugal con la pequeña rebeldía de enarbolar entre las manos un periódico distinto. No hay que olvidar que Luis Bolín, hermano de Manuel, periodista y corresponsal en Londres, conseguiría años más tarde un avión, el Dragon Rapide para que Franco volara desde Canarias a África en julio de 1936.

Frente a sus rancios suegros, Connie inaugura una actitud indagadora que coincide con la eclosión de la República, a la que algunos de sus allegados comienzan a vincularla debido a su decisión de vivir sola y a su novedosa forma de sustento. Lo uno llevaba a lo otro, pensaron las amigas más convencionales, aquellas que dejaron de frecuentarla. Aunque su hermana, Regina de la Mora, recuerda que fue Connie quien, previendo que iban a dejar de tratarla, se adelantó y dejó de saludar a las viejas amigas. Lo cierto es que, línea a línea, iba trazando un camino propio en cuesta arriba.

> Llegué a Madrid en marzo de 1931, para empezar una nueva vida, y me di cuenta de que España entera se disponía a hacer algo muy parecido. [Pág. 141].

La toma de postura republicana de su tío Miguel Maura influyó en este decidido viraje. Además de romper su matrimonio sin hipocresías, rechazó la posibilidad de anularlo, como sugirió su padre. Una vez aprobada la Ley de Divorcio de la República, arregló los papeles para volver a casarse.

El poeta Manuel Altolaguirre, primo de Bolín, testificó a favor de Constancia en su divorcio. Altolaguirre narra en *El caballo griego* cómo Connie y él escribieron al alimón una crónica de sociedad para el periódico malagueño *La Unión Mercantil* en su etapa de recién casada. Connie y su marido vivían en Málaga, con sus suegros, cuando el director de *La Unión Mercantil* le encargó a Manuel Altolaguirre una colaboración. El poeta había publicado por aquel entonces su primer libro, *Las islas invitadas y otros poemas*, evocando a su madre recientemente fallecida, y fue elogiado en *Abe* por Azorín. El director del periódico malagueño, influido por la crítica de Azorín, no quiso perder a un excelente escritor y lo fichó. Pero le nombró cronista de salones, una labor poco acorde con sus pretensiones literarias.

> Aquella noche, en el primer baile al que asistí quebrantando mi luto, me desalentó sobremanera el no poder recordar los nombres de mis conocidos. Tampoco acerté a redactar dos líneas seguidas con la reseña de la fiesta y, dispuesto a renunciar a tan difícil cargo, me confundí entre los asistentes. Algo anormal debía de expresar mi semblante cuando una bondadosa prima mía se me acercó para preguntarme lo que me pasaba. Cuando le dije cuál era mi situación, me ofreció espontáneamente solucionarla, poniéndose inmediatamente a escribirme la crónica. Cuando me la leyó la encontré admirable. Sólo ella y yo sabíamos que no estaba escrita en serio. Decidimos firmarla con el seudónimo de Silvia y Silvio. El director de La Unión Mercantil calificó aquel artículo como una obra maestra. Mi colaboradora de aquella aciaga noche era Constancia de la Mora, primera nieta de don Antonio, casada entonces con un primo hermano mío, con el que tuvo luego muy justificadas diferencias. [El caballo griego, 5 pág. 50][5].

La agilidad de estilo y una leve ironía caracterizaban estas crónicas de sociedad que para Constancia debieron de ser sólo un pasatiempo paralelo al derrumbe de su matrimonio. De hecho, no menciona esta anécdota en *Doble esplendor*. Altolaguirre escribe estas memorias con más reposo, también en el exilio, y aunque quita importancia a este olvido de Connie, sí alude a *Doble esplendor*, un libro, reconoce, «donde se habla mucho y mal de mi familia». No

obstante, considera oportuna su lectura por lo que pueda favorecer «al mayor conocimiento de nuestra causa»[6]. Clausurada la etapa malagueña, Connie y Manuel Altolaguirre volvieron a encontrarse en Madrid. Concha Méndez, poeta y esposa de Altolaguirre, alude a que en un tiempo fueron vecinos en la madrileña calle de Viriato. En esta calle tenían su domicilio y su imprenta el matrimonio de poetas, y en ella debió de vivir Connie con su hija en los primeros años de la República.

En *Doble esplendor*, Constancia de la Mora ofrece las claves de su evolución a raíz de su ruptura matrimonial. Hasta entonces, la joven De la Mora Maura había seguido los rituales previstos en alguien de su alcurnia. Su disconformidad con lo establecido era muy tibia. Aunque era algo inconformista: durante sus veraneos infantiles en Zarauz, donde pasaban sus vacaciones «los representantes de la aristocracia española y unos cuantos diplomáticos extranjeros acreditados en la Corte», experimentaba sentimientos de hostilidad «contra el ambiente que me rodeaba, contra la vida tan absurda que hacíamos, contra la gente con quien me veía obligada a tratar». Y continúa: «Mientras jugaba por las mañanas en la playa; por la tarde, en los jardines de las villas, con los niños que ostentaban los nombres más sonoros de España, yo sentía ya algo inexplicable e indecible que me impedía estar a gusto con ellos, ser uno de ellos».

La vida familiar en Madrid no era menos artificial. Después de unos primeros años en manos de institutrices inglesas e irlandesas, en 1915, Connie empezó a acudir al colegio de las Esclavas del Sagrado Corazón de Madrid, creado «para las hijas de los ricos y grandes». En parte porque la guerra del 14 acabó con las institutrices: la mayoría de ellas volvió a su país en 1915. En parte porque era un colegio de élite para chicas inspirado en los principios educativos de los jesuitas. Aunque «la educación que allí recibíamos no tiene nada de moderna», puntualiza al evocar las incongruencias pedagógicas de las religiosas y la represión que se inculcaba de manera natural en las alumnas. Las monjas demostraban, además, un escaso dominio de las materias, fueran geografía, historia, arte o literatura inglesa. La literatura española apenas la desarrollaban, tal

vez por el anticlericalismo y la actitud crítica o provocadora de muchos de los escritores del Siglo de Oro. Tampoco la religión se explicaba de forma profunda, más allá de las conocidas normas morales. «El diablo siempre se encuentra entre dos personas que hablan a solas», era una de las frases repetidas en su colegio, y no para atajar los encuentros con el otro sexo, sino para censurar las llamadas amistades particulares entre alumnas de doce o trece años.

Sus padres no se libraban de esta mentalidad, y relata cómo decidieron dejarla interna al quedarse su madre embarazada, para evitar que fuera testigo del proceso de gestación. Un internamiento doblemente injusto, ya que no entendía por qué la habían llevado allí.

Acabado el colegio madrileño, Connie inició un ritual que más tarde continuarían sus hermanas: tres años de estancia en Inglaterra para estudiar inglés y humanidades. «Permanecí en Inglaterra desde 1920 a 1923 sin regresar a España. Fue aquél, sin duda, el período más feliz de mi infancia». En realidad, ya la adolescencia, ya que tenía catorce años cuando fue enviada a Cambridge. A pesar de su ortodoxia católica, las monjas del colegio inglés no estaban tan obsesionadas por el pecado como las españolas y permitían a sus alumnas que compartieran actividades exteriores con chicos, y no sólo con sus compañeras. En el curso siguiente, fue Marichu quien se incorporó al Saint Mary's Convent, por lo que ambas hermanas coincidieron allí más de un año. Cuando se fue Constancia, le tocó ir a Regina. ¿Cómo iban a pensar sus padres que para Constancia la experiencia inglesa iba a ser tan decisiva? Cuando sus padres le anunciaron que volvía a España, la joven sintió que perdía algo parecido a la libertad. Más que una colegiala que por fin salía a ver mundo, ponerse de largo e ir a fiestas, se sentía como «un preso esperando la ejecución». Aunque sus pequeñas salidas con una amiga inglesa eran libertades inocentes, se daba cuenta de que no encajaban con lo que sus padres esperaban de ella. Intentó prolongar su estancia en Gran Bretaña y pidió permiso a sus padres para trabajar en una tienda de modas regentada por una dama emparentada con una familia española que sus padres conocían, pero

su reacción fue fulminante: su madre se apresuró a ir a recogerla. De regreso, hicieron escala en París para comprarle ropa nueva. Connie iba a ser presentada en sociedad.

«Cuello de jirafa, cabeza de garbanzo».

Al volver, la esperanza y el temor se mezclaban. «Todos me recordaban como una niña larguirucha, flaca, con piernas como palillos, hombros muy delgados, cuello de jirafa y cabeza de garbanzo», escribe describiéndose a sí misma con exactitud e ironía. «Verdad es que mis ojos fueron siempre castaños y mis pestañas largas y tupidas, pero antes de mi marcha a Inglaterra tenía un color de tez pálido y verdoso y mi dentadura escondida tras un horrendo aparato de dentista. Mi entrecejo casi tan tupido como el de mi padre y mis cabellos lacios no contribuían en nada a resaltar mi escasa belleza». Estas palabras nos remiten a una adolescente insegura que desea salir airosa en la tarea que está a punto de encomendársele: casarse. «A mi regreso a Madrid en aquel día de junio de 1923 me encontraron desconocida. Empezando porque me había rellenado y ya ni mis piernas eran palillos ni mis hombros de aspecto enfermizo. Hacía poco que en Londres se había inventado la ondulación permanente y yo me sometí a uno de los primeros tratamientos; el instituto de belleza de París, junto a los vestidos que me había comprado allí mi madre, hicieron el resto».

Su regreso coincidió con las secuelas de la derrota de Marruecos y una fuerte contestación a la *dictablanda* de Primo de Rivera. En aquel momento, Constancia era sólo una joven de diecisiete años de buena familia, ajena a la política. Su destino, como el de cualquier chica de la alta sociedad, era asistir a bailes y fiestas, flirtear y divertirse, acompañada de su madre. Poco a poco llegarían los pretendientes y su padre se preocuparía de ver cuál le convenía. «A los diecinueve o veinte años me pondría en relaciones para casarme

con un varón sensato, de sólida posición y buena familia. Un año después se celebraría mi boda, en la iglesia, muy adornada y con muchos regalos y un precioso *trousseau*—, y después haríamos un viaje de novios, por Italia, seguramente. Después de eso… la verdad es que después de eso no había nada más que hablar, ni por qué preocuparse. Mi vida ya estaría asegurada, mis padres tranquilos, y ¿qué importaba si la vida de una mujer terminaba aun antes de haber empezado?», recapitula en *Doble esplendor*.

De algún modo, así fue como sucedió. «Hasta entonces mi educación había estado en manos de niñeras, institutrices y religiosas. Mi madre y yo nos conocíamos bien poco; pero ahora […] ella iba a coger en sus manos las riendas de mi vida. Las gentes de poco más o menos dejaban que sus hijas casaderas saliesen acompañadas de una *trotona*, pero mi madre no podía permitir semejante cosa. Me acompañaba a todas partes: bailes, fiestas, paseos, teatros, cines […]. En fin, que íbamos a ser inseparables mi madre y yo cuando en realidad nos resultábamos extrañas. Su punto de vista sobre muchas cosas se me hacía muy raro, después de haber vivido tres años en Inglaterra, con una relativa independencia, y no concedíamos igual importancia a las mismas cosas». El conflicto entre lo que quería ser y hacer y lo que se le asignaba empezó a germinar: «Mis educadoras me habían enseñado, sobre todo, a obedecer, pero en mi fuero interno yo sentía verdaderos deseos de rebelarme contra todo lo que me rodeaba».

Al sentirse vacía y poco proclive a ir de fiesta en fiesta, su madre le pide que la acompañe a algunas de sus obras de caridad, controladas por la Iglesia y reguladas de un modo rígido para salvaguardar la sacrosanta separación de clases. La joven se involucra cuando su madre le encarga que se ocupe de sufragar una pequeña escuela regentada por una maestrita en un sucio cuchitril. La decepción viene cuando Constancia intenta adecentar y mejorar la escuela, y la organización que coordina esa obra con su madre la llama al orden y le dice que de lo que se trata es de contribuir a que haya escuelas, aunque sean miserables, no de convertirlas en lugares agradables que imiten, de algún modo, los colegios de los niños

ricos.

De la Mora habla de su transformación como si se tratara de la propia evolución de la sociedad española. Como si hubieran ido de la mano. Su segundo matrimonio con el aviador Ignacio Hidalgo de Cisneros inaugura la etapa más intensa de su vida. Además de sus convicciones republicanas, los unían trayectorias paralelas. Pocas veces el concepto de almas gemelas llega a darse de un modo tan evidente en el sentido personal, social e histórico como en el caso de esta atípica pareja de burgueses comunistas: ambos procedían de familias nobles y respetables y, sin embargo, tomaron una opción política infrecuente en su medio y contraria a sus intereses de clase, sin importarles demasiado las consecuencias. En algunas fotografías que se conservan del matrimonio, incluso, sus sonrisas parecen simétricas, como si hubieran adquirido anticipadamente ese aire de familia que algunas parejas sólo adquieren en la madurez. Probablemente era la fácil sonrisa de Hidalgo de Cisneros la que Connie, de forma inconsciente, había hecho suya.

Hermana contra hermana

«Mi hermana estaba loca. Se pasó de rojerío». Ésa era la forma en que Marichu se refería a ella delante de sus amigas en los años de la posguerra las pocas veces que se recordaba a la ausente, primero exiliada y luego fallecida. Ése era en parte el sentir de la familia, aunque los padres siempre mantuvieran vivo su recuerdo de un modo más piadoso y entre los parientes hubiera diversos matices. Lo cierto es que las dos hermanas no se entendían, ni se querían mucho tampoco. Si, para Marichu, Connie estaba un poco loca, para ésta su hermana era una frívola. En *Doble esplendor*, Constancia explica, no sin malicia, que su hermana había reparado antes en los encantos del líder que en la Falange. No andaba descaminada. Marichu se reencontró con José Antonio, de quien de niña fue vecina, en los

años en que su hermana mayor residía en Roma, acompañando a Ignacio Hidalgo de Cisneros en su empleo de agregado militar en Italia y Alemania. Aunque a su vuelta las hermanas apenas se trataban y evitaban coincidir, Connie y su marido almorzaban con frecuencia en la casa de los padres de aquélla, costumbre que mantuvieron incluso después del triunfo del Frente Popular. Después de aludir a las vidas distantes aunque no separadas de Marichu y su marido, Constancia escribe un retrato despectivamente ácido de su hermana:

> Yo sabía que Marichu no podía ser feliz con su marido y no me extrañaban los rumores de que llevaba una vida muy frívola, habiéndose aficionado mucho al póquer, juego en el que, por lo visto, tenía gran suerte y con el que compensaba en parte la notoria tacañería de su marido. Más tarde también circuló el rumor de que Marichu, con algunas de las hijas de nuestro tío, el duque de Maura, había ingresado en la Falange, mostrándose muy activa. Mi madre, un día, me confió su preocupación sobre esto último. No le hubiera importado que mis hermanas hubiesen actuado en el partido de Renovación Española o en la CEDA; pero en la Falange, donde se sabía que había tantos pistoleros a sueldo, era ya otra cosa. Y con la tendencia que tenía mi madre a dejar volar su fantasía, atribuía el entusiasmo de mi hermana y mis primas por la política, a que todas estaban más o menos platónicamente enamoradas de José Antonio Primo de Rivera, el «agraciado y joven jefe de la Falange e hijo del fenecido dictador» […]. No era nuevo que las mujeres jóvenes, casadas por conveniencia, sin nada que les ocupase, ignorantes y un poco desgraciadas, buscasen el antídoto contra el aburrimiento en la novedad de un partido político. [Págs. 259-260].

Constancia no parece muy generosa con su hermana, aunque tal vez el adjetivo ignorante no lo escribiera en sentido literal —a fin de cuentas habían tenido una educación parecida—, sino en el aspecto político. Desde su punto de vista de mujer de izquierdas y republicana comprometida, desde luego. Más que ignorancia quizá fuera la miopía o el delirio lo que empujó a aquellos falangistas bien vestidos a desafiar la legalidad para imponer su España soñada. Seguramente Constancia ni siquiera pensó, al escribirlo, que algo

similar podían haber pensado de ella unos años antes, cuando su desastroso primer matrimonio con Bolín actuó de resorte y la llevó a abrazar la República. Aquello quedaba ya muy lejos… Es probable que al escribir apresuradamente *Doble esplendor*; entre la primavera y el verano de 1939, se hubiera olvidado por completo de la joven que fue cuando contrajo matrimonio con Manuel Bolín. Sabía, además, que muchas de aquellas mujeres casadas por conveniencia y algo aburridas de la derecha no sólo eran sus adversarias políticas, sino espejos del pasado en los que jamás se miraría.

En el fondo, Constancia analizaba lo que sólo veía de lejos. ¿Qué sabía ella de su hermana en 1939? La drástica separación que mantuvieron las hermanas durante la guerra civil, cuando las noticias de la una a la otra, escasas y escuetas, les llegaban a través de sus padres o de terceros, contribuyó a que acabaran demonizándose entre sí, no tanto por lo que eran como por lo que sus ideologías representaban. Paul Preston publica en *Las tres Españas del 36* que Constancia acusó a su hermana de mantener un trato demasiado íntimo con Pilar Primo de Rivera. Al hacer esta afirmación, se apoya en una conversación de Constancia, ya en el exilio, con el historiador norteamericano Herbert R. Southworth. Preston escribe en la citada obra que Southworth le comentó a él en privado esta insinuación de Constancia respecto a Pilar y Marichu. Southworth mantuvo varias conversaciones con Constancia en 1939 en casa del periodista Jay Allen y muchas de ellas fueron informales. ¿De dónde pudo surgir esa duda? ¿O sólo fue un malentendido? Resulta raro que Constancia cayera en esa ligereza por mucho que la horrorizara el protagonismo falangista de Marichu o que sintiera animadversión (política) por Pilar Primo de Rivera. Es probable que le hubieran llegado rumores de que Marichu había vivido durante la guerra con Pilar y sus colaboradoras en Salamanca, donde reorganizaban la Sección Femenina, y que hubiera sacado conclusiones erróneas. Pero tampoco sabemos en qué contexto se produjo esta confidencia, y si fue Southworth el que planteó este enfoque y sacó a relucir la palabra *lesbianismo*, muy poco utilizada en la España de los años treinta, y Connie se limitó a admitirlo por obcecación o porque en

ese momento le convenía.

Es posible que a más de uno le llamara la atención en esa época que dos mujeres viajaran solas y recorrieran pueblos y caminos. Pero los viajes de Marichu acompañando a Pilar no tenían más misterio que no dejar sola a la hermana del líder. Marichu tenía el tácito encargo de José Antonio de proteger a su heredera política en sus primeros pasos. Acompañar a Pilar era, en cierto modo, seguir al Ausente. Lo que resulta sorprendente es que una mujer casada dispusiera en los años treinta de esa libertad de movimientos, aunque la contienda trastocara todas las reglas. Marichu acompañó a Pilar por casi toda la geografía de la España nacional, en especial por Castilla y León y Galicia. Más tarde, una prima de Pilar, Lola Sáenz de Heredia, asumió en parte ese papel de acompañante, pero no del modo en que lo desempeñaba Marichu, sino como una persona de la familia que presta ayuda, sin peso político.

Exilio en primera clase

A menudo, el humor aligera la tragedia. Durante su exilio, Constancia solía viajar a Portugal para reunirse con sus padres. Germán de la Mora enviaba a su hija los billetes, normalmente de primera clase, o le mandaba dinero a México para que se desplazara. Acostumbrada a vivir y viajar de forma desahogada, Connie aceptaba con naturalidad esta ayuda. Aunque era impensable que Franco permitiera su vuelta —si vetó hasta el final el regreso de la socialista María Lejárraga o de la republicana y sufragista Clara Campoamor, cómo iba a volver la roja Constancia—, Germán de la Mora deseaba tanto tenerla cerca que no cejó de acariciar esa posibilidad. Jorge Semprún suele contar la anécdota de que alguna vez el padre llegó a decir a su hija comunista: «Vente a "La Mata" y te organizamos en la finca un *koljosh* [reparto y colectivización de tierras al estilo soviético]». Un brindis al sol, desde luego, porque

Connie tampoco quería volver estando vivo el dictador.

La trayectoria de Marichu en la posguerra, la de los vencedores, no pudo ser más distinta. Mientras Connie trataba de construirse una nueva vida en México, Marichu, que vivió hasta los noventa y cuatro años, brilló en la nueva alta sociedad emergente, esa que aunó a los rancios apellidos, a los fascistas deslumbrados por Alemania e Italia y a los nuevos ricos nacidos del estraperlo. Aun estando casada (Pilar Primo de Rivera deseaba que sus colaboradoras estuvieran libres de cargas familiares) ayudó a trazar en sus inicios la arquitectura de la Sección Femenina y participó en sus proyectos y publicaciones. En los primeros años se movió en el entorno de Conchita Montes y Edgar Neville (quien a pesar de su escasa afinidad con el Régimen sobrevivió bien en él e incluso se mostró crítico con figuras del exilio, como Margarita Nelken, quizá para quedar fuera de sospecha ante los nuevos gobernantes), Luis Escobar, Mercedes Formica y Sofía Morales. Asistió a la fusión de la clase liberal con el falangismo menos anquilosado o más posibilista, la nueva clase social que, sin cuestionar el franquismo o incluso apoyándolo, supo escapar de los rigores de la dictadura y aprovechó todas las facilidades que daba estar en la cúspide. Aunque Marichu también tenía amigos en la caverna, al menos en los primeros años de la dictadura. Era tan sociable que tenía amigos en cualquier parte. Pero estuviera donde estuviera, la atraía más la innovación que la nostalgia.

Una de las dos hermanas tuvo España a sus pies; a la otra se la arrebataron. Connie ya no volvería a España después del 39. Su sombra se fue extinguiendo en la familia al fallecer sus padres. Las fotografías familiares quedaron arrinconadas o limitadas a los álbumes infantiles. La mayoría de sus sobrinos sólo supieron de ella por azar, y algunos sólo de mayores, aunque, en cuanto escucharon hablar de la tía Connie, trataron de buscar sus memorias en sus salidas al extranjero. A Jaime Chávarri, el menor de los hijos de Marichu, un amigo le trajo de Estados Unidos una antigua edición inglesa de *In Place of Splendor (Doble esplendor).* ¿Sería posible que en su familia hubiera habido una especie de Rosa Luxemburg y ellos

sin saberlo? Más que olvido hubo silencio. El silencio que se extendió a tantos hogares rotos y divididos al finalizar la guerra civil. Aunque no de un modo absoluto. Una asombrosa esquela familiar publicada con posterioridad a la muerte de Germán de la Mora Abarca, fallecido el 26 de agosto de 1959, anunciaba misas en diferentes iglesias y parroquias de Madrid por el eterno descanso del matrimonio De la Mora Maura (la esposa y madre de Connie, Constancia Maura, murió igualmente en la década de los cincuenta) y el de sus dos hijas, Constancia y Teresa de la Mora Maura. Juntos en la eternidad, que no en la historia franquista. Años antes, en 1950, cuando Connie falleció, sus padres también encargaron misas por ella en Madrid. Luisa Isabel, duquesa de Medina Sidonia, recuerda que la familia fue convocada a asistir a las mismas, y que, durante el luto, la madre de Connie solía rezar o pedir que rezaran con ella al finalizar las visitas familiares. Era lo habitual, y a nadie sorprendía. A pesar del empeño del dictador, había un lugar donde los proscritos no eran censurados: las esquelas de periódico. Curiosamente, la esquela colectiva muestra de forma gráfica que Constancia de la Mora, que adoraba a su padre, perdió la vida el mismo día del mes que él, un 26, aunque a éste la muerte le llegara en agosto y a ella en enero. Muestra también que, a pesar de las heridas abiertas, nadie quiso en la familia Mora Maura que la ruptura fuera eterna.

CAPÍTULO II

El hombre enigmático

Era todo gracia, era
todo valor, todo hombría.
Su juventud reverdecía
donde quiera que estuviera.

Dolor que tan lejos muera
quien a su pueblo servía
cuando en la sombra se hundía,
dándole su primavera […].

RAFAEL ALBERTI,
«Al general Ignacio Hidalgo
de Cisneros, muerto en el destierro»,
febrero de 1966. Roma

El héroe y aviador Hidalgo de Cisneros

Las hermanas De la Mora constituyen el anverso y el reverso de la España de la guerra civil y de la posguerra. Pero como espejos antagónicos que eran, no se miraban. El espejo en el que se reflejaba Constancia era el de Ignacio Hidalgo de Cisneros, el hombre que la ayudó a cambiar su destino a la vez que él mismo modificaba el suyo. Si la biografía de Constancia de la Mora nace en el despacho

de su abuelo Antonio Maura y cambia de tono y de color cuando se separa de Manuel Bolín, su destino final empieza a dibujarse el día que se encuentra con los ojos de Ignacio Hidalgo de Cisneros. Como en un juego de espejos, las vidas de Constancia de la Mora e Hidalgo de Cisneros podrían intercambiarse. Al contemplarse cada uno en el espejo del otro, la identificación fue tal que sus rostros parecieron fundirse: la vida de uno iluminaba la del otro, mientras que las de Marichu y Constancia, llenas de luces y sombras, se daban la espalda.

Si la vida de Connie, y sobre todo su muerte, nos proporcionan elementos inigualables para construir una historia de ficción, Ignacio Hidalgo de Cisneros fue un hombre enteramente novelesco. Algo enigmático e inasible lo acompañó hasta su muerte. Si no fuera por la solidez de su carrera de aviador y el significativo papel que jugó en la guerra civil como jefe de la Aviación Republicana, se podría decir que Hidalgo de Cisneros tiene algo de figura impenetrable, como algunos de los mejores y más escurridizos personajes de ficción. No porque haya en él una vocación de ocultación en un sentido oscuro o turbio, sino porque son muchas las zonas en penumbra que rodean su biografía, intachable como militar y como republicano, irreprochable como disciplinado comunista. Son tantos los elementos singulares aparentemente contradictorios y hasta divertidos que conforman su figura que cabría decir que la vida de Hidalgo de Cisneros parece diseñada para acabar siendo lo que fue: ser héroe a pesar de sí mismo. En su figura coexiste un doble modelo de abnegación y de estudiada frivolidad. Dandi y héroe, señorito y comunista. Todo a la vez, y sin fisuras. En sus memorias, *Cambio de rumbo*, interesante testimonio y complemento de la autobiografía de su esposa, Ignacio Hidalgo de Cisneros y López-Montenegro (Vitoria, 1894-Bucarest, 1966) cuenta, primero con distanciamiento y después con un mayor compromiso ideológico, su adscripción a la República y su defensa de la legalidad después de sublevarse parte del ejército. De manera gradual vemos crecer a un joven nacido en una familia de la aristocracia vasca ligada a la carrera militar y heredera de la tradición

carlista; asistimos a su ingreso en el ejército y su incorporación a la Aviación, sus campañas en África y sus diferentes destinos, sin que nada presagie un poso ideológico profundo. Tan sólo una especial sensibilidad para analizar y repudiar la injusticia, y cierta y leve autocrítica sobre la vida cómoda y divertida de los oficiales en sus ratos de ocio, que él era el primero en practicar y compartir. Como si hubiera sido el azar y la amistad de algunos compañeros comprometidos lo que lo condujo a la izquierda, y no un empeño trascendental en salvar el mundo.

Todavía sin conciencia política alguna, el joven Ignacio descubre los placeres de la seducción, y, como muchos hombres de formación conservadora, separa en su cabeza con una fina línea el concepto de novia y esposa de los encuentros desenfadados con chicas más o menos simpáticas que se sentían atraídas por los jóvenes cadetes. Surge así un doble yo en sus memorias, al atribuir a un personaje ficticio, José Castejón, sus propias peripecias amorosas. Aunque admite que antes de casarse con Constancia de la Mora hubo otras mujeres en su vida, jamás habla de sus amigas o amantes en primera persona. Tan sólo alude a una novia juvenil y sin futuro y a una joven de su entorno social con la que parecía destinado a casarse. No fue así porque ambos se sinceraron y determinaron que era amistad y no amor lo que sentían. Lo curioso es que la vanidad de Hidalgo de Cisneros se resintió cuando supo que ella lo descartaba como marido. Minutos antes de encontrarse con la joven, temía su reacción cuando le dijera que él no estaba enamorado; lo que no esperaba es que a su amiga le sucediera lo mismo respecto a él. Discreto y caballeroso, el aviador hurta al lector los pormenores de sus aventuras, pero acepta —¿cómo negarlo?— que habían sido numerosas. Esa faceta recae en Castejón. La invención de José Castejón, de Pepe en algunos pasajes, es uno de los aciertos de sus memorias, un guiño de humor y de caballerosidad en un libro de fuerte carga política. Este segundo yo, Castejón, no lo abandonará jamás. Reaparecerá en alguna ocasión en Roma estando ya casado y sólo se extinguirá con la propia vida de Hidalgo de Cisneros. En algunas de sus direcciones en el exilio, y desde luego en la última,

junto al buzón, figuraba el nombre de José Castejón en vez del verdadero. Este segundo yo era quizá el más infantil y gamberro, el más libre e *irresponsable* dentro de la cabeza de un hombre marcado por la disciplina, primero militar y luego comunista. Ignoramos si alguna vez lo habrá utilizado para camuflarse por razones políticas o para respirar algo de aire puro en algún país occidental durante su exilio en la Europa comunista. Lo que sí sabemos es que el apellido de Pepe estaba cuidadosamente elegido, ya que era el segundo de su madre, María López-Montenegro y González de Castejón, a la que estaba muy unido.

María López-Montenegro había enviudado joven y se había vuelto a casar con su cuñado, el también viudo Ignacio Hidalgo de Cisneros Unceta. De este segundo matrimonio de sus padres nació Ignacio, el menor de los hermanos. Al ser sus padres concuñados —la primera esposa de su padre era hermana del primer marido de su madre—, cuando Ignacio vino al mundo, se encontró inmerso en una familia numerosa. «Un lío de parentescos y de apellidos dificilísimo de entender y que he tenido que explicar y aclarar mil veces en mi vida», ironiza en las primeras páginas de *Cambio de rumbo*. Las diferencias de edad entre los hermanos, y la diversidad patrimonial derivada de su distinta procedencia, marcaron su infancia y adolescencia. Además de vivir en Vitoria, la familia residía parte del año en sus fincas de La Rioja, en Canillas (originariamente de su madre y de su primer marido) y Cidamón (aportada por su padre y su primera esposa), separadas tan sólo por quince kilómetros. Espacios amplios, paisajes de viñedos. La carrera militar, la vida en el campo y las bodegas constituían un escenario familiar para el joven Ignacio. El afecto y las afinidades determinaron las relaciones con sus hermanos, pero, dado que algunos estaban fuera del núcleo familiar o ya casados, Ignacio creció con relativa independencia, junto a su madre. Al fallecer su padre, cuando él tenía diecinueve años, la unión con su madre y Rosario, la hija mayor de ésta, casada en Madrid, se acrecentará. Con el tiempo, sin embargo, Rosario, con su intransigencia, se ganará su hostilidad.

Gracia, valor y hombría

El golpe militar de Miguel Primo de Rivera, en 1923, le sorprendió, pero no se mostró especialmente crítico. Muy distinta fue la actitud de su amigo José Martínez de Aragón. Frente a la proclama del dictador de que «todo el ejército estaba con él», le mandó un telegrama aclarándole que «hiciese la excepción del capitán Martínez Aragón, que nunca había estado de acuerdo». Naturalmente, Aragón fue sancionado. Pero el gesto del amigo quedó grabado en la memoria de Hidalgo de Cisneros, tal vez como un germen de su propia rebelión.

Años después, la combinación del azar y la oportunidad histórica, es decir, su amistad con militares comprometidos como Aragón, más el interés que despertaba en los conjurados por el papel que podía jugar por su destino en la Aviación, le llevan a sumarse a la sublevación político-militar contra Primo de Rivera para instaurar la República. Aniceto Alcalá-Zamora, Indalecio Prieto, Marcelino Domingo y Miguel Maura (hermano de la madre de Constancia de la Mora y representante del ala liberal de la familia) formaban parte de los conjurados políticos. Ramón Franco, Núñez del Prado y Queipo de Llano formaban la trama entre los militares.

La misión de Ignacio Hidalgo de Cisneros era sublevarse en Cuatro Vientos (Madrid). Sólo un puñado de militares estaba al tanto de la conjura, tal como comprobó la víspera en el Cook, selecto club madrileño donde se reunía parte de la aristocracia y la milicia bohemia y exquisita, ya que en este local se servía un cuidado *whisky* escocés. Su propietario, que había vivido en Gran Bretaña, había abierto el bar precisamente para asegurarse la calidad del *whisky* que él mismo degustaba.

Mal organizada, la sublevación fracasa y obliga a los políticos y militares sediciosos a huir a Portugal y luego a Francia. Para Hidalgo de Cisneros, esta huida supone su bautismo republicano. Al alojarse en el mismo hotel de París que ocupaba Indalecio Prieto, traba amistad con él y con la clase política que gobernará con la

República. Lo que había sido una aventura militar se convierte en un viraje hacia la izquierda moderada.

En una breve autobiografía que escribió a su entrada en la URSS el 19 de julio de 1939, Ignacio Hidalgo de Cisneros relata con mayor contundencia su participación en la sublevación de Cuatro Vientos. Como es conocido, la Unión Soviética exigía hasta los años sesenta que todos sus visitantes desgranaran una narración autobiográfica. «En uno de mis viajes a Madrid hablé con algunos oficiales que me dijeron que se preparaba una sublevación para echar al rey y a Primo de Rivera; al preguntarme si podían contar conmigo, contesté que sí, regresando después a mi destino de África. En diciembre de 1930 me avisaron de que la sublevación estaba preparada para unos cuatro días más tarde. Salí inmediatamente para Madrid, donde tomé parte en la conocida intentona de Cuatro Vientos», narra en estos apuntes autobiográficos[7].

Las elecciones de 1931, con el triunfo electoral de la República, propician la vuelta de los exiliados. A su regreso, Hidalgo de Cisneros se convierte en un firme apoyo del nuevo régimen, a pesar de su exiguo pasado republicano. Sin embargo, el contraste que palpa entre la emoción de los que dan vivas a la República y la sensación de derrota que intuye en algunos de sus familiares y compañeros que consideraba gente honrada le hacen escribir: «En medio de aquel entusiasmo yo me encontraba aislado, triste, sin saber dónde ir». Desconcierto compatible con la satisfacción de que hubiera triunfado la República «sin un mal modo». A fin de cuentas, «recuperaba mi carrera y con ella mi afición máxima, volar», admite con una sensación agridulce. Los hechos, sin embargo, tiran de él: se le recibe como héroe y su identificación con la República se intensifica.

En esos primeros días, Ignacio Hidalgo de Cisneros vive el desgarro entre su educación sentimental conservadora y su lealtad republicana. No sólo le ocurrió a él. En los primeros meses, la República no concitó rechazos generalizados en la clase media y en las capas ilustradas. Incluso una parte de la clase social encumbrada

observó su llegada con una mezcla de recelo y de indefinida expectación. Una prima hermana de Constancia de la Mora, María del Carmen Maura, madre de Luisa Isabel Álvarez de Toledo, la actual duquesa de Medina Sidonia, contempló una manifestación de jóvenes comunistas en los primeros pasos de la República y, según recogió en un libro de recuerdos inédito, entendió sus reivindicaciones. Si ella se encontrara en su misma situación, es decir, con hambre y sin medios para remontarla, pediría también lo que ellos, concluyó. Era una señora con carácter, que en una ocasión llegó a pegar una bofetada a Queipo de Llano. Sin embargo, comprender al otro no siempre implica sentir lo que él o defenderlo. El sentido del orden y el temor a las reformas económicas anunciadas por la República acabaron imponiéndose entre las clases acomodadas. Y más cuando estaban en juego sus privilegios o sus fortunas. Aunque la temida reforma agraria no fue ejecutada, las señas de identidad conservadoras de la oligarquía terrateniente, en ocasiones liberal, pero siempre celosa de su patrimonio, inclinaron sus voluntades hacia posiciones reaccionarias.

La nieta republicana de Antonio Maura

Poco después de proclamarse la República, Hidalgo de Cisneros conoció a Constancia de la Mora por azar. Aunque, probablemente, ya había oído hablar de ella. Un amigo y compañero suyo, el capitán Pérez Pardo, a quien llamaban Picos, había prometido llevar a volar, es decir, darle el bautizo de aire, a una chica de Madrid. Pero él no podía volar en Getafe. Como la muchacha le interesaba mucho, Pérez-Pardo pidió a Hidalgo de Cisneros que «la volara», ya que a él sí le era factible hacerlo en Alcalá de Henares. Los sábados, además, se permitía volar a civiles. La chica era Regina (Piti) de la Mora Maura, la tercera hermana de Constancia. «El sábado, cuando llegué al café del Retiro para recogerlos, encontré a Picos con dos

muchachas bastante parecidas, de muy buen aspecto y que desde el primer momento me hicieron una magnífica impresión», relata Hidalgo de Cisneros en sus memorias. Picos le presentó a Piti y a su hermana Constancia, que había venido a acompañarlos, «pues su madre no permitía que Piti viniese sola», añade el militar.

Ignacio Hidalgo de Cisneros, de origen y modales nobles, no fue insensible al toque aristocrático de las hermanas De la Mora, altas, esbeltas y con clase. Su estatura, además, no pudo pasarle inadvertida, ya que Picos era más bien bajo, recuerda Piti. Fue decisivo, además, que Connie, como él, fuera republicana, lo que ya no era tan habitual en su entorno. Constancia era sencillamente la pieza que le faltaba en su vida para que todo tuviera sentido. «Como Picos y su *flirt* tenían muchas cosas que decirse, Constancia y yo pudimos hablar con toda tranquilidad y examinarnos mutuamente», admite en *Cambio de rumbo*. «Después de comer fuimos al aeródromo, volé a las dos hermanas y, ya bien entrada la noche, regresamos a Madrid. [...] Cuando nos despedimos, propuse a Constancia continuar nuestra conversación al día siguiente», prosigue. En ese momento estaba ya claro que si Picos no iba a ir muy lejos con Piti, él y Constancia tenían mucho camino por delante. «El caso de Constancia de la Mora, o, mejor dicho, el caso de Connie, como la llamaban todos, era muy poco común en su ambiente —relata Hidalgo de Cisneros—. Su padre, terrateniente y director de la compañía Electra, de Madrid, y su madre, hija de don Antonio Maura, jefe del Partido Conservador, eran típicos representantes de la alta burguesía española. Cuando la conocí, Connie tenía veinticinco años. Casada a los veinte, había tenido que separarse de su marido [...]. Vivía desde entonces en Madrid con su hija Luli, de cuatro años. Esta parte de su vida no tenía nada de particular. Lo que sí comenzaba a ser extraordinario en aquellos medios sociales es que Connie, hija de una familia en tan buena posición económica, se ganase la vida trabajando en una tienda y prefiriese vivir modestamente, pero con una cierta independencia, a hacerlo en la lujosa casa de sus padres [...]. Mas lo que terminó de asombrar a su familia y a sus amistades fueron sus firmes ideas

políticas. No concebían que una mujer de clase fuese una sincera y entusiasta republicana».

Al evocar su primer encuentro con Connie, Ignacio recuerda incluso con ternura que ya en el invierno de 1905-1906, siendo él niño, quizá estuvo muy cerca de la recién nacida que años después sería su futura novia. Aquel invierno, Ignacio y su madre pasaron unos meses en Madrid, en la casa de la hermana mayor, Rosario, y su marido, un piso de la calle del General Castaños. Era la primera vez que abandonaba Vitoria, fuera de las cortas temporadas en las casas familiares de Canillas y Cidamón, en La Rioja. Mientras duró su estancia madrileña, acudía con otros chicos del barrio a los bancos de la plaza de las Salesas, concurridos por niñeras y amas de cría. «Quién podía imaginar entonces la coincidencia de que uno de aquellos críos, alimentados delante de nosotros por sus robustas y elegantes nodrizas, sería veintiséis años más tarde mi mujer, que acababa de nacer, y a la que mandaban con su ama a tomar el aire y el sol a esta plaza de las Salesas pegada a la casa de sus padres».

Aquel recuerdo infantil quedaba muy lejos. Después de todo, aunque hubiesen llegado a *coincidir* en las Salesas, Connie no era más que un bebé de unas semanas en febrero o marzo de 1906. En *Doble esplendor*, ella misma corrobora que su casa se encontraba detrás de las Salesas y que allí, en efecto, la llevaba la niñera. Como era muy fea —relata Connie con humor—, la nurse a veces le tapaba la cara, aunque tal vez sólo quisiera evitar que la recién nacida se constipara. Ignacio, entonces con unos once años, volvió a Vitoria al final del invierno, y pocos años después inició los estudios preparatorios para entrar en el mundo militar. Para ser aviador, como quería, tenía que ingresar primero en una academia y obtener el grado de oficial. En aquella época era necesario ser oficial de cualquier arma o cuerpo del ejército para entrar en Aviación. Hermano de militares, no tuvo más que seguir el camino señalado y, después de diversos destinos, fue enviado a Marruecos, piedra de toque de cualquier miembro del ejército. El mismo destino que otros de sus compañeros más reaccionarios, pero en su caso, con otros resultados. «Es curioso los años que tuvieron que pasar para

que yo me diese cuenta de la monstruosidad que cometía tirando gases a los poblados moros», reflexionaba al recordar su etapa africanista. En ese tiempo ascendió a comandante por méritos de guerra. El ascenso suponía un avance de unos doce años: de pronto pasaba a tener una de las mejores carreras de Aviación. En el Sáhara, otro de sus destinos, trabó amistad con Saint Exupery. De él dice en sus memorias que, «aunque agradable de trato, el exceso de celebridad ha otorgado a sus hazañas un crédito desorbitado». Una carrera previsible de no cruzarse en su vida Cuatro Vientos. A partir de ahí, la biografía de Hidalgo de Cisneros se adentró en lo desconocido. Nada en su vida volvió a ser ya convencional.

Después de su primer encuentro, Connie e Hidalgo de Cisneros se hicieron inseparables. Hasta el punto de que Zenobia Camprubí, la dueña de la tienda Arte Popular, situada frente al Congreso, donde Connie trabajaba, advirtió a su amiga de que tuviera cuidado, ya que seguía estando legalmente casada con Bolín. La advertencia de Zenobia no era precisamente la de una mojigata. Desde el principio había respaldado a Connie dándole trabajo y se habían hecho lo bastante amigas como para hacer excursiones por la España profunda. La más significativa fue una que hicieron juntas a La Alberca y a Las Hurdes. Un recorrido en el que comprobaron que, a pesar del talante de la República, pocas cosas habían cambiado en aquellas tierras desde que las visitara el abuelo de Constancia en tiempos de la monarquía. Este viaje, al que en principio iba a acompañarlas Hidalgo de Cisneros, afianzó las esperanzas de ambas en la capacidad regeneradora de la República. El aviador, ausente de la primera parte del trayecto por razones de trabajo, se unió a las dos mujeres para recorrer Galicia y alrededores. «Unas pequeñas vacaciones compartidas» en las que Hidalgo de Cisneros «se ganó a Zenobia», anota Connie en *Doble esplendor*.

El contacto con Zenobia Camprubí y su socia, Inés Muñoz, fue fructífero para Constancia. Desde Arte Popular se veía la evolución de la sociedad madrileña y se comentaban los cambios políticos que se avecinaban. En aquel período, Connie también colaboraba con el Patronato Nacional de Turismo, un organismo que, de acuerdo con

las directrices de la República, fomentaba los viajes a los lugares de interés del país; aunque Connie observaba que los funcionarios más destacados, muchos de ellos procedentes de la etapa monárquica, no demostraban excesiva diligencia en promover el turismo interior. El doble interés de Constancia de la Mora por el arte y el turismo se tradujo en la decoración de los antiguos paradores de la época, un encargo que llevó a cabo con Zenobia. Era un trabajo muy adecuado para esta nieta de Antonio Maura, de la que hasta su hermana Marichu aseguraba que tenía un gusto exquisito para combinar ambientes, a menudo mezclando objetos de gran sencillez.

Arte Popular no era exactamente una tienda abierta al público. María Luz Nogués, entonces una alumna del Instituto Escuela que iniciaba su adolescencia, recuerda que la tienda se encontraba en un sótano, y que era allí donde Zenobia e Inés Muñoz, y en algún momento Connie, atendían y recibían a las posibles clientas y las orientaban en sus compras. Nogués, que ahora tiene ochenta y cinco años, recuerda que acompañaba a menudo a su madre, María Luz Rodríguez, presidenta de Mujeres Democráticas, a comprar artesanía a la tienda de Zenobia. María Luz Nogués también acompañaba a su madre de vez en cuando al Lyceum Club, otro de los escenarios en los que Zenobia era una figura clave.

Republicana convencida y miembro de la junta directiva del Lyceum Club, Zenobia Camprubí, hija de español y de puertorriqueña educada en Estados Unidos, esperaba grandes mejoras para España en el campo de la educación. Gracias a su origen americano y a sus contactos familiares con Estados Unidos, hablaba con igual dominio el inglés y el español. Bien relacionada con los extranjeros que recalaban en Madrid, les alquilaba pisos amueblados de los que era propietaria, y así se aseguraba de que Juan Ramón Jiménez pudiera dedicarse a su trabajo sin agobios. Conducía un pequeño coche en el que, además de transportar al poeta, a menudo trasladaba de un lugar a otro un colchón, un mueble o un objeto de arte.

A pesar del aislamiento de Juan Ramón, que apenas salía de su acolchado cuarto de trabajo para que nada lo molestara y lo

distrajera, Connie e Ignacio iban con frecuencia a comer a la casa del poeta en los primeros años treinta. Hidalgo de Cisneros invitó a Juan Ramón en una ocasión al aeródromo de Alcalá para que presenciase la caza de la avutarda en avión, pero, al poeta, la persecución del animal con el aparato hasta dejarlo exhausto y obligarlo a tomar tierra para abatir la pieza le pareció cruel. En otra ocasión, lo llevó a presenciar unos ejercicios de acrobacia en el aeródromo, pero Juan Ramón apenas aguantó el espectáculo: temía que los pilotos fueran a estrellarse y se quiso marchar en seguida.

Mientras Connie trabajó en Arte Popular, la juiciosa Zenobia fue para ella un referente y una amiga a quien confiarle los problemas. Pero la amistad no pudo resistir los audaces compromisos que Connie asumió durante la guerra civil, en especial su militancia comunista. En *Doble esplendor*, Constancia alude a la novedad que supuso que una aristócrata trabajara, y señala con humor que muchas de sus antiguas conocidas o señoras de la burguesía iban a la tienda para ver «despachar a la nieta de Antonio Maura». El comentario le gustó muy poco a Zenobia cuando leyó el libro, ya que alguien podía interpretar que sus clientes habían aumentado gracias a Connie. No era el único motivo de disgusto que guardaba Zenobia. La impulsividad de Connie, tan alejada de su carácter reflexivo, y, sobre todo, su activismo durante la guerra civil acabaron con la paciencia de Zenobia, alérgica a los comunistas. Esta ruptura se reflejará en sus *Diarios*, donde la esposa de Juan Ramón se refiere a Connie con frialdad e ironiza sobre sus idas y venidas a Nueva York una vez perdida la guerra.

La primera boda civil

Novios ya *de facto*, Hidalgo de Cisneros y Constancia de la Mora seguían con avidez los debates parlamentarios sobre la Ley del Divorcio en ciernes. Algunos diputados amigos incluso los

mantenían informados sobre las dificultades concretas que encontraban en la oposición para sacarla adelante, y les proporcionaban de vez en cuando pases en la tribuna de invitados para que vivieran en directo la elaboración de una ley en la que podía estar escrito su futuro. En el campo de la izquierda, su interés se veía natural; en sus respectivas familias, su proyecto de casarse por lo civil sonaba a escándalo.

En esa época, Hidalgo de Cisneros compartía un piso en la calle del Marqués de Cubas, de Madrid, con el capitán Sebastián Rubio Sacristán, también republicano. Aunque su trato y amistad con Prieto y Fernando de los Ríos le procuraban información política, seguía su vida habitual: volar, divertirse cuando podía y pasarlo bien. En ocasiones, cuando Connie se encontraba en «La Mata», Hidalgo de Cisneros volaba hasta allí y arrojaba en la finca paquetes de medias y otros encargos que traía de Canarias. Cuando los paquetes caían, ella o su hermana Piti disfrutaban capturándolos. Regalar medias en aquella época no era algo banal, sino un detalle apreciado, ya que esta prenda de vestir tenía todavía un toque exótico. En la posguerra llegó a escasear y fue aún más valorada. En los momentos de más penuria, las llamadas medias de cristal parecían algo del pasado: eran incompatibles con aquella España de hollín y pan negro. No se encontraban y quien podía permitírselas tenía que adquirirlas en el extranjero o acudir al estraperlo. En el 41, fue Dionisio Ridruejo, que realizaba un viaje político a Canarias, quien trató de conseguirlas en las islas por encargo de su amiga y correligionaria Marichu de la Mora, y tal vez de algunas otras camaradas de la Sección Femenina. Familiarizado con el mundo femenino por haber crecido fundamentalmente entre su madre y sus hermanas, no era extraño que Ridruejo se ofreciera a traer desde Canarias algo que escaseaba en la Península. El poeta asegura recordar el encargo en una carta del 11 de marzo de 1941 en la que le narra a De la Mora la primera parte de su viaje. Las medias, antes y después de la República, constituían uno de los pequeños intereses comunes de los muchos que las hermanas compartían, algunos de ellos sin saberlo.

En 1931, sin duda, la que llevaba la voz cantante era Connie. Pero a pesar de su ascendencia de hermana mayor y de lo bien que se llevaba con Piti, ésta no solía secundar sus nuevas aficiones. Época de tertulias y de eclosión de ideas, Connie pedía a su hermana que la acompañara a las reuniones de Concha Prieto, la hija de Indalecio, a quien llamaban don Inda, pero a Regina traspasar ese campo no le interesaba. Hidalgo también asistió con el capitán Rubio a la tertulia del café Lion d'Or, frecuentada por el torero Sánchez Mejías y Manuel Altolaguirre. En una ocasión, Hidalgo de Cisneros coincidió con García Lorca, recién llegado de Nueva York. La crudeza con que habló de sus andanzas en aquel país y las constantes críticas que se vertían en la tertulia contra todo el mundo le hicieron desconfiar de los intelectuales. Poco a poco se fue familiarizando con ellos. A García Lorca empezó a conocerle mejor durante un viaje que hizo con Connie, y probablemente con Alfredo Bauer y su mujer, a Soria para ver una representación de *La Barraca*. Días después, Hidalgo de Cisneros recibió una cuba de vino de uno de sus hermanos, compró un jamón e invitó a unos amigos, entre ellos a Federico, a tomar en su piso unas copas. Después decidieron salir por ahí, pero cuando ya se marchaban, algo bebidos, Federico entró de nuevo en el piso para tomar una última copa. Horas después, cuando Hidalgo de Cisneros regresó a casa, descubrió un reguero de vino por debajo de la puerta. El olor era insoportable. Federico dejó sin cerrar la espita de la cuba y el vino se derramó por todo el piso. Qué señal de alegría, como las que dejaba por doquier el rastro del Federico más vividor. Qué macabro presagio ese líquido de color rojo absurdamente derramado.

Curioso, Hidalgo de Cisneros frecuentaba ya por entonces la peña de la plaza de Santa Ana, a la que asistían Juan Negrín, Julio Alvarez del Vayo, Luis Araquistáin, el doctor Pascua y otros socialistas. También acudía, posiblemente con Connie, a las reuniones que Alberti y María Teresa León celebraban en su ático del paseo de Rosales. Los paralelismos personales y políticos entre una y otra pareja eran llamativos, aunque los Alberti iban por delante: María Teresa, hija de militar, había estado casada y había

sido madre de dos niños antes de contraer matrimonio con el poeta. En este tiempo, Connie e Hidalgo de Cisneros conocieron también a Pablo Neruda, una amistad que prosiguió en México. La voz del poeta acompañaría a Connie hasta el pie de su tumba.

Sin necesidad de cambios bruscos, los horizontes de la pareja se ensanchaban. «Ignacio y yo habíamos llegado a no poder prescindir el uno del otro», escribe Connie con sencillez en *Doble esplendor*. Pero el anuncio de su boda originó tensiones familiares. «En mi familia la noticia de mi matrimonio "con una divorciada" cayó como una bomba», relata Ignacio en *Cambio de rumbo*. «Hasta entonces, aunque las diferencias políticas habían creado entre nosotros ciertas reservas, nuestras relaciones habían continuado siendo casi normales, pero cuando mi hermana Rosario supo lo de mi boda, reaccionó con una violencia intolerable», continúa. «Me dijo que si no me casaba por la Iglesia, consideraría a Connie como una *amiga* más de las muchas que yo había tenido, que nunca vería en ella a mi mujer legítima y que jamás la recibiría en su casa. Naturalmente, aquélla fue nuestra última entrevista. Nunca más volví a ver a mi hermana», zanja Hidalgo de Cisneros.

El pasado se alejaba. «Teníamos nuevos amigos, humanos y comprensivos, con los que coincidíamos en ver las cosas», explica Ignacio Hidalgo de Cisneros en *Cambio de rumbo*. Al aprobarse la Ley del Divorcio, el matrimonio de Constancia de la Mora con Manuel Bolín fue uno de los primeros que quedaron rotos. Al presentar Constancia la demanda de divorcio, probablemente a través de la abogada Matilde Huici, Bolín, que había permanecido en paradero desconocido, es decir, divirtiéndose en Paris, San Juan de Luz y Málaga, reapareció en la madrileña casa de la madre de su hija para pleitear por la tutela de Luli. Bolín pidió al entonces joven y prometedor abogado José Antonio Primo de Rivera que le representara en el proceso. Primo de Rivera, intuyendo que Bolín iba a perder, rehusó llevar su caso. Los tribunales condenaron al marido y le dieron a Constancia la completa tutela de Luli hasta la mayoría de edad. Una vez libre, su boda con el aviador se aceleraba. «Queríamos casarnos lo antes posible y decidimos hacerlo en Alcalá

de Henares», relata el que sería su segundo marido. El militar tenía una casa en Alcalá, donde estaba destinado, lo que facilitaba la elección de aquella ciudad como lugar del enlace. Aunque sus respectivos parientes no asistieron, la boda congregó a amigos y a representantes políticos progresistas.

Al tratarse de la primera boda civil que se celebraba en sus respectivos círculos, su matrimonio se convirtió en un símbolo. Baste decir que los testigos de la ceremonia iban a ser Indalecio Prieto, Marcelino Domingo, Juan Ramón Jiménez y José Aragón. Aunque en realidad sólo firmaron los dos primeros, ya que la ley exigía dos testigos y no cuatro. El hecho provocó en Juan Ramón Jiménez cierto enfado. Muy dolido, siempre pensó que lo habían postergado por no desairar a Domingo o a Prieto. Ciertamente, la presencia de los dos ministros congregó cierto gentío y convirtió la ceremonia en un acto de adhesión a la República. Lo que no esperaban es que las derechas tomaran partido también ante la boda. «Algunos elementos reaccionarios del juzgado intentaron impedir que el matrimonio se celebrase en sus locales. Poniendo como disculpa que faltaba algún detalle en la documentación, el juez que tenía que casarnos suspendió la ceremonia sin dar la menor explicación y se marchó a su casa. […] Yo estaba indignadísimo y lo mismo le ocurría a Prieto, al que pocas veces he visto tan furioso. La gente, al conocer lo que sucedía, comenzó a manifestar su descontento con cierta violencia. Aquello se estaba poniendo tan serio que Prieto y Domingo, a pesar de su indignación, tuvieron que calmar a la gente. Por fin, un suplente del juez, viendo que el asunto tomaba un cariz peligroso, decidió sustituirlo y celebrar nuestro matrimonio. Cuando salimos del juzgado, ya casados, la multitud que se había concentrado y que estuvo a punto de asaltar el edificio nos dio tales muestras de simpatía que nos compensaron con creces por el mal rato que nos había hecho pasar aquel maldito juez», rememora Hidalgo de Cisneros en *Cambio de rumbo*.

¿Por qué se casaron? ¿Qué empujó a alguien tan inquieto y tan aficionado a las aventuras como Ignacio Hidalgo de Cisneros a unirse a esta mujer que muchos consideraban arrogante y

autoritaria? No hay duda de que estaban enamorados, pero no tanto desde la pasión como desde una comprensión y comunión de ideas y de ideales. Hidalgo descubrió en Constancia algo que él no tenía o que quería acrecentar: su cultura, su saber estar, su lúcida comprensión del mundo, su ambición de ser útil. Más allá de eso, las razones de su matrimonio son casi tan enigmáticas como las de su divorcio: éste, desde luego, no está suficientemente explicado. Si el matrimonio aparece como una fiesta, un símbolo y una conquista en el relato de Hidalgo de Cisneros, el aviador pasa de puntillas sobre su separación. Aunque haya ido dejando, al mismo tiempo, numerosos indicios.

Los recién casados no planearon ningún viaje de novios. Hidalgo de Cisneros atribuye esta decisión al estado poco brillante de sus finanzas a causa de los gastos que tuvieron con el divorcio y la casa. Pero Indalecio Prieto los invitó a pasar unos días en un piso que tenía en Alicante y en el que por aquel tiempo descansaba también su hija Concha. «Aceptamos sin hacernos rogar. Pasar unos días en Alicante en compañía de Concha, a la que Connie y yo queríamos mucho, era un magnífico regalo de boda», puntualiza él. Don Inda también apareció el fin de semana en su coche oficial y los invitó a comer al día siguiente en una modesta venta-restaurante de la carretera de Cartagena, frente a Torrevieja, donde, en opinión del recién casado Hidalgo de Cisneros, les prepararon los más sabrosos langostinos que jamás habían comido.

«El matrimonio alteró poco nuestras costumbres. Yo salía temprano para Alcalá y regresaba por la tarde. Connie trabajaba con Zenobia. Era interesante ver cómo se reflejaba en la tienda la situación política. La clientela elegante había desaparecido. Poco a poco la sustituía otra clientela, formada por personas que en general pertenecían a la burguesía media con ideas liberales». Como a Connie le gustaba mucho la música «los domingos por la mañana solíamos ir con Juan Ramón y Zenobia a los conciertos de la Sinfónica», relata Hidalgo de Cisneros. «Mis relaciones con Luli, la hija de Connie, eran las normales entre un padre y una hija que se llevan bien», precisa. «Yo sentía por Luli un gran cariño, y ella

siempre demostró en todas sus reacciones que estaba encantada de tenerme por padre», confiesa. Aunque poco proclive a tener hijos propios, Ignacio volcó en Luli todo el encanto que ya habían experimentado sus sobrinos. «Después de nuestra boda, a Connie le pidieron sus padres con mucho interés que Luli siguiese pasando los fines de semana con ellos y ella aceptó. Estos eran los únicos contactos que teníamos con la familia», precisa. Los lazos financieros con la familia De la Mora tampoco se rompieron: «El padre de Constancia siguió mandándole la cantidad que le había asignado antes de casarse, pero este dinero se depositó en una cuenta bancaria a nombre de Luli para que lo utilizase al ser mayor de edad», agrega. La ausencia de Luli los fines de semana, aunque no buscada, les permitía disponer de tiempo propio para viajar por los lugares más pintorescos de España o darse largas caminatas por la sierra provistos de «grandes sacos» a la espalda. Una organización familiar perfectamente regulada y con un enfoque moderno que le hace escribir al aviador: «En una palabra, éramos completamente felices».

Mientras su vida conyugal se asentaba, la República dejaba traslucir sus contradicciones. «Al suprimir el sueldo de los curas, se creó inútilmente un enemigo peligroso. Sigo convencido de que si en vez de quitarles su miserable sueldo se lo conservan o se lo aumentan, aunque sólo fuese en una pequeñísima cantidad, una gran parte del clero pobre hubiese sido fiel, e incluso hubiese defendido la República», sostenía el marido de Connie con agudeza, aunque pecara a la vez de ingenuidad. Al igual que a muchos republicanos de ley y orden, le molestaba el anticlericalismo y la obsesión de ciertas hordas por quemar conventos. Hidalgo relata en sus memorias una anécdota que se repitió en más de una localidad: «Declarada la República. Qué hacemos con el cura», preguntaba el alcalde de un pueblo en un telegrama. También planteaban problemas los republicanos católicos que no querían pasar por ese trágala. El propio Alcalá-Zamora, prototipo del republicano de derechas, oía misa a diario. ¿Cómo iba a ser el Gobierno anticlerical? No todos sabían ver que no era incompatible presidir un

Gobierno aconfesional y ser creyente, lo mismo que no era necesario eliminar al cura para combatir sus privilegios. Estas consideraciones no impedían que Hidalgo pensara que el Gobierno tenía que ser más cauto y severo con aquellos que se mostraban beligerantes contra la República. Ante un panorama no sólo plural, sino con enfoques violentos por los extremos, los republicanos no se mostraron diligentes, anota. El prurito de los políticos republicanos de «no salirse de la legalidad» los ataba de pies y manos, reflexiona en estas memorias escritas con la perspectiva de varios años de exilio, y no con la premura y el apasionamiento que Connie imprimió a su autobiografía. La primera parte de *Cambio de rumbo* fue publicada en Bucarest en 1961; la segunda, poco antes de su muerte. El paso del tiempo se aprecia no sólo en el análisis, sino en la dedicatoria de estas memorias. Mientras que Constancia dedica *Doble esplendor* a «Ignacio y Luli», Hidalgo de Cisneros inicia su biografía con esta enigmática frase: «A Brahmina la bella», probablemente una de sus amigas íntimas, o quizá una enfermera con la que mantuvo un trato frecuente en los últimos años de su vida. Aunque es posible que en esa dedicatoria se fundieran todas las mujeres bellas, elegantes e inteligentes que habían pasado por su vida. Por la doble vida de Ignacio Hidalgo de Cisneros y de José Castejón, naturalmente.

El general Sanjurjo asestó un primer golpe a la República al sublevarse en Sevilla el 10 de agosto de 1932. En Madrid, un grupo de militares y civiles intentó apoderarse del Ministerio de la Guerra. El movimiento fue sofocado, pero Hidalgo de Cisneros no dejó de decir a quien quiso oírlo que había que tomar medidas para evitar nuevas intentonas. Conocía bien el paño, y consideraba imprescindible que se diera de baja a un reducido número de aviadores que se declaraba enemigo de la República para que se incorporara a sus respectivos cuerpos o armas. Azaña solicitó a Hidalgo de Cisneros y a un grupo de militares republicanos un proyecto para reorganizar la Aviación, pero una vez que se le entregó no lo llevó a la práctica. Esta tibieza preocupaba a Hidalgo de Cisneros. Para el marido de Constancia fue doblemente

frustrante ver que no sólo no se tenían en cuenta sus propuestas, sino que, a pesar de su carácter confidencial, el borrador llegó a manos del personal de Aviación, que lo discutía públicamente, agravándose su división.

La sublevación del 10 de agosto produjo una brecha entre los españoles: los que habían permanecido neutrales hasta entonces se fueron decantando hacia la derecha o la izquierda. El abismo ideológico se hizo aún más hondo y en medio de este ambiente de intransigencia Hidalgo de Cisneros interrumpió las relaciones con los familiares con los que aún se trataba. Aunque no fue una ruptura definitiva. El tío Ignacio era querido en su familia de sangre. El afecto sobrevivió incluso a la guerra civil, a pesar de que sus hermanos militares habían estado en trincheras opuestas. Hidalgo de Cisneros da fe de esa quiebra familiar en los apuntes autobiográficos que escribió a su llegada a la URSS, el 19 de julio de 1939. Al citar a su hermana Rosario, casada con Pedro Gevenois, general de Artillería, apunta que éste era «muy reaccionario». Al mismo tiempo reconoce su abierta hostilidad frente a sus hermanos militares durante la guerra civil, consciente de que no serían nunca amigos «de nuestra causa». El contacto epistolar y físico con Paco, su hermano mayor, sólo se reanudó estando Ignacio ya en el exilio. Los dos hermanos se reconciliaron y se encontraron en Francia. Para los sobrinos, el tío Ignacio siempre había tenido aureola de héroe. En parte por sus acrobacias de aviador, en parte porque era generoso con los pequeños. Su sobrino, Ignacio Hidalgo de Cisneros Alonso, recuerda que uno de sus hermanos padeció de niño una enfermedad y, «cuando lo supo el tío Ignacio, en seguida se encargó de que lo atendiera un médico de su confianza, el doctor Bastos». Además de ser soltero por entonces, Ignacio Hidalgo de Cisneros disponía de más patrimonio que su hermano Paco. La herencia de la madre de Ignacio era más abundante. El matrimonio de su tío con una divorciada y su ingreso en el Partido Comunista de España se vivieron con dramatismo dentro de su conservadora familia, pero no borraron el cariño ni empañaron del todo la leyenda de tío adorable.

Los años de Roma y Berlín

Antes de ingresar en el Partido Comunista, aún por el 32, sus antiguos amigos los llamaban ya *los bolcheviques*, a pesar de que Ignacio confiesa que en aquel tiempo desconocía su exacto significado y que apenas tenía información sobre lo que ocurría en Rusia. Lo cierto es que para su antiguo entorno eran unos apestados, al tiempo que para otros representaban la izquierda moderada y exquisita. En medio de este escenario, Hidalgo de Cisneros supo que el Gobierno pensaba enviar agregados de Aviación a los principales países, y alguien le sugirió que acceder a uno de esos puestos sería una magnífica oportunidad para él, ya que podría ampliar sus conocimientos. Más tarde supo que sus hermanos militares habían intervenido para que se le hiciera esa propuesta. Como él mismo reconoce en sus memorias, no cabe duda de que «les parecía bien que me ausentase de España una temporada».

Anticipándose a una cita que estaba fijada ya en sus vidas, aunque no tan pronto, Hidalgo de Cisneros solicitó el puesto de agregado de Aviación en México, un país que «nos era simpático y nos interesaba ver de cerca», explica. La República no tenía por entonces Embajada en la URSS, pero, de haberla tenido, no hubieran solicitado ese país. Sólo algunos de sus compañeros más a la izquierda, como el aviador Pepe Legórburu, admirador de la Unión Soviética, hubieran ansiado ese puesto. A Hidalgo no le dieron México, ya que el Gobierno había suprimido los agregados aéreos en Latinoamérica por razones económicas. «Con sorpresa y desilusión, vi que me destinaban como agregado de Aviación a las embajadas de España en Roma y Berlín». El traslado le iba a permitir vivir fuera de España como diplomático parte del bienio negro, aunque cuando el clima político se agrió del todo y vieron peligrar la República, decidieron volver.

«Acepté mi nuevo destino por consideraciones exclusivamente personales. Ni me interesaba ni me atraía vivir en la Alemania nazi o en la Italia de Mussolini. Cuando se conoció mi nombramiento y la

gente me felicitaba lo mismo que si me hubiese tocado la lotería, en mi fuero interno sentía cierta vergüenza. Como si hubiese pasado la cuenta a la República y ésta me pagase con aquel magnífico destino», confiesa. Curiosamente, nadie le había dado instrucciones sobre su función. «No conocía Italia ni sabía nada de fascismo», admite. «Cuando me despedí del ministro, del jefe del Estado Mayor Central y de los jefes de Aviación, hablamos de muchas cosas; Azaña me dio una conferencia sobre las ruinas de Roma, en Aviación los jefes me gastaron bromas con las "romanas caprichosas", pero nadie me habló del trabajo», ironiza. «Cuando en todos los países los agregados militares extranjeros se dedicaban a un trabajo de información parecido al espionaje, a nosotros estos trabajos nos tenían sin cuidado», señala con cierta irritación. Tal vez fuera esa falta de instrucciones lo que motivó que realizaran el viaje a Roma con calma: el hidroavión que tomaron en Barcelona hacía escala en Marsella, y desde el aeródromo marsellés viajaron a Niza y Montecarlo, y descansaron unos días en la Costa Azul. De allí llegaron a Ostia, el puerto de Roma. Luli se había quedado con sus abuelos mientras ellos se instalaban, y una mezcla de despreocupación y de sentido del deber los acompañaba.

Sin duda, el tiempo pasado en Roma fue feliz. Además de tener el privilegio de trabajar en el histórico palacio de Barberini, junto al Quirinal, aquélla fue una etapa de vino y rosas, un paréntesis afortunado que se fue oscureciendo conforme llegaban malas noticias de la República. Aparte del sueldo y los gastos de representación, Hidalgo contaba con dietas cuando se desplazaba a las fábricas de aviones o aeródromos italianos. «Como tenía libertad completa para escoger los itinerarios, sin hacer nada inmoral combinaba los viajes oficiales con nuestros planes turísticos, y la visita a una fábrica de motores de Nápoles, por ejemplo, me permitía visitar Pompeya o pasar un fin de semana en Capri», relata. El porte regio de Connie y su dominio de idiomas debieron de serle de gran ayuda en los viajes oficiales o en los que realizaban por placer. Hidalgo no oculta al lector, con una franqueza no siempre frecuente, cómo su privilegiada situación le permitió comprar un

Renault que costaba en París unos 26.000 francos (del año 33) por unos 15.000, gracias a la exención de aduanas, un descuento del 20 por ciento a diplomáticos, más el precio especial por venta al extranjero. Pero Roma no fue solamente una intermitente luna de miel para la pareja. Parece verosímil que ya entonces hubo alguna tirantez entre ellos a causa de pasajeros enamoramientos o aventuras de él. Hidalgo de Cisneros no esconde que su *álter ego*, Pepe Castejón, el militar vividor al que le atribuye sus propias aventuras sentimentales, reapareció en Roma invitado por el aviador. Es posible que el primo Pepe, pertinaz mujeriego siempre enredado en aventuras galantes, no sólo protagonice las historias sentimentales vividas en primera persona por Hidalgo de Cisneros. Tal vez el militar aproveche al personaje de ficción para involucrarlo en otras historias amorosas que conoció de primera mano a fin de preservar la identidad de los que realmente las vivieron. Pero hay en ese personaje demasiada intención como para no sospechar que el autor acostumbra a hablar de sí mismo cuando cita a Pepe Castejón.

A pesar de la discreción de Hidalgo de Cisneros y de la elegancia con que aborda igualmente Constancia de la Mora su relación con él en su autobiografía, no se puede escamotear el éxito que el aviador tenía entre las damas. Hidalgo de Cisneros menciona como algo curioso lo caprichosas e interesadas que eran algunas romanas en su caza del diplomático, y lo hace con los detalles de quien sabe de lo que habla. Un comentario algo misógino que, aunque contado como pincelada de color, no viene a cuento en unas memorias personales y políticas, a no ser que el autor sienta que eso le ha tocado de cerca. En qué medida este tipo de licencias afectó a su matrimonio es difícil saberlo. A tenor de lo que ambos escriben —aunque Hidalgo de Cisneros se explaye más—, la complicidad y el cariño, además de la comunión ideológica, los mantuvo plenamente unidos hasta el final de la guerra.

En Roma frecuentaban a Ramón del Valle-Inclán, nombrado director de la Academia de Bellas Artes de España. Don Inda se lo había encomendado para que lo ayudaran a instalarse. Gabriel Alomar, el embajador, era también leal a la República. Pero, a

excepción de estos nombramientos por arriba, parte de los representantes y diplomáticos españoles en Roma eran discretos o declarados antirrepublicanos. Connie fue testigo durante una recepción celebrada en la Embajada española ante el Vaticano de la profesión de fe monárquica de la anfitriona. De origen austríaco, la esposa del embajador español en el Vaticano era ciega, y, pese a esta limitación, trataba de realizar su cometido con cierta naturalidad. Connie fue a despedirse de ella, y el sacerdote que conversaba en ese momento con la embajadora le cedió el asiento. La embajadora no se dio cuenta del cambio de interlocutor y siguió dirigiéndose al sacerdote: «Me parece bien ir a ver a las pobres infantitas [por las hijas de Alfonso XII, que vivían en Roma entonces], y lo que siento es no poder ir yo misma a saludarlas».

En una carta enviada a Zenobia Camprubí desde Italia, Constancia reconoce que apenas surgían afinidades en estas cenas y reuniones a las que asistían como invitados o en las que daban como anfitriones. «Son gente oficial dispuesta a sacar toda la información que pueden de España. Ahora que a veces los que le sacamos el jugo somos nosotros a ellos»[8]. En otra de estas cartas se desprende que Connie se encargaba de traducir algunos documentos al inglés, además de su papel de consorte del agregado aéreo.

Anclados ya en la vida diplomática italiana, Hidalgo no había sido requerido aún en Berlín de forma oficial, a pesar de su doble designación. Connie y él, sin embargo, visitaron Alemania en viaje privado en los mismos días en que se celebraron los funerales del presidente Hindenburg. En un curso para extranjeros sobre historia y arqueología romanas al que se apuntaron pata paliar su desconocimiento sobre el país, habían conocido a Liselotte, una alemana que se acababa de divorciar de un conde austríaco y que sentía antipatía por los nazis. Su estancia en Roma era una excusa para sortear su crisis personal y alejarse del incipiente terror nacionalsocialista. Su padre, un rico industrial alemán, invitó a los amigos de su hija a pasar unos días en su finca, a cuarenta kilómetros de Munich.

Nada más llegar a Alemania, los Hidalgo de Cisneros tuvieron

un encontronazo con los nazis. Al llegar a Friedrichschafen, después de atravesar Suiza en coche y pasar en *ferry* el lago Constanza, se alojaron en un hotel con un restaurante en la planta baja. Cuando cenaban, llegó un grupo de diez o doce nazis, y uno de ellos se fijó en el matrimonio Hidalgo de Cisneros y los señaló de forma despreciativa. Por su aspecto físico debieron de pensar que eran judíos. Connie, además de alta y desgarbada, era espectacularmente morena; la nariz de Hidalgo era grande y ligeramente ganchuda. «Siento no hablar alemán para preguntar a esos tíos qué es lo que les pasa con nosotros», dijo el marido dirigiéndose a Connie, pero mirándolos a ellos y hablando en voz alta para que le oyesen. Ante el cambio de idioma, el que parecía el jefe se dirigió a recepción para preguntar quiénes eran. El nazi volvió más tranquilo. Tras decir a sus compañeros unas palabras, el grupo se olvidó de ellos. De cualquier modo, fue una primera impresión brutal del racismo nazi.

Constancia, incipiente feminista

Alojados en la magnífica mansión del padre de la amiga alemana, trataron de eludir el ambiente de duelo oficial por Hindenburg visitando Munich y sus alrededores. Hidalgo relata que a Connie, ya moderada feminista, la indignaba que el padre de Lisotte subiera cada noche una botella de su bodega particular, procedente de sus viñedos, e invitara a Ignacio a degustarla y a sentarse a una mesita aparte para bebérsela ellos solos. Estas atenciones se debían a que le habían dicho que Ignacio procedía de una familia con bodegas en La Rioja y que era buen catador. Pero nunca se le ocurrió ofrecer una copa a Connie ni a ninguna de las mujeres de la casa.

En Munich visitaron al cónsul español, Daniel López, aragonés de origen. Él los puso al corriente de la situación en Baviera y les confirmó el régimen de terror impuesto por los nazis y la persecución a los judíos, a algunos de los cuales, de ascendencia

española, había podido salvar dándoles pasaporte de la República.

Aprovecharon, asimismo, el viaje para acudir al festival de Bayreuth, donde presenciaron *Fidellio*. Regresaron a Italia por Austria. Connie y Liselotte, que los acompañaba, permanecieron en Venecia mientras el aviador asistía a unas maniobras militares en Bolonia. Desde allí se acercaron a la costa dálmata y pasaron unos días en Ragusa, desde donde vieron dos mercantes rusos que habían llegado con emigrantes blancos que abandonaban el país tras la guerra civil. Ellos, por el contrario, no parecían tener más obligación en esos días que saborear la cara más grata de una Europa convulsa. Mientras tanto, las noticias de España eran pesimistas, y la divergencia entre republicanos creciente. Hasta don Inda mandó al agregado de Aviación en Roma una carta escrita en términos agoreros, e Ignacio Hidalgo de Cisneros solicitó volver a España para ser más útil a la maltrecha República. Prieto le contestó que esperara.

Llegaron las elecciones y las derechas obtuvieron un número de diputados «alarmante» en palabras de Hidalgo de Cisneros, a pesar de que los republicanos seguían teniendo mayoría en la Cámara. El pacto de Lerroux con la coalición derechista dio un vuelco a la situación: se iniciaba el llamado *bienio negro*, una época de enconos y de división ideológica en la que la *nueva* República luchaba contra la República primigenia. Cuando estalla la rebelión popular de 1934, Hidalgo de Cisneros decide regresar al país, y ponerse «a disposición de los dirigentes socialistas», al ser «los únicos que yo conocía entonces», escribe en su autobiografía de 1939 destinada a las autoridades de Moscú.

Pero al acercarse a Barcelona, leyó en los periódicos que el Gobierno derechista había sofocado la protesta en Madrid y Barcelona, había detenido a los principales líderes socialistas y republicanos y atribuía a Prieto la dirección del movimiento. Inmediatamente, Hidalgo de Cisneros urdió un plan para sacar a don Inda de España: se vistió de militar y organizó la huida de Prieto escondiéndolo en el maletero de un automóvil que él mismo ocupó, junto al chófer, hasta atravesar la frontera. Una vez que

Indalecio Prieto quedó a salvo en Francia, Hidalgo de Cisneros regresó tranquilamente a Roma.

En el puerto de Ostia lo esperaban, además de Connie, Ramón del Valle-Inclán y los Alberti. Rafael y María Teresa venían de Moscú de un congreso de escritores y les habían telegrafiado para que no regresaran a España, lo que podría ser peligroso en aquellos momentos. Connie y su marido los invitaron a quedarse en su casa mientras se aclaraba la situación. Hidalgo de Cisneros les relató la aventura vivida para sacar a Prieto oculto en el maletero del automóvil, y Valle-Inclán reaccionó con violencia y dijo que Lerroux no era de fiar. Por esa razón, agregó Valle-Inclán, ya desde la época del Comité Revolucionario (en 1930) no se le contaban los planes importantes o los que entrañaban riesgo si alguien se los soplaba a la policía. Lerroux, además, odiaba a Prieto, por lo que, en opinión de Valle-Inclán, el socialista lo habría pasado mal si aquél llega a detenerlo. Lo divertido es que, poco tiempo después, Valle-Inclán contaba la fuga de Prieto como si él mismo lo hubiera ayudado a escapar, incluso aunque Connie y su marido estuvieran delante.

En aquellos momentos, Hidalgo de Cisneros se sentía ya sin reservas al lado de los huelguistas y de los mineros. En consecuencia, mandó un telegrama al ministro de la Guerra presentándole la dimisión y pidiendo ser relevado: «Estoy ocupando en la Embajada de Roma y Berlín un puesto de confianza del Gobierno. Como no estoy de acuerdo con el nuevo Gobierno, presento mi dimisión y solicito ser destinado a España». Convencidos de que el traslado era inminente, Constancia y él cerraron el piso de Roma y enviaron sus enseres a Madrid por medio de una agencia. Connie y Luli regresaron a Madrid para preparar el nuevo piso que los acogería. Mientras, el militar se fue a vivir a un hotel. Tal vez fuera la ocasión para que reapareciera el divertido y ocurrente Castejón. Por poco tiempo, ya que Connie se reunió de nuevo con su marido en el hotel cuando tuvo lista la mudanza.

En cartas escritas a Zenobia el 26 de diciembre de 1934 y el 4 de enero de 1935[9], Constancia encarga a su amiga que se ocupe de que Luli pueda ingresar ese curso en el Instituto Escuela en Madrid,

mientras ellos estén todavía en Roma, o, si esta opción falla, en su anterior colegio, el Plurilingüe. En ese tiempo, los padres de Constancia estaban aún en Alemania, y en el intermedio, Constancia pretendía que Luli, que tenía entonces cerca de siete años, quedara interna hasta que ella o sus padres regresaran. La relación de confianza con Zenobia es tal que, además de pedirle que solicite el certificado de nacimiento de Luli en Torremolinos, donde la niña nació el 28 de febrero de 1928, le ruega que recoja algunos baúles y enseres que enviará por una agencia si llegan antes que ella. Constancia explica que lo mandará esta vez por Bolliger, más económica que Wagons-Lits (que en realidad se lo encomendaba siempre a otra agencia, casualmente Bolliger). En estas cartas de carácter doméstico sale a relucir una genuina Constancia dando órdenes hábilmente, nombrando a Zenobia su *delegada* y organizando encargos y traslados. El hecho de que tenga que acompañar inesperadamente a Ignacio a Berlín para su presentación oficial, acentúa aún más su nerviosismo. Por si fuera poco, antes de salir de viaje, «*they want we to translate into english several documents before we leave*». (Quieren que, antes de irnos, traduzcamos diversos documentos al inglés.), añade en inglés en la segunda carta. Aunque algunos muebles sólo podrán salir de Roma cuando su vuelta sea oficial, Constancia aprovecha para indicar a su amiga que puede venderle algunos de los que llegarán antes o que ya están en Madrid, como una cama turca que le costó 45 pesetas y otro mueble que costaba mil pesetas y por el que Zenobia puede pedir lo que le parezca. No quiere vender, en cambio, los cuadros y la cristalería, el buró grande y el pequeño que le regaló su amiga Gisela (Bauer) y la librería. En una carta anterior aludía a su interés por lo que sucedía en España y confesaba a su amiga: «Me dan unas ganas horribles de estar allí para meter mis narices en algo».

No hacía mucho que Zenobia los había visitado en Roma en vista de que no conseguía que Juan Ramón aceptara también la invitación que los Hidalgo les hicieron desde que llegaron a Italia. A Zenobia, por el contrario, la entusiasmaba viajar, y después de unos días en Italia, el matrimonio Hidalgo de Cisneros la acompañó

hasta la Costa Azul francesa. En Cannes visitaron a Prieto, que se encontraba con sus hijas en una villa que le había prestado María Lejárraga. Zenobia y don Inda intercambiaron en seguida puntos de vista sobre la situación española: el optimismo de Zenobia y el pesimismo de don Inda alimentaron sucesivas conversaciones y discusiones políticas. Aquellos días de fiesta y vacaciones acabaron pronto a causa de un malentendido: un observador confundió en Niza a Ignacio, que lucía su coche de matrícula diplomática, con el infante Jaime, hijo de Alfonso XIII, y un periodista local al que le llegó el rumor publicó unas fotos de él con Prieto y de la villa en la que éste vivía bajo este titular: «¿Qué hacen en Cannes el señor Prieto, ex ministro de Hacienda de la República española, y el infante don Jaime, hijo de Alfonso XIII?». Fue el pretexto para que la policía pidiera a Prieto que buscara un lugar más discreto para alojarse en Francia a fin de evitar un hipotético atentado de los anarquistas. En consecuencia, los Prieto se marcharon a París, Zenobia volvió a Madrid en tren desde Niza y Connie e Ignacio regresaron a Roma. Como no había noticias de su traslado, unas semanas después Connie y su marido volvieron a París para pasar las fiestas de Año Nuevo con Prieto y su familia, que residía en un piso de la avenida Wagram. Una vivienda bastante concurrida: por allí recalaban también otros exiliados por los sucesos de octubre del 34, en su mayoría mineros asturianos socialistas.

La rivalidad de Prieto y Largo Caballero se palpaba en aquel ambiente de exilio y emigración. Según Ignacio Hidalgo de Cisneros, don Inda nunca había apostado por la sublevación de octubre aunque secundara los planes del partido, y achacaba a Caballero, dirigente de la revuelta paralela efectuada en Madrid, el fracaso de aquélla. A su vez, Largo Caballero y sus partidarios le echaban en cara a Prieto que hubiera prometido la ayuda de algunas unidades del ejército y de Aviación que fallaron en el momento de actuar. La realidad es que, llegada la hora de la verdad, sólo algunos aviadores se negaron a cumplir las órdenes gubernamentales de bombardear a los mineros. Julio Álvarez del Vayo, amigo de Largo Caballero, se había desplazado en ese final de año a París para

mediar entre ambos líderes socialistas y sumar fuerzas.

Estaban aún en París cuando el marido de Connie recibió una orden que consideró absurda: tenía que hacer su presentación oficial en Berlín. Él no entendió cómo le pedían este servicio habiendo solicitado el relevo de Roma. Sabía, además, que el Gobierno estaba prescindiendo de los militares republicanos y «reemplazándolos por enemigos de la República», como el general Goded, nombrado director de Aeronáutica; el general Francisco Franco, jefe del Estado Mayor, y el coronel Joaquín González Gallarza, jefe de las Fuerzas Aéreas. No obstante, acató la orden sin hacer preguntas, y Connie y él se dirigieron a Alemania. En Berlín los esperaba el director de la Lufthansa y otros altos militares. Un recibimiento desmesurado, ya que las autoridades alemanas desconocían la filiación republicana de Hidalgo de Cisneros. El matrimonio tampoco entendía a santo de qué venían tantos agasajos. Como el detalle de que, al poco de llegar, el general Milch los invitara a Connie y a él a cenar con su esposa. Fue un lujoso banquete al que se sumaron otros altos militares y sus respectivas mujeres. A continuación acudieron al teatro y finalmente tomaron la sopa de madrugada en el viejo Berlín. Estas atenciones se debían, según pudo colegir Hidalgo, a que le suponían hombre de confianza del Gobierno y pretendían activar algunos acuerdos que les interesaban. De las reuniones que mantuvo esos días dedujo que Alemania quería lograr en Marruecos y en el Sáhara español aeródromos de tránsito para sus líneas aéreas de América del Sur. También les interesaba obtener autorización para construir en España y en Canarias torres de amarre para sus zepelines, y, por último, una extensa red de estaciones de radio. A cambio de estas concesiones, de ciertas materias primas y productos alimenticios como naranjas, aceite, etcétera, «Alemania nos proporcionaría los aviones y el armamento necesario para reorganizar nuestra aviación militar». Todo ello en un lenguaje que dejaba traslucir que existían contactos previos entre ciertos políticos y militares españoles y los nazis para asegurarse su apoyo en un eventual complot contra la República.

En medio de este escenario cordial, al agregado de Aviación

español le prepararon una serie de visitas a fábricas de aviones y academias militares secretas o de acceso restringido. En estos desplazamientos, Hidalgo viajaba en el magnífico Junkers-52 y lo acompañaba Connie. Con frecuencia, mientras él visitaba las fábricas, como la de los aviones Focke-Wulf, en Bremen, la mujer del director acompañaba a Constancia a visitar los lugares de mayor interés de la ciudad. También le mostraron la casa de aviones Dornier y los talleres donde construían el *Graf Zeppelin*. Igualmente estuvo en una escuela de pilotos militares camuflada, ya que el Tratado de Versalles prohibía su existencia. El equívoco se deshizo cuando las autoridades alemanas se enteraron de que Hidalgo de Cisneros no era ni mucho menos afín a la línea de Franco o Gil Robles. De la amabilidad pasaron a una sequedad de trato manifiesta. El cambio de tono se produjo en Munich, donde el comodoro que debía acompañarlo a una visita ya fijada suspendió ésta sin explicaciones. Alertado, el matrimonio Hidalgo de Cisneros decidió regresar de inmediato a Roma. Para evitarse complicaciones, Hidalgo solicitó al cónsul español que los acompañara al aeropuerto.

El avión de vuelta hacía escala en Venecia y se alojaron unos días en un hotel del Lido. Allí, «por primera vez pudimos analizar con toda tranquilidad nuestra situación», relata Hidalgo de Cisneros incluyendo a su esposa en esas reflexiones. ¿Por qué no lo habían trasladado a Madrid? Hidalgo de Cisneros dedujo que Gallarza no había dado curso a su dimisión porque le resultaba aún más incómodo en España que fuera: dada su antigüedad en el arma, tendría que darle un destino importante. Mientras, continuaron los trámites habituales para obtener la autorización para presentarse en Berlín y ésta se aprobó de forma automática… Aún estaban sorprendidos de que el régimen de Hitler y la propia Gestapo hubieran tardado cerca de un mes en conocer su identidad y sus ideas. Por otra parte, aunque la información adquirida era importante, ¿a qué autoridad española debía suministrarla? Hidalgo de Cisneros no estaba seguro. Comunicárselo a González Gallarza, jefe de las Fuerzas Aéreas; al general Goded, director de Aeronáutica; a Franco, jefe del Estado Mayor Central, o a Gil

Robles, ministro de la Guerra, hubiese sido inútil y contraproducente, en su opinión. Decidió marchar a París y pedir consejo a Prieto sobre lo que debía hacer. Prieto, sin embargo, no dio importancia al posible complot contra la República y lo redujo a meros contactos entre nazis y militares españoles. Decepcionado, Hidalgo de Cisneros marchó a España y, vestido de uniforme, se presentó en el destructor del puerto de Barcelona donde Azaña estaba detenido y logró entrevistarse con él. El resultado fue igual de frustrante. Azaña estaba preocupado por su situación personal y no quería complicaciones añadidas. La ceguera de los dirigentes republicanos indignaba al aviador. Su aislamiento político, el no estar encuadrado en una formación política, lo limitaba.

Mientras agotaban su estancia en Roma, viajaron a Sicilia y vieron unidades militares y *camisas negras* que se entrenaban para la invasión de Abisinia en un terreno muy similar al de Etiopía. Fue uno de sus últimos viajes antes de recibir la orden de que regresaran a Madrid. Cuando Hidalgo de Cisneros se presentó ante el general Gallarza, éste le planteó con crudeza que no quería darle un destino de mando porque no confiaba en él, y que sería más prudente que pidiera la separación de Aviación. Hidalgo de Cisneros le replicó que era un comandante de Aviación con los mismos derechos que los demás y que jamás dejaría el arma voluntariamente. A los pocos días lo destinaron a la sección de Cartografía del Estado Mayor de Aviación en el Ministerio de la Guerra, un trabajo desde el que se sentía vigilado. Sin embargo, desde aquella oficina, en la que cualquier aviador podía entrar para solicitar un mapa o un plano, también él pudo establecer contacto con los compañeros afines.

El regreso fue duro para ambos. Algunos de sus mejores amigos aviadores republicanos estaban detenidos en prisiones militares por los sucesos de Asturias; otras de sus amistades habían marchado al exilio. Por otra parte, a pesar de su amistad con Indalecio Prieto, todavía en París, nunca habían hablado de una mayor vinculación política. Don Inda jamás le habló de su partido «ni intentó atraerme hacia el socialismo», confiesa Hidalgo de Cisneros en sus memorias.

Dos meses después de su vuelta fue destinado a Sevilla como jefe

del aeródromo de Tablada. Allí palpó la hostilidad de sus compañeros: jefes y oficiales, sin faltar a la disciplina, le hicieron el vacío, tildándolo de bolchevique. En sus apuntes autobiográficos, redactados para las autoridades soviéticas en 1939, explica la sensación de hostigamiento que sufrió: «A mi llegada a España los jefes de la Aviación, puestos por Gil Robles, Franco y Goded, me recibieron, como era natural, muy mal; me tuvieron mucho tiempo sin darme ningún destino, haciéndome ir al ministerio todos los días. Por fin, viendo mis continuas y enérgicas reclamaciones, me destinaron al aeródromo de Sevilla, cuyo jefe, muy de derechas, había ya recibido órdenes de Madrid previniéndole contra mí», relata. El general republicano reconocía que aquella temporada en Sevilla fue difícil y desagradable. «Cada vez que entraba en un local —recuerda—, me dejaban solo».

Entre tanta soledad encontró aliados insospechados en algunos suboficiales y mecánicos. Estos últimos supervisaban día y noche su avión para descartar un sabotaje. En este ambiente de casi preguerra se celebraron las elecciones de febrero de 1936. El Frente Popular obtuvo una amplia victoria (257 diputados contra los 205 de centro y de derechas). El general Miguel Núñez de Prado, nombrado director de Aeronáutica, reclamó a Hidalgo de Cisneros a Madrid (donde habían permanecido Connie y Luli mientras estuvo destinado en Sevilla) para que se pusiera a sus órdenes directas! Convencido de que los militares de derechas preparaban una sublevación, Núñez de Prado le pidió ayuda para neutralizarlos. Pero una vez más, el ministro del ramo se asustó ante su propuesta y Núñez de Prado tuvo que hacer concesiones. Estaba claro que el Gobierno no era consciente de lo que suponía que los puestos de mando estuvieran en manos de los reaccionarios, apostilla el marido de Connie.

Una comida familiar

Su domicilio madrileño empezó a convertirse en un centro de reunión de amigos republicanos. En algunas de estas reuniones, alguien invitó a dos jóvenes matrimonios franceses de paso en España, y solidarios con la República. Eran cultos y cosmopolitas e Hidalgo se quedó asombrado cuando supo que eran simpatizantes o miembros del Partido Comunista Francés. Marie Louise Cachin y su marido, Marc Jacquier, eran abogados, habían hecho el viaje a España en bicicleta y eran comunistas. Marie Louise era hija de Marcel Cachin, uno de los dirigentes del Partido Comunista Francés. También les impresionaron Lulú y Hernando Viñes, éste, de origen español y pintor. Se habían casado en el 31 y ambos eran simpatizantes del PCF. Lulú era hija del célebre arquitecto comunista Francis Jourdain. La presencia de estos comunistas de rostro amable y burgués actuó como fermento de cara a su futuro salto al PCE. Aunque Hidalgo de Cisneros se había movido en la órbita de Prieto, el partido comunista se perfilaba ante él como un movimiento más audaz y operativo. La amistad de Constancia e Hidalgo de Cisneros con los Viñes continuó después de la guerra civil. Años después, Lulú Viñes ayudó a traducir *Doble esplendor* al francés, y su padre, Francis Jourdain, escribió un encendido prólogo muy acorde con el título de la versión francesa: *Fière Espagne*.

Los Viñes formaban parte del centro artístico de aquella España libre y en ocasiones exaltada que precedió a la guerra civil. Una célebre fotografía de mayo de 1936, realizada durante un banquete en homenaje al pintor, muestra el extenso abanico de amigos y admiradores que acompañaron ese día a los Viñes: Federico García Lorca, Rafael Alberti y María Teresa León, Pablo Neruda y Delia del Carril, Miguel Hernández, Luis Buñuel y su hermano Alfonso, José Caballero, Pepín Bello, Adolfo Salazar, Gustavo Durán, Guillermo de Torre, Eduardo Ugarte, Rafael Rodríguez Rapún, Juan Vicens, Rafael Sánchez Ventura, el cineasta Domingo Pruna, la pianista Pilar Bayona, el compositor chileno Acario Cotapos y el ilustrador Santiago Ontañón. Estaba también la bailarina Eva Thais, considerada por algunos espía soviética, si damos crédito a lo que escribe de ella Dionisio Ridruejo en *Casi unas memorias*. Esta

fotografía, que décadas más tarde inspiraría al Equipo Crónica, recoge uno de los momentos privilegiados en los que el arte y la inteligencia resplandecían en una España a punto de cuartearse. Pocos de los que estaban allí podían sospechar que se encontraban en la antevíspera de la guerra civil. Semanas después, el estallido de la sangre, y con él la delación y la infamia, extendería su manto oscuro. Cuántos sueños aniquilados, incluso en el corazón de los que sobrevivieron. Seguir el rastro de los menos conocidos presentes en aquella foto, sería iniciar una novela o una película. Juan Vicens, exiliado en México, acabaría siendo vecino y amigo del matrimonio Hidalgo de Cisneros y asistiría en 1950 al entierro de Constancia de la Mora en Acapatzingo.

Desde su llegada a España, el matrimonio Hidalgo de Cisneros comía una vez por semana con los padres de Connie. Las relaciones habían adquirido un tinte de normalidad desde que el padre de Constancia los visitó unos días durante su estancia en Roma. Poco antes, Connie había ido a ver a su madre a Francfort, donde la habían operado. Un angustioso telegrama de su padre le decía que su estado era grave y que deseaba verla. Hidalgo de Cisneros relata que fue la primera de los hermanos en acudir a su llamada y que se quedó con ella hasta que pasó el peligro. Después de este reencuentro familiar, las relaciones entraron en un período de calma, pero las diferencias políticas quedaron de nuevo patentes. A Connie la preocupó comprobar cómo su padre se sentía esperanzado por la pujanza de las derechas y las organizaciones contrarias a la República. Todo lo que ella, en suma, odiaba. Qué miopía, qué dolor que su padre defendiera la política que ella combatía. A pesar de esas brumas, el padre aceptó pasar unos días en Roma con su hija y su marido. Ignacio Hidalgo de Cisneros asegura que desde entonces mantuvieron relaciones cordiales y «bastante naturales».

En Madrid, la madre de Connie incluso llegó a decirle confidencialmente a su hija que le gustaría que todos sus yernos «fueran como Ignacio». Sin embargo, era necesario hacer un esfuerzo común para no tocar determinados puntos conflictivos. Según Ignacio Hidalgo de Cisneros, los días que almorzaban en casa

de sus suegros, todo el servicio, desde los criados que servían la mesa hasta el chófer, estaban pendientes de ellos, mostrándoles su simpatía y deseando agradarles: probablemente eran republicanos o se sentían más afines a ellos que a sus señores. El chófer, que algunas veces los trasladaba a casa, le contó a Connie que su madre les hizo un regalo a cada empleado el día de las elecciones, entregándoles con él a su vez una papeleta para que votaran a las derechas. Pese a ello, todos llevaban escondidas las papeletas del Frente Popular y al llegar al colegio electoral las cambiaron y votaron a la izquierda.

Las desavenencias familiares resurgieron cuando el padre de Connie, Germán de la Mora, quiso poner a nombre de su hija unas fincas para eludir la reforma agraria. Constancia de la Mora lo cuenta así en *Doble esplendor*.

> Mi padre nos dijo, después de comer en casa, que deseaba hablarnos. Habiendo pasado a su despacho, una habitación amplia y confortable, nos sentamos alrededor de unas mesas donde estaba servido el café. Mi padre ofreció coñac a Ignacio y un excelente cigarro con mal disimulada turbación. […] Por fin se decidió a hablar.
>
> —Como veis, me estoy haciendo viejo. Tengo que pensar también en mis hijos —continuó.
>
> Ignacio empezaba a dar señales de agudo malestar. Nada le molestaba tanto como que se le recordase que yo era hija de un hombre de buena posición, propietario de fincas y de prósperos negocios. Nadie podía dudar, por la forma tan sencilla en que vivíamos, que nuestros gastos quedaban cubiertos con el sueldo de Ignacio.
>
> —Vosotros sabéis —empezó mi padre de nuevo, con mayor rapidez, como quien se ha decidido a decir todo lo que tiene dentro— que al ponerse en vigor la Ley de Reforma Agraria, ésta afecta a todas mis fincas. En cambio, si las divido ahora entre mis hijos, las parcelas no serían lo suficientemente grandes para verse afectadas […]. Por eso quiero saber cuál es la finca que más os gusta, para ponerla a vuestro nombre.
>
> —Papá —interrumpí—. No tienes que consultarnos nada que se refiera a tus fincas, porque ni Ignacio ni yo queremos tierras.
>
> […] Mi padre tosió; no cabía duda de que estaba turbadísimo.
>
> —No comprendéis de lo que se trata; tus hermanas Marichu y

> Regina lo han comprendido inmediatamente. […] En realidad, yo seguiría ocupándome de las fincas como hasta ahora y únicamente el día de mañana os tocarían a vosotros. De otro modo, la ley, comprendes…
>
> Sí; habíamos comprendido demasiado bien. Se trataba tan sólo de eludir las consecuencias de la reforma agraria y para ello necesitaba la complicidad de todos nosotros. Y aun divididas las fincas entre cinco hijos y mis padres —seis parcelas— andarían ras con ras con lo estipulado por la ley. [Págs. 261-262].

Ante la intransigencia de su hija, el padre de Connie trató de convencer a Ignacio de la bondad de su propuesta. Pero su yerno zanjó la conversación poniéndose en pie y asegurando que el asunto sólo concernía a Connie y que a él no le incumbía. «Connie hará lo que a ella mejor le parezca», dijo dirigiéndose hacia la puerta. Connie se levantó también y siguió a su marido.

El asunto no volvió a tratarse, pero los encuentros familiares se hicieron más tirantes. Como dice Connie en sus memorias, ya no se trataba sólo de discrepancias ideológicas más o menos pasadas por alto. El tema agrario afectaba directamente a los intereses familiares. Y el clima prebélico no ayudaba.

Las vísperas de la sublevación

Cuando el presidente de la República encargó a Santiago Casares que formara Gobierno, éste tomó para sí el Ministerio de Guerra y nombró a Hidalgo de Cisneros su ayudante, probablemente por sugerencia de Prieto. Hidalgo se mantuvo al mismo tiempo al frente del aeródromo de Getafe. De acuerdo con la filosofía de Núñez de Prado era importante que las principales bases de aviación estuvieran en manos de militares leales. «Continué haciendo el mismo trabajo, consiguiendo así deshacer toda la organización fascista que se había formado en Aviación», explica Hidalgo de Cisneros en la autobiografía de 1939 entregada a las autoridades soviéticas. Estas

medidas propiciaron que, al iniciarse la sublevación, «estuviesen en nuestras manos aeródromos de Madrid, Levante, Barcelona, etcétera, a pesar de ser los jefes y oficiales de derechas en una gran mayoría».

No obstante, Hidalgo de Cisneros pronto se dio cuenta de que Casares, a pesar de su fama de hombre resuelto, estaba completamente supeditado a Azaña, que *de facto* llevaba la cartera de Guerra. Cuando comunicó a sus superiores que la escuela de vuelos de Alcalá de Henares se había convertido en un foco de sublevación, y que en ella se almacenaban bombas, ametralladoras y municiones, Núñez de Prado le dio una orden por escrito para que se hiciera cargo de los aparatos y del armamento de la escuela. Así lo hizo con un grupo de oficiales leales. Pero cuando acompañó a Casares para darle cuenta a Azaña de las intenciones de los responsables de Alcalá, el presidente de la República lo acusó de estar muy excitado y de que era peligroso afirmar cosas de tanta gravedad. La actitud de Azaña impidió a Casares tomar medidas contra los sospechosos. Tampoco hizo caso de las advertencias de Hidalgo de Cisneros sobre Yagüe. «Un caballero, un perfecto militar», le dijo de él Casares después de recibirlo, convencido de que nunca atentaría contra la República. Sin embargo, el primer día de la sublevación, Yagüe, controlando el Tercio, logró adueñarse de toda la zona occidental de Marruecos, decisiva para los rebeldes. ¿Se acordaría entonces Casares de su ingenuo respaldo? Hidalgo de Cisneros no había olvidado sus palabras.

Mientras los golpistas conspiraban con relativa tranquilidad, la policía descubrió una lista de catorce militares republicanos contra los que elementos reaccionarios pensaban atentar. Hidalgo de Cisneros era el cuarto. Cuando el primero de la lista, el capitán Farauldo, fue abatido de un tiro por la espalda, el director general de Seguridad le impuso un escolta, y Constancia y él tuvieron que acostumbrarse a la presencia de este tercer personaje en sus vidas. Poco después fue asesinado el teniente Castillo, segundo de la lista, lo que causó una gran conmoción. Hidalgo de Cisneros, indignado ante la pasividad del Gobierno, descubrió que oficiales y suboficiales

vinculados al Partido Comunista habían montado pequeños grupos de vigilancia en los aeródromos de Cuatro Vientos y Getafe para frustrar cualquier conato de sublevación. Respaldándolos y a la vez apoyándose en ellos, el entonces comandante de Aviación comprendió que el PC había dejado de ser algo desconocido para convertirse en un tácito aliado.

El asesinato de Calvo Sotelo atizó aún más el clima de violencia ya existente. Las derechas aprovecharon su entierro para agruparse y recontar sus fuerzas. Algo muy oscuro estaba a punto de suceder. El 18 de julio de 1936, a mediodía, Hidalgo de Cisneros recibió la orden de presentarse en el Ministerio de Guerra: Melilla se había sublevado la noche anterior. Aunque Casares había recibido el telegrama con la noticia de la rebelión a las diez de la mañana, no había dado importancia a la revuelta de una pequeña guarnición. Sin embargo, Melilla sólo representaba la señal, el comienzo. Horas después, Casares se dio cuenta de su error. Había perdido un tiempo precioso: en Barcelona se había sublevado Goded, y Tetuán también había caído en manos de los rebeldes. El Tercio había entrado en el despacho del Alto Comisario de España en Marruecos, Arturo Alvarez Builla, y lo asesinó mientras éste hablaba con el Ministerio de Guerra. «Creo que ya están aquí», fue lo último que pudo decir. Al mando del aeródromo de Tetuán estaba Puente Bahamonde, primo de Francisco Franco. Sin embargo, éste pareció olvidarse del parentesco y dio la orden para que tropas del Tercio y de Regulares asaltaran el aeródromo y fusilaran a su jefe y a los aviadores republicanos que defendían la base. Así se hizo.

En aquellos momentos de confusión e incredulidad, Núñez del Prado pecó de confiado y decidió ir a Zaragoza para controlar la región, ya que al hablar por teléfono con el general Cabanellas, a quien consideraba su amigo, había notado que flaqueaba. Lo que no esperaba Núñez del Prado es que Cabanellas iba a traicionarlo. Una vez en su despacho entraron oficiales sublevados y falangistas y detuvieron a Núñez del Prado sin que su anfitrión se opusiera. A continuación se lo llevaron en un coche y lo asesinaron. La lógica de la rebelión arrollaba todo atisbo de amistad y lealtad.

Hidalgo de Cisneros funde, a partir de 1936, el relato de su vida personal y familiar con los avatares bélicos del bando republicano. En Madrid, Cuatro Vientos, Barajas y Getafe, los rebeldes pudieron ser controlados. En aquellos primeros días, los republicanos conservaron el 80 por ciento de los aviones (y el 35 por ciento de los oficiales, junto al 90 por ciento de mecánicos y obreros), lo que les permitió ser los dueños del aire hasta que llegaron los aviones italianos y alemanes en ayuda de Franco.

Después de dimitir Casares por falta de energía y Martínez Barrio por derechista, se dio paso a José Giral. Éste se avino a dar armas al pueblo de Madrid. Sin embargo, la negativa de Francia, gobernada por el socialista Léon Blum, a vender armas a la República les hizo ver que la estimable ventaja inicial de medios que mantenían frente a los rebeldes se invertía a favor de éstos. Azaña aceptó que Largo Caballero presidiera un Gobierno obrerista que incluyera a socialistas y comunistas, además de vascos y catalanes. Prieto fue nombrado ministro del Aire y designó a Ignacio Hidalgo de Cisneros jefe de las Fuerzas Aéreas de la República española. Una etapa significativamente dura en la que, como explica en *Cambio de rumbo*, tuvo que combinar la organización de la defensa con el ataque, y realizar salidas directas en los aviones de que disponían. Aunque le apasionaba volar, no gozaba en combate. «Yo no puedo entender que a personas normales, es decir, que no sean unos locos o unos sádicos, les guste la guerra, pues para mí es la mayor calamidad que puede ocurrirle a la humanidad», revela serenamente en sus memorias.

Aun siendo el jefe de las Fuerzas Aéreas, Hidalgo de Cisneros confiesa su impotencia en los inicios de la guerra: cuando le surgían dudas o experimentaba problemas con los anarquistas, que en ocasiones querían requisar la aviación u obligaban a los aviadores que llegaban rendidos de los vuelos a hacer colas en los comedores públicos, los socialistas no le daban respuestas. Por su parte, Constancia de la Mora se había puesto en contacto con Isabel Oyorzábal y otras militantes socialistas para ver si podía ser útil, pero al no tener un carné de sindicalista no se le había dado tarea.

Finalmente, había conseguido —no sin recordar que era una mujer sana y fuerte— que el responsable de Menores, reticente en un principio a que una señora bien tuviera que fregar, limpiar y dar de comer a unos niños, le encomendara la atención de unos pequeños procedentes de un orfanato que había sido abandonado por las monjas en su huida de Madrid. Connie y otras mujeres de aviadores, a las que se sumó Concha Prieto, se hicieron cargo de estos niños y los agruparon en El Refugio, un colegio vacío y sucio del que también habían desertado las monjas que impartían las clases cuando la vida transcurría con normalidad. Dedicado él a atravesar los cielos españoles y ella a atender El Refugio, donde a veces dormía, la pareja ya no podía verse a diario. Poco después, cuando las dificultades para abastecer Madrid se acrecentaron, el Gobierno ordenó la evacuación de los niños a Levante. Connie y sus compañeras se trasladaron con los niños y los instalaron en diferentes albergues en los alrededores de la playa de San Juan (Alicante). Sesenta años después, el Ayuntamiento socialista de San Juan ha reconocido su labor con las colonias infantiles y ha dedicado una de las calles de la población a Constancia de la Mora.

La pasión soviética

La lógica de la guerra obliga al matrimonio a vivir en ciudades diferentes. Es en este clima de incertidumbre donde cada uno decide, por separado, afiliarse al Partido Comunista. Hidalgo de Cisneros pidió el ingreso a finales de 1936. Cuando tuvo ocasión de comunicárselo a Constancia, ésta lo sorprendió diciéndole que había hecho lo mismo. La conversación se materializó en uno de los viajes de Ignacio a los Alcázares, en que se desvió hacia Alicante para reunirse con su esposa. Reuniones que tenían ahora la fuerza de lo extraordinario y que estaban marcadas por una nueva complicidad. Fue en este encuentro cuando Constancia de la Mora le dijo que

había tomado una decisión sin consultarle y que esperaba que le pareciera bien porque los comunistas siempre se habían portado bien con ella y habían sido sus mejores colaboradores: había ingresado en el partido. Hidalgo describe así la escena: al contestarle que él también se había afiliado, su esposa «puso una cara rarísima, mezcla de asombro y alegría», y se abrazaron emocionados por «haber coincidido en sus apreciaciones». De regreso, Ignacio pensó que la decisión tomada era lógica en dos personas que querían ganar de verdad la guerra. Esta coincidencia, que ambos narran como si se tratara del final feliz de un cuento de hadas, o como si fuera una iluminación paralela y simultánea, desbarata cualquier intento de saber quién se afilió primero y quién influyó más en esta doble decisión. No hay razones para descartar que no fuera como lo cuentan, pero es probable que lo hubieran hablado antes y que supieran que más tarde o más temprano acabarían en el PCE.

Por intuición, aunque sin datos que lo avalen, se puede aventurar que fue Constancia, más impulsiva, la que se acercó al PCE con mayor entusiasmo. Su amistad con mujeres de izquierda interesantes e ilustradas, bien fueran socialistas o comunistas, le hicieron perder el miedo a las palabras y a la izquierda más combativa. Eso no significa que Hidalgo de Cisneros ingresara en el partido por complacerla o influido por su esposa. Ciertamente, si lo hizo, fue porque compartía sus mismas apreciaciones. Lo curioso es que ni Connie ni su marido dan detalles de este ingreso y no indican con quién o quiénes hablaron para pedir el carné ni cómo se desenvolvieron en los primeros momentos en un partido en el que no dejaban de ser, después de todo, unos extraños. Quizá la guerra hizo que todo, incluido su bautismo comunista, tuviera ese aire atípico.

Durante ese mismo encuentro en un tranquilo paraje de la playa de San Juan —un adjetivo, *tranquilo*, que apenas podía aplicarse a la mayor parte de España, abierta en llamas, sangre y trincheras—, Hidalgo propuso a su esposa que organizara un hospital de descanso para que los aviadores heridos pudieran reponerse antes de incorporarse a las escuadrillas. Connie aceptó, dejó la guardería

infantil en manos de sus otras compañeras y puso en marcha la casa de reposo.

En octubre de 1936 llegaron los primeros aviones y pilotos soviéticos, vitales, según el jefe de la Aviación republicana, para contrarrestar la supremacía de los rebeldes en el aire, apoyados por alemanes e italianos. El combate entre ambas zonas continuaba implacable, y el 6 de noviembre, el Gobierno se trasladó a Valencia. Madrid quedó en manos de la Junta de Defensa, presidida por el general Miaja.

La URSS, entretanto, se ofreció a dar cobijo a un número ilimitado de niños españoles mientras durase el conflicto. Connie y su marido fueron de los primeros padres que aceptaron la propuesta y decidieron enviar a Luli. A pesar de que «les asustaba un poco la distancia», pensaron que allí estaría bien atendida y podría estudiar con normalidad. Luli tenía nueve años y se fue con Charito, una muchacha de su edad hija del teniente Bruno, un aviador asesinado por los nacionales en los primeros días de la guerra. Embarcaron en el puerto de Alicante en un barco que regresaba a Odessa y fueron los dos primeros niños que llegaron a la Unión Soviética. «Nos dan para desayunar tres huevos, no uno, ni dos, como tomábamos en casa antes de la guerra», contaba Luli al narrar la travesía en una carta. Al parecer, esa tónica de atención constante a Luli y a los niños que llegaron a suelo soviético se mantuvo hasta la segunda guerra mundial. Son muchos los historiadores que interpretan este gesto humanitario de la URSS con los niños como puro acto de propaganda. E incluso alguno ha ironizado sobre el hecho de que si Luli y Charito estaban tan sobrealimentadas, en algún otro lugar de la Unión Soviética más de uno se debió de quedar, posiblemente, sin su correspondiente ración.

A pesar de haber ingresado en el Partido Comunista, Hidalgo de Cisneros seguía teniendo una gran confianza en Prieto, y éste le invitaba a comer cada vez que el jefe de Aviación iba a Valencia para despachar con él. En una de estas comidas, en la que estaban también Julián Zugazagoitia, Belarmino Tomás y Cruz Salido, tres socialistas destacados, Ignacio soltó con naturalidad que se había

afiliado al PC. Don Inda se quedó conmocionado: anticomunista convencido, no dijo una palabra, pero se levantó de la mesa y se metió en su cuarto. «Desde ese día pude observar en los actos de Prieto un cambio radical para conmigo», reconoce el marido de Connie en sus memorias. La afiliación comunista de la pareja los alejó definitivamente.

John Dos Passos definió a Andreu Nin como «un hombre bien formado, de aspecto saludable, con una sonrisa infantil siempre pronta que dejaba ver una sólida dentadura»[10]. Además de constituir una de las páginas más turbias del bando republicano, el fantasma del asesinato de Andreu Nin persigue al matrimonio Hidalgo de Cisneros-De la Mora más allá de su propia muerte. Se ha publicado y difundido que Andreu Nin, el líder del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista) apresado y posteriormente torturado hasta la muerte por agentes soviéticos, fue recluido en el sótano de un chalé que Ignacio Hidalgo de Cisneros y Constancia de la Mora solían utilizar en Alcalá de Henares. Sin embargo, Vicente Sánchez Moltó, vecino de Alcalá de Henares y estudioso de la historia local, afirma que no puede concluirse al ciento por ciento todavía que el hotel en el que se produjo el cautiverio de Nin fuera el chalé de Hidalgo de Cisneros. Al parecer, el de éste no tenía sótano. Queda un margen de sombra, una bruma más que añadir a las oscuras circunstancias que concurrieron en el ya comprobado asesinato del líder del POUM. Ni en *Doble esplendor* ni en *Cambio de rumbo* se alude al caso Nin. ¿Tal vez porque tanto Hidalgo de Cisneros como Constancia de la Mora pensaban que no les concernía o justamente porque podía salpicarlos, aunque fuera de modo indirecto? Aunque, ¿cómo pensar entonces que en el futuro se iba a involucrar su vivienda en el crimen? ¿Cómo anticiparse a lo que se iba a saber años después y que ellos quizá ignoraron entonces o sólo conocieron veladamente? Especular ahora con omisiones u ocultaciones voluntarias por parte de ellos es tan fácil como gratuito. En sus respectivas memorias ni siquiera aluden a que ocuparan o frecuentaran un chalé en Alcalá de Henares a la vuelta de Roma. Es sabido que Ignacio Hidalgo de Cisneros, destinado en Alcalá de

Henares en los primeros años de la República, y ligado en diversas etapas al aeródromo de esta ciudad, mantuvo allí una vivienda en el tiempo en que contrajo matrimonio con Constancia de la Mora, aunque residiera en Madrid. Una vez casados, Constancia, Luli y él siguieron viviendo en la capital. Es lógico pensar que, al marcharse a Italia como agregado aéreo, Hidalgo de Cisneros abandonó la primitiva vivienda de Alcalá. Iniciada la guerra civil, sin embargo, dispuso, al parecer, de un nuevo chalé incautado en la zona, bien para pernoctar ocasionalmente o en razón de sus cargos. Lógicamente, se trata de dos viviendas distintas.

El chalé de Alcalá de Henares

Cuando el matrimonio Hidalgo de Cisneros volvió de Italia a España, en 1935, Constancia de la Mora se adelantó a su marido para alquilar un piso en Madrid. Aunque las hermanas apenas tenían ya trato, Piti recuerda que, los días que Constancia almorzaba en casa de sus padres, el chófer familiar iba a recogerla o a llevarla a la calle de Montalbán. Habituados a vivir de alquiler, Constancia de la Mora menciona en sus memorias el interés que tenían en mudarse a un ático cercano al Palace y a las Cortes pocas semanas antes de la sublevación militar. No sabemos si se trata del mismo piso de Montalbán o de un ático aún más próximo al Congreso. La mudanza se retrasó porque no pudo trasladar los muebles ni acondicionar el piso debido a la huelga de transportes. Entretanto, ella e Hidalgo aceptaron vivir temporalmente en casa de Alfredo Bauer, lo que hace pensar que, a efectos de vivienda, el chalé de Alcalá o no estaba aún en sus manos o apenas lo visitaban. Aunque los matrimonios Bauer e Hidalgo de Cisneros habían estrechado su amistad en la etapa republicana, Constancia conocía a Alfredo desde su niñez por haber coincidido sus respectivas familias en los veraneos de Segovia. Bauer procedía de una familia de banqueros

que solía veranear en La Granja y que había perdido parte de su patrimonio antes de la República. La esposa de Alfredo Bauer, Gisela, de origen austríaco, decidió trabajar, como ya había hecho Connie, y gracias a sus conocimientos de idiomas encontró empleo en la secretaría de Indalecio Prieto. Un lazo más para que la antigua amistad de la infancia entre Bauer y Constancia reverdeciera y para que ambos matrimonios se hicieran íntimos. Constancia sitúa la casa de los Bauer en las afueras de Madrid. Gustavo Bauer, hermano de Alfredo, aclara que estaba en El Viso, en la calle de Sol y Carbonell, tranquila zona que tal vez hace setenta años se consideraba parte de la periferia.

Los Hidalgo de Cisneros vivían con los Bauer cuando se inició la sublevación de los militares africanistas con Franco a la cabeza. El golpe fracasó en cierto modo, pero no lo bastante como para restablecer la normalidad. Desde ese momento, el matrimonio Hidalgo de Cisneros se involucra a fondo en la defensa de la República. La guerra de España se convierte en su gran pasión compartida. En la tarde del 16 de junio de 1937, cuando Andreu Nin y parte de la cúpula del POUM fueron detenidos, Constancia se encontraba en Valencia, trabajando como número dos en la oficina de Prensa Extranjera. Hidalgo de Cisneros surcaba el espacio aéreo. El rastro del chalé de Alcalá se pierde en sus biografías. Hasta que el 5 de noviembre de 1992 se emite en TV3 «Operación Nikolai», un reportaje de investigación que reconstruye la detención, tortura y asesinato de Andreu Nin. Los periodistas de TV3, Llibert Ferri y Maria Dolors Genovés, habían tenido acceso a documentos de los archivos de la antigua Unión Soviética que vinculaban a los agentes Orlov y Jufik, ayudados por algunos españoles, con el crimen. En concreto, tres iniciales encontradas en los papeles soviéticos responderían a la identidad de los españoles: L., A. F. e I. M. El reportaje narraba que Nin fue trasladado a Madrid y llevado a la prisión de Alcalá de Henares. Vicente Sánchez Moltó, uno de los interlocutores e informadores del equipo de «Operación Nikolai» durante el rodaje del documental en Alcalá de Henares, cree que pudo haber estado en La Galera, una antigua cárcel de mujeres

reconvertida en prisión masculina bajo el eufemismo de Casa del Trabajo. Interrogado hasta la extenuación, sin que confesara, Andreu Nin fue conducido después a un hotelito de la avenida de Guadalajara, donde arreciaron las torturas. De la supuesta legalidad de la detención se había pasado a una zona turbia en la que Nin ya no dependía de la autoridad policial, sino de los agentes soviéticos Orlov y Jufik, responsables de la fase final de los hechos. Malherido, Nin seguía sin confesar, *trámite* necesario en los procesos estalinistas para condenar y eliminar al acusado. Llegados a ese punto sin retorno, sus torturadores decidieron acabar y sacarlo del chalé para hacerlo desaparecer. Según «Operación Nikolai», el escenario del crimen se situó en la carretera de Alcalá a Perales de Tajuña, adentrándose en el campo. Allí lo asesinaron o remataron e hicieron desaparecer su cuerpo. Allí o en sus alrededores decidieron enterrarlo.

Las versiones oficiales y oficiosas corroboran en líneas generales el itinerario de Nin hacia Alcalá, pero mezclan datos verosímiles con pistas falsas encaminadas a enlodar el nombre del POUM. De acuerdo con el sumario abierto por el Tribunal Especial de Espionaje y alta traición contra el POUM, Nin fue detenido en Barcelona y trasladado preso a Madrid. El comisario jefe de la Brigada Especial de Madrid solicitó que fuera llevado a un lugar más discreto para ser interrogado, y el comisario general de Investigación y Vigilancia ordenó que se le trasladara a un hotel de Alcalá de Henares que anteriormente había pertenecido a la Brigada de Tanques. El líder del POUM fue sometido a sucesivos interrogatorios en cada uno de los escenarios de su reclusión, pero fue en el hotel donde según la versión oficial la detención tomó una dirección rocambolesca. A pesar de que el chalé contaba con la vigilancia de dos agentes de policía de forma permanente, el informe oficial sostiene que Nin fue raptado por unos hombres armados. Estos hombres, supuestos espías de la Gestapo, amenazarían y reducirían a los agentes, y rescatarían al detenido, llevándoselo en un coche introducido en el jardín. El padre de esta patraña destinada a enmascarar el crimen estalinista y a vincular a Nin con los servicios

secretos nazis fue, al parecer, Vittorio Vidali. Algunos divulgadores sostienen que el comandante *Carlos*, es decir, Vittorio Vidali, amante de la abnegada Tina Modotti, fue quien fabricó esta leyenda para reforzar el infundio de que el poumista había sido liberado por agentes de la Gestapo. ¿Formó parte del montaje la inclusión del hotelito de la Brigada de Tanques, o realmente estuvo Nin en este lugar?

De momento, el documental de televisión conduce a un chalé requisado y utilizado por Hidalgo de Cisneros. Sin embargo, Vicente Sánchez Moltó sostiene que el hotel de Hidalgo de Cisneros no tenía sótano, por lo que no pudo ser el de las torturas. Sánchez Moltó se apoya en la memoria del cronista local José García Saldaña para realizar esta afirmación. El lugar del cautiverio podía haber sido otro edificio cercano que contaba con esta dependencia. «En Alcalá hubo otras dos checas durante la guerra civil, el edificio del Oratorio de San Felipe Neri, poco discreto para retener y esconder a Nin, y el chalé de Rafael Esparza, un ex diputado de la CEDA. Al huir su propietario, el chalé fue incautado», explica Sánchez Moltó. Este conocedor de la historia alcalaína se inclina a pensar que fue el chalé de Esparza el elegido para torturar a Nin, puesto que reunía mejores condiciones para ejercer esta actividad criminal. Aunque él mismo reconoce que esta vinculación no es definitiva. Tampoco hay certeza de que el chalé atribuido a Hidalgo de Cisneros (el de la Brigada de Tanques) se utilizara como checa ni qué el jefe de la Aviación diera permiso explícito para que se destinara a este u otro fin. No fue el único aviador que dispuso para sí de un chalé en Alcalá de Henares. Otros militares, entre ellos Camacho Benítez, colaborador de Hidalgo, dispusieron de una vivienda parecida. Durante la guerra civil, la estructura militar de la aviación quedó prácticamente intacta, al mantenerse la mayoría de los aeródromos fieles a la República, lo que permitió el control y utilización de sus dependencias con relativa normalidad.

Wilebaldo Solano, jefe de las juventudes del POUM y amigo de Andreu Nin, tiene la convicción de que el chalé del crimen fue el

que ocupaban o habían ocupado Hidalgo de Cisneros y su esposa. Aunque para él lo esencial es la tortura y la muerte misma de su amigo: «Al ser detenido, fue trasladado a una checa de Madrid primero, luego a la prisión de Alcalá, donde no lo inscribieron para no dejar constancia, y finamente lo sacaron y lo llevaron al chalé para montar el falso secuestro del líder a manos de espías nazis». ¿Por qué ese chalé y no otro? «Eso depende de qué dependencias dispusieran en ese momento», intuye Solano. Wilebaldo Solano y otros poumistas visitaron Alcalá de Henares en el 2003 y se acercaron al lugar en que supuestamente fue enterrado su líder, entre Alcalá y Perales de Tajuña. Se emocionaron. Cerca del lugar del crimen, en las proximidades de la Universidad, una placa conmemorativa colocada junto al edificio donde la Fundación Pablo Iglesias mantiene sus fondos y archivos recuerda a Andreu Nin y su desdichado paso por Alcalá.

Lo que parece verosímil, de cualquier modo, es que ni Hidalgo de Cisneros ni Constancia de la Mora tuvieron una intervención directa en el episodio. A pesar de su rendida militancia comunista, la envergadura de su propia actividad los alejaba geográfica y prácticamente de estas acciones rastreras. Wilebaldo Solano tampoco los involucra directamente, aunque no descarta que alguien les advirtiera de que iban a meter allí al líder del POUM, al margen de que no les dijeran qué iban a hacer con él. Otra cosa es que, como comunistas de la época, comulgaran con el sofisma de que Rusia era la gran potencia antifascista y de que cuestionar a Stalin era pasarse al enemigo. «Estoy seguro de que mi tío no tuvo nada que ver con ese asunto», responde con rotundidad Ignacio Hidalgo de Cisneros Alonso, sobrino del general republicano. Aun así, lo relevante es cómo vivió este suceso el matrimonio Hidalgo de Cisneros-De la Mora. Cómo les contaron o les llegaron los hechos, cómo reaccionaron, cómo encajaron el crimen. Cómo vivieron su no implicación en un escenario supuestamente tan cercano. El clamor popular para que se esclareciera la desaparición del líder del POUM era lo bastante sonoro como para ignorarlo. La pregunta «¿Dónde está Nin?» debía de perseguirlos a ellos también, sobre todo a

Constancia, situada en el epicentro informativo. «En Burgos o en Berlín», respondían los estalinistas más cínicos. Tal vez ella misma tuvo que fabricar una respuesta, o suponerla, o difundirla ante los corresponsales extranjeros. La otra alternativa era el silencio.

En lo que sí intervino Hidalgo de Cisneros fue en la confrontación con los miembros de la FAI y el POUM atrincherados en Cataluña en mayo de 1937. Al saber que un grupo de ellos retenía a Azaña en el Gobierno Militar de Barcelona, el aviador tomó dos Douglas y salió para Reus con unos cincuenta soldados y algunos oficiales. «Con ellos y los veinte o treinta hombres del aeródromo, el comandante de Aviación Barbeta organizó una columna a la que incorporaron una pequeña pieza de artillería montada en un camión. Barbeta llegó a Tarragona, a la sede central de la FAI, mandándoles un ultimátum. Contestaron con una descarga; Barbeta se montó en el camión del cañoncito y del primer disparo destrozó la puerta de aquella fortaleza. Dos disparos más que entraron por una ventana les obligaron a rendirse», señala Hidalgo en sus memorias. Sus hombres recuperaron Reus y desarticularon los comités del POUM y de la FAI. Entretanto, Azaña había podido salir en un tanque del Gobierno Militar y pasar a Valencia. Sin embargo, cuando Hidalgo y sus fuerzas se dirigían hacia Barcelona para ayudar al coronel Sandino, jefe de la región aérea catalana, cercado en las oficinas de Aviación de la ciudad, Prieto lo reclamó con urgencia. Según relata Hidalgo de Cisneros, la CNT lo acusaba de haber cometido atrocidades y Largo Caballero, indignado contra él, pensaba procesarlo. Con Prieto pudo explicarse, pero Largo no lo recibió. El conflicto con los anarquistas, una inicial pesadilla convertida en declarada enemistad, lo acompañaría como una losa hasta el fin de la contienda. No deja de ser curioso que, un mes después de esta acción, los dirigentes del POUM fueran detenidos como supuestos enemigos de la República, un espejismo más dentro de la dramática división entre las izquierdas, abocadas a elegir entre la revolución o la victoria cuando ambas cosas estaban en el aire. Y aún más sorprendente es que, por azar o por una extraña burla del destino, Nin acabara en Alcalá de

Henares. ¿En el chalé de Hidalgo de Cisneros? Demasiado perfecto el laberinto para involucrar al general republicano en lo que no parece más que un rosario de casualidades manejado hábilmente por el azar.

George Orwell ofrece en *Homenaje a Cataluña* un contrapunto de las memorias de Hidalgo de Cisneros. El pecado era ser trotskista, no atentar contra la República, sostiene Orwell. El escritor combatía como voluntario en las milicias poumistas, y su mujer, Eileen, trabajaba en Barcelona con el ILP (siglas en inglés del Partido Laborista Independiente), por lo que vivieron desde dentro los delirantes días de mayo. La encarnizada represión contra el POUM comenzó mientras él se recuperaba de una herida de bala. Una vez restablecido, fue a ver a su mujer al hotel Continental de Barcelona, y allí se enteró, no sin estupor, de que el partido con el que luchaba había sido ilegalizado. La aventura que lo había traído a España se volvía del revés y se convertía en una trampa. Lo paradójico era que, mientras que algunos miembros del POUM caían y morían en el frente luchando contra Franco, en la retaguardia eran detenidos por fascistas. Temiendo por su vida, el matrimonio Orwell salió de España el 23 de junio. En *Homenaje a Cataluña*, el autor nos descubre su desconcierto y la huida de España de él y de su mujer como si fueran dos fugitivos.

El Gobierno se trasladó a Barcelona en el otoño de 1937. La pérdida del norte fue un mazazo para los republicanos. Hidalgo de Cisneros se encontraba agotado después de más de un año de combate, pero la dinámica de la guerra no le permitía parar. En noviembre sufrió un conato de ataque cardíaco en su despacho que lo dejó bastante maltrecho. A los pocos días de volver al trabajo se repitió el ataque. Los médicos le aconsejaron descanso y sugirieron que se fuera a la URSS a cuidarse. Prieto le ofreció el puesto de agregado militar y aéreo en la Embajada de España en Moscú, pero Hidalgo de Cisneros lo vio como una excusa para quedar bien y a la vez apartar a un comunista de la jefatura de Aviación. Por otra parte, pensaba que abandonar España en aquel momento y aceptar ese destino siendo militar profesional era traicionar a la República y

desprestigiarse para siempre. Convinieron en que se marcharía un tiempo para reponerse y que en cuanto se recuperara volvería a su puesto. Connie acompañó a su marido. A su paso por Francia observaron el contraste entre aquel mundo luminoso y la España en guerra que dejaban. «De nuestro paso por Francia recuerdo tres cosas: la abundancia de alimentos, el que durante la noche las ciudades estuvieran iluminadas y el poco interés de muchos franceses por lo que sucedía en España. No podíamos comprender la actitud de la gente que se paseaba por el *boulevard* de los Capuchinos junto a los escaparates de nuestra oficina de propaganda. Miraban los carteles y fotografías de nuestra lucha con la indiferencia más absoluta. Como si la tragedia que expresaban estuviese ocurriendo en el otro extremo del mundo y no en sus propias fronteras», reflexiona Hidalgo de Cisneros.

En Amberes embarcaron en un mercante soviético, el *Ufá*, con destino a Leningrado. Para no pasar por la Alemania nazi a través del canal de Kiel, daba un rodeo por el norte de Dinamarca. «Nuestra llegada a Leningrado estuvo muy de acuerdo con esa idea de nieve, frío y hielo que se suele tener en Rusia. Al entrar en el golfo de Finlandia, nuestro barco fue aprisionado por los hielos y permanecimos bloqueados los tres días que tardó en llegar un rompehielos soviético», relata Hidalgo de Cisneros. La llegada del rompehielos, «en plena noche, con la luz de sus potentes reflectores» iluminando el hielo, les resultó espectacular. Fue también una metáfora de esa función de salvamento anímico que representaba para él la Unión Soviética en unos momentos de agotamiento y pesadumbre vital. «En este magnífico escenario recibimos una gran noticia. El capitán del *Ufá* dio lectura a un radio en el cual le rogaban nos comunicase que las tropas republicanas habían liberado la ciudad de Teruel», anota en *Cambio de rumbo*.

En Leningrado los alojaron en el hotel Astoria, un lugar donde en otro tiempo pasaban largas temporadas los señores feudales que visitaban la corte de los zares. El matrimonio no pudo evitar sentirse deslumbrado por el lujo socialista. «Todo lo habían conservado tal como estaba en aquella época: los lujosos apartamentos de cuatro o

cinco habitaciones, los mismos muebles, jarrones, etcétera», relata él. «Incluso creo que los viejos camareros que nos servían eran todavía los de entonces», ironiza. La noche de su llegada asistieron al teatro invitados por el secretario del partido de Leningrado y vieron actuar a la compañía de *ballet* de la ciudad en la obra *La fontana de Bajchisaray*. Después de la aspereza de la guerra, el paraíso socialista respondía plenamente a sus expectativas.

Los especialistas que lo reconocieron enviaron a Hidalgo de Cisneros al sanatorio de Barbija, a treinta kilómetros de la capital. «Connie, que había estado con sus padres en los mejores sanatorios de Alemania y visitado varios de Francia y de otros países, me decía constantemente que nunca había visto nada parecido a Barbija», recuerda con gratitud. Los médicos lo sometieron a un estricto reposo: «Por lo visto, mis ataques no habían sido cardíacos, sino debidos a una tremenda intoxicación de tabaco y de café, unida a una fuerte alteración nerviosa y agotamiento físico. Una de las partes del tratamiento a que me sometieron desde el primer día consistía en meterme en un gran saco forrado de pieles, sacarme a la terraza, cubierta de nieve, y tenerme echado en una *chaise-longue* durante dos o tres horas, con una temperatura de 25 o 30 grados bajo cero». Los resultados no se hicieron esperar: «Me reponía a ojos vistas; a los diez días ya hacía esquí y patinaba en la pista de hielo. Pero las noticias de España eran malas». El enemigo, añade, trataba de recobrar Teruel y había lanzado una dura contraofensiva. Aunque el tratamiento implicaba dos meses de reposo, pidió volver.

A su regreso se iniciaba la larga agonía de las fuerzas republicanas. Teruel fue abandonada por los republicanos el 22 de febrero de 1938. En marzo, los franquistas iniciaron una fuerte ofensiva contra Aragón, a la vez que la aviación italiana lanzaba sobre Barcelona potentes bombardeos. «[…] Hasta ahora se han contado mil muertos, pero se supone que se encontrarán muchos más entre las ruinas. Se calcula en tres mil el número de heridos», anunciaba a su Gobierno el embajador alemán ante Franco, Von Stohrer, en un telegrama con fecha de 23 de marzo de 1938 dando cuenta de los bombardeos contra Barcelona, calificados por el

diplomático de «terribles». Sin duda, una estrategia infame, ya que no apuntaba a objetivos militares, sino a doblegar a la población. El pesimismo se apoderó de los republicanos cuando «el enemigo, al alcanzar la costa el 15 de abril, en Vinaroz, consiguió su objetivo de cortar nuestro territorio en dos zonas aisladas», relata Hidalgo de Cisneros. El desastre provocó una crisis política y Juan Negrín tomó en sus manos, además de la presidencia del Gobierno, la cartera de Defensa, que hasta entonces desempeñaba Prieto.

El paraíso de Stalin

La ofensiva del Ebro fue el último intento desesperado de parar al monstruo y frenar el objetivo franquista de entrar en Valencia. Cuando Chamberlain pidió la retirada de los voluntarios que luchaban en los dos bandos, y los brigadistas extranjeros se marcharon, los llamados *voluntarios alemanes* y las divisiones alemanas abordaron el gran ataque a Cataluña, obligando a las fuerzas republicanas, imposibilitadas de adquirir armamento, a replegarse en Francia. Unos días antes de esta ofensiva, Negrín pidió a Hidalgo de Cisneros que volviera a la Unión Soviética a solicitar una importante remesa de material de guerra. «Recuerdo algunas cifras: doscientos cincuenta aviones, doscientos cincuenta tanques, cuatro mil ametralladoras, seiscientas cincuenta piezas de artillería […]. Una relación que a mí me pareció fantástica». Para Negrín conseguir este armamento era cuestión de vida o muerte. Hay estudiosos que aseguran que Negrín mostró el mismo pedido a las potencias occidentales a través de un diplomático londinense. Sin éxito, naturalmente. La URSS no era para él más que la última carta a la que aferrarse[11] «Me ordenó salir aquel mismo día para Moscú y me entregó tres cartas escritas de su puño y letra para Kalinin, Stalin y Vorochílov. En estas cartas hacía mi presentación como persona de absoluta confianza del Gobierno de la República

española, con plenos poderes para tomar cualquier decisión en su nombre. A las pocas horas salía yo de Barcelona para Moscú, acompañado de Connie y del coronel de Aviación Manuel Arnal». Al llegar, se entrevistó con el mariscal Vorochílov, ministro de Defensa, y le entregó las tres cartas. Al día siguiente, un coronel de uniforme acompañado de una intérprete, María Julia Fortus, lo condujo al Kremlin «no sin cierto misterio». Entraron en uno de los palacios y lo pasaron a una habitación en la que se encontraban Stalin, Vorochílov y Molotov. Aunque algo cohibido al principio, les explicó la situación de España y mostró el pedido. «¿Quiere dejarnos sin armas el camarada Cisneros?», ironizó Vorochílov. La operación quedó aprobada, pero Vorochílov volvió a preguntar: «Bueno, y esto, ¿cómo se va a liquidar?». El total era de 103 millones de dólares, y, al parecer, Negrín no le había advertido de que los depósitos de oro del Banco de España en Moscú estaban agotados. Lo que quedaba no llegaba a los 100.000 dólares. Decidieron que Hidalgo de Cisneros acordara este capítulo con el ministro de Comercio al día siguiente, y esa noche la reunión terminó con una cena a la que invitaron también a Connie. El coronel que había conducido a su marido ante Stalin fue a buscarla al hotel. «Nunca podré olvidar la cara que puso Connie al entrar en el comedor y encontrarse con Stalin, Molotov y Vorochílov, que se dirigían a ella para darle la mano», rememora Ignacio.

La cena fue franca y alegre, se interesaron por sus vidas y cómo habían llegado al campo de las izquierdas. Stalin, además, le dio a probar varios vinos después de que Hidalgo de Cisneros le dijera que el que bebían era bueno, pero no tanto como el de Rioja. Pero, ¿qué pensaría Stalin realmente de la pareja en aquella cena? ¿Le importaba aún la suerte de España? ¿O simplemente ganaba tiempo mientras preparaba el pacto germano-soviético, más acorde con su directa supervivencia? Uno de los dramas de la República fue tener que depender de este hombre lobo como única salida. El abandono y, en cierto modo, traición de los gobiernos socialdemócratas europeos a sus hermanos socialistas españoles y la diligente ayuda prestada por Alemania e Italia al Gobierno de Burgos dejaron a la

República inerme y a merced de este estratega ávido de sangre. Cuando les trajeron un pescado llamado *sterlet* y Connie se dispuso a partirlo, Stalin se puso en pie y le dijo que ese plato, el más fino de la cocina rusa, no se tomaba hasta quitarle todas las espinas siguiendo un ritual especial. El mismo Stalin se dispuso a eliminar una a una las espinas del plato de Connie. Cuando terminó, se lo dio a probar: «Ahora puede usted comerlo». Es imposible saber en qué pensaba Stalin mientras limpiaba el pescado de Connie. Sin duda, se mostraba tan puntilloso y expeditivo con las espinas como con sus adversarios políticos. ¿Cómo iba a asociar Connie aquel amable ejercicio de anfitrión con sus siniestras purgas? El hechizo era demasiado denso como para reparar en esos detalles. ¿Cómo iba a adivinar aquella noche que algún día todas esas espinas volverían a su corazón mientras esperaba año tras año que su hija volviera desde la URSS hasta México? Aquella noche no había nieblas a su alrededor. De cualquier modo, Constancia de la Mora olvidó relatar este viaje en *Doble esplendor*. Destinado a conmover a la opinión pública norteamericana, tal vez consideró que el encuentro con Stalin sobraba.

Al día siguiente se fijó el acuerdo económico: el Gobierno soviético hacía un empréstito a la República española por la cantidad del importe del armamento con la sola garantía de la firma de Hidalgo de Cisneros. Probablemente fue en este viaje cuando el ministro de Defensa le regaló a Ignacio Hidalgo de Cisneros unas magníficas pieles del país para Connie, tal como relata él en *Cambio de rumbo*. Este tipo de regalos formaba parte de la hospitalidad rusa. Hidalgo de Cisneros recuerda que en la década anterior, durante la guerra ruso-japonesa, también su cuñado, Pedro Jevenois, fue enviado a Rusia formando parte de una delegación española presidida por el marqués de Mendigorría, y, a su regreso, trajo unas pieles para Rosario, la hermana de Ignacio, como regalo del ministro de Guerra ruso, que causaron una profunda impresión en Vitoria.

El matrimonio Hidalgo de Cisneros regresó inmediatamente a España y el material fue embarcado en siete buques soviéticos en

Murmansk, cuyo puerto estaba libre de hielos, con dirección a los puertos franceses. Allí surgieron los problemas: los dos primeros buques llegaron a Burdeos con tiempo suficiente para haber sido aprovechados, pero las autoridades francesas pusieron dificultades y retrasaron su traslado. Cuando el armamento llegó a Cataluña era tarde: no disponían ya de aeródromos donde montar los aviones, ni de terreno para defenderse.

CAPÍTULO III

Los años intensos

¡Qué hermoso era el tiempo aquel!
¡Ay, el tiempo aquel!

RAFAEL SÁNCHEZ MAZAS,
La nueva vida de Pedrito Andía

Las niñas del palacete Gamazo

El uniforme de fiesta del colegio de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús quedaba intacto de un año para otro. Tan de fiesta era que apenas se usaba. Constancia Maura Gamazo, la madre de Connie y de Marichu, sabía que si no pasaba de una niña a otra antes de que crecieran, coleccionaría en los armarios tres o cuatro ejemplares perfectamente inútiles. El uniforme de fiesta de Constancia pasó así a Marichu, y estaba previsto que fuera a parar al año siguiente a Regina. Germán de la Mora, abogado y presidente de Electra, y Constancia Maura, hija de don Antonio, tuvieron cinco hijos: Constancia, Marichu, Regina (Piti), Teresa e Ignacio. Las tres primeras heredaban unas de otras, como en cualquier familia. Pero en un momento dado, Regina se dio prisa en crecer y alcanzó a la hermana que le precedía. «¡Qué suerte, ya no heredo el uniforme de Marichu!», exclamó. Sus centímetros le aseguraban uno nuevo.

No es fácil verificar qué influencias determinaron los antagónicos destinos de Constancia y de Marichu. Sus padres las enviaron a estudiar al mismo colegio de Madrid, y más tarde al Saint Mary's Convent, también católico, en Gran Bretaña; vigilaron que aprendieran idiomas y vieran mundo, las educaron para hacer buenas bodas, o al menos acordes con su clase, buscaron para ellas la felicidad conocida y posible. Constancia era impulsiva e inquieta, Marichu, sociable y atractiva, y Regina, alta como Connie, se decantó por la equitación y el deporte. ¿Qué diferenció a las dos primeras? ¿El carácter o quizá eso que se llama el destino? Sin duda, ambas cosas: Constancia y Marichu apenas compartían rasgos y afinidades, y la vida, además, las llevó por caminos no ya distintos sino opuestos. Teresa e Ignacio, los pequeños, apenas contaban mientras ellas crecían. Teresa, enferma y delicada, estudió igualmente en el mismo colegio inglés de sus hermanas, no se casó y murió joven. Ignacio debió de huir pronto de ese viento de chicas mandonas y originales que eran sus hermanas. Siempre vivió a su aire y en una etapa de su vida probó suerte en el boxeo. Formaba parte, en cierto modo, de otra generación, y el halo político del abuelo apenas cubrió ya su adolescencia.

En sus primeros años, Constancia y Marichu vivieron en Génova, 28, en un edificio conocido más tarde como el palacete Gamazo, aunque en realidad, desde un punto de vista arquitectónico, sólo era un edificio clásico propio de la época, aunque con gas en cada piso y calefacción, lo que ya no era tan corriente. La reina madre del palacete era doña Regina Abarca, casada en segundas nupcias con el terrateniente y político Germán Gamazo. La abuela Regina se sentaba a un tocador de metal modernista que asombraba a las nietas. Doña Regina conservaba un cabello largo que cepillaba sobre un peinador blanco de encajes y volantes. En ocasiones, la mitad de su larga cabellera aparecía blanca, y la otra y los extremos, negros, lo que le daba una severa dignidad. «Aunque tengáis más barbas que un capuchino, siempre seréis mis hijos», advertía la dama a sus descendientes para asegurarse su autoridad. Doña Regina era la madre de Germán de la

Mora Abarca, el padre de Connie y de Marichu. Germán de la Mora había nacido del primer matrimonio de su madre con Paulino de la Mora Varona[12]. Al enviudar, doña Regina se casó con el político Germán Gamazo Calvo, viudo a su vez de Irene de la Mora Varona, hermana ésta de Paulino. Es decir, ambos cuñados, al enviudar, contrajeron matrimonio. Curiosamente, Germán (de la Mora) se llamaba como el nuevo marido de doña Regina, lo que parece una premonición. Hasta cierto punto, ya que no hay que olvidar que su padrastro era a la vez su tío.

Con Germán Gamazo, doña Regina tuvo tres hijos: María, Juan Antonio y Julia[13]. Poco después fue la discreta hermana de don Germán Gamazo, Constancia, la que contrajo matrimonio con don Antonio Maura. Tuvieron diez hijos, entre ellos Constancia Maura, madre de Connie y de Marichu. Como consecuencia, los tres nuevos hijos de doña Regina, además de hermanastros del padre de Connie y de Marichu, eran primos carnales de Constancia Maura Gamazo, la futura esposa de Germán de la Mora. Al casarse Constancia Maura y Germán de la Mora Abarca, el círculo de apellidos se estrechaba. La relación entre ellos era muy próxima, ya que tanto los hermanos De la Mora Abarca como los Gamazo Abarca, hijos de doña Regina, vivieron dentro de la misma unidad familiar. Los padres de Connie y de Marichu se habían tratado prácticamente como primos, aunque biológicamente no lo fueran. Al casarse, el apellido Gamazo los unió y sobrevoló por dos veces sobre su enlace, no ya en las invitaciones de boda sino en la vida diaria. La madre era Maura Gamazo; el padre era hermano de otros Gamazo. Doña Regina, además de suegra de Constancia Maura, era a la vez su tía. Pura endogamia que se traducía en el caso de don Germán en una actitud si cabe más cariñosa y familiar cotí sus suegros: en las cartas que dirigía a don Antonio Maura y a su esposa no olvidaba el encabezamiento de «Queridos padres», a la vez que se despedía como «Su hijo». Curiosamente, Connie encontraría años después en la familia de Hidalgo de Cisneros una situación similar a la suya. Al igual que doña Regina, la madre de Ignacio Hidalgo de Cisneros se había casado en segundas nupcias con su cuñado, viudo de una

hermana de su primer marido. Ignacio experimentó de niño vivencias parecidas a las que debió de tener don Germán en su infancia, en las que la madre era el centro de hijos e hijastros, unidos por el afecto y el patrimonio[14].

A pesar de haber elegido pareja dentro del círculo familiar, el matrimonio de los padres de Connie y de Marichu no fue de conveniencia, aunque el patrimonio común saliera fortalecido. Al morir su esposa, don Germán, nostálgico y sentimental, como su hija Connie, hizo este balance: «Cuarenta años juntos, y no me he aburrido con ella ni un solo minuto…». Como es lógico, a sus hijos los emocionó escucharlo y Marichu apostillaba que ésas eran las palabras que a cualquier mujer le gustaría oír. Y posiblemente a cualquier hombre. Por el contrario, en el matrimonio de don Antonio Maura y doña Constancia Gamazo, los abuelos de Connie y Marichu, primó también la lealtad y gratitud del primero a la familia que le había abierto las puertas de su bufete. Esa familia Gamazo que lo aceptó aun siendo un recién llegado que hablaba un imperfecto castellano con un extraño acento mallorquín. Años después, don Antonio Maura, sin embargo, no actuó en política al estilo de los Gamazo, su familia política. Los Gamazo formaban parte de la añeja clase política, gracias a su arraigo e influencia. Don Antonio Maura, hijo de un fabricante de curtidos, buscó su propio camino y aplicó un enfoque profesional a su carrera, alejándose del secular caciquismo anterior. En los períodos de participación política cerraba el bufete; cuando cesaba esta actividad, volvía a abrirlo: en consecuencia, nunca perdía, pero se atenía a ciertas normas.

Aunque bastante complementarios, los padres de Connie y Marichu no siempre compartían los mismos criterios. Él era más práctico y pudoroso con los honores, mientras que a Constancia Maura le iba más el mundo social y sus pompas. Con frecuencia firmaba C. de la Mora y Maura, lo que a veces daba pie a que la C. se tradujera como «condesa de…». A pesar de las lagunas educativas que arrastraban las niñas bien de la época, Constancia Maura hablaba francés a la perfección, y París era el centro de su mundo, ya

que estaba habituada a viajar a la capital francesa. A él le privaba la modernidad y racionalidad alemanas. Años después aprendieron a amar Inglaterra e Irlanda a través de sus hijas. En los viajes al extranjero, a los que la familia era aficionada, surgían problemas por los muchos baúles que Constancia Maura mandaba acarrear en cada desplazamiento, y más aún a la vuelta. Su modo de vestir a las niñas, era, además, un tanto fantasioso. En los primeros veranos familiares en Santander, de donde provenía don Germán, a Constancia y a Marichu las llamaban los «cangrejitos Mora» a causa de sus bañadores rojos.

En el terreno teórico, Marichu no fue tan crítica como Connie con el colegio de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, sucedáneo para niñas del estilo jesuítico y considerado uno de los mejores de la época, además de más innovador (respecto al Sagrado Corazón de sus madres). Pero no le agradaba la costumbre de turnarse en los recreos con las niñas pobres, una absurda práctica clasista disfrazada de caridad que consagraba la discriminación. Marichu ignoraba entonces ese sentido, pero se sintió reflejada cuando su amiga Mercedes Formica denunció esta caricatura de piedad al evocar sus años escolares. Lo que más le fastidió a Marichu de mayor fue que, a pesar de haber estado nueve años en las Esclavas, nunca hubiera aparecido en su vida la palabra *bachillerato*. Aquellas monjas que ni siquiera eran maestras les daban un barniz cultural, pero no las asignaturas que llevaban a un título. En aquella época eran contadas las alumnas de las Esclavas que se preparaban para obtener un título oficial. De todos modos, de niña ese asunto no la preocupó y no llegó a tratarlo con sus padres. Su rebeldía se canalizaba entonces de otro modo. Las niñas de las Esclavas vestían uniformes negros de múltiples y profundas tablas, con una gran banda en la cintura. A menudo llevaban encima una capa negra al cuello entreverada de gris y un tieso sombrero de fieltro negro con cinta blanca. Al igual que muchas de sus compañeras, Marichu detestaba este uniforme. Al llegar al colegio, cada niña colgaba de una percha numerada la capa y el sombrero, también con su correspondiente número. En una ocasión que se vio

sola ante el perchero tuvo una inspiración y decidió cambiar de sitio capas y sombreros, pero en seguida tuvo una idea aún más osada: tomó los horribles sombreros de fieltro y, doblándolos, intentó que desaparecieran por la taza del retrete. Una monja la pilló en plena faena, pero Marichu, contumaz, negó los hechos. De no haber sido nieta de quien era tal vez la hubieran expulsado, pero el castigo quedó reducido a aconsejarle que durante algún tiempo prosiguiera sus estudios en su propia casa.

El padre de Connie y de Marichu, aunque conservador, tenía cierto aire europeo. Había estudiado en Alemania, consideraba apropiado el uso de los pantalones en la mujer para los deportes y las faenas del campo y aceptaba que las damas fumaran. Amaba los caballos, las plantas, acariciaba a los gatos, y era partidario de hacer una comida fuerte, más bien de legumbres, y el postre, que los sucesivos platos españoles. En una ocasión le preguntaron a una de las niñas qué comían, y al decir que un solo plato, no supo aclarar si eran ricos o pobres. Naturalmente, en pocos años se dio cuenta de que estaban dentro de los primeros. Sus padres viajaban fuera de España a menudo, a veces para acudir a balnearios de renombre, ya que Constancia Maura padecía del riñón y necesitaba tratarse. Cuando viajaban con sus hijos, acudían a hoteles familiares y confortables, pero en uno de sus viajes a Londres se alojaron en el Carlton, una representación del lujo que colmó las expectativas de sus hijas adolescentes.

Un día, las niñas jugaban acaloradas al escondite y Marichu se sintió sudorosa y débil. Los adultos llamaron al médico: tenía difteria. Ahora era ella quien ocupaba el centro de atención de la familia y no su enfermiza hermana mayor, Constancia. Aunque para ella aquellos días de convaleciente representaban la excepción, mientras que para Constancia constituían una situación conocida, pudo vivir a su antojo durante un tiempo y experimentar algunos de los privilegios reservados a la primogénita. Qué poco tenían que ver a pesar de llevarse sólo un año y haber vivido su niñez y juventud juntas. Melindrosa, soñadora y, en definitiva, un poco insoportable, así veía la segunda de las hermanas De la Mora Maura a la

primogénita. Por el contrario, Marichu, salvado el período de las enfermedades infantiles, crecía saludable y con los pies en la tierra. Como suele suceder, aunque este espejo mostrara rasgos reales, no tenía por qué ser exacto. La propia Constancia no alude en sus memorias a que de niña se sintiera débil, tal vez por pudor o porque se trató de algo pasajero. Pero cuando Marichu se miraba en él y desde él observaba de soslayo a su hermana, con la que durante algunos años compartió el mismo dormitorio, eso era lo que veía.

Después de unos primeros años en la calle de Génova, Germán de la Mora y su esposa se trasladaron a la calle de Lealtad, en el mismo edificio en el que residía don Antonio Maura, una calle próxima al Retiro, que hoy lleva el nombre del político conservador. El presidente del Consejo de Ministros ocupaba el piso principal. El piso de abajo lo ocupaba Margarita, una de sus hijas. Su hija Constancia Maura y su marido se instalaron en uno de los dos pisos de la segunda planta. En el otro vivieron unos años Gabriel Maura y su familia. Cuando éstos se fueron a vivir a un palacete de Torrelodones[15], el piso quedó sin apenas muebles, convertido en botín de juego para los niños, primos y amigos del Retiro. En aquel tiempo, los amigos se hacían más por afinidades entre las *nurses* que entre los niños: era la niñera irlandesa la que elegía hablar o relacionarse con sus compañeras, y ese trato se extendía a los pequeños a su cargo. Además de la escalera principal, las viviendas se comunicaban entre sí por otra trasera que permitía a las señoras ir de una vivienda a otra sin encontrarse necesariamente con las visitas cuando no estaban preparadas para recibir. Gracias a esta vecindad, los primos se trataban a diario. Cerca de la residencia del abuelo, en Ruiz de Alarcón, vivía Paco, el hermano pintor de don Antonio Maura. Y no muy lejos, Pepe Semprún y su esposa Susana Maura, la hija menor de don Antonio.

El abuelo solía darles a las nietas un duro de plata por su santo. Cuando almorzaba en casa, daba unas cabezadas en su sillón, y el resto de la familia o de los invitados se desplazaba hacia una de las esquinas de la casa en las que se encontraba el oratorio de doña Constancia Gamazo y su gabinete, a fin de que imperara el silencio

en la vivienda. Los niños se iban al piso que llamaban *desalquilado*, y sus potentes gargantas traspasaban la escalera de servicio hasta despertar al abuelo. Aunque alguna vez los padres de Connie y de Marichu u otros miembros de la familia acudieron a recepciones reales, la vida social era muy discreta entonces. Doña Constancia Gamazo solía estar bastante tiempo en casa y uno de sus pasatiempos era hacer croché. Cuando la mala visión la inducía a equivocarse, su fiel acompañante, doña Ruperta, deshacía la labor y la volvía a rehacer para que la autoestima de la esposa de don Antonio Maura no sufriera. Los jueves, don Antonio iba a la Academia de la Historia, y las nietas invitaban a las amigas para enseñarles el despacho o para que vieran al político a su vuelta. El despacho, o *sancta santorum*, ocupaba parte del piso bajo, al que se accedía desde el principal por una escalera de caracol. Arriba había también una sala con billar que don Antonio utilizaba en sus descansos de las tareas gubernamentales. En la época de la Dictadura de Primo de Rivera, justamente cuando disponía de más tiempo, no siempre encontraba jugadores para la partida, señal de que ante los ojos de los demás su estela de poder había decaído.

Como don Antonio se levantaba de madrugada en sus etapas ministeriales o presidenciales para bajar a su despacho, se cuenta que una mañana se cruzó en la escalera con sus hijos Honorio y Antonio, todavía solteros, que venían de juerga y, al parecer, los recriminó así: «Tengo yo que levantarme a esta hora para que vosotros sigáis divirtiéndoos toda la noche». A Marichu la fascinaba el tío Honorio, divertido y aficionado a la caza y a los placeres de la vida. Le gustaba mucho el campo, y a veces llevaba a su sobrina a los mejores cotos de caza, en los que se introducía con desparpajo. Si los guardias no lo conocían apelaba a la argucia de decir: «¡Paso, paso, escolta especial de la infanta Isabel!». Así, de coto en coto, atravesó Honorio Maura la Península. Marichu y Regina frecuentaban también a las hijas del tío Gabriel, entendidas en música y buenas amazonas. Regina y Marichu iban los domingos a correr liebres al Goloso con las primas. Connie no frecuentaba estas aficiones. O le interesaban menos, tal vez por tener que cuidarse algo más todavía

en ese tiempo, o posiblemente se encontraba ya en el Reino Unido en esa época.

La peregrinación a Cambridge

El año que separaba a Constancia de Marichu a veces sí marcaba distancias. Al ser la mayor, Constancia fue la primera en inaugurar los rituales de la adolescencia y la juventud, que sus hermanas seguirían más adelante. Al terminar su estancia en las Esclavas[16], Constancia, entonces con catorce años, pidió a sus padres completar estudios en Inglaterra. Algunos jóvenes de su entorno, sobre todo chicos del círculo bilbaíno que frecuentaba en vacaciones, ya lo hacían. Constancia estudió con su madre una guía de colegios ingleses para señoritas regidos por monjas católicas. Durante el verano, ambas viajaron a Londres con la guía en la mano para visitar algunos, aunque durante el viaje coincidieron con una familia española que había llevado a su hija al Saint Mary's Convent, en Cambridge, y se decantaron por éste. Constancia, muy amiga entonces de María Vallejo —la otra amiga era María Isabel de Arriluce-Llano—, logró convencerla para que pidiera a sus padres que la llevaran al mismo internado. María Vallejo ya conocía Gran Bretaña: ese verano viajaba con sus hermanos a la isla de Wight para asistir a las regatas de Ryde, y coincidió en Londres con Constancia y su madre. Constancia fue autorizada por su madre para acompañar a sus amigos a las regatas. María Vallejo también consiguió irse con su amiga al Saint Marys Convent al comienzo del otoño. En una carta de 1921, escrita desde un hotel inglés, Constancia Maura comunica a sus padres la noticia: «Hemos dejado a Constancita en un colegio de Cambridge con otra amiguita de Bilbao educada en las Esclavas».

No era la primera vez que Constancia de la Mora pasaba una temporada fuera de España. Marichu y ella habían estado con sus

padres en Berlín durante las Navidades de 1920. A su padre lo habían ingresado unos meses antes en una clínica de Berlín por una dolencia estomacal y, como se acercaba la Navidad y no le daban el alta, reclamó que las dos mayores se reunieran con él y su esposa para las fiestas. Connie y Marichu fueron en un lujoso tren de la época hasta París acompañadas de una institutriz, y su madre se desplazó a la estación para recogerlas. Como tenían cierto aspecto salvaje después de haber estado semanas y semanas en «La Mata», Constancia Maura las llevó a una tienda para equiparlas de ropa antes de ir al hotel. La experiencia internacional se completó con la estancia en Berlín, muy convulso en aquellos días en que el marco subía y bajaba entre revueltas populares y crímenes políticos como el que costó la vida a Rosa Luxemburgo. Las niñas De la Mora, ajenas al vértigo político, acudieron a una pista de patinaje sobre hielo, atentas simplemente a sostenerse a sí mismas. Aunque resultaba difícil, Marichu aprendió a moverse y a *valsear* ayudada por el profesor, pero Connie, toda piernas y brazos, apenas consiguió ponerse derecha, lo que tal vez fuera una anticipada premonición de su futura alergia hacia esa palabra y todas sus connotaciones.

A pesar de la disciplina y rigidez de los colegios ingleses, a Constancia le encantó ese mundo reglado e individualista, pero mucho más libre que la pudibunda atmósfera que se respiraba en las Esclavas. Las internas seguían clases en el colegio dictadas por las monjas y asistían a cursos paralelos sobre arte y otras materias en el paraninfo de la Universidad. El contacto con la Universidad le permitía a Constancia encontrarse y salir con universitarios españoles matriculados en Cambridge. Por aquel entonces, en 1921, todavía era raro que las chicas pisaran la Universidad. A los estudiantes varones incluso los molestaba la presencia de chicas en *sus* aulas. Pero Constancia iba conquistando libertades. La mezcla de ordenada vida colegial con salidas al exterior fue muy beneficiosa para ella y sus hermanas. Era casi un sueño para aquellas colegialas educadas entre *nurses* y Esclavas y vestidas de negro. Constancia llega a afirmar que el tiempo pasado en Cambridge fue el período más feliz de su vida. Un tiempo en que aprendió algo tan elemental

como que salir con un chico para ir al cine o a tomar un té no era pecado; tampoco era peligroso compartir la habitación con una amiga, como insinuaban las monjas españolas sin explicar por qué. La primogénita de don Germán no vino a España en tres años. En ese tiempo fueron sus padres, y en ocasiones también Marichu, los que aprovechaban el verano y la Semana Santa para visitarla y viajar por Inglaterra y Escocia. En esta época la empezaron a llamar Connie. Hasta entonces, en su casa la habían llamado Constancita para diferenciarla de su madre y de su abuela, que llevaban el mismo nombre. Así, con Constancita, anunció don Germán el nacimiento de la niña a sus suegros y a algunos familiares de Valladolid y Mallorca. A uno de ellos, al tío Gabriel Maura Montaner, solía escribirle para encargarle arrobas de aceite para abastecer a la casa. Pero Constancia había crecido mucho ya como para mantener aquel nombre inicial. El diminutivo inglés eliminaba su equivalente en español y distinguía perfectamente a la primogénita de Germán de la Mora de las otras Constancias familiares.

Marichu fue al Saint Mary's Convent un año después que Connie. Su hermana, totalmente integrada en aquel ambiente, no debió de hacerle mucho caso. Aunque María Vallejo dejó el colegio en el verano de 1922, Connie tenía ya amistad con otros jóvenes, entre ellos la inglesa Ann Tyrrell, hija de un alto cargo del Foreign Office. En consecuencia, Marichu trató de hacerse su propio grupo, lo que no le supuso mucho esfuerzo. Con ella coincidieron otras chicas de Bilbao y Santander, y en una ocasión organizaron «una fiesta española» en su habitación para la que sólo se les ocurrió comprar latas de sardinas en aceite y botellas de Anís del Mono. Al día siguiente se encontró con un montón de latas y botellas vacías y una ligera resaca.

En el verano de 1923, su madre anunciaba por carta a los abuelos: «Llegan Marichu y las dos inglesitas», aludiendo a algunas de sus amigas. Marichu no mitificó esa etapa tanto como su hermana Constancia, tal vez porque trataba de pasarlo bien en todas partes. Al igual que Connie, guardaba un excelente recuerdo de la madre superiora del Saint Mary's Convent, una monja liberal e

informada. Cuando se produjo el golpe militar de Primo de Rivera, Marichu se encontraba en Cambridge y la superiora se lo comunicó, consciente de que a su abuelo no le habría gustado el pronunciamiento. El estilo prudente y ponderado de esta monja inglesa estaba a cien años luz de las Esclavas. De cualquier modo, a Marichu la estancia en Inglaterra le hizo ganar en independencia: tenía a gala haber viajado por media Europa desde Francia, Alemania e Inglaterra, en una época en que las jovencitas no solían salir ni viajar solas, sin haber sufrido el menor peligro ni ningún acoso sexual indeseado.

Después de Marichu, se incorporó a Cambridge Regina y posteriormente Teresa, a quien las mayores debían cuidar por ser la pequeña y estar siempre delicada. Cuando llegó esta última, Connie ya estaba en Madrid, acompañando a su madre a los acontecimientos sociales y experimentando la hipócrita caridad de parte de las clases altas. En esta última etapa de Cambridge, las hermanas pasaban ya el verano en España, bien en Zarauz o en Hendaya y San Juan de Luz. Fue en uno de estos últimos lugares donde Marichu conoció a quien sería su primer amor adolescente, César, un excelente nadador de Santander. El chico estimuló inconscientemente a Marichu a perder el miedo al mar y aprender a nadar. Aunque sólo fue un juvenil *flirt* de verano, Connie, muy en su papel de hermana mayor, advirtió a Marichu que el joven era un chico serio y que no debía jugar con él, algo que Marichu no tenía intención de hacer. Era sincera, pero también muy joven, y César se perdió en las brumas de la adolescencia. Marichu, sin embargo, durante unos años mitificó aquel verano: le gustaba recordar que se inició en la natación por amor.

A la vuelta de Gran Bretaña, las hermanas De la Mora volvieron a convivir en la casa de sus padres y a la vez, debido a su diferente carácter, iniciaron sendas propias, en ocasiones dándose la espalda. Para Marichu, y en parte también para otros miembros de la familia, Connie era una joven dotada de una especial madurez, intrépida y con una nada desdeñable capacidad para engatusar a los demás, en especial a sus padres. Sin duda, había una mezcla de admiración y de

crítica velada, como sucede en el corazón de todos los hermanos del mundo, hacia esa primogénita llena de arrojo exterior y paradójicamente algo debilucha en cuanto penetraba en los confortables muros familiares. Marichu, por el contrario, era poco amiga de hacer concesiones para obtener ventajas familiares, pero tampoco estaba dispuesta a obtener un no en la vida. A la vuelta de Inglaterra, además, Connie ya pensaba en los chicos, con lo que la superioridad sobre Marichu, menos motivada todavía, se afianzaba.

Al margen del paréntesis de Cambridge, la vida espiritual de las jóvenes De la Mora estuvo ligada a confesores y directores espirituales jesuitas. Marichu siempre expresó su respeto ante los seguidores de san Ignacio, un santo viajado y bregado. «La Mata del Pirón» —la finca segoviana donde empezaron a pasar parte de las vacaciones desde que don Germán, que hasta entonces trabajaba en la testamentaría de Gamazo, fue nombrado presidente de la compañía Electra, lo que le impedía ausentarse al norte todo el verano— tenía capilla. Hasta los setenta se decía misa en ella. Además de la familia De la Mora, del servicio y de los trabajadores de la finca, en ocasiones asistían veraneantes y personas del entorno. Cuando no había sacerdote en la finca, algún párroco cercano, como el de Sotosalbos, don Pablo, subía a decir misa los días festivos. Como hasta pasados los sesenta no hubo calefacción en la finca, el oratorio contaba en invierno sólo con un brasero, lo que contribuía a que las misas fueran breves y rápidas. Cuando Marichu pasó a hacerse cargo de la finca, al morir sus padres, y fue elevada a la categoría de doña María, mantuvo el principio de la brevedad en la misa dominical, y si don Pablo se alargaba en la homilía, le hacía una señal para que empezara el credo.

«La Mata», en su origen propiedad de la familia Gamazo, aunque luego pasó por herencia a doña Regina Abarca, contaba al principio con dos casas gemelas y poco confortables, separadas por un patio con cobertizos para los cabreros. Los Gamazo tenían finca en Torrelodones y en otros lugares, y la de «La Mata» apenas la usaban. A principios de siglo la finca se iluminaba aún con carburo, y su principal fuente de ingresos era la producción de carbón vegetal,

obtenido a través de la lenta combustión de la madera, por lo que contaba con una carbonería aneja. Aunque a doña Constancia Maura le gustaba más el veraneo del norte, y de hecho no renunció a él, don Germán de la Mora intercambió por otros bienes esta propiedad a sus hermanos de la rama Gamazo para construir una casa en la finca, además de repoblarla de árboles, y usarla como segunda residencia. Con frecuencia, mientras sus padres viajaban al extranjero, los niños se quedaban al cuidado del servicio y los administradores, don Antonio Lacalle y su esposa. Este matrimonio y Julián, el mecánico, fueron tan próximos para Connie y Marichu como su propia familia. Se encargaban de entretenerlas y organizaban excursiones en burro a la sierra, en las que el servicio era el primero en divertirse. El mecánico, además, fue una pieza esencial en su vida, ya que el coche de turno de su padre solía pararse en la carretera de Segovia cuando menos se esperaba. Sin duda, las nietas de Antonio Maura llevaban en «La Mata» una vida demasiado apartada y austera.

Cuando los padres regresaban a la finca, el paisaje cambiaba. Por la finca pasaban casi todos los parientes del matrimonio De la Mora. Susana Maura, la bella y dulce hermana de Constancia, y a la vez madre de Jorge y Carlos Semprún, solía montar a caballo. Con otros invitados, y estando don Germán, solían ir de caza. Marichu iba alguna vez en busca de codornices, con algunos parientes o amigos. Ella tiraba el primer tiro por aquello de la agilidad, pero eran sus compañeros los que realmente abatían a la pieza. A veces, el señor Lacalle organizaba veladas teatrales, y en una ocasión, los lugareños representaron *La vida es sueño* en la finca. A la muerte de sus padres, la finca se dividió entre Regina, que obtuvo la parte de un antiguo molino de harina, y Marichu, que se quedó con la zona en la que estaba la casa y lo que se consideraba propiamente «La Mata». Don Germán tenía, también, una finca en Salamanca, casi en la raya de Portugal, y ésta se repartió entre el menor de los hermanos, Ignacio, y Luli, la hija de Connie. La herencia Gamazo era aún más amplia, y a los hermanos De la Mora aún les tocó algún pellizco procedente de la venta de solares urbanos. Gracias a un dinero extra procedente

de esta herencia colectiva, Marichu contribuyó a financiar la película *Los viajes escolares*, de su hijo Jaime. Un dinero en parte perdido, ya que la productora dejó impagadas las letras y no hubo ganancias.

Marichu, la más deseada

Entre «La Mata» y Madrid, primero, y luego Cambridge, pero con vuelta a casa, ése podría haber sido el doble itinerario de las hermanas De la Mora en su primera juventud. Una austera mezcla de vida en el campo con pinceladas de mundo y algún refinamiento. A la vuelta de Inglaterra, además, una tras otra, entraron en sociedad. Si durante años habían estado recluidas en «La Mata», pronto descubrieron que muy cerca, en La Granja de San Ildefonso, convergía una buena colección de apellidos (Monteagudo, Neville, Valdeiglesias, Bauer, Jura Real, Calonge, etcétera) encarnados en nuevos vástagos dispuestos a promover fiestas, concursos de tiro de pichón o torneos de tenis. Las familias de siempre y los visitantes temporales en busca del calor monárquico formaban un mundo compacto y relajado que las niñas de «La Mata» conocieron ya en el inicio de su decadencia[17]. Aunque ellas, al mismo tiempo, al ser «nuevas», irrumpieron con ese atractivo capaz de romper viejas monotonías. Connie, que ya había sido presentada en sociedad, empezó a dar fiestas en «La Mata» a los nuevos amigos. Dos hijos del marqués de Valdeiglesias y Edgar Neville fueron algunos de los más asiduos amigos de las hermanas. Quedaban lejos los tiempos en que eran todavía unas niñas, y las visitas de sus padres, al reparar en ellas, decían «¡Qué crecidas, qué altas!» al observar a Connie y a Regina. Si se trataba de Marichu, el juicio era otro: «¡Qué guapa!». Regina escuchó tantas veces estas frases estereotipadas que acabó asumiéndolas. Tal vez por esa simetría en la estatura, Regina y Connie se hicieron bastante amigas, aunque en medio de ellas estuviera Marichu. Ésta, sin embargo, seguía formando pareja por

edad con Connie en las salidas sociales, aunque empezara a concentrar más pretendientes que la hermana mayor. Eso molestaba a Connie, al parecer, ya que no le agradaba que Marichu llegara a casarse antes. Connie fue, en efecto, la primera en casarse con Manuel Bolín. Cuando se separó de él y regresó a Madrid, Connie volvió a frecuentar a su hermana Piti, hasta que ésta se casó, en 1932. Regina fue una joven muy activa, y todavía, en 2005, es una señora alta, delgada y ágil. Montaba muy bien a caballo y ganó importantes concursos hípicos. Al verla, la mirada puede volver atrás, jugar con la imaginación y observarla de nuevo como si fuera Connie. El parecido entre ambas siempre fue sorprendente.

La verdad es que, aunque Marichu destacara más, las otras hermanas no carecían de atractivo. De facciones más angulosas, su mirada transmitía fuerza y su presencia no pasaba inadvertida. Connie y Regina eran altas, además, y eso camuflaba en una primera impresión cualquier rasgo irregular. Las tres tenían carácter, y no era fácil disuadirlas si creían tener razón. Tan arraigada y tan asumida estaba esta cualidad en la familia que cuando Ignacio, el único varón de los hermanos, eligió novia, alguien comentó: «Es una chica bastante normal…». El comentario encerraba cierta crítica, ya que la novia de Ignacio no pertenecía al mismo círculo social. El padre, don Germán de la Mora, replicó en seguida: «¡Menos mal que por fin tenemos en la familia una mujer normal! ¡De mujeres extraordinarias estamos ya sobrados!». Sin duda, Germán de la Mora conocía a sus hijas. Piti fue tal vez la más equilibrada y la que menos lo perturbó: sus saltos sólo eran ecuestres, y sus riesgos, deportivos. No se tiraba al abismo sin red, como Connie, ni se asomaba al precipicio de la estética de la revolución pendiente, como Marichu. Piti era una chica sana y divertida que acostumbraba a ganar trofeos por sus buenas cualidades de amazona. Hizo, además, una buena boda al casarse con un Escrivá de Romaní que concentraba en sus apellidos algunos de los de más abolengo de España.

En realidad, Marichu no pretendía acaparar pretendientes ni escandalizar a su familia. Atraía a los chicos porque era seductora,

curiosa y versátil. Su nieta María Tellería, periodista vinculada a organismos internacionales relacionados con los derechos humanos, recuerda que su abuela fue hasta su muerte una seductora nata: de hombres, de niños, de gatos… Cualquiera que se le pusiera delante y despertara su interés. En sus años de juventud, los chicos se sentían atraídos por ella porque a ella le interesaba el mundo masculino. Un interés que en aquel momento no tenía un matiz sexual explícito. En aquellos años, además, Marichu guardaba un pequeño secreto. A pesar de que algunos de sus intereses y aficiones más claros eran la conversación y el trato social, se consideraba tímida, o al menos no se sentía tan segura de sí misma como acabó siéndolo en la madurez. Cuando era adolescente fue sola a una fiesta en la que apenas la sacaron a bailar, y desde entonces acuñó la teoría de que a los actos había que ir acompañada. No buscaba novios, sino acompañantes. Una motivación bastante común en mujeres y hombres que temen ser ignorados. Pero su padre no comprendía su punto de vista: a falta de un acompañante asiduo, disponer de varios.

Paradójicamente, y a pesar de esa supuesta timidez que desaparecía de golpe si alguien le interesaba, Marichu contaba con una arma poderosa: el silencio. Lo había utilizado con sus padres y en el colegio, y sabía que no hay nada que desarme más al interlocutor. Callar fue, por tanto, un arte para ella. A veces, también un suplicio. Al mismo tiempo contaba con una segunda arma que podía ser también una debilidad: escribir cartas. Irónicas, divertidas, ingeniosas, apasionadas. Su vocación de escritora, que aún no había aflorado, despuntaba en esas cartas que escribió por docenas desde joven. Aunque como reconoció años más tarde ante su amigo el marqués de Santo Floro, la necesidad de escribir fue tardía.

En aquellos años veinte lo que le interesaba era descubrir el mundo y salir de la ingenuidad y la tontería generacional en que había sido educada. Aunque se sometiera con relativa disposición a los rituales de las madres de la época para exhibir a sus hijas: palcos en el Teatro Real y reuniones en las tardes del lunes en el hotel Ritz

para que las niñas bien bailaran al son del fox, el pasodoble y el charlestón. Marichu frecuentaba, además, a amigos aficionados al teatro, que representaban obras en sus respectivas casas, como Ignacio y Pilar Luca de Tena, María Infantado o María Jura Real. A ella, sin embargo, no le tiraban las tablas. En esta escasa habilidad para la escena coincidía con Agustín de Foxá, bastante negado también. Aunque lamentablemente para Marichu, él mejoró con el tiempo. De cualquier modo, los pretendientes le llovían, a pesar de que a las nueve tenía que estar en casa para la cena. Por aquel tiempo había aparecido ya en aquellas reuniones Toto Chávarri, y Marichu no tardó en fijarse en su estupendo físico. Curiosamente tenía coche, lo que no era frecuente entre los jóvenes que la acompañaban. Después de tantos malabarismos para encontrar un acompañante asiduo, el elegido fue Toto, Tomás Chávarri. «Era un pollo», dice Piti con aprobación, rescatando una expresión de su juventud. Al contrario que Manuel Bolín, un vividor simpático e irresponsable, Chávarri parecía un hombre de provecho, aunque le gustara alternar y divertirse. Contaba con los buenos ingredientes deseados por don Germán para sus hijas y obtuvo sin problemas el visto bueno de sus suegros. Curiosamente, entre el ajuar de la novia, la madre de Marichu incluyó una exquisita colcha de terciopelo comprada en Francia que inicialmente iba a servir de regalo de bodas para el dictador Primo de Rivera y Mimi, su amante. Constancia Maura era amiga de Mimi y, como otros tantos conocidos de la pareja, dio por hecho que iban a casarse. Pero como el dictador finalmente renunció al enlace, la colcha se guardó y pasó a Marichu.

De novia a esposa

Antes de casarse, Marichu asistió durante un tiempo a unos cursos de pintura en el estudio de Sotomayor y atisbo la vida bohemia de

los pintores y las leyendas de las modelos que posaban para ellos. Más tarde se pasó a lo que entonces era la vanguardia, y acudió a las clases al aire libre de Vázquez Díaz, una personalidad arrebatadora, recordaba Marichu. El maestro llevaba a sus alumnos a las afueras de Madrid y les decía: «Esto es la naturaleza, interpretadlo a vuestra manera». Marichu se hizo amiga entonces de jóvenes pintores que persistieron en el empeño, como Marisa Róeset. Esta versatilidad de intereses indica que en aquel final de los años veinte, ya en los albores de la República, Marichu trató y conoció a figuras de diversas ideologías y actitudes vitales, desde su profesor Vázquez Díaz hasta Agustín de Foxá o José Antonio Primo de Rivera. Pudo elegir, y sin duda lo hizo, pero se inclinó por el lado falangista o, dicho de otro modo, se mantuvo dentro de sus intereses de clase, en el extremo opuesto al que se dirigía, aun sin saberlo, su hermana mayor.

En marzo de 1929, el entonces obispo de Madrid-Alcalá, doctor Eijo, casó a Marichu de la Mora y Maura con Tomás Chávarri en la capilla del palacio episcopal. Sus tíos, el conde de la Mortera, Honorio Maura y César de la Mora, y el conde de la Nava y don Julio de la Mora, fueron los testigos de la novia; por parte del novio firmaron su hermano José, don Bernabé Chávarri, los condes de Gamazo y Alcudia y el marqués de Olivares. Los novios salieron después rumbo a Lisboa para emprender un crucero. Querían pasar su luna de miel en Egipto. Como para la mayoría de las chicas de la época, la luna de miel implicaba, a la vez, la iniciación sexual y marital y los primeros pulsos de la convivencia. Marichu, más realista y también más afortunada, no renegó del matrimonio a los pocos meses de casada como su hermana Connie. Pero iniciada la convivencia, pronto comprendió que la vida de casada no era una bicoca, y lo que es más grave, que nadie se lo había advertido ni la habían preparado para afrontarla. En este sentido, la historia de Marichu adquiere un sesgo generacional, ya que sus primeras vivencias conyugales fueron bastante comunes a las de otras chicas de buena familia de su entorno. Lo interesante de Marichu es que a pesar de sus veleidades conservadoras y su militancia falangista supo

evolucionar con la misma sociedad española a la que pertenecía. Hasta sus mismos errores personales y políticos le sirvieron para reflexionar y tirar hacia delante. En parte porque esa Sección Femenina en la que militó con dedicación absoluta los primeros años de la guerra y de la posguerra le sirvió al mismo tiempo de plataforma para abrirse un camino profesional en el periodismo. En parte porque no era tan sumisa como otras damas de su entorno y no podía aceptar la cuadratura del círculo falangista que la incitaba a extremar su presencia pública y a la vez circunscribirse a su condición de casada, fuera la suerte que corriera en esta faceta.

Como apuntaba Connie en su autobiografía, no es fácil entender qué criterios seguían sus padres al aprobar sus bodas, y, aunque parecía obvio que buscaban su felicidad y trataban de *colocarlas* en las mejores condiciones, quizá se guiaran más por los esquemas de su propia juventud que por los del mundo en que les iba a tocar vivir a ellas. En consecuencia, sólo exigieron a sus yernos que procedieran de buenas y conocidas familias y acreditaran cierto patrimonio. Aunque, de novios, Tomás le había hecho regalos llamativos, de casado bajó la guardia. Constancia de la Mora, que no daba puntada sin hilo, tal vez se hizo eco del sentir familiar al escribir en *Doble esplendor* que su cuñado tendía a la tacañería. Hay que tener en cuenta el contexto que rodeaba entonces la vida de los jóvenes matrimonios de clase alta: dos chicos de buena familia y de supuestas fortunas embarcados en una vida familiar que debía tener un tono y un nivel social adecuados, pero sin hacer hincapié en el modo de afrontar los gastos o de ganarse la vida. Una de las relativas sorpresas con que se encontró Marichu al volver de Egipto fue que su marido no tenía trabajo… Evidentemente, hasta que no contrajo matrimonio, ganarse la vida no formó parte de sus intereses. Se hablaba de que sus padres disponían de una fortuna estimable, pero, como es lógico, vivir de las rentas no tenía sentido ni era práctico. En el mejor de los casos a muchos jóvenes crecidos en la abundancia o en el seno de familias burguesas les ocurría lo que al protagonista de la novela de Rafael Sánchez Mazas, *La nueva vida de Pedrito Andía*: Pedrito, todo amor por su idealizada Isabel, se sorprende

cuando escucha que Edurne y otras chicas de su entorno lo que buscan en un hombre es que les lleve a casa «un buen jornalito». Hasta ese momento no había reparado en la ventaja de disponer de un buen sueldo en una casa. Quizá él también tenga que llevar algún día «un buen jornalito» a su adorada Isabel, reflexiona Pedrito bajando al mundo real. Qué descubrimiento.

Fue una vez casado cuando Chávarri se aplicó a ganar dinero. Como primer paso se preparó para perito mercantil, empeño en el que Marichu puso toda su fuerza de persuasión. Alguna vez comentó que fue una lástima que ella no intentara entonces sacarse el mismo título, ya que lo había ayudado a repasar las materias. Aunque Chávarri se decantó hacia la Bolsa y las finanzas y ganó dinero, las costumbres de la época dejaban en manos del marido las riendas económicas. La mujer era un mero ser pasivo y receptivo. Se dispusiera de mucho o de poco, lo habitual era que el marido sufragara, y a veces controlara, los gastos generales de la casa, si bien algunos se limitaban a la comida y el alquiler de la vivienda y, como mucho, al servicio. A menudo, Marichu se encontraba ante la paradoja de que, aun disfrutando de una posición desahogada, no tenía dinero propio, a pesar de que su padre acordó con su marido pasarle mil pesetas mensuales de entonces. Es decir, el dinero manejado por la esposa para sus propias necesidades tenía que salir de los gastos generales o bien depender del talante y voluntad del marido. Como recuerda su nieta María Tellería, con frecuencia, Marichu y otras muchas mujeres casadas, independientemente de su nivel social, se veían abocadas a repetir la tediosa frase: «Déjame algo de dinero para ir a la modista. O para los niños, o para…». Sólo la sensibilidad del esposo y su actitud hacia el dinero podían suavizar esta monserga cotidiana. Lo que estaba claro es que el dueño del dinero era el marido. En consecuencia, la joven Marichu buscó una forma honesta y simple de hacerse con un dinero extra y propio: yendo a jugar al póquer con otra dama, Conchita López-Dóriga. Nunca apostaban grandes cantidades, lo que les permitía jugar sin miedo y aprovechar las pequeñas coyunturas. Para Marichu, estas ganancias eran suficientes para disponer de forma permanente de un

dinero ganado por sí misma, con toda la sensación de libertad que conllevaba, hace notar su nieta María Tellería. El póquer no era, por tanto, una mera frivolidad, como insinúa su hermana Constancia en *Doble esplendor*, sino más bien una necesidad de sentirse independiente. Desde luego, Constancia podría haber aconsejado a su hermana que trabajara, como había hecho ella, pero eso hubiera sido demasiado revolucionario, y Marichu aún no estaba lista para abordar tantas transformaciones. Tendrían que pasar los años para que Marichu de la Mora llegara por la vía de la experiencia a parecidas conclusiones a las que unos años antes predicó Virginia Wolf: la necesidad ineludible de tener un dinero y un espacio propios para que la mujer fuera libre. La autonomía económica era la condición esencial para no depender del hombre más que por voluntad propia. En Marichu, el póquer fue el primer peldaño; con el periodismo acabaría siendo una mujer autónoma.

Nos vamos a Biarritz

Con la llegada de la República, los padres de Marichu observaron con preocupación el acercamiento de su hija a los círculos falangistas. A los sobresaltos vividos ya a causa de Constancia, tuvieron que sumar una nueva inquietud ante la implicación política de su segunda hija. Talvez no fue casual, sino una premonitoria anticipación, que al proclamarse la República, Marichu, madre ya de su primera hija, se refugiara en Biarritz, lo que indica un temor y una precaución exagerados, teniendo en cuenta que ni siquiera militaba todavía en Falange. El traslado a Biarritz fue, al parecer, una iniciativa de tío Honorio, que embarcó en la expedición a Marichu y a su familia, pero ese vago resquemor hacia la recién estrenada República era compartido por muchos otros parientes. Aunque no todos. El recelo coexistía con la diferente postura adoptada por Miguel, otro de los hermanos de Constancia Maura,

la madre de Marichu. Miguel Maura había participado en el Pacto de San Sebastián, en el que un grupo de notables políticos y militares certificaron el agotamiento de la Monarquía y se juramentaron para traer la República, una opción minoritaria en la familia que era orillada en las conversaciones domésticas, sin que nadie osara tampoco criticarla de modo abierto. En este sentido, la inquietud de los padres hacia los derroteros que tomaba Marichu era aún difusa. Mientras Constancia había optado por lo desconocido y por la negación de su clase, al proclamar como una divina Ceres roja que la reforma agraria estaba por encima de su sangre y de su patrimonio, Marichu se deslizaba por un territorio político más cercano.

La República, sin embargo, supuso una eclosión de libertad de la que se beneficiaron todos los grupos sociales. Las mujeres, al menos en las ciudades, nunca la habían vivido con tanta convicción. María Zambrano la palpaba en la calle. Rosa Chacel y Concha Méndez la utilizaron. En los días de su proclamación, en las mismas horas en que el rey partía desde Cartagena, hasta en el club aristocrático la Gran Peña apareció una bandera republicana. Pero la nostalgia monárquica de una clase poco dispuesta a compartir privilegios latía de forma intermitente en los ambientes en que se movían Marichu y su familia. El 15 de abril, cuando la reina, el príncipe de Asturias y las infantas salieron en tren hacia Hendaya desde El Escorial, los fueron a despedir Pilar y Carmen Primo de Rivera, las condesas del Puerto y de Casa Ayala y Pilar Escrivá de Romaní. Las fuerzas empezaban a tensarse.

Después de una breve etapa de recién casada viviendo en el amplio piso de su suegra en la calle del Barquillo, el matrimonio se instaló en la calle de Lista. Tuvieron tres niñas prácticamente seguidas: Macarena, Regina y Alicia. La cuarta, Natalia, vino al mundo en 1938, en plena convulsión civil. Jaime, el pequeño, en 1943, iniciada la posguerra. Pero el matrimonio no garantizó el sueño de Marichu de contar con un acompañante asiduo. El matrimonio, y más en las clases altas, era otra cosa. Se trataba ante todo de establecer una unión social, tener hijos, educarlos y

mantener un estilo de vida. A la vez que eso permanecía, los cónyuges podían desarrollar sus propias relaciones e intereses si sus aficiones y rentas se lo permitían. Al contar con un gran número de amistades y compromisos sociales, Tomás Chávarri propuso desde el principio que cada uno mantendría su círculo de amigos, lo que no significaba que vivieran en mundos separados, ya que algunos de ellos eran comunes. La nieta periodista de Marichu, María Tellería, piensa que el matrimonio de sus abuelos siguió un modelo bastante común en la época: la base era el respeto y la dedicación primordial a la vida familiar, pero sin ahogar ni constreñir los propios intereses. Un esquema de vida marital que a veces funcionaba por inercia, movido en ocasiones por un entramado de intereses afectivos y económicos en el que se aceptaba que el hombre, que aportaba el dinero, viviera su vida, siempre que lo hiciera de un modo discreto. Otras veces, este modelo, sencillamente, no funcionaba y el entorno social lo percibía. Marichu se adaptó bien, al principio, al modelo de relativa independencia solicitado por su marido, dado que era sociable, ingeniosa y simpática. Centrada en su casa y sus hijas, al no tener que trabajar, podía salir y entrar con sus amigas; al mismo tiempo acompañaba a su marido cuando era requerida. A Tomás, por ejemplo, siempre le gustaron los toros, y aunque a Marichu le desagradaba el espectáculo, solía acompañarlo y acabó sabiendo bastante de lidia. Aunque al principio seguían yendo a «La Mata», el trasiego de amigos que llegaban de forma improvisada a la finca, invitados por el matrimonio Chávarri, era excesivo para los padres de Marichu, que veían su refugio convertido en una inesperada *fonda*. Finalmente el matrimonio optó por veranear en La Granja de San Ildefonso (Segovia), donde algunos años alquilaron un piso a la madre de Edgar Neville. Allí sus amigos los visitaban y se mezclaban momentáneamente los íntimos de ambos cónyuges. Tanto Tomás como Marichu eran atractivos y hospitalarios y atraían a su alrededor a diversas amistades dentro de su propio círculo. Aunque no llegaron a separarse legalmente, el distanciamiento se acrecentó con los años de forma paulatina y se plasmó en los sesenta, cuando Chávarrise fue a vivir a un hotel.

Cuando esto ocurrió, sus amigos y su medio social estaban al corriente de que aquel matrimonio tan aparente y tan sociable se había agotado. Sin romperse dél todo: de vez en cuando, Tomás cruzaba el espacio que separaba el hotel, en el que se alojaba, del piso familiar y se acercaba a almorzar e incluso a desayunar al domicilio de su esposa.

En los años cuarenta y cincuenta, además, pocos matrimonios de su círculo social se separaban, aunque los amigos sabían perfectamente quiénes estaban distanciados *de facto*. Años después, cuando llegó el divorcio, y muchos de sus amigos consumaron legalmente su ruptura, Marichu no se planteó hacerlo, pues había logrado vivir felizmente separada sin romper ni amistosa ni económicamente con su marido.

Con el tiempo, y a pesar de su carácter tajante y a menudo impositivo, Marichu logró hacer casi siempre lo que quería sin romper definitivamente con nadie. Una de sus estrategias para sobrevivir fue procurar no sentir celos anecdóticos, como indicaba en una carta a su amigo y correligionario Ridruejo, ni sentirse herida en su vanidad ante la indiferencia, pasajera o total, de los demás. Tal vez porque su amor propio actuaba en estos casos como un elegante manto protector. No es fácil saber en qué momento decidió añadir a su vida de casada un carril propio para vivir simultáneamente su vida. Dentro de un orden, desde luego, y dentro de sus propios esquemas. No fue algo de un día para otro. Como muchas otras mujeres casadas excesivamente jóvenes, el giro más importante de su vida se inició entre los treinta y los cuarenta años, en plena posguerra. El reto fue así más duro, pero más emocionante.

La fascinación falangista

Constancia escribe en *Doble esplendor* que Marichu se acercó a José Antonio Primo de Rivera a través de una de sus primas, hija del

duque de Maura, representante de la línea dura y conservadora de la familia. Tal vez fuera así desde un punto de vista ideológico. Sin embargo, fue una de sus amigas de la época, con más mundo y años que Marichu, Leticia Bosch, separada por entonces del duque de Dúrcal y confidente y consejera de José Antonio, quien le presentó al líder falangista. Fue en una de sus frecuentes partidas de póquer, esta vez en casa de la marquesa de Agrelo, donde José Antonio acudió como un jugador más. Probablemente allí estaba también Leticia Bosch, y Marichu le fue presentada al abogado y político. A José Antonio, dividido entre su afición a las leyes y el proyecto político que le llevaba a defender el buen nombre de su padre al tiempo que trataba de crear un movimiento innovador, le encantaba la vida social y el trato con las damas de conversación fluida e ingeniosa, cuando no culta. A muchas señoras las encandilaba su discurso, no en vano las definiciones más o menos poéticas nunca faltaron en boca de este abogado que, por influencia de Sánchez Mazas, iba aceptando un fascismo esteticista y a la italiana, aunque de raíz española. A otras era su aspecto impecable lo que las impulsaba a invitarlo a sus reuniones. Como recordaría más tarde la falangista y amiga íntima de José Antonio, Carmen Werner, al líder le encantaba «cenar con amigos, poetas, escritores […]». Testimonio que concuerda con otros de los que compartieron la intimidad del fundador de la Falange, como Felipe Ximénez de Sandoval. Muchas de estas cenas se celebraban en el hotel París, en la madrileña calle de Alcalá, y además de los asiduos (Sánchez Mazas, Foxá, etcétera), solían invitar a alguna dama. José Antonio era consciente de que su presencia y su discurso cautivaban a muchas de ellas. En una de estas cenas, a la que asistía Sánchez Mazas, se habló detalladamente de Isabel, la futura protagonista de *La nueva vida de Pedrito Andía*. La política se dejaba para los momentos de ira.

Los modelos estéticos de hombres y mujeres cambian, y hoy José Antonio ofrece una imagen algo trasnochada, pero en los pasados años treinta su físico cumplía con las expectativas de su generación. Era un icono masculino del momento y, como tal, seducía a las damas. Marichu no fue una excepción. Compartía el mismo

sentimiento de fascinación hacia el líder que otras señoras de la alta sociedad. Pero, en este caso, él había quedado también atrapado. De aquel primer encuentro en casa de la marquesa de Agrelo surgió una cadena de conversaciones telefónicas y de nuevas reuniones con amistades comunes. Con Foxá, a quien Marichu ya conocía y admiraba, Rafael Sánchez Mazas, Margarita Pedroso e Isabel Argüelles y el mismo José Antonio hacían planes de excursión y visitaban Cadalso de los Vidrios o poblaciones cercanas a Madrid. En aquellos días de curiosidades febriles, Marichu se apuntó, con Margarita Pedroso e Isabel Argüelles, a un curso de griego para oyentes en la Universidad Central de Madrid. Por la misma época, Marichu asistía a las tertulias de la norteamericana Eva Fromkes, capaz de aglutinar en los salones de su ático de Madrid y de su recoleta casa segoviana a artistas y escritores de derecha e izquierda. En el ático madrileño que tenía Eva Fromkes en la calle Espalter lo mismo se encontraba a Zenobia Camprubí, a Margarita y Lolita Pedroso, o incluso a Pablo Neruda. En la casa segoviana de los Fromkes, sin embargo, se prodigaban más los falangistas, bien implantados en las élites de esta provincia. Marichu frecuentaba ambas viviendas. En la de Segovia, cercana a su lugar de veraneo, su presencia encendía la admiración de algunos poetas que empezaban a publicar, entre ellos Dionisio Ridruejo. Podría decirse que, al igual que la figura de José Antonio fascinaba a Marichu, ésta había despertado un sentimiento idéntico e instantáneo en el joven Ridruejo.

En aquellos días en que apenas sucedía nada extraordinario, aunque no estuvieran faltos de alicientes, conocer a José Antonio había sido un auténtico descubrimiento. Su personalidad singular, poliédrica y, en parte, enigmática, no la dejó indiferente. Realmente, José Antonio no se parecía a ninguno de los señores y jóvenes que había conocido hasta entonces. Aunque sólo tenía cuatro años más que ella, parecía mayor. Su amistad iba a dejar una profunda huella en su todavía joven y poco experimentada vida. Muchos años después, aquilatado ya su recuerdo por el tamiz del tiempo, Marichu manifestaría a su amiga Juby Bustamante que, al margen de

cualquier consideración política, la personalidad de José Antonio resultaba fascinante. Su carisma, su cuidado aspecto físico y su egolatría hacían que emanara de él algo indefinible y a la vez envolvente. Hasta María Teresa León le reconoce en *Memoria de la melancolía* cierto atractivo e insinúa que su muerte fue un error político que se tendría que haber evitado. Pero sólo era una opinión sin consecuencias, ya que María Teresa León y José Antonio no tenían nada en común que pudiera unirlos. A quien sí intentó atraerse José Antonio desde un punto de vista intelectual fue a María Zambrano, a quien conoció en casa de una marquesa amiga de ambos. En ese momento, Zambrano, preocupada por el porvenir político de su país, había creado el grupo Frente Español (FE), de inspiración orteguiana. José Antonio lideraba entonces el llamado Movimiento Español Sindicalista. En la reunión hablaron de Ortega, y José Antonio trató de establecer una alianza con la filósofa. Esta, profunda republicana, se dio cuenta de la trampa fascista que encerraba el en apariencia romántico, renovador y orteguiano proyecto de José Antonio y le reprochó que se apoyara en pistoleros. En consecuencia no sucumbió ante sus cantos de sirena. Algunos de sus compañeros de viaje sí se dejaron embaucar y se pasaron a José Antonio con las siglas de su proyecto, FE, ahora convertido en Falange Española, por lo que Zambrano se vio obligada a disolver Frente Español.

María Zambrano no fue la única que fue tentada por el espejismo joseantoniano. La duquesa de Medina Sidonia hace notar que la indefinición inicial del líder falangista y las confusiones que suscitaba su crítica al capitalismo contribuyeron a que en un momento dado «determinados sectores de tendencia anarquista y falangista se plantearan pactar. En España ha habido confusiones ideológicas tremendas: no se profundiza y se juzgan las ideas por el exterior. La confusión se debía a que tanto anarquistas como falangistas luchaban contra el capital, al menos teóricamente, y apostaban por la cultura, aunque de una manera opuesta, y dogmatizada por ambas partes. Naturalmente, ésa era la apariencia, y en cuanto se profundizaba, se veía que las diferencias eran mayores

que las similitudes», argumenta la duquesa de Medina Sidonia. Evidentemente, era una alianza imposible.

Buena química

José Antonio representó para Marichu una ilusión. Aunque, con el paso del tiempo, al hacer balance de lo que había sido su vida, descubrió que también fue un espejismo. Idealizó su figura y proyectó en él su imaginario sobre el mundo masculino. Alentada por sus lecturas románticas, creyó ver en él ese héroe personal que acaso sólo pasa una vez por nuestra vida. En sus primeras conversaciones evocaron su infancia y tuvieron la impresión de que se habían cruzado alguna vez de niños, no en vano la familia Primo de Rivera vivía en Génova, 30, en la casa colindante con la que habitó Marichu. Estaban seguros de que habían coincidido en el circo y que se habían encontrado con sus niñeras en el mismo cine. Las hermanas Pilar y Carmen Primo de Rivera, además, habían ido al mismo colegio de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, al que acudieron las hermanas De la Mora. Esta recreación un tanto edulcorada de su infancia no se correspondía con la realidad: sus respectivas familias, Maura y Primo de Rivera, eran más bien antagonistas desde el punto de vista político, aunque se respetaran, y apenas había trato. Pero fue el sustrato de una complicidad personal que derivó hacia la colaboración política.

Entre Marichu y José Antonio había, además, buena química. Existía una mutua atracción nunca negada por ambos y bien admitida entre sus amistades comunes. Era difícil saber dónde terminaba la amistad y empezaba la política. Aunque la veterana falangista Vicky Eiroa opina que José Antonio sabía crear una complicidad especial con buena parte de sus colaboradoras. «Marichu se entendía divinamente con José Antonio. Entre ellos había cariño y amistad», afirma Mercedes Sanz Bachiller. «Marichu,

además, era inteligente y *amplia*», opina la que fue viuda de Onésimo Redondo e impulsora del Auxilio de Invierno, transformado al final de la guerra en Auxilio Social. *Amplia* en la Sección Femenina indicaba cualquier mínimo indicio de postura abierta, liberal, no sectaria. No exactamente en lo ideológico, donde Marichu no se apartaba de lo propugnado por José Antonio, sino en el enfoque personal y social de la vida. Pero, aun siendo más amplia, el curso de la vida se impuso finalmente. Por afinidades y cercanía, Marichu perteneció al núcleo inicial de los falangistas. Ese pequeño grupo de privilegiados que conocía las interioridades del líder y alternaba con él. Los falangistas con caché. Los legitimistas.

Fue José Antonio quien insinuó a Marichu que colaborara con su hermana Pilar, que acababa de aglutinar a un grupo de mujeres. De no haber mediado esta petición, nada presagiaba su posterior polarización política. Aunque acudió a ayudar a Pilar, consideró que lo que hacían aquellas chicas —pegar sellos y carteles en las paredes — era algo sin sustancia. Más interesante fue sacarse el título de enfermera en la Cruz Roja para ayudar hipotéticamente a los camaradas que lo requirieran, una actividad considerada útil y encomendada con frecuencia a las chicas. Años más tarde cuando hablaba con Mercedes Formica de los comienzos y ésta evocaba la labor política de las primeras afiliadas, Marichu tenía poco que contar: no era ésa su experiencia ni lo que había visto. No había entrado en la Falange por convencimiento ni había empezado como delegada de Universidad, como Formica. Sin embargo, a la muerte de José Antonio, Marichu, por lealtad a la memoria de su amigo y por amistad hacia Pilar, adoptó de forma mimética las consignas falangistas y, aunque estaba bastante lejos de la rigidez de algunas de éstas, asumió, ya con conocimiento de causa, su senda dura y pesada.

La Falange, además, se configuraba ya en tiempos de José Antonio como un animal bifronte. Por un lado, los señoritos, los poetas, los vanguardistas y las señoras elegantes. Por otro, los amantes de toda clase de pendencias, los resentidos y los pistoleros. Y, en medio, un puñado de gente honrada o con sentido social, como Manuel Hedilla. No todo eran reuniones de amigos y

conspiraciones de mesa y mantel. Las detenciones de 1934 empujaron a las falangistas a las cárceles para visitar a sus camaradas. Su misión era llevarles libros y tabaco. Al ir o venir se cruzaban a veces con familiares o amigos de algún preso de signo marxista. «Salud, compañeros», escuchaban. Las falangistas se estremecían al oír el saludo rojo. «Arriba España, camaradas», coreaban entre sí. Ese era el suyo. Saludos, símbolos, consignas: para muchas, la arquitectura exterior bastaba y suplía el análisis del contenido. La ilusión de afirmarse salvando a España se anteponía de un modo obsesivo a cualquier estrategia consistente.

En una carta del 24 de septiembre de 1934 dirigida al entonces general Franco, José Antonio manifiesta cierta prisa por hacer su revolución antes de que los desheredados terminen haciendo la suya. El líder vive una etapa de inquietud. En aquellos días de impaciencia casi juvenil, una frase viene a sintetizar sus ideas: «España no tiene más que un camino, y ése es el nuestro». Era el germen de la división y el enfrentamiento. España se partía, y con ella, las familias y hasta las identidades. Como en un juego de espejos y hasta de muñecas recortables, las hermanas De la Mora se desdoblaban en rivales. Formaban el anverso y el reverso de su España respectiva. La *otra* era sólo el fantasma que flotaba y que se superponía a la propia y hasta la suplantaba como un apéndice prescindible, como un estorbo al que suprimir. Los ilusionados falangistas ansiaban echarse al monte. Lo que fuera a pasar después no lo sabían ni, desde luego, tampoco les importaba.

Vivir peligrosamente

En la preguerra, las primeras falangistas se reunían en la calle madrileña del Marqués de Riscal. Pilar Primo de Rivera califica esta etapa como una época de «persecución, de odio, de incomprensión por parte de nuestros enemigos de izquierda y de derechas», según

se lee en los archivos de la organización. La número dos de Pilar Primo de Rivera, que encarnaba la jefatura nacional, era Dora Maqueda. La jefe y la secretaria de Madrid eran María Luisa de Aramburu e Inés Primo de Rivera, respectivamente. Un mundo endogámico en el que el compromiso político se sustentaba a menudo sobre vínculos afectivos. Pero ¿qué otras señas de identidad unían a estas mujeres? ¿Qué concepto tenían de sí mismas? José Antonio les había dado ya las pautas: «En la Falange no acostumbramos a usar la galantería ni el femenino», afirmó. «La galantería no era otra cosa que una estafa para la mujer [...]. Tampoco somos feministas. No entendemos que la manera de respetar a la mujer sea sustraerla de su magnífico destino». Para el líder falangista, las mujeres no debían aspirar a las funciones que se estimaban superiores. Bastaba con que rodearan cada vez de mayor dignidad «las funciones femeninas». Paradójicamente, el clima prebélico ponía en tela de juicio esas funciones tradicionales que se les atribuían. A pesar de que José Antonio indicaba en el manifiesto de la Sección Femenina de 1934 que la misión de las mujeres «no está en la dura lucha, pero sí en la predicación, en la divulgación y en el ejemplo», las muchachas se involucraron en la preparación del golpe militar. Su papel, en medio de la confrontación, adquiría una dimensión más emocionante, aunque secundaria. Muchas escondieron en sus tiestos, sus jardines y sus casas municiones y armas para tenerlas prestas para sus correligionarios en previsión de lo que se avecinaba.

Lo que José Antonio decía de las mujeres de forma un tanto almibarada era algo extendido entre la mayoría masculina. La misoginia no era una rareza, sino una mentalidad. Gil Robles ya afirmó que no concedería una cartera a una mujer, argumentando que los cargos públicos implicaban autoridad, mientras que lo femenino era compasión. Desde un enfoque supuestamente científico, Marañón avivaba el fuego, al sostener que la feminidad y la maternidad llenaban de trabas el espíritu y dificultaban la abstracción mental y ética en la mujer, capacidad decisiva para ejercer cargos públicos. Un entramado ideológico que reconducía a

la mujer a los espacios interiores y a un brillo social más que intelectual. En ese sentido, Marichu era una privilegiada, alguien que se estaba saliendo de la norma. Además de los incipientes vínculos falangistas que asumía, su relación personal con José Antonio se estrechaba. Se podía decir que vivían una relación de intereses múltiples que se desarrollaba en varios escenarios.

En el círculo íntimo de José Antonio se sabía que el líder vivía un amor contrariado. Enamorado de la hija de los duques de Luna, Pilar Azlor de Aragón, esta tímida y sensible joven de una belleza rubia y transparente, representaba el amor pleno, pero también imposible, para el líder falangista. A los aristócratas padres de Pilar, el hijo del dictador Primo de Rivera, causante para algunos monárquicos de la caída de Alfonso XIII, y a la vez un mero abogado que se inclinaba a la política por una senda harto peligrosa, no les llegaba ni a la suela de los zapatos de su alcurnia. Aunque Pilar le correspondía, su obediencia de buena hija pudo más, y pasó de un noviazgo turbulento e inconcluso a casarse con otro en 1935. Amor irreal y cuento de hadas, a José Antonio le atormentaba haber perdido a esta mujer, y sus amigos trataban de consolar y acompañar al héroe en las noches oscuras de la nostalgia. En paralelo, y a pesar de que se hablaba de Pilar en el grupo, convertida ya en leyenda y fantasma, José Antonio ensayaba otras relaciones en su búsqueda de la nueva mujer que sustituyera a aquel amor imposible. Marichu apareció en ese momento de cambio y representó para él una mezcla de complicidad, conversación y atracción. No podemos saber qué hubiera sucedido entre ellos si José Antonio se hubiera prodigado en el entorno juvenil de La Granja donde las chicas De la Mora veraneaban y hubiera aparecido unos años antes en la vida de Marichu. De haber estado soltera Marichu cuando se reencontraron, tal vez su destino y el del líder falangista hubieran confluido en una dirección única. Pero esa posibilidad ya no contaba, y su afecto por José Antonio se vio abocado, de algún modo, a una dimensión platónica. Aunque, como es lógico, saberse querida o deseada no podía dejarla indiferente, al menos como mera evocación de sus sueños románticos adolescentes. Pero no estaban

ya en la época del amor cortés, ni siquiera decimonónico, sino en plenos años treinta. José Antonio no era sólo un hombre atractivo, sino un político con carisma y fuerte ascendencia entre sus seguidores. Esta doble combinación facilitaba sus encuentros, pero limitaba su proyección romántica. A menudo, él acudía a su domicilio para almorzar o para asistir a tertulias; otras veces se reunían fuera con otros amigos. Las escasas veces que se vieron para dar un paseo, o las contadas ocasiones en que ella se pasó por su despacho de Alcalá Galiano, no disponían de mucho tiempo. En aquellos meses de preguerra, con el Frente Popular a punto de ganar las elecciones, José Antonio se encontraba dividido y atormentado. La tensión entre la tradición familiar conservadora a la que se debía y sus deseos de modernización para España se agudizaba. El ambiente estaba enrarecido, el líder quería intervenir en la situación política y dudaba. Todo era apresurado. La primera vez que se vieron a solas, además, ella, en vez de vestirse de forma seductora, decidió camuflarse con un impermeable. Era una forma de poner barreras. En otra ocasión en que salieron a pasear por los alrededores de Madrid, escucharon el clic característico de montar una arma cerca de ellos. No vieron a nadie, pero el abogado hizo una seña a su amiga para que se protegiera y se dirigió a su coche para buscar una pistola que guardaba en el vehículo. No pasó nada, pero el clima era angustioso y delirante. En consecuencia, la materialización de esa atracción fue escasa, y, con los años, y al trasluz de todo lo vivido, Marichu comprendió que, a pesar del deslumbramiento inicial, su relación con José Antonio, sin duda importante, dejó en ella un poso de irrealidad y decepción que en aquellos años de fervor y fiebre existencial fue incapaz de percibir.

En el verano del 35, Marichu de la Mora conoció a Dionisio Ridruejo en la casa segoviana de Eva Fromkes, pero no sospechó en ningún momento que aquel joven vivaracho iba a ser una figura importante en la Falange y en su propia vida. Dionisio Ridruejo escribió en *Casi unas memorias* el relato de aquel encuentro, para él revelador, aunque para Marichu apenas representara algo más que una conversación grata y divertida. «No sabría decir en qué año

llegaron a España el pintor americano Maurice Fromkes y su mujer Eva». Con este preámbulo aborda Ridruejo el relato de lo que será para él una iniciación. «No exageraré si digo que para mí la casa de *mistress* Fromkes fue el umbral y también la escuela de eso que suele llamarse *el mundo* y también *la sociedad*». En el verano del 35, Dionisio Ridruejo pasaba las vacaciones en su casa familiar de Segovia, y él y sus amigos acudían cada tarde a la tertulia de Eva Fromkes. Allí coincidían con Blanca Tetuán y Lolita Pedroso, invitadas por la anfitriona a pasar unos días. «Blanca me avisó de la llegada de Pilar Primo de Rivera», relata Ridruejo. «Venía con una de sus primas. Yo fui a buscarlas, con una de mis hermanas, a la plaza Mayor, y luego dimos una vuelta por la ciudad. […] Pilar Primo de Rivera era una muchacha muy sencilla, poco preocupada de su arreglo y agradablemente tímida, que hablaba con voz de niña. En Madrid volvimos a vernos en casa de Blanca […]. También visité a Pilar en su propia casa cuando a su hermano lo pusieron en prisión […]». Ese mismo verano, apenas un mes después de conocer a Pilar, Lolita Pedroso trajo a tomar el té a casa de *mistress* Fromkes «a una señora joven de Madrid que veraneaba en La Granja». «Era hija de don César de la Mora[18] y nieta de don Antonio Maura. Los Mora-Maura tenían un caserón medio arruinado en Segovia, en el barrio de San Martín (una reliquia de las grandezas del patriarcado textil, con una bonita *loggia* plateresca a un costado y las típicas sombrillas de madera en ángulo abierto sobre los huevos de la fachada). Un caserón del que no hacían caso. Y una finca grande —ésa sí, frecuentada— cerca de Sotosalbos». A continuación, Ridruejo describe la impresión que le causó conocer a la nieta falangista de Maura:

> La señora de Chávarri, que era el nombre de casada de Marichu de la Mora, pertenecía en todo y por todo al tipo de señora de sociedad, aficionada a la literatura y la política […]. La señora de Chávarri causó, como era normal, bastante impresión en el pequeño círculo provinciano donde vino a caer. Era lógico. Aunque tres veces madre ya, era joven y muy atractiva y poseía todas las destrezas de la vida social entonada. Con una voz lánguida y nerviosa preguntaba por todo, incluso por las cosas

> que de seguro no podían interesarle mucho, como eran nuestras pequeñas andanzas provincianas, nuestras esquemáticas ideas políticas y nuestros difusos proyectos literarios. Como de costumbre, llevé a mi nueva amiga a pasear por Segovia y le chocaron los muchos escudos vados conservados en las casas que fueron de comuneros y en losque Carlos V hizo picar las armas. Una de esas casas no lejos del Carmen, grande y cerrada, le intrigó particularmente. Para divertirla la envié pocos días después el romance o leyenda de *La secuestrada*, que aparece en algunos de mis libros. *[Casi unas memorias*, pág. 52].

Al despedirse de su nueva amiga, el poeta pergeñó unos versos. El poema de «La secuestrada» acababa con un interrogante: «¿Para quién guardo mis ojos / cerrados a canto y llave?». La respuesta de Marichu, aguda y ágil, la transcribe Manuel Penella en *Dionisio Ridruejo, poeta y político*: «Gracias por el romance [...]. ¿Estará ella (la secuestrada) lo bastante viva para comprenderlo? Pero su mantilla de hierro no puede dejar pasar más que una idea —unos versos, un poeta que es un hombre, tentaciones del demonio—. Pobre secuestrada que ya no puede comprender: Dionisio, tu romance es un poco terrible porque tiene su verdad. Y perdona —ella ya es algo tuya— si mi reacción ha sido más humana que romántica. Tu buena amiga». Era una nota con múltiples lecturas y el poeta eligió la más explosiva para su imaginación, apostilla Penella. Y al mismo tiempo, la más alejada de la realidad. Ella tenía veintiocho años y estaba casada, él sólo veintidós y en sus últimos poemas divagaba sobre el amor. La novia juvenil, Cándida, a la que Dionisio conoció mientras estudiaba en El Escorial, quedaba ya lejos. Si el decorado de los Fromkes lo deslumbraba, descubrir a Marichu de la Mora fue una iluminación. Marichu de la Mora encarnaba el *glamour* falangista. Así la vieron sus ojos aquella tarde, y así la vería Ridruejo años después. Recién afiliado a la Falange, en parte por influencia de sus hermanas Eulalia y Angelita, que admiraban incondicionalmente a José Antonio, en parte, sobre todo, por algunos de sus compañeros de El Escorial, donde había ido a estudiar Derecho, y por su propia desorientación de juvenil poeta arrebatado, Ridruejo se enamoró de aquella presencia, de aquella

mujer rubia y bien vestida que parecía reunir el refinamiento y las sutilezas que buscaba. Se enamoró de un imposible, aunque, al ser ambos falangistas, las distancias parecían acortarse. Ella a veces parecía altiva e inaccesible, otras sumamente graciosa y cercana. Muy pronto la llamaría Áurea en sus poemas, señala Manuel Penella. Sería su musa, además de su correligionaria. En las palabras y en los pliegues del alma de esta musa no siempre complaciente encontraría su voz más íntima. En *Aparición en la terraza* rememoraría el impacto que le causó aquella primera tarde:

Cediendo el velo de la noche oscura
al plenilunio y miel de tu llegada
sobre el húmedo valle levantada
cuando el verdor abisma su espesura
[…] Veo aquella terraza y el instante
que en ella te brindaba monumento
junto a mi verso niño y vacilante;
y recuerdo la brisa del aliento
que el alma penetró, sueño adelante
y aquel fugaz y eterno sentimiento…

(Primer libro de amor, Castalia*).*

Al sábado siguiente del primer encuentro, Lolita Pedroso le llevó al poeta la invitación de Marichu de la Mora para merendar en La Granja. «Vivían los Chávarri en una casa alquilada que si no me equivoco era de la madre de Edgar Neville. Una casa del XIX con jardín de arboleda fresca», evoca Ridruejo en *Casi unas memorias*. La invitación incluía el anuncio de «una sorpresa». Entre los invitados se encontraba Ernestina de Champourcín, «que pronto se casaría con Domenchina, el poeta secretario de Azaña. Fue la primera en dejarnos». Poco después llegaban de Madrid José Antonio Primo de Rivera y Agustín de Foxá. El primero era, desde dos años antes, jefe político de Ridruejo, «pero sólo le había visto en algunos actos públicos, actos que se iban haciendo, a la manera fascista, más y más

litúrgicos. Así, aquella persona que veía ahora bajada del plinto y vestida corrientemente con un traje de franela gris, afable y con un velo de melancolía y timidez en la mirada, me sorprendió creciendo —y no bajando— a su dimensión humana», narra Ridruejo. Foxá había llevado a la dueña de la casa uno de los primeros ejemplares de *La niña del caracol* que acababa de publicarle Manuel Altolaguirre en sus primorosas ediciones de Héroe. Aunque eran íntimos de Cernuda y de la generación del 27, Altolaguirre y su esposa Concha Méndez se sentían lo bastante plurales como para editar en su imprenta a poetas de signo falangista. ¿Cómo iban a imaginar que un año después ese pluralismo sería anegado y que acabarían exiliándose, perseguidos por algunos de los amigos y aliados de sus autores? Pero en aquel verano del 35 todavía contaba la poesía. «La velada en La Granja fue más literaria que política», resume Ridruejo, que tuvo la oportunidad de leer algunos de sus poemas ante el selecto grupo. Al caer la tarde, José Antonio, Foxá, la anfitriona, Lolita Pedroso y Ridruejo se quedaron a cenar en La Granja. «Yo propuse, puesto que había luna clara, ir a Segovia a hacer la ronda nocturna», añade el poeta. A partir de esa noche, Ridruejo se hace asiduo de José Antonio y de Marichu, juntos o por separado. Por razones distintas, la amistad de cada uno de ellos lo estimulaba.

Finalizadas las vacaciones y ya en Madrid, Ridruejo volvió a coincidir con el líder en la tertulia de La Ballena Alegre o en la sede madrileña de la Falange. Pero sobre todo en «la casa de los Chávarri, en la calle de Lista [...] donde fui invitado media docena de veces aquel invierno». La dueña de la casa «mantenía allí un pequeño salón los domingos por la tarde» al que no solían faltar Rafael Sánchez Mazas, José Ignacio Escobar —marqués de Valdeiglesias —, José Antonio, Trina Jura-Real, los condes de Montarco, Agustín de Foxá y Margarita Pedroso. Alguna tarde estos dos últimos llegaban a casa de Marichu después de visitar los cementerios, ceremonia un tanto decadente organizada por Manuel Rodríguez-Rivas. Una de las tardes, el 3 de diciembre, se sumó a la reunión la condesa de Yebes, a la que los más puntillosos le censuraban su

amistad con intelectuales republicanos. Esa tarde «José Antonio llevaba en el bolsillo las pruebas de imprenta de su *Elogio y reproche a Ortega y Gasset* —un texto larvadamente autobiográfico— que debía publicarse en *Haz*. [...] Aquella misma noche, por cierto, se escribió el himno falangista», recuerda Ridruejo, aunque advierte que sobre ese asunto circulan infinitas versiones. «Yo no asistí a la cena en Or-Kon-Pon», donde supuestamente se perfiló el himno. Ridruejo llegó más tarde, «a los postres», con Foxá y sólo aportaron alguna sugerencia[19].

La tarde con más calado político en casa de Marichu de la Mora vino unos meses después, con el triunfo del Frente Popular. Esa tarde salió a relucir el José Antonio intolerante, a pesar de que en ocasiones parecía el más templado de los líderes. «Una inmensa manifestación de trabajadores recorría Madrid martilleando el aire», evoca Ridruejo. José Antonio la atravesó en taxi y llegó a casa de Marichu muy excitado. Se encontraba disponible para cualquier reacción. Los reunidos no sólo hablaban de la manifestación, sino de «la inminencia revolucionaria que nadie ponía en duda», prosigue Ridruejo. Para José Antonio, el problema era ganar por la mano. «Con un par de buenos tiradores, una manifestación como ésa se disuelve en diez minutos», se aventuró a decir. El liberal Juan Ignacio Luca de Tena, que estaba en la casa esa tarde, disentía de aquellos presagios de duelo a muerte. Por fortuna, no tenían muy claro lo que había que hacer ni lo que haría el ejército. El líder falangista resumió así a Ridruejo su actitud cuando abandonaron la casa y bajaban juntos por la escalera: «Esperemos que se enteren de una vez. Nosotros estamos dispuestos a poner las narices, ¿no? Pues que ellos pongan, por lo menos, el dinero».

A Ridruejo le sorprendió esta inesperada dureza de José Antonio, pero lo admiraba demasiado como para reprocharle nada. La frase sólo quedó como un poso, como esos pliegues de la memoria que un buen día se hinchan y estallan. Pero no todavía. El clima enrarecido que acompañó la llegada del Frente Popular contaminó las reuniones en casa de Eva Fromkes. «Anticiparé que se respiraba un ambiente exasperado de renuncia a la acción civil

ordinaria y que sólo se pensaba en la intervención del ejército. Era un síntoma de enfermedad civil que España ha sufrido casi constantemente», advierte Ridruejo en *Casi unas memorias*. «Sin duda, en aquella primavera se conspiraba ya en el cuarto de banderas, pero no tanto ni con tanta prisa como en la aristocracia, la alta burguesía y la clase media tradicional deseaban», reflexiona. Aun así, «la reunión que se produjo una tarde de finales de mayo —si no me equivoco— en el ático de Espalter era bastante discordante». Además de Román Escohotado, que había llegado con la intención de leer a Luis Escobar, un habitual del salón, una pieza teatral sobre Charles Chaplin, apareció «la señora de Chávarri (Marichu de la Mora), que llegó con el bolso lleno de manifiestos de la Falange que no tuvo ocasión de *repartir*. Quizá estaba también Eva Tay, una extraña bailarina […] que danzaba con máscaras. Luego se dijo que era agente soviética. Y en fin, entró Pablo Neruda (emocionado porque había hallado un manuscrito del siglo XVII con copias de poemas de Quevedo que llevaba en la mano)». Una de las últimas estampas de pluralismo en los albores de la guerra civil. En efecto, el no digerido triunfo electoral del Frente Popular había puesto a los falangistas contra las cuerdas. Ya no les quedaba más remedio que actuar, decían. Pero las autoridades republicanas se adelantaron y fueron descabezados. El líder fue detenido. Naturalmente, era la coartada perfecta para actuar. En mayo de 1936, José Antonio escribe desde la cárcel un manifiesto dirigido a los militares. Las mujeres de Falange, «con sus letras femeninas», fueron las encargadas de escribir en diferentes sobres de colores las direcciones de los militares a los que se les envió. Así, en Correos no sospecharían que «aquellas cartas eran subversivas», relatan con orgullo las protagonistas. ¿Estaría entre esos sobres la letra pequeña y a veces críptica de Marichu? Tal vez ayudara a escribir algunas direcciones, pero emborronar sobres no era lo bastante interesante para una mujer tan inquieta. Probablemente este trabajo menor se encomendó a las camaradas más entregadas. Con el tiempo, esa letra elegante se hizo enrevesada, escondida, delgada como línea invisible, como en los años en que mantuvo correspondencia con el poeta

Dionisio Ridruejo, en especial mientras estuvo destinado en la División Azul. En esa época, en torno a los cuarenta, escribía con pluma estilográfica y su letra se simplificó y estilizó. Despojaba a las palabras de letras periféricas, adelgazaba las sílabas e invitaba a veces a descifrarlas como si fueran enigmas.

La duquesa de Medina Sidonia, Luisa Isabel Álvarez de Toledo, sobrina de Marichu y propietaria de una nutrida biblioteca en documentos históricos, sostiene que a pesar del idealismo de algunos falangistas, entre ellos Marichu, «no todo era romanticismo: estaban defendiendo sus propios intereses. José Antonio era un niño bien. De hecho atrajo a mucha clase media sin demasiado dinero. A través del halago de esa clase, y de hacerle creer que era superior, funcionaron múltiples adhesiones». Álvarez de Toledo señala la contradicción de que la Falange fuera el único partido de la derecha que hablaba de justicia social y que, sin embargo, no tuviera empacho en tener en sus filas, en determinados momentos, a «asesinos y ladrones con pintas». En los meses previos a la rebelión de julio del 36 no faltaban falangistas dispuestos a sembrar el terror y a disparar a la gente en la Casa de Campo, expandiendo luego el rumor de que eran las izquierdas. «Años después una conocida mía me contó muy ufana que ella participó alguna vez en estos tiroteos y, lógicamente, no me pareció nada bien. Desde ese momento, corté el trato con ella, aunque no sé si entendió por qué», evoca Luisa Isabel Alvarez de Toledo. «Desde luego, no era Marichu», puntualiza.

Uno de los núcleos femeninos falangistas más activos del 36 se formó en Segovia, en torno a Angelita Ridruejo, hermana de Dionisio. En una ocasión, más de una veintena de chicas se reunieron en casa de los Ridruejo para esperar a Pilar Primo de Rivera. La dirigente tardó bastante en aparecer porque el coche en el que venía se paraba a cada momento. «Yo creo —decía Pilar después — que el de la gasolinera era rojo, ha conocido a lo que veníamos y en vez de gasolina nos ha dado algo malo». Un rasgo de humor que revelaba, a pesar de su simpleza, cómo el rojo encarnaba no sólo al enemigo, sino al mal. ¿Qué sentido tenía la reunión? Conspirar contra la República. Algunas de estas chicas pronto empezarían a ser

heroínas, y ya avanzada la contienda, mártires. Era imposible sustraerlas a un papel pasivo en una época en que la mística y la lírica se alimentaban de sangre, abnegación y aventuras. Las falangistas habían asumido el lenguaje político de sus compañeros y no podían quedar al margen. En el verano de 1936, la hostilidad era manifiesta. Dolores Primo de Rivera y Angelita Ridruejo fueron de las primeras falangistas en ser detenidas. Angelita en Segovia, a las tres de la madrugada del 13 de julio, en una operación preventiva. A su nombre llegaba toda la propaganda y comunicaciones del mando en Segovia. Cuando la detuvieron, ni su hermana Eulalia (Laly) ni su madre lloraron. Había que ser recias. Angelita apenas estuvo presa una semana. Una afección gástrica la llevó al hospital de la cárcel segoviana y evitó que la trasladaran a Madrid. El 19 de julio, al triunfar el golpe en Segovia, los presos fueron liberados. En la huida, sin embargo, las compañeras de la cárcel se olvidaron de Angelita. Nadie se acordó de que estaba en el hospital y no la avisaron de que ahora mandaban los suyos y de que estaba libre. Permaneció sola en la cárcel unas cuantas horas sin saberlo. Cuando finalmente salió, su falangismo fue si cabe más ardiente. Fue delegada provincial de Segovia hasta que se casó con Luis Hermosa, uno de los soldados de Infantería de la División Azul.

Al fragor de los primeros tiros, el número de afiliadas comenzó a incrementarse. De las siete primeras falangistas que acompañaron a José Antonio en los inicios, convertidas en trescientas en 1934, se pasó a cerca de 2.500 en el 36. Con la guerra, las adhesiones se multiplicaron. Su principal tarea consistía en atender a los soldados del frente como enfermeras o encargándose de su ropa en los lavaderos. «Camaradas, en estos tiempos de persecución —decía una de las hojas internas en los días previos al Alzamiento —militar—, es cuando las mujeres de Falange tenemos que demostrar hasta dónde somos capaces de llevar nuestro sacrificio por España». La traición a la República maduraba camuflada de heroísmo. En 1936, Pilar Primo de Rivera se dirige así a un grupo de camaradas de Zaragoza: «Tenéis que ser mujeres como Isabel de Castilla, que vuestra ambición de gloria para España no tenga límites». En 1937,

con motivo de la ofrenda a Isabel la Católica en Madrigal de las Altas Torres, su alocución termina así: «Ni un lujo. Ni una comodidad. Mientras tus hermanos mueren en el frente». El señuelo del sacrificio funcionaba.

«Mi señorita Kant».

«Tus cartas son la mayor alegría en mis horas de cárcel», le escribe José Antonio Primo de Rivera a su amiga y camarada Marichu desde Alicante el 2 de mayo de 1936, en una tarde que califica de soleada y tranquila. «Ayer triunfó ante los tribunales *mi* [subrayado]. Falange […]. Estoy bastante contento de mi defensa. Como de costumbre (mala costumbre) la preparé a última hora y únicamente conservo de ella un guión sólo legible para mí mismo […]. Lo que sí puedo prometerte es que cuando salga te daré […] los mejores párrafos y que el día que tú la oigas mi defensa será mejor que cuando la oyó el tribunal. Estoy orgulloso de mí, pero aún estoy más orgulloso de ti»[20]. Alude, a continuación, a la imposibilidad de comentar de forma adecuada la manera «leal, exacta y tierna» con que lo acompaña desde fuera. «Gracias a ella se ha formado a mi alrededor una especie de clima de compañía que me evita caer en no pocas tentaciones de ira. Porque la cárcel que debo llevar con elegancia es un lugar desesperante en el que es imposible la soledad», continúa el líder-amigo, refiriéndose a la presencia de otros presos políticos. «Te diré que esta temporada de cárcel está siendo, contra lo que me imaginé al principio, la más estéril de mi vida. Perdona que termine con esta confesión que quizá te entristezca. Recibe como prueba de cariño este humilde descubrimiento de debilidad. Renuncio ante ti a la apariencia de héroe. Mira que si te desilusionas: de todas maneras no creo que dejes de seguir queriéndome algo hasta que salga de la cárcel», solicita. En el mismo tono confidencial le cuenta que ha redactado

un horario en el que cabe el estudio y el ejercicio físico para él y los quince o veinte muchachos de su galería. «No sé por qué te digo esto, a primera vista parece un exceso de actitud autobiográfica un poco impertinente, pero sospecho que si tuviéramos el teléfono para hablarnos (el teléfono, odioso aparato que sólo tú redimes) terminaríamos por examinar juntos […] el empleo de cada una de nuestras horas. (Si es vanidad, perdona)». Termina refiriéndose a las cartas de ella. «Tus cartas son lo exacto, lo limpio, lo claro, como tú. Tus cartas son necesarias hasta para contrarrestarte a ti misma, maravillosa mujer […]». La frase acaba de un modo barroco y sentimental que no puede desligarse del impulso nostálgico en que se redactó la carta, ni del lugar en que se encontraba el remitente. No hay que olvidar tampoco que José Antonio y sus amigos vivían dentro de la corriente neorromántica. Había un vínculo emocional en el grupo, y la seducción formaba parte de su modo de relacionarse.

José Antonio le escribió al menos tres cartas a Marichu desde la cárcel entre mayo y junio de 1936; sólo de estas tres quedan indicios. La falangista las recogía en una estafeta de Correos madrileña. Era lógico, ya que recibirlas en su domicilio entrañaba cierto riesgo. En la del 4 de junio de 1936 sale a relucir primero el líder: «Ayer fui al Supremo e informé en la defensa de la Falange. Me salió bastante preciso aquello», explica. Pero también el hombre coqueto y seductor: «Lo de mi esbeltez es un pleito ganado. Menos mal que me quedan unos cuantos años de estancia aquí. ¿Cómo si no me las arreglaría para satisfacer los millares de entusiasmos que iba a levantar mi nueva silueta?», ironiza. Después aparece el amigo íntimo y afirma que echa de menos algo «que nada puede sustituir». Elogia después su «clarividencia». Y continúa: «Mi espíritu va adquiriendo una serenidad imperturbable. Claro está que a ello contribuye ahora en buena parte la presencia de mi hermano Miguel. […] El primer día lo pasamos solos, hay órdenes de Madrid» de que no «comuniquemos con los demás presos. Hay treinta y pico muchachos a una temperatura al rojo vivo». En esta línea, recuerda: «Creo que la mejor manera de despedirme es con

nuestro grito de guerra Arriba España». Aunque parece que no quiere despedirse. Le confiesa que a pesar de los impedimentos recibe al día tres o cuatro ardorosas cartas. Y luego: «Me da miedo pensar que ya habrás leído en el periódico que piden para mí cuatro años de cárcel». Le narra su día a día, una mezcla de vida conventual y deportiva impregnada de zotal. «Sólo la hora de la visita era mejor en Madrid. En ella se encontraba o se esperaba encontrar algo que en Alicante no llega», insinúa. «No sé de dónde has sacado ese maravilloso arte de escribir. Con tres o cuatro palabritas […] atraviesas cuatro o cinco capas y llegas a los más profundos secretos». Acto seguido aclara un pequeño malentendido y se dirige a ella como «mi señorita Kant». Luego se sube al pedestal de jefe: «Estoy contento de ti y de tus últimas cartas. Pero por desgracia tengo poco tiempo para escribirte. Estoy en días de gran actividad. Como muestra te mando unos trabajos […]. Te ruego me los devuelvas pues sólo tengo los ejemplares que te envío. Tengo el barrunto de que voy a estar poco tiempo en la cárcel. Y lo que es mejor, que España va a estar poco tiempo en la cárcel […]. He cambiado mis viejas alternancias de depresión y entusiasmo […] por una templada y duradera confianza en mí […]. Tengo muchas ganas de verte […]. Como señalas en tu carta, que una docena de personas le quieran a uno ya está bien. Sobre todo si a una de ellas se las quiere más que a todas las otras, como me pasa contigo», concluye.

El 9 de julio le envía unos renglones para que los lea «antes de que te marches». Probablemente se refiere a sus vacaciones en La Granja. En seguida le anticipa: «No estoy alegre». Intuye a su alrededor algo confuso, y alude a que en sus conversaciones con personas de mayor jerarquía sólo nota buenas palabras pero nada concreto. Parece temer que no cuenten con él. «Para mí sería la suprema delicia porque me autorizaría a retirarme de la vida pública sin remordimiento de conciencia». Pero «a mí nadie podrá decirme que para evitarlo yo no haya arriesgado mi comodidad». Aunque promete que ese momento de depresión no impedirá que cumpla con su deber. «La vida es larga y aún somos jóvenes y quién sabe si no volverá nuestra coyuntura que es la de España. A ti que todo lo

entiendes y lo compartes te recuerdo constantemente y te quiero».

Sin saberlo, José Antonio se estaba despidiendo. El tono intimista de estas cartas, escritas en una situación límite, deja en el aire lo que realmente sentía José Antonio y qué esperaba de su amiga. A Marichu debió de sorprenderla esta actitud de mayor entrega. Bajo el influjo de estas últimas cartas, la temprana muerte del líder le causó una honda impresión. La conjunción de ambos hechos: las cartas y la muerte de José Antonio, fueron determinantes a la hora de comprometerse. Hasta entonces, no siempre había creído al pie de la letra las proclamas poético-amorosas de su amigo. Cuando José Antonio, probablemente todavía en libertad, le escribió esta frase tan rebuscada: «A ti, la imposible, por la que mi vida de apariencias vanas arde a fuego lento en la llama eterna del renunciamiento», sospechó si no la tendría archivada y la habría utilizado antes. En cualquier caso, aunque conocía perfectamente la atracción que despertaba en José Antonio, siempre tuvo presente su papel de artífice del despertar de España. Él, probablemente, también tenía en cuenta el freno que suponía para ella su situación familiar. Al mismo tiempo, Marichu era vagamente consciente de que José Antonio cortejaba a otras damas o camaradas, como a la andaluza Carmen Werner. En aquellos tiempos alucinantes en los que el heroísmo convivía con la insensatez, al parecer el líder falangista encomendó a una de las asistentes a la tertulia dominical en casa de Marichu que le guardara una agenda y un dietario para preservarlos de la policía si era detenido. Aunque la depositaría fue discreta y bastante honesta, no evitó enterarse de ciertas cosas y de que éstas se filtraran. En definitiva, la política era en aquel momento la gran pasión de José Antonio, y el resto, fuera el amor o la poesía, sólo eran aventuras parciales. Su muerte temprana no permitió que ninguna de ellas cuajara en algo sólido. Marichu, por otra parte, no era esa mujer dócil a la que hay que proteger. Quizá no fuera del todo el tipo de mujer soñado por ese señorito cultivado que era el líder falangista. En todo caso, a pesar de lo equívoco que resulta distinguir al amigo íntimo del jefe político, las cartas de José Antonio a Marichu revelan mucha confianza y algún recuerdo o

sensación compartidos. Pero mezclados con esa nebulosa de sentimientos de fascinación recíproca que envolvían al grupo. No hay que olvidar, por otra parte, que estos jóvenes fascistas, educados bajo los aires de libertad de la República, se movían en una atmósfera muy distinta a la nacionalcatólica que los acompañaría en la dictadura de Franco. A pesar de sus críticas al sistema al que tanto temían por si perdían sus privilegios y tradiciones, en el terreno individual no les estorbaba la libertad que se les regalaba desde el Gobierno, la prensa y las instituciones. En ese sentido resulta curioso que, a pesar de que las falangistas eran moralmente conservadoras y se encontraban a años luz del amor libre que proclamaban anarquistas y republicanas, asumieran por la vía sentimental y platónica una liberación mental y en ocasiones también física que sólo las primeras reconocían. Una libertad superada, en cualquier caso, en nuestros días.

Lo valioso de estas cartas es todo lo que revelan de la compleja personalidad de José Antonio. Sin saber que su vida estaba a punto de extinguirse, se muestra vulnerable y confía a su amiga sus cambios de humor, consciente, dice, de que Marañón atribuye a determinado tipo de dictador la alternancia entre el entusiasmo y la depresión. Confiesa que preferiría viajar y saborear las delicias de la vida en vez de dedicarse a la revolución, pero es lo bastante arrogante como para pensar que su deber es acabar con la República. Aunque ni siquiera en una situación tan crítica pierde José Antonio los modales ni la coquetería. Ésta era la actitud que prodigaba y rentabilizaba entre sus principales amigas y camaradas. No resulta fácil definir qué predominaba más en esta actitud, si el deseo de gustar y de sentirse querido o la necesidad de ganarse el apoyo de estas mujeres para su causa. Así como con Werner la relación rozó el noviazgo, ya que incluso Pilar Primo de Rivera admitió que su hermano sentía por ella predilección, parece claro que Marichu era alguien singular y profundamente especial para José Antonio: sus opiniones eran valoradas y tenidas en cuenta, una complicidad que se repetirá años después con Dionisio Ridruejo.

Al parecer, a la muerte de José Antonio, Marichu entregó a

Ridruejo las cartas que le escribió su líder común para que las custodiara. Por razones políticas y personales, para ella era arriesgado conservarlas, pero al mismo tiempo eran una herencia sentimental e histórica que no deseaba perder. El itinerario y la conservación de estas cartas, sin embargo, están rodeados de enigmas. Inicialmente, se cree que el poeta las guardó en la caja fuerte del colegio Trilingüe de Salamanca, sede central de la Falange durante la Guerra Civil. No está claro si fue el incendio que asoló esta sede el que estuvo a punto de convertirlas en pavesas, o si se quemaron en otro accidente posterior. Lo más probable es que, en efecto, fuera en el incendio del colegio Trilingüe donde las cartas fueron, en buena parte, pasto del fuego. Lo que parece cierto es que las cartas originales fueron destruidas parcialmente, ya que entre los papeles de Ridruejo sólo se conserva uno ligeramente chamuscado y bastante deteriorado. La destinataria, que se sabía muchos párrafos de memoria, copió los trozos que se salvaron, rehízo las cartas en su mayor parte y se las volvió a dar a Ridruejo. Un gesto de confianza que era a la vez una invitación a que tomara el relevo y se comprometiera a fondo con la Falange y el legado de José Antonio.

Carmen Werner fue una de las pocas mujeres que, al igual que Marichu, recibió cartas de José Antonio desde la prisión. En *Casi unas memorias*, Dionisio Ridruejo atribuye a Carmen Werner una relación sentimental con Primo de Rivera. Es lógico pensar que Ridruejo sabía de lo que hablaba. El líder falangista mandó cartas más políticas a Raimundo Fernández Cuesta y Ramón Serrano Suñer. Carmen Werner recibió la última pocas horas después del Alzamiento. Le llegó el 19 de julio y llevaba fecha del 16. Como la sublevación fue sofocada en Málaga, donde vivían Carmen y su familia, la falangista confió las cartas de José Antonio a una amiga, Mercedes Discher, que las enterró en su jardín. Cuando las izquierdas empezaron a registrar las casas del Monte de Sancha, zona residencial donde Mercedes Discher vivía, ésta se asustó y las quemó. Aun así, Werner reconstruyó también parte de estas cartas. En la del 16 de julio, José Antonio le hablaba de «triunfo seguro». Luego cambiaba de registro: «Como único precio sólo espero beber

una limonada exprimida por tus propias manos bajo la sombra de los árboles de tu jardín». Aunque admitía la dificultad de dar órdenes «encerrado en estos muros», aseguraba: «la cosa será». Una muestra más de la alianza entre el ejército y la Falange sellada antes del 18 de julio.

Culto a la personalidad

Con esta aureola de amiga íntima y a la vez haciendo valer su pedigrí de falangista de primera hora, Carmen Werner escribió en la revista *Y* una semblanza de José Antonio, convertido éste ya en Ausente. El artículo revela un acusado culto a la personalidad y una veneración hacia el líder que raya en la delectación física: «Imaginaos al más alto, al más fuerte, el mejor constituido de vuestros amigos, el más correctamente peinado, con los trajes oscuros y bien cortados, sin concesiones a las modas pasajeras [...], camisas siempre o casi siempre blancas, cuellos altos y duros [...] los hombros y el cuello muy poderosos y como de mucho potencial serenamente regido por una fría cabeza inteligente, que pudiera ser de un cuadro italiano o de aquellos flamencos que tienen influencia italiana eh su pintura». Salirse de la norma, de la ley era lo más contrario a su ser, correcto por educación y por vocación cortés aunque por carácter violento. Por eso él dice en una ocasión «que hasta para desenfrenarse hay que saber que se puede volver a un asidero fijo». Si no fuera por ese «carácter violento» que se cuela en la semblanza, pensaríamos que se trataba de un ángel o, descendiendo a lo terreno, de Gary Cooper. No era para menos, porque como recoge en su libro de recuerdos familiares Rocío Primo de Rivera, su tío abuelo José (en la familia sólo le llamaban con el primer nombre) tenía cara de cubano seductor y ejercía una gran fascinación entre las señoras. Sólo uno de sus biógrafos y seguidores, Felipe Ximénez de Sandoval, se muestra aún más enamorado del

líder que las chicas de la Sección Femenina. En su apasionada biografía sobre José Antonio, Ximénez de Sandoval, además de referir varios encuentros dominicales en casa de Marichu, alude al estreno de una comedia de Pedro Sánchez Neyra y él mismo el 21 de febrero del 36 en el teatro Lara, al que asiste todo el grupo de amigos. Sandoval espera impaciente en el descanso a que José Antonio entre al camerino y le dé su opinión sobre la obra. «¿Dónde está José Antonio?», pregunta a los que llegan. «Está hablando con Marichu Mora». «Pero, ¿le ha gustado la comedia?». «No sé, pero ha aplaudido a rabiar». Sin duda, Marichu era una conversadora irresistible.

Aunque todas la adoraban, cuesta imaginar a Marichu escribiendo del mito de un modo tan rendido como Werner. No porque no sintiera lo mismo, sino porque su estilo era más ligero. Y su sentir más discreto. Como directora de *Y* es posible que no tuviera nada que objetar ni que corregir respecto al contenido del artículo sobre su héroe común, pero quizá no suscribiera punto por punto la sintaxis de Werner. La leyenda levantada en torno al Ausente contribuyó a elevar a lo sobrehumano e histórico la inicial fascinación por alguien que no era más que un abogado decididamente atractivo. En cuanto a Ximénez de Sandoval, perfectamente aceptado y respetado en el inicial grupo falangista, cuando llegaron los vientos nacional-católicos fue vapuleado y perseguido por ciertos sectores del Régimen. Su apasionada biografía de José Antonio escandalizó a los oscurantistas por su explícita descripción de los valores físicos y no sólo morales del líder.

En julio de 1936, en vísperas de marcharse a su veraneo en La Granja y de que estallara la rebelión de los africanistas, Marichu fue a visitar a Fernando Primo de Rivera, el único de los tres hermanos encarcelados que quedaba en Madrid. Lo encontró optimista, hasta el punto de que él trató de convencerla para que no abandonara Madrid y retrasara sus vacaciones. Todo iba a cambiar de un día para otro, vino a decirle, se iban a suceder movimientos importantes y no le convenía estar fuera. Pero Marichu tenía ya a sus hijas y al servicio en la población segoviana y, en consecuencia, no cambió sus

planes. En vísperas del llamado *Alzamiento*, Jaime, hermano de Isabel Argüelles, y su novia, Margarita, acompañaron en su coche a Marichu hasta La Granja. Tomás Chávarri permanecía en Madrid por razones de trabajo. Jaime Argüelles y su novia, que tenían previsto casarse en breve, pasarían el fin de semana en casa de Marichu y volverían a Madrid. Su llegada, sin embargo, coincidió con la toma de La Granja por elementos insurgentes y falangistas. Aunque hubo un inicial forcejeo y cierta confusión entre las fuerzas que representaban la autoridad y los partidarios de los rebeldes, en pocas horas la situación se clarificó. La Granja, como Segovia, quedó en manos de los franquistas, y la colonia veraniega se volcó en ayudar a los nuevos responsables en su empeño de controlar a los *rojos* y consolidar posiciones. Las nuevas reglas quedaron tan claras que Jaime Argüelles y Margarita tuvieron problemas para volver a Madrid. Se les instó a que entregaran su coche a los rebeldes argumentando que les haría más falta que a ellos. Margarita no lo tenía claro, tal vez por sus inclinaciones republicanas y su respeto a la legalidad o simplemente porque quería volver a Madrid y casarse. Como disentir entonces era anatema, la negativa a dar el coche salpicó a Jaime y parece que tuvo que intervenir un tío suyo militar, además de algunas familias «no dudosas» para convencer a la autoridad del momento de que todo había sido un malentendido. En menos de veinticuatro horas el clima había pasado a ser claramente intolerante. Si unos meses atrás Marichu pensaba que no entendía de política, aunque no se hablara de otra cosa en las tertulias y escuchara a José Antonio, en sus habituales conversaciones, más bien monólogos, criticar a Gil Robles, incluso por sus errores gramaticales, y a Calvo Sotelo, la nueva situación la involucraba plenamente en una facción política. Si meses atrás había criticado a los que desconfiaban de la marquesa de Yebes por ser amiga de Ortega, Marañón, Antonio Marichalar y algunos otros que en un primer momento escribieron a favor de la República, aunque luego la abandonaron a su suerte, en julio de 1936, «las cosas no estaban para bromas». Ya no había matices, sólo la cruda realidad de grupos que se mataban en la sierra, a veces equivocándose de

bando, un error que sólo se detectaba cuando ya no había remedio, por aquello de disparar antes que preguntar.

La casa veraniega de Marichu era espaciosa, ya que ese año habían optado por una más grande que la que solían alquilar a la madre de Edgar Neville, y pronto se convirtió en un trasiego de muchachos falangistas. Unos primos suyos, Gamazo, de Renovación Española, decidieron que era un buen lugar, por su posición frente al monte, para transmisiones. La guerra de propaganda había empezado ya, y desde el lado franquista se acusaba a los del *otro lado*, los rojos, de cualquier atrocidad, incluidas la violación a mujeres. Años después, Marichu se lamentaría de aquella cruel, inútil y desoladora matanza que de ambos lados se llevó a cabo en Guadarrama en esos primeros días. Por haberla vivido tan de cerca, su recuerdo perduraba en ella, como en otros españoles de su generación. Pero en aquel momento nadie protestaba, ni disentía, ni vacilaba. No había perspectivas. Como los de transmisiones necesitaban a alguien de confianza que conociera la sierra para ver por dónde se podía cruzar, ya que todavía no se había constituido un verdadero frente, pidieron a la falangista que les mostrara algunos pasos para alcanzar Rascafría o El Paular. Además de asesorarlos, Marichu advirtió que su sobrino Beltrán Escrivá de Romaní estaba en «La Mata» (la madre del niño, Regina, se había quedado en Madrid porque estaba embarazada de otro de sus hijos) y se organizó una pequeña operación de salvamento para rescatar al niño y a su niñera alemana. Aunque estaban perfectamente, ya que todo estaba tranquilo en «La Mata», llevaron al pequeño a La Granja. Meses después, cuando los padres de Marichu y Constancia volvieron a «La Mata», sí la encontraron esquilmada y desconocida. Germán de la Mora y su esposa habían vuelto del extranjero, donde estaban cuando se produjo el Alzamiento, dando un rodeo por Portugal al no poder atravesar la Península. En su ausencia, una partida de gente «amiga» había saqueado su propiedad. Don Germán lloraba al ver sus árboles cortados y tal vez utilizados como leña para el fuego. Que fueran amigos los de la fechoría no le suponía ningún consuelo. Si hubieran sido milicianos los autores del

desastre, hasta Constancia, desde Alicante o Valencia, hubiera oído los improperios de su padre dirigidos contra su bando.

Durante un tiempo, Marichu permaneció en La Granja con sus hijas, su sobrino y su niñera alemana, escuchando la radio y atenta a los avatares de la contienda. Como la gente que pasaba por su casa a escuchar noticias o a cualquier otra tarea, incluidos los muchachos falangistas que se iban al frente y a los que les ponían un brazalete con el yugo y las flechas, tomaba algún que otro bocadillo, en algún momento se vio en el apuro de no tener dinero para reponer la despensa, una contrariedad, por otra parte, bastante común en aquellos tiempos. Pero al profesionalizarse la guerra, los mandos decidieron que la casa de La Granja no era segura para las transmisiones y los evacuaron a Segovia. Marichu y su familia se instalaron en dos habitaciones del hotel Comercio, y fue ya en Segovia donde utilizó sus conocimientos de enfermera para atender en un improvisado hospital a los heridos del frente y donde entró en contacto con falangistas muy comprometidas ideológicamente, como las hermanas de Ridruejo, por lo que su politización y su beligerancia seguían su curso; en especial, al recibir la funesta noticia, más bien rumor al principio, de que José Antonio había sido fusilado. Como en los primeros momentos circulaban versiones contradictorias, dando pie al mito del Ausente, Marichu, inquieta, llegó a escribir al cuartel general de Franco, manifestando su interés particular por esclarecer la suerte del líder falangista. Curiosamente, le contestaron diciendo que no había motivo justificado para no creer «las malas noticias». Extraña contestación: ¿se trataba de una lección de hipocresía y cinismo? La creencia de muchos falangistas —aunque como toda suposición nunca pudo probarse— es que el Gobierno de Burgos no apoyó con fuerza el canje de un hijo de Largo Caballero por José Antonio, lo que hubiera evitado su muerte. Se dice que en aquellos meses previos a su muerte, José Antonio, preocupado por el desarrollo de la guerra, elaboró una lista de Gobierno provisional que incluía todas las tendencias políticas. Demasiado tarde. El gran animador de la contienda ya no pintaba nada. Ahora, los hombres fuertes eran los generales.

Fue entonces cuando la vida en Segovia se reveló dura, sin apenas consuelo. Al dolor por el amigo y jefe asesinado, del que no se paraba de hablar en los círculos falangistas, con la imposibilidad, por tanto, de hacer un duelo privado, se unió la idea, todavía vaga, pero cada vez más nítida, de la locura de la guerra. Eran sentimientos e ideas contradictorios que la tironeaban desde varios ángulos. Por un lado, la muerte de José Antonio, fusilado el 20 de noviembre de 1936, la indignaba y le dolía, a la par que la lanzaba a un mayor compromiso. Por otro, era consciente de que estaba presenciando o teniendo conocimiento de acciones, como requisar casas de gente civil que estaba fuera, que a ella no le valían. Su soledad era inmensa. A la vez que se petrificaba en unas ideas que reforzaban su identidad de falangista, su sentido común le decía que había que cortar pronto con todo aquello. Se sentía tensa y agresiva, sin aparentes salidas. Sola, con sus niñas y su niñera en el hotel Comercio, la vida que llevaba era irreal. Más tarde se daría cuenta de que vivía, además, bajo la ignorancia de una propaganda elemental que tapaba injusticias y venganzas con la excusa de que ellos eran los buenos y los otros los malos. Pero en ese momento sólo era consciente de que algo la rebasaba sin poder admitirlo, pues se había propuesto apechar con todo, no ponerse límites. Por otra parte, sus padres se habían instalado de nuevo en «La Mata», donde su madre trataba de refugiarse en la lectura de sus novelas francesas, y se mostraban preocupados por la suerte de Connie. Le hablaban de concordia, de paz y de comprensión. Pero Marichu no se sentía aludida, ella languidecía bajo su particular crisis emocional.

Entretanto, su marido, Tomás, que se había refugiado en la Embajada argentina, había logrado salir de Madrid y se alistó para ir al frente. En esta Embajada se ofició la primera misa que se celebró en Madrid por el alma de José Antonio Primo de Rivera, un día después de ser fusilado. A la misa, en la que no hubo mujeres, sólo asistieron algunos refugiados que habían sido informados de su muerte. Otros, como Chávarri, se enteraron del acto una vez realizado. En aquellos días, los rumores y las noticias se fundían de un modo interesado y algunos ni siquiera dieron crédito a la muerte

del líder.

Unidas por el Ausente

De aquel marasmo la sacó una orden o petición de Pilar Primo de Rivera para que se fuera a trabajar con ella a Salamanca. Al menos, moverse la alejaría de sus cavilaciones. Nunca supo por qué la llamó Pilar, ya que había falangistas más próximas a ella y con las que la hermana del Ausente estaba más familiarizada. Elegir a una madre de familia con un marido ausente en esos momentos y un notable desinterés por la política parecía una innovación excesiva. Tal vez se debió a alguna recomendación de José Antonio antes de su muerte, o quizá fue la propia Pilar quien descubrió en la segunda hermana De la Mora cualidades que le interesaban. José Antonio le dijo a Marichu en uno de sus últimos encuentros que si *sucedía* algo, preguntara a Raimundo Fernández-Cuesta si había dejado algún recado para ella. Así lo hizo cuando supo que había muerto, y Fernández-Cuesta contestó que no tenía nada. Tal vez no tenía nada en ese momento y después influyó en la decisión de Pilar. Podría haber sido incluso Ridruejo, falangista bisoño todavía pero ya con ascendencia sobre Pilar, quien hubiera sugerido a la hermana de José Antonio que la llamara. En cualquier caso, Marichu dejó a sus niñas con sus padres y sus niñeras y se fue a Salamanca. Era volver a la época de Cambridge, pero en una austera casa salmantina, viviendo con la aún más sobria y espartana Pilar, separada de sus hijas y en plena guerra civil.

Pilar recibió con fervor el encargo de su hermano de que sacara adelante la Sección Femenina. El fundador de la Falange siempre mantuvo una actitud protectora hacia ella. En realidad, a Pilar siempre la habían protegido en su casa desde que murió su hermana melliza, Angelita, a la edad de cinco años. Desaparecida también tempranamente su madre, fue tía Ma, hermana del general y

dictador, quien educó a los niños Primo de Rivera. Mujer aguerrida, tía Ma aseguraba que ya no había hombres (como su hermano) y no dudó en esconder bajo sus faldas las armas que los falangistas trataban de reunir en los tiempos previos a la guerra. Tal vez fuera tía Ma la inspiradora en la sombra, aunque no fuera consciente, o no lo pretendiera, del proyecto falangista. Los hermanos Primo de Rivera crecieron bajo su tutela y su ternura. José Antonio prefería a Pilar respecto a Carmen, la otra hermana, porque era más moldeable y entregada. José Antonio, en cierto modo, encomendó a Marichu que velara en su ausencia por su hermana, y ella asumió este papel de apoyo, convirtiéndose en su consejera. Marichu pasó así a formar parte del núcleo íntimo de Pilar al integrarse en su equipo. Al estallar la guerra civil, la hermana de Primo de Rivera se había escondido en la Embajada argentina y con ayuda alemana logró llegar a Sevilla viajando en compañía de un marido ficticio. Se había teñido el pelo de rubio platino para no ser identificada, pero sus incondicionales sevillanos la reconocieron sin problemas. Una vez *liberada*, el primer propósito de Pilar fue reorganizar la Sección Femenina y pasar a Salamanca. Allí se reunió con ella Marichu, compartiendo un piso en la plazuela de San Julián. Era una relación de confianza y a la vez ambivalente. Aunque era amiga, Marichu tenía que mantenerse en un segundo plano, ya que la dirigente era Pilar. Pero Marichu tenía, en cierto modo, más vena política y estaba más preparada. Comprendía las debilidades humanas, «era más avanzada, y seguramente más flexible ante una separación o un divorcio», señala Sanz Bachiller, mientras que Pilar era tajante en cuestiones de esa índole. Simultáneamente, a Pilar no le gustaba que hubiera mujeres que le hicieran sombra. Tampoco quería mujeres casadas en su entorno: las quería solteras, plenamente entregadas, austeras.

Constancia de la Mora fue demasiado lejos al acusar a su hermana de un trato demasiado íntimo con Pilar. Hizo un ejercicio de adivinación bastante gratuito en unos momentos en los que los lazos entre ambas hermanas estaban rotos y no disponía de noticias de primera mano. Apoyándose en su habitual perspicacia e

impulsividad, a Connie no le cuadraba que Marichu se hubiera convertido en la sombra de Pilar. Estaba perpleja. ¿Qué hacia su hermana más mundana unida a una especie de monja-soldado por los caminos de España? Si al principio había vinculado el falangismo de Marichu a su deslumbramiento por José Antonio, prolongaba ahora el vínculo afectivo hacia Pilar. A no ser que hablara en un sentido figurado o metafórico, confundió lo que era más bien una función maternal y un compromiso desde el que ejercer su influencia, con una dependencia sentimental. Paul Preston[21] enmarca la acusación en un contexto de descalificación política. Es posible que en el perverso juego de propaganda y contrapropaganda entre republicanos y fascistas, alguien hubiera difundido o inventado que algunas seguidoras de Pilar Primo de Rivera mantenían cierta intimidad entre ellas. No importaba que fuera verdad o no, lo que valía es que podía ser utilizado como arma arrojadiza. Por otra parte, no hay que olvidar que las seguidoras de Pilar no vivían en una burbuja. A menudo había otros dirigentes masculinos junto a ellas. Uno de ellos, Dionisio Ridruejo, capaz de mantener una relación de afecto excepcional con Pilar, a la vez que se sentía fascinado por Marichu. Muchos de sus poemas de esa época publicados en *Primer libro de amor* brotaron de algún viaje, gesto o conversación relacionados con la que sería su gran musa y amiga.

Además de la asistencia a los varones en combate, la Sección Femenina buscó su proyección social en viudas y huérfanos y fundó la Hermandad de Auxilio Azul. En octubre de 1936, Mercedes Sanz Bachiller creó en Valladolid, de un modo más articulado, Auxilio de Invierno, tomando la idea de una organización nazi similar. El proyecto se extendió en toda la zona nacional bajo la disciplina tácita de la Sección Femenina, aunque el alma de la iniciativa fuera Sanz Bachiller. De hecho, las delegadas provinciales de la Sección Femenina eran nombradas a su vez delegadas de Auxilio de Invierno. La tarea a desempeñar era inmensa. La represión había sido feroz y, acabados los ajustes de cuentas, surgió una población hambrienta. En Valladolid, en Extremadura, en Galicia, en Sevilla, en Almería… En medio de la devastación

general, el pulso entre las dos damas, Pilar y Mercedes, la falangista y la jonsista, por abanderar la ayuda contribuyó a que el proyecto cuajara, más allá de sus rivalidades y suspicacias. En el fondo, además de una lucha por el poder entre la hermana del Ausente y la viuda del héroe de la revolución vallisoletana, lo que se transparentaba eran dos modos de actuar y de ejercer la beneficencia con un estilo más austero, casi conventual por parte de Pilar; con mayor despliegue político y sentido de la propaganda, e inspirándose en el modelo nazi alemán, por parte de Mercedes.

El primer asalto de este juego de esgrima entre ambas dirigentes se libró en marzo de 1937. A raíz del Decreto de Unificación, la rama femenina se dividió en tres delegaciones: la de Auxilio Social, dedicada a la acción benéfica (bajo el mando de Sanz Bachiller), la de Frentes y Hospitales, de carácter asistencial (a cargo de María Rosa Urraca Pastor, tradicionalista), y la de la Sección Femenina propiamente dicha, encargada de la formación y movilización de las afiliadas. El 30 de abril Pilar Primo de Rivera logró acaparar bajo su mando, al menos sobre el papel, todas las organizaciones femeninas integradas en el nuevo partido unificado: Falange Española Tradicionalista de las JONS. Pero Mercedes no se resignó a perder el control de su obra. El 24 de mayo la coyuntura interna favoreció a Sanz Bachiller, y ésta consiguió ser nombrada delegada nacional de Auxilio Social. «Ni rojo ni azul, niños de España» era la consigna que movía esta poderosa maquinaria de voluntarios dispuesta a contrarrestar los excesos de la represión. Su designación como delegada nacional fue un regalo del Gobierno de Burgos a Mercedes y un correctivo a Pilar por haber puesto condiciones al Decreto de Unificación y haber conspirado a través de sus hombres de confianza para mantener la primacía falangista en el nuevo partido único.

Mercedes Sanz Bachiller, además, se sirvió del Servicio Social, obligatorio para todas las españolas, para disponer de mano de obra gratuita para su iniciativa. Pilar Primo de Rivera vio en este gesto una afrenta, y no cejó hasta lograr que el Auxilio Social volviera al redil. Después de todo, ella era la hermana del mito y, como tal, intocable. Tuvo que esperar a 1939. Esta enemistad de guante

blanco se mantuvo durante un tiempo. «Éramos las dos delegadas nacionales, y, aunque colaborábamos en lo mismo, a la hora de pedir un camión o ayuda de intendencia al gobernador de una provincia para llevar víveres o repartir mantas, Pilar solía decir: "Si va Mercedes antes, no tenemos nada que hacer, se lo dan a ella"», recuerda Sanz Bachiller. Eran manifestaciones de celos de Pilar, una actitud de inseguridad que le hacía ver en las demás el valor, e incluso el atractivo, real o imaginado, que a ella se le negaba. Pero también era una prueba de la fuerza de convicción de Sanz Bachiller: su imagen enlutada y dramática, pero contenidamente femenina, era más contundente. Mercedes, nacida en una familia vallisoletana de clase media y educada en Francia, tenía sentido de la estrategia política y no temía a los hombres: sabía tratarlos y, en última instancia, imponerse. Bajo el escenario de la guerra civil, otras guerras internas se agitaban.

La plazuela de San Julián

En realidad, el Decreto de Unificación firmado por el Caudillo el 4 de marzo del 37 significó al mismo tiempo la muerte y la resurrección de la Falange. Al quedar bajo el mandato de Franco, los revolucionarios perdían su identidad a cambio de su permanencia. Entre las filas falangistas y tradicionalistas se produjo una resistencia pasiva, más visible en «los más intransigentes y mejores», según diagnóstico de la propia Sección Femenina. Los más rebeldes se empezaron a reunir en el número 16 de la plazuela de San Julián, en Salamanca, domicilio de la dirigente de la Sección Femenina. Girón, Foxá, Ridruejo, Agustín Aznar y Tovar, entre otros, deliberaban en qué iba a quedar la estructura de la Falange al unirse a los tradicionalistas. Uno de los objetivos era que en los nuevos órganos corporativos controlados por Franco, al menos no faltaran falangistas de peso.

En la plazuela de San Julián vivían Pilar Primo de Rivera y Marichu de la Mora, además de afiliadas de paso. Marichu había llevado a la casa sábanas y vajilla de su propio ajuar, y la hermana de José Antonio, la fuerza arrolladora del fanatismo y la fe en el Ausente. Lentamente, Marichu salió del ensimismamiento y perplejidad que la tenían anclada en Segovia y empezó a entender de política. Por la mesa camilla de la casa pasaban los dirigentes masculinos con noticias sobre el frente e informaciones frescas sobre los planes de Serrano Suñer y el Gobierno de Burgos. Al mismo tiempo, desde la mesa camilla se gobernaba a las mujeres de la zona nacional: se las instaba a recoger la aceituna y las diferentes cosechas para que no se perdieran por falta de mano de obra, se las enviaba a los frentes a lavar la ropa de los soldados o se les encargaba redactar folletos o estatutos. La casa tenía un largo pasillo y un tramo a oscuras para ir al baño, y a Marichu la sorprendía que aquellas falangistas que las visitaban procedentes de los frentes, y capaces de resistir la proximidad de los tiroteos, le pidieran al llegar la noche que fuera la última en ir al baño y apagar las luces para no volver a oscuras hacia el centro de la casa.

Con un lenguaje llano, Pilar Primo de Rivera explica en sus memorias su reacción ante el Decreto de Unificación, que Hedilla, aunque con dudas, había aceptado para evitar luchas intestinas. «Estaba con Marichu de la Mora visitando las provincias de Galicia y León, y en León fue donde, a través de la radio, nos enteramos de lo que sucedía y, la verdad, nos sentó muy mal, sobre todo porque aún no sabíamos a ciencia cierta la muerte de José Antonio; se le seguía considerando el Ausente, y esa sustitución, aunque fuera por Franco, en la jefatura de la Falange no nos gustó nada». Marichu y Pilar se dirigieron a gran velocidad a Salamanca, «que encontramos toda en ebullición por este motivo y decidimos oponernos también nosotras. La plazuela de San Julián se convirtió en un foco de rebeldía a donde acudían los disconformes». Ante tanta presión, Hedilla, jefe provisional de Falange, se volvió atrás después de haberse avenido al decreto, y eso le costó el cese y la cárcel. «Hedilla fue condenado a muerte, pero Serrano Suñer consiguió la

conmutación, que yo también traté de gestionar con una visita a doña Carmen Polo», prosigue Pilar. Finalmente, «aceptada la Unificación, aunque a regañadientes, en la Sección Femenina, de momento, nos limitamos a nombrar jefes y secretarias provinciales, alternando una falangista y una tradicionalista, como estaba mandado», concede.

Los viajes a Valladolid o a Galicia para reorganizar las sedes, la mayoría en compañía de Marichu, aplazan cualquier discrepancia externa. Pero la mesa camilla de la plazuela de San Julián sigue siendo un hervidero. Aunque la Sección Femenina tenía su oficina central en la sede oficial de la Falange, situada en el colegio Trilingüe de la Universidad, «en la plazuela se reunía lo más granado de la Falange, hombres y mujeres», recuerda Pilar. Y enumera a los asiduos: Agustín Aznar, Luis González Vicen, Pedraza, Antonio Navas, Dionisio Ridruejo… «A Dionisio yo le conocía ya desde que habíamos ido a Segovia y en Salamanca nos ayudó en todo desde el primer momento, como asesor, camarada y amigo, en nuestra reciente organización», asegura. La relación política y humana entre Ridruejo y Pilar Primo de Rivera era tan estrecha que se difundió el rumor de que el heredero político de José Antonio y la depositaría de las esencias familiares iban a contraer matrimonio, como recoge Paul Preston en *Las tres Españas del 36*. El rumor no tenía sentido, a pesar de algunas apariencias. En 1939, cuando se publicó *Primer libro de amor*, el autor escribió a Pilar esta dedicatoria: «A Pilar, primera entre nosotros. Por todo lo que recordamos y esperamos juntos. Fervorosamente, con mi cariño». La amistad se mantuvo incluso cuando el poeta se apartó del Régimen. «Le visité en Ronda cuando estuvo desterrado», afirma Primo de Rivera en sus memorias, una visita nada cómoda en ese momento. En 1948, «ya vividas muchas vicisitudes y angustias», el poeta le envió su libro *Elegías*—. «A Pilar Primo de Rivera estos cantos de nuestra melancolía que no eximen nuestra esperanza. Con la amistad fiel de Dionisio». Los lazos sentimentales tejidos en la plazuela de San Julián perduraron más allá de las circunstancias políticas. Eso no significa que estos vínculos fueran fáciles o que no

exigieran a sus protagonistas complicados juegos de lealtades personales. En un universo tan pequeño y endogámico, los matices no pasaban inadvertidos: Ridruejo mantenía una relación de amistad y confianza privilegiadas con la hermana de José Antonio y al mismo tiempo buscaba y valoraba la proximidad de De la Mora. A menudo, esta especie de trinidad política mantenía reuniones conjuntas o se desplazaba a la misma ciudad. En qué medida estos afectos convergentes pero no simétricos trascendían al exterior o alimentaban espejismos es un misterio.

El *cerebro* de la Sección Femenina

Al igual que Pilar, Marichu consideraba a Ridruejo mentor e inductor de las decisiones más inteligentes que se cocían en la mesa camilla. Acertadamente, la futura periodista intuyó y alentó en él el papel de *cerebro* del grupo, mientras que otros camaradas más ligados a la acción representaban *el músculo*. La influencia de Ridruejo en el círculo de la plazuela de San Julián adquiría de ese modo cada vez más peso. Dionisio hablaba bien y escribía mejor, se decía entre las afiliadas, y fue el mejor interlocutor que pudo encontrar Marichu, gran conversadora, en aquel ambiente mitad gineceo, mitad cuartel. A pesar de que en un principio no lo valoró de forma suficiente, la amistad y el afecto de Ridruejo constituyeron, en cierto modo, una especie de tabla de salvación. El poeta y Marichu empezaron a pasear algunas tardes por los alrededores de la casa para estirar las piernas y salir del intenso y a veces agobiante monopolio de la política en la mesa camilla. Ambos eran coquetos e ingeniosos y pronto hablaron de lo divino y de lo humano. Aunque el poeta era animoso, no terminaba de estar contento. «Necesitaría enamorarme de alguien», le dijo él una tarde. Ella podría haberle sugerido que escribiera un poema o que se fuera de viaje, pero optó por seguirle el juego y le dijo: «Enamórate de mí». La ocurrencia, en la que cabe

imaginar cierta carga de ironía, no cayó en saco roto. Según Penella, Dionisio ya estaba enamorado de la falangista. Un misterioso poema titulado «La pregunta» alude a aquel diálogo: «*[…] Loca y grave, con voz de primavera / la palabra en tus labios extrañada / citó al amor para su sed primera / Y brotaste de ti como una espada / desnuda, repentina, verdadera / como yo te vivía y te pensaba*», escribió el poeta. En un borrador inédito de Ridruejo, *Dos horas de soledad*, encontrado entre sus papeles personales, Manuel Penella ha hallado la clave del poema. Secretario particular de Ridruejo durante los últimos años de su vida, Penella ordenó y catalogó a la muerte del poeta todos los papeles y documentos que guardaba. En este borrador inédito, aclara Penella, Ridruejo alude a su conversación con la falangista y formula como pregunta la ocurrencia de su amiga: «¿Por qué no te enamoras de mí?». Aun sabiendo que Marichu no le correspondía, Dionisio se aferró a aquella invitación. A partir de entonces, el poeta se convirtió en su sombra, y pasó a ser cómplice y consuelo. Para aquel joven mitómano, conquistar a la amiga preferida de su líder, de la que a su vez se sentía enamorado, era todo un reto. Otra cosa es que pudiera conseguirlo.

De viaje en viaje

La Sección Femenina organizaba cada año, en enero, un Consejo Nacional en el que se tomaban decisiones generales y se renovaban los cargos dirigentes. Los primeros se convocaron en Salamanca (1937) y Segovia (1938) en una atmósfera de heroísmo y abnegación. La memoria del Ausente impregnó las primeras reuniones, de carácter fundacional. La guerra era también un segundo telón de fondo. Cada año se celebraban en una capital distinta y contaban con la protección implícita o explícita de la estructura del poder naciente. De ahí la grandilocuencia que acompañaba estas reuniones. Los primeros consejos, imbuidos de

espíritu bélico, «tenían una espontaneidad agradable», se lee en los Archivos de la Sección Femenina. Un ambiente de «alegre camaradería» en el que se cantaban canciones como éstas: «*Iba camino la ría de Villagarcía / que es puerto de mar. / Yo te daré, te daré niña hermosa / te daré una cosa, una cosa que yo / sólo sé / ¡Café!*». O bien algo más acorde con el momento: «Si te quieres casar con las chicas de aquí / te has de ir a luchar al frente de Madrid». En el Consejo de 1939, sin embargo, se vislumbra en la victoria, y la Sección Femenina decidió sumar mujeres a su causa. A todas aquellas que el Gobierno no decida imponer «un castigo ejemplar», concluyó el Consejo, «tenemos que incorporarlas».

El primer Consejo de 1937 se celebró en una sala cedida por el Banco del Oeste en Salamanca, la ciudad en la que tenía su residencia entonces el cuartel general del Gobierno sublevado. Una pared de la sala, que reunió a unas «50 camaradas» en cuyas caras «se reflejaba el dolor y el cansancio» —se lee en la memoria del Consejo —, estaba cubierta con un «Presente a los caídos». En la otra, aparecía una imagen de la Virgen del Pilar. A la inicial liturgia de inspiración fascista se añadía la más genuina de la católica España, lo que ya presagiaba el entonces incomprensible maridaje. Por ausencia de Dora Maqueda, todavía en zona roja, Pilar nombró secretaria nacional provisional a Marichu de la Mora. Ese mismo año, Marichu de la Mora escribiría en *Alerta* una semblanza de Dorita Maqueda, elevándola a la categoría de heroína. La Sección Femenina necesitaba crear sus propios mitos. «Sé cada día más mujer» era a la vez un lema y una aspiración condensados en una frase tan vaga como mitificada.

Número dos de la organización, Marichu de la Mora leyó los estatutos de la Sección Femenina. Tal vez hubiera participado activamente en su redacción. Se podría decir que en aquel momento encarnaba la dirección y que en cierto modo actuaba como cofundadora. Los estatutos empezaban definiendo la naturaleza de la mujer: «La Sección Femenina declara que el fin esencial de la mujer en su función humana es servir de perfecto complemento al hombre, formando con él —individual y colectivamente— una

perfecta unidad social». ¿Cuál era entonces la naturaleza del hombre? ¿Podrían haberse intercambiado los términos para acabar siendo también un perfecto complemento de la mujer? No era lo mismo. Aunque, en la práctica, pudiera llegar a serlo. La aportación de Ridruejo a este Consejo no se puede orillar. El poeta narrará la historia de este Consejo inaugural en el primer número de *Y*. Con motivo de este Consejo, es posible que al menos Dionisio y Marichu descubrieran, sin proponérselo, que constituían una aceptable unidad política y personal. Su yo personal, su yo falangista y su yo colectivo confluían milagrosamente. El Consejo fomentaba la convivencia, y no sólo la discusión o la organización política. Iniciado en Salamanca, terminó en Valladolid, «capital de los campos trigueros de Castilla», donde algunas falangistas visitaron las tallas doradas de Alonso Berruguete, evoca la redactora de las actas del Consejo. Valladolid es calificada de «ciudad nupcial» en la memoria interna del Consejo, en alusión a «aquellos desposorios que Fernando e Isabel celebraron en las Casas del Vivero», rito en el que quedaron fundidas las Españas. Al final del Consejo, Marichu siguió de número dos, al ocupar el cargo de secretaria nacional. La tercera jerarquía, Clara Stauffer, se hizo cargo de la Secretaría Nacional de Prensa y Propaganda.

Poco después de este primer Consejo, Ridruejo, que entonces era delegado del SEU en Segovia, un puesto para el que había sido nombrado por José Antonio (aunque con la misión de establecer contacto con los militares locales), recibió el encargo de Manuel Hedilla de asumir la complicada jefatura provincial de Valladolid. La orden se la llevó Agustín Aznar al hotel Fernando e Isabel, donde almorzaba con Marichu de la Mora. Se trataba del antiguo hotel llamado de Francia e Inglaterra, ahora sustituido por nombres nacionales: por fortuna, al mantener la iniciales idénticas, se seguía usando la misma vajilla. Marichu «había ido a ver a unos parientes y me había acompañado desde Segovia», aclara el poeta en *Casi unas memorias*. En aquel momento en que Ridruejo dudaba acerca de si aceptar el encargo de Hedilla o escabullirse de la política y dedicarse a la poesía, Marichu lo alentará a comprometerse, a no rehuir

responsabilidades. Manuel Penella reproduce en su libro sobre Ridruejo una expresiva nota atribuida a Marichu y guardada por el poeta: «Lo que te voy a pedir te lo pido como un favor. Ayúdame a sostener la ilusión que tengo puesta en ti. Y sé que serás Dionisio: que la Falange y yo podremos estar orgullosos de ti». Naturalmente, apostilla Penella, Dionisio no podía decir que no a la amiga de la que creía estar enamorado. Una mujer que encarnaba, además, un falangismo refinado desprendido de excesos y rudezas. La mejor embajadora para reafirmar su compromiso político.

Cimentada en la política, la relación pasó a ser de igual a igual una vez que Dionisio Ridruejo empezó a asumir responsabilidades. El vínculo personal se superpuso al político. Pero su expresión física fue efímera, contenida y en parte sofocada. El testimonio poético y no exento de fantasía de Ridruejo nos habla de exaltación, pero también de renuncia. En sus conversaciones, políticas o personales, no faltaban la discrepancia ni las discusiones más o menos mordaces, aunque finalmente conciliadoras. En una carta sin fecha dirigida a su amiga, Ridruejo le detalla su actuación en una crisis interna en la que medió y se empleó a fondo. Probablemente se refiere al pugilato por el liderazgo que se estableció entre Raimundo Fernández-Cuesta, hombre de confianza de José Antonio y sucesor *in péctore* una vez que Hedilla fue encarcelado, y Serrano Suñer, cuñadísimo de Franco con sensibilidad falangista y con capacidad para potenciar o hundir el papel de Falange. Despojada de coquetería, en esta carta, el poeta busca la comprensión política e intelectual de su interlocutora, consciente de que ella va a enjuiciar su actuación sin complacencias:

> Querida amiga: Ni siquiera es para ti esta carta sino […] para ese otro yo compasivo y fortalecedor que no puede deformar las cosas con la propia razón independiente […]. Sé que si tu estuvieras cerca no me haría ningún bien contarte mis cosas […] porque tú eres cruda, objetiva y distante y estarías siempre más en lo de todos que en lo mío. Porque si es verdad que tú eres para mí mi carne —y aun mi ángel o mi demonio —, eres sobre todo el mundo y mi mundo, es decir: justamente lo que en este momento me es odiado y hostil. […] Nadie te contará lo que he

> hecho estos días porque nadie lo sabe de verdad. Cuando se opera ante todo sobre conciencias no queda rastro. A nadie le es dado tener memoria de lo que ha faltado en la conciencia de ímpetu y lucidez propia, de lo que ha sido prestado por otro.

Al final de la carta, y con una letra diferente, se lee: «Confesión de una crisis política en la que el autor *cree* haber estado más listo que los demás». Podría referirse a lo que pudiera haber pensado Marichu, pero parece una apostilla del propio Ridruejo pasados los años.

En enero de 1938, en el ecuador de la contienda, el II Consejo Nacional de la Sección Femenina comenzó en Segovia y finalizó en Ávila. La histórica Dora Maqueda había logrado ya pasar a la zona franquista y recuperó el puesto número dos. Marichu de la Mora encarnó la tercera jerarquía, la de delegada nacional de Prensa y Propaganda. Con este cargo, hecho a su medida, desplazaba a Clarita Stauffer, secretaria nacional de Prensa y Propaganda, al cuarto puesto. Es llamativo, y en parte misterioso, que en ese mismo tiempo, Constancia de la Mora fuera también nombrada jefa de Prensa y Propaganda por las autoridades republicanas. Aunque no fueron responsabilidades equivalentes, ya que la misión de Connie era acompañar a corresponsales de guerra, como Jay Allen o Hemingway, a los frentes o a los lugares devastados y, al mismo tiempo, leer y censurar sus crónicas antes de pasarlas a sus respectivos países. Pero, de nuevo, el destino se entrecruzaba en sus vidas y las convertía en un doble espejo en el que mirarse, aunque las intenciones que las impulsaran, claramente opuestas, las separasen.

En este segundo Consejo, Laly Ridruejo, hermana de Dionisio, fue nombrada secretaria nacional de Administración. El poeta y político participó también de forma activa. «Nos asesoran en este Consejo y lo elevan de altura con su presencia y voz varonil Dionisio Ridruejo, Raimundo Fernández Cuesta, el marqués de Lozoya, Antonio Tovar, Agustín de Foxá y Martín Almagro», se lee en la memoria interna de la Sección Femenina. «Nunca hemos de prescindir de los hombres», porque si «nos reconcentramos en

nosotras mismas nos haremos rutinarias y comineras, y nos faltará valor para acometer las grandes empresas», argumentaba la redactora de la memoria del Consejo, recogiendo en su texto muchas de las expresiones de la propia Pilar. A raíz de este Consejo se crea el Servicio Exterior, destinado a estrechar vínculos con otras secciones femeninas afines. En el folleto del Consejo aparece una foto de «camaradas alemanas» en Burgos, de visita a España. Otra imagen da cuenta del encuentro de Pilar Primo de Rivera con el Führer durante su visita a Alemania. En 1938, Primo de Rivera viajó también a «la nación amiga». Italia acompañada de Carmen de Icaza. En paralelo, se creaba en mayo de 1938 una delegación de la Sección Femenina en Alemania. A pesar de que la identificación joseantoniana con el fascismo y el nazismo no era completa, Alemania e Italia se convirtieron en los focos exteriores de referencia durante la guerra. Mientras el Ausente se apagaba en la memoria de sus seguidores, los lazos con las camaradas alemanas se afianzaban. Tenían una necesidad de homologarse al modelo fascista imperante para encontrar su identidad, cada vez más equívoca en ausencia del líder. Aunque no había que volar a Alemania para encontrar vínculos nazis. Una de las principales colaboradoras de Pilar, Clarita Stauffer, hija del químico de la fábrica de cervezas Mahou, trabajaba de intérprete en Alemania al estallar la sublevación franquista y se lanzó a recaudar fondos para sacar a falangistas de la cárcel. Poco después se trasladó a Salamanca y colaboró en la creación de Auxilio de Invierno. Bilingüe y sofisticada, fue la perfecta *hermana alemana* de las falangistas. Durante la guerra cayó enferma y regresó a Alemania. Al recuperarse, volvió a España y se integró en la jefatura de la Sección Femenina. El periodista José María Irujo acredita, en su libro *La lista negra*, que Stauffer hizo labores de espionaje en España para los nazis.

De una u otra manera, la contienda moviliza a las mujeres. Al igual que las republicanas, las falangistas desarrollan una actividad impensable poco antes del 36. Apenas un puñado en la preguerra, con los tiros se produce un milagro: en el Consejo de 1938 se baraja la cifra de 600.000 afiliadas. Pero es entonces cuando se las llama al

orden. El 24 de junio de 1938, Pilar Primo de Rivera firmó una circular significativa: «En vista de que la Sección Femenina va tomando más incremento y se necesita vigilancia y asistencia permanente, esta Delegación Nacional ha acordado sustituir a todas aquellas jefes que estén casadas o sean viudas con hijos». La razón que se aduce es que «no pueden entregarse enteramente a la Organización». La disposición se completó más tarde con otra orden que eliminaba de los puestos de mando a las mayores de treinta y cinco años, con lo que la cadena jerárquica pasaba a depender de dirigentes solteras o libres de cargas familiares. Inicialmente, a Marichu, casada, no la afectó de forma determinante, pero con el tiempo esta condición pudo ser una excusa utilizada bien para apartarse ella misma, o bien para ser alejada de los núcleos de poder.

La España vencedora iba a traspasar esta norma a la legislación laboral, y las mujeres casadas acabarían abandonando sus trabajos a favor de los hombres, para integrarse en el hogar, mientras que sólo las solteras permanecían en sus puestos de asalariadas o funcionarías. Marichu, dirigente de la Sección Femenina durante los tres primeros años, constituyó una de las excepciones. Demostró que, con la ayuda adecuada, podía hacer compatible su trabajo con sus obligaciones familiares. Ella, desde luego, dispuso de servicio, pero no fue una madre *amateur*. Se volcó de forma especial en una de sus hijas que de pequeña tuvo un problema de audición. Con el tiempo, pasados los años duros del franquismo, las propias falangistas reclamarían que la mujer casada pudiera conservar determinados trabajos. El mundo cambiaba y no podían seguir haciendo piruetas lingüísticas para frenar lo inaplazable. Esta apertura hizo que a la Sección Femenina y a sus organizaciones sindicales le llovieran numerosas cartas de mujeres que habían perdido tiempo atrás sus empleos por la antigua arbitrariedad del Estado vencedor. Las remitentes solicitaban su reingreso laboral con argumentos familiares y económicos conmovedores, pero la norma no tenía carácter retroactivo y la mayoría no pudo recobrar su puesto de trabajo. Toda una generación de mujeres había sido barrida del

mundo laboral entre los años cuarenta y cincuenta.

«La situación en España era espantosa. Por un lado la injusticia social, por otro los separatismos regionales, fomentados desde el mismo seno del Gobierno». Pilar Primo de Rivera seguía echando mano de este cuadro desolador para justificar, ya en 1941 y ante sus fieles alemanas, la creación de la Falange en 1933. La acompañaba en este viaje Clarita Stauffer. Se hospedaron en centros de las juventudes hitlerianas y vieron sus programas de ejercicio físico y su culto a la gimnasia. Pero «ni por un momento nos influenciaron», resumió una de las visitantes. El idilio con Alemania no significaba abdicar de las genuinas esencias del nacionalcatolicismo.

«No comentes una orden, cúmplela».

Después de un tiempo en la plazuela de San Julián, la llegada de varios parientes de Pilar obligó a Marichu a buscarse un alojamiento exterior. Al salir de la cárcel tía Ma, Carmen Primo de Rivera, la hermana de Pilar, y sus cuñadas Rosario y Margot, la dirigente volvió a estar acompañada por su ya diezmada familia, ya que Fernando también fue ejecutado. Marichu alquiló provisionalmente una habitación en una casa de familia salmantina, pero luego consideró más oportuno trasladarse a un pequeño piso bajo al que llamaban *el sotanillo*. La guerra era la guerra, una etapa de anormalidad radical en laque irrumpía lo irreal con naturalidad. Como en *La vida es sueño*—, en una guerra se puede acabar viviendo al revés de cómo se piensa o de cómo se es, sin saber en ese momento cuál de las dos vidas es la soñada o la real. Independiente de nuevo, como tal vez no lo fuera ni en Cambridge, su sotanillo, que contaba con dos camas, se convirtió en posada provisional para las compañeras que venían del frente o lo necesitaban, pues dinero, comida y ropa se compartían. Una de las visitantes alojadas en el sotanillo de forma temporal fue Irene Larios, procedente de una

familia malagueña a la que Marichu y sus hermanas conocieron en una Semana Santa que pasaron en Andalucía, y a la que entonces admiró por su clase y modernidad. Frente al sobrio vestuario de la mayoría, reducido al uniforme falangista y poco más, Irene Larios tenía una blusa más elegante, *la blusa* eternamente comprometida y codiciada por aquella de las compañeras que deseaba abandonar en alguna ocasión especial el uniforme falangista. Lavada y planchada cada dos por tres, la blusa pasaba de una a otra como un símbolo de feminidad y solidaridad. Aunque la única espartana de vocación era Pilar, ya que tenían que confabularse con su familia para que aceptara comprarse ropa nueva, la guerra imponía privaciones. De cualquier modo, no todo era austero en la retaguardia salmantina. El general Kindelán invitó un día a las más presentables, en cuanto a idiomas, cultura y aspecto, a una cena en honor de unos visitantes italianos. La cena fue un éxito, y los italianos, encantados, las invitaron a una copa y al cine. Como eran chicas serias, todo quedó ahí, a no ser que libremente surgiera algún galanteo[22]. Pero como llevaban meses sin tales lujos, una camarada comentó luego sorprendida: «Pero, ¿quién va a pagar todo esto?». Aunque ingenua, la pregunta no era nada estúpida. Sin duda, Serrano Suñer tenía la respuesta.

Su marido, Tomás Chávarri, también pernoctó en el sotanillo en algunas de las rápidas y esporádicas visitas que hizo a su esposa desde el frente. Pero la aventura no se reducía al sotanillo. Viajar era una exigencia del cargo, y aunque Pilar disponía de un coche con mecánico, sólo se utilizaba para viajes oficiales, por lo que a menudo se recurría a cualquier vehículo de gente conocida o de camaradas para desplazarse de una provincia a otra. Se cuenta que en una ocasión Marichu viajó con Girón, y éste le pidió que se pasara delante con el chófer para él dormirse atrás. Luego explicó que, siendo como era una mujer inteligente, no necesitaba conversación. En otra ocasión, estando en el *hall* de un hotel de San Sebastián con Agustín Aznar para volver a Salamanca, fue José María Areilza quien, sin conocerlos personalmente, les pidió si podían trasladarlo a él también. Le dijeron que sí. A cambio, los invitó a comer a un

restaurante, un detalle que los liberó ese día de sus habituales bocadillos. Aunque tal vez el más arriesgado de sus viajes fue uno en el que fue *detenida* junto al mecánico cuando se dirigía a Segovia a ver a su familia, quizá porque los consideraron *espías* a favor o en contra de Hedilla. La detención fue corta, y las explicaciones escasas, pero siempre pensó que el ridículo y extraño incidente se debió a que había advertido previamente al jefe de seguridad o policía de Salamanca de que se iba a desplazar a Segovia, y en vez de lograr su apoyo y protección, se colocó sin pretenderlo en el punto de mira de sus sospechas. La aventura, breve, terminó bien, ya que le dieron de cenar y la recluyeron en un caserón con montones de libros. Para aplacar sus nervios, tuvo una de sus ocurrencias felices: solicitó permiso para ordenar la biblioteca. Cuando la soltaron y le permitieron continuar su viaje, llovieron las disculpas, pero la número dos de la Sección Femenina ya había descubierto cómo las gastaban los suyos.

La guerra proseguía, aunque sus pequeñas luchas intestinas parecieran olvidarlo. Se jugaban la vida por grandes y supuestos ideales, pero el mundo de la Sección Femenina reducía esa entrega a consignas. «No comentes una orden, cúmplela sin vacilar». Esta frase, una de las reglas de oro de la organización, describe la militarización mental de las afiliadas. Una obediencia sin fisuras y excusas. «No discutiréis una orden alegando que esperáis para entregaros a ella tener bastante tiempo. ¿Y cuándo tendréis ese tiempo?». La disponibilidad requerida era exigente. La falangista tenía que ser toda «limpieza y claridad», por lo que no cabían las medias tintas. ¿Cuál era el ideal educativo de esta élite política? «Nos separamos tanto de la fría y oscurantista educación en que se cohíbe y coarta la voluntad, como de la desfachatada y libre educación norteamericana». Una declaración de principios que se reducía a introducir la gimnasia y los pololos como único desafío en los anquilosados y vetustos colegios de monjas y en evitar toda espita de liberalismo en las costumbres. De Estados Unidos sólo interesaba su cine, previo paso por censura.

CAPÍTULO IV

Cuando la muerte se mezcla con la vida

¡Cuánto dolor,
belleza!
El odio hace estallar fuegos de acero
en los fuegos lejanos —faros, flores granas—
de las costas del mar; gritos alertas
de llama blanca y verde,
en los gritos en llamas
en sueños que, como en los sueños,
no se sabe, de veras, si han sonado…
[…] Y la muerte se mezcla con la vida
inesperadamente, como en la vida, como en relámpagos.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ,
«Verso desnudo».

Connie, la metamorfosis

Connie atravesó el espejo sin vacilar. Pero al contrario que Alicia, nunca regresó a su mundo anterior. Detrás del espejo, la vida era dura, opaca y a la vez vertiginosa. Su abuelo, sus padres, sus hermanas quedaban atrás. Aquellos espejos representaban el pasado.

Sólo el invisible hilo del afecto la unía a ellos. Respirar, vivir, amar, ahora se confundían con ganar la guerra, apostar por la República, salvarla de los depredadores. ¿Cómo osaban arrebatarle la felicidad de ser una ciudadana libre? No permitiría que la República, la llave de su libertad, fuera destruida.

Unos meses antes de la guerra, cuando sus pensamientos se anticipaban a la anunciada sublevación de Mola y de Franco con la confianza de que fuera sofocada, la vida, aunque llena de tensión, aún era digna de ser vivida. De ser vivida en sus pequeñas menudencias, en sus todavía posibles placeres. Al iniciarse el verano del 36 proyectaba irse con Ignacio unos días a Ibiza, invitados por María Teresa y Rafael Alberti, que habían alquilado una casa en la isla. A primeros de julio, Luli se había marchado ya a una colonia de verano en El Escorial (Madrid). *Arte Popular* cerraba en julio, y Connie había alquilado un ático próximo al hotel Palace, cercano a su trabajo y al Ministerio de la Guerra, al que querían mudarse en cuanto cesaran las huelgas de la construcción y de la madera, además de las de transportes. Mientras se trasladaban, Alfredo y Gisela Bauer los habían invitado a vivir con ellos en una casa que tenían en las afueras de Madrid. Aquella provisionalidad previa a las vacaciones se deshizo con la misma rapidez con que el olor a pólvora atravesó el estrecho de Gibraltar el 17 de julio. A los Alberti, el llamado *Alzamiento* los sorprendió en Ibiza. Los Hidalgo de Cisneros no tuvieron ocasión de viajar a la isla. Aquella tarde del 17 de julio empezó para Connie la vorágine. Meses después, ya en el 37, la vida seguía siendo digna de ser vivida, pero sabiendo ya que «es preferible ser viudas de héroes que esposas de cobardes» como proclama en la cuarta parte de *Doble esplendor*.

En los primeros meses de la guerra hizo acopio de fe: iban a ganar. Después, cuando el combate pasó a ser una enfermedad crónica, sustituyó la fe por la determinación: tenían que ganar. Compenetrada con su primera misión, el cuidado de las niñas de El Refugio y la organización de colonias en Alicante, pronto iba a desempeñar un papel más político. Marta y Teresa, dos esposas de aviadores, y Concha Prieto, la hija de don Inda, la ayudaron al

comienzo a cuidar a las asustadas niñas de El Refugio, la mayoría analfabetas, y a enseñarles a leer y a escribir. «Era difícil retener las lágrimas a la vista de aquellos pobres seres humanos; ¡algunos eran de la edad de mi propia Luli!; pero tan diferentes», dice al evocar a aquellas niñas. Aunque «no eran aquellos momentos para pararse en consideraciones sentimentales», reflexiona. «Si habíamos de lograr calmarles y dominar el histerismo de las mayores, teníamos que aparecer con naturalidad ante ellas y darles, ante todo, la impresión de que no ocurría nada anormal», añade, siempre con ese sentido del deber que, aunque obedezca a planteamientos lógicos, la impide en ocasiones mostrarse vulnerable o ser crítica con ella misma.

Zenobia Camprubí y Juan Ramón acogieron al principio, según relata Constancia, a un grupo de catorce niños en dos de sus pisos amueblados. Juan Ramón, sin embargo, habla de doce niños confiados a él y su esposa por la Junta de Protección de Menores y alojados en un solo piso, en Velázquez, 65, que ellos mismos cuidaban. Pero Madrid se convertía por momentos en una ciudad cambiante, y sólo apta para el heroísmo y la resistencia. La normalidad había desaparecido. El Consejo Superior de Protección de Menores decidió entregarles a Juan Ramón y Zenobia los brazaletes 102 y 105 para que pudieran moverse por Madrid. No obstante, el poeta y su esposa decidieron salir de España cuando vieron que la confrontación se prolongaba y sintieron que no estaban seguros. Lo hicieron por La Junquera el 22 de agosto de 1936. Desde París consiguieron pasajes para viajar a Estados Unidos en el buque *Aquitania*, que zarpó de Francia el 26 de agosto.

> Habíamos acogido a doce niños pobres en los primeros días de la guerra y teníamos que alimentarlos. El 24 de julio, fecha en que debíamos cobrar una suma importante de nuestras liquidaciones de libros, el editor me dijo que no podía ya pagarme. Yo no ocupaba puesto oficial alguno. Mi mujer tiene una pequeña renta en Estados Unidos, que en aquellos días no podía llegarnos. A mediados de agosto yo llevé al Monte de Piedad los objetos de plata y algunas alhajas que poseíamos para dar de comer a los niños. [*Bohemia*. La Habana, 23 de mayo de 1937. Entrevista de Eddy Chibás a Juan Ramón Jiménez].

En esas condiciones, Juan Ramón y Zenobia decidieron marcharse a América. Un mes antes, el 19 de julio, el poeta visitó a Manuel Azaña con Cipriano Rivas Cherif y le expuso ya entonces su deseo de partir. El espíritu de Juan Ramón no estaba hecho para enfrentamientos ni violencias. Azaña no puso ninguna objeción a que Juan Ramón y otros intelectuales dieran un testimonio moral en el exterior de los padecimientos de la República, cercada por la fiera fascista. Los Jiménez no fueron los únicos republicanos que sintieron alergia a entrar en el cuerpo a cuerpo de la confrontación. No soportaron el sangriento ritual del fuego cruzado, aunque supieran distinguir quiénes lo habían alentado y jamás lo olvidaran. Después de ayudar durante unos meses en labores asistenciales y colaborar en publicaciones de intelectuales antifascistas, Rosa Chacel atravesó los Pirineos con su hijo Carlos en la primera ocasión que tuvo y palió su duelo en la belleza de París. En el hotel Médicis, donde recaló, coincidió con Luis Cernuda, recién llegado de Londres. Sabiendo que toda la libertad ganada con la República, todo lo que ella denomina «nuestro renacimiento intelectual», sencillamente «se hizo cisco» con los primeros disparos. «Aquello se estrelló», reconoció en 1980 en una entrevista. «Se desmigó España», recordó con desolación. «Después han sido cuarenta años de desmigamiento intelectual y moral más que material», añadió. Ahí estaba el drama: todo se venía abajo, pero no tenían estómago ni ganas para ir a por los que socavaban sus ideales. La guerra les repugnaba, se la dejaban a los profesionales. Esa diferente actitud entre unos y otros, todos ellos republicanos, abrió una brecha sutil entre los que se marcharon y los que se quedaron. A pesar de la admiración y amistad que sentía por la también orteguiana Rosa Chacel, María Zambrano le reprochó su equivocación en una carta fechada el 26 de junio de 1938 desde Valencia. Para la romántica María era inconcebible abandonar la asediada República. Aunque, al mismo tiempo, esa implicación representaba una inmolación vital e intelectual. Su sensibilidad estaba desgarrada, pero se sentía empujada a parar la infamia de los que con balas y bombas mataban sus sueños y sus vidas. «Mi actitud sigue siendo extremadamente

dispar con la tuya, lo que quiere decir que las mismas razones en mí son una cosa distinta que en ti [...]. ¡Yo me quedo aquí!», le dice Zambrano a Chacel. Aunque, al no estar encuadrada en un partido, se siente «más sola aún que cuando me conociste, más aislada». ¿Qué mayor soledad que sentir la razón de la vida y la necesidad de luchar por ella hasta el fin y ver, al mismo tiempo, que su alma desfallecía frente a tanta muerte como la rodeaba?

La marcha de Juan Ramón: irse y quedarse

Al dejar atrás La Junquera, Juan Ramón se anticipó a la vivencia del destierro y sintió el abismo que representaba. Irse podía ser tan duro como quedarse. De aquel instante de vacío nació «Réquiem»: «*Cuando todos los siglos vuelven*, / *anocheciendo*, *a su belleza* / *sube al ámbito universal* / *la unidad honda de la tierra*. / *Entonces nuestra vida alcanza* / *la alta razón de su existencia: todos somos reyes iguales* / *en la tierra*, *reina completa*. /[...] *Y tocamos el cenit último* / *con nuestras cabezas! y nos detenemos seguros* / *de estar en lo que no se deja*». Estar y no estar en España, ése era el desgarro. No se dejaba España aunque se abrazara el exilio. Desde Estados Unidos, Puerto Rico y Cuba, sus itinerarios durante la guerra civil, los Jiménez siguieron atentos a las vicisitudes de los niños españoles y colaboraron buscando fondos. Entre los papeles del poeta con los textos y poemas que dieron origen al volumen *Guerra en España* (Seix Barral, 1983), su editor, Ángel Crespo, encontró siete recortes del periódico *La Prensa* de Nueva York (dirigido por el hermano de Zenobia, José Camprubí), que había abierto una suscripción a favor de los niños. En uno de los recortes aparecía una foto de Constancia de la Mora con una niña de las colonias.

El desvelo de Zenobia por aquellos niños y por todas las desdichas que les aguardaban es constante. En una carta del 13 de octubre de 1936 dirigida a sus fieles Ginesa y Guerrero[23], Zenobia

se queja de que Constancia, «a quien dejé encomendada la supervisión de todo, no ha sido capaz ni de ponerme dos letras de acuse de recibo cuando le he mandado dinero para mis niños». Zenobia relata que le mandó 350 pesetas desde la estación de Madrid, que le consta le fueron entregadas, más otros 30 duros desde París, además de dejarle 900 pesetas en recibos. En esta carta de Zenobia y de Juan Ramón (su esposa aclara que escriben los dos aunque sea ella quien maneja la pluma) se aprecia la tensión de querer estar presente en los acontecimientos que se desarrollaban en el país, a pesar de que un océano los separaba. En la carta se percibe la obsesión de ser útil a pesar de la distancia. Pero al mismo tiempo se palpa el desconocimiento de no saber qué estaba sucediendo en su ausencia. Después de todo, Zenobia, aunque llena de ansiedad por el devenir de la contienda, respiraba cierta normalidad cotidiana; Connie se hallaba en medio del vértigo de la guerra. «Yo le escribí a Constancia que consideraba a mis 12 niños como dependiendo de nosotros y que seguiríamos buscando dinero para ellos», prosigue Zenobia. «El 25 de septiembre dejé a mi hermano José encargado de girarle por cable a Madrid (vía Olga Bauer, en la Embajada de España en París) 130 $, recogidos en donativos especiales para mi guardería», informa. «Para el 1 de noviembre —anuncia— encontraré medio de mandarle más. Pero como no me escribe nada, no sé cómo ni dónde mandar el dinero», añade. Ante la falta de puentes con Constancia indica que pedirá a su hermano que les envíe a ellos directamente los donativos recaudados por la suscripción de *La Prensa* con destino a la Protección [de Menores]: «Creo que serán unos 450 o 500 $ en este momento. El día que salí de Madrid le pedí a Rafaela Jiménez Quesada que me enviara fotografías y datos para dar conferencias pidiendo dinero para la Protección. Esto fue el 20 de agosto y hasta la fecha, aunque también se lo pedí todo a Constancia. Si lo hubiera tenido hoy, en vez de 500 $, podríamos haber enviado por lo menos 1.500. Mucho le agradecería, Guerrero, que le telefonease a Connie pidiéndole me diga si, al recibir el dinero para mi guardería, evacuaron también a Alicante a mis niños. Estoy inquietísima por mi cocinera, Luisa, que

estaba con los niños y que no quiero dejar de atender en todo». Al final de la carta, después de comentar algunos asuntos relacionados con la obra de Juan Ramón y de invitar a Guerrero a viajar a Puerto Rico «cuando no pueda Ud. seguir siendo útil a la República (que ojalá no sea nunca)» dado que «no se sabe nunca lo que nos reserva el destino», vuelve a Constancia. «A pesar de que Connie me tiene olvidada, le dice Ud. que yo no dejo un momento de pensar en ella y en su marido y también en Conchita Prieto. Todo lo que yo pueda mandar a mis niños se lo mandaré a Ud. en el porvenir y le agradecería que le mandara la carta que incluyo a Luisa Andrés».

El 3 de diciembre, Zenobia reitera su desconcierto ante el silencio de Constancia en otra de las cartas dirigidas a Ginesa y Guerrero. «Me duele que no haya sido capaz de, siquiera, acusarme recibo de las cantidades que le mandé desde París, que eran muy pequeñas porque no podíamos mandar más. En cuanto llegamos a Nueva York nuestra idea fue organizar la colecta de *La Prensa* y nuestra idea fue seguir manteniendo nuestros 12 niños desde aquí, cosa que se nos hizo imposible a la 3.ª semana de tenerlos en Madrid, y la Protección, después de comprometerse a pasar a los niños lo bastante para darles de comer, tampoco lo hizo. […] Ahora no sabemos más, sino que los niños están en Valencia y no a su cuidado, como quisiéramos. Luisa Andrés me lo dice en su última, recibida ayer: Si Uds. pudieran traer [a] los niños a Alicante y encargarse de ellos, nosotros podríamos girarle a Ud. por el Hispano Americano, que gira desde aquí. Dígame cuánto cree que haría falta». En estas dos cartas vemos la angustia de Zenobia por no saber en el acto lo que acontece y el estupor que le produce haber perdido a Connie como interlocutora. En una nueva carta del 11 de diciembre, sin embargo, Zenobia parece comprender las dificultades de Connie para comunicarse con regularidad ante la incierta marcha de la guerra. Pero al mismo tiempo se aprecia ya entre líneas y de un modo sutil que Zenobia empieza a desentenderse de su antigua amiga. «No se ocupe Ud. ya de Connie, que comprendo tiene los nervios deshechos pensando en Ignacio. ¡Cualquiera los tendría!». Con su sentido práctico, Zenobia encarga directamente a sus amigos

que se enteren de qué comité internacional se va a ocupar de la evacuación de mujeres y niños a Francia y a Inglaterra para polarizar allí su ayuda. «Inglaterra ha sido la que mejor se ha ocupado de las únicas obras humanas que se pueden hacer desde un país extranjero. Juan Ramón y yo estuvimos en el Ministerio de Estado de Washington para protestar de que mi media patria sea tan inhumana que no se haya asociado a la Embajada inglesa para nada que no sea cambio de prisioneros, ayuda a la Cruz Roja, etcétera […]».

La suscripción de *La Prensa* apelaba a ayudar a todos los niños menesterosos, sin distinciones, acogidos por Protección de Menores de Madrid, sociedad benéfica al amparo del Ministerio de Justicia, que, «en las tristes circunstancias» por las que atravesaba España, necesitaba multiplicar su actividad.

> Los directores de la asociación nos comunican que el Gobierno de la República presta constante atención y sostén a la hermosa obra social y patriótica. Numerosas personas de las más diversas actividades, intelectuales, escritores, médicos, profesores, abogados, etc., cuyo puesto no está en los frentes de lucha, han sumado su esfuerzo particular a esta asociación. El poeta Juan Ramón Jiménez y su esposa, que acaban de llegar a Estados Unidos, pertenecen a la Protección de Menores y han servido a la asociación últimamente en Madrid. Están convencidos de que una de las necesidades más urgentes sentidas en España en estos instantes terribles para todos es la recogida y amparo de los niños […]. Los primeros pasos dados por los señores Jiménez han tenido por resultado iniciar una suscripción que continuará siendo registrada en las columnas de *La Prensa* […]. Durante su reciente estancia en París, la señora Irene Lewisohn, que es una gran amiga de España, entregó a la señora Jiménez una cantidad para que se dedicara a cualquier obra que tendiera a beneficiar a España. De dicha cantidad se han destinado 100 $ a esta suscripción, a la cual, además, se han recibido ya las siguientes:
>
> Don Luis Careaga, cónsul de España………… 40,00 $
> Srta. Inés Muñoz……………… 200,00 Pts.
> *Mrs*. Irene Lewisohn (para la guardería de Velázquez, 69)…… 100,00 $
>
> [*La Prensa*, Nueva York, septiembre de 1936].

El 19 de marzo de 1937, ya desde Cuba, Zenobia Camprubí escribió al responsable de Protección de Menores, dependiente del Ministerio de Sanidad, en Valencia, y le comunicó que se habían recaudado 2.300 dólares, de los cuales ya había enviado 500 a la Delegación Provincial de Alicante y 1.500 a Valencia. El resto, anunciaba, lo mandaría de forma sucesiva. Es probable que parte de este dinero se destinara a sufragar las guarderías creadas por Constancia, pero la minuciosa Zenobia optaba por enviarlo por el conducto oficial. Sabía por distintas fuentes que Connie ya no estaba al frente de las colonias. En una de sus numerosas cartas a sus queridos Ginesa y Guerrero, con fecha del 31 de enero de 1937, desde La Habana, se refiere a Connie de esta manera: «Me alegro infinitamente de que Constancia esté cuidando heridos, porque debe de haber estado agotada distribuyendo niños, y a ella, me parece, que le va mejor un hospital que un asilo, con su disposición y carácter».

Constancia de la Mora recoge en *Doble esplendor* la marcha de Zenobia como una pérdida, teniendo en cuenta la eficacia y energía de su amiga. De algún modo, también como una deserción. Connie compara de forma sutil la salida de España de intelectuales o poetas más sensibles con el aplomo de Antonio Machado al quedarse. Esta y otras apreciaciones molestaron a Juan Ramón y Zenobia cuando leyeron *Doble esplendor*. El 18 de mayo de 1937 las reticencias ni siquiera habían empezado a sustanciarse. Zenobia, en ese tiempo afincada en Cuba con Juan Ramón, anota en su diario:

> La formación del nuevo Gobierno nos ha causado una lejana emoción. Prieto [Indalecio] más fuerte y L[argo]. C[aballero] ha quedado fuera por ahora. [...] Tenía ganas de enviarle un cable a Connie: «Vivan Ignacio y don Inda». [Pag. 41, Cuba, 1937-1939].

Sin duda, recordaba la amistad de Ignacio Hidalgo de Cisneros y Prieto y la confianza que éste tenía en aquél. Quizá recordaba aún los días pasados en la Costa Azul con el matrimonio Hidalgo y las interminables conversaciones en Helios, la residencia de María

Lejárraga, con don Inda, a la espera de que éste pudiera volver a España. El 6 de noviembre del mismo año, sin embargo, las notas de Zenobia certifican ya un previsible distanciamiento: «Debo decir que aún tengo cariño a Connie, aunque reconozco su inconstancia conmigo y su estrecho fanatismo en asuntos políticos». Conforme Connie se radicalizaba, Zenobia empezó a tratar con despectiva condescendencia a su antigua amiga. En especial cuando supo que Connie había ingresado en el Partido Comunista, un hecho que a la esposa de Juan Ramón le llevó primero al estupor y luego a la ruptura. El 24 de enero de 1938 la situación al fin se clarifica y Zenobia anota en su diario:

> Al ir a la oficina de Correos me encontré con Marinello y después de hacerlo mucho hablar me confesó que al fin Connie [Maura] se había afiliado al partido comunista y era miembro activo y que probablemente fue por eso por lo que perdió su empleo. También había oído rumores de que a Ignacio le iban a quitar el mando. ¿Pero por qué Ignacio, si él era socialista? A lo mejor cambió después de que me fui. Marinello se asombró cuando supo por mí que eran muy buenos amigos de I[ndalecio]. P[rieto]. Me siento absolutamente perdida en lo que se refiere a la política en España. Para mí es griego. [Pág. 152].

El 20 de junio anota que ha recibido una carta de Inés Muñoz «con copia de partes de una carta de Connie». El 14 de octubre se aprecia ya algo de hostilidad: «Un individuo de pesadilla vino a pedirnos nuestra opinión sobre la venida de Connie [de la Mora y Maura]. Si debía venir. Le contesté sin rodeos. Se acobardó un poco al ser descubierto». El 21, una nueva cita de pasada, al hablar de «una chica muy graciosa», *miss* Cugle, «que conocía a Connie». Hay que tener en cuenta que Zenobia se muestra franca y desinhibida en este diario, y no esconde cierto rechazo temporal, incluso hacia su antigua socia, Inés Muñoz, que había llegado recientemente a Cuba. «A una le gusta mucho Inés a distancia, pero tenerla cerca es catastrófico», dice el 17 de octubre. Y el 21 remata: «Parece imposible que una se sienta tan repelida por una persona teniéndola cerca cuando a una le gusta esencialmente y a distancia».

En playa de San Juan

Ciertamente, la guerra fue para Constancia el germen de una revolución personal. Si la República había supuesto para ella un nuevo despertar, con la guerra volvió a nacer. Vida y política se funden de tal modo que parecen encadenarse y tirar la una de la otra. A las primeras niñas encomendadas a su cuidado se añadieron centenares de chicos que necesitaban abandonar los peligrosos aires de Madrid y recuperarse en el cálido entorno de Alicante, todavía fuera del alcance de las tropas fascistas. Connie y sus compañeras organizaron albergues en casas abandonadas de San Juan (Alicante) y sus alrededores. Uno de estos albergues estaba a cargo de Concha Prieto (a la que acompañó durante un tiempo su hermana Blanca, que había ido a San Juan a descansar) y de la joven esposa de Azaña. Por poco tiempo. A mediados de octubre, Constancia empezó a recelar de don Inda, al intuir que deseaba que sus hijas se marcharan.

> Empezaba a notar que Concha Prieto estaba algo extraña conmigo; parecía enteramente como si evitara hablarme. Sabía que su padre […] había enviado a San Juan a un amigo de la familia para decir a sus hijas que él no podía trabajar con tranquilidad pensando que ellas pudieran estar en peligro. Prieto deseaba que sus hijas salieran de España. Pero, conociendo a Concha, me costaba trabajo creer que accediese […]. Además, Concha era todo lo contrario de una mujer cobarde y no podía compararse nuestra situación con las de las mujeres de Madrid que, con el enemigo acercándose a sus puertas, levantaban barricadas y ayudaban a los hombres en la defensa de la capital […]. Nuestro trabajo al lado de los niños, aunque no tuviese nada de romántico ni heroico, nos ponía a salvo de todo peligro; era un trabajo absolutamente necesario que no podíamos abandonar. [*Doble esplendor*, pág. 341].

Teniendo en cuenta el fuerte carácter de Connie no es difícil imaginar cómo vivió la anunciada *deserción* de Concha Prieto, reflejada con contenida indignación en sus memorias. En efecto, Prieto, ministro de Marina y Aire, mandó un avión para que sus

hijas y la esposa del presidente de la República abandonaran España en previsión de un ataque fascista a Alicante. La marcha de las hermanas Prieto «por órdenes de su papá», como confirmó la cocinera del albergue en el que se encontraban las hijas de don Inda, corrió por las colonias como una premonición de bombardeo seguro. Por fortuna, el fuego enemigo estaba lejos aún de la costa valenciana.

En el otoño del 36, cuando las colonias estaban ya organizadas, los máximos responsables del Consejo Superior de Menores, que abandonaron Madrid el 7 de noviembre, se hicieron cargo en Valencia directamente de los niños. Pronto surgieron discrepancias entre los altos funcionarios de Menores y Constancia de la Mora. No compartían los mismos métodos, afirma Connie en *Doble esplendor*, y ella y una de sus principales colaboradoras, Julia Rodríguez Mata, abandonaron las colonias. Es difícil saber si fue por propia iniciativa o se debió a una clara sugerencia del Consejo Superior de Menores. La memoria es selectiva, y Constancia no consideró necesario aclarar ese punto. Por aquel tiempo, además, Connie y Julia estaban ya centradas en supervisar el hospital de descanso para aviadores heridos o convalecientes, instalado en el mismo entorno levantino de los albergues infantiles. Durante un tiempo, Constancia estuvo a caballo entre el hospital y las colonias.

Cumplidos estos objetivos, el nuevo año le traerá un cambio de vida. Pronto pasará al departamento de prensa extranjera como censor y agente de propaganda. El contacto con los periodistas extranjeros destinados a cubrir la guerra desde el lado republicano reafirmará su liderazgo y configurará su perfil más político.

La primera niña de la guerra viaja a Odessa

Antes, Constancia tuvo que desprenderse de Luli, que durante un tiempo vivió con ella en las colonias de Alicante, y enviarla a la

Unión Soviética. En su decisión influyeron los angustiosos días de noviembre de 1936 en que Madrid estuvo a punto de caer en manos del enemigo y su progresiva disponibilidad para afrontar trabajos de mayor envergadura.

> Yo no podía ocuparme de instalar el hospital y tenerla conmigo; y si yo dejaba las colonias infantiles, que ya funcionaban con toda normalidad, en manos del médico, que desde un principio había sido mi principal colaborador, y de las personas mayores encargadas de los niños, Luli no podía continuar en ella ocupando la plaza de algún niño cuyos padres no tuvieran medios para sacarlo de Madrid. […] Nuestro problema era el de miles y miles de padres en toda España. ¿Qué hacer con nuestros hijos? ¿Dónde estarían mejor y más seguros? Los fascistas no nos permitían cuidar de su educación como hubiéramos querido. Y la invasión extranjera ponía sus mismas vidas en peligro.
>
> —Estoy segura —le dije a Ignacio, despacio y mirándole de reojo, para ver el efecto que le causaban mis palabras— que en la URSS estaría muy bien atendida y podría continuar sus estudios.
>
> —Porque los dos acabábamos de saber que el Gobierno soviético había ofrecido hospitalidad a un número ilimitado de niños […].
>
> —Tienes razón —me contestó.
>
> Pero a los dos nos asustaba un poco la distancia.
>
> [Pág. 353].

Enfrascada en los preparativos del hospital militar, apenas tuvo tiempo ni medios de preparar el equipaje para Luli. El aviso de que debía embarcarla en un navío soviético que regresaba a Odessa le llegó justamente la víspera.

> La ruta del Mediterráneo todavía era segura. Con Luli iría Charito, huérfana de un aviador fusilado por los facciosos. Estábamos en diciembre; pero en Alicante no hacía frío. Luli no tenía más ropa que sus delantales de verano; ni llegado aquel momento hubiera sabido dónde comprarle nada, pues las ropas de abrigo se encontraban con dificultad, y además, a decir verdad, ni Ignacio ni yo nos habíamos ocupado para nada del dinero, desde el principio de la guerra. […] Así es que Luli salió para su largo viaje sin baúles. Ignacio llegó volando en su avioneta para darle un beso, estar con nosotras unos minutos y regresar a Albacete. Julita, la madre de Charito, y yo acompañamos a las niñas al barco […].

> Yo no cesaba de acordarme de que no tenía derecho a llorar. ¡Nada de lágrimas! Luli no debía darse cuenta de lo que me costaba la separación. Para ella, el viaje era una alegre aventura, una excursión a un país de maravillas.
>
> […] —Que seas muy buena y lo pases muy bien —conseguí decirle a Luli, dándole un beso muy apretado.
>
> —Salud —me contestó mi hija.
>
> No hubo lágrimas.
>
> [Págs. 354-355].

Unas semanas después, la escritora norteamericana Anna Louise Strong, que vivía en la Unión Soviética y había viajado a España, la llamó desde Valencia para darle noticias directas de Luli. Su imprevisión y la falta de abrigo habían sido felizmente subsanadas: «¡Si la vieras! Lleva un abrigo de piel hasta los pies y gorro y guantes iguales. Parece un explorador del Polo Norte», le dijo Strong. Luli y Charito, las pioneras, aprendían ruso en Moscú con una profesora especial y estaban esperando a otros niños españoles para reunirse con ellos. Contaban, además, con la llegada de maestros de España para que pudiesen seguir normalmente sus estudios.

Estas noticias tuvieron un efecto liberador para Constancia. Más tranquila por la suerte de su hija, parecía sentirse libre para emprender nuevos retos. En ese momento, la relación con sus padres había pasado a un segundo plano. Germán de la Mora y Constancia Maura se encontraban en Europa cuando estalló la sublevación. El 23 de julio a Connie le llegó un telegrama de ellos desde París. Le preguntaban si estaban bien. Un interés lógico que suscitó en su hija algunas conjeturas.

«Hacía mucho tiempo que yo temía que mi padre estuviera jugando un papel más importante del que aparentaba en todas aquellas organizaciones patronales… La compañía de electricidad de que era gerente tenía muchas ligazones con casas alemanas —la casa Siemens, por ejemplo— y había dado la coincidencia de que mi padre saliese para un congreso en Viena precisamente unos días antes de estallar el movimiento, llevándose a mi madre consigo…», reflexiona en *Doble esplendor*. Pero no quiso abandonarse a estas

especulaciones y contestó que ellos «estaban *perfectamente*» (subrayado) y que les aconsejaba retrasar la vuelta hasta que el Gobierno normalizase la situación. «Poco después recibí una tarjeta de mi madre anunciándome que embarcaban en Burdeos hacia Lisboa, "y de allí seguiremos a nuestra finca de Salamanca para reunirnos con nuestros hijos". Esta fue la última noticia que tuve directamente de mis padres durante los dos años y medio que duró nuestra guerra», puntualiza en su autobiografía.

Connie recoge en sus memorias el testimonio de un muchacho que había estado encarcelado en Segovia y que logró escapar a Valencia. Estando en prisión, un recluso de un pueblo cercano a la finca de sus padres había relatado lo que le había pasado «al señor de "La Mata"» mientras estaba en el extranjero. Los falangistas segovianos se habían incautado de los dos automóviles que tenía guardados en el garaje de la finca, y cuando les pidió cuentas, le dijeron que si no se sentía honrado de contribuir al glorioso movimiento más valía que se anduviera con cuidado, no fuera que se le incautaran algo más que coches. El señor de «La Mata» salió para Burgos y se dirigió a la Junta rebelde, donde tenía buenas amistades porque volvió con la orden de que se le devolvieran los coches de forma inmediata. Lo que tal vez nunca supo Constancia, puesto que jamás volvió a «La Mata», o al menos desconocía ese hecho cuando escribió sus memorias, es que, entre los desmanes cometidos por los ocupantes del *bando amigo*, el que más había indignado y entristecido sobremanera a su padre fue la destrucción y utilización para leña de sus queridos árboles de variadas especies.

El abismo con su hermana Marichu era absoluto. Hubiera sido dramático que ambas hermanas, borrosos ya todos los afectos, y ahora *enemigas*, se hubieran encontrado durante la guerra. Desde luego, no lo hicieron. Las diferentes trincheras que resquebrajan el territorio las separaban y a la vez las resguardaban. ¿Cómo se habrían mirado? ¿Qué decirse o qué hacer si hubieran estado cara a cara? ¡Qué desgarro si hubieran tenido la oportunidad de enfrentarse o de salvarse llegado el caso! Es imposible predecir lo que hubiera sucedido si la vida de la una hubiera dependido de la otra. Sin duda,

ambas eran francas y valientes. Pero la valentía sobraba en aquella España en la que escaseaba la cordura y la tolerancia. Se estaban matando o estaban ayudando a matar por ideas, y, en el caso de Marichu, por amistad y tal vez por inconscientes razones de clase. Habían hecho de todo aquello algo vital, visceral, íntimo, ineludible. El drama colectivo había devorado sus afectos y había mutilado su propia vida. Aunque por suerte no eran militares. Su tarea no era disparar, sino resistir y convencer. De haberse visto, ¿habrían sido capaces de poner la venda en la herida de la otra o seguirían con ella en los ojos hasta el final?

Por fortuna, el recurso a la amnesia fue su mejor antídoto. Constancia, sencillamente, no tenía tiempo de pensar en su hermana. Sus prioridades eran otras. Durante la guerra, la comunicación familiar fríe nula. En las primeras semanas, algunas vecinas creyeron verla entrar en la casa madrileña de sus padres para recoger, llevar o salvar algunas cosas. Luego, el contacto se redujo a saber que sus padres se encontraban presumiblemente bien en «La Mata». (Segovia) o en San Sebastián. Con Piti (Regina de la Mora) el silencio se prolongó durante toda la contienda. Un silencio forzado que quebró la antigua relación entre las dos hermanas. Si su antagonismo la llevó a condenar la postura de Marichu sin dedicarle ni un minuto desde entonces, aplicar criterios políticos a su hermana Piti fue desacertado, un síntoma de rigidez. Después de todo, Regina no tenía un perfil político y Connie y ella se habían llevado bien de jóvenes. Al estallar la guerra civil, Piti se hallaba embarazada de su segundo hijo. Su estado de gestación era muy avanzado el 18 de julio de 1936 y, a pesar de la desbandada de las clases altas, permaneció en Madrid. Su hijo, Germán Escrivá de Romaní, nació el 3 de agosto, y Piti, como otras personas de su entorno social, se refugió en la Embajada de Chile. El Madrid sitiado e inabordable para Franco, aquel Madrid que cantaba *No pasarán*, no era entonces el mejor lugar para la alta burguesía. Los alimentos escaseaban incluso en las embajadas, y Piti, que pesaba unos cuarenta kilos, no tenía recursos propios para alimentar al pequeño. Tampoco había leche a mano. La crianza del bebé peligraba y alguien de la

Embajada pensó que Constancia podría ayudar, dada su posición de leal republicana.

Cuando se le hizo saber el estado de Piti y su pequeño, la reacción de Constancia fue drástica. En realidad fue la militante comunista y no la hermana quien contestó: «Si no tiene qué darle, que lo envíe a la URSS, como he hecho yo con Luli». Su respuesta reflejó su lado más inflexible. Ciertamente era una respuesta provocadora en unos tiempos duros en los que nadie tenía nada. Era también una respuesta calculada y paradójica. El Madrid que resistía, el de Connie, no era el de las embajadas. Eran muchos los madrileños que pasaban hambre y que se sentían condenados a vivir bajo las bombas. Sin duda, a Constancia le dolía haber tenido que desprenderse de Luli a causa de una guerra que ella no había empezado. Pero a fin de cuentas, su sobrino no era más que un bebé, y ella, lógicamente, dentro de la penuria general, podría al menos haberse sentido solidaria. Quizá podría haber conseguido algo de leche. ¿Pidiendo algún favor en Madrid? Ni se le pasó por la cabeza. Esta actitud intransigente hirió profundamente a Regina, y fue una brecha más que añadir a las divisiones familiares. Una brecha ya muy atenuada por el tiempo. El niño, felizmente, salió adelante, y Piti se afilió temporalmente a la Falange como enfermera. Cuando acabó la contienda, rompió el carné: su participación no había sido un gesto estrictamente político, sino humanitario. Con los años, Piti perdonó aquel episodio, aunque no lo haya olvidado. La sabiduría que proporciona haber cumplido noventa y cinco años la hace estar ya por encima de aquel y cualquier otro desencuentro con su hermana Constancia.

Censora y agente de propaganda

Su corazón se endurecía, pero su inteligencia se hacía más ágil. A Connie, que conocía cuatro idiomas, la preocupaba que la República

estuviera perdiendo batallas ideológicas en la prensa extranjera. Era consciente de que la guerra podía ganarse también desde los periódicos. La indignaba que se tildara de Gobierno *rojo* al de la República y que se denominara *nacionalistas* a los rebeldes. La enfurecía que los gobiernos europeos considerados neutrales cerraran los ojos a la injerencia de Alemania e Italia, lo que en definitiva tenía algo de invasión, y que pusieran el énfasis en la ayuda soviética a la República, al ser la única nación que les vendía aviones y armas. Connie descubrió que ésa era su trinchera, el frente ideológico desde el que quería trabajar.

En Valencia se había instalado una Oficina de Prensa Extranjera dependiente del Ministerio de Estado. Constancia conocía al titular, Julio Alvarez del Vayo, y a su esposa desde antes de la guerra. «Podrías ser muy útil en la Oficina de Prensa Extranjera», le dijo la esposa del ministro, Luisa Graa, según afirma Constancia en *Doble esplendor*. Con los Alberti, que la habían trasladado en coche desde Valencia a Alicante para que pasara el fin de año con Hidalgo de Cisneros, también había hablado de su propósito de utilizar sus idiomas para la causa. Después de esta especie de *campaña* personal y de contar con los apoyos pertinentes, entró en la Oficina de Prensa Extranjera. Hidalgo apunta en sus memorias que lo hizo a través de Manuel Sánchez Arcas, subsecretario del Ministerio de Estado.

En noviembre del 36, el periodista, militante de Izquierda Republicana y amigo de Azaña, Carlos Esplá, había sido nombrado ministro de Propaganda. Sú misión era dignificar la causa de la República en los países vecinos y lograr el respaldo de las organizaciones internacionales. Esplá intervino en los preparativos del Congreso de Escritores Antifascistas y prestó su apoyo a la *Hora de España*, la revista que aglutinó a colaboradores de la talla de María Zambrano, Ramón Gaya, Juan Gil-Albert, Rafael Dieste, Emilio Prados, Rosa Chacel (en el primer número), Manuel Altolaguirre, Rafael Alberti, Sánchez-Barbudo y Moreno Villa, entre otros. Constancia de la Mora podría haberse integrado perfectamente en el equipo de Esplá y en su maquinaria propagandística. Muchos de los antiguos funcionarios del Patronato

Nacional de Turismo se habían pasado con Carlos Esplá al nuevo ministerio y Connie había trabajado antes de la contienda en ese organismo. Sin embargo, su misión se centró en la prensa y en el control de la información periodística que llegaba al extranjero, dentro del Ministerio de Estado.

Su primer jefe inmediato fue Luis Rubio Hidalgo, jefe de la Censura en la Oficina de Prensa Extranjera. A él se dirigió para que le diera alguna ocupación. La Oficina de Prensa Extranjera se encontraba en el último piso de una antigua y destartalada mansión, según evoca en *Doble esplendor*. Connie describe a Rubio Hidalgo como un hombre hermético, sumamente extraño y de una palidez enfermiza. A John Dos Passos le pareció que tenía aspecto de lechuza, «con sus grandes gafas, sentado detrás de un pequeño escritorio, bajo una luz azul», evoca Ignacio Martínez de Pisón en *Enterrar a los muertos*. «¿Sabe usted algo de periodismo?», le preguntó a bocajarro Rubio Hidalgo a Constancia. Vivía prácticamente a oscuras en su despacho, y como primera tarea le dio unas cuartillas escritas a máquina para que las corrigiera. Se trataba de dos artículos de dos periodistas norteamericanos que habían entrevistado a Federica Montseny. Connie releyó varias veces las cuartillas en la diminuta habitación de la casa de huéspedes valenciana donde había conseguido alojamiento. Cuando las llevó al que sería su jefe, se dio cuenta de que el encargo había sido una prueba: su misión no era corregir ni mejorar el estilo de los periodistas, «¡hubiera estado bueno!», sino ver si contenían algo censurable. Rubio Hidalgo le dijo que ocupara una de las mesas del despacho de los censores. Como medía más de 1,70, tuvieron que cortar las patas de la silla para que cupieran sus largas piernas.

> Había sido nombrada censor. Mi trabajo consistía en permanecer sentada ante aquella mesa durante seis horas diarias esperando a que los periodistas me trajesen los mensajes que deseaban cursar al extranjero, y después de leerlos cuidadosamente si no había nada censurable, dejar que los enviasen por teléfono o por cable; para lo cual teníamos un servicio de ciclistas en la misma oficina. Los periodistas llamaban constantemente desde nuestros teléfonos a Londres o París y podían hablar con cualquier

país del extranjero, excepto Alemania, Italia y Portugal. [Pág. 361].

En la oficina había ya tres censores, «todos hombres»: dos polacos y un español. Al principio, casi todo el trabajo lo hacían ellos, y Connie, sintiéndose inútil, llegó a plantearse si había hecho mal en marcharse de San Juan. El censor español pronto le dio la clave del oficio: «Es muy fácil», le dijo. «Los periodistas pueden enviar lo que quieran con tal de que sea verdad y de que esa verdad no sirva de información al enemigo». Tomó nota y en seguida aprendió a tratar con los corresponsales extranjeros y a leerse las crónicas con mirada de acero para detectar si había palabras en clave o informaciones de tipo político y militar. Su primer *cliente* fue Burnett Bolloten, el futuro autor de *El gran camuflaje*, entonces corresponsal de United Press, un periodista «veraz y exacto» en sus informaciones, según De la Mora, que apenas le dio trabajo. Tampoco se dio cuenta de que ella se estrenaba ese día. Una vez devuelto el texto al corresponsal, la labordel censor continuaba. Acodada en su mesa con el teléfono descolgado y la copia de la crónica ya censurada delante, Constancia tenía que comprobar que el informador dictaba palabra por palabra el texto ya aprobado, sin alterarlo.

> Poco a poco me fui dando cuenta del funcionamiento de nuestra oficina. Estaba poblada por extranjeros de bastante buena intención y de cierto renombre que, indignados ante las campañas de mentiras inventadas por las oficinas de propaganda de Hitler y Mussolini y secundadas por la gran prensa antipopular, habían venido a España para escribir la verdad y ayudarnos a contrarrestar aquellas calumnias. […] La principal dificultad que teníamos que vencer es que «la verdad» no continuase siendo desconocida. Y no cabía duda de que la mejor manera de darla a conocer al mundo era a través de los periodistas y corresponsales extranjeros, procurándoles todos los medios a nuestro alcance para que se enterasen de lo que estaba sucediendo. […] No tardé en darme cuenta de que Rubio, el jefe de la oficina, no era, ni mucho menos, el hombre indicado para tratar con los periodistas. […] Por ser él de la misma profesión, detestaba cordialmente a todos sus colegas extranjeros. Así es que procuraba mantenerlos a distancia. […] Quizá

> por venir de fuera, sentí antes que los demás que aquella situación no podía prolongarse: que a la larga sería francamente perjudicial para nuestra causa. […] Traté de ganarme a Valentín, la persona de mayor confianza de Rubio en la oficina y que hacía las veces de secretario y cajero. Le sugerí que podríamos ayudar a los periodistas un poco más y quizá ellos nos ayudarían a ganar antes la guerra. […] Poco a poco empezó a cambiar la actitud de la oficina con los periodistas. Rubio estaba tan contento de que yo le evitase los encuentros con los extranjeros y solucionase directamente sus pequeñas dificultades que no intervenía para nada en lo que hacíamos y se limitaba a firmar las solicitudes que antes hubieran esperado semanas enteras. Gracias a Valentín conseguíamos habitaciones para los periodistas en los hoteles, cuando acudían a nosotros desesperados por no tener donde alojarse; solicitábamos entrevistas con las personas del Gobierno e hicimos lo posible porque la habitación en la que trabajaban tuviese el mínimo indispensable de comodidades. [Págs. 364-367].

Día a día se fue haciendo dueña de la situación. La enérgica dama que llegó de San Juan con una falda y una chaqueta deportiva que venía usando como ropa de calle desde hacía varios meses y que se sintió mal vestida cuando fue recibida por Rubio Hidalgo, empezó a estar de nuevo en su salsa a las pocas semanas. Asombra la capacidad de entusiasmo y entrega que transmitía a los asuntos que pasaban por sus manos. E incluso el halo de romanticismo con que envolvía su empeño en ser útil y favorecer de paso la estrategia comunista. Asombran también sus reflejos para adaptarse a las nuevas situaciones y sacar lo mejor de ellas. Dispuesta a echar raíces en el despacho, abandonó la casa de huéspedes; se mudó al hotel Ripalda, donde contaba con baño en la habitación, y se propuso facilitar coches o a acompañar personalmente a los periodistas al último rincón de España para que vieran los destrozos de los bombardeos sobre la población civil o para que entrevistasen a prisioneros alemanes o italianos. Su gran obsesión era desenmascarar la hipócrita neutralidad de Gran Bretaña y Francia frente a la República. Demostrar al mundo que era el bando fascista el que vulneraba el pacto de no intervención.

Naturalmente también era consciente de que entre los periodistas serios aparecían de vez en cuando buscadores de sensaciones o turistas de guerra. «En cuántas ocasiones no hubiéramos dado cualquier cosa por poder despachar, con cajas destempladas, a hombres y mujeres que, en medio de nuestra lucha, de dificultades y privaciones, llegaban para instalarse en el mejor hotel de Valencia o Barcelona a expensas de la Oficina de Prensa Extranjera, y venían todas las mañanas a relatarnos sus cuitas: que si la noche anterior no hubo pan para la cena, que el coche se había retrasado media hora o que en el hotel no podían lavarles la ropa porque no había jabón. Me parecía monstruoso que algunas personas distrajeran el aburrimiento de sus vidas viendo cómo moría nuestro pueblo». [Págs. 368-369].

Hidalgo de Cisneros se instaló también en el hotel Ripalda cuando la jefatura de Aviación fue trasladada a la sede del Gobierno, en Valencia, lo que facilitaba que pudieran cenar y vivir juntos. Pero la crueldad de la guerra se transparentaba. La pérdida de Málaga, con el desolador éxodo civil dirigiéndose a Almería y vilmente bombardeado mientras huía, fue un duro golpe para los republicanos. Una manifestación recorrió Valencia pidiendo la depuración de los mandos militares responsables y la entrega de todas las armas al Gobierno. La victoria de Guadalajara actuó de contrapeso y elevó temporalmente la moral de Constancia.

En uno de sus viajes al sur acompañando a Richard Mowrer, corresponsal del *Chicago Daily News*, recorre las bombardeadas y devastadas provincias de Jaén y Almería, y su mirada se detiene sobre los verdes olivares que serpentean a ambos lados de la carretera a Andújar. Evoca entonces sus antiguas visitas a la finca «Lugar Nuevo», que les sale al paso.

A mí, aquellos olivares me recordaban otra vida, otra mujer con mi mismo nombre, que vivía en las casas de los ricos… Porque yo había estado en aquella misma región en 1931, y había sido huésped en el lujoso palacio de los marqueses de Cayo del Rey, durante una cacería. Aquella temporada fue mi despedida del ambiente y de la sociedad en los que me había criado y educado. Dos meses después me encontraba en Madrid con Luli y la familia Cayo del Rey ya no me dirigía la palabra ni quería tener ningún trato conmigo, porque se rumoreaba que me había

> vuelto republicana. […] La finca «Lugar Nuevo» era una magnífica propiedad situada en plena serranía. […] Volvió a mi memoria la escena de la misa que se celebraba todos los domingos en la galería del palacio y recordé perfectamente cómo en el momento de la elevación se tocaba en el gramófono la *Marcha real* y la intención política que mis amigos y sus huéspedes […], preocupados por el rumbo que tomaban por entonces las cosas de España, ponían, sin ningún disimulo, en todo lo que recalcase los lazos que para ellos siempre unieron a España, a la religión y a la Monarquía. [Pág. 383].

Constancia de la Mora narra el lamentable estado de la finca y el palacio después de haber sido utilizados por las fuerzas facciosas. El expolio era tal que hasta habían encendido fuego con los libros de la biblioteca. Una estampa de la barbarie de aquellos días que Connie aprovecha para compararla con la autoexigencia de los milicianos y las severas órdenes recibidas para que respetasen las obras de arte. Recuerda en concreto «el heroísmo de nuestros milicianos en el palacio del duque de Alba, durante los bombardeos de Madrid, impidiendo que fueran pasto de las llamas algunos objetos de arte», y lo contrapone a la actitud zafia de los guardias civiles del lugar que, si en el pasado velaban para que «las reses de las monterías no fuesen molestadas por los campesinos de los alrededores, que se quejaban de que se comían sus cosechas, ahora habían espantado y aniquilado a esos mismos animales y arrasado la lujosa mansión de los marqueses…».

Con una mirada menos amable, Arturo Barea enjuicia en *La forja de un rebelde* el papel desarrollado por Constancia de la Mora en la sección de Prensa y Propaganda. Barea había sido reclutado para el mismo departamento cuando la sede central aún estaba en Madrid. Un comunista, a quien denomina Velilla, le había aconsejado que se presentara a Luis Rubio Hidalgo y éste lo había incorporado al turno de noche. Durante el día, los periodistas extranjeros mandaban sus despachos desde el propio Ministerio de Estado. Por la noche, desde las doce hasta las ocho, desde el edificio de la Compañía Telefónica. Barea conocía bien el francés y traducía el inglés, pero no lo hablaba con fluidez. Su misión era traducir

telegramas y despachos de prensa. Le ofrecieron una cantidad bastante aceptable, cuatrocientas pesetas al mes, y aunque la noche era el tiempo en que los bombardeos menudeaban, se acopló bien a ese trabajo que le había llegado un poco llovido del cielo. Al igual que a Constancia, a Arturo Barea le desagradaba Rubio Hidalgo. «Nadie le quiere —reconoció Velilla—, pero es el hombre de confianza de Álvarez del Vayo, el ministro». Como era de prever, Velilla pretendía que el partido —o gente de su confianza— se introdujera en el departamento y se hiciera con las riendas de la censura con vistas a consolidar posiciones tras un hipotético triunfo bélico y socialista; pero Barea, compañero de viaje circunstancial, contemplaba con escepticismo estos sueños. Pronto apuntaló su inglés haciendo amistad con una eficaz y abnegada periodista austríaca, Ilsa, con la que se uniría sentimentalmente. En aquellos días, el tiempo corría de una forma vertiginosa, y cualquier logro podía convertirse en pocas horas en algo provisional. El ataque franquista a Madrid de noviembre de 1936, interpretado como un presagio de caída inminente, empujó al Gobierno a Valencia. Barea se encontró un buen día con que la Oficina de Prensa y Propaganda se trasladaba también a la capital mediterránea con los censores de plantilla. Rubio Hidalgo le dio a entender que estaba despedido, y le pagó por adelantado, pero a la vez le comunicó que de él dependía que Madrid no quedara desprovisto de censura. En un principio, el portero mayor del Ministerio de Estado le anunció que no podía entrar en el interior puesto que ya no existía la oficina para la que trabajaba. Pero con ingenio, tal como lo narra él mismo, Barea y un reducido equipo consiguieron atrincherarse en Madrid argumentando que había periodistas extranjeros y que no se podía abandonar este trabajo. Poco después le pidieron que echara una mano en la radio, prácticamente desmantelada. De ese modo, él y sus compañeros continuaron haciendo su labor de una forma autónoma, aunque Rubio Hidalgo advirtió desde Valencia que debían seguir sus directrices. La distancia y la descoordinación suscitaban toda clase de suspicacias entre ambos equipos. Barca y sus compañeros se sentían los parientes pobres y sus medios escaseaban.

Algunos de sus recelos los centralizó en Constancia de la Mora, presentada así en *La forja de un rebelde*: «En la oficina de Valencia, Rubio Hidalgo iba dejando cada día más las riendas en manos de un nuevo asistente, la comunista Constancia de la Mora, que trataba todas nuestras peticiones a favor de los periodistas con un desdén consistente y aburrido», relata. Una visión opuesta y a la vez complementaria de cómo se veían los hechos desde una y otra oficina. En lo que sí coincidía Barca con Constancia de la Mora es en denunciar la proliferación de *turistas y enviados especiales* entre los reporteros «que hacían visitas relámpago al frente de Madrid».

Arturo Barca se define a sí mismo como un superviviente, y aunque su historia es atractiva, el punto de vista desde el que relata su paso por la censura difiere de la imagen de mujer valerosa y entregada a la causa que transmite Constancia de la Mora al retratarse a sí misma. Mientras uno está aún pegado al asfalto de la supervivencia, De la Mora parece dedicada a diseñar una línea política, un hilo conductor que consiga dar en la diana de la no intervención. Abrumado por la inestabilidad de su situación y por sus propios asuntos personales y amorosos, Barca registra así la visita que Constancia efectuó a la oficina de Madrid.

> Yo sabía que, virtualmente, se había apoderado del control del departamento de censura de Valencia y que Rubio no era de su agrado; que era una organizadora eficiente, muy la aristócrata que se había unido a la izquierda por su propia voluntad y que había mejorado muchísimo las relaciones entre la oficina de Valencia y la prensa. Sabía que estaba respaldada por el Partido Comunista y que tenía que haber encontrado irritante que nosotros, en Madrid, obráramos invariablemente como si fuéramos independientes de la autoridad de ellos o de ella. Buena moza, llena de carnes, con grandes ojos negros; con los modales imperiosos de una matriarca, con la simplicidad de pensamiento de una pensionista de convento y la arrogancia de una nieta de Antonio Maura […], tenía que chocar conmigo, como yo con ella. Sin embargo, cuando nos aconsejó, a Ilsa y a mí, que nos tomáramos unas vacaciones, que bien nos las habíamos merecido, estaba dispuesto a creer en sus buenas intenciones. *[La forja de un rebelde*, págs. 730-731].

La pareja se fue a descansar a Altea, y, dado que dependían también de la Junta de Defensa de Madrid, bajo la jefatura del general Miaja, comunicaron a éste que se ausentaban unos días y solicitaron llevarse uno de los coches utilizados por los periodistas. Al pasar por Valencia, camino de Alicante, alguien les advirtió de que Constancia «había ya nombrado a nuestro sucesor, una secretaria de la Liga de Intelectuales Antifascistas que había recomendado María Teresa León». Al terminar sus vacaciones, Rubio Hidalgo les comunicó, efectivamente, que no podía mantenerlos dentro del servicio, les reclamó el coche oficial y les propuso un descanso indefinido, aunque pagado. En el juego de las ortodoxias y las delaciones que se respiraba en la época, Ilsa, la compañera de Barea, había sido tildada de trotskista y despertaba ciertos recelos, aunque finalmente no pudieran probarlo. La pareja no aceptó el trato de Rubio Hidalgo, se volvió a Madrid, se puso a las órdenes de Miaja y prolongó hasta que pudo su permanencia en la capital, cada día más agujereada por las bombas.

Aunque la mirada de Barea ofrece un enfoque útil para contrastar la poliédrica figura de Constancia de la Mora, algunos corresponsales extranjeros desmienten las apreciaciones del autor de *La forja de un rebelde*. El canadiense Ted Alian, un antiguo brigadista convertido en corresponsal que viajó de Valencia a Madrid con la reportera norteamericana Martha Gerlhon en un coche proporcionado por Constancia de la Mora, resalta su eficacia. Asimismo califica de pose el afán de Barea por aparecer como pobre chico que apenas se defendía en inglés cuando se metió a censor, como si el empeño en desmitificar su papel o en hacerse pasar por una figura en segundo plano traicionara sus recuerdos. Alian asegura que Barea tenía un trato fluido con los periodistas de habla inglesa, con los que a menudo se reunía en el restaurante del hotel Gran Vía, donde presidía una especie de tertulia que aglutinaba en torno a él a los corresponsales. Él era en Madrid el factótum que administraba las noticias y les leía los despachos, por lo que no entiende, añade Alian, ese interés por aparecer en la sombra. Por su parte, el británico Tom Driberg cita a Constancia en *Ruling passions* como la

«atractiva mujer y antigua aristócrata» que lo atendió durante su estancia en España. Da la impresión, en definitiva, que «la señora Constanza», como la denominan en sus recuerdos muchos de los corresponsales de guerra que la trataron, hizo bien su papel propagandístico, dando a los periodistas una información rigurosa y sobre el terreno, aunque fuera interesada.

Arturo Barea e Ilsa salieron de España cuando los relatos de él se empezaban a publicar en periódicos europeos gracias a la complicidad de algunos reporteros extranjeros que había conocido en Madrid. Poco antes de que ellos se marcharan, el Gobierno se había trasladado a Barcelona. Constancia había tenido que hacer también las maletas. Sus días en Valencia se habían agotado. Connie y su marido tuvieron que dejar una bucólica casa que habían alquilado en Serra, un pueblo huertano a veinte kilómetros de la capital, al poco tiempo de que se instalara en Valencia la jefatura de las Fuerzas Aéreas. Allí se sentían a salvo de los bombardeos nocturnos que arreciaban sobre el hotel Ripalda. Pero el refugio fue efímero. Su destino era Barcelona.

> El 17 de noviembre habíamos terminado de recoger todo el material de nuestra oficina, el archivo, los recortes de prensa, las máquinas de escribir y teníamos los muebles embalados. En Serra también estaban dispuestas nuestras cosas. Ayudada por las dos sirvientas metí todo en el coche que Ignacio nos había dejado. Ni siquiera nos resignamos a abandonar la pareja de conejos que compramos con la esperanza de amenizar un poco el arroz, para descubrir algunos meses después que eran dos hembras y que por este motivo no hacían honor a su raza. No pude menos de echar una larga mirada a mi alrededor antes de abandonar Serra. […] Nos marchábamos. ¿Cuándo volveríamos a ver aquella casa y aquellos montes? ¿Cuánto tiempo tendríamos que esperar hasta que España fuera libre y pudiésemos caminar sin temor por sus sierras? En la vastísima tragedia de la guerra era, sin duda, bien poca cosa tener que abandonar una casa donde se había conseguido algo de felicidad. […] ¿Durante cuánto tiempo continuaría para los españoles aquel éxodo sin fin, aquel incesante tráfago de un lado para otro, de ciudad en ciudad, de casa en casa? ¿Cuándo podríamos descansar con algo de paz y seguridad? ¿Cuándo podríamos instalarnos para vivir libres y tranquilos en el mismo valle, en la misma casa? [Pág. 425.]

Las barricadas de la retaguardia

Combatir exigía multiplicarse. Además de su papel de censor, Constancia tenía otros frentes abiertos. Por un lado, pertenecía a la Asociación de Mujeres Antifascistas (AMA), organización de gran influencia movilizadora en los núcleos femeninos de la retaguardia durante la guerra. Como ha estudiado Mary Nash, el núcleo dirigente de la AMA lo formaban mujeres conocidas por su activismo, su compromiso político o sus lazos familiares con la izquierda. En la composición del comité saliente de la II Conferencia Nacional, constituida en octubre de 1937, además de Dolores Ibárruri, Irene Falcón y Margarita Nelken, se encontraba Constancia de la Mora. Las otras notables fueron Isabel Oyarzábal de Palencia, Matilde Cantos, Matilde Huid, Emilia Elias, Luisa Alvarez del Vayo, Margarita Nelken, Aurora Arnáiz, Victoria Kent, Gertrudis Araquistain… Las élites femeninas de la izquierda frentepopulista, un abanico que incluía socialistas, como Isabel Oyarzábal; militantes de las Juventudes Socialistas, y comunistas de relieve, fuerza predominante en el colectivo. Como señala Nash, diecisiete de sus miembros podían ser identificadas simplemente por sus apellidos. El resto del comité lo formaba un puñado de delegadas de fábrica. Constancia mantenía amistad con algunas de las figuras socialistas, entre ellas Isabel Oyarzábal, feminista y miembro del Lyceum Club, desde los primeros tiempos de la República, antes de tener carné comunista. Pero su protagonismo en la AMA tomó fuerza al militar en el PCE y entrar a formar parte del selecto grupo de las camaradas destacadas.

Su labor propagandística se extendía, además, a los foros internacionales europeos de apoyo a la República y a las convocatorias de escritores antifascistas. El dominio del inglés y del italiano y sus conocimientos de francés la convertían de modo natural en una conversadora recurrente en cualquier acontecimiento internacional. El II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas, celebrado en Valencia en julio de 1937, fue una

oportunidad para establecer lazos políticos y amistosos con sus participantes. Ya desde los años de la República, el contacto con los intelectuales no le era ajeno. Sin pertenecer directamente al mundo de la cultura, frecuentaba los estrenos teatrales de Alberti y García Lorca, los conciertos y la ópera. La amistad con los Alberti y con Neruda arrancaba desde entonces, al igual que con el poeta asesinado, Federico García Lorca. Con éste y con otros intelectuales, Connie había firmado en los albores del 36 una carta solicitando la liberación de Luis Carlos Preste, encarcelado en Brasil. Además de Preste, había sido detenida Olga Benario. Judía y comunista, sobre ella gravitaba el riesgo de que las autoridades brasileñas la entregaran a la Alemania nazi. La madre de Preste, Leocadia, viajó a España para pedir solidaridad con su hijo y su esposa embarazada. Según Christiane Barckausen, fue la fotógrafa Tina Modotti, adscrita al Socorro Rojo Internacional, quien acompañó a Leocadia por tierras españolas. Modotti era uno de los agentes del SRI que había entrado en España en 1934 con el encargo de prestar apoyo económico y moral a los presos de la revolución de Asturias de 1934 y a sus familias. Conocía el español por su anterior estancia en México y fue enviada por el SRI en sucesivas misiones. Durante la guerra civil trabajó en el hospital Obrero de Madrid. Su dedicación la hizo aparecer ante sus compañeros como una especie de monja laica capaz de desfallecer de cansancio antes de expresar una queja.

Acostumbrada desde joven a la vida en sociedad, Constancia de la Mora utilizaba ahora ese antiguo entrenamiento para hacer nuevas amistades en un sentido político. Al referirse en *Doble esplendor* al escritor y corresponsal de guerra Jay Allen, habla en seguida de «antiguo amigo». Además de antiguo, Allen fue un amigo fiel que le facilitó hospedaje en su propia casa estadounidense al terminar la guerra civil. No fue la única amistad que Constancia fraguó con los reporteros: en Valencia o en Barcelona se la veía disfrutar acompañando a Hemingway, Cerda Taro o Ann Louise Strong. Carmen Dorronsoro, esposa del líder comunista Wenceslao Roces, recuerda que ella y su marido coincidieron con Constancia e

Hidalgo en el estreno de *Yerma*. Ambos matrimonios compartieron palco en el teatro y mantuvieron buenas relaciones antes de que Hidalgo y De la Mora ingresaran en el PCE. «La postura era un poco parecida, ¿no?, salvando las distancias y los dineros, porque Connie era de una familia riquísima», relata Dorronsoro refiriéndose a las afinidades ideológicas que los unieron desde los inicios de la República, en una larga entrevista-testimonio[24]. En esta larga entrevista autobiográfica, Carmen Dorronsoro relata que volvió a encontrarse con Constancia de la Mora en Valencia, donde la esposa de Roces hizo de traductora en el Congreso de Escritores. Más tarde, ya en Barcelona, trabajó directamente con Connie en la Oficina de Prensa Extranjera.

El II Congreso Internacional de Escritores, continuación del celebrado en París en 1935, contó con dos sedes anejas, una en Madrid, en la Residencia de Estudiantes, y otra en Barcelona. José Bergamín, editor de *Cruz y Raya*; José Renau, director de *Nueva Cultura*, y Ramón J. Sender, responsable de *Tensor*, acudieron al encuentro de París y pidieron a sus organizadores, Romain Rolland y Henri Barbuse, que el próximo se celebrara en España. En junio de 1936, en Londres, se formalizó la Asociación Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (AIEDOC), con la asistencia, entre otros, de Thomas Mann, Selma Lagerloff, Aldous Huxley y Máximo Gorki, además de Barbuse y Rollan. Bergamín formalizó de nuevo la invitación para que la próxima reunión fuera en España. Así fue, a pesar de que la sublevación franquista había mandado al diablo la idea inicial. Aunque se sopesó la posibilidad de cancelarlo, el Congreso de Valencia, inaugurado por Juan Negrín, se transformó de forma premeditada en un acto de respaldo a la República. Fue también una demostración de que, a pesar de la pobreza y las ruinas, se podía atender, alimentar y dar cobijo a los ilustres visitantes. «Hemos pedido a los Junckers [alemanes] que no bombardeen», ironizaban algunos delegados. Además de asistir los españoles Antonio Machado, Rafael Alberti, María Teresa León, María Zambrano, Max Aub, Bergamín, Arturo Serrano Plaja, Ramón J. Sender, César Arconada, Corpus Barga, Constancia de la

Mora y Margarita Nelken, entre otros, el Congreso Internacional de Valencia atrajo a André Malraux, Alejo Carpentier, Tristán Tzara, Ann Louise Strong, Anna Seghers, Ilya Ehrenburg, Stephen Spender, Ervin Kisch, John Dos Passos, Octavio Paz, Elena Garro, Huidobro, César Vallejo, etcétera. Los pintores y muralistas mexicanos David Siqueiros y Diego Rivera también participaron en los actos del Congreso. Muchos de ellos eran ya una leyenda literaria o política. Otros, aventajados alevines capaces de crear una obra poderosamente bella y universal. Algunos habían llevado su compromiso republicano más allá de las palabras. André Malraux era jefe de la escuadrilla «Espagne», que con otros trece pilotos franceses volaban a las órdenes de Hidalgo de Cisneros. No era el único intelectual que se implicaba en la guerra más allá de su adhesión formal. En el caso de Malraux, su carisma sobrepasaba su preparación como piloto. Su participación en la contienda no le impidió escribir en tierra española *L'espoir*, espléndido título para describir el anhelo de tantos soñadores como combatían a su lado. El Congreso recordó a Federico García Lorca y a Ramón del Valle-Inclán. Manuel Altolaguirre puso en escena *Mariana Pineda* en el teatro Principal para evocar al poeta asesinado. La revista *El Mom Azul*, órgano de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, recogió las intervenciones más importantes. *Nueva Cultura*, editada por la Unión de Escritores y Artistas Revolucionarios de Valencia, sacó un número especial sobre los intelectuales alemanes perseguidos y el avance del fascismo. Bajo el telón de fondo de aquellos encendidos alegatos por la democracia y la libertad llegaba el eco de la batalla de Brunete, donde los republicanos lograron una emocionante pero pírrica victoria. En aquella encarnizada batalla, la corresponsal de guerra Gerda Taro se acercó demasiado a la sangre en busca del mejor angular para sus fotos y perdió la vida. Alberti y María Teresa León visitaron su capilla ardiente, instalada en Madrid.

Dentro del Congreso de Escritores se libraba también una guerra áspera, aunque incruenta: las discrepancias entre comunistas y trotskistas del POUM salpicaron las discusiones y las conversaciones de pasillo de los participantes. Octavio Paz no ocultó

su incomodidad ante este enfrentamiento. Si no se mostró abiertamente crítico con los intelectuales comunistas, preponderantes en el Congreso, fue para evitar una imagen de disensión. Consideraba que era necesario presentar una trinchera común frente al fascismo. Pero el eco del enigma Andreu Nin no apagaba la polémica. Fue la segunda batalla que se filtró en el Congreso, además de la de Brunete. La de Nin, mucho más oscura, al insinuar —y corroborar— que había una zona de penumbra entre la legalidad republicana y la excesiva discrecionalidad de los agentes soviéticos.

Andreu Nin, periodista y viajero, había residido en la URSS y participado con determinados cargos en su vida política. En 1930 fue acusado de trotskista y forzado a salir de la Unión Soviética. Declarado antiestalinista, en 1933 tradujo directamente del ruso al castellano la versión íntegra de *Ana Karenina* (hasta entonces vertida al español del francés), publicada por Proa. Hombre de compleja y sugestiva personalidad, despertó una oculta admiración teñida de pasión en la joven Mercè Rodoreda de la preguerra. Rodoreda dedicó algunos de sus cuentos a Irina hija de Nin. Aunque la naturaleza de su relación es un misterio que apenas dejó huellas, la muerte del activista fue una especie de revulsivo para Rodoreda. Aunque no consta que él la correspondiera o que la atracción que sintieron traspasara la esfera platónica, la novelista desveló su amistad al esgrimir ante su marido una carta de Andreu Nin, de contenido desconocido, para exigirle su separación. Un gesto privado que tal vez fuera, ante todo, un reconocimiento póstumo al héroe desaparecido. Bestia negra para la maquinaria estalinista, Nin fue detenido en junio de 1937 con la excusa de probar su connivencia con los servicios nazis y su apoyo a los franquistas. Torturado y asesinado sin que Negrín, ni supuestamente Jesús Hernández, el ministro comunista del Gabinete, lo supieran, los intelectuales de izquierda vivieron con una mezcla de desconcierto y de indignada impotencia su desaparición. Fue una acción *alegal* y no sólo ilegal, realizada en las rendijas del sistema, al margen del Gobierno. Pero, ¿cómo pedir cuentas a los únicos que seguían

vendiendo armas a la España republicana? El silencio era una exigencia tácita de supervivencia que dejó un poso de mala conciencia en muchos de ellos. En unos casos por tener que callar lo poco que sabían; en otros por no haber exigido explicaciones.

> Nadie sabe de su paradero. ¿Dónde está Nin? El argentino Vittorio Codovilla afirmó que los rusos lo interrogaban; había sido arrestado por la GPU. Los fusilamientos de trotskistas, iniciados en la Unión Soviética, se prolongan en España. El POUM alega que la policía rusa no tiene derecho a detener e interrogar a españoles, pero los rusos no sólo envían armas, sino agentes secretos que actúan impunemente. Sus casas no son simples dormitorios ni oficinas; en el sótano de Alcalá de Henares, donde nació Cervantes, a veinte kilómetros de Madrid, suceden cosas extrañas. ¿Dónde está Nin? Los comunistas lo acusaban de fascista y contestaban: ¿dónde está Nin? En Salamanca o en Berlín. [Elena Poniatowska, *Tinísima*, pág. 519].

John Dos Passos fue uno de los pocos intelectuales que rompió con la exaltación general y desmitificó la contienda. Había sido uno de los impulsores de la película *The Spanish Earth*, pero el descubrimiento de la realidad española lo llenó de estupor y decepción. El desencadenante fue la muerte de su traductor, José Robles, profesor de literatura española en la Universidad Johns Hopkins, en Baltimore. Dos Passos pidió una investigación, y Álvarez del Vayo le confesó que los anarquistas eran incontrolables y les endilgó una muerte que tenía sello soviético. Mejor no seguir investigando, le aconsejó Hemingway. ¿Ya para qué, además? Pero Dos Passos no quiso cerrar los ojos ni mucho menos la boca ni la pluma, aunque hubiera perdido en Valencia la poca inocencia que conservaba. Estaba harto de tanta muerte estúpida, del fanatismo e ignorancia de los españoles de ambos bandos, y, desde luego, de Stalin, y también de Trotsky, de las vidas sacrificadas por invocar sus nombres. Su mirada nada complaciente fue otro modo de observar la bárbara epopeya que tejían los españoles, muchos de ellos a pesar de sí mismos. Aunque la causa republicana concitara, además de la legitimidad, el apoyo de espíritus tan exquisitos como

Simone Weil o María Zambrano, la plasmación de la lucha no pudo evitar que lo turbio se colara en sus filas. ¿Cómo poner coto al fuego sin más armas que el propio fuego? A Dos Passos y a los intelectuales críticos no les hubiera escandalizado tanto ese mismo horror en Burgos, porque allí se presuponía, aunque igualmente les repugnara. Los fallos de la República desconcertaban más y la decepción se multiplicaba.

El clima se agriaba desde dentro. Era desolador empezar a desconfiar de quien se tenía al lado en la misma trinchera, o manejando los mismos afanes y secretos. O intuir que se estaba bajo sospecha, que un ojo poco amable y a la vez próximo enjuiciaba las propias intenciones. Pero aún era más duro sentirse dolido o perseguido por los propios correligionarios y no derrumbarse ni abandonar sus primitivos credos y convicciones. El hijo del traductor Robles, Coco (Francisco), trabajaba en la Oficina de Prensa Extranjera, en Valencia, cuando su padre *desapareció*. Mientras su madre buscaba pistas de su paradero y enloquecía al descubrir, por más que quisiera negar la evidencia al principio, que los soviéticos lo habían eliminado, Coco compartía con Constancia de la Mora y otros miembros de la oficina el mismo dolor por la caída de Málaga, o idéntica euforia cuando la guerra deparaba éxitos a los republicanos. Coco debió de sentirse extrañamente confuso y desorientado ante dos realidades tan opuestas: los que habían asesinado a su padre, un hombre digno y cabal, además de republicano y de izquierdas, eran *los buenos*, o al menos los amigos de los buenos. Fue un doloroso aprendizaje el que le llevó a relativizar y a distinguir entre conductas e ideas y entre héroes y criminales. Pero es un misterio saber qué pasaba por la mente de Constancia de la Mora cuando miraba o consolaba a Coco por la desgracia acontecida en su familia. Y qué veredicto arrojó en su corazón ante este crimen deleznable. Cuando Connie llegó a la Oficina de Prensa Extranjera de Valencia, Robles ya había sido arrestado presumiblemente por los servicios secretos rusos; tal vez incluso había sido ejecutado. Ignacio Martínez de Pisón relata este y otros episodios con pulcritud en *Enterrar a los muertos*. Constancia

nada tuvo que ver con la mezcla de silencio y mentira que se urdió sobre la muerte de Robles. Al contrario: tuvo que enfrentarse a este hecho al poco de aterrizar en la oficina. Pero, ¿cómo eludir la evidencia? ¿Cómo limitarse a consolar al huérfano Coco? Miggie Robles, hija del traductor asesinado y hermana pequeña de Coco, reconoce que Connie se mostró cariñosa con su hermano y con su madre y que, al igual que el personal de la oficina, trató de apoyarlos y acompañarlos. Su madre, Márgara Villegas, llegó a apreciar a Constancia, y más cuando, ya en Barcelona, ésta le dio trabajo en el Departamento de Prensa Extranjera. ¿Una forma simbólica de reconocer el daño sufrido por su familia o simple solidaridad humana con una mujer fiel a la República aunque ésta no hubiera protegido a su marido no ya del enemigo sino de los propios depredadores? Miggie Robles era una adolescente de trece años en la época en que asesinaron a su padre. Además de acompañar a su madre en sus dolorosas pesquisas sobre su padre, Miggie acudía a menudo a ver a su hermano Coco a la Oficina de Prensa Extranjera. Al ser el hermano mayor, Coco la llevaba algunas tardes de pícnic a la playa. Con frecuencia, Miggie veía a Constancia en la oficina y, aunque ésta se mostraba simpática y cariñosa, no guarda de ella un recuerdo muy grato. «Era una señora muy en su papel, con algo especial, pero mandona, masculina, fanática», rememora. Probablemente en esta opinión influyó la actitud de Constancia hacia Miggie y su madre al final de la guerra, cuando la derrota era inminente y los republicanos se apresuraban a abandonar Barcelona. Miggie y su madre habían acudido a la plaza de Cataluña, donde les habían dicho que saldrían trenes especiales hacia la frontera para evacuar a los que huían. La multitud era inmensa y no veían la manera de salir. Márgara Villegas se acordó inmediatamente de Constancia y pensó que ella podría ayudarlas. En medio de la confusión, acudieron al hotel Colón, donde habían sido convocadas las Juventudes Socialistas, y por alguna razón tuvieron la suerte de dar allí con Connie, relata Miggie Robles. Sin embargo, la decepción se adueñó de su madre. «Fue amable, pero nos echó a un lado y no nos ayudó. En ese momento no le interesábamos», evoca

Miggie. Su madre y ella se sintieron abandonadas y salieron de España a pie, como pudieron. «Pasado el tiempo coincidimos en México con Constancia y mi madre volvió a saludarla; quizá pensara que tal vez no pudo hacer otra cosa», continúa Miggie. «Yo creo que sí podía habernos sacado si se lo hubiera propuesto, ya que ella era en aquel momento una personalidad en Barcelona».

Es imposible decidir si Constancia podía haber ayudado de forma efectiva a la viuda y la hija de José Robles en los críticos momentos del éxodo. Como Miggie tampoco recuerda la fecha exacta, no es posible contrastar por qué y para qué estaba Connie en el hotel Colón horas antes de su previsible salida. Urgía abandonar Barcelona y hay que contar con que Connie tenía sus propios compromisos y prioridades. Lo justo habría sido haber atendido a la familia de Robles, pero tal vez tampoco podía haber hecho mucho más. Para aquella jovencita que era entonces Miggie no hay dudas: Constancia miró para otro lado en un momento crucial. Más allá de esta actuación concreta, la visión de Miggie sobre Constancia coincide con la de otros observadores. Por alguna razón, Connie suscitaba simpatías y aversiones inmediatas. Kate Mangan, que trabajó también en la Oficina de Prensa Extranjera de Valencia, la calificó en sus memorias inéditas como «aristocrática, inteligente y encantadora» («*an aristocratic, intelligent charming young woman*», dice de ella al citarla). Pero para otros era distante, seca y masculina. Aunque Mangan alude también entre líneas a la fuerza intimidatoria de su mirada. María Luz Nogués, que colaboró durante un tiempo en el servicio de traducciones de la Oficina de Prensa Extranjera, comparte la misma visión de Miggie. «No era simpática», dice, aunque reconoce que la trató muy poco. Nogués era entonces una estudiante de bachillerato que, además de saber francés, como la mayoría de los alumnos de secundaria, había estudiado alemán, y, al trasladarse a Valencia cuando su casa del paseo del Prado de Madrid fue bombardeada, fue reclutada por la oficina de Rubio Hidalgo y De la Mora. «Nuestra misión era traducir lo que publicaban los periódicos extranjeros de España y entregárselo a Constancia», indica Nogués. Dos de sus hermanos pasaron a Francia en aquella

época a través de la gestión de Constancia. Uno de ellos vivió un tiempo en casa de Marie Louise Cachin, amiga de Connie, lo que hace pensar que tal vez ella misma podía haber mandado a su hija Luli a Francia; si eligió la URSS fue por una mezcla de precipitación e ingenuidad y un excesivo gesto de confianza en la gran potencia comunista.

Kate Mangan frisaba la treintena y realizó labores de secretaria en la Oficina de Prensa Extranjera en la primera mitad de 1937, aunque alguna vez se le encomendaran tareas periodísticas relativas a acompañar a corresponsales o traducir crónicas. Formaba parte del corazón de la oficina y presenció alguna toma de decisión importante. Frecuentaba también el Ideal Room y el Vodka, cafés en los que se cocían noticias y se reunían espías, asesores, periodistas y hasta enamorados… Había viajado a España para reunirse con su ex amante, Jan Kurzke, un brigadista que había sido herido y se curaba en un hospital de Valencia. Cuando dieron el alta a Jan, Kate y él se marcharon a Gran Bretaña y, mientras el ex brigadista se restablecía, escribieron juntos *The Good, Comrade*, un testimonio inédito de su estancia en Valencia. En estos apuntes, Kate narra la vida diaria de la oficina y cita a algunos de sus compañeros. A través de este relato vemos que por la Oficina de Prensa Extranjera pasaban gentes variopintas y que el número de colaboradores oscilaba según las épocas. El trasiego de corresponsales extranjeros tampoco era regular. Mangan anota que no todos los periódicos enviaban corresponsales a ambos lados de la contienda, por lo que cada uno se nutría, respectivamente, de versiones encontradas de primera mano. Así, observa esta ciudadana inglesa, el *Daily Mail* tenía corresponsal en Burgos, mientras que el *News Chronical* y el *Manchester Guardian* seguían el curso de la guerra en el lado republicano.

La pérdida de Málaga fue vivida en la oficina como un apocalipsis. Mangan había salido a tomarse un té al Café Vodka cuando la noticia de que había caído Málaga inundó Valencia. Al volver a la oficina, se encontró a Coco Robles y Constancia desolados. De la Mora situaba a los franquistas en Motril y temía

que avanzaran por la costa. Kate intentó sacarlos de la parálisis y planteó que había que actuar con normalidad con los periodistas y no dar la sensación de que la guerra estaba perdida. Constancia la miró de tal manera «con sus transparentes ojos marrones» que la puso en su lugar e hizo que se sintiera entrometida. Era una mirada paralizante que no todos los corresponsales extranjeros captaban. Finalmente, Constancia siguió en parte la estrategia formulada por Kate, y los periodistas pudieron ver las atroces imágenes de la población civil huyendo hacia Almería, con las bombas franquistas sobre sus talones. En sus memorias, Mangan da a entender que, a pesar de que en la oficina había una clara jerarquía, existía también cierto trato democrático entre jefes y empleados. Kate da cuenta de una reunión del personal con motivo de la detención de un compañero acusado de espía. Decidieron esclarecer los hechos que se le imputaban y tratar de que lo pusieran en libertad. Constancia fue la encargada de llevar a cabo esta gestión con el mayor tacto posible, pero les advirtió de que ya no era posible determinar los hechos, y que incluso, aunque el detenido fuera inocente, nada podrían hacer desde el momento en que estaba en manos de la policía.

Lo significativo es que, al narrar esta escena, Kate Mangan afirma que Constancia también estuvo en determinado momento bajo sospecha («*she was later under a temporary cloud*»). Una enigmática frase que esparce más preguntas que respuestas. ¿Bajo sospecha por qué y para quién? En aquellos días, los rumores y denuncias menudeaban, pero no sabemos si Kate Mangan, ya fallecida, se refería a concretos problemas de lealtades informativas o de sospechas de otro signo: ¿de no ser ciento por ciento leal a la causa?, ¿de heterodoxia, de ir por libre?, ¿de espionaje? La última suposición es la más fantasiosa, pero Constancia ha sido acusada más de una vez por los anarquistas de pertenecer a los servicios secretos. Wilebaldo Solano asegura que, aunque no dispone de pruebas, tiene la convicción de que colaboró con la NKVD. Parece excesivo. Por sus idiomas y su deseo de meter las narices allí donde algo le interesaba, Connie establecía contactos allá donde podía,

pero no era mujer de disciplinas ni obediencias ciegas. Es improbable que aceptara encuadrarse en el servicio secreto soviético, aunque no se puede descartar que colaborase consciente o inconscientemente de forma episódica con algunos agentes que a la vez eran amigos o camaradas. No siempre era fácil distinguir entre el camarada o el asesor que venía a ayudar del agente de información. En cualquier caso, las relaciones con unos y con otros eran fluidas. No se puede olvidar que los llamados *asesores militares soviéticos* eran recibidos como amigos en los despachos y en las casas de sus camaradas españoles. El mismo Hidalgo de Cisneros tuvo de asesor técnico durante un tiempo al general Yakov Smushkevish, que mandó la aviación rusa y era conocido como *Douglas*. A su vuelta a la URSS, *Douglas* fue liquidado por Stalin. Con esta relación a tres bandas es difícil que no hubiera confidencias, trasvase de información o relaciones transversales. Algo muy distinto es que Connie, que se encontraba muy a gusto hablando con periodistas o tratando de explicar la sinrazón de Francia e Inglaterra respecto a España, ocupase su tiempo en labores estrictas de espionaje.

Mangan fue reclutada para la oficina por el periodista norteamericano Liston Oak, que una visión política cercana a los trotskistas. Este hecho demuestra que, en principio, no había sectarismo a la hora de contratar personal, al darse por sentado que estaban con la causa, pero cualquier *desviación* se transparentaba y agigantaba. ¿Constancia se vio obligada también a demostrar que su conciencia política era granítica e inalterable? A pesar de su experiencia y arraigo en la oficina, Liston Oak decidió marcharse de España en un momento dado por temor a tener problemas. Con buen tino, poco antes de los sucesos de mayo de 1937. Más tarde, en *New Statestman and Nation*, Liston Oak manifestó que los enfrentamientos entre poumistas y anarquistas y comunistas se censuraban en las crónicas de los corresponsales de guerra, además de no aparecer en la prensa española. Al parecer, ya en febrero de 1937, Kate Mangan se encontró con *Kellt* (nombre de guerra para referirse a uno de los jefes comunistas responsable de noticias y propaganda) y éste le dijo que no todo iba bien en la Oficina de

Prensa Extranjera ni en el Departamento de Censura, y que había alguien en quien no se podía confiar. Se refería a Liston Oak, matiza Charlotte Kurzke, hija de Kate. Charlotte aclara que, en el manuscrito de su madre, la mayoría de los empleados o colaboradores de Prensa Extranjera aparecen con seudónimo. Uno de ellos, el de *Poppy Smith*, correspondía, al parecer, a la periodista norteamericana Margot Miller, «pero no sé aún quiénes eran *Kellt, Louise Mallory, Selke o Geraldine O'Brien*», añade Charlotte Kurzke.

Vida y muerte desde una mansión de Pedralbes

Al trasladarse a Barcelona, el matrimonio Hidalgo se estableció en una espaciosa residencia de Pedralbes que compartían varios altos jefes del Estado Mayor de Aviación y sus familias. El dueño de la mansión, un oculista simpatizante de la Falange, había tenido la *precaución* de poner la propiedad a nombre del jefe de la Aviación de Cataluña antes de huir al extranjero. Prieto había enviado al nuevo destinatario en misión al exterior y, de rebote, la casa había sido adjudicada a Cisneros y sus colaboradores. La llegada del Gobierno a Barcelona obligó a repartir y hasta sortear los ya escasos edificios nobles que quedaban vacíos. No debió de ser fácil para Connie vivir en esta especie de privilegiada comuna en la que ella e Ignacio tuvieron que aceptar que se les diera el dormitorio principal. Pero al mismo tiempo gozó del compañerismo y lealtad de Marta, esposa de uno de los aviadores del Estado Mayor que también se había instalado en la mansión.

Constancia asumió, al igual que Hidalgo de Cisneros, el análisis del PCE sobre la evolución de la contienda civil: Azaña y Prieto habían sido unos flojos, sobre todo el segundo. Tardaron en reaccionar, y aunque al principio del enfrentamiento se aplicaron a fondo para ganar la guerra, hubo un momento en que, antes que vencer a toda costa, persiguieron preservar el buen nombre de la

República y salvaguardar el suyo ante la historia; la victoria hubiera sido posible si en el primer año no hubiera primado la ingenuidad y la división entre los republicanos. Perdido el empuje de los primeros meses, la presencia de italianos y alemanes en el bando fascista, estos últimos con sus Junkers y su sofisticada aviación, había invertido el sistema de fuerzas. La plantilla aérea republicana, con sus *chatos* soviéticos, no era suficiente. Gran parte de los dirigentes socialistas, más políticos que estrategas, no habían estado a la altura requerida. Entre los gobernantes, sólo el doctor Juan Negrín intentó corregir el rumbo con mano firme en el tramo final de la guerra, pero no pudo detener el declive que llevaba ya a la derrota. De hecho, ni siquiera Negrín confiaba en ganar a finales del 38; su único objetivo, como el de muchos de sus leales, era aguantar hasta la previsible segunda guerra mundial para luchar contra el fascismo en compañía de las potencias demócratas y de la URSS. Ni en sueños hubiera sospechado que esta última firmaría poco después un pacto de no agresión con Alemania. Acusado de servir a los intereses comunistas, más bien parece que Negrín se apoyó en ellos porque no tenía otra salida ni más leales. Fiel a esta estrategia, Constancia resalta la labor de Negrín y condena a los que lo precedieron. Un punto de vista sesgado, aunque no del todo incierto, y, sin duda, coherente con sus principios y su entrega. Aunque, ¿a qué precio?

El drama de Constancia y de los republicanos que de buena fe se entregaron a las ideas de progreso e igualdad que emanaban de la URSS es que no fueron conscientes de que con su adhesión alentaban lo que criticaban en el bando rebelde: la injerencia extranjera. En *Enterrar a Los muertos*, Ignacio Martínez de Pisón acredita la presencia en España de un considerable número de asesores soviéticos. No se puede obviar ya esa servidumbre, pero tampoco es justo deslizarse hacia la equidistancia. El bando republicano, además de contar con la legitimidad, buscaba defenderse, ganar la guerra y acabar con unos adversarios rebeldes. En Burgos, la consigna era ganar la guerra sin paliativos, lo que implicaba acabar *necesariamente* con cualquiera de sus adversarios en el frente y en la retaguardia. Para los franquistas, las ideas rojas

tenían que ser barridas en cualquier rincón de España.

Frente a la arquitectura mental de catecismo de estos comunistas de nueva hornada que eran los Hidalgo de Cisneros, el punto de vista de Indalecio Prieto sobre la evolución de Constancia de la Mora no es despreciable. En un artículo publicado el 22 de febrero de 1962 en *Le Socialiste* (nueve días después de que el líder socialista falleciera en México), Prieto rememoraba a María Lejárraga y evocaba su casa de Cagnes-sur-Mer, cerca de Niza, donde él, invitado por la diputada y dramaturga, se refugió tras la fallida revolución de octubre de 1934. Prieto había podido entonces salir de España con la ayuda de Hidalgo de Cisneros, que se arriesgó a sacarlo en el maletero de un coche. En el fin de año de 1934, Hidalgo de Cisneros y Constancia de la Mora fueron a visitarlo. Mantenía con ellos —escribe Prieto en *Le Socialiste*—, sobre todo con Hidalgo, una amistad entrañable. Sin embargo, admite que durante la guerra civil quedó «roto» todo vínculo amistoso, «porque ambos derivaron al comunismo». Respecto a Connie, su juicio es más severo: «Hice destituir a Constancia por sus vergonzosas parcialidades al censurar los mensajes telegráficos a periódicos extranjeros».

Esta afirmación contrasta con el relato autobiográfico de Connie y revela cierta amnesia en la autora al narrar su paso por la Oficina de Prensa Extranjera. En *Doble esplendor* no se menciona ninguna destitución. Tan sólo un paréntesis, el que obliga a Connie a abandonar España a finales de 1937 para acompañar a su marido a Rusia. Si tenemos presente que Prieto fue titular de Marina y Aire hasta mayo de 1937 con Largo Caballero y, desde esta fecha hasta abril de 1938, ministro de Defensa Nacional con Juan Negrín, es probable que fuera en el primer período cuando se sustanciaron sus diferencias con Constancia de la Mora. Aunque De la Mora dependía del ministro de Estado, Julio Álvarez del Vayo, y no de Prieto, no es improbable que éste, que tenía mano larga en el Ejecutivo, supervisara al primero, y que la valoración de las noticias relacionadas con el ámbito militar o el espionaje entraran dentro de sus competencias. ¿Se referiría tal vez Kate Mangan a los problemas

de De la Mora con Prieto y a la pérdida de confianza de él cuando aludió a que había estado bajo sospecha? ¿O ni siquiera llegaron a filtrarse estas desavenencias entre los empleados? Es posible que Connie estuviera respaldada en su puesto por los respectivos «comités de control» de Valencia, un aval tan necesario en aquellos días como contar con la aquiescencia gubernamental. En una situación de anormalidad como la que acompaña a una guerra, haber tenido un cargo o misión facilitaba su ejercicio si se disponía de los medios adecuados. Por otra parte, no era tan fácil sustituir a alguien de su valía, capaz de unir a su condición de dama refinada la pureza y entrega de los conversos. Los periodistas extranjeros no podían perder una interlocutora que les hablaba en su lengua y que de vez en cuando les daba primicias informativas que ella conocía de primera mano a través de sus conversaciones familiares con Ignacio. Noticias convenientemente administradas, sin perder nunca de vista el objetivo de conquistar las frías cabezas de los adalides de la no intervención. A pesar de no ser periodista, captó en seguida la necesidad del reportero de ofrecer datos nuevos e inéditos en sus crónicas. En cambio, cuando el Ministerio de Propaganda les pasaba *noticias* referidas a dos o tres días antes para que las difundieran, los corresponsales las consideraban *viejas*.

La fragilidad de los vínculos y la imprevisión sobre el futuro que acompañan a las guerras fueron otras bazas que hicieron indispensable a Constancia en la oficina de Valencia. Los dos censores extranjeros se marcharon y el trabajo recayó de plano en ella. Algo que aceptó gustosa, ya que suponía una mayor posibilidad de control. «La Oficina de Prensa Extranjera empezaba a tomar el aspecto de un departamento conducido con orden y de funcionamiento eficaz, sin entorpecimientos burocráticos. Los corresponsales eran atendidos con prontitud y cortesía», evoca en un tono autocomplaciente. Sin embargo, sería en Barcelona donde tomaría las riendas del departamento.

En un principio, Barcelona no parecía una plaza fácil. La llegada del Gobierno supuso una acumulación de administraciones y funciones. Todos iban recalando en Barcelona, y los organismos

oficiales se multiplicaban hasta bordear el hacinamiento. En Barcelona existía ya una oficina de atención a los periodistas, y a Rubio, el jefe directo de Constancia, le preocupaba la mudanza. Era necesario tener mucho tacto, anota De la Mora, para no levantar suspicacias en la oficina catalana. Por otra parte, además de la censura a los despachos de los corresponsales, la Oficina de Prensa Extranjera había asumido «la interpretación e información de los acontecimientos diarios en el frente y en la retaguardia». Al mismo tiempo, las autorizaciones a los extranjeros para visitar los frentes «seguirían siendo expedidas por nuestra oficina», señala Constancia. En consecuencia, no les iba a faltar tarea en Barcelona. Sin embargo, había un problema inmediato, y era conseguir un lugar donde instalarse. Los comités de control, en su totalidad en manos de anarquistas, a los que Constancia tilda de *señoritos* y burócratas, definiendo su predominio como «una de las pestes que asolaban a Barcelona cuando se trasladó allí el Gobierno de la República», disponían de numerosos edificios incautados y no les facilitaron sede propia. La oficina se instaló en uno de los departamentos de las dos casas contiguas que ocupaba el Ministerio de Estado, del cual había vuelto a depender la antigua cartera de Propaganda, convertida ahora en subsecretaría. Prensa, que antes era un ente autónomo del Ministerio de Estado, pasaba en Barcelona a estar bajo el mando del subsecretario de Propaganda, Carlos Esplá. Para Rubio Hidalgo, tanto cambio rebasó su capacidad de aguante y se marchó a París como director de la Agencia España. Su partida convirtió a Constancia en la jefa de la Sección de Prensa Extranjera y sustituía de Rubio. El ascenso, como es lógico, implicaba una mayor dedicación. Connie anota con humor que, como las demás mujeres españolas a las que la guerra había empujado a la esfera pública, seguía ocupándose de los temas domésticos, aunque en su caso contara casi siempre con ayuda. Lo que no era obstáculo para que ciertos asuntos domésticos le llenaran la cabeza. Hasta el punto de que, en medio de una conversación con un periodista extranjero llegado a España «en busca de sensaciones», su imaginación echaba a volar y se preguntaba cómo transportar la cocina y el refrigerador

desde Serra hasta Barcelona, aparatos que en su momento ya viajaron de Madrid a Valencia.

El hechizo soviético

En Barcelona, Connie descubrió que su marido tenía el corazón frágil y unos nervios en permanente tensión que ya no podía enmascarar sólo con su irresistible humor y sus generosas sonrisas. La deserción de algunos militares que se habían pasado al enemigo con planos y estrategias y los choques habituales con Prieto, el hombre que había sido su amigo y que ahora, como ministro de Defensa, lo exasperaba, resquebrajaron su salud. «Parecía haber envejecido diez años», registró Connie el día que llegó a casa y lo encontró acostado e inmóvil. Era el segundo ataque que padecía en unos días. Estaba tan pálido que su rostro «tenía el color de la ceniza». Semanas después, a finales de 1937, viajó a la URSS con Ignacio para que éste se recuperase. Aquel paréntesis fuera de España quizá coincidiera con momentos de asperezas y colisiones con Prieto. Aunque lógicamente si acompañó a Ignacio no fue por quitarse de en medio, lo que no iba con su talante, sino para estar a su lado y abrazar a Luli.

> Tan pronto como Ignacio pudo moverse, después de su recaída, tomamos el avión para Toulouse. Lo primero que vimos al aterrizar fueron tres aviones de fabricación norteamericana, pertenecientes al Gobierno español, pagados con el dinero de los españoles y que el Gobierno francés no permitía que cruzasen la frontera y que se pudrían, a la intemperie, en aquel aeródromo. Con aquella sensación de desesperante injusticia en nuestros corazones, entramos en la cantina. En todas las mesas preparadas para los viajeros había cestas de mimbre con trozos inmensos de pan blanco como la nieve. Ignacio y yo nos miramos el uno al otro acordándonos de las lentejas con gusanos, pensando en lo que aquel pan significaría para la gente de Barcelona. Cuando intentamos comerlo se nos atragantó en la garganta. *[Doble esplendor*,

pág. 431].

En Moscú los esperaba Luli, vestida con un abrigo de pieles y un gorro de astracán. Vivía en la llamada *casa de los niños españoles*, «perfectamente equipada», relata Hidalgo de Cisneros. A pesar de que Luli siempre había ido a buenos colegios, recuerda el aviador, Connie estaba muy satisfecha de cómo trataban a su hija.

> Vi en la plataforma a una jovencita larguirucha, de cabellos claros y ojos negros brillantes de impaciencia. ¡Me recordaba tanto a mí misma en la época en que todavía yo iba al colegio de las Esclavas, que me entraron ganas de llorar! Cuando tuve a Luli en mis brazos me di cuenta de lo mucho que había cambiado. Por de pronto había crecido casi un palmo […]. La mirada un poco triste y ansiosa que tenía en España, desde que empezó la guerra y que yo había visto en los ojos de tantos otros niños […], había desaparecido por completo. A pesar de su tamaño me pareció como más niña, más alegre, como si hubiese recobrado toda su infancia en aquel país cuya hospitalidad le protegía de las bombas, del racionamiento de guerra, de la muerte y del hambre. *[Doble esplendor*, págs. 434-435].

Llama la atención cómo sucumbió Constancia de la Mora al hechizo soviético en este primer viaje. El encuentro con su hija resulta idílico no sólo por la emoción de estar juntas, sino por la impronta soviética que distingue ya a Luli. Al visitar la escuela y la casa que habitaba Luli y un centenar de niños españoles, comprobó que estaban alojados con comodidad, incluso con lujo. «Aquellos niños, en su mayoría hijos de mineros asturianos, de obreros vascos y huérfanos de la guerra, se encontraron en un paraíso con el que nunca habían soñado», añade Hidalgo de Cisneros en *Cambio de rumbo* dejándose llevar por el prisma amable que rodeaba su viaje. No hay duda de que el país que Constancia y él conocieron no era el mismo que algunos ciudadanos soviéticos menos afortunados padecían. Ni tampoco el que españoles de mirada crítica y desapasionada, como el periodista y socialista Juan Zugazagoitia, relataron a su vuelta.

«Llena de orgullo, Luli nos enseñó un magnífico tapiz de

Armenia y un piano de cola, dos regalos que acababa de recibir *su casa* y que habían sido recientemente colocados en el espacioso salón de juegos», recoge Constancia. Los sindicatos soviéticos y el Comisariado del Pueblo para Educación sufragaban los gastos de los niños españoles. El paraíso soviético existía. «Las clases tenían mucha luz y eran alegres y ventiladas», añade Connie. «Cada niño tenía, junto a su camita de metal, una mesa, donde la mayoría había colocado los retratos de sus padres». A principios de 1938 había ya en la URSS más de 2.000 niños evacuados. ¿Descubrieron ellos también el paraíso soviético? El espejismo que vivieron muchos de sus padres no siempre fue compartido por ellos. El sacrificio de la población a favor de la industria bélica no afectó inicialmente a los niños españoles. Pero la derrota republicana en España, primero, y las exigencias de la segunda guerra mundial, después, traerían para algunos de esos niños nunca repatriados un sabor de fiasco, un hálito amargo flanqueado de hambre y de soledad.

El matrimonio Hidalgo llegó a la Unión Soviética cuando el Ejército republicano tomó Teruel. Regresó cuando las noticias que les llegaron auguraban su pérdida. A su vuelta, Constancia volvió a tomar las riendas de la Oficina de Prensa Extranjera. No hay que olvidar que Connie tenía valedores poderosos en aquel Gobierno presidido por Negrín, y que Prieto, molesto por el peso de los comunistas en el Ejecutivo, fue apartándose de la toma de decisiones y dejó el ministerio en la remodelación de abril de 1938. Estaba hastiado y había perdido toda esperanza de ganar la guerra. Prolongar la contienda con ataques de resultado incierto le parecía un dislate. Después de haber tocado todos los resortes para vencer al enemigo y salir del atolladero, desde buscar la conciliación para detener la guerra hasta comprar armamento en 1937 a un país que le era tan profundamente antipático como la URSS, su cansancio e impotencia eran inequívocos. Antes de que acabara la guerra se exilió a México.

A mitad de marzo de 1938 comenzaron los incesantes bombardeos sobre Barcelona para agotar la resistencia de la población. Constancia narra cómo sintió miedo en algunos

momentos. No temía morir, pero sí que los cristales de las ventanas de su oficina se rompieran y su estallido la dejara ciega o discapacitada. Un día que comía en un restaurante situado en un edificio de poca altura y apenas protegido sobrevinieron varios bombardeos. Al acabar el estrépito y las bombas, su secretaria le hizo observar sus manos agarrotadas sobre la mesa. Aunque el momento más dramático lo vivieron el 18 de marzo, durante un interminable cuarto de hora.

> Era inútil correr a protegerse contra los bombardeos, por la sencilla razón de que en todos aquellos alrededores no existía un solo refugio [...]. Durante tres días y tres noches habíamos vivido sin dormir, en constante temor. ¡Qué cayesen las bombas! Permanecimos inmóviles, mirándonos con silenciosa intensidad esperando la muerte [...]. Hasta que cesaron las explosiones y los ruidos. El retintín de los cristales rotos duró todavía algunos segundos. Jamás podré volver a oírlo sin acordarme de los bombardeos. Luego, el silencio. No nos había llegado aún el turno. [Pág. 447].

Los periodistas, alojados en el hotel Majestic, tampoco estaban seguros. Incluso el Ritz había sido tocado: una bomba había destruido su sala de baile. «Mis periodistas respondieron lo mejor posible en aquellos dificilísimos momentos. Varias embajadas de sus países correspondientes les ofrecieron protección en Caldetas, adonde la mayoría se habían trasladado [...]. Pero los informadores de la prensa extranjera tenían que quedarse. ¡Aquello no era un bombardeo más, un bombardeo corriente, al que se conceden unas líneas en la última plana del periódico! Eran noticias que la gran prensa no podía callar, aunque las víctimas fuesen republicanos españoles», relata.

Viajera y embajadora de la España desolada

Constancia de la Mora estableció amistad en Valencia con algunas

de las figuras que años más tarde encontraría en su exilio mexicano. En la biblioteca de la Fundación Max Aub se encuentra un ejemplar de *Doble esplendor* de la editorial Atlante (México, 1944) dedicado al escritor por la autora con un respetuoso «Cordialmente». A la escritora alemana y judía Anna Seghers volvería a encontrarla también en México y con ella formaría parte de la junta directiva del Comité de Refugiados Antifascistas durante la segunda guerra mundial. Ambas fueron muy activas recabando fondos y distribuyéndolos entre los refugiados españoles y europeos víctimas del franquismo y del nazismo. La vida es repetición, debió de pensar al encontrarse en México de nuevo con Tina Modotti, a quien todos llamaban María en España. A María la trató a menudo junto a su pareja, Vittorio Vidali, el comandante Carlos, uno de los inspiradores del Quinto Regimiento. Cuando Carlos fue herido en los bombardeos del 1 de noviembre de 1938 en Madrid, con motivo del Congreso Nacional de Solidaridad que reunió a comunistas, socialistas y anarquistas españoles y activistas demócratas europeos, le llovieron visitas de figuras ilustres: María Teresa León y Alberti, el joven filósofo Adolfo Sánchez y, desde luego, Constancia de la Mora. Dentro y fuera. En Valencia y Barcelona y ocasionalmente en Madrid, Constancia se desdoblaba.

En 1937 viajó al Foro de París en Defensa de la Cultura organizado por Louis Aragon, Neruda, Hughes y Heinrich Mann, que constituyeron el alma colectiva del encuentro. La delegación española contaba con la presencia de Alberti, Corpus Barga, Manuel Altolaguirre, Chabás, Arconada, Roces, Pía y Beltrán, Max Aub, Sender, Margarita Nelken y Constancia de la Mora. Eran los embajadores de la España desolada, las voces vivas de un dramático «*Aidez à l'Espagne*». Este foro estaba engarzado con otros actos de apoyo a la República que se celebraron en la capital de Francia.

El pabellón español de la Exposición de París, diseñado por los arquitectos Luis Lacasa y Josep Lluís Sert, trató de despertar las conciencias francesas: Reanu, Juan Miró, Picasso, el arquitecto Julio González, presentaron alegorías sobre la guerra y resaltaron el sufrimiento de la población, como reflejó el *Guernica*. Como

contrapartida, el Gobierno de Burgos improvisó dentro del pabellón del Vaticano una visión española premonitoria de lo que sería el pensamiento nacionalcatólico: un mural pintado por el pintor franquista José María Sert que presentaba a santa Teresa intercediendo por *los mártires* nacionales.

El 10 de mayo de 1938, Constancia de la Mora acompañó a Julio Álvarez del Vayo a Ginebra para asistir a la 101.ª Asamblea de la Sociedad de Naciones. El ministro de Estado se proponía defender en la gran Liga de Naciones el cese del Comité de No Intervención, y quería que De la Mora se ocupara de la prensa, reunida en la Sala de Mármol mientras los gobernantes negociaban en reuniones secretas. Constancia, presente a la vez en el ir y venir de los diplomáticos y atenta a los rumores y murmullos de los periodistas, vivió con pasión y desesperanza el juego de hipocresía y traición de los gobiernos francés e inglés.

> El ministro de Estado de la República Española presentó la histórica demanda. Pidió que cesase el infame Comité de No Intervención que únicamente servía de careta a Alemania e Italia para llevar a cabo su invasión de España. Lord Halifax, secretario del Foreign Office británico y representante de su país en aquella memorable ocasión, fue el que ingenió la derrota de Álvarez del Vayo. Frío, despreciativo, aislado de los demás delegados de la asamblea por esa muralla que marca las distancias entre las clases dominantes de la Gran Bretaña […] y el resto de los mortales, lord Halifax consideraba la demanda española y a los españoles como gusanos que se atreven a levantar la cabeza y, en vez de arrastrarse por la tierra, buscan una posición erguida para andar por el mundo. ¡Contra semejante osadía —pensaría su excelencia— no hay más que la apisonadora! Pude observarle una noche mientras comía en el hotel frente a nuestra mesa. Su señoría había encargado fruta para postre, lo mismo que nosotros. El camarero nos trajo una cesta con fruta, muy buena, y la colocó en la mesa. Pero lord Halifax no podía ser servido de manera tan vulgar. El mismo *maître* le trajo un carrito de fruta escogida. Su excelencia indicó con un leve gesto de la mano cuál quería, y entonces otro camarero se presentó ante el *maître* con una caja de la cual éste extrajo un par de guantes inmaculadamente blancos. Se los calzó con cierto empaque, cogió de la cesta la dorada pera que el secretario del Foreign Office había seleccionado y la colocó sobre el plato de su

> excelencia. […] De aquel caballero inglés dependía que se restablecieran a España los derechos que como a nación soberana le correspondían. Hubiese sido más tolerable la farsa de Ginebra si se hubiera levantado alguien para llamarnos mentirosos, alguien que hubiese discutido las aseveraciones del delegado español o que, sinceramente, creyese que no nos acompañaba la razón. […] Lord Halifax, por ejemplo, no se molestó ni siquiera en contestar a las acusaciones de Del Vayo, el cual demostró que, mientras se firmaba el Pacto Anglo-Italiano para conservar el *statu quo* en el Mediterráneo, Mussolini continuaba enviando nuevos destacamentos de tropas a España. [Págs. 456-457].

El resultado no pudo ser más triste. La resolución presentada por Álvarez del Vayo fue derrotada: Inglaterra, Francia, Polonia y Rumania votaron no. Nueve miembros del Consejo se abstuvieron, y sólo España y la Unión Soviética votaron sí. El tiempo jugaba en contra de la República: muchas de las chancillerías europeas aguardaban el final de la guerra para reconocer al Gobierno de Burgos.

¿Qué necesitas, soldado?

En la primavera del 38, la situación empeoró. La ofensiva del Ebro fue un intento febril y algo delirante, pero sin duda heroico, de detener al enemigo. Aquella batalla de cuatro meses concentró un gran número de corresponsales extranjeros en las inmediaciones de Barcelona, y la oficina de Connie llegó a contar con 52 personas, la mayoría mujeres jóvenes, al estar los hombres en el frente.

«¿Qué deseas, soldado? ¿Qué necesitas?». En esta sección de *Frente Rojo*, los combatientes exponían sus carencias y necesidades: camisetas, calcetines, máquinas y hojas de afeitar, papel para escribir, tabaco, una estilográfica… Al lado, una pequeña sección de donativos para cubrir sus peticiones. En el número 424, con fecha de 4 de junio de 1938, casi dos años después del comienzo de la sublevación, Constancia de la Mora abre la relación de personas que

hicieron llegar su aportación económica en el día anterior. Constancia envió doscientas pesetas, una de las cantidades más altas de las que aparecían en la lista.

El 29 de septiembre del mismo año, *Frente Rojo* publicaba una carta de las esposas de altos jefes de la Aviación republicana dirigida a las de los jefes y oficiales de Asalto y Seguridad. De esposas a esposas, las de los jefes de «nuestra gloriosa Aviación» incitaban a sus compañeras a comprometerse y a colaborar con el Comité de Auxilio Femenino del Ministerio de Defensa. En un lenguaje encendido y épico, la carta se iniciaba «con el pensamiento puesto en todos los que cayeron en nuestros frentes, o asesinados por la barbarie fascista, héroes y mártires de la causa universal de la paz y la democracia». Las firmantes, encabezadas por Constancia de la Mora, se proponían «ayudar a los que en las trincheras se enfrentan diariamente con la muerte, por asegurar a todo nuestro pueblo un porvenir de paz, de libertad y bienestar. Vamos a llevar a los hospitales el aliento fraternal y el cariño a que se han hecho acreedores los que dieron su sangre luchando contra los invasores. Trabajamos porque los hijos de los combatientes, porque los huérfanos de nuestros héroes, tengan pan y cariño. Queremos ayudar a los obreros y obreras que en las fábricas de guerra trabajan esforzadamente por abastecer a los frentes. Haremos lo posible por endulzar la vida sombría y angustiosa de los evacuados. Y es para esto, compañeras de los jefes y oficiales de Asalto y Seguridad, para lo que os invitamos a colaborar con nosotras en un trabajo de emulación. Estamos seguras de que […] vosotras, que también queréis ganar la guerra, invitaréis a otras mujeres a trabajar y vivir de cara a la guerra». El alegato llegaba en la etapa final de la sangrienta y extenuante batalla del Ebro, el frustrado empeño de los republicanos por detener el avance rebelde hacia Valencia. Después de aquella epopeya desesperada, con sus avances y retrocesos, la República quedó desangrada.

El arrojo de la aviación le valió a Ignacio Hidalgo de Cisneros el ascenso a general en un momento en que no le producía ninguna satisfacción ni creía que sirviera de gran cosa para la defensa del

Régimen que fuera general en vez de comandante. Así se lo dijo al presidente Azaña cuando éste le dio la enhorabuena: «Otra cosa hubiese sido si los que estamos ascendiendo ahora hubiéramos tenido mando y se nos hubiese hecho caso, antes de que se levantasen los generales de entonces», declaró ante el presidente.

Semanas después, el 26 de octubre de 1938, *Frente Rojo* recogía un homenaje de despedida del Comité Nacional de Mujeres Antifascistas a la argentina Elvira Elena Taborda. Secretaria de la sección femenina del Comité de Ayuda a la España republicana en Córdoba (Argentina), Elvira había llegado a España cinco meses antes, y en ese tiempo había colaborado con la Comisión de Auxilio Femenino del Ministerio de Defensa en Ayuda al Soldado. «Asistieron al sentido homenaje de despedida», entre otras personas, Dolores Ibárruri, Margarita Nelken, Matilde Cantos, Irene de Falcón, Matilde Huid, Constancia de la Mora, Belén de Sárraga y la doctora Trinidad Arroyo de Márquez, además de Emilia Elias, secretaria general de Mujeres Antifascistas. En la misma página del periódico, un pequeño titular daba cuenta de la despedida de la Flotilla de Vigilancia de Cataluña a dos voluntarios extranjeros que habían pertenecido al colectivo y que cesaban en sus funciones en cumplimiento de «disposiciones superiores». El Gobierno se adelantaba al acuerdo internacional para que los voluntarios extranjeros dejaran España, pacto que, según Constancia e Hidalgo de Cisneros, no se cumplió en el otro bando.

El 17 de octubre de 1938 se les despidió como a héroes en las calles de Barcelona. Los legendarios voluntarios de las Brigadas Internacionales abandonaron España en medio de abrazos, cantos y flores. Fue el precio que hubo de pagar el Gobierno para demostrar a la Sociedad de Naciones que a la República sólo la defendían los españoles. Un sacrificio que apenas hizo mella en el Pacto de No Intervención. A pesar de enviar a Ginebra sucesivos informes, Chamberlain consagró de nuevo la equidistancia: una comisión *independiente* vigilaría que no hubiera extranjeros en los frentes y estudiaría las denuncias de incumplimiento por ambas partes. Los dirigentes republicanos enviaron decenas de denuncias, pero éstas

no fueron a parar más que a inútiles carpetas de archivo. La legitimidad y la insurgencia se ponían así en la misma balanza, al igual que la democracia y el golpismo militar. Lo único que buscaban Francia y Gran Bretaña era ganar tiempo. Si no se habían enfrentado a Alemania e Italia al principio, menos lo iban a hacer cuando el Gobierno de Burgos empezaba a ganar. Mientras tanto, la República agonizaba. Las tropas fascistas se acercaban a las puertas de Barcelona. El ataque por el norte de Barcelona comenzó en la Navidad de 1938. Pocos días después, mientras tomaban su habitual plato de lentejas de cada noche, Ignacio confesó a su esposa que el enemigo había concentrado en el frente del Segre más de seiscientos aviones. A ellos, por el contrario, sólo les quedaban unos noventa, más lo que llamaban el «circo Krone», un conjunto de viejos aviones de saldo que vigilaban la costa o que salían de vez en cuando al aire para infundir ánimo a la población civil mientras las escuadrillas *de verdad* estaban en el frente. Los agentes del Gobierno legítimo que trataban de comprar armas para la República aunque fuera en el infierno, hicieron un último esfuerzo al inicio del 39. «Nuestro Gobierno continuaba reconocido por todos, excepto por los dos invasores de nuestro país, como el único Gobierno legítimo de España. […] Se estaba desarrollando la primera etapa de la lucha contra el fascismo, que podía ser decisiva. ¿Qué hacían las democracias?», se pregunta De la Mora. Cerraban los ojos. A comienzos de 1939, sólo la Unión Soviética estaba dispuesta a vender armas, pero Francia, cada vez más hostil, no dejaba pasar por la frontera el arsenal adquirido.

Los niños que vivían en la mansión de Pedralbes con las familias de los altos jefes de Aviación fueron los primeros en ser evacuados. El 23 de enero, el subsecretario de Propaganda del Ministerio de Estado dio la orden a Constancia de empaquetar los papeles más importantes de su sección y preparar la salida de Barcelona de sus colaboradores. De la Mora así se lo transmitió al personal. Para algunos fue como despertar de un sueño. Jamás se habían planteado que su causa iba a naufragar. En todos los organismos y ministerios se había dado la misma orden. Contaban con apenas veinticuatro

horas para abandonar Barcelona. El Gobierno se hallaba patas arriba y apenas había camiones disponibles para trasladar todo el peso de aquel Estado ambulante. En el departamento de Constancia se quemaron los papeles de menor importancia y el archivo de prensa para no dejar al enemigo información de utilidad. «A las diez de la noche continuaba aún sentada a mi mesa, recogiendo y rompiendo los últimos papeles, arrancando de la pared unas fotografías de Luli que tenía allí para poderla contemplar durante mis horas de trabajo: Luli leyendo, Luli jugando, Luli hablando por radio», evoca en *Doble esplendor*. Alvarez del Vayo se encontraba en Ginebra y la imprevisión de su segundo por poco los deja sin medios de transporte para salvar los documentos importantes y evacuar al personal y a sus familias, que sumaban unas setecientas personas. Finalmente, a todos se los convocó al día siguiente a primera hora para salir en un único tren que había alquilado el Ministerio de Estado.

Constancia de la Mora llegó a su casa pasadas las doce, en la madrugada del día de la partida. Su marido ya había avisado a la muchacha de que preparara en dos maletas lo más necesario. En el comedor de la casa había varias mujeres, algunas de ellas desconocidas, con las que Constancia tenía que partir, de acuerdo con las órdenes de Hidalgo de Cisneros. De la Mora hubiera preferido quedarse hasta el día siguiente, para ver salir a su personal; pero su marido, muy preocupado, se mostró «indignado» ante su terquedad. De la Mora se tranquilizó cuando supo que su subsecretario, el arquitecto Manuel Sánchez Arcas, también se marchaba esa noche. La orden de Negrín era terminante: ni ministros ni subsecretarios debían permanecer una noche más en Barcelona. Si no había novedad, se podría regresar al día siguiente a la ciudad para ultimar la evacuación. Naturalmente, «todos sabíamos que no sería posible. Connie me habló por teléfono: “Ven esta noche cuando vuelvas de trabajar”». Carmen Dorronsoro inicia así el relato en el que cuenta cómo se enteró de que tenía que dejar Barcelona. En aquellos días, Dorronsoro (que con anterioridad había trabajado en la oficina de Constancia) estaba encuadrada en la

Comisión de Auxilio Femenino, dentro del Comité de Mujeres Antifascistas, donde se encargaba de confeccionar el boletín. Cuando llegó a la casa, encontró a Connie, Ignacio, el general Cordón y otros rostros conocidos. Le expusieron la situación, y como ella se resistía a irse, alguien le dijo: «Mire, esta noche en Barcelona no puede quedar ninguna persona fusilable, y usted lo es, así que le prevengo de que se vaya a dormir a otra parte». Connie, atenta, se ofreció a sacarle una maleta con algo de ropa en el coche del Estado Mayor de Aviación en el que abandonaría ella también Barcelona. «Así es como recobré días más tarde un abrigo de piel, ya en Francia, que me vino muy bien», evoca Carmen Dorronsoro.

Constancia y el grupo que la acompañaban durmieron esa primera noche en una casa de campo situada a sesenta kilómetros de Barcelona, y más tarde se instalaron en Viladrau. El Gobierno se trasladó a Figueras, y el Estado Mayor de Aviación, a Vic. Poco después Connie recaló en la población gerundense de San Clemente. Pero antes vivió una aventura rocambolesca: el capitán de Aviación que conducía el coche que debía llevarla en un primer momento desde Viladrau a Figueras le dijo, presa del pánico, que estaban copados y la carretera cortada y precipitó su salida a Francia. Cuando se dio cuenta del engaño, volvió a San Clemente, pero antes, en Cerbère, tuvo ocasión de ver aparcadas junto a la alcaldía varias ambulancias nuevas, pintadas de verde, de la Sanidad Militar del Ejército republicano. Cuando preguntó al alcalde qué hacían allí, éste le contó que habían transportado los archivos, cuadros, alfombras y otros objetos de Largo Caballero y Luis Araquistain. «Andan a la espera de expedir todo a París, en ferrocarril, sin que les cueste dinero, y entretanto no quieren desocupar las ambulancias», informó el alcalde. Constancia de la Mora, indignada, apostilla: «¡Ambulancias para transportar papeles y alfombras cuando nuestros heridos no podían escapar a la barbarie de los fascistas por falta de ellas!». En realidad, casi todos estos bienes, en los que se incluían algunos libros valiosos, pertenecían a Araquistain. En *Mis recuerdos*, Largo Caballero suaviza el testimonio de Constancia de la Mora y aclara que las ambulancias se utilizaron, ante todo, para transportar

a varios compañeros de partido y sus familias. La parada en Cerbère se debía a que estaban esperando que los que no tenían pasaporte diplomático pudieran pasar detrás de ellos.

A veces actuar como si algo que se sabe efímero fuera a durar proporciona una vaga ilusión de permanencia. En San Clemente, Marta y Constancia limpiaban la casa como si fueran a vivir allí toda la vida y guisaban y lavaban a mano en el arroyo de agua medio helada en aquellos días de invierno. Fueron los días más tristes y a la vez más maravillosos de la guerra, reflexiona Constancia. Ignacio llegaba por las noches a la casa agotado y absorto, pero intuía que tenerla allí, después de haber compartido tantas alegrías y esperanzas, era para él un consuelo. El 3 de febrero, ella misma logró viajar a Figueras para hablar con el subsecretario de Propaganda y tratar de hacer de enlace entre la oficina *central* y el puesto fronterizo de Perthus a fin de mantener informada a la opinión pública extranjera. Al evocar este viaje, narra cómo el castillo de Figueras, última sede de la Presidencia y del Ministerio de Estado, se había convertido, por sus dimensiones y características de fortaleza, en el lugar donde se había almacenado parte del tesoro artístico, así como joyas y otros objetos de valor de particulares depositados en los bancos durante la guerra. Connie también tenía en un banco desde antes de la guerra su única joya, un collar de perlas procedente de su familia, que guardaba para Luli. Ahora, tras la evacuación de Barcelona, joyas importantes mezcladas con relojes o anillos de oro afluían al castillo de Figueras, convertido en un surrealista depósito de riqueza pública y privada. Durante la retirada, Lister trató de salvar lo que pudo, pero las autoridades fronterizas francesas acusaron de ladrones a los soldados encargadosde custodiar el tesoro hasta Francia. Los soldados fueron encarcelados y las joyas que pertenecían al pueblo español quedaron en manos de las mismas autoridades fronterizas, sostiene De la Mora.

No estaba dispuesta a capitular. No podía aceptar que la España decadente y reaccionaria se adueñara de la libertad de los españoles. Que la España adormecida ganara la partida a la España que

despertó con la República. Sin embargo, ya no hubo tiempo para establecerse en Perthus. Conforme se alejaba de Figueras para volver a San Clemente, las bombas fueron acompañándola. Su coche se zafó de su estruendo por cuestión de segundos. Horas después, Connie, como toda la población civil que permanecía aún dentro de la frontera española, pasó a Francia.

Viajaron de noche y llegaron a Cerbère de madrugada. Los faros del coche del servicio de fronteras que llevaba a Constancia y a Marta iluminaban de vez en cuando, en alguna curva, vehículos rotos, mulas muertas, maletas reventadas y muñecas sin dueño que permanecían en las cunetas como inútiles recuerdos de la población itinerante que les había precedido durante el día. Ya no se podía ir en coche más allá de Cerbère. Los automóviles de matrícula española tenían prohibido adentrarse en las siguientes poblaciones. En pocos días, la avalancha de refugiados había desbordado las previsiones de las autoridades francesas sin rozar su ya distante corazón neutral. Los recién llegados dormían sobre los bancos de la calle, en el quicio de las puertas o en el malecón, por fortuna al abrigo de las bombas, pero abocados a un futuro incierto, en muchos casos terrible e inhumano. Las húmedas e invernales playas de Argelès-sur-Mer, Barcarès o Saint Cyprien eran el destino al que la democracia francesa iba a enviar a muchos refugiados, hacinados entre ráfagas de arena y alambres y vigilados por soldados senegaleses para que no se escapasen; aunque, por suerte, esa noche ni lo sabían ni lo imaginaban. ¿Cómo iban a llevarlos a un campo de concentración en la tierra de la libertad, la igualdad y la fraternidad? Constancia y Marta tomaron al día siguiente un tren a Perpignan y tuvieron la suerte de poder acomodarse en un hotel «de ínfima categoría, sucio y de paredes desconchadas, por el que el desaprensivo hotelero nos hacía pagar un precio exorbitante», recuerda en *Doble esplendor*. En aquella habitación, el cuarto 16, acabaron alojadas media docena de mujeres que habían cruzado la frontera al mismo tiempo que ellas y que esperaban también a sus maridos. «Nos lavábamos, dormíamos y guisábamos en aquella habitación», afirma De la Mora. Allí llegaron a refugiarse también

hombres y mujeres que se habían expuesto a toda clase de peligros para evadirse de los campos franceses y que habían logrado escapar de «aquel refinamiento de la hospitalidad del Gobierno francés».

La derrota es una enfermedad, un veneno

El 9 de febrero cruzaron la frontera Hidalgo de Cisneros y otros jefes del Estado Mayor. El día anterior, Connie consiguió acompañar al puesto fronterizo de Perthus a un grupo de corresponsales extranjeros que cubría la retirada. Así pudo ver el paso de los soldados, «derrotados, pero no vencidos, ordenadamente, marcando el paso, con la cabeza erguida», relata. «Algunas unidades —recuerda—, pasaban cantando: "*Mañana dejo mi casa*, / *dejo los bueyes y el pueblo*. / *¡Salud! ¿Adónde vas, dime?* / *Voy al Quinto Regimiento*. / *Caminar sin agua, a pie*. / *Monte arriba, campo abierto*. / *Voces de gloria y de triunfo*. / *Soy del Quinto Regimiento* […]"»

La derrota, sin embargo, se hizo palpable en las siguientes horas, cuando el matrimonio Hidalgo y sus colaboradores o amigos se dieron cuenta de que tampoco podrían conciliar el sueño en Perpignan. Pero no por el ruido de las bombas, sino por el insoportable silencio y el regusto de vacío que dejaba la derrota. Al narrar en *Tinísima* la noche del 10 de febrero, Elena Poniatowska refleja la vigilia, a ratos atormentada e incrédula, vivida por Ignacio Hidalgo de Cisneros, Constancia de la Mora, Juan Modesto, Benigno Morilla, Luis Cabo Giorla, Manso, Antonio Cordón (subsecretario con Negrín) y Rosa, su mujer, Juan Vicens y Del Val. Todos ellos se encuentran en una habitación de hotel donde se han reunido para cenar, pero la conversación se prolonga más allá de la comida. A medianoche se les unen Tina Modotti y Vittorio Vidali, conocido como el comandante Carlos. Tina, todavía obnubilada, se sorprende: «Mira, cubiertos», y acaricia la servilleta blanca. Fuera, la

policía patrulla las calles a la búsqueda de refugiados sin papeles. Los insomnes alzan la voz, discuten acaloradamente sobre la dimisión de Azaña, ironizan sobre la intención de Negrín de buscar una paz humanitaria con Franco, «como si Franco se hubiera convertido de golpe en hombre de diálogo»; recuerdan el dañino afán capitulador de Prieto.

El fantasma de Franco aparece, y tal vez el general Hidalgo de Cisneros recuerde algo que le ha rondado muchas veces y que finalmente escribirá en sus memorias: «Franco era antipático desde que era célula». Sólo pensar en él le produce repugnancia. La noche se hace oscura e inhóspita, desolada.

A continuación, Hidalgo de Cisneros reflexiona en voz alta, de acuerdo con el relato de Elena Poniatowska:

> —La derrota es una enfermedad, un veneno; sedimenta, se acumula. Termina por contaminar el organismo más sano; van a venir tiempos de odio —dice con voz triste Hidalgo de Cisneros.
>
> —Me he defendido siempre de ese tóxico horrible; no vamos a caer ahora presos del sentimiento de derrota —replica Vidali.
>
> —Pero perdimos —lo fulmina Constancia de la Mora.
>
> [*Tinísima*, pág. 569].

El general Cordón se muestra conciliador. Alude a la página heroica que ha vivido contra el fascismo, «la experiencia más importante y decisiva de mi vida», asegura. La conversación continúa. «Se confortan con una botella de coñac que, al reconocerlo, un oficial le dio a Hidalgo de Cisneros». Brindan «por el regreso», intentan remontar la catástrofe. Nadie se retira a dormir. A Teresa Cordón, hija de Antonio, sus padres le contaron años después que esos días apenas podían salir a la calle ni abandonar las habitaciones. Constancia habla de ir a Estados Unidos, acompañada de Ignacio, según el relato de Poniatowska. «Es lo único que podemos hacer por el momento. Pronto regresaremos a Madrid», agrega. En realidad, Constancia iría sola a Estados Unidos. Hidalgo de Cisneros volvió a España, para defender Madrid y evitar la presentida capitulación.

> Cuando un poco de luz azul comienza a penetrar en el cuarto desordenado, los refugiados se duermen sentados: Constancia, recargada en el hombro de Hidalgo de Cisneros; Rosa, en el de Antonio Cordón, su marido; la cabeza bamboleante o sobre las mesas, en medio de las sobras de la cena, las botellas vacías; Modeseo, Benigno, Manso, Giorla, Vicens, Del Val. Tina permanece sola, y Vittorio junto a Giróla, en la mesa, donde el sueño ganó la discusión. [Pág. 571].

Escritas mucho antes, las memorias de Constancia completan y continúan la narración iniciada por Elena Poniatowska: «Ignacio había salido de España rendido y agotado. Durmió un sueño agitado aquella noche en la habitación del hotel para despertar al día siguiente con una idea fija: "Tenemos que volver al centro; tenemos que volver lo antes posible"». El matrimonio salió para Toulouse, a fin de preparar la vuelta de él a Madrid y la marcha de Constancia a Nueva York. Todavía confiaban en aguantar y defender la zona central durante varios meses, pero no era fácil introducir de nuevo el material bélico que habían sacado del país, desde cañones y aviones hasta ametralladoras, a través de Francia. Ni uno solo de los treinta aviones que habían aterrizado en Francia serían autorizados a partir para España. Tampoco estaban dispuestos a volver a España todos los generales y jefes militares que se encontraban ya en Francia. Hidalgo de Cisneros, republicano y comunista, no podía desertar, y el 20 de febrero partió para Madrid en uno de los cuatro Douglas que el Gobierno de la República había logrado conservar a su disposición. Pocas horas antes, el matrimonio se despidió a lo grande. Olvidaron los restaurantes económicos y cenaron en uno de dieciséis francos el cubierto, escogiendo el mejor vino de la carta. Cada sorbo era una forma de despedirse, de pensar sin decirlo que podía ser el final. Quién sabe si volverían a verse.

Si no volvía a verlo, si perecía, tendría que resignarse, como tantas mujeres españolas, pensaba ella. En aquella cena, Constancia no dejaba de mirar a Ignacio, tratando de grabar en su memoria «sus facciones, su pelo, sus manos, hasta su último gesto». Ni siquiera iría a despedirlo al aeródromo. La policía francesa continuaba haciendo redadas de españoles para llevarlos a los campos de concentración.

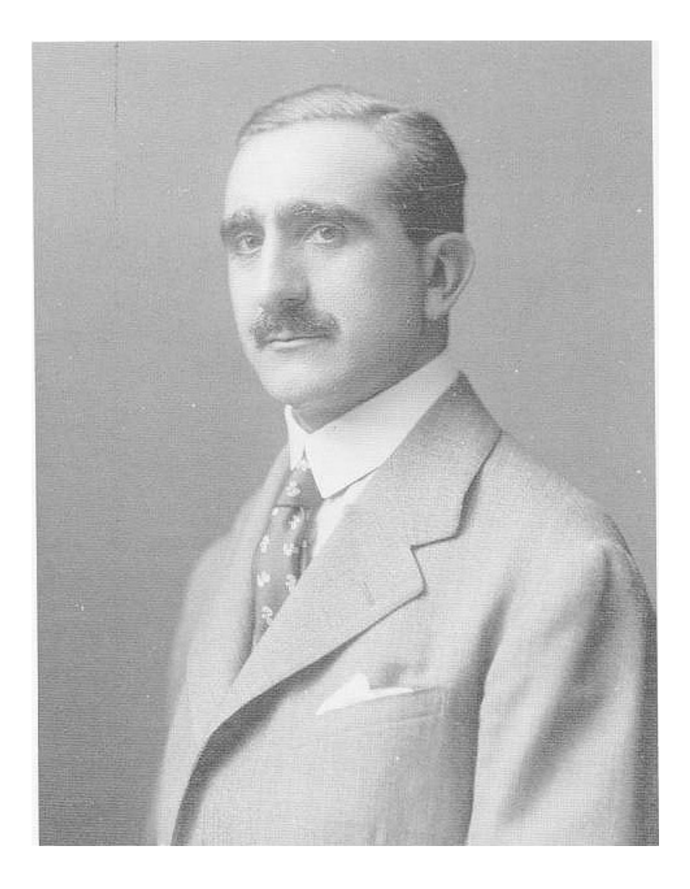
Su pasaporte diplomático, que conservaba desde el viaje a Ginebra, no servía de mucho en aquel tiempo. El aeropuerto no era un lugar seguro. Después de pagar la cuenta en el restaurante tomaron cada uno su maleta en el hotel y un taxi los llevó, primero a ella, a que tomara el exprés a París, para embarcarse a continuación en Le Havre rumbo a Estados Unidos, y luego a él, al aeródromo. «No llores», le dijo él al despedirse. «Dentro de pocos días estarás en Nueva York y nos mandarás todos los aviones que necesitamos para ganar la guerra».

De vuelta a Madrid, el Gobierno de Negrín levantó la bandera de la resistencia, e Hidalgo de Cisneros recorrió los aeródromos que conservaban ante la inminencia de una ofensiva final franquista. Pero mientras el Gobierno se instalaba en Levante, los partidarios de la capitulación firmaban alianzas. El golpe de Casado contra Negrín y la proclamación de una Junta presidida por Besteiro para pactar con los rebeldes y dar por terminada la guerra precipitó el final. Negrín y parte de su Gobierno salió para París. Hidalgo de Cisneros y un grupo de la dirección comunista se concentró en la zona de Alicante: en Elda guardaban los dos únicos aviones de que disponían, pero temían un asalto de los franquistas. Después de largas y serenas discusiones, parte de la dirección comunista decidió marcharse. El resto pasaría a la clandestinidad. Los dos ministros comunistas, y algunos jefes militares, entre ellos Hidalgo de Cisneros, salieron para Francia. Los Alberti abandonaron España también en la última expedición, junto con el general Cordón.

Constancia de la Mora conoció el desmoronamiento de la República en Nueva York, adonde llegó a primeros de marzo de 1939. Allí supo de la traición de Casado y de Miaja; allí se enteró de la infamante matanza del puerto de Alicante, donde centenares de civiles indefensos que esperaban embarcarse para abandonar España fueron acribillados a disparos (De la Mora habla de 13.000 personas). En Nueva York conoció igualmente el contenido de la Ley de Responsabilidades Políticas ideada por Franco, el instrumento represivo que iba a permitir que se siguiera matando en tiempo de paz. «¡La traición de Casado causó más víctimas que los

treinta y dos meses de lucha!», clama Constancia aludiendo a la represión de la posguerra. A pesar de tantos desgarros, sus memorias republicanas, terminadas en julio de 1939 en Nueva York, acaban así:

> Los fascistas no lograrán hacer fascista a España ni a su pueblo; porque un puñado de criminales no son España. Los españoles amamos la justicia y ponemos por encima de todo la independencia de nuestro suelo. Nada podrá impedir que recobremos nuestra libertad perdida […]. El pueblo español unido, edificará una verdadera patria con su sangre y con su heroísmo. ¡VIVA LA REPÚBLICA!



Don Germán de la Mora Abarca, padre de Constancia y de Marichu de la Mora Maura. (*Foto cedida por Regina de la Mora Maura*).



Doña Constancia Maura Cantazo, hija de don Antonio y madre de Constancia y de Marichu de la Mora Maura. (*Foto cedida por Regina de la Mora Maura*).



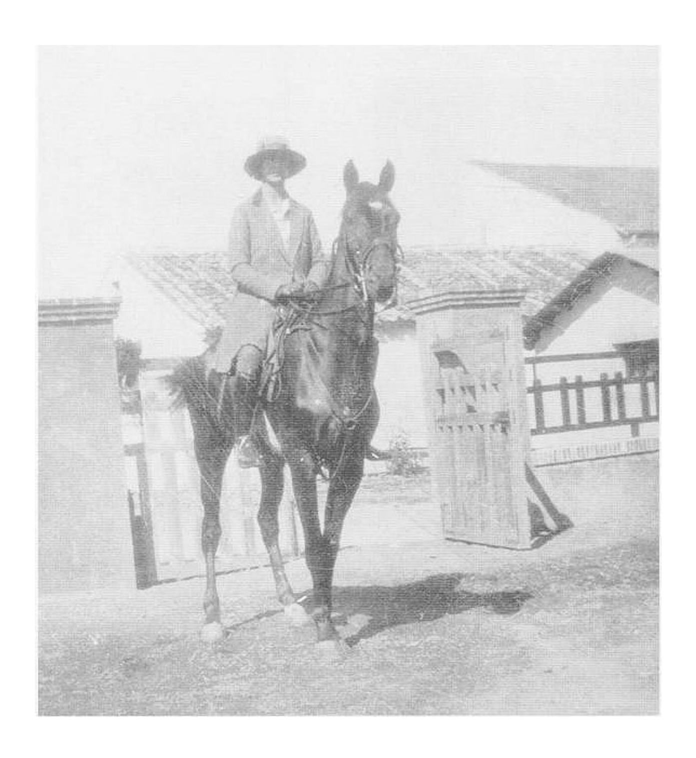
Las hermanas De la Mora Maura, por orden de altura y edad: Constancia (Connie), María (Marichu), Regina (Piti) y Teresa. (*Foto cedida por Regina de la Mora Maura*).



Connie (alta, con una trenza), acompañada de sus compañeras del elitista colegio madrileño de las Esclavas del Sagrado Corazón. (*Archivo de Regina de la Mora Maura*).



Edificio del internado de Cambridge, Saint Mary's Convent, donde ampliaron estudios Constancia y Marichu en los años veinte del pasado siglo.



Connie, a caballo, en la finca de sus padres, «La Mata del Pirón». (Sotosalbos, Segovia). (*Archivo de Regina de la Mora Maura*).



Boda de Constancia de la Mora con su primer marido, Manuel Bolín, en la iglesia de Los Jerónimos (Madrid). (*Archivo de Regina de la Mora Maura*).



Connie con su hija Lourdes (Luli). Bolín de la Mora. (*Archivo de Regina de la Mora Maura*).



Marichu, en una imagen de finales de los años veinte del siglo pasado.
(*Archivo de Regína de la Mora Maura*).

Marichu con su amiga María Jura Real, de excursión por la sierra. (*Archivo de Regina de la Mora Maura*).



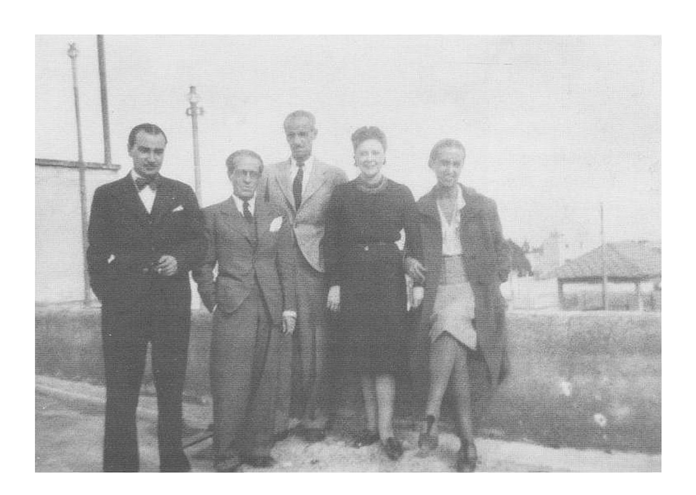
Marichu de la Mora Maura (a la derecha), con Pilar Primo de Rivera y Carmen Werner, en una imagen de 1939, durante un acto de afirmación falangista.



Marichu de la Mora en su casa, en una imagen de 1948. (*Foto cedida por su nieta Regina Chapaprieta Chávarri*).



Connie de la Mora y Zenobia Camprubí, en Italia, en los años en que el matrimonio Hidalgo de Cisneros residió en Roma. (*Foto cedida por Carmen Hernández-Pinzón. Archivo Casa de Zenobia y Juan Ramón*).



Connie de la Mora (a la derecha) e Ignacio Hidalgo de Cisneros, en México, con sus amigos y vecinos de Veracruz, 56, José Ignacio Mantecón (gobernador de Aragón durante la guerra civil española) y su esposa Concha de la Torre. (*Archivo de José Ignacio Mantecón*).



Constancia de la Mora, en México, con un rebozo sobre el cuello, en los años cuarenta del siglo pasado. (*Foto cedida por Eladia Lozano de los Ríos*).



Marichu de la Mora en una imagen de madurez, en «La Mata del Pirón».
(*Archivo de Regina Chapaprieta Chávarri*).

CAPÍTULO V

El horizonte desgarrado

La sangre sobre el mundo derramada
Y el mundo sobre el alma caminante
[…] Con la sed de Castilla en la mirada
henchida del fervor agonizante
vencía en calma el huidizo instante
nuestra pasión secreta y desposada
¿Qué eternidad del fuego nos ceñía
en tan ilimitado señorío
por todo el horizonte desgarrado?

DIONISIO RIDRUEJO,
«El viaje», en *El dolorido sentir*

Una nueva aventura bajo los tamarindos

La guerra se prolongaba, los frentes de batalla vomitaban heridos, la sangría continuaba. Los que se habían apresurado a matar pronto a sus rivales para terminar antes empezaban a asumir que la muerte puede ser una tentación viscosa y adictiva. «La sangre sobre el mundo derramada…». Así empezaba el emblemático poema de Dionisio Ridruejo que termina con este desolador terceto entreverado de esperanza: «*Sobre abismos tu mano socorría / la plenitud del ser con dulce frío y era raíz del vuelo aventurado*». Volar,

soñar, aventurar. Se trataba de sobrevolar sobre el abismo de la guerra. En Burgos y Salamanca, además, estaban seguros de que iban a ganar y actuaban como si ya vivieran en lo que llamaban la España *liberada*. Un día, Pilar Primo de Rivera le propuso a Marichu de la Mora que hiciera una revista. Igual podían haberle encargado el edificio de la torre Eiffel, ironizaba años después, pero así eran entonces las cosas. Todo era tan extraño y nuevo y tan alucinante que, al final, todo terminaba por parecerles natural. Voluntarismo, coraje, osadía, nada de eso faltaba; se sobreentendía. A fin de cuentas, entre los diversos cargos que ostentaba, «todos ellos nominales», aclaraba mordaz, era responsable de Prensa y Propaganda. Encargarse de la revista le permitió decir adiós a la etapa combativa y un poco agreste, cargada de excepcionalidad, en la retaguardia salmantina. Sus padres se habían trasladado a San Sebastián, al igual que su hermana Piti y su familia, y allí se instaló Marichu a finales de 1937 con sus tres hijas, y en espera de la cuarta, que nacería en 1938. La guerra imponía aún cierto aire de provisionalidad y, en un primer momento, alquiló dos habitaciones con baño y cocina en una casa de la calle de Espartinas, situada en la parte vieja de San Sebastián. Pero el estilo de vida en San Sebastián era ya otro. Ahí estaba la Concha a un paso, y gran parte de sus amistades. Tener cerca a sus hijas, además, la hizo entrar de lleno en la realidad infantil, es decir, en la normalidad, después de la anómala vida de militante al ciento por ciento que había llevado en Salamanca.

Por fortuna, las noticias corrían y no había muchos secretos en San Sebastián. Mientras meditaba en un banco cercano al mar, bajo los tamarindos, sobre los contenidos de su futura revista, alguien se sentó a su lado. «Creo que planea hacer una revista», le dijo. Se trataba de un conocido editor, dueño de la revista catalana *El Hogar y la Moda* y otras publicaciones, el señor Gisbert. La inexperta periodista supo ganárselo y extraer de él todo tipo de consejos.

Marichu siguió las indicaciones del editor Gisbert sobre elección de papel, formato y composición, y configuró su equipo con un redactor jefe y dos redactoras: Isabel Argüelles, a la que valoraba por

su cultura, y Mercedes Valdeiglesias, esta última hija del conocido periodista de título nobiliario. En la cabeza tenía el referente de *Vértice*, la revista falangista dirigida por Manuel Halcón. Con sus portadas a cuatro colores y sus dibujos patrióticos de falangistas aguerridos, noticias bélicas y algún que otro contenido literario, *Vértice* era, en cierto modo, un modelo que había que feminizar sin bajar el listón. Al igual que en *Vértice*, en *Y* no podía haber mucha actualidad debido a su periodicidad mensual, pero estaba previsto que se recogieran las hazañas patrióticas y el devenir de la guerra. En cada número se destinarían unas páginas a la historia de la Sección Femenina. Habría también una parte literaria que no creaba ningún problema, ya que se sostendría con artículos de los intelectuales del momento ligados al falangismo, entre ellos, desde luego, Ridruejo, admirado por los diversos mandos de la Sección Femenina.

Después de darle varias vueltas al proyecto, Marichu llegó a Salamanca con algunos números cero de la revista, contenta con sus resultados. Pero el equipo dirigente le aguó la fiesta. No veían el proyecto, y hasta hubo quien aseguró que sería mejor olvidarse de hacer publicaciones y dedicarse a las tareas que la mujer ejercitaba bien de toda la vida, como zurcir calcetines. Pero De la Mora estaba ya lanzada, defendió su producto y consiguió que se lo aprobaran a cambio de incorporar a un profesional reconocido, Manuel García Viñolas, una especie de tutor adosado a la directora. Aunque era cierto que Marichu era una novata, y que el refuerzo de García Viñolas fue bien recibido, recurrir a un hombre como garante de calidad era una constante en Pilar Primo de Rivera. Su rendida admiración a los hombres y a su inteligencia supuestamente superior acabaría siendo una rémora, al mantener a la Sección Femenina en una etapa infantil, sin acabar de confiar en las mujeres a las que iban dirigidos sus desvelos, precisamente las únicas que justificaban su presencia pública.

De esta manera insólita, pero con buen talante, la revista echó a andar. García Viñolas impuso sus ideas sobre el formato, dio una imagen profesional e introdujo páginas de huecograbado con un

toque algo preciosista. Por fin, después de unos meses de preparativos que se iniciaron en el verano de 1937, *Y* la revista de la mujer nacionalsindicalista, de periodicidad mensual, salió en febrero de 1938.

Por aquel tiempo, Marichu se mudó a un piso más amplio, cerca de sus padres. En su nueva casa nacería su hija Natalia. Como San Sebastián era entonces la otra capital de la derecha, un Burgos no oficial y en perpetuas vacaciones, aunque la guerra las mediatizara, no fue difícil que la atendiera en el parto su ginecólogo habitual, el doctor Luque. Este ginecólogo, que gozaba de la confianza de Marichu, se convirtió en una de las firmas habituales de *Y* en cuestiones relativas al embarazo y el parto. Imbuido de las teorías del momento procedentes del nacionalsocialismo alemán, muchos de sus artículos recomendaban a las madres que se cuiden para dar cumplimiento a lo que consideraba su principal misión: tener hijos sanos y fuertes. Nacer débil o criarse enclenque era un gran pecado en aquellos tiempos en los que el modelo alemán se imponía, derivado en ocasiones de las privaciones impuestas por la pobreza, y, en el caso español, de la guerra y la posguerra.

Marichu volvió a la brega en cuanto tuvo a su hija y se recuperó. Siguiendo la estrategia que continuarían años después muchas madres con un trabajo profesional, sus niñas solían almorzar con sus padres, y una chica se ocupaba de pasear y cuidar a la pequeña Natalia. Por alguna extraña razón, a la niñera le daba apuro que la vieran conducir el cochecito de la niña durante el día, así que la madre tenía que trasladar a la pequeña desde su casa hasta la de los abuelos. Tomás Chávarri, su marido, visitaba a su familia de vez en cuando, y entonces volvían por unos días las comidas con los amigos y las salidas. Pasado ese tiempo de vino y rosas, al menos en su vertiente social, él volvía al frente y Marichu se quedaba sola con el peso de la vida cotidiana. Sin saber entonces apenas nada de feminismo, ni suscribir sus teorías, se comportó en la práctica como una mujer emancipada, capaz de organizar su vida familiar y, al mismo tiempo, volcarse en el trabajo y en la política. No hay que olvidar que, mientras estuvo en San Sebastián formaba parte aún del

núcleo dirigente de la Sección Femenina, por lo que a menudo tenía que tomar alguna decisión o resolver asuntos de gestión más o menos burocráticos.

Fue un acierto que *Y* naciera en San Sebastián, la ciudad que aglutinó a la derecha de posición acomodada. La publicación adquiría de ese modo un aparente toque cosmopolita en medio de la sangrienta guerra y quedaba despojada de la aspereza oficialista de Salamanca y Burgos. La sede de la redacción se encontraba en la segunda planta del número 18 de la plaza del Buen Pastor. Permaneció en la capital vasca hasta el final de la guerra, y en 1939 se trasladó a Madrid. Prensa y Propaganda, el departamento que Marichu dirigía, pilotó también la creación de una muestra de la Sección Femenina dentro de la Exposición de Guerra de San Sebastián. El primer número de *Y* se vendió a 1,50 pesetas, pero el tercero, el de abril de 1938, pasó a costar 2. «Pisamos fuerte y hablamos claro», se leía en el artículo editorial del primer número. «Nuestros métodos son limpios y brillantes», aseguraban. ¿Qué mensaje encerraba esta declaración de principios? ¿Se trataba, una vez más, de recurrir a la retórica de *los buenos* —ellos, los falangistas— contra *los malos* —los rojos—, o sólo era, más bien, puro narcisismo?

El título de la revista, *Y*, fue una idea de Marichu de la Mora, y los mandos la respaldaron. En el primer número se explicaba el porqué del título y su significado: por un lado, remitía a la inicial de Isabel la Católica de una forma clara y a la vez cifrada, ya que se había optado por la grafía griega en vez de la i latina. Por otro, remitía al yugo, símbolo falangista, y, debido a su connotación de conjunción copulativa, era una alusión a lo femenino, a su capacidad de unión, de generación de lazos y de vida. Estaba cargado de simbolismo y pronto formaría parte de los emblemas e iconografía de la Sección Femenina. En ese mismo número se recogía para la posteridad lo acontecido en el I Consejo Nacional de Salamanca y se inauguraba una sección fija: la «Historia de la Sección Femenina», con el recuerdo a las primeras caídas. Aparecían otros epígrafes o secciones con periodicidad habitual: «Liturgia y religión»,

«Formación de la mujer» (que se iniciaba con un artículo titulado «Voluntad y sexo») y consejos de «Puericultura» para futuras madres, además de cocina, moda, decoración, poesía y libros —como es natural, los recomendados o autorizados por la censura—, deporte y floricultura y jardines, una afición esta última que apasionaba a Marichu.

La revista *Y* fue un producto propagandístico y doctrinario y, al mismo tiempo, un soporte capaz de ofrecer a mujeres de clase media o alta alicientes prácticos y literarios suficientes para seguirla. En definitiva, una síntesis de la ideología reaccionaria y fascista con las tendencias culturales en boga, lo que hizo que atrajera a sus páginas las firmas de los columnistas o articulistas de fuste no exiliados que, a pesar de no comulgar inicialmente con el franquismo, necesitaban trabajar para darse a conocer o sobrevivir. La lista de articulistas llegó a ser amplia: junto a Pilar Primo de Rivera y el asesor espiritual de la Sección Femenina, fray Justo Pérez de Urbel, aparecían médicos y divulgadores (el doctor Luque, el doctor Blanco-Soler o el doctor Bosch Marín) y firmas conocidas: Dionisio Ridruejo, Alfredo Marquerie, Agustín de Foxá, Luis Escobar, Eugenio d'Ors, Víctor de la Serna, Edgar Neville, Antonio Tovar, Lula de Lara, Rafael Sánchez-Mazas, Manuel Aznar, Juan Ignacio Luca de Tena, Felipe Ximénez de Sandoval, Carmen Werner, el marqués de Lozoya, Josefina de la Maza, Margarita Pedroso, etcétera. A estas firmas se añadieron poco después la de Luis Felipe Vivanco, Manuel Ballesteros Gaibrois y Augusto Assía.

Marichu de la Mora fue nombrada directora de *Y* de forma oficial el 27 de abril de 1938, de acuerdo con un escrito firmado por el delegado nacional de Prensa y Propaganda de Falange Española Tradicionalista y de las JONS. El oficio indica que el nombramiento se extiende a la parte artística y administrativa de la revista, «con las más amplias atribuciones». Las camaradas debían implicarse en la venta de *Y*, tal como anunciaba una circular: «Querida Camarada: recibirás una letra de la Administración de la revista *Y* por valor siempre inferior al número de ejemplares que seáis capaces de vender. Tienes que aceptar esas letras pues debes

tener en cuenta que es la Revista de la Sección Femenina y que cuesta mucho hacerla en trabajo y dinero y que todas tenéis que intensificar su propaganda y venta. […] Así haréis propaganda de la labor de la Sección Femenina». La circular, firmada por la jefa nacional en Burgos, donde la Sección Femenina había trasladado su sede, fue enviada con fecha del 21 de junio de 1938.

El poeta enamorado

Convertido en un sugestivo *álter ego* del líder falangista fallecido, Dionisio Ridruejo se encontraba en plena carrera ascendente. Había sido nombrado por el Gobierno de Burgos director general de Prensa y Propaganda, un cargo completamente afín a las preocupaciones que embargaban por entonces a su querida amiga. Ridruejo había dimitido de su puesto de responsable falangista de Valladolid al producirse la unificación. Cuando Hedilla fue encarcelado, y finalmente la Falange se integró en el nuevo partido liderado por Franco, Ridruejo, que formaba parte de la cúpula política resultante, se convirtió en el interlocutor de Serrano Suñer para negociar un mayor y permanente protagonismo de su organización. Refinado y astuto, Ramón Serrano Suñer valoró desde el primer momento la inteligencia, viveza y juventud de Ridruejo. Éste comprendió que Serrano Suñer sería su mejor valedor. «En 1938, lo que no pudiera hacer Serrano Suñer no lo podía hacer nadie», escribió en *Casi unas memorias*[25]. El salto de ex jefe provincial falangista a director general de Prensa y Propaganda fue llamativo, pero hay que tener en cuenta que el Gobierno de Burgos se encontraba en plena construcción y necesitaba cuadros políticos. Su designación debe englobarse en el intento de Serrano Suñer de colocar personas hábiles y preparadas en puestos clave que él mismo pudiera controlar por arriba. Sensible al fascismo y más aún a la figura estética y política del conde Ciano, Serrano Suñer impregnó a

la Falange de la parafernalia nazi y mussoliniana que tanto admiraba. A pesar de algunas discrepancias, en el ecuador de la guerra civil, el ya encumbrado Serrano Suñer y el joven Ridruejo se trataron con bastante franqueza, confiaron en lo mejor que cada uno encontró en el otro y sellaron ciertas alianzas.

Dionisio Ridruejo dejó en manos de colaboradores como Giménez Arnau y Antonio Tovar la gestión de la prensa y la radio, y tomó para sí los aspectos culturales que le interesaban: los libros, la relación con los intelectuales, el cine, el teatro y la propaganda. Al mismo tiempo que dependía de Serrano Suñer en el Gobierno franquista, Ridruejo era miembro de la Junta Política y los máximos órganos de la Falange. En razón de uno u otro cargo, visitó alguna que otra vez San Sebastián en la etapa en que se fraguaba y consolidaba *Y*, pero sus encuentros con Marichu de la Mora no fueron ya tan frecuentes como hubiera deseado. A las nuevas responsabilidades de cada uno había que sumar los desplazamientos y viajes de Ridruejo, uno de ellos a Italia, en el otoño de 1938. A finales del 37 había viajado ya también a Alemania, una visita en la que conoció a Hitler. Pese a tantos vaivenes y paréntesis, la amistad entre ambos se mantuvo. En sus ausencias, Marichu echaba de menos, sobre todo, a ese interlocutor privilegiado y *seguro* (en los dos sentidos: el de tener criterio y el de ser leal) con el que podía compartir opiniones y momentos de especial entendimiento.

En una de sus estancias en San Sebastián, Dionisio Ridruejo conoció a Gloria de Ros Ribas, la joven que años después se convertiría en su esposa. La joven tenía que desplazarse a otro lugar de la Península, y Ridruejo, en razón de su cargo, le dio un pase para que pudiera moverse por la zona nacional. Aunque la relación sentimental no cuajó en aquel momento y quedó en una mera amistad, a Marichu no le pasó inadvertida, y tal vez pensara que su poeta no estaba ya tan enamorado de Áurea como pretendía. Ciertamente, Ridruejo era enamoradizo, como todo seductor dispuesto también a dejarse seducir. A pesar de todo, Marichu, o Áurea, fue posiblemente, con algunos altibajos, la mujer más importante en su vida de 1935 a 1941. Su juventud y su soltería

ayudaron a sostener este mito en su corazón. Para Áurea secundar ese ímpetu poético y personal fue mucho más complicado. Era una mujer realista, consciente de sus obligaciones y prioridades y no estaba dispuesta a embarcarse en aventuras sin vuelta de hoja. Pero eso no impidió que estableciera un fuerte vínculo emocional con él y que se resistiera a perder su compañía y su palabra. A la primera etapa de deslumbramiento por parte del joven poeta, manejada con hábil distancia por Marichu de la Mora durante el final de la República, se sucedió un acercamiento más tangible, de gran complicidad entre ambos, en los primeros meses de la guerra civil, seguidos de posteriores y sucesivos paréntesis. La primera crisis espiritual y política de Ridruejo, en torno a 1940, y su decisión de enrolarse en la División Azul volvieron a acercarlos. La vuelta del héroe, en 1942, sin embargo, marcó una inevitable separación, aunque el cariño permaneciera. Jorge Semprún recuerda que, franqueados ya los años cincuenta, cuando tuvo ocasión de conocer a Ridruejo para hablar, desde luego, de política, el poeta ex falangista evocó a Marichu aludiendo a su parentesco con el escritor y político exiliado. Por entonces, Ridruejo había atravesado ya el pozo fascista hasta llegar a la democracia, y mantenía contactos con opositores al Régimen. *Federico Sánchez*, como fue conocido Semprún durante un tiempo, apenas había tenido relación con su prima, pero escuchó con interés los elogios y la admiración que aún conservaba Ridruejo de aquella, para él, inolvidable mujer que vio entrar en la terraza de Eva Fromkes en su juventud.

En San Sebastián, Marichu de la Mora se encargó también de pilotar un hospital conocido como el Descanso del Soldado. De nuevo le salía al paso una actividad similar a la que meses antes había desarrollado su hermana Constancia en la zona republicana. Decidida, a Marichu en seguida se le ocurrió cómo sufragar las camas del hospital, aunque es cierto que la tentación le salió al paso. Un hombre de negocios le anunció que se acababa de incautar un barco republicano que llevaba hilaturas, y le sugirió que si la Sección Femenina lo reclamaba se lo darían. Una vez en sus manos, el hombre se quedaría con una maquinaria que le interesaba y les

entregaría el importe correspondiente. Marichu así lo hizo sin encomendarse ni a Dios ni al diablo y pagó unos cuantos miles de pesetas por adelantado. Cuando se lo dijo a Pilar, ésta se asustó y dijo que a ver si acababan en la cárcel. El hombre de negocios, sin embargo, cumplió el pacto y entregó el dinero. El hospital se equipó a conciencia y los bustos de José Antonio y de Franco presidieron su entrada. Poco después, y a causa de su buen funcionamiento, los militares lo reclamaron para convertirlo en hospital de sangre.

Llena de registros, la correspondencia entre Dionisio Ridruejo y Marichu abarcaba una variedad de intereses, desde la política hasta la pura relación humana. Además de las cartas de carácter personal, en ocasiones se dirigían notas o misivas oficiales. Estando en el hospital de sangre de San Sebastián, Marichu le envió al poeta una nota escrita a máquina y sin fecha en papel oficial. En la fotocopia de esta carta, depositada en el Archivo de la Guerra Civil de Salamanca, se aprecia la buena calidad del papel empleado y su marca, Parchemin. En el primer párrafo le dice que sintió no encontrarlo en Salamanca durante una visita anterior, al estar él también de viaje. «Supongo y espero que haya compensado el éxito que —estoy segura— habrás tenido en Tánger», añade con cierta ironía. Después de este preámbulo pide que lea «con crítica ecuánime» un artículo que le adjunta, lo corrija, y si merece su aprobación, se lo entregue «a las chicas que tienen el original de la página para que lo incluyan en la primera próxima». Finalmente, apunta: «Sospecho que tengo largas conversaciones atrasadas. Un saludo nacionalsindicalista de Marichu [firma, a mano]». Y debajo, a máquina: «Arriba España». En otra ocasión, De la Mora le pedía a Ridruejo, entonces director general de Prensa y Propaganda, que se encargara de pasar uno de sus relatos a la censura, lo que era entonces obligatorio aunque el texto fuera una hoja parroquial. Lo curioso es que, al ser Ridruejo el máximo responsable del organismo, para cumplir con la petición de su amiga, tuvo que pasarle un oficio al director de Cultura Popular, su subordinado, indicándole que diera curso al encargo.

El número de abril de 1938 de *Y* ofrecía una exclusiva: la casa

del Führer en los Alpes bávaros. Pero también una novela corta de Concha Espina. Uno de los aciertos de la revista fue publicar de vez en cuando relatos o novelas cortas, generalmente de temática sentimental. En la década de los cuarenta, especialmente, menudeaban las autoras del momento, como Elena Puerto. Ocasionalmente se incluyeron, también, cuentos de novelistas reconocidas, como Emilia Pardo Bazán. Al final de la guerra, el círculo se amplió tímidamente. Aunque la mayoría de las autoras se movían en la órbita de la Sección Femenina o mantenían lazos de amistad con sus jerarquías, el veto no alcanzaba a las consagradas y desaparecidas. El objetivo era sumar voces y desprenderse de cualquier evidencia innecesaria de sectarismo.

En los años cuarenta, el abanico de colaboradores creció, aunque algunas de las firmas más conocidas sólo escribieran una vez o de forma esporádica: Bartolomé Mostaza, Camilo José Cela, Rafael García Serrano, Clara Stauffer, Andres Revesz, la grafóloga Matilde Ras, la narradora Rosa María Cajal —íntima amiga de Carmen Laforet—, *Azorin* —que en 1940 publicó un artículo sobre José Antonio—, Álvaro de Laiglesia, Luis Santamaría, Nicolás González Ruiz, Tomás Borrás, Melchor Fernández Almagro y Ángeles Villarta, Mercedes Formica, Juan José Picó, el dibujante Vicente Viudes, José Altabella… Julia Maura, autora teatral y prima de la directora, fue otra de las autoras que se incorporó en la posguerra. Pero la prolífica Julia Maura guardaba un secreto: un *negro* la ayudaba a escribir y a menudo incorporaba párrafos ajenos. Cuando se le ocurrió plagiar a Oscar Wilde escribiendo *La importancia de llamarse Ernesto*, el enredo se reveló solo.

La guerra no terminaba. La principal labor de las afiliadas comunes se centraba en los lavaderos (como intendencia de apoyo a los combatientes), la agitación y la preparación de paquetes y dulces para enviarlos al frente o a las cárceles. Las más aguerridas se concentraron en Medina del Campo en mayo de 1938 con la excusa de que el 22 de abril había sido el aniversario del nacimiento de Isabel la Católica, su modelo de reina y mujer. La movilización de afiliadas para preparar estos rituales colectivos y la burocracia interna

engordaban el número de camaradas dedicadas íntegramente a la organización, de modo que, a pesar de que el empleo femenino decaía, la Falange fue, paradójicamente, una fuente remunerada para algunas de sus afiliadas. Así, el 2 de noviembre de 1938, una circular aclaraba que, para no perder el personal más capacitado que tenía necesidad de trabajar, se retribuiría «a dos camaradas de cada organización provincial, además de la de prensa y propaganda que ya tiene su asignación con la venta de la revista *Y*». La propia Marichu de la Mora, terminada la guerra, empezó a recibir un pequeño sueldo, ya que, además de sacar adelante *Y*, ayudaba en *Medina*.

Espejo de la vida social y política de la época, *Y* publicaba en forma de serial unos curiosos reportajes-entrevistas a las esposas de militares y políticos de relieve, a partir de la pregunta: «¿Qué hacía usted mientras su marido se alzaba en armas?». El tono épico y familiar de la pregunta —todos eran correligionarios— permite conocer la primera persona testimonios de mujeres que hablan de la sublevación de sus maridos con gran naturalidad y detalle, sin ser conscientes de que más allá de ese presente triunfal están legando al futuro la historia de una traición. Son testimonios vivos que un periódico diario tal vez no habría obtenido. Estas damas, a las que en más de una ocasión entrevistó Marichu, hablaban de la sublevación con la misma tranquilidad con que contarían que sus maridos se habían ido de viaje o de cacería. ¿Qué otra cosa podían haber hecho? Como complemento amable a estos testimonios *históricos*, la revista daba cuenta de determinados hechos sociales, como la boda de Carmen Primo de Rivera. Entre los testigos, los depositarios de las esencias joseantonianas que se habían avenido con el Régimen o se encontraban en su cima: Fernández Cuesta, Serrano Suñer y el joven Ridruejo.

Marichu siguió de número tres en el III Consejo, inaugurado el 5 de enero de 1939 en Zamora y clausurado en León el 14 del mismo mes. Su puesto era de confianza y no la afectaba, de momento, la exclusión de las casadas. En una foto publicada en un número posterior de *Y* se recogen instantáneas del Consejo. En una de las fotografías, Marichu aparece con Pilar Primo de Rivera y

Dora Maqueda. Marichu sonríe de una manera franca que le era habitual. En esos días, además, la moral falangista estaba muy crecida, ya que el pulso de la guerra les era favorable y estaba a punto de dar la victoria a su bando. Sin embargo, mientras Marichu se reunía con sus camaradas y anticipaba el momento del triunfo, la impotencia se apoderaba de Constancia y de su marido. Eran las vísperas del exilio y Constancia preparaba su salida de España.

En el número de marzo de 1939, Marichu de la Mora escribe un artículo de opinión sobre los excesos revolucionarios en Barcelona. La entrada franquista en uno de los últimos bastiones de la resistencia republicana propicia que checas y cárceles se abran y se ofrezcan a la prensa los más ocultos demonios republicanos. Probablemente Marichu viajó a la capital catalana a principios de febrero, en las mismas fechas en que Constancia preparaba su viaje a Estados Unidos en busca de una ayuda *in extremis* para salvar a la República. Ridruejo también llegó a finales de enero a Barcelona cargado de propaganda y libros, muchos de ellos de autores catalanes y, por tanto, editados en su propia lengua. Con una arenga dirigida desde la plaza de Cataluña anunció a los barceloneses el inicio de un tiempo nuevo. Pero sus libros no se repartieron. La autoridad militar que había tomado Barcelona retuvo los camiones que los transportaban e impidió que fueran entregados al pueblo de Barcelona. Fue una de las primeras desilusiones que desconcertaron a Ridruejo.

Con el título «Peña de daño y pena de sentido o Las Checas de Barcelona», Marichu de la Mora se esfuerza en demostrar en *Y* la maldad de la bestia roja, sin recurrir al tono incendiario de otras firmas de su revista. El artículo arranca en un antiguo convento de monjas abandonado y convertido en cárcel popular. Cuando se publicó, Ridruejo permanecía en Cataluña, haciendo una cura de reposo en un sanatorio del Montseny. Mientras todos celebraban la victoria, el poeta se resentía y su cuerpo se resquebrajaba. La crónica, publicada en marzo de 1939, ofrece un paseo por una checa lleno de buenas intenciones literarias, aunque algo deslavazadas:

> ¿Fue casualidad? ¿Fue simplemente la idea de aprovecharse de locales amplios como eran la iglesia desierta y las celdas desocupadas […] o fue el sadismo de ironía que buscaba el contraste entre lo inocente y lo perverso? Allí están las historias de la traición, de la mentira, de la venganza, del rencor y de la envidia a rienda suelta, y allí están también la historia del valor y de la lealtad llevados hasta más allá de la muerte, hasta la tortura. Entre los papeles, cartas […], toda una correspondencia de amor, mejor dicho correspondencia no, puesto que jamás han llegado las cartas a su destinatario. *[Y*, marzo de 1939].

Después de explicar que una mujer «ha escrito con constancia enamorada carta tras carta» a un condenado, se detiene en la nave de la iglesia: «La pared está llena de inscripciones; una nos salta a la vista: "Viva la libertad". Las celdas fueron desalojadas precipitadamente, ropas, latas de comidas, pequeños enseres guardan aún el movimiento de las cosas en uso», prosigue la autora. A continuación, su mirada se dirige a las declaraciones de amor vertidas en las paredes, como si fueran telegramas o cartas urgentes, y hace una aguda observación:

> Lo de menos es lo que nos puedan contar, las cartas de amor sólo interesan a quien las escribe y algunas veces a quien las recibe […]. Hemos visto las cámaras frigoríficas, las duchas, el horno, el refinamiento de una cultura puesta al servicio de la barbarie. [*Y*, marzo de 1939].

En 1939, las portadas se hacen más alegres y coloristas. El número de abril se dedica al final de la guerra, lo que marca el inicio de un doble enfoque. Por un lado, la reafirmación ideológica: en los números siguientes se ofrece con gran despliegue la concentración falangista de Medina del Campo. Por otro, la asunción de que la etapa de emergencia había finalizado. Se abría así paso el objetivo de ofrecer alternativas prácticas a las lectoras y fomentar una cierta evasión auspiciada por la moda (de inspiración francesa), la perfecta colocación de una mesa o la divulgación del deporte frente a una realidad, la de la posguerra, oscurecida por la escasez, la fatalidad y los escombros.

La portada de julio lleva el rótulo «Año de la victoria» y en las siguientes se prodigan los emblemas falangistas: las figuras humanas, de fuertes colores, van adornadas de yugos y flechas, en un afán de afirmación. En septiembre del mismo año, la revista se instala en Madrid en el inhóspito palacio de Medinaceli, en la plaza de Colón, dañado por los bombardeos de la guerra y convertido, tras la victoria, en la nueva sede central de la Sección Femenina. En la nueva etapa, *Y* ofrece consejos «a las que se van a casar con los que vuelven del frente», incitándolas a la sobriedad, y artículos sobre grandes figuras históricas femeninas, desde Semiramis hasta Teresa de Austria, pasando por Catalina de Rusia. La Navidad se acerca y en la portada de diciembre aparece un nacimiento rodeado de personajes de cabello claro. ¿Los españoles se han vuelto rubios o alemanes tras la victoria o se trata sólo de una freudiana licencia poética del dibujante? Para completar el mensaje, dentro aparecen unas páginas con sombrías imágenes tomadas durante la guerra en la zona roja. Y una *aguda* reflexión sobre las Navidades al otro lado. La imagen de una pobre mujer sucia, fea y mal vestida, una supuesta miliciana desaliñada y en alpargatas con sabe Dios cuánto cansancio en el cuerpo, da pie para que el articulista opine que hablar de Navidades en ese contexto sería grotesco si no fuera «horrendamente trágico». Luego pasa a preguntarse: «¿Cómo pasará la Navidad este Ser?». A pesar de la mayúscula, ese ser no es otro que la fea miliciana. «La Navidad con sus emociones y ternuras, con sus nostalgias de tiempo religioso […] ¿cómo pasará tras la frente alborotada de esta mujer?». Lamentablemente, no podemos saber qué sintió Marichu de la Mora ante esta absurda retórica que, por otra parte, estaba en el ambiente. Tampoco es fácil comprobar si durante la edición de aquel número estuvo ausente o enferma o en qué medida fue partícipe o consentidora de su publicación.

De la victoria a la desilusión

De cualquier modo, qué poco duró la alegría de la victoria. Victoria, paz, entusiasmo. Qué vacías quedaron estas palabras al doblar la década de los cuarenta. La segunda guerra mundial añadía más hambre a la que ya padecían los españoles. De su desenlace, además, iba a depender que España se convirtiera en un Estado totalitario o en una blanda caricatura del naciente nacionalcatolicismo. Unas gotas de amargura ensombrecieron la conquista del poder. Pilar Primo de Rivera denomina la etapa de la Sección Femenina que abarca del 30 de mayo de 1939 al 29 de mayo de 1942 la de «la paz», pero apostilla: «En vez de traernos la victoria, nos trajo en parte la desilusión». Una desilusión colectiva que tal vez Marichu sólo sintió como un eco, como una pérdida del ideal. O quizá sólo vivió esa pérdida como una leve bruma, aunque poco a poco la niebla se extendiera.

Todavía directora de *Y*, Marichu inició en los años cuarenta un período de menor visibilidad, trabajando más entre bambalinas. Un lento repliegue, quizá no premeditado, sino más bien provocado por su progresivo interés por el periodismo como posible salida profesional y no sólo como trabajo militante. En ese tiempo, la Sección Femenina moldeó su rostro para adaptarse al papel servicial y entusiasta que se le pedía. El IV Consejo Nacional se convocó en el palacio de Medinaceli, en Madrid. En sus paredes heladas empezaron las sesiones del que consideraban el Consejo de la Paz. La situación política había cambiado de forma drástica. Envueltas en sus abrigos para paliar el frío, Marichu y sus correligionarias formaban parte de los vencedores. El desolado paisaje exterior y la ruinosa desnudez del palacio, todavía con las secuelas de la contienda, contrastaba con la euforia de las camaradas. Pero la normalización estaba en marcha. Al desaparecer la agobiante realidad de la guerra, Marichu descubrió una nueva realidad mucho menos heroica. La Sección Femenina que empezaba a gobernar a la sombra de Franco era ya muy distinta de la que nació en Marqués de Riscal en los años treinta. A Inés Primo de Rivera, Luisa María Aramburu y Dora Maqueda había que añadir un número cada vez más amplio de nuevas dirigentes. Marichu seguía al lado de las más

notables, pero años después iba a iniciar un camino propio dentro de la organización. Un aprendizaje duro para una dama que había pasado de la protección de una familia privilegiada al activismo político de la intransigente Falange. Era tal vez el camino más tortuoso para una mujer que deseaba gobernar su vida y que sólo logró ser libre después de desprenderse de las capas de renuncia, abnegación y arrogancia que se había ido echando voluntariamente encima.

Los hombres estrella del momento, aquellos que las apoyaban y tutelaban, compartieron con las camaradas falangistas el frío no sólo invernal sino doblemente gélido de la posguerra, que traspasaba las paredes del palacio de Medinaceli. Además de Serrano Suñer, que inauguró el Consejo, asistieron Dionisio Ridruejo, Lain Entralgo, fray Justo Pérez de Urbel, Antonio Tovar, Eugenio Montes, Jesús Suevos, el doctor Blanco Soler, el marqués de Lozoya, etcétera. En los aledaños del Consejo, uno de los logros de Pilar Primo de Rivera fue recuperar el Servicio Social dentro de la Sección Femenina. «Por una vez en la vida los hombres no llevaban razón», apostillan en las actas del Consejo para señalar que los dirigentes masculinos, autores del reparto anterior, se habían equivocado. Un triunfo limitado, ya que los responsables del Servicio Social, «hombres todos», seguirán siendo «los mismos». En este Consejo, Marichu de la Mora dejará su cargo: Mercedes Werner la sustituirá como regidora central de Prensa y Propaganda. Dora Maqueda también dará paso a Syra Manterola, nueva secretaria nacional. Clarita Stauffer se mantendrá en el mismo puesto. Naturalmente, son designadas, no elegidas. Pero empieza una nueva etapa, la de la posguerra, y la Sección Femenina se reorganiza. Si en la guerra cualquier ayuda era bien recibida, y la amistad y la confianza eran primordiales, ahora lo que cuenta es la disponibilidad para la organización.

En enero de 1940, *Y* reseña en su sección «Noticias de libros», uno de Ridruejo, *Primer libro de amor*. «Muchos de los sonetos de Dionisio Ridruejo tendrán en el futuro un lugar destacado en las antologías», se lee generosamente en la crítica. Y también en la propia autobiografía de la directora. En una edición de Castalia de

1976 que reúne *Primer libro de amor, Poesía en armas* y *Sonetos*, el poeta escribe un prólogo redactado probablemente meses antes de morir, ya que falleció en 1975. En él explica: «A la época de la guerra corresponden casi todos los *Sonetos a la piedra* […] y la totalidad de los poemas que figuran en la primera edición de *Primer libro de amor. El dolorido sentir, El laberinto de ausencias* y *Cánticos a Áurea* son expresión de vivencias reales de esa etapa de mi vida. Verdadera historia de una pasión de carne y hueso aunque no falte algún añadido de nimbo o de fantasma». El poeta alude a su pasión real por Áurea, idealizada, sacralizada y amada hasta la sublimación y la renuncia. En esos *Cánticos a Áurea* y en *El dolorido sentir* el poeta vuelca toda la perturbación que sintió al enamorarse de una mujer seis años mayor que él. Desde ese instante, su amiga encarnó el amor perfecto y soñado, y al mismo tiempo imposible: el todo y la nada juntos.

Áurea releyó muchas veces estos poemas, y *Primer libro de amor* la acompañó en alguno de sus viajes a balnearios o en sus estancias en su finca segoviana. Probablemente recordara de memoria algunos de sus versos: «Huésped tu sueño de mis brazos gana / con el peso del alma mi ventura; / vecina al corazón, dulce y pura / ave de amor en levedad humana […]». O estos otros: «[…] regresa el corazón aventurado / mientras se va la soledad herida / en aquel tren del alba tan amado». En aquella época en la que el teléfono era el más moderno y rápido medio de comunicación, ellos recurrían a la escritura, elemento perfecto para su sensibilidad de escritores y conversadores.

Editado de forma cuidada en Barcelona por Juan Ramón Masoliver, con una exquisita impresión que recordaba algunas portadas italianas, pero sin tiempo para corregir erratas, Ridruejo preparó una nueva edición de *Primer libro de amor*, en 1950, con el título *En once años*. En esta ocasión, incluyó nuevos poemas que habían quedado rezagados entonces, «Las despedidas», en los que se aprecia ya, según el autor, un cambio tonal, en realidad «un cambio biográfico: recaída en la pasión pero, al mismo tiempo, […] ruptura progresiva de la galería de espejos de mi idealismo juvenil. Crisis, en

definitiva. Y crisis amarga: respecto a la realidad misma, respecto a la empresa política que me había tomado, y respecto a mi propia identidad», explicaba. Pero este análisis, tan claro ya en 1950, sólo era entonces una insatisfacción que despuntaba entre las brumas de la victoria.

En 1940, la revista *Y*, al igual que la Sección Femenina, se trasladó al número 36 de la calle de Almagro de Madrid[26] En esta etapa de *Y*, Marichu escribe algún que otro artículo de moda, con cierta suntuosidad, a pesar de la austeridad predicada, y Sofía Morales inicia a las lectoras en diferentes deportes. Algunos, como el *hockey*, francamente minoritarios. Frente a estas brisas de ligereza, *Y* no omitía la cruda realidad del momento. La segunda guerra mundial añadía más dolor y miseria a los escombros morales y materiales acumulados en la española. Por si alguien dudaba de que España era aliada *de facto* del nazismo y que las simpatías imperantes eran germanófilas, en el número de julio de 1941, los respectivos pies de sendas fotografías de Churchill y de Hitler lo aclaraban: «Nuestro asombro ante Churchill», se lee bajo la imagen del primero, reprochándole su estrategia. «Nuestra admiración ante Hitler», se dice sin reservas del Führer. Sin duda, Franco no tenía ningún motivo para preocuparse por el contenido de *Y*, pero no se puede decir que no le interesara: a principios de 1941, el Caudillo posa ojeando la revista *Y* durante la concentración de la Sección Femenina en Medina del Campo.

En agosto de 1940 se publicó un polémico reportaje sobre niños evacuados y repatriados a través de la Junta de Protección de Menores. «Con sus oídos tiernos hechos a las blasfemias de tres años de proximidad del frente catalán», estos niños, hijos muchos de ellos de republicanos, «son reintegrados a la patria», se lee en el artículo. Un rescate que a menudo se hacía a espaldas de los padres, encarcelados o fusilados. Para ellos, volver significaba ir al orfanato o a familias nacionalcatólicas que más que prohijarlos los veían como objetos sobre los que ejercitar su caridad. Una gran caridad tratándose de hijos de rojos o de muertos de hambre. El mismo delicado asunto volvería a tocarse en la revista en la primavera de

1941. «Vuelven nuestros niños», se lee en el titular. De uno de ellos, Manolito Méndez Santos, el articulista escribe: «¿Quién puede ofrecer a esta infeliz criatura detalles acerca del paradero de su familia?». Y una representante de la Junta de Protección de Menores señala: «Sólo interpretamos los deseos vehementísimos del Caudillo» de rescatar para España a estos niños que, debido a su inocencia y falta de ideología, aún podían salvarse. Sus padres, rojos o republicanos, o ya no tenían remedio o no merecían tal cosa.

En septiembre de 1940, *Y* ofrece «Disfrazadas de hombre», un artículo un tanto misógino, firmado por Federico de Madrid, que alude a las mujeres que combaten en la segunda guerra mundial. Cinco años después, cuando termina la confrontación y el nazismo queda desenmascarado, un nuevo artículo, «La desmovilización de las mujeres», publicado en febrero de 1945, retoma de nuevo el viejo discurso, ahora en el sentido contrario: el problema es la vuelta al hogar, pero no porque para ellas suponga un trauma dejar los espacios públicos que han conquistado —si es que hacer la guerra puede ser un logro—, sino porque, según el articulista, estas señoras ex militarizadas pueden resultar ahora inaguantables. Dios mío, ¿serán capaces de formar una familia y de subordinarse al marido o estarán todo el día dando órdenes en casa?, viene a preguntarse el firmante. Sin duda, un *grave problema* sobre el que reflexionar, aunque lejano, al no afectar directamente a las españolas. No en vano, en la entrevista de Franco y Hitler del 23 de octubre de 1940 —recogida en *Y* el mes siguiente— se consagró la neutralidad, aunque se supiera que sólo el triunfo alemán daría nuevo aliento al franquismo.

Cuando emprendió la aventura de *Y*, Marichu de la Mora apenas tenía otra preparación que cierto instinto periodístico y una escritura ágil e ingeniosa. A pesar de este comienzo insólito, el periodismo la acompañaría toda la vida. Cuando solicitó el carné de periodista, el responsable de Prensa de entonces, Enrique Giménez Arnau, se lo denegó. Varias décadas después, la amistad con Giménez Arnau se acrecentó, y en una ocasión Marichu de la Mora le recordó el hecho y le preguntó la razón de su negativa. «Porque

no te lo merecías», le dijo. En aquel período no existía la Escuela de Periodismo y el carné era el requisito necesario para acceder a la profesión. Finalmente, en el 42, Marichu obtuvo el primero de los carnés de periodista que reunió en su vida, firmado por Serrano Suñer. Entre las cartas y documentos de Ridruejo depositados en el Archivo de la Guerra Civil de Salamanca, aparece una nota del presidente de la Junta Política de la Falange Española, Ramón Serrano Suñer, «a su buena amiga y camarada Marichu de la Mora» en la que le envía el título de periodista concedido «por los servicios prestados y por los méritos contraídos como directora fundadora de *Y*, notable publicación de la Falange». En aquel tiempo, *Y* coexistía con *Medina*, un semanario femenino falangista que dirigió en alguna de sus etapas Mercedes Formica, y en el que Marichu de la Mora colaboró en determinadas temporadas con responsabilidades añadidas. En el número 29, del 5 de octubre de 1941, se publicó el soneto a Franco, de Dionisio Ridruejo, mientras el poeta se encontraba en el frente ruso. Posiblemente fue Marichu quien se encargó de editarlo y corregirlo. *Medina* sufrió una evolución parecida a *Y*. En 1942 desapareció el editorial fijo «Consigna», marcadamente doctrinario, y se buscó una fórmula periodística más atractiva.

Vital y con dotes de mando

Pasada la primera etapa estrictamente militante, surgieron publicaciones próximas a la Falange o a la Sección Femenina, con directores afines, pero sin una dependencia orgánica estricta. Desde *Y*, Marichu de la Mora se incorporó a *Ventanal* y poco a poco confluyó en el trayecto con pioneras del periodismo como Mari Luz Morales (que la precedió como periodista en Barcelona), Sofía Morales, Ángeles Villarta, Pilar Narvión, Pura Ramos, Mary Santa Eulalia o Pilar de Abia. Pilar Narvión y Pura Ramos, redactoras de

Pueblo, fueron algunas de las primeras mujeres que trabajaron dentro de un periódico, con jornadas completas y horarios de cierre. Con anterioridad, durante la República, había surgido un imborrable abanico de reporteras, articulistas y entrevistadoras, como Josefina Carabias, Margarita Nelken (crítica de arte inicialmente además de diputada), Carlota O'Neill, Sofía Casanova y, un poco antes, Carmen de Burgos, *Colombine*, Dolores de Pedroso y Margarita de Herrero. Estas dos últimas, residentes en Francia aunque de origen español, fueron corresponsales de *Le Journal* en la guerra de Abisinia. Mercè Rodoreda también cultivó el periodismo antes de la guerra civil, pero desde una perspectiva de periodista-escritora.

La guerra civil supuso un corte radical entre esta generación de notables y las futuras redactoras que llegarán a los periódicos en las décadas de los cuarenta y los cincuenta. Aunque exiliada, Josefina Carabias fue una de las pocas profesionales que sobrevivió como periodista al final de la guerra civil: primero como corresponsal desde Estados Unidos y luego desde Francia, mantuvo el aliento de sus lectores en *Ya* hasta su regreso a España, en los años finales de la dictadura.

«Marichu era muy vital y tenía dotes de mando», recuerda la periodista y escritora Ángeles Villana, una de sus primeras colaboradoras. A pesar de las restricciones laborales impuestas a las españolas, asumidas con resignación debido al *natural* predominio del varón, Villana piensa que aquella época ofreció grandes oportunidades: «La guerra motivó mucho a las mujeres. Los hombres, además, estaban en el frente, y las mujeres cubrieron sus puestos en muchos ámbitos. Cuando falla el hombre, la mujer se brinda y se lanza», argumenta Villarta. «Yo había publicado ya algunos artículos en el semanario *Domingo* y colaboraba en Valladolid en Auxilio Social por saber idiomas, como Carmen de Icaza. Por aquel entonces Marichu me publicó un cuento, sin conocerme personalmente, y fui a darle las gracias. Entonces me animó a que me incorporase a *Y*. Y en efecto, empecé a colaborar», evoca esta veterana periodista.

El Consejo Nacional de 1941 se celebró en Barcelona, bajo una

atmósfera de continuidad. Se estaba entrando ya en la rutina y en la burocracia que proporciona el poder. Los relevos en las jerarquías, escasos, apenas se producían más que cuando alguna dejaba el puesto por razón de matrimonio. «Sólo el matrimonio o la más perfecta vocación a la vida religiosa suelen apartar a las camaradas de la entrega absoluta a la Organización», se lee en la memoria interna de la Sección Femenina.

En Barcelona, las falangistas se alojaron en hoteles y no en casas particulares, como cuando se celebró en Segovia. Qué lejos quedaban ya la familiaridad y cordialidad de los primeros años. En el de Segovia, Marichu de la Mora y Pilar Primo de Rivera estuvieron alojadas en la casa de los marqueses de Lozoya, entre amigos. Con el crecimiento e institucionalización de la organización se perdió el inicial aire de familia. El Consejo de Barcelona ofreció una nueva oportunidad a la directora de *Y* de coincidir con Dionisio Ridruejo, queintervino como consejero, y de conocer de primera mano sus afanes políticos y vitales, plagados de descontento y de osadía. No obstante, en la documentación interna de la Sección Femenina no consta de forma explícita que Marichu de la Mora participara en este Consejo. Es bastante probable que asistiera, aunque no ostentara ninguna jerarquía. Después de todo, era la directora de *Y*, una de las publicaciones, junto a *Medina*, dirigidas a la mujer, a la que se quería captar u orientar. La tirada del mensual de *Y* en 1941 era de 17.500 ejemplares en una España que apenas leía. Del semanario *Medina* también se editaban 17.500 números semanales.

En cualquier caso, Marichu de la Mora y Ridruejo se mantenían en contacto, aunque sus encuentros ya no fueran tan frecuentes como en los tiempos de la plazuela de San Julián. A finales de 1940, además, el poeta, decididamente inquieto, experimentó una aguda crisis política y existencial. Poco antes, en septiembre, había acompañado a Serrano Suñer y a su séquito a Alemania, y más tarde, en noviembre, fundó la revista *Escorial*, a la que incorporó a sus principales colaboradores: Lain, Tovar, D'Ors, Masoliver, Pruna, etcétera. *Escorial* fue una de las aportaciones de Ridruejo a la

apertura intelectual que se perseguía desde algunos sectores de la Falange, aunque chocara con la realidad imperante: un pensamiento cavernícola y cainita instalado en las mismas entrañas del Régimen, por un lado, y, por otro, un significativo número de intelectuales de diverso signo desperdigado en el exilio. Fue en medio de esta crisis anímica y desde luego política cuando, ya en 1941, dimitió de su puesto de director general de Prensa y Propaganda. En el ámbito falangista, sin embargo, su poder se mantenía íntegro: pertenecía a la Junta Política y era miembro del Consejo Nacional, órganos de máximo nivel dentro del Partido Único que Franco y Serrano Suñer lideraban. Su dimisión acrecentó, paradójicamente, su predicamento moral en esos órganos de gobierno, ya que en aquella etapa autoritaria no era habitual renunciar a los cargos, y si alguno lo hacía, se arriesgaba a caer en desgracia. No exactamente Ridruejo: su amistad con Serrano Suñer le permitía dar lecciones de ética y estética sin molestar a nadie.

En marzo de 1941, Dionisio Ridruejo emprendió un viaje a Canarias para reorganizar o activar los núcleos militantes de la zona. Al socaire del viaje el político reanuda su actividad poética en un cuaderno que lleva consigo. El viaje es también un pretexto para evocar a su musa, Áurea, a quien le escribe casi a diario. En esas cartas Ridruejo le relata a su amiga el desarrollo del viaje como si escribiera en su propio dietario. Ya en la primera, fechada el 11 de marzo de 1941, alude directamente a Áurea: «Mi obsesión por ella —a pesar del sosiego de los nervios— es incesante. Su presencia teórica me acompaña en cada objeto, voz o paisaje que miro». Después le narra el viaje: veinticuatro horas en tren a Cádiz, seguido de un almuerzo «con Miguel» en Jerez, en la bodega Garvey. A continuación relata un viaje en barco hasta Tenerife, donde le dice que lee mucho y piensa mucho. En un folio que lleva el membrete del hotel Negresco, de Las Palmas de Gran Canaria, continúa con una nueva carta: «He comenzado un libro, hay multitud de poemas […] pero al anochecer me pregunto por mí mismo y prefiero no contestarme. Áurea es un puro sueño».

Estas cartas demuestran que Áurea era ya para Ridruejo una

construcción literaria, un fantasma familiar que lo acompañaba. Da la impresión, además, de que, aunque el poeta diferenciaba claramente a la amiga de la musa, mantenía el juego literario de asediarla con palabras. Su amiga le contesta a estas dos cartas con una nota breve y más contenida. Tras advertir que no lo ve muy entusiasmado con el viaje, le habla de su proyecto de acompañar a su madre a un balneario de Portugal en mayo, sin darlo por seguro. Aunque añade: «Noto que me gustaría y me vendría bien un cambio». Luego le da recuerdos de Pilar, ya que lo echa de menos en las reuniones. Al referirse a otras personas utiliza iniciales. Finalmente se despide, consciente de que lo que escribe parece un jeroglífico, con un rasgo de humor: «Áurea, robusta de salud». Frente a las cariñosas despedidas del poeta, Áurea es más sobria: «Ven pronto».

El 22 de marzo de 1941, Dionisio vuelve a escribir a su amiga a bordo de un vaporcito entre islas que lo llevaba de forma sucesiva de Fuerteventura y Lanzarote a Las Palmas. Es una carta llena de proyectos literarios, aunque se adelanta y le dice que sabe que ella le reprochará su dispersión. No sólo escribe el poeta: el político aflora y asegura que se está volviendo a enamorar rabiosamente de España. Y por último, destaca «la involuntaria compañía de Áurea, sin la que no hay descubrimiento ni entusiasmo ni inteligencia posible. […] Es curioso no poder imaginar nada sin ella, esta especie de confianza incondicional y trágica en su compañía que da a todas mis cosas un aire quimérico. […] Ella va conmigo y justo es decir que ya me importa más esta que va conmigo que ella misma existente, real y alejada». Después de esta confesión poética, desciende a lo prosaico. No le es posible comprar, como prometió, el encargo que le hizo ella de algún producto que escaseaba en España en ese tiempo. La razón es que, en contra de lo que pensaban, allí no había nada que «no pueda encontrarse en la Península», salvo «pan blanco y vida baratísima, cosas que no se pueden importar si no es de contrabando».

El 30 de marzo, el poeta sigue desbordando fantasía desde Santa Cruz de Tenerife. «No cesa mi nostalgia por Aurea. Pero quizá por

influjo de tu intervención y para mi alegría, es una nostalgia purísima, intelectual, espiritual: la nostalgia de la compañía inteligentemente necesaria sin mezcla de turbiedad alguna. […] Lo que quiere decir que me hallo bien y muy libre», escribe dejándose llevar por ese estado de sublimación que impregna la carta. El paisaje de la isla no es ajeno a esta plenitud. Anuncia su vuelta para el cinco o el seis de abril y se despide: «Me voy a dar un mitin».

En el despacho de la revista *Y*

El horizonte inmediato de Marichu de la Mora era el despacho de la Sección Femenina en el que se perfilaba la revista *Y* En 1941, sus páginas destilaban ya una aparente normalidad que buscaba apagar los desgarros de la contienda, pero no lograba ocultar que la muerte latía aún en los frentes europeos. La incorporación dentro de la revista de una sección de toros, símbolo del casticismo, alentaba este proceso de normalización; las páginas dedicadas a que las lectoras formulasen consultas (generalmente de asuntos legales y familiares) se ampliaron. Entre las consultantes aparecían a menudo personas que se habían casado en la otra zona y buscaban regularizar su situación. Sin embargo, de vez en cuando, *Y* sorprendía recogiendo noticias o iniciativas populistas en un país devastado: la Exposición de la España actual en la cárcel de Mujeres de Ventas, abarrotada de presas políticas y condenadas a muerte. Un acto de propaganda un tanto surrealista que, sin embargo, formaba parte de la escenografía retórica del Régimen.

Su sobrina Luisa Isabel Álvarez de Toledo, duquesa de Medina Sidonia, entonces una niña, la recuerda vestida con la camisa azul y la falda oscura. La recuerda, también, trabajando en Almagro como mando de la Sección Femenina. «Hay que tener en cuenta el momento y el contexto. En aquellos primeros años de la posguerra no se respiraba otra cosa: cualquier connotación política o ideológica

sólo podía ser falangista, bien fuera en su vertiente liberal o cerril», explica Álvarez de Toledo. «Era un fascismo con cruz, por distinguirlo del nazismo alemán y en parte del fascismo italiano, aunque éste también fue bendecido por el Papa… Al menos hay una foto, ahora retirada, que quisiera recuperar algún día, en la que se ve al Pontífice bendiciendo los cañones de Mussolini. Dentro de ese ambiente, Marichu era una convencida, no olvidemos la parte social de la Sección Femenina y la labor de los comedores sociales, aunque acabó siendo más una posición de caridad que una verdadera socialización. No enseñaban a pescar… No en vano hay que recordar que en la posguerra se tenía la sensación, de nuevo, de que había dos brazos en la Falange, el del estraperlo y el coche oficial y el de la oposición», analiza.

En los primeros días de mayo de 1941, recién llegada al hotel Grande Borges, en Portugal, la directora de *Y* continúa la comunicación epistolar con Ridruejo con una carta dirigida a su dirección de Madrid de entonces, María de Molina, 6. En el matasellos aparece la fecha del 10 de mayo. Es una carta plácida: acaba de llegar al hotel y redacta la carta sin prisas, haciendo equilibrios —dice—, con la máquina de escribir sobre las rodillas. Se siente próxima a su amigo, pero su tono es muy distinto al que destilan las cartas de él. No obstante, la autora se pregunta, con su habitual gracia y humor, que si algún día se distancian «a quién voy a escribir estas cartas absurdas sin pie ni cabeza pero en el fondo las más divertidas de escribir, pero para las cuales es necesario saber [que] se tiene un receptor de buena fe»[27]. Viaja con su madre, explica. Al paso de la frontera —relata—, coincidieron con una nube de judíos americanos e ingleses que por sus conversaciones y por las etiquetas de sus maletas comprendían que huían de los sitios más dispares. Como en el grupo había niños, sintió pena, pero al mismo tiempo observó que aquellas gentes necesitaban tener el agua caliente muy a mano para utilizarla eficazmente. Aunque se apresura a advertir que hace este comentario alejada de esnobismo y que cualquier aldeana española hubiera pensado igual, no resulta muy afortunado dejarse llevar por las apariencias sin tener en cuenta

desde dónde y desde cuándo viajaba aquella gente. De haber escrito este comentario diez o veinte años después, seguramente no se hubiera expresado así. El paso del tiempo y las nuevas perspectivas históricas la hicieron más humana y tolerante. Al final de la carta solicita que le recomiende lecturas, algo sobre lo que intercambiaban ideas. Antes de despedirse, le da la dirección de su próximo alojamiento, en el Grande Hotel das Termas Luso, Busaco, y desde allí le escribe de nuevo. Anuncia que estarán allí cerca de veinte días. En ese momento, ella y su madre son las únicas huéspedes. Si la vida fuera como en las novelas, señala, «no quiero decirte qué maravilloso encuentro podrían depararme estos bosques [...] pero dada la realidad de la vida, de la cual quizá alguien se alegre, me preparo a una orgía de soledad», lo que «no deja de tener para mí grandes atractivos», aclara. Más tarde le sugiere que le envíe el *Arriba* mientras esté allí, aunque como no confía mucho en su sentido práctico, se lo pide sin demasiada esperanza.

A la vuelta del balneario, la directora de *Y* se encontró con una pequeña conmoción. En la sede de la Sección Femenina, donde Ridruejo cosechaba admiradoras, las noticias volaban. El poeta falangista había decidido irse a combatir contra Rusia. En efecto, en junio de 1941 anunció su incorporación a la División Azul. Era un salto en el abismo. Si su ascensión había sido sorprendente, su voluntario descenso a soldado raso fue igualmente llamativo. Su exaltación falangista estaba en uno de sus momentos álgidos, pero el descontento le impedía encontrar su sitio en aquella España que discurría por cauces ajenos a lo que él soñaba. El poeta expuso a Aurea las razones de su marcha y, aunque en un principio ella le reprochó su impaciencia, terminó apoyándolo si eso lo ayudaba a clarificarse. Tal vez ese alejamiento lo curara de sus obsesiones vitales y amorosas, le insinúa en una carta escrita en julio de 1941 en la que trata de mostrarse ecuánime. Aunque las razones que llevaron a enrolarse a Ridruejo, entonces todavía con veintiocho años, fueron existenciales y políticas, no se puede minimizar la tensión que le producía su insoluble situación amorosa.

En la primera quincena de julio de 1941, cuando la

incorporación de Dionisio Ridruejo a la División Azul era inminente, Áurea le escribe en dos ocasiones. En la primera carta le pide libros, alude a su marcha y expresa su preocupación por el momentáneo alejamiento de quien había demostrado ser un excelente cómplice. Se encuentra en el campo «con los oídos llenos de ese ruido especial» que produce «el silencio desacostumbrado». Se trata de una carta reflexiva y ponderada en la que sale a relucir su mejor prosa. El cansancio del día, añade, «me da una sensibilidad especial […]. Descubro que cada sitio guarda para mí sensaciones pasadas intactas a pesar del tiempo y los sucesos. Hoy está más cerca de hace 6 años que de ayer», reflexiona. En una segunda carta, con fecha de 5 de julio, le envía un pequeño cuento dialogado que empieza así: «Era una princesa y un fiel servidor…». El argumento posee la magia de los viejos cuentos, y los diálogos, aunque aparentemente simples, están cargados de simbolismo: la princesa estaba siempre muy ocupada, y el servidor, aunque fiel, quería que le prestara más atención, quería acapararla. Como ella no podía ni quería complacerlo, el servidor se enfadó, pero finalmente hicieron las paces. Al final de la carta, en «una nota del autor», aclara: «No veas en los personajes delirios de grandeza. Es solamente la influencia del trabajo que ahora hago». Probablemente alude a unos relatos que publicaba con cierta periodicidad en *Y*.

La creación de la División Azul demostró que la normalidad era sencillamente una falacia. La redacción de *Y* se hizo eco del reclutamiento de los soldados. Hombres decididos a prolongar el combate contra los rojos y el comunismo, como si una guerra no hubiera bastado; idealistas como Ridruejo, pero también falangistas de alma bronca o elemental dispuestos a acumular más gloria, es decir, más sangre. Vencidos y vencedores de conveniencia o privilegiados que se habían librado del frente y que ahora necesitaban demostrar su heroísmo. Así se nutrió gran parte de la División Azul. Con esa furia contenida o explícita y la necesidad de pagar a Alemania su ayuda anterior se adentraron en la Europa del Este sus soldados. Dispuestos al doble sacrificio de apoyar la neutralidad oficial del Régimen y mantener su entrega incondicional

en sordina.

El número de *Y* de agosto de 1941 publicó un reportaje sobre las enfermeras de la División Azul, anticipando su valor de heroínas, e instaba a las lectoras a apoyar la campaña contra Rusia. Un tiempo oscuro, esforzado y progresivamente gélido, conforme avanzaba el otoño, convivía en las páginas de *Y* junto a las modas efímeras, el arte de colocar los cubiertos en la mesa o la etiqueta social que debe seguirse en las cenas. Dionisio Ridruejo, miembro de esta élite voluntariosa de soldados que formaban la División Azul, estaba presente en muchos momentos del quehacer diario de la directora de *Y* Mientras componía un artículo, elegía una foto o daba una orden a una colaboradora, Marichu recordaba que tenía que escribirle esa tarde una carta, o tal vez recibiría una de él. Desde Madrid, desde el despacho de *Y*, Marichu vivía los avatares de la División Azul. Desde su campamento alemán y más tarde ruso, Dionisio compartía, asimismo, las vicisitudes, ocurrencias o exabruptos de su amiga. Sus cartas filtraban sus vidas y no sólo sus emociones. Su correspondencia fue un ejemplo de complicidad perfecta que tropezó con un correo poco fluido y sometido a censura. Dionisio, bien relacionado con las altas esferas y febril escritor, tenía más posibilidades de comunicarse: algunas cartas las enviaba a través de Ramón Serrano Suñer, o de amigos como Xavier Echarri y Pepito Rosado, y otras a través de la valija diplomática cuando escribía desde Berlín. En el Archivo General de la Guerra Civil de Salamanca se hallan depositadas al menos tres notas manuscritas de Ramón Serrano Suñer a De la Mora acompañadas de cartas remitidas por Ridruejo. En la primera nota le anuncia una carta de «nuestro pequeño y ejemplar camarada, Dios permita que pronto lo tengamos aquí». En otra, con membrete de ministro de Asuntos Exteriores, le explica que hace unos días le llegó una carta para ella, junto con otra para él, «de quien ha sabido conquistar el respeto de todos los que han sido testigos de su conducta de soldado superior a sus fuerzas físicas». En una tercera, Serrano Suñer se excusa por haber tardado en entregarle por manos seguras «esas cartas que vienen de persona que nos es tan querida y a quien mi

mayor deseo es ayudar en todo». En esta última carta se refleja el gran aprecio de Serrano Suñer a Ridruejo y su capacidad diplomática y conciliadora cuando la ocasión lo requería. Entre líneas alude a algún malentendido o discrepancia anterior con Marichu, y no le duelen prendas en aceptar que él pudo equivocarse. Al final, una pequeña ironía: «Quisiera que estas líneas te resultaran más inteligibles que algunos editoriales de *Arriba*». Y se despide así: «Fiel a los deberes que nos impone un juramento común tantas veces traicionado por tantos, te saluda tu amigo y camarada, Ramón». Y debajo: «El lunes hay valija para Berlín».

En el archivo que reúne la documentación política de Ridruejo, depositado en Salamanca, se encuentran dos cartas más de Serrano Suñer a Marichu de la Mora. En una que lleva fecha de 26 de agosto de 1941, Serrano Suñer se refiere a un artículo alusivo a él que la dirección de *Y* le mandó para contrastar la información y para que hiciera las correcciones pertinentes; en otro, sin fecha, comenta un reciente viaje a Berlín: «Se ha consolidado una amistad y sin peligros estamos presentes donde la ausencia sería el cretinismo y el suicidio», afirma. Serrano Suñer añade que desde Berlín ha escrito y enviado alguna cosa a los soldados españoles, a los que quiere ayudar. «Personalmente, con Hitler me he ocupado de sus problemas; veremos si por fin se resuelven», aventura. Es un misterio por desvelar por qué Ridruejo guardaba estas cartas de Serrano Suñer a De la Mora. Es de suponer que ambos se intercambiaban información y que en un algún momento le mostró o le reenvió estas notas.

La odisea de la División Azul y la beligerancia contra Rusia se reflejaron de forma preeminente en la revista *Y*. En el número de septiembre de 1941 se hacía referencia a «los crímenes de los rojos, horrendos e infinitos, que asolaron a España en una orgía de sangre desconocida en la Historia». El lenguaje belicista volvía. Además de la información oficial se publicaban reportajes sobre las camaradas enfermeras que marcharon hacia la estepa, y se pide a las lectoras que tejan pasamontañas para combatir el frío de los soldados. Sin duda, a Marichu le hubiera gustado ir a cubrir estas informaciones

hasta el mismo frente o la retaguardia de Berlín. Sus deberes familiares y su condición de directora debieron de impedírselo. En cualquier caso, obtuvo casi a diario una información detallada y nítida de lo que vivían los soldados: Dionisio Ridruejo le enviaba sin tregua cálidas cartas llenas de amistad y devoción.

Desde Alemania

Desde Alemania, antes de ir al frente, el poeta inicia así una de sus primeras cartas, escrita a lápiz: «Últimamente las olas por Aurea comienzan a ser marea alta y diluvio universal. Desconfío por costumbre de la reciprocidad», escribe. En la siguiente carta narra el viaje. En Hendaya «nos sometieron a una desinfección general que era bastante humillante», además de algo penosa teniendo en cuenta la hora: las cuatro de la mañana y tras dos días sin sueño. «Era de ver aquella asamblea de hombres de todos los calibres y pelajes esperando la ropa en cueros vivos en una especie de teatro con sus bancos alineados», continúa. En una carta con fecha de 27 de julio, el poeta, como cualquier soldado real, reclama a su amiga cartas que no llegan y le anuncia que ha cambiado de campamento y de compañía. Está destinado en antitanques y le da su dirección: «División española de voluntarios, Agrupación divisionaria de antitanques, 2.ª Compañía, Ministerio del Ejército». De nuevo, el recuerdo de la amada ideal lo ayuda a sobrellevar la lejanía de su tierra, ese destierro voluntario que se ha impuesto. «Pienso en Áurea no como un ser que existe lejos y realmente […], sino como un ser inmutable y fiel […]. Con esta Áurea puedo dialogar sin que nada me estorbe, nada, ni mis sentidos siquiera». Más adelante, reitera: «Agradezco a mi amiga su existencia, su simple existencia que me basta como razón para vivir y para exponerme sin amargura alguna a dejar de vivir si ésa es la suerte». Sobre el ambiente, apunta: «Vivimos en el centro de un ejército colosal, casi penoso de tan

perfecto», y observa «la desproporción entre la inteligencia inmensa que revela tan perfecta organización y […] la impresión directa de elementalidad torpe de cada individuo que conoces». Antes de finalizar, le cuenta que su madrina de guerra, Casilda Mayalde, le había regalado una pluma para que escribiera con ella en vez de usar lápiz, y a la vez le pide cigarrillos, libros y alguna foto. No hay duda de que el inquieto Ridruejo no se conformaba con el madrinazgo de la generosa Casilda Mayalde: trataba de que su lejana y querida amiga se convirtiera también en una segunda madrina adicional.

El 9 de agosto confirma que ha recibido al fin una carta de ella y, animado, le pide que no deje de contarle lo que le acontece. Es lo que hace él, registrar sus vivencias en las cartas que le escribe. La que ha empezado ese día queda interrumpida porque acude al cine. Cuando la retoma, cuenta que, al terminar la película y redescubrir el paisaje exterior, experimentó un instante de desmoralización: «Se sentía uno […] rueda o pieza de una máquina feroz, inhumana, inútil, absurda. Por un instante parecía estúpido abandonar aquello otro natural y apacible, aquello que era la vida, por esto otro, duro, violento, agrio y limitado de donde cualquier día se podía salir a una muerte repentinamente sin sentido». El soldado se transforma en un escritor incontinente, y el 14 inicia otra carta en la que anuncia que ha vuelto a escribir versos, quizá porque ella se ofreció a leerlo si lo hacía. Le comenta también que entre los periódicos que les llegan ha visto alguna vez *Fotos*, donde su amiga colabora. «Leo con asiduidad que te maravillará la sección de modas. Empiezo a cobrarte estimación literaria», apunta. El 18 de agosto lanza una nueva carta, contento porque, a fuerza de pedir, su amiga ha vuelto a escribirle. «Nadie escribe tan buenas cartas sobre la tierra». Pero además, «¡qué ser más divinamente gracioso eres! […] Nada de esquinada, de compleja y de fría. Nada de eso. Todo lo malo que hay en ti es una pura necesidad de estilo. Tu supuesta maldad —especialmente para mí— no es otra cosa sino el signo de tu genio personal. Lo que tú tienes es el genio de la travesura, el ingenio frívolo y maravilloso —inteligentemente simple— de la malicia y, por tanto, la más inmensa capacidad de delicia y bondad. Ahora, sólo ahora,

comprendo cuánto me he divertido contigo, cuánto me divierto […]. Eres como mi circo milagroso». Al despedirse, anuncia que se va de permiso a Berlín antes de ir al frente.

En las siguientes cartas, el poeta acrecienta la dependencia epistolar de su amiga. La proximidad del frente, la aureola de héroe que ya lo envuelve y el empeño en ganarse la atención de Áurea multiplican su necesidad de comunicación. Aunque su amiga vivía en una situación anímica mucho más calmada y no carecía de ocupaciones, no pudo resistirse a esa marea de peticiones del soldado, aunque en algún momento pudiera abrumarla. Por esos misterios que a veces envuelven la existencia, podría decirse que mientras Dionisio Ridruejo estuvo en el frente ruso su amiga le devolvió a través de sus cartas aquel consuelo y apoyo que él le brindó primero de forma incondicional cuando ella se encontraba sola y aturdida en Salamanca.

El soldado escribe una nueva carta entre el 18 y 19 de agosto, alojado en casa de los embajadores de España en Alemania, «Pepe y María», añade, dando pruebas de amistad y familiaridad. Su coquetería está en alza, y está encantado de que Áurea haya atendido algunas de sus peticiones de cigarrillos, coñac, etcétera. El 21 de agosto, su última noche en Berlín, una nueva anotación para Áurea durante esas horas de vigilia que incitan a la nostalgia. El 22, ya en camino, continúa el relato iniciado la noche anterior. El poeta alude a la inminencia de la guerra y la aventura que implica, siendo consciente de que no es la aventura total y desaforada, sino la de ser soldado, algo por lo que no sentirá nostalgia, pero que asume en ese momento plenamente. «Por gusto, amiga mía, estaría dándole vueltas a estas cosas muchos pliegos aún», admite, pero prefiere ir al lenguaje sencillo de la amistad. Luego se refiere a la hipótesis de que ésa sea la última carta que le escriba, y hace balance de cómo debería abordarla: «Desde el punto de vista humano […] una carta de gratitud y memoria. Desde un punto de vista moral y religioso, una súplica de perdón y una dedicación leal de mi sacrificio a tu virtud. ¿Cómo podría escribirse con verdad la última carta? […] Lo mejor es no suponerlo siquiera». En cualquier caso, Ridruejo termina

apostando por la vida, que es por lo que se combate, recuerda, lejos de ese canto a la muerte que persiguen «los que no pueden con la vida» o «la desprecian».

Hacia Rusia

El poeta aprovecha un correo que se dirige a Berlín para enviar unas líneas a su amiga en una carta sin fecha en la que cuenta que la víspera pasaron por Minsk y que se encuentran ya a cinco kilómetros del cuerpo del ejército, y por tanto «a la entrada del fuego». Le manda también unos versos. El 19 de septiembre, en otra carta redactada de forma apresurada para enviarla en un correo que sale ese día para Berlín, le cuenta que en Minsk se encontró con el primer espectáculo de la guerra: «La ciudad terriblemente destruida, un pueblo confuso y mal vestido y la entraña del comunismo con su tenacidad y su impotencia última por lograr una expresión, un estilo y una vida». Añade que vive sobre un paisaje de aldeas de madera y campos inmensos, con una sensación de «soledad planetaria» que elimina otras soledades sonoras… Explica que lleva un pequeño diario y le cuenta una anécdota: algunos compañeros que durmieron en una aldea en una habitación única junto a un matrimonio, sin parapeto alguno, comprobaron cómo la pareja se comportó con naturalidad genérica como si estuvieran solos. «De guerra sé menos que tú: no tengo periódicos, no nos dan explicaciones. Mejor. Sé únicamente lo que pasa en las zonas próximas y rumores y conjeturas. […] No sé si te escribí que mi agrupación forma ahora con otras el grupo de asalto de la división. Iremos pues en constante vanguardia, asaltaremos los frentes obstinados y combatiremos contra tanques. El tiempo se presenta casi demasiado halagador respecto a nuestras energías». Es evidente que quiere que ella se sienta orgullosa de él, quedar ante sus ojos como un héroe esforzado. «El otro tiempo, el del frío, comienza a ser feroz, helado». Luego

pasa a lo que denomina las peticiones de soldado, en especial que se mueva para que le lleguen sus cartas. «Que Ramón mueva cielos y tierra para que esto se arregle porque es la pesadilla de todo el mundo». Insiste de nuevo para que le mande libros, coñac y algo de abrigo. Respecto a los versos, le advierte que pueden leerlos Lain, Xavier, y amigos próximos, pero le pide que sea ella quien los guarde: «Son tuyos».

En una carta sin fecha vuelve a aludir a esa Aurea «que viene conmigo a través de la estepa». Y añade, con plasticidad poética: «Desde esta cumbre de amor, todo lo otro, lo circunstancial, lo discutible, lo prohibido, es fácil de renunciar». En un recuadro fuera de la carta, al final, le agradece su aliento y termina así: «Ahora, señores, pueden seguir ustedes disparando».

Ridruejo no necesitaba más que un papel y un lápiz para ponerse a escribir. Relatar, crear y pensar por escrito era, para él, lo más fácil y natural del mundo, y en consecuencia, no sólo llenaba cuartillas para Áurea. Desde Rusia mantuvo correspondencia con Ramón Serrano Suñer y Pilar Primo de Rivera. Pero Áurea era, para él, la interlocutora más adecuada y constante, y también la más ingeniosa. En *Casi unas memorias* atribuye su interés por lo femenino y su facilidad para comunicarse y para crear lazos de amistad con las mujeres al haber crecido entre ellas, en referencia a su madre y a sus hermanas. Su padre se casó a una edad avanzada con una joven que era a la vez su sobrina, además de ser la futura madre de Ridruejo, y falleció siendo el poeta muy niño. En el primer año de la guerra civil volvió a convivir en una casa en la que sólo había mujeres. Su hermana Laly (Eulalia) fue reclamada también por Pilar Primo de Rivera a Salamanca y vivía con otras camaradas en una pensión cercana a la Universidad. Como Dionisio estaba soltero y tenía que moverse también en pensiones, su hermana y sus compañeras lo aceptaron como compañero de piso. El poeta describe así la naturalidad de trato entre ambos sexos que se respiraba en la pensión:

> Estas muchachas eran María José Viñamata, nostálgica de su

> Cataluña amenazada; Carmen García del Salto, jerezana de carácter sereno y gracioso; Justina Rodríguez de Viguri, que tenía —decía yo— cara de monaguillo y se iba a casar con el archipuro Narciso Perales, y Pilar Lago, que hablaba, miope y fina, de las camelias gallegas. Todas ellas decidieron que me instalara en una habitación que quedaba libre en la casa y que —lo recuerdo— tenía en la alfombra de la cama un león tejido, fiera desmesurada para quien más bien se acababa de instalar como gato domesticado. […] A la pensión iba con frecuencia Perales y también Javier Conde, que había salvado la piel en Sevilla a pesar de ser discípulo predilecto del profesor socialista Pedroso. Y creo que alguna vez pasaron por allí Rodrigo Uría, que aún vivía en Asturias, y Pedro Lain, que se había instalado en Pamplona, donde publicaba sus doctas pero todavía ingenuas «silvas de varia lección». […] La compañía de las mujeres me ha sido grata siempre y nunca me ha causado embarazo a causa de aquella habituación. Acaso por eso pude salir tan irremediablemente normal de mis pasajes por los internados viriles, que son la cosa más árida del mundo. *[Casi unas memorias*, pág. 102].

El 14 de octubre, el poeta soldado agradece la llegada de dos cartas de Áurea después de casi dos meses sin noticias. Pero, curiosamente, una es alegre y la otra no tanto, anota. «Debíamos guardar borradores de las cartas propias para que sus ecos o réplicas nos fueran plenamente inteligibles, el diálogo pudiera prosperar. Tu carta alegre, naturalmente, no hay que comentarla. La otra, que pudiéramos llamar de adoctrinamiento, la leo también con alegría, y un poco menos que la otra, me emociona». En cualquier caso, «me divierte —como el sello de una autenticidad amada— esa manera tuya tensa y ferviente de ajustar las cuentas». Le advierte que, aunque los poemas que envía son melancólicos, no es ése su estado natural en el frente. «Ahora ya pasó el enamoramiento físico de España que habrás advertido por hostilidad al crudo paisaje nuevo», aclara. Días después, en una nueva carta, matiza su réplica anterior: «Tus dos cartas son las de dos personas distintas, las dos distintas que se me han aparecido siempre: una la que es como una conciencia severa y luminosa —aunque pueda funcionar sobre hipótesis equivocadas— y siempre bienhechora dentro de lo que pudiéramos llamar su dureza apasionada. La otra es la criatura que

es un poco ave y un poco cántico: diversa, ligera [...] prodigiosamente ingeniosa, alegre». Las aclaraciones continúan en una nueva carta fechada el 25 de octubre, en la que asegura que no es cierto que piense que desde España se les tiene olvidados, como podría desprenderse de algunos de sus comentarios. «Ramón [Serrano Suñer] me dice lo mismo [...]. Me he lamentado algo de la incomunicación. Esta ha sido realmente casi absoluta. Pero ni por un instante he puesto en la incomunicación la menor sospecha», matiza. El poeta agradece a su amiga los elogios que le traslada por sus poemas, al tiempo que trata de dar respuesta a su interés algo inquisitivo sobre su estado de ánimo. «No hay estado de ánimo que resista sin variaciones ni contradicciones constantes. Pero lo más cierto es que no hago comedia heroica ni elegante de mí mismo: estoy alegre porque generalmente lo estoy, y de buen humor porque tengo poco de qué quejarme una vez situado en una vida de condiciones determinadas. [...] Estoy más delgado, pero creo que también más fuerte. Anteayer mismo he resistido —con gran peso sobre mí— una caminata nocturna de más de veinte kilómetros con lluvia semihelada y fango hasta el tobillo y luego la pequeña acción consiguiente. [...] En confianza te diré que lo que no me divierte del todo es la perspectiva de un invierno entero de campaña. [...] Pero si sucede lo llevaremos con calma. [...] No pienso para nada ser una excepción y no seré de ningún modo el primero en volver», afirma.

El 30 de octubre le escribe bajo el sonido de dos o tres cañones rojos que se dirigen a las carreteras y ferrocarriles cercanos. Él está bajo techo, pero los cristales de la ventana de la habitación en la que escribe retiemblan. Desde esos cristales observa una nieve tenaz. Se queja, sin embargo, de que su unidad, a pesar de ser de vanguardia, no es muy requerida últimamente, ya que el enemigo no había llevado antitanques a ese frente. En una nueva entrega del 10 de noviembre anuncia que van a trasladarlos al sur de Ucrania. Su hermana le ha mandado algunos números de *Medina*. «Veo en algo un poco de tu mano, o una vaga imitación de ella». También ha leído en *Fotos* un artículo de Marichu de la Mora sobre buenas

maneras en sociedad, y las reglas para cuando se invita a comer. Le alaba ese toque frívolo y ligero que ha descubierto en ella. Aunque él reniega de la «frivolidad envanecida» y petulante, considera necesaria y saludable en la vida social «esta espuma leve y grata de lo que apenas nos importa». De los poemas que le ha enviado a ella, sólo quiere que se publique un soneto a España que termina así: «El ansia cierta de volver a verte». Le confiesa que no quiere que se publique en *Y*. «Dáselo a Escorial, o a Vértice…», le ruega.

Desde España se sigue con atención la campaña nazi contra Rusia. Una Alemania derrotada arrastraría en su flanco sur probablemente al Régimen franquista. El 19 de octubre, con los alemanes bombardeando Moscú, Stalin proclama el estado de sitio en la capital. Se habla de encarnizados combates en el frente ruso, y a la población le llegan los ecos de las primeras bajas. En la redacción de *Y* crece el interés por la suerte de la División Azul. Al menos las noticias fluyen. El 9 de noviembre, Ridruejo redacta una nueva carta para su amiga en la que le habla de momentánea inactividad, de impaciencia por ir al combate. Mientras tanto, él y sus compañeros «comidos de rabia» esperan dentro de las cabañas de campesinos rusos que habitan. «Cuando reflexiono en frío sobre España con ayuda de noticias reales sufro bastante. No obstante vuelvo a mi juego de pensar en abstracto y por mí mismo y me entusiasmo otra vez», añade. La espera dura poco. Las siguientes cartas hablan ya de acciones bélicas, de proximidad al fuego. En la carta del 23 de noviembre, confiesa: «Llevo diez días de vida durísima. El peligro está siempre a punto, tensando los nervios […]. Es la plena aventura, algo que no tiene mucho que ver con la guerra técnica y científica y que nos suprime su visión […]. Han sido seis días de combate incesante, infernal en que cada soldado ha sido capitán de sí mismo y cada capitán tirador simple», cuenta contagiado de entusiasmo. Su amiga le ha hecho llegar, entretanto, unos cigarrillos y un libro de san Francisco de Sales, patrón de los periodistas. El 25 de noviembre, el héroe agradece el detalle «desde el claro de un bosque espeso y enemigo, en una posición que oscila entre un monasterio arruinado y un pueblecillo destruido […]. El

libro de san Francisco que me enviaste —único que llegó— me acompaña, pero no lo puedo leer». La carta se convierte en un vibrante relato: «La nieve hace claros no sólo los días, sino las noches, que son bellísimas. En algunas marchas nocturnas, bajo cielos estrellados y sobre la nieve o pasando el río helado —300 metros de río—, con resplandores de bombardeos, me acordaba mucho de ti, porque era inmensamente hermoso a pesar de todos los inconvenientes». En conclusión: «No estoy en el paraíso y me gustaría terminar pronto. Pero tengo cuerda para terminar tarde». Añade que le ha escrito también a Ramón [Serrano Suñer] sus impresiones y opiniones sobre el desarrollo bélico. Finalmente le agradece sus cartas y «toda tu actitud espléndida, justa, emocionada y leal».

Ridruejo había realizado ya algunas incursiones en los frentes españoles durante la guerra civil, ya que de vez en cuando abandonaba el despacho y se marchaba unos días con Miguel Primo de Rivera. Pero la epopeya rusa era algo decididamente delirante. Manuel Penella, en su biografía sobre Ridruejo, escribe que el poeta afrontaba el aguanieve del otoño ruso contra su rostro mientras caminaba «con varias cintas de balas cruzadas sobre el pecho, con dos cajas de munición colgando del cuello, con dos cañones de repuesto para una ametralladora, con el trípode de la misma, con su macuto, con su manta enrollada, con su pedazo de tela impermeable, con su casco, con sus pesadas botas, con su pistola, con el libro de poesía de Antonio Machado y con la biografía de san Francisco que le había enviado Áurea»[28]. A menudo, las piernas se le hundían en el barro hasta la rodilla.

El agotamiento

El 17 de diciembre, Dionisio le escribe un pormenorizado relato desde un hospital, situado entre el frente y Berlín. No está herido,

sino enfermo, precisa. Debido a esa peripecia y a sucesivos traslados, ha recibido casi a la vez varias cartas de Áurea, las primeras con fechas del 1 y 7 de noviembre. «Una de ellas larga, maravillosamente divertida, muy de noticiario ameno y llena de gracia; era la de las cláusulas numeradas»[29]. Otra, en vísperas de su salida a Otenskij, «un poco preocupada», y una más del 20 del mismo mes, que le entregaron estando ya en el hospital. El poeta no oculta su satisfacción de niño egoísta y algo consentido, aunque sin duda encantador, cuando le agradece a su amiga que le haya enviado un chaleco y unos guantes y un paquetito de chocolate. Por fin le llega algo más sustancioso que el libro de san Francisco de Sales. Pero dado que está convaleciente y tiene mucho tiempo por delante, comenta sus últimas cartas. «No creo que tenga comparación posible tu maestría literaria en el género. Yo para mí no prefiero ya otra lectura. […] Hay en ellas tales ingredientes de sencillez, de alegría ingenua […], de delicadeza, de melancolía, a veces de amargura […] ya veces de frivolidad justa y llena de frescura, que me encuentro ante cada una refrescado, fortalecido, contento…». Después de este preámbulo, inicia el relato de los últimos días y de las vicisitudes que lo llevaron a enfermar. Aunque su posición había estado estabilizada unos días teniendo como línea defensiva contra el enemigo el río Wolchow, hacia el 12 de noviembre les ordenaron avanzar y salir hacia el combate. Con anterioridad, ya había pasado el río el primer batallón del Regimiento Esparza («la unidad más falangista de todas», anota) y se había intensificado la colaboración con los alemanes hacia posiciones más avanzadas. Ahora les tocaba el turno a la compañía de Ridruejo, y hacia el 17 de noviembre los llevaron a la posición de Otenskij y Possad. Fue en estos lugares donde fueron atacados por el enemigo en sucesivas oleadas. «En Otenskij se les rechazó de firme», explica, por lo que el combate duro «se concentró en Possad».

En Possad se sienten cercados y aumentan las bajas. Para colmo, tienen que operar en circunstancias penosas, relata. «Nuestras armas no funcionan: fusiles y ametralladoras están inservibles. En nuestro puesto ya no rigen más que las bombas de mano y los dos

antitanques, éstos son una arma maravillosa con las que se hace caer filas de hombres. Animan bastante. Estoy quemando los últimos cartuchos, me tengo mal de pie y tengo fiebre». No quiere abandonar, aunque reconoce que si el enemigo dejara de atacar, no tendría que hacer el servicio. Pero el oficial se da cuenta de su estado y le exige que se marche. Aún puede salir por su pie, y en camilla sería más peligroso. Lo trasladan a la posición intermedia y luego a Otenskij. Lleva unos días sin comer y varios sin dormir y se desvanece. Cuando despierta se encuentra en el hospital de campaña. Pesa 40 kilos. Allí se entera de la retirada escalonada de sus compañeros. Se lo escribe a su amiga desde Riga, donde se recupera. Dos semanas de reposo le han valido ganar unos kilos y pesar ya 43. Sus compañeros andan muy diezmados. «De mi sección —33 hombres— no quedan en pie más que 7. De la compañía [160 hombres] no llegan a 40». Consciente de que ha sido su debilidad lo que le ha salvado de la metralla y de la muerte, reflexiona: «Mi debilidad me prestaba valor, la irritada lucha contra ella me hacía estar en una forma moral muy tensa y bastante tranquila». En medio de esa lucha entre la fragilidad física y la necesidad de mantener el aplomo, «la guerra del alma se resolvió el primer día», explica. Su musa estaba presente en el último rincón de su conciencia y «de ningún modo pude formular un acto de renuncia o de tibieza», sostiene. «Me puse contigo en manos de Dios», resume.

Mientras le narra este lento regreso a la vida, la Navidad se acerca. El poeta cuenta a su amiga que ha aceptado ir a Berlín al día siguiente de Nochebuena para descansar y no pecar de imprudente. Por nada del mundo piensa abandonar a su suerte a sus compañeros, los pocos que quedan ya después de la catástrofe. Después de tanto ansiar el combate, éste se había producido en las peores condiciones, sin medios, sin ayuda aérea, y finalmente sin esperanza. El 28 de diciembre, mientras se recupera, escribe una pequeña postal a su amiga: «(Mis inocentes 1941). Feliz año, que también se puede ser feliz en el tumulto». Pocas semanas antes, Ridruejo había cumplido veintinueve años. La ansiada madurez se acercaba lentamente a su vida aunque aún no la tocara.

Dionisio Ridruejo se restableció en Berlín de forma bastante satisfactoria. Sus compañeros y superiores no permitieron que volviera al frente. Después de todo, poco había que hacer ya allí, y el poeta regresó a España envuelto en la aureola de héroe. A salvo y a la vez entronizado en el círculo de los valientes. Volvió frágil y en los huesos y ese aire enfermizo acrecentó su carisma. Volvió transfigurado. En su convalecencia en Berlín, Ridruejo había vivido una experiencia amorosa inesperada y perturbadora que marcaría su vida. Había conocido a la bella y sensual condesa Von Podevils, alias Hexe, es decir, *bruja*, como la llamaba familiarmente. Era hija de un embajador que había vivido en un país latinoamericano y hablaba un español envolvente. La aparición de esta condesa nazi en su vida representó para él el encuentro con la carnalidad y el sexo, durante meses y meses sublimados. Casada con un hombre volcado en los negocios e interesado en el wolframio español y madre de dos hijos, vivía prácticamente sola y no tenía los reparos ni las limitaciones sociales que Áurea. Las costumbres de la Alemania nazi eran mucho más laxas que la timorata moral nacionalcatólica española. Mientras que en España se vivía un retroceso de las libertades conquistadas en la República y, paradójicamente, en la guerra civil, en Alemania, la tolerancia sexual era uno de los pocos escapes posibles en un universo corrompido en el que el genocidio y la infamia se aceptaban con fatalidad. El poeta mantuvo con la condesa nazi un apasionado romance que continuó en España. Mujer sin demasiadas ataduras, Hexe no tuvo reparos en seguirlo. Los que han leído los poemas de Ridruejo dedicados a este amor turbulento manifiestan que el erotismo que traspasan nada tiene que ver con los dulces e idealizados versos dedicados a Áurea. El poeta vivió esta relación como una riada irresistible y avasalladora que sólo las cartas de Áurea podían detener, matiza Penella en la biografía de Ridruejo. Pero Áurea, en realidad, apenas ofrecía nada nuevo más que una inteligente y leal amistad salpicada de momentos de dicha en lontananza. Entretanto, Hexe, con sus encantamientos, reaparecía.

Ridruejo volvió a España en la primavera de 1942 y al pie del avión lo esperaban Serrano Suñer y Pilar Primo de Rivera, junto a

sus amigos Xavier de Echarri y Samuel Ros. Aunque siempre fue un hombre menudo, pesaba sólo 35 kilos, por lo que pasó parte del verano recobrando peso y fuerzas en el parador de Gredos (Ávila). La amistad epistolar con Áurea se mantuvo, pero ahora era el poeta el que iba a remolque: no sabía cómo explicar el cúmulo de cambios que se estaban operando en él. Algunos ni siquiera él mismo los conocía. Áurea intuyó esta metamorfosis, y en todo lo que suponía madurez y realismo, la aplaudió. Pero acusó también en sus cartas cierta decepción por la diferente actitud que se apreciaba en el poeta: tan cerca en la lejanía, y tan distante en la proximidad. En sus cartas se refleja su interés en que el amigo engordara y se restableciera, pero a través de ellas se colige que muchos de sus planes comunes para encontrarse ese verano en La Granja o en algún otro lugar frecuentado por sus amigos no prosperaron. El poeta se hallaba asediado por admiradores y curiosos, y su amiga entendió con total lucidez que él cortaba amarras con el pasado. Era tiempo de hacer balance, y Áurea se alegraba de haber tenido siempre las riendas de la relación en sus manos y de haber evitado enamorarse. «Yo enamorada soy pesadísima y como amiga soy encantadora», le escribe en junio de 1942. «Me siento en pleno idilio con la Libertad. Quizá tengas tú razón y haya que avergonzarse de perderla», añade. Más adelante aclara que lo admira y le quiere por no recurrir a los argumentos «encima de loque he sufrido en Rusia», pero le reprocha que se prodigue tanto por ahí desde su vuelta. «¡Odio a la Sección Femenina y en especial a tus hermanas que "me boicotean"!», exagera sarcástica.

En esta interesante carta sale a relucir la visión que Áurea tenía de sí misma en su relación con los demás. Aunque la imagen propia a menudo está sesgada por lo que nos llega del otro, Áurea se nos revela como una mujer poco dispuesta a permitir que nadie, y desde luego tampoco un hombre, rompa su equilibrio. Lo que no impide que reconozca que en algunos momentos le gustaría ser menos fuerte y un poco más embaucadora. A pesar de la gracia que desplegaba en el trato social, no se consideraba precisamente una mendigadora de afecto. Emilio Sanz de Soto atribuye a Carmen

Laforet esta característica[30], en el sentido de que la autora de *Nada*, a pesar de su timidez, buscaba con avidez el cariño de la gente que selectivamente le interesaba, al tiempo que no era consciente del interés que podía despertar en quien ella misma no había reparado. Constancia de la Mora, más impulsiva que su hermana Marichu, tenía cierta habilidad para mostrarse pedigüeña e insistente en sus relaciones personales. Áurea, por el contrario, pensaba que más que pedir afecto, lo suyo era «montar defensas y encastillarse». Curiosa manera de abordar el juego de la seducción por parte de estas tres mujeres de personalidad dispar: Carmen Laforet ejercía una seducción selectiva y algo ingenua; Marichu, a pesar de su sociabilidad, mantenía distancias a fin de llevar las riendas, y Constancia, habituada a persuadir, acababa siendo impositiva. La fuerte personalidad de las dos hermanas, paradójicamente, lastraba esa capacidad de seducción que en Marichu era algo natural y en Constancia una inclinación a solicitar la atención de sus amigos. El dilema entre mandar o amar, desear o ser deseada, recorrió las vidas de ambas hermanas. A pesar de lo distintas que fueron, con frecuencia quisieron aunar ambas cosas: mandar y amar, aunque en dosis distintas. En consecuencia, prefirieron ser sujetos y elegir antes que limitarse a esperar.

Áurea escribió varias cartas al parador de Gredos entre junio y julio de 1942. En algunas sólo aparecen los días de la semana y la fecha, pero sin especificar el mes. En la que inicia el 18, jueves, le habla a Dionisio de una función de teatro infantil que quiere escribir con él para presentarla a un concurso. El premio es de 2.000 pesetas, recuerda, cantidad no despreciable para la época. Le insta a pensaren el argumento, ya que el plazo acaba en julio, advierte, y le dice que le hace ilusión ganar dinero juntos. En ese aspecto coincidía con Ridruejo: le gustaba trabajar al alimón con la mujer que le interesaba en cada momento. Con Hexe tradujo al español a Rilke; años después, su esposa, Gloria Ros, pintora, colaboraría de vez en cuando con él. Juntos tradujeron a Pía al castellano. Además de aludir a la obra de teatro, que, al menos, sí llegaron a pergeñar juntos, su amiga le envía el artículo que ha escrito para *Semana*. «Sé

un ángel y repásame un poco por favor la Sintaxis y demás parte de la Gramática. Gracias». Aunque a Marichu le gustaba *delegar* en su amigo algunas cuestiones prácticas, no siempre era ella quien solicitaba ayuda ante dudas gramaticales. En otra carta, es Marichu quien le comenta que le ha corregido una errata en un poema listo ya para publicar.

La camaradería y la necesidad de comentar juntos los acontecimientos sobrevivirán por un tiempo a los virajes que le aguardan a Ridruejo. Sin embargo, aunque su amistad perduró hasta el final de sus días, ese verano quedó claro que Ridruejo iba a seguir un rumbo en el que Áurea se agotaba como figura poética.

Adiós a la gran simulación

El 7 de julio de 1942 el poeta decide soltar lastre y envía una carta a Franco en la que le dice que se aparta de un Régimen en el que la Falange y la revolución han quedado ahogadas. «La Falange es simplemente la etiqueta externa de una gran simulación que a nadie engaña», escribe. «Cumplo con mi conciencia presentando ante V. E. y sólo ante V. E. mi más absoluta insolidaridad ante todo esto. Esto no es la Falange que quisimos ni la España que necesitamos», sostenía en la carta.

Poco después, el 15 de agosto, el llamado incidente de Begoña reforzó su decisión de alejarse del poder. Un enfrentamiento entre carlistas y falangistas en Begoña, en el que los últimos tiraron dos bombas, provocó un cataclismo en el Régimen: Franco se vio obligado a actuar de árbitro duro entre monárquicos y falangistas. Juanito Domínguez, un botones falangista que, según el sentir de Ridruejo y de otros de sus camaradas, había luchado como un héroe en la División Azul, había tirado la bomba que explosionó y fue fusilado. Las peticiones de clemencia de Serrano Sufier y de Ridruejo no se atendieron. Poco después, Ridruejo escribía a

Serrano Suñer para anunciarle su renuncia a sus cargos en el Consejo Nacional y en la Junta Política, a la vez que se despedía de toda representación pública. Su atrevimiento fue tal que hasta dejó la dirección de la revista *Escorial*, el único trabajo que le proporcionaba un sueldo. Tanta osadía tuvo una respuesta: en el otoño fue detenido y llevado esposado a Ronda. Allí quedaría confinado hasta nueva orden.

Inicialmente fueron casi unas vacaciones: se alojó en el hotel Victoria, donde había estado hospedado Rilke, y tenía tiempo libre por delante para escribir. Hexe, que se había trasladado a Madrid con sus hijos al conseguir ser admitida en el Servicio de Información del Extranjero para hacer labores de espionaje en España, lo visitaba de vez en cuando. Para la condesa alemana, su labor de espía no era más que una tapadera para estar cerca del poeta, con quien compartió días de intensa intimidad mientras juntos traducían a Rilke.

No es fácil reconstruir lo que pasaba por la cabeza de Marichu al enjuiciar la situación de su amigo. Sus sentimientos y actitudes debían de ser bastante ambivalentes: una mezcla de solidaridad hacia él y su situación de confinado con alguna leve crítica a los modos en que se había apartado del Régimen, además de cierta irritación por su aventura con Hexe. Aunque Áurea no estuviera dispuesta a seguir al poeta, la presencia de Hexe ponía en peligro su privilegiada amistad. En una de las recepciones que ofrecía en Madrid el poderoso e intrigante Hans Lazar, agregado de prensa alemán, Marichu de la Mora y su marido, que se encontraban entre los invitados, coincidieron con Hexe y el padre de sus hijos, Jean, de origen francés. En su biografía sobre Ridruejo, Manuel Penella narra que según escribió Hexe al poeta, en la citada recepción, ella coqueteó con el marido de Áurea, al tiempo que ésta hacía lo mismo con su conde[31] No cabe duda de que entre ambas mujeres no existía la menor simpatía. Aunque en el fondo sus vidas no podían ser más ajenas: el hecho de que ninguna de las dos representara para el poeta lo que encarnaba la otra, evidenciaba su antagonismo.

Entretanto, la vida proseguía. En la Navidad de 1942, De la

Mora publicó en *Y* un cuento, «Callar la verdad», sobre las apariencias en una relación amorosa a través de una novia que se queda atrapada en un ascensor en Navidad y desde allí descubre cómo la ve lafamilia del novio. Una trama ingeniosa y bien resuelta y, en principio, sin ninguna connotación autobiográfica. Poco después, en enero de 1943, *Y* publicó «A un almendro», un artículo de Ridruejo dedicado a la memoria de José Antonio. Esta presencia en un tiempo en que el nombre del poeta se encontraba silenciado es significativa. El que estuviera dedicado a José Antonio pudo ser el salvoconducto para que se le pudiera publicar en un momento en que su estrella declinaba. Que la directora fuera su amiga quizá sólo fue una baza más. La amistad de Pilar Primo de Rivera con el poeta pudo ser un aval más decisivo. Hay que tener en cuenta que aunque su disidencia franquista lo apartara temporalmente de las actividades oficiales de la Sección Femenina, conservaba lazos y complicidades con algunas de sus militantes. De hecho, sus hermanas Angelita y Laly Ridruejo siguieron en primera línea. No faltaron, además, dentro de la Falange voces que mantuvieron un doble lenguaje respecto a Ridruejo: aunque cerraron filas públicamente y desautorizaron su crítica a Franco, en privado muchos reconocían que distanciarse del Régimen no implicaba dejar de ser falangista. Todo lo contrario. Nunca se le cerraron las puertas. Pasados los primeros tiempos del confinamiento fue recuperado por la Sección Femenina como conferenciante. Por eso no constituye una sorpresa que en el XV Consejo de 1951, celebrado en Burgos, se anunciara la intervención de Dionisio Ridruejo, además de las de fray Justo Pérez Urbel, José María Areilza y el general Yagüe. Para entonces, Marichu también exploraba nuevos caminos.

Los paralelismos entre Dionisio Ridruejo e Ignacio Hidalgo de Cisneros entrañan ciertos riesgos, pero no es necesario hilar demasiado fino para hallar en ellos rasgos y circunstancias comunes. Desde el punto de vista personal, nada los unía, a no ser esa facilidad para entender y atraer a las mujeres. Inicialmente, además, ni el poeta ni el militar eran políticos, o al menos no exclusivamente. Las circunstancias históricas, sin embargo, los condujeron hacia la

aventura colectiva. Ridruejo tal vez tuvo una evolución más rica y versátil, y su curiosidad intelectual lo llevó a puertos más fecundos. Pero, de una u otra manera, a ambos los acompañó la estela del héroe. Sin duda, a pesar de sus pecados juveniles, Ridruejo reunía en su figura elementos de generosidad y heroísmo que Marichu, desde luego, supo valorar en su momento. Al alejarse Dionisio, en el que inconscientemente había reproducido su antigua complicidad con José Antonio, Marichu cerró uno de sus ciclos vitales más intensos.

El giro emprendido por Ridruejo, además, implicaba un camino sin retorno. Su confinamiento en Ronda era insostenible a la larga. Ni vital ni económicamente podía permanecer por más tiempo alojado en el hotel Victoria. Su amigo Juan Ramón Masoliver y otros intelectuales catalanes a los que había tratado de atraer a su proyecto nacional en los primeros tiempos de la posguerra lo ayudaron a salir del pequeño paraíso de Ronda. Gracias a ellos y a los falangistas que aún mantenían su influencia, Ridruejo fue autorizado a trasladarse a Cataluña bajo el mismo régimen de vigilancia y destierro anterior. En San Andrés de Llavaneras, Masoliver le facilitó una vivienda cercana al mar en la que el poeta floreció y preparó muchos de los poemas de *En la soledad del tiempo*. Fue un nuevo descenso a los infiernos, esta vez atravesando las tinieblas de la ideología fascista y totalitaria que Ridruejo había abrazado años antes. En aquel paisaje de pinos y mar, las discusiones entre Ridruejo y sus amigos lo fueron despojando de aquella piel oscura y ya periclitada. Aún no se había convertido en el demócrata que luego fue, pero al menos empezó a abjurar del fascismo, aunque sólo fuera porque aquella locura importada de Alemania e Italia era ya impracticable y sólo conducía al absurdo o a la muerte. En realidad, es sorprendente que Ridruejo no se hubiera caído antes del caballo y que durante su estancia en Alemania, fructífera en tantos sentidos, no se hubiera percatado de la intrínseca perversión del régimen nazi. ¿O lo descubrió y no quiso o no supo verlo? A pesar de sus recelos sobre el Tercer Reich, en los primeros cuarenta no articuló una crítica global al fascismo: hasta su misma disidencia fue un gesto antifranquista y no antitotalitario. Aún más extraño es que

Serrano Suñer no se hubiera dado por enterado de las monstruosidades nazis. Contaba en Alemania con personas de su confianza que le informaban de todo lo que acontecía. Ramón Garriga, periodista de la agencia Efe en Alemania, fue uno de los diversos informadores y amigos que le trasladaron a Serrano Suñer la brutalidad y descomposición del régimen nazi. Garriga, además, tenía claro ya en 1942 que Hitler no ganaría la guerra, y así se lo transmitió a Dionisio Ridruejo en los días de su convalecencia en Berlín. Toda esa información, latente, se procesó en Llavaneras, y allí el poeta comprendió con dolor que se había jugado la vida en Rusiapor una causa despreciable y malvada. Fue el primero de los escritores falangistas de *Escorial* que se sacudieron el polvo fascista. La mayoría de ellos, como Lain, seguirían sus pasos, y en los días finales del franquismo nadie de aquel grupo inicial se reconocería falangista. «A ver si ahora resulta que el único fascista fui yo», ironizaba Ridruejo en los años previos a la democracia. Durante su destierro en la Costa Brava, el poeta agotó y canceló su relación con Hexe y tuvo la fortuna de reencontrarse con Gloria, su futura esposa, a través de Eugenio d'Ors. Con Gloria de Ros contrajo matrimonio en 1944. Pocos años después su confinamiento quedaba en suspenso y se marchaba a Italia como corresponsal de *Arriba*. Poco antes, en 1947, tuvo un extraño encuentro, o audiencia, con Franco. Sus amigos en el poder habían escuchado su discurso renovador en privado y, cautivados de nuevo por sus ideas, propiciaron un encuentro con el dictador. Ridruejo era todavía para ellos el hermano díscolo, no el enemigo. La conversación con Franco, aunque afable, fue inútil. El todopoderoso jefe de Estado, amparado por los vientos de la guerra fría y el anticomunismo de Estados Unidos, se mostró impermeable a sus ideas. Ridruejo siguió su camino. A la vuelta de Italia empezó a formar parte de la oposición y se adentró en la socialdemocracia no marxista. Murió en junio de 1975, pocos meses antes que el dictador.

Nuevos derroteros

La evolución de De la Mora no fue tan nítida ni explícita. En aquellos años, apenas criticó la dictadura como no fuera en privado por hechos determinados. No debió de ser fácil para ella al principio ver que su amigo y correligionario se alejaba del Régimen, ni tampoco asumir que ya no iba a compartir con él esa transformación. El dilema, el drama íntimo, es si en el fondo lo comprendió o si consideró su marcha una desmesura.

El talante político de Marichu no había cambiado de forma sustancial por entonces. Pero su perfil militante dentro de la Sección Femenina se diluyó en los Consejos Nacionales de los años cuarenta. De haber participado en el de Granada, en 1942, su presencia habría tenido una dimensión más profesional que política. No hay referencias ciertas a su presencia en el Consejo de Santiago, en enero de 1943. En el programa sí aparece en cambio su colaboradora Pilar de Abia. Es posible que Marichu delegara en ella. En el programa se anuncia una intervención, el día 18 de enero, de la secretaria de Prensa y Propaganda, la regidora central y «las directoras respectivas de las revistas *Y y Medina*». Sin embargo, no siempre se daba un estricto carácter personal al cargo de directora en dichas publicaciones. A menudo el nombre de Marichu de la Mora no aparece en la mancheta de *Y*, tal vez por una pérdida de protagonismo voluntaria. Su vida familiar pudo ser una excusa que acentuara cierta opacidad. En 1943, además, nació su hijo menor, Jaime.

En un principio, ese paulatino alejamiento de la dirección no implicaba el menor desacuerdo político: simplemente obedecía a un deseo de estar en segunda fila para dar un enfoque civil y profesional a su vida. Lo que sí resulta llamativo es que Marichu de la Mora no fuera condecorada en ninguno de estos años con la *Y* (en oro o plata, de acuerdo con los servicios prestados), un galardón que se concedía en cada Consejo a las camaradas más destacadas. Dado que todas las responsables políticas de la Sección Femenina fueron acreedoras

alguna vez de la *Y*, en ocasiones de forma reiterada, y que hasta Mercedes Formica, que no pertenecía por entonces a la dirección, la recibió en 1941, sorprende que Marichu no hubiera hecho bastantes méritos para que le fuera otorgada. Oficialmente en la historia de la Sección Femenina no consta que se le ofreciera. Es difícil darle una dimensión exacta a este hecho. En sí mismo no significa desafección por su parte ni que la cúpula femenina censurara su actuación. Tal vez sólo indica que no fue lo bastante abnegada o que no quiso hacer carrera interna. Sus intereses eran lo bastante variados y dispersos como para que demostrara sin decirlo que la Sección Femenina no era lo único que le importaba. Allí estaba la gente afín, pero el mundo era muy amplio. Vicky Eiroa resta importancia a este asunto. «No se la condecoró porque ella no pedía estas cosas ni hubo grupos que la propusieran. En determinados momentos prestó servicios importantes, pero le interesaban otras muchas cosas: a veces abarcaba más de las que podía hacer», justifica. Sin embargo, Marichu no pudo evitar preguntarse alguna vez por qué a ella no. No se puede obviar que no eran pocas las camaradas de su círculo profesional que la envidiaban por su independencia y por su amistad con Ridruejo, de quien más de una estaba algo enamorada. Pero las predilecciones del poeta, encantador con todas, estaban muy claras. Vicky Eiroa no quiere entrar a definir la relación de Marichu de la Mora y Dionisio Ridruejo ni cómo se valoraba dentro de la organización, pero en su intento de escabullirse da la clave: «Fue una relación de mucha calidad. Estaban un poco encandilados el uno con el otro, pero Dionisio buscó pronto nuevos aires, y ella también tenía a su alrededor muchos intereses». Con esta evasiva, Eiroa nos ofrece un enfoque muy sutil: era lógico que la relación entre dos personalidades tan atractivas desde el punto de vista humano rezumara calidad. Los intereses de cada uno no se agotaban en el otro: cuando su contacto se espació, no hubo enemistad ni ruptura. Permaneció la nostalgia y la mutua admiración.

En 1943, superado ya el trauma de la División Azul, aunque sus consecuencias estuvieran aún presentes, *Y* inicia nuevos derroteros. La variedad de secciones y de colaboradores se amplía, en un intento

de recuperar una identidad de revista femenina de moda y cultura. En esos años se incorporaron nuevos colaboradores: Esperanza Ruiz Crespo, Antonio Díaz Cañabate, Joaquín Entrambasaguas, José María Sánchez Silva, la duquesa de Medina Sidonia (pariente de Marichu), Julián Pemartín, Carmen de Icaza, el padre García Figar y Enrique de Azcoaga. La alianza entre falangismo y literatura, o, lo que es lo mismo, entre intransigencia y estética se renovaba. No obstante, su papel doctrinario permanecía, y el número de enero de 1944 se dedica a resumir la labor de la Sección Femenina.

Pilar de Abia fue uno de los fichajes de Marichu de la Mora para *Y*. Abia había sido presidenta de la Sección Femenina en la Universidad y regidora de prensa y propaganda en Cádiz. Vivía en Jerez de la Frontera y al terminar Derecho vio que muchas de las oposiciones que exigían este título estaban vedadas para la mujer. Le gustaba escribir y cuando se casó y se trasladó a Madrid se incorporó a la redacción de *Y* en la calle de Almagro. Comenzaba la década de los cuarenta. «Marichu tenía bastante carácter, pero era a la vez alegre, educada, comprensiva. No era cerrada», evoca De Abia. Durante años, Pilar de Abia y Marichu de la Mora compartieron el mismo despacho de Almagro donde estaba situada la redacción. Desde sus respectivas mesas podían hablarse y observarse. Desde esa cercanía, Pilar de Abia la recuerda competente, pero en ocasiones con «mal genio». Al dedicarse al periodismo, su horario era más libre que el de otras falangistas dedicadas a tareas burocráticas y empeñadas en presentar un aspecto ceñudo y abnegado. En aquellos despachos desde el que se insuflaba el espíritu joseantoniano, el ambiente no era idílico. En ciertos aspectos, la camaradería era una palabra vana. A pesar de que Marichu era una personalidad dentro de la Sección Femenina, no todas las compañeras la apreciaban, advierte De Abia. La veterana periodista percibió que allí había al menos dos sectores, uno más ortodoxo que el otro, aunque no de forma explícita: las simpatías hacia Marichu estaban muy mediatizadas por las apariencias y las formas, más que por el fondo. Envidiaban su situación, la libertad de horario de que gozaban Pilar y ella y, en definitiva, su clase. Algunas de sus compañeras no la

querían, recuerda Pilar, y la criticaban incluso por su forma de vestir o por su físico. Esbelta y elegante, pero de piernas gruesas, algunas camaradas aludían malévolas a que parecía que siempre iba con botas.

Curiosamente, hubo una época en que Marichu tampoco era entendida en su propia clase social: ciertas damas ricas y ociosas —no importa si en algún caso debían someterse a excesivos servilismos conyugales para mantener su tono de vida— censuraban que trabajara. Para las camaradas era demasiado señora; para las burguesas, demasiado dinámica y versátil. Pero ella, al menos, disfrutaba con lo que hacía. Muy sociable, reunía en casa a Eugenia Serrano y a otras gentes de la literatura o del periodismo, como Sofía Morales. Por entonces Marichu de la Mora y su familia vivían aún en la calle de Lista (Ortega y Gasset). La sede de Almagro no estaba distante de su casa y acostumbraba a caminar de un lugar a otro. Sólo tenía que cruzar la Castellana y adentrarse en el barrio de Salamanca. Cuando quedó embarazada de Jaime, el pequeño de sus hijos, su marido la iba a recoger con el chófer a Almagro. Probablemente ese detalle no les gustara demasiado a algunas de aquellas camaradas más aguerridas que, de haber tenido chófer, tal vez no se hubieran entregado con el mismo tesón a la Sección Femenina.

En el período 1942-1945, la Sección Femenina se consolida dentro de dos coordenadas que la definen: su adhesión al dictador y la completa asunción formal de su raíz fascista. En plena contienda mundial, la expansión alemana es celebrada sin disimulo. El fervor por el nuevo Estado nacional, perfectamente separado y a la vez moralmente integrado dentro del imperialismo nazi, conoce horas de exaltación. En 1943 se organiza un Congreso Internacional de Juventudes en Viena con el fin de captar el interés de las nuevas generaciones para la causa imperialista. Al final del Congreso, se nombró un triunvirato compuesto por Alemania, Italia y España justamente para aunar criterios y *formar*, o más bien adoctrinar, a los jóvenes de acuerdo con el nuevo orden.

Los problemas internos se agudizaron a partir de 1943. En el

mismo seno de la Falange «había una incomprensión absoluta con respecto a nuestras razones y una falta de apoyo y de cordialidad falangistas para nuestras cosas» en «muchos de los mandos masculinos de provincias [...]. Hasta se llegó a comentar entre varios de ellos la oportunidad de disolver la Sección Femenina», se lee en la memoria interna. El aliento fascista que los sustentaba a todos, además, tenía los días contados en Europa. Pero en la concentración nacional de 1944 ese final no se preveía. El culto a Franco estaba en su apogeo: al Caudillo le ofrecieron rosas, laurel y una espada, esta última una reproducción de la del emperador Carlos I. A Clarita Stauffer, germanófila y cercana a los servicios secretos nazis, se la condecoró con la *Y* de plata.

La revista *Y* seguía esas coordenadas, pero a la vez buscaba ser amena y útil, y de vez en cuando daba orientaciones amorosas a sus lectoras. En marzo de 1940, un artículo alerta a las chicas acerca de cómo atraer y retener a los hombres: «A todo hombre le gusta una mujer de tipo determinado. Le es suficiente amarla un poco para encontrar en ella cualidades según sus gustos, aunque en realidad sea siempre la misma. No perdáis nunca vuestra personalidad [...]. Pero debéis tener al mismo tiempo el suficiente talento para que al hombre a quien queréis gustar no se dé por enterado de que le engañáis». Desde otro ángulo, en mayo de 1944 un titular asalta a la lectora con una pregunta: «¿Soltera aún, por qué?». Concebida como breve tránsito para el matrimonio, la soltería prolongada concitaba sospechas y culpabilidades. El año 1945 arranca con un *Calendario de las solteras* por meses, sugiriéndoles tácticas y dándoles consejos para organizar su tiempo en el trabajo y en la casa, al ser prácticamente las únicas mujeres con una profesión o empleo fuera del hogar. Se da la paradoja, sin embargo, de que la soltera mayor de edad gozaba de una relativa autonomía respecto a la mujer casada. Hasta el activismo político se reservaba a las solteras. Al igual que el estudio o el trabajo profesional. Pero la independencia económica no se valoraba entonces como en nuestros días y existía una consigna social que incitaba a dejar de ser soltera. Quizá la clave estaba en que, a pesar de su minúscula libertad, la soltera no era considerada

mujer-mujer en aquel tiempo. La meta era el matrimonio, aun a costa de perder su identidad. La casada no tenía personalidad jurídica, era una discapacitada mental de cara al marido, dueño de todas las decisiones legales o de cierta envergadura en la familia. Una discriminación que aunque se palió con la *reformica* de 1958 (llamada así en honor de su mentora, Mercedes Formica) y otras leyes complementarias sucesivas no cesó hasta 1975.

El nacionalcatolicismo imperante suavizó el estilo arrojado e intrépido de los primeros falangistas, pero no caló siempre en su interior. Dentro de aquel juego de alianzas conservadoras contrapuestas que se fraguó en el primer franquismo, una circular del 22 de febrero de 1939, Miércoles de Ceniza, instaba a las delegadas provinciales a instruir «a las camaradas en todo lo que la Iglesia ordena a los fieles cristianos» y a reunirse los sábados de Cuaresma para preparar la liturgia del día siguiente. A pesar de esta colaboración que sugiere un imposible fascismo católico, un rasgo de inteligencia y hasta de autonomía se cuela en el párrafo final de la circular: «Si alguna no va, aconsejarla, pero no reprenderla, porque no tiene obligación».

En 1944, las dirigentes de la Sección Femenina celebraron su VIII Consejo en el monasterio de Guadalupe. La estrella que alumbraba aquel Consejo era la situación de la mujer. Al menos a ella iba dirigido. Se trataba de establecer medidas de protección a la mujer «como madre, como esposa y como trabajadora». ¿Nuevos aires o simple bajada a la realidad después de un lustro teniendo como ejemplo de mujer a Isabel la Católica? La pretensión de las más abiertas de dar un respaldo legal a la mujer para los duros tiempos que se avecinaban chocaba con la doctrina de sometimiento imperante. «Huelga aclarar —subrayan— que nunca entenderemos esta protección en el vago sentido feminista de igualdad de derechos con el hombre, sino tan sólo en todo aquello que verdaderamente atañe a los derechos morales y humanos de la mujer». Pero, ¿alguna podía pensar otra cosa? Las intenciones parecen claras: hacer partícipes a las mujeres de los derechos humanos. Pero ¿cuáles? La ambigüedades transparente: aquellos ligados a su papel reproductor

y sexual, y a su condición femenina, sin osar nunca entrar en competencia con el hombre en el terreno laboral, social y jurídico.

En Guadalupe se fijaron también los méritos que debían acompañar a las falangistas para obtener la recompensa de una condecoración: «No cabe falangismo ni ejemplaridad en una mujer cuya vida particular no sea perfectamente limpia y clara», recuerda la redactora del Consejo. Aun así, «debéis hacer constar el hecho de que su moralidad es incuestionable». ¿Advertencia burocrática o consejo a navegantes? Esta cláusula introducía el subjetivismo y daba pie a irregularidades e interpretaciones interesadas. Olvidaba que la recompensa se debía a méritos concretos, no a talantes. No hay duda de que como falangista, Marichu se sentía tan limpia como las demás; como mujer más que muchas otras ancladas en el fanatismo o la hipocresía. Otra cosa es que su vida no fuera tan simple como las de las intransigentes. Por fortuna, además, en 1944, Marichu ya había enfocado su vida hacia el periodismo más allá de lo que le deparara en un futuro inmediato su labor en el despacho de Almagro.

En agosto de 1944, el yugo y las flechas reaparece de forma expresiva en la portada de *Y* sobre chicas estilizadas vestidas de enfermeras o amas de casa. El mundo estaba a punto de girar varias vueltas y el fascismo fenecía, pero el eco no había llegado aún a *Y*… En enero de 1945, cuando tantos exiliados como Connie confiaban en que el Régimen franquista, tocado por la inminente derrota nazi, se tambaleara, las tenaces falangistas celebraban su reunión anual en Bilbao.

Las dirigentes debían pensar que el Régimen y, con ellas, su organización gozaban de buena salud. Pero en su discurso ante el IX Consejo, publicado en *Y* en febrero de 1945, Pilar Primo de Rivera se ve obligada a decir: «El peligro tremendo para la Falange no es el de la desaparición, sino el de las deformaciones. El de las falsas interpretaciones». Aunque la dirigente añadía que en caso de duda había que ir a José Antonio, sólo era una ayuda retórica. Doblemente huérfanas por haber perdido al líder y al referente homónimo del fascismo, sólo les quedaba sobrevivir dentro del

Régimen. Como una metáfora de ese desconcierto, aunque en este caso la causa fuera económica o estructural, *Y* dejó de publicarse durante unos meses. Volvió en el otoño del 45 y tuvo aliento para unos números más. El deseo de cambio sin abandonar las esencias se adivinaba en sus páginas y en su publicidad, apartado en el que empezaban a proliferar toda clase de negocios y productos, además de la crema facial Visnú o el fármaco Eupartol, excelente ayuda para la mujer en todas sus fases de vida fértil, que acompañaron a casi todos los números de *Y*. Pero bajo esta apariencia innovadora, la brújula ideológica fallaba. No había espacio aún para los matices. O falangismo en todos sus colores o silencio y vacío.

Doloroso descubrimiento

Poco a poco la derrotó nazi se deja sentir en la España franquista, que pasa a convertirse de vencedora en vencida. Soplan vientos de aislamiento, y la responsable de la Sección Femenina alude en textos internos a las necesarias medidas de disimulo para sobrevivir. Abandonar no tenía sentido ni tampoco esperar una oportunidad histórica que quizá no volvería a presentarse, argumenta. En ningún momento se plantea hacer autocrítica. Lo único que les queda, propone, es adaptarse, sin hacer demasiado duelo por la vencida Alemania nazi ni recordar los vínculos pasados. Esa adaptación es muy ligera, y va a remolque en lo ideológico de lo que deciden los camaradas masculinos, impulsores de un leve aperturismo social e intelectual.

Fue en enero de 1946, en el Consejo de Valencia, cuando se analizó la nueva situación política internacional. El dilema se presentaba de este modo: «o aislamiento» o «vivir incorporados al mundo tal como se ha constituido después de la guerra». La segunda opción era la más sensata. Pero las dirigentes aclaran a las más ingenuas: «Tranquilidad, las cosas no van a cambiar». Sólo era un

cambio de «táctica». «La Falange no va a dejar de existir». Gota o gota, la derrota nazi y su explícita condena por parte de las naciones se dejaron sentir en la moral falangista. El último número de *Y* se publica en enero de 1946. Marichu de la Mora también está a punto de cerrar el capítulo de periodista militante. El carácter profesional del periodismo ha calado hondo y empieza a interesarle por sí mismo.

Fue en esa posguerra colectiva, en la que, sin embargo, tenía el viento de cara, cuando Marichu de la Mora descubrió en algún momento, o en una sucesión de momentos y hechos, a la mujer que había en ella y que ni el matrimonio ni la doctrina falangista respaldaban al ciento por ciento. No fue la única mujer de la Sección Femenina que, de un modo u otro, palpó una cierta descomposición del ideario, una acomodación en parte inevitable, y hasta necesaria —no olvidemos que junto a la estética formal del discurso de José Antonio se erigía una concepción totalitaria y un desprecio absoluto a la inteligencia del *otro*, considerado adversario si discrepaba—, que dejaba un poso de derrota. Marichu no fue la única tampoco que, a fuerza de hablar de la formación femenina, de sus límites y sus derechos tutelados, y de su conveniente apertura, acabó interesada realmente en la condición de la mujer. En primer lugar, en la mujer que era ella misma, en sus lógicos afectos y ambiciones no satisfechos. Otras fueron más explícitas o llegaron más lejos, como Mercedes Formica, y descubrieron que el feminismo, en pequeñas dosis, y a condición de que no se le llamara por su propio nombre, sino con el eufemismo de *derechos de la mujer* —nunca *liberación*—, no era tan funesto, sino algo sano, higiénico, imprescindible en aquella España dirigida por varones. Fue un descubrimiento a veces doloroso, contradictorio, zigzagueante y opaco, de puertas para adentro, el que hicieron algunas de estas militantes que con tanta osadía negaron a las republicanas sus logros de los años treinta, para comprender, ya en los cincuenta, en los sesenta y, sobre todo, en los setenta, que aquella libertad era también la suya, que lo que reclamaban las viejas luchadoras no era para tanto. Que era lo justo, lo arbitrariamente negado, lo finalmente conseguido batalla a

batalla. Tanto tiempo para descubrir que reivindicar el divorcio, la identidad personal y económica dentro del matrimonio, la igualdad de derechos laborales y políticos con los varones y la elección responsable del número de hijos eran anhelos compartidos, demandados o vividos por ellas mismas. Tanto tiempo para comprender que les habían robado su propia historia, aunque algunas creyeran de buena fe que la creaban. Un camino tortuoso que acababa en el cambio y que algunas, tozudamente, se negaron a recorrer hasta el final, quedándose a las puertas de la igualdad real, reservando siempre a los varones alguna primacía conforme avanzaban. Quizá lo mejor que se puede decir de las falangistas que acabaron siendo demócratas y solidarias es que, después de colocar un sinnúmero de mordazas y obligaciones a la mujer, las fueron desatando, eso sí, a veces muy a su pesar y despaciosamente. La igualdad legal con el hombre, sin embargo, no la trajeron ellas: se consiguió formalmente cuando juristas, como la abogada María Telo, contribuyeron a completar la *reformica* de 1958 y los tímidos avances arrancados por las diputadas falangistas en las Cortes de Franco. Hubo que esperar a 1975 y a la llegada de la democracia para que una serie de leyes complementarias, entre ellas la del divorcio, de Fernández Ordóñez, lograran que la equiparación entre hombres y mujeres se empezara a plasmar en la vida personal, profesional y política.

CAPÍTULO VI

El destierro

> Contad vuestras angustias del destierro. No tengáis vergüenza. Todas las llevamos dentro.
>
> MARÍA TERESA LEÓN,
> *Memoria de la melancolía*

La despiadada derrota

Qué sensación de lentitud. El barco avanzaba despacio mientras su imaginación volaba sin freno. Constancia se desesperaba. Qué paradójica la diferencia entre su velocidad mental y la real. La visión del mar, sin embargo, serenaba su ánimo, reconducía su impaciencia. La larga travesía permitía pensar y planificar, pero también adelantarse a los acontecimientos. Su cabeza estaba lúcida, pero sus pensamientos eran enérgicos, circulares, obsesivos. Necesitaba aviones para armar la resistencia; necesitaba solidaridad. Removería la conciencia norteamericana gracias a sus buenos amigos corresponsales de guerra. La agenda de Constancia de la Mora estaba abarrotada de prefijos de teléfono neoyorquinos y direcciones postales en inglés. El tiempo apremiaba: había que poner cables y telegramas, escribir cartas. Por fin aceptaba la invitación que ya desde el 38 y de una manera más formal desde enero de 1939 le

habían cursado sus amigos periodistas. Llegaba en un momento crítico, cuando las democracias europeas estaban a punto de reconocer al Gobierno de Burgos. Sin embargo, la guerra no había terminado: Ignacio estaba ya en España administrando su esperanza y los escasos aviones con que contaba. En cuanto llegara a Estados Unidos tenía que llamar a todas las puertas que pudieran influir en el presidente Roosevelt. Necesitaba víveres y aviones para detener al fascismo, aunque fuera en el último minuto. No se podía abandonar impunemente a la República española y a los buenos republicanos tratados como perros en los campos de concentración franceses.

Cuando puso los pies en Estados Unidos, recurrió a periodistas influyentes, como Ernest Hemingway y Jay Allen. En Valencia y Barcelona había sabido ganarse su respeto y era relativamente popular entre la *gauche divine* neoyorquina. Ya en 1938, un busto de Constancia formó parte de una exposición de Jo Davidson de esculturas de personalidades españolas republicanas presentada en Nueva York. Posteriormente, fueron presentados como *Spanish Portraits* con textos de Paul Elliot, Ernest Hemingway, Vicent Sheean, Lawrence A. Farnsworth, Herbert L. Matthews, Edgar Ansel Mowrer, Dorothy Parker y Jay Allen. Pero, una vez en Nueva York, ya no tuvo ocasión de pedir víveres ni armas para España. En la noche del 5 de marzo de 1939, poco después de su llegada, escuchó por la radio las primeras confusas noticias sobre el golpe de Casado. El final de la guerra, ya inevitable, además de desatar sus nervios —«¿dónde estaría Ignacio, qué iba a ocurrirle?», fue su primer pensamiento— exacerbó su necesidad de actuar. Lo que importaba ya era ayudar a los refugiados y evitar las consecuencias de la capitulación servida en bandeja a Franco por Casado, Besteiro y Miaja. ¿Cabía esperar alguna bonhomia en aquel general de voz aflautada y ánimo calculador que de Burgos iba a pasar a Madrid como si la hubiera ganado, cuando simplemente le había sido entregada? ¿Qué iba a ser de los republicanos que no habían podido salir o que no tenían fuerzas ni recursos para hacerlo?

Constancia confiaba, probablemente, en la ayuda de Inés Muñoz y de Zenobia para ampliar sus relaciones en Estados

Unidos. Pero el abismo entre Zenobia y Connie era hondo en 1939. Por entonces, Zenobia y Juan Ramón estaban ya instalados en Florida (Estados Unidos). El 7 de marzo de 1939 Zenobia anota en su diario dos cartas de Inés referidas a Constancia de la Mora. En la primera, por correo ordinario, Inés le anunciaba la llegada de Connie a Nueva York; en la segunda, por correo aéreo, le recomendaba que no dijera a nadie lo que le comentaba en la primera. Después de leerlas, Zenobia escribe este sarcástico comentario: «Quisiera que Connie no creyera que tenía algo tan importante que hacer en Nueva York como para poner un océano entre ella e Ignacio cuando él había volado de regreso a la parte central de España». Se refería al hecho de que Hidalgo y otros altos cargos republicanos habían vuelto por aire a la zona centro en un intento desesperado de defender Madrid. Zenobia terminaba sus notas del 7 de marzo con estas reflexiones: «Los comunistas son como los monjes y las monjas en cuanto a la familia; unos lo llaman *the call* (la vocación), y otros, *the cause* (la causa). No hay mucha diferencia en el sonido y quizá menos en el sentido, todo estaría muy bien si no llegasen a las manos. Las monjas y los curas para esta fecha han llegado al punto de olvidarse de la Inquisición, pero los comunistas están más faltos de experiencia y, por consiguiente, son más brutales en sus métodos. Confío en que metan a Connie en el primer barco que pueda llevarla a Rusia, pero si consigue allí un puesto alto, continuará viendo el mundo de color de rosa. Inés se apresura a decir que ¡Connie está gorda de comer tantos garbanzos!… He estado mirando las fotografías de los refugiados cruzando los Pirineos, pero los garbanzos les afectan de otro modo». El áspero retrato de Connie y la acidez del comentario chocan con la amistad y la complicidad que mantuvieron en el pasado. Todo parece indicar que durante el tiempo que Connie estuvo en Nueva York ultimando su libro las relaciones con Zenobia fueron frías, por no decir nulas.

Aun así, Connie se había hecho ya un hueco en Estados Unidos y había tirado por otros derroteros. Una carta en inglés, con fecha de 21 de marzo, dirigida desde Washington a Jay Allen, da muestras de

su actividad en pro de los refugiados. En esta carta, encabezada con un cordial «*My dear Jay*», Constancia le da cuenta de una reciente carta de su marido, Hidalgo de Cisneros, desde París, tras abandonar definitivamente España, con los últimos datos sobre el éxodo republicano. De la Mora alude a los 440.000 exiliados que estaban abandonando España desde enero; a la inhumana acogida que recibían en Francia, dispuesta a devolverlos a la frontera, y a las terribles condiciones de los que se quedaban en España, pendientes de «la monstruosa Ley de Responsabilidades Políticas», a la medida del dictador y de sus necesidades represivas. Connie solicita ayuda a su amigo para que influya en la opinión americana a fin de que el presidente Roosevelt arbitre sistemas de transporte para sacar de Francia a la población refugiada con posibilidad de afincarse en Latinoamérica, en razón de la lengua común, y no en Estados Unidos. «El problema inmediato es demostrar a las autoridades francesas que el mundo no se ha olvidado de los refugiados españoles y que no están a merced de la Guardia Móvil ni de los [guardianes] senegaleses», escribe. «El otro problema urgente es salvar la vida de los buenos republicanos que quedan dentro de las fronteras españolas. La traición de Casado, Miaja y Besteiro impide que los que hemos peleado durante treinta meses tengamos la mínima posibilidad de actuar», añade. La preocupación de Constancia hizo mella en Allen. El que luego sería jefe de prensa de las Fuerzas Aliadas en la segunda guerra mundial difundió el mensaje y envió copia de esta carta a Pedro Salinas, entre cuyos papeles se ha encontrado[32], y probablemente a otras personalidades relacionadas con España y los derechos humanos.

Ciertamente, Constancia sabía que entre los 440.000 refugiados españoles que cruzaron la frontera francesa había 170.000 mujeres y niños. 220.000 eran soldados: 14.000 estaban inválidos y 10.000 heridos. Los huérfanos o los hijos de las familias más desvalidas fueron llevados al Reino Unido, a Bélgica y a Holanda. El inicio de la segunda guerra mundial y la exigua hospitalidad francesa obligaron a buena parte de ellos a buscar acomodo en Latinoamérica. Aun así, en 1940 permanecían en Francia 167.000

refugiados. La cercanía de España, la esperanza de volver algún día y el temor a dejar Europa los ató al hueco conseguido en el país vecino. Durante la segunda guerra mundial buena parte de los soldados republicanos participaron en la nueva ofensiva contra el nazismo al lado de Francia. Los que sobrevivieron se ganaron la condición de héroes y el derecho a pensiones vitalicias. A ellos pagó Francia la deuda histórica contraída con aquellos primeros, tratados no sólo como a perros —en su acepción no ya animal, sino moral—, sino como mercancías almacenadas entre alambradas.

El buen samaritano

Jay Allen ejerció de buen samaritano y ofreció su casa a Constancia para que escribiera lo que iba a publicar con el título de *In Place of Splendor* (*Doble esplendor* en las ediciones en castellano). A primeros de abril del 39, Constancia ya tenía listo varios capítulos. Por esas fechas, Vittorio Vidali, que había viajado también a Nueva York con un pasaporte de identidad camuflada, se alojaba en casa de Rose Baron, amiga y correligionaria. Ésta le dio noticias del libro de Connie. Probablemente, le dijo, se publique en varios idiomas, dado el interés que despierta la causa española, y más ahora que los republicanos, malheridos y abandonados, lo han perdido todo. Había expectación por el libro.

Una marcha recorre esos días Nueva York para que el Gobierno norteamericano se muestre firme con Franco. Vidali asiste escondido en un atuendo perfectamente camaleónico para que los trostkistas no le reconozcan. Entre los manifestantes, los veteranos de la Brigada Lincoln, en formación militar y entonando sus viejas canciones. Qué lejos quedan los tres puntos invocados por Negrín el 1 de febrero en Figueras para acceder a una retirada digna. A la nada se han ido esos puntos: la completa independencia y soberanía de España; plebiscito para decidir la forma de Estado, una vez

restablecida la paz; garantías de que los republicanos no recibirán represalias… Pero los republicanos ya no pueden exigir nada. Hasta un duro estalinista como Vidali tiene ganas de llorar.

El 1 de mayo de 1939 la cita es México. Elena Poniatowska y otras biógrafas de Tina Modotti sitúan a Constancia de la Mora en la cabecera de los españoles que asistieron a la enfervorizada manifestación en la que comunistas, obreros, sindicalistas y refugiados conmemoraron el Día del Trabajo y agradecieron al general Lázaro Cárdenas su generosa acogida. No es improbable que Constancia abandonara por unos días su encierro de escritora en Nueva York y acudiera a sumarse a esta demostración de fe obrera. Entre mujeres que portan carteles y llevan pegados a sus faldas a sus hijos, e indígenas que llevan en su piel la belleza de Oaxaca, un centenar de españoles recobra por unas horas cierta euforia y olvida por un tiempo su derrota. Algunos acaban de llegar, otros han volado o se han embarcado a última hora pasa asistir a la manifestación. Además de Constancia de la Mora, y tal vez de Ignacio Hidalgo de Cisneros, según el relato de Elena Poniatowska, desfilan Emilio Prados y Juan Rejano. Puesto que fue la frágil memoria de Vidali quien guió a Poniatowska al escribir estas páginas, no podemos asegurar que Hidalgo de Cisneros estuviera presente en este primer 1 de mayo en el exilio. La militante comunista Leonor Estévez introduce un elemento de misterio sobre el paradero de Ignacio Hidalgo de Cisneros el 1 de mayo de 1939, al escribir que el general se encontraba unos días después en el mismo barco en el que ella viajó a la Unión Soviética desde Francia. En *La vida es lucha*, Leonor Estévez relata cómo, después de pasar calamidades y penurias en Francia, la única solución que avistó fue embarcar hacia la Unión Soviética, como le indicó, además, Irene Falcón en nombre de la Pasionaria. Si su memoria no falla, Estévez relata que en los primeros días de mayo de 1939 abandonó Le Havre el barco *Maria Uliánov* (en honor de la hermana de Lenin) cargado de dirigentes y de militantes comunistas españoles. Leonor cuenta con detalle que coincidió con otros comunistas españoles en torno al 29 o 30 de abril en la Embajada soviética en París y en la

oficina internacional que atendía a los refugiados para sacar el pasaporte. Tenía que darse prisa porque el barco tenía previsto salir en pocos días. En realidad tendría que haber zarpado el 1 de mayo, pero al ser fiesta en Francia, su salida se retrasó dos o tres días. Leonor Estévez indica que el *María Uliánov* hizo su entrada el 11 de mayo de 1939 «en la heroica ciudad de Leningrado». Entre sus pasajeros, Leonor Estévez cita a Ignacio Hidalgo de Cisneros, además de Antonio Cordón, Sánchez Arcas, Luis Lacasa, Enrique Lister, etcétera, es decir, todos los altos cargos y militares republicanos comunistas. El testimonio parece coherente, y si las fechas son ciertas, resulta complicado que Hidalgo de Cisneros asistiera a la manifestación del 1 de mayo en México en honor de Cárdenas y tres días después embarcara en Le Havre. No obstante, Estévez, a pesar del empeño que pone en recordar, incluye también a Constancia de la Mora en el pasaje del *María Uliánov*, junto a otras notables del Partido: Teresa Palau, Isabel Azuara, Teresa Falcón, Remedios Sánchez, Josefina López, Pura Aznar, Felisa Melendo, etcétera, además de Dolores Ibárruri e Irene Falcón. La presencia de Constancia en este viaje, sin embargo, no tiene sentido y es harto improbable. Leonor Estévez reconoce que ella no vio a Constancia en el barco. En realidad, confiesa ingenuamente, tampoco vio a Dolores, aunque fue ésta quien le dijo ya en Moscú en cierta ocasión: «Vinimos en el mismo barco. Tú a mí no me veías, pero yo a ti sí», le dijo la Pasionaria. A tenor de este testimonio, parece claro que los máximos dirigentes y los militantes de segundo nivel no ocuparon compartimientos contiguos en el barco ni tuvieron posibilidad de mezclarse y encontrarse. Este hecho convierte el relato de Leonor Estévez en un testimonio sumamente frágil. Con la diferencia de que así como Hidalgo de Cisneros pudo estar efectivamente en ese barco, o en todo caso en uno inmediatamente posterior que se dirigiera a la Unión Soviética, puesto que a principios de verano ya se encontraba allí, no hay indicios de que Constancia viajara desde Nueva York a la URSS en mayo de 1939. Lo que resulta premonitorio, y Leonor Estévez, a pesar de su fidelidad al Partido no exenta de sacrificios, lo subraya,

es el comentario que escuchó en labios de la militante Oliva López apenas veinticuatro horas antes de embarcarse. Oliva López, comunista seria que ya había estado en la URSS en 1934, y con la que Leonor coincidió en París mientras preparaba el pasaporte, desconcertó a Leonor con estas palabras: «No sé si estaré en la lista [para ir a la URSS] pero no quiero ir. Haré cuanto pueda por ir a México». A Leonor le dejaron tan mal sabor de boca estas palabras que se le quitaron las ganas de irse de París, y más teniendo en cuenta que su marido se había quedado en España, en la clandestinidad. Pero le dijeron que le tocaba irse, que el Partido quería que descansara y estudiara, y que con ella se irían su hermano y su pequeña hija. Obedeció, pero la realidad es que su niña fue interna a una especie de guardería infantil y ella a una escuela de formación. Por desgracia, la pequeña enfermó y murió sin que la madre pudiera hacer algo más que lamentarse por haber aceptado la separación.

Elena Poniatowska, por su parte, recoge la presencia en la manifestación de México de Patricio Azcárate y su esposa Cruz Diz, que llegaron a México en marzo de 1940, y del bibliotecario Ignacio Mantecón, que viajó más tarde… Junto al puñado de primeros exiliados, los que sí asistieron fueron María, Tina Modotti, que se encontraba en México muy a su pesar, y el ubicuo comandante *Curbs*, Vittorio Vidali. Aunque había viajado con un pasaporte a nombre de Carmen Ruiz, y la identidad de una profesora española exiliada, las autoridades norteamericanas no dejaron bajar a Modotti del *Queen Mary* y la reenviaron a México. Justamente el país al que Tina jamás hubiera pensado en volver. Todavía pesaba sobre ella una orden de expulsión dictada a principios de los años treinta. Por fortuna, ahora el falso nombre de Carmen Ruiz, sus demacradas ojeras y su expresión de muerta en vida, factura de las noches insomnes vividas en España, le sirven para camuflar su identidad ante las autoridades mexicanas. Vidali se traslada, también, a México en avión al saber que el barco en el que va Carmen-María-Tina se aproxima a Veracruz, donde es aceptada. Las autoridades del puerto no relacionan a esta Carmen Ruiz con la Tina Modotti

que nueve años antes fue involucrada en el atentado frustrado contra el presidente Pascual Ortiz Rubio. Un inspector incluso pide que la ayuden a bajar, debido «a su edad», un eufemismo, porque no es la cronología, sino él cansancio, lo que determina la torpeza de la viajera. Los comunistas mexicanos la mantienen en la clandestinidad hasta que alguien con influencias manifiesta su identidad en el lugar adecuado y pide que no se la expulse del país. Que Tina sea una mujer exprimida por el SRI y que su estalinismo interiorizado no se exprese con arrogancia, tal vez porque ya no le quedan fuerzas, ayuda a que se le permita vivir en México.

De acuerdo con el testimonio de Elena Poniatowska, apoyado en el débil recuerdo de un Vidali anciano, el 1 de mayo los hermana a todos por unas horas. Pasada la efeméride, Constancia, si es que estuvo, vuelve a Nueva York, su trinchera en esos momentos. Sus vehementes memorias avanzan. Algunos capítulos parecen echar fuego: los corresponsales de guerra que, según se dice, la ayudan a redactar algunos párrafos la animan a que sea contundente. Para los que han vivido de cerca tantos horrores, los excesos verbales de Constancia apenas son nada, e incluso se quedarán cortos frente a la barbarie y la falta de compasión franquistas que se avecinan. La autobiografía se cierra justamente con su llegada a Estados Unidos. Constancia termina el libro en julio de 1939, y se publica en la editorial Harcourt Press de Nueva York. La expectación es amplia en el universo periodístico y progresista. Varias leyendas acompañan a la redacción del libro. Como aliñador del estilo se ha barajado incluso a un improbable Hemingway. Teresa Cordón así se lo escuchó a su madre, pero de haber intervenido el autor de *Por quién doblan las campanas*, ya hubiera trascendido. Margaret Hooks, biógrafa de Tina Modotti, atribuye a la escritora norteamericana de izquierdas Ruth McKinney la paternidad del manuscrito, lo que parece desmedido. Suele admitirse que el capítulo dedicado a narrar el desastre de Annual en Marruecos se debe a la pluma y memoria de Ignacio Hidalgo de Cisneros, debido a su condición de militar africanista. Esto último tiene sentido y puede explicar otras colaboraciones. Es probable que Constancia redactara por sí misma

sus memorias, en especial la parte autobiográfica, y que recurriera a ayudas concretas para refrescar datos o episodios. Su capacidad de aglutinar a gente en torno a sus proyectos hace verosímil que recabara ayuda y que involucrara en la revisión del libro a todos los que tenían algo que aportar.

En pocas semanas, la difusión de *In Place of Splendor: The Autobiography of a Spanish woman* alcanza cotas formidables. El paréntesis del verano ayuda a sedimentar las ventas y el interés de los lectores. «Para Ignacio y Luli», se lee en la dedicatoria, escueta, dramática y esperanzadora. Se presenta como un testimonio de gran valor. Y realmente en ese momento lo es, al unir su particular biografía al devenir de España en la última década. Que una hija de la oligarquía fuera capaz de imprimir a su vida un sentido, que recorriera el abismo que separaba a su clase de la nueva savia que impulsó la República, entusiasmó a los norteamericanos.

Zenobia Camprubí seguirá en la distancia a su antigua amiga, se convertirá en su conciencia crítica, observará la inmersión de Constancia en la sociedad estadounidense y sacará sus propias conclusiones. El 8 de agosto anota en su diario: «Almorcé con *miss* Lewisohn, P. W., *Mrs*. Swiny, que está a cargo de la ayuda española interna, *Mrs*. Poore y un judío grueso de Salónica. Todos son más o menos conscientes de cómo han manejado a Connie [de la Mora y Maura] en los Estados Unidos». No es fácil saber si se refería a su actividad a favor de los refugiados o a la publicación de sus memorias, cuyo contenido, probablemente, desconocía en ese momento. El 26 de septiembre, nueva mención a propósito de un almuerzo entre amigos en el que conoció «a la esposa de Lyman, que me gustó mucho. Ya le habían presentado a Connie y a Inés Muñoz y estaba encantada con la primera». Empezaba *el reinado* norteamericano de Constancia, convertida de la noche a la mañana en escritora y heroína.

Cuatro meses después, en noviembre del 39, *In Place of Splendor* inicia la segunda edición, con el madrinazgo de Eleanore Roosevelt y los mejores columnistas norteamericanos. Según adelantó en 1993 Patricia V. Greene (en *Constancia de la Mora's in Place of Splendor*

and the persistence of memory), en enero de 1940 el libro había tenido reseñas en *Time, The New York Times Book Review, The New Republic, The New Yorker, The Nation y The Christian Science Monitor*. Ernest Hemingway, Leland Stow y Vicent Sheen lo habían recomendado. Ese mismo año apareció en Londres una nueva edición en inglés de *In Place of Splendor*.

El eco de *Doble esplendor* se extiende por Estados Unidos. También entre los amigos de Connie, algunos de los cuales, como Zenobia y Juan Ramón, habían vivido con ella parte de su vida y guardaban otras versiones. A Zenobia Camprubí le pareció desmesurada la visión que da Constancia sobre su papel en la tienda de Arte Popular Español. Es posible que Zenobia interpretara el hecho de haber dado trabajo a una joven separada de clase alta más como un acto de liberalidad y de falta de prejuicios, y no, como parece insinuar Connie, como una aportación de clientela selecta que deseaba «ver despachar a la nieta de Antonio Maura». La realidad, sin embargo, es que Constancia de la Mora era nieta, efectivamente, de Maura. Don Antonio había tomado posesión de su cargo de primer ministro el 21 de enero de 1907, un año después de que Connie naciera, por lo que, más allá de sus respectivas sensibilidades, ambas visiones, la de Zenobia y Connie, parecen compatibles. Pero en el malestar de Zenobia había otro trasfondo: el talante comunista de Connie y su remarcado protagonismo en la guerra civil. Ciertamente, De la Mora pasa de puntillas sobre su militancia comunista en estas memorias, dado que iban dirigidas al público norteamericano y quería presentarse, ante todo, como una republicana. Pero Zenobia, más perspicaz, conocía la evolución de Connie de un modo más completo y hallaba otra lectura.

En el lugar del lujo

A Juan Ramón Jiménez le hirió que Constancia contrapusiera la

marcha del poeta con la actitud de Antonio Machado de quedarse. En *Un esplendor confuso*, el poeta puntualiza algunas de las alusiones o interpretaciones vertidas por Connie con motivo de la publicación del libro en español (en 1944, en México). Después de traducir algunos párrafos de *In Place of Splendor* alusivos a la llegada de Constancia a su vida y a la de su esposa, Juan Ramón argumenta:

> Cuando yo conocí a mi mujer nos pusimos a traducir a Tagore por gusto primero, luego por gusto y porque un editor nos animó a hacerlo. Luego, a propuesta de una amiga medio española y medio cubana, inauguraron una tiendecita muy simpática de Arte Popular Español. Mi mujer exportaba ya hacía algún tiempo, y en pequeña escala, algunos bordados populares españoles, relacionada con decoradoras americanas. La tienda se abrió contra mi voluntad, no por el hecho concreto de ser una tienda, sino porque yo creía que llegaría a ser trabajo excesivo para mi mujer que todo lo toma con ánimo de niña. Y porque pensaba que la apartaría del trabajo literario […] teniendo en cuenta además que se ocupaba de obras sociales como la secretaría de la enfermera a domicilio, la secretaría del Lyceum Club y un pequeño asunto de pisos amueblados en unión de otras amigas. […] Mi mujer recibió a Constancia de la Mora y quiso ayudarla en todo, vida y trabajo. Como al día siguiente salíamos de viaje por una larga temporada, mi mujer le dio, para ocuparla pronto, una pequeña intervención en sus pisos pagándole lo usual, y cuyo objeto era, sobre todo, ponerla en contacto con los americanos que pudieran pedirle clases de español y relacionarla con extranjeros, ya que no era frecuente que una muchacha consiguiera lo que ella se proponía entre familias españolas. Al volver a Madrid mi mujer le invitó a colaborar con ella y su amiga en Arte Popular Español, donde antes habían trabajado otras muchachas conocidas de Madrid […]. C. De la M. cree, según su libro, que el hecho de ser nieta de Maura dio impulso a Arte Popular Español, pero ella olvida que su entrada en la tienda coincidió con las exposiciones de Barcelona y Sevilla y con una gran afluencia de turistas […]. En la tienda, C era, como dondequiera que esté, un torbellino en todos los sentidos buenos y malos, ya que ella tiene esa sobra de vida que caracteriza a su familia materna. Las relaciones de amistad entre C y nosotros eran encantadoras cuando pensó en casarse con Ignacio Hidalgo de Cisneros. […] En este asunto la ayudábamos todo lo posible y ella me dijo siempre que quería que yo fuera su único padrino de boda. Llegado el día de la boda nos fuimos a Alcalá de Henares, donde había de celebrarse. Los presentes éramos ella y su

> novio, Indalecio Prieto y una de sus hijas, el jefe de aviación, mi mujer y yo. […] El notario no quería aprobar la boda porque faltaban no sé qué requisitos. Hubo llamadas telefónicas a Madrid y llegó D. Marcelino Domingo, ministro de Gracia y Justicia. El notario primero se retiró y la boda se celebró ante un suplente. Mi puesto de padrino fue tomado por D. M. D. en nombre de ella, para él fue D. I. P. El aviador, la hija de Prieto, mi mujer y yo fuimos testigos. Este asunto un poco extraño me distanció de ellos. Quiero decir que mi estimación por Hidalgo fue siempre la misma y que siempre lo consideré una persona agradable, cumplida, pero de voluntad dominada. [«Un esplendor confuso», en *Guerra en España*, págs. 318-319].

Después de esbozar este doble retrato de Constancia de la Mora e Hidalgo de Cisneros, Juan Ramón va al asunto medular, su actitud ante la guerra. Recuerda que cuando los primeros tiros y cañonazos los despertaron a él y a su esposa, llamaron a casa de los Hidalgo, y Constancia le explicó lo que sucedía. Zenobia empezó a trabajar con Connie en la Junta de Protección de Menores, «donde yo tenía también intervención», añade el poeta. Antes, Juan Ramón se había ofrecido a varios ministros y le habían dicho que lo avisarían cuando lo necesitaran. Relata luego que fueron invitados a vivir en la Casa de la Liga antifascista, pero cuando fue allí sólo encontró amigos y conocidos «sentados en butacas jardineras alrededor de botellas y vasos de refresco helados». Más tarde, cuando la Liga se trasladó al edificio de los marqueses de Heredia Spínola, aquello «se llenó como un hotel». Juan Ramón fue invitado a que presidiera la Liga. Antonio Machado no había querido presidirla. «Yo, que no sabía muy bien de qué se trataba, porque la mezcla de personas era desorientadora, no quise aceptarla ni irme a vivir con mi mujer en el palacio. No sé lo que allí se hacía. En Cuba oí a un íntimo amigo de Pablo de la Torriente Brau que cuando los dos entraron en la casa, Pablo de la Torriente, después de una rápida visita dijo: "¡Qué vergüenza! Yo me voy ahora mismo al campo", donde lo mataron poco después».

Juan Ramón relata a continuación el desagradable episodio que vivió en el edificio donde tenía alojados a los doce niños de los que

se hizo cargo en las primeras semanas de la guerra. «Al lado de nuestro piso guardería, en la casa que fue de Nocedal, había una complicada guardería anarquista. Un día tuve yo necesidad de ir por una cuna a dicha guardería. Un hombre miserablemente sucio y embozado dijo que tenía orden de detenerme porque yo pertenecía a Acción Católica». La necia acusación indignó a Juan Ramón. El poeta recuerda que no practicaba ninguna religión «desde mi salida del colegio de los Jesuitas» y que tiene escasas simpatías por todas ellas. Juan Ramón no se había ocupado de pedir documentación para transitar por esa selva revolucionaria que era Madrid por creer que sus ideas eran conocidas. Sin embargo, la estúpida acusación se sustanció en una citación ante un tribunal presidido por un miliciano socialista abochornado por lo que ocurría. El poeta acudió al ministro de Instrucción Pública, pero fue el director general de Bellas Artes, Ricardo de Orueta, quien les extendió certificados de identificación. Cuando se presentó con estos documentos en la guardería Nocedal, el embozado estaba muerto: un coche ametralladora había disparado contra él. Pero el episodio les abrió los ojos:

> Mi mujer y yo comprendimos que no hacíamos nada en Madrid, como la mayoría de escritores y artistas, que estábamos en un peligro estúpido constante, ya que en Madrid había gente de todos los partidos y todas las sectas y todas las intenciones, y decidimos pedir a mi amigo, el presidente D. Manuel Azaña, que nos permitiera salir para Estados Unidos […]. Salimos sin bártulos, como dice C. de la M., con dos maletitas, con unas mudas de ropa interior, un traje, unas medicinas, que yo estaba bastante enfermo, y los anillos de boda. Quiero agradecer a R. A. [Rafael Alberti], con quien me encontré saliendo de la oficina de visado de pasaportes, la atención que tuvo de ofrecernos una guardia comunista para el tiempo que estuviéramos en Madrid, ya que yo vivía en el barrio de Salamanca, sitio peligroso según me dijo. Yo le contesté que me parecía excesivo tener una guardia y que no tenía temor alguno. No voy a referirme aquí, porque ya lo hice en otras ocasiones, a nuestro viaje. […] Tampoco voy a referirme a otros detalles del libro, como los que se refieren a políticos que sucesivamente fueron cayendo en el desprecio de C. de la M., políticos que antes me fueron exaltados por ella

> como ángeles, santos y casi dioses. Ni referirme al mal gusto de tratar a su familia como la trata. [...] En todo el libro hay una vanidad exagerada y una convicción de heroísmo infantil por parte de C. de la Mora. [...] Creo que hicimos perfectamente en salir de España y que ayudamos lo justo de la guerra tanto más que esos escritores de los que C. de la Mora [dice] que eran tan necesarios en España. Tan necesarios para banquetes, recepciones y altisonancias. Si lo que se refiere a nosotros está tan alterado, yo supongo que ocurrirá algo semejante con lo que se refiere a los demás [...], ya que del libro no sale títere con cabeza. Sólo dos cabezas, la de I. [Ignacio] (que lo merece todo) porque luchó como un héroe en su trabajo agotador [...] y, por encima de ello también, la de C. de la M., a la que deseo un poco menos de vanidad en lo mucho que le quede y le deseo de vida.

No le quedaba tanta vida, pero seguro que sí perdió algo de esa vanidad que según los Jiménez afloraba en su libro. Aunque curtida, Constancia de la Mora conservaba aún esa sensibilidad que le permitía adaptarse a lo desconocido y transformarse incesantemente en otra sin dejar de ser la nieta de Antonio Maura. Su propio descubrimiento como escritora fue una inesperada revelación que imprimió a su vida un pequeño giro. El exilio también ejerció una función renovadora. Como dice María Zambrano, el exilio implica renacer, es decir, «volver a nacer». Aunque sus estéticas, además de su formación, eran bien distintas, no son del todo ajenas las tentativas de Zambrano y De la Mora de unir sus años de juventud, con toda su carga transformadora, y el despertar de la República. En *Delirio y destino*, Zambrano esboza su autobiografía vital e intelectual engarzada en el vértigo político y social republicano. En *Doble esplendor*, De la Mora narra de un modo más lineal, y con un estilo más directo, lindando la crónica, su evolución personal unida para siempre a la de la República. La primera es la visión de una intelectual; la segunda, el testimonio de una mujer de clase alta que supo quién era cuando encontró una causa por la que luchar. Nunca fue tan libre María como en esos años en que hasta el aire que respiraba volaba sin ataduras. Libre para ser, para pensar, para soñar a esa España de Galdós renovada, limpia de grasa y caspa. Una libertad que estaba por primera vez al alcance de todos, aunque no

se regalara. Sencillamente «nos la tomábamos», reconoció Rosa Chacel. Constancia de la Mora también la cogió al vuelo y ya no la soltó. Con qué vehemencia se sumó a la fiesta de la República. Nunca olvidaría aquella reunión social a la que llegó con un mantón de Manila con los colores republicanos. Aún no se había casado con Ignacio Hidalgo de Cisneros. Aún no se conocían con certeza sus ideas en su círculo social. Pues que no haya dudas: ya no lo podía gritar más alto. Que lo sepan todos. Que tiemblen los rancios apellidos y los invitados monárquicos al cruzarse con su figura envuelta en la tricolor. No tenía nada que ocultar. Al contrario, quería ser vista. Con un mantón de Manila se puso el mundo por montera.

El hispanista y profesor de literatura norteamericano Robert R. Ellis descubre una voz oculta de mujer emancipada y feminista en ciernes en el relato de *Doble esplendor*. Junto a la voz patriarcal interiorizada, surge un *álter ego*, dueño de una rebeldía latente, transgresora. En *Constancia de la Mora: «Aristócrata, republicana, comunista», and feminist*, Ellis hace notar que en el discurso de la autora se alternan dos voces: la visión patriarcal que narra las transformaciones políticas a las que asiste y la voz de resistente, de mujer que reconoce el papel de sometimiento en el que fue educada. Es lo que Ellis denomina la tensión entre «el discurso patriarcal marxista y un incipiente feminismo marxista» que él atisba entre líneas[33]. Y destaca que, además de capturar el momento histórico de la Segunda República, *Doble esplendor* «retrata a las mujeres españolas del temprano siglo veinte como agentes sociales del cambio». *Doble esplendor* se anuda así a la literatura memorialista escrita por mujeres. Y en particular a la de las pioneras que escribieron sobre la guerra civil. Tal vez no tenga la belleza literaria de las memorias de Carlota O'Neill y de María Lejárraga ni el rigor político de Clara Campoamor, pero transmite una viveza y una atmósfera capaces de transformar su autobiografía en un relato coral sobre su época.

La vida es hermosa algunos días en Nueva York a pesar de la derrota —qué lento su veneno: duele y produce vacío recordarla,

pero no cala hasta dentro; no acaba con ella, ni con su esperanza—. Constancia de la Mora se muestra activa y luchadora. Pero al anochecer, cuando la actividad cesa, a sus ojos les invade el mismo velo oscuro que envuelve la ciudad. En su recuerdo se filtran unas imágenes lejanas y muy queridas. Luli. ¿Cuándo la verá? ¿Qué hacer para reunirse? Acabada la guerra civil, los niños evacuados en la Unión Soviética quedaron varados en su particular destino, diseñado para el período bélico y no para ser devueltos a una España irreconocible para ellos. Dios sabe dónde estarían los padres de algunos de aquellos niños. Constancia, por fortuna, estaba viva, pero algo más que un largo océano la separaba de su hija. Había que recuperar a Luli, pero, de momento, el destino la sujetaba, casi la encadenaba a Nueva York. Sólo cuando terminó sus memorias, y las entregó a Harcourt Press, la derrota y la nostalgia se cruzaron. Empezaba a comprender las consecuencias de la una y de la otra: además de la guerra, ella había perdido momentáneamente a Luli.

En el verano del 39, Hidalgo de Cisneros y Constancia intentan reunirse. Desde la primavera, el matrimonio sólo había intercalado contactos fugaces, a la espera de hallar un lugar donde establecerse. En junio y julio intercambian telegramas y se suceden las propuestas para verse. Por un lado, Hidalgo de Cisneros pide a la dirección del Partido Comunista que Connie viaje a Europa, previsiblemente a la URSS, para descansar del maratón final de la guerra y de la escritura del libro. Allí decidirán su futuro. Connie, a la vez, en un telegrama en el que no aparece la fecha sugiere a su marido que se establezcan en América. «INFORMATLVAMENTE= IGNACIO PARÍS APRUEBAN REUNÁMONOS *Stop* DON JUAN CONSIDERA AMÉRICA MEJOR TRABAJO AMBOS», se lee en el texto que ella le dirige. Después siguen palabras confusas que podrían leerse: «desea informes a Iñaqui resultado gestiones ésa» seguido de «marchará París doce». Y finalmente algo más coherente: «IGNACIO VINIESE DESEARÍA TRAJESE LULI INFINIDAD ESCUELAS AQUÍ *Stop* AMIGOS COMPRENDERÁN INSISTENCIA NO ES CONVENIENCIA PERSONAL SINO INTERÉS TRABAJO =CONNIE». Parece evidente que Connie desea quedarse en América y que confía en que Ignacio le lleve a

Luli. Pero al faltar la fecha, da pie a toda clase de conjeturas: ¿esta propuesta se cruza con la de Ignacio y queda olvidada o supeditada a otras opciones, o se produce una vez agotados los intentos de él de establecerse en Europa o incluso en la URSS? Un segundo telegrama de Connie, con fecha de 28 de junio de 1939, secunda la iniciativa de Hidalgo: «BENIGNO AMIGOS AQUÍ APRUEBAN MARCHE TEMPORALMENTE TELEGRAFÍAME JAYALLEN SI EXISTE INCONVENIENTE VUESTRA PARTE SI NO SALDRÉ QUINCE DE JULIO EMPALMANDO LONDRES VEINTIDÓS BARCO SOVIÉTICO PARA VISA PASAJE CONVIENE AVISEN CÓNSUL NUEVA YORK».

Los textos de Connie nos revelan, aunque sea a través de una débil rendija, la burocracia de los partidos comunistas de la época, su interior más opaco. Aunque también confirman los flecos de colaboración que unían aún al matrimonio Hidalgo con el último jefe del Consejo de Ministros de la República, don Juan Negrín. Da la impresión de que dos fuerzas tiraban del matrimonio en su conjunto y de cada uno de ellos por separado: el mundo de los exiliados republicanos, con sus gobernantes a la cabeza, los empujaba a América. Su militancia comunista los hacía mirar a Moscú. Junto a estas fuerzas flotaba la improvisación y hasta la vulnerabilidad de los que acababan de nacer al exilio: ese no saber qué camino tomar o no tener claro hacía dónde apostar, abandonados como estaban a la esperanza, más bien frágil, de que el Gobierno franquista se rompiera. Ese no saber, sobre todo, cuánto durará el destierro, incertidumbre que hasta personas seguras de sí mismas como Connie padecieron.

Mientras Hidalgo de Cisneros consultaba su porvenir en Moscú, Constancia multiplicaba sus contactos en Nueva York. Es revelador que se encontrara con Negrín a primeros de julio. El último jefe de Gobierno republicano llegó a Nueva York el 1 de mayo de 1939 acompañado de Alvárez del Vayo y partieron inmediatamente a México. Negrín quería establecer contacto con Indalecio Prieto, entonces ya afincado en México, para esclarecer la situación de los refugiados y aunar posturas respecto al legado de la República. No lo logró porque Prieto, ofendido aún con él, no quiso, y Negrín

regresó a Europa en el buque *Normandie*, ya que tenía que dar cuenta de su gestión ante las Cortes republicanas, convocadas en Francia. Pero a su paso por Nueva York, ya de vuelta de México, Negrín se reunió con Constancia de la Mora y juntos visitaron a Eleanore Roosevelt. El contenido de la entrevista se desconoce, al igual que lo que les dijo la esposa del presidente norteamericano. La única referencia de esta reunión se debe a Burnett Bolloten, que da cuenta de una carta de Constancia de la Mora a Eleanore Roosevelt con fecha del 14 de julio del 39 en la que le agradece haberlos recibido[34].

Una complicada madeja de contactos e intercambios transmitía los sentimientos, los deseos, las dudas y las intenciones de Connie a Hidalgo, y viceversa. Del uno al otro, en primer lugar y en seguida, como vasos comunicantes, de ellos a los que tenían poder para determinar sus movimientos. Convertidos ahora no sólo en un matrimonio, sino en una doble y ambigua unidad de pareja militante, la esfera privada y la pública se confundían: nadie señalaba los límites en aquella época de férreo comunismo. Alguien tomaba la decisión final a través de extrañas e inexplicadas razones. Constancia de la Mora dirigía sus telegramas a nombre de Soledad Sancha, al hotel National MSK, para que se los diera a Hidalgo, alojado en la habitación 125 del mismo establecimiento hotelero. Soledad Sancha y su hermana Clara, hijas del pintor Francisco Sancha, se encontraban en Moscú desde antes de que acabara la guerra civil. Hablaban ruso, daban clase a los niños españoles evacuados y hacían labores de intérprete. Clara estaba casada con el pintor y escultor Alberto Sánchez, y Soledad, con el arquitecto Luis Lacasa. Soledad debía de tener la misión de coordinar tareas de comunicación, de ahí que Connie enviara a su nombre los telegramas. Quizá se debiera a sus conocimientos de idiomas. Aunque tal vez sólo se pretendía que Constanciano se relacionara directamente con Hidalgo desde Nueva York, bien para preservar su nombre o para reservar su paradero. Los telegramas llegaban efectivamente a manos de Hidalgo, acaso con una diferencia de pocas horas, pero éste a su vez tenía que consultar. Una pequeña

nota de él escrita a mano y dirigida a un nombre ilegible que empieza por Ch., dice así: «Por creerlo interesante te mando la copia de un telegrama que recibo de mi mujer, tú dirás qué debe hacerse, en caso de que decidas que venga te agradeceré pongas el telegrama que te adjunto para no perder tiempo pues el barco creo que sale el día 17. Un abrazo, Ig. H de Cisneros, [firma]». Al lado, una segunda nota entre paréntesis: «telegrama para mi compañera, te agradeceré mandes poner urgentemente caso que decidas que venga». Y a continuación el texto del telegrama, dirigido a Jay Allen en Nueva York: «DECIDIDO POR DIRECCIÓN DEBES VENIR CÓNSUL HABRÁ RECIBIDO ÓRDENES. PLANES FUTUROS HAREMOS AQUÍ».

Por alguna razón, el plan no prosperó. «FASTIDIADÍSIMA SIN CONTESTACIÓN TELEGRAMA DÍA 28 DIRIGIDO HIDALGO HOTEL HABITACIÓN 125 URGE CONTESTACIÓN VIAJE REQUIERE PREPARATIVOS CONSTANCIA CONTESTADME». El desconcierto de Constancia se transparenta. Demasiados puentes burocráticos que cruzar para saber a qué atenerse. Mientras tanto Hidalgo se dirige el 4 de julio a su comunicante habitual (el nombre, ilegible, empieza por Ch y parece un diminutivo). Después de recordarle que espera su visita, ya que tiene algo para él, aunque supone que su mucho trabajo le dificulta pasar unas horas en Moscú, le pide que arregle el asunto de su compañera «del cual ya te hablé la última vez que nos vimos (Alfredo también lo sabe). Como verás por los telegramas que te adjunto hace falta que hables con el cónsul soviético en Nueva York para el visado del pasaporte. Por la última carta que he recibido creo que está desesperada y creo, conociéndola como la conozco, que sin un descanso de 2 o 3 meses aquí, en la URSS, no hará ya nada bien, pues no ha tenido desde el principio de la guerra ni un solo día de descanso, como pone toda su alma en el trabajo ha debido llegar al límite; creo, prescindiendo de que sea mi compañera, que se ha ganado este descanso, y que luego estará en condiciones de volver a trabajar donde la mandéis mucho tiempo seguido y bien, además que será interesante explique ante nosotros personalmente su trabajo y […] las posibilidades que puede haber

allí. Si te parece esto bien no olvides lo urgente (pues el barco sale dentro de pocos días) que es lo de telefonear al cónsul. […] Un fuerte abrazo a ti, mi camarada. Cisneros [firma]».

Asombra hoy que personas hechas y derechas tuvieran que estar pendientes de las decisiones de sus superiores en cuestiones personales tan sensibles, pero la militancia exigía una adhesión de tinte religioso y al mismo tiempo una disciplinada e indiscutida voluntad de servicio. Aunque también habría que añadir la rivalidad, la suspicacia y hasta la delación si las relaciones se enmarañaban y se torcían. Con cuánta perspicacia anotó Zenobia Camprubí el 7 de marzo en su diario las consecuencias antagónicas entre las razones de la militancia y el ejercicio soberano de la libertad. Hidalgo y Constancia sólo conocían entonces la heroica voluntad de ser útiles, aun con su dulce aspereza. Su comunicación a tres bandas era sólo una pequeña molestia en una vida imbuida de heroísmo.

El desenlace final queda en la penumbra. Parece obvio que, debido a los retrasos burocráticos, Connie perdió el barco que la llevaría a Londres y luego a Moscú. Es posible que Ignacio Hidalgo de Cisneros realizara una corta salida de la URSS en el mismo mes en que supuestamente Connie iba a viajar hacia Europa. Viajar era una forma de vivir y, en parte, un modo genuino de trabajar y diversificarse. En cualquier caso, Cisneros regresó antes de finales de mes: la autobiografía que escribió para las autoridades soviéticas lleva fecha de 19 de julio. Aunque quizá esta fecha sea aleatoria y no haya que vincularla con una de sus llegadas al país: tal vez Hidalgo retrasara este requisito y escribiera la autobiografía después de llevar varias semanas en la URSS. Si a algunos españoles les hicieron firmar su declaración biográfica en el barco que los acercaba al paraíso soviético, a otros, como a Dolores Ibárruri, se la reclamaron meses después de instalarse en Moscú.

El matrimonio Hidalgo-De la Mora mantuvo su propósito de reunirse ese verano, pero los detalles de ese encuentro, si es que se produjo, se desvanecen. En ese sentido, el telegrama sin fecha de Connie a Hidalgo podría haber sido enviado al final del verano y no al principio, y leerse como el último de la serie: ella proponía

establecerse en América después de desechar definitivamente la URSS. En pocas semanas, además, la situación personal y política de los españoles refugiados en Europa iba a dar un giro. La Segunda Guerra Mundial avanzaba, y fue Ignacio quien dio los pasos a principios de septiembre para trasladarse a Nueva York.

Hacia México

El 4 de septiembre de 1939, Hidalgo de Cisneros obtuvo en el consulado americano de París un visado de tránsito para viajar a Estados Unidos. Pocos días antes, el 29 de agosto, el pacto germano-soviético debió de sumir al general español en una niebla de estupor. ¿Cómo aceptar convertirse en aliado táctico de Hitler después de luchar contra el fascismo en España y de haber ingresado en el PCE para mejor combatirlo? ¡Qué despropósito! ¿A qué oráculo o enlace acudió en aquellas horas Hidalgo de Cisneros para que le explicara la marrullería de Stalin? ¿Quién o qué le ayudó a tragar la pócima en aquellos momentos cruciales? Probablemente, alguna explicación le dieron e Hidalgo lo encajó con deportividad. Nunca entraba de lleno en la tragedia. Al contrario, lo suyo era sobrevolarla en silencio cuando no podía sortearla con audacia o sonrisas.

La segunda contienda mundial, el segundo gran asalto al fascismo —pero ahora con Stalin en el terreno contrario—, estaba en marcha. En los primeros días de septiembre, Hitler invadió Polonia, y el 3, Francia e Inglaterra le enviaron un ultimátum previo a la declaración de guerra. Algo se derrumbaba a sus espaldas. Al solicitar el visado norteamericano, Hidalgo presentó su pasaporte, emitido por el consulado general español en París el 26 de febrero de 1939 y válido por dos años, hasta febrero de 1941. Los datos vertidos en la solicitud del visado incitan a adentrarse en los sentimientos y razones que le guiaban en esos momentos. Hidalgo

de Cisneros se declara refugiado español, de profesión aviador, con domicilio en el número 24 de la avenida de Charles Floquet de París (la dirección de Juan Negrín), y expresa su intención de dirigirse en tránsito a Estados Unidos para viajar finalmente a México, donde residirá en el Gran Hotel de México City. La dirección en la que se alojará en Nueva York es la de Jay Allen (21 Washington Square North), en la que ya reside Connie, y como personas de referencia cita a *Mr*. Lawrence Braymer, Honey Holow Farm, Lahaska, Penn, en Estados Unidos, y, en París, a Juan Negrín, en la misma dirección de Charles Floquet en la que Hidalgo afirma estar registrado. La huella de Moscú queda lejos. Da la impresión de que se quiere despojar al viaje de cualquier connotación que presente a Hidalgo como comunista, y que sus señas de identidad de refugiado español ligado a Negrín toman más relieve.

No es fácil precisar si Hidalgo tuvo que vencer alguna dificultad para ser admitido en Estados Unidos. Unos meses antes, cuando las autoridades portuarias de Nueva York rechazaron a Tina-Carmen Ruiz, trascendió que Estados Unidos restringiría la entrada de refugiados españoles y que sólo aceptaría a personalidades. Es difícil especular si Hidalgo, jefe de las Fuerzas Aéreas de la República, era una personalidad de relieve o un refugiado más. Lo que sí se puede evocar es la inquietante atmósfera en la que vivieron los principales exiliados en sus primeras semanas en Francia, abocados a vivir en la estrecha y ambigua frontera de la legalidad y la ilegalidad. Indeseables para la policía, héroes para los intelectuales franceses, para la izquierda y para los defensores de los derechos humanos. A Teresa Cordón, su madre, Rosa, esposa del general Cordón, le contaba que «iban a su caza». Aquellos primeros días, encerrados en el hotel tenían aires de catacumbas. En París, sin embargo, la situación mejoró, al alojarlos en sus casas los amigos e intelectuales que los apoyaban. El general Hidalgo de Cisneros convalidó sus papeles en Francia, y entre la primavera y el verano de 1939 salió y entró sin dificultad. El 8 de febrero de 1939, en Perpignan, el general H. Morel, agregado militar, le autorizó a vivir en Francia «en la residencia de su elección, con la exclusión de los Pirineos

Orientales». Pero su destino no tenía más que dos bifurcaciones: o la URSS o América. París, a pesar de fascinarle, le sentaba mal. Su humedad lo destemplaba y lo calaba hasta los huesos.

«Tu Connie».

Viajaba a América, cuando la segunda guerra mundial entró en una dimensión virulenta. No había vuelta de hoja. Los nazis avanzaban. Era el peor momento para regresar a Europa, y menos aún a París. Poco después, la Francia ocupada cerró cualquier atisbo de duda. El destino era América. La trastienda a la que volver en el momento necesario, la URSS. Por alguna extraña razón el azar lo llevaba a México, el país al que quiso ir de agregado aéreo en los felices días de la República. De haber permanecido en Francia unas semanas más, es posible que Hidalgo hubiera jugado algún papel en la contienda mundial o en la resistencia. Pero se fue justo en el instante en que todas las cartas estaban sin desplegar. No sabemos si llevaba a Estados Unidos alguna misión concreta, o incluso si, inicialmente, tenía el propósito de convencer a Connie de volver al continente europeo. La guerra zanjó esa estrategia, ya mera especulación. El Gobierno títere de Vichy no ocultaba su macabro colaboracionismo y les cerraba la puerta del sur. El pacto germano-soviético les dificultaba establecerse en un país beligerante como el Reino Unido. Qué desconcierto, además, ese pacto incomprensible en sus conciencias de nuevos comunistas. A Connie, menos fría y en determinados aspectos más dogmática, el pacto debió de revolverle las tripas, aunque nada en ella se resintiera. Además, ahora Luli quedaba más lejos. La cabeza de Connie, en aquel otoño de 1939, no debió de conocer descanso. Las ideas eran lava que se solidificaba y se diluían al contacto con la realidad. Por primera vez no podía controlar nada más que su libro. Todo se enrarecía y se difuminaba, menos su fe soviética, todavía intacta.

Los días de tránsito de Hidalgo en Estados Unidos se cruzaron con el éxtasis literario de su esposa, Constancia de la Mora. Hidalgo de Cisneros encontró a su compañera y correligionaria convertida en una pequeña celebridad. Los progresistas neoyorquinos, las feministas y los voluntarios de la Brigada Lincoln formaban una guardia de honor en torno a ella. Constancia debió compartir ese pequeño triunfo con el aviador. Cuando se encontraron le entregó un ejemplar de *In place of splendor*. A la dedicatoria general en inglés: «*For Ignacio and Luli*», añadió un sencillo y claro: «Tu Connie». Este ejemplar, dedicado expresamente a su marido, lo guarda hoy en México Conchita Mantecón, hija de José Ignacio y Concha Mantecón, ambos amigos leales de Hidalgo de Cisneros y de Constancia de la Mora. Valioso por razones editoriales, históricas y hasta sentimentales, este singular ejemplar fue uno de los objetos y enseres que dejó en México Hidalgo de Cisneros cuando abandonó el país, en el ecuador de la década de los cuarenta. Como un símbolo, el libro permaneció en México, corroborando el alejamiento de la pareja. Es imposible saber por qué Hidalgo no se lo llevó consigo, y si fue una cierta sensación de sarcasmo, o incluso de dolor, lo que le impidió transportarlo a Europa en sus nuevas circunstancias. Aunque tal vez se trató de algo práctico, y lo depositó en casa de sus amigos para no cargar con un exceso de equipaje. Probablemente coexistieran varias razones en ese gesto de despojarse de ese pasado común ya prescrito, pero a la vez real e inapelable. «Tu Connie», la cómplice dedicatoria, quedó anclada en la biblioteca de Conchita Mantecón. A la vez prueba de amor y razón histórica de un tiempo que jamás volvería.

Apenas hay huellas del paso de Hidalgo de Cisneros por Estados Unidos. No es fácil precisar si el matrimonio pudo reencontrarse siquiera fugazmente en el otoño del 39 o si el general sólo permaneció en territorio estadounidense el tiempo justo para reanudar su viaje a México. Lo más probable es que, a la par que se instalaban en la capital mexicana, mantuvieran un estrecho contacto con sus amigos de Nueva York e incluso que viajaran de vez en cuando al país vecino del norte. Al menos, Constancia visitaba a

menudo Nueva York para asistir a reuniones convocadas por la derrotada República y el Comité de Ayuda a los Refugiados Españoles. En ese tiempo, sus amigos Vidali y Tina Modotti habían recibido el encargo de establecerse en Nueva York. El movimiento de ayuda a los refugiados políticos era más activo en Estados Unidos que en México, y en los planes de Moscú, Tina y Vidali debían hacerse cargo de una oficina solidaria abierta en San Francisco para atender a exiliados españoles. Tina consiguió entrar finalmente en el país gracias al pasaporte de Mary Dougherty, una cuáquera afincada en aquel tiempo en México que simpatizaba con ella y con su causa. Una vez en Nueva York. Tina tenía el alojamiento asegurado en la casa de Martha Dood, millonaria y filocomunista. En aquella lujosa casa neoyorquina en la que vivía como la perfecta Mary Dougherty que rezaba en su pasaporte, un documento en el que lo único suyo era la nueva foto que sustituía a la de su dueña, Modotti se sentía permanentemente desdoblada. Aunque Tina utilizaba su privilegiada situación como una escaramuza para establecer contactos e incluso viajar a determinadas misiones en Europa, pronto regresó a México. Para Vidali era arriesgado volver a entrar ilegalmente en Estados Unidos y ser descubierto. La retaguardia de México era más efectiva para ella y Vidali. Pero es lógico pensar que mientras Tina y Constancia coincidieron en Nueva York, su relación fue asidua. Tina revisó el texto de *In Place of Splendor* y subsanó con su buen inglés algún error cuando el libro se encontraba ya en la imprenta. Por allí andaba también, trabajando ahora en tareas de impresión, el cubano Manuel Fernández Colino, voluntario en la guerra de España y en algún momento agente del SRI. Constancia también lo conocía y no hay que descartar que la ayudara a revisar concienzudamente las galeradas. Después de todo, difundir el horror y el heroísmo vividos en España era una labor revolucionaria.

A pesar de la escritura apresurada y del sectarismo que fluye en algunos párrafos, Constancia exprimió su memoria y se documentó allí donde ésta no llegaba. Cada párrafo seguía una lógica. Aunque algunas observaciones parezcan exageradas, no siempre tenemos que

dudar de su verosimilitud, pues el enemigo no era mejor ni más veraz. Afirmaciones del estilo de que los franquistas utilizaron y manipularon imágenes de la Semana Trágica de Barcelona para ilustrar el supuesto terror rojo como si hubieran sido tomadas durante la guerra civil pueden chocar a primera vista, pero no tanto si se analizaran a fondo cada uno de los elementos de propaganda y contrapropaganda utilizados por el Gobierno de Burgos. Curiosamente, al frente de la Oficina de Prensa y Propaganda del bando insurgente se encontraba Luis Bolín, hermano de Manuel y cuñado de Constancia de la Mora durante el tiempo que estuvo casada con el padre de su hija. Si Manuel había salido un poco vago, no puede decirse lo mismo de Luis. Diligente y astuto, cubrió como reportero la primera guerra mundial y desde 1920 fue agregado de prensa en la Embajada de Londres. En julio de 1936 facilitó al general Franco el avión que lo transportó desde las islas Canarias hasta la Península, el mítico Dragon Rapide. Franco se lo agradeció nombrándolo jefe de la Oficina de Prensa Extranjera. Un nuevo y sugerente paralelismo entre De la Mora y Bolín, como si aquel primer apellido que un día superpuso al suyo no terminara de alejarse del todo de Constancia. Luis Bolín, reverso en cierto modo de Manuel, encarnó al mismo tiempo en la distancia el anverso de lo que representaba De la Mora, su ex cuñada. En un nuevo juego de espejos cada uno constituía la otra cara de España, la más oculta; aquella que el bando insurgente prefirió rasgar antes que aceptar como parte de la suya. Después de la victoria franquista, Luis Bolín fue nombrado embajador en Estados Unidos y aterrizó en Nueva York para recalar en Washington con su fácil sonrisa rematada por un bigote a lo Clark Gable. Constancia, que había llegado antes, había dejado ya sus memorias y algo de su lluvioso y atribulado corazón en el país que ahora Bolín se disponía a conquistar. El paralelismo se había roto, como todo el entramado de antagonismos vivido en la guerra civil.

El exilio mexicano

A finales del 39 los Hidalgo residían ya en México, en el número 56 de la avenida de Veracruz. Una zona de clase media ilustrada, en su origen nutrida por criollos afrancesados, y ahora venida a menos. Connie e Ignacio ocupaban el apartamento 1. Enfrente de él se encontraba el llamado apartamento 2, ocupado inicialmente por José Ignacio Mantecón, Juan Vicens y los hermanos Manolo y Emilio Rodríguez Mata. Concha, la esposa de Mantecón, y sus hijas, Matilde y Conchita, no pudieron reunirse con su esposo y su padre, respectivamente, hasta 1941. Cuando llegaron, el piso de *solteros* se deshizo, pero la casa continuó abierta a los exiliados y los amigos mexicanos. Por allí pasaban los Ugarte, su cuñado Bergamín, Gallegos Rocafull, Rosario Rancaño, los Sánchez Sarto, Frida Kahlo, los Gamboa, e incluso el chileno Pablo Neruda y su mujer argentina, a la que llamaba la Hormiguita. Pronto apareció también Luis Buñuel, *rescatado* de Hollywood por Ugarte, compañero suyo de la Residencia. Al parecer, Ugarte fue quien persuadió al autor de *Viridiana* de que se afincara en México. Connie e Hidalgo de Cisneros compartían los mismos amigos y unos y otros recalaban en ambos apartamentos. A Connie la visitaban a menudo los brigadistas de la Lincoln que pasaban por México: para ellos, Constancia era una referencia clara de su causa perdida, un trozo vivo de España.

Aurora Arnáiz dedica algunos párrafos de su autobiografía, *Retrato hablado de Luisa Julián*, a describir la atmósfera de Veracruz, 56. Arnáiz explica que era un edificio de estética porfirista que inicialmente sólo tenía una planta con dos apartamentos con grandes balcones abiertos a la avenida. Encima estaban los lavaderos y tendederos y los dormitorios de la servidumbre, pero poco después se levantó en ellos una segunda planta y surgieron dos apartamentos más. Uno de los nuevos apartamentos lo habitó Ernesto, el fiel ayudante de José Ignacio Mantecón en la guerra española. Arnáiz vivió una temporada en Veracruz, 56 y a su memoria no se le escapa

ninguna historia humana, ni tampoco el escenario preciso, con todos sus detalles estéticos, en que éstas se desarrollaron. Aurora Arnáiz había llegado a México con una triste historia a sus espaldas que le pesaba mucho más que la pequeña maleta que la acompañaba. Su marido, el gobernador civil de Guadalajara, José Cazorla, fue uno de los pocos republicanos que permaneció en España cuando el general Casado entregó a Franco Madrid, y, con ella, la llave de la victoria. Encarcelada con su bebé en un inhóspito edificio vacío poco después de que Cipriano Mera detuviera a Cazorla, Aurora Arnáiz vio morir a su pequeño de frío y de fiebre. Después de huir por Francia con documentación falsa, Arnáiz llegó a México. Cazorla no pudo salir de España y fue fusilado. Al carecer de medios, Aurora Arnáiz se alojó al principio en casa de Pedro Checa y su mujer, Angelita, también exiliados. Antes que ella había sido Encarnación Fuyola la que había pernoctado en la misma casa. Sin embargo, a raíz del asesinato de Trostki, la policía mexicana empezó a vigilar a los comunistas, y a presentarse en sus casas, por lo que la estancia de Arnáiz ya no era segura. Sus anfitriones le aconsejaron que se mudara a casa de Margarita Nelken o a la de Connie. Finalmente se decidió que fuera al edificio de apartamentos de esta última. Nelken, con su falta de prejuicios y hasta de elemental disimulo, había tratado abiertamente con Ramón Mercader, por lo que estaba en el punto de mira de la policía.

Aunque Arnáiz no conocía a Constancia de la Mora, ésta fue a buscarla para llevarla a Veracruz, 56. Le habilitaron una habitación de servicio que estaba desocupada en el entresuelo del edificio. Al tener una ventana que daba al patio, contaba con ventilación, le explicó Connie. «Al oírle decir con énfasis lo de la ventilación comprendí que se trataba, como así fue, de una persona que daba importancia a la limpieza, al orden, a que los pucheros estuvieran tapados y las cacerolas limpias. Al baño diario y a la ropa pulcra», rememora Arnáiz. A Hidalgo de Cisneros lo retrata como «el prototipo del aristócrata de pátina, risueño y siempre dispuesto a ver en las gentes su lado amable». Frente «a la seria rigidez de Connie», Ignacio «contraponía su apariencia de tomar las cosas como iban

llegando, sin darle demasiada importancia, como algo que venía y se iba». Arnáiz traza con perspicacia, como demorándose, un retrato un tanto decadente de Hidalgo de Cisneros: «Su hablar apresurado, quizá de descuidada dicción, encubría a una persona fría, reflexiva, que había logrado, al menos aparentemente, tomar la vida, con sus avatares, como un juego deportivo en el que los mortales se encontraban inmersos». Aunque confiesa que nunca supo «hasta qué punto su aparente frivolidad ocultaba a la persona madura, a un buen psicólogo que sabía de las eternas e inesperadas reacciones sutiles, a veces mezquinas, de las gentes, mucho más de lo que podía creerse de él». Arnáiz no elude mencionar la fama de seductor que le había precedido y que las mismas mujeres asumían, hasta el punto de que «en cuanto ponían su primera mirada en él, quedaban cautivadas. Le ayudaba su porte de aristócrata, y no venido a menos, sino en pleno ejercicio de clase. Oyéndolo hablar, el interlocutor quedaba doblemente atraído por su sencillez y su espíritu deportivo frente a las cosas cotidianas. […] De su gran cargo de general en jefe de las Fuerzas Republicanas de Aviación le quedaba una pátina de prestigio que aparentemente no manejaba, pero que estaba con él». Aunque algo reiterativa, Arnáiz no renuncia a dar unas últimas pinceladas al personaje: «Atraía su figura de señorito de pulcro vestir, con sus camisas que en verano solía remangar con gracioso desenfado. Nunca cambió su atuendo, posiblemente porque formaba parte de su persona. Allí donde estuviera Ignacio, allí estaban con él sus camisas blancas, su *tweed* gris jaspeado y sus zapatos de ante café a los que acompañaban sus calcetines blancos».

Las maletas de Constancia y de Ignacio de Cisneros no estaban a la vista en el apartamento 1 de Veracruz, 56. Entre sarapes y flores, la vida alcanzaba una dignidad que aquella pareja de elegantes comunistas nunca perdió. Constancia era ordenada y sus sentimientos y sus maletas no siempre aparecían en primer plano. Pero, al igual que las maletas de los exiliados, las de Connie estaban listas para partir. La avenida de Veracruz sólo era un lugar provisional. Había tantas razones para salir de aquel embrujo, tantas ganas de volver a Europa… De nuevo la esperanza la confortaba y la

engañaba: confiaba en que la segunda guerra mundial fuera corta, deseaba que todo se normalizara, suspiraba por abrazar a Luli. Aunque ¿es que puede haber normalidad para un exiliado? ¿Y más aún para una comunista española que ha cambiado de paisaje y de país combatiendo al fascismo y que ahora no puede vomitar su furia por ese pacto infame entre nazis y soviéticos? ¿Qué adjetivos utilizaría Constancia para explicarse lo ocurrido? ¿Se lo callaría todo? ¿Discutiría la situación política sólo con Ignacio? Sin duda, esperaba tiempos mejores. No había demasiada hermandad entre los comunistas españoles refugiados en México. Crecía la tirantez, aumentaban las capillitas por edad, talante, revanchismo o diferencias económicas. Constancia e Hidalgo se sentían dentro de la militancia, pero se agruparon en torno a sus vecinos y amigos: José Ignacio Mantecón, el adorable y despistado Juan Vicens o el poeta José Moreno Villa. Frecuentaban igualmente el círculo de artistas mexicanos presidido por Diego Rivera y Frida Kahlo, así como el entorno diplomático y extranjero de los Neruda y los Délano. Ocasionalmente salían por los alrededores de la capital, o al campo, con Tina Modotti y Vidali, Cruz y Patricio Azcárate, Mario Montagnana y Ana María y el matrimonio Mantecón cuando se incorporó Concha. De vez en cuando, Constancia viajaba a Estados Unidos, en ocasiones para dar conferencias en la sede de la Brigada Abraham Lincoln, o se desplazaba a Oaxaca, adonde acudía con las gringas que la visitaban después de leer *In Pitee of Splendor*: querían descubrir a la heroína, hablar con la feminista, discutir con la antigua burguesa y ahora mujer de izquierdas. Constancia les hablaba de la República, de los comités de apoyo a los refugiados españoles y europeos… Y también de México, de la belleza de Chiapas, de Zacatecas, de Morelia y, naturalmente, de la pobreza y dignidad de sus indios. Su sentido artístico la hizo conectar en seguida con el realismo mágico mexicano.

Concha, la esposa de Mantecón y las dos niñas, llegaron en 1941. Conchita, la superviviente de la familia, hoy octogenaria, tenía entonces doce años. Su madre y ellas habían pasado diversas calamidades en Francia hasta arribar a México. Hubo fiesta el día de

su llegada en la avenida de Veracruz. Constancia les hizo unos pasteles conocidos como *hot cake* bañados en miel de maple. Aquel sabor desconocido traspasó la memoria de la pequeña Mantecón como un presagio de que la vida comenzaba. Ocuparon el apartamento 1, que ya habitaba José Ignacio Mantecón. Vicens y los hermanos Rodríguez Mata fueron encauzando también sus vidas. Emilio se casó con Aurora Arnáiz.

En la memoria de Conchita, junto con el inconfundible saborde los *hot cake*, se filtró la imagen de Constancia: alta, corpulenta, llena de vitalidad. Y con el pelo recogido en una trenza agarrada arriba de la cabeza. Ignacio iba vestido de un modo más convencional, pulcro, tirando a antiguo. Contemporizaba más, mientras Connie, más enérgica, acostumbraba a poner los puntos sobre las íes. Todo esto se le reveló a Conchita mientras degustaba el aroma de miel de maple, y lo fue descubriendo mientras crecía. Su amistad con Connie iba a durar toda la vida, la corta e intensa existencia de la nieta de Antonio Maura en México. Unos meses antes de que viajara a Guatemala, Connie había vivido varias semanas en la casa de los padres de Conchita. Estaba buscando datos para un libro sobre la emigración española en México y le resultaba más práctico alojarse por un tiempo en la capital que estar recluida en Acapatzingo, donde residía.

Al poco de instalarse en México, Constancia de la Mora encontró un empleo adecuado para ejercer su dominio de idiomas. Empezó a trabajar como secretaria y traductora en la Embajada soviética en México. Al mismo tiempo, Connie pertenecía a la UME (Unión de Mujeres Españolas), organización que recogía fondos, comida y ayuda para los presos antifranquistas. El 21 de mayo de 1939 se convocó en París a diferentes dirigentes de Socorro Rojo Internacional para canalizar la ayuda a los refugiados españoles. Supuestamente, Tina Modotti asistió a la reunión, aunque no Vidali, afanado en arreglar su documentación para establecerse en Estados Unidos. Aunque la aventura norteamericana de Tina Modotti y el comandante Carlos no prosperó, la preocupación por los exiliados fue una antorcha que la fotògrafa y

Constancia de la Mora sostuvieron juntas. Con el tiempo, Constancia formaría parte de la Junta del Comité de Ayuda a los Refugiados, junto con la escritora alemana y exiliada judía Anna Seghers.

A pesar del vacío que destilaba el exilio algunos días, los intereses de Constancia en México eran múltiples. Además de relacionarse con el entorno del exilio español y con figuras del arte y la política mexicanos frecuentaba a refugiados centroeuropeos. Aunque cercanos, estos grupos podían estar espiritual e ideológicamente distanciados en la práctica. Hay que tener en cuenta que el Partido Comunista mexicano tenía únicamente el contacto indispensable con el PC español. «Por razones legales y costumbristas, a los mexicanos no les agrada la mínima intervención de los extranjeros en la política nacional», explica la veterana exiliada Carmen Romero de Roces. Todo ello da idea de las relaciones cruzadas que podía establecer alguien como Constancia con capacidad para saltar de un círculo a otro con naturalidad.

No hay fechas ni motivos claros que expliquen la separación de Constancia de la Mora y de Ignacio Hidalgo de Cisneros. Entre otras razones porque mantuvieron lazos de amistad aun después de separarse. Pero, sobre todo, porque los amigos comunes actuaron como un muro protector de su historia pasada y presente, como si, aun sabiéndolo, ignoraran en determinados momentos que estaban separados. Constancia de la Mora se marchó pronto de la avenida de Veracruz y alquiló una casa en los alrededores de Cuernavaca. Mientras residía en aquel paisaje fascinante, encargó al arquitecto Ayala que le construyera una casa en los lindes de Cuernavaca, en Acapatzingo. En ella, Ayala volcó toda su fantasía, y Connie su buen gusto y su amor por México. El apartamento de Veracruz se quedó para Cisneros, aunque también frecuentó durante un tiempo la primera casa de Cuernavaca.

Teresa Pàmies coincidió alguna vez con Constancia en Barcelona, sin llegar al trato directo, y en México volvió a cruzarse con ella en determinadas ocasiones. El exilio de la una y de la otra no fue el mismo, no sólo por diferencias de edad, ya que Pàmies era

más joven, sino porque «Constancia se movía en un ambiente más selecto, en el círculo de Dolores del Río, la galerista María Asúnsolo, etcétera», evoca la escritora catalana. Sus vidas apenas confluyeron en México, pero Teresa Pàmies recuerda con cierta viveza que un día coincidieron en una piscina muy popular situada a las afueras de la capital, donde además se jugaba al tenis y al golf. «Era alta, espectacular, interesante, aunque no guapa», trata de rememorar. El tiempo no ha pasado en balde, estamos en el 2004 y la escritora catalana no guarda demasiados recuerdos de Constancia. Pàmies fue más precisa en un artículo firmado en *Tiempo de Historia* en febrero de 1979, al editarse por primera vez en España *Doble esplendor*[35]. En este artículo, titulado «El doble esplendor de Constancia de la Mora», traza una semblanza de Connie hilando sus recuerdos de México con la propia voz de la nieta republicana de Maura expresada en sus memorias. El encuentro en la piscina centra su relato:

> A principios de la década de los cuarenta tomé un día un autobús que iba a una popular piscina de las afueras de la capital y, casualmente, entablé conversación con una dama, española de acento y mexicana de aspecto. Me pareció haber visto antes aquella cara, pero no conseguí situarla. Era una mujer alta, de tez olivácea, vestida de ancha falda de algodón y blusa blanca de escote caído en los hombros, al estilo tapatío. Llevaba en el pelo, sujeta con cintas de colores, una trenza imponente que enroscaba en su cabeza altiva. Dos españolas en un autobús mexicano no podían ignorarse y, sin presentarnos mutuamente con nombres y apellidos —aunque ella identificó en seguida mi acento catalán—, entablamos amistosa conversación hasta llegar a la piscina donde nos apeamos. A mí me esperaban unos amigos y ella fue al encuentro con los suyos. Mientras se alejaba con el bolso veraniego en bandolera, uno de los chicos de mi pandilla comentó: «La nieta de Maura se nos ha disfrazado de Adelita», y empezó a tararear el famoso corrido de la soldadera de Pancho Villa. Entonces descubrí dónde había visto yo aquella cara: en Barcelona, naturalmente. […] La que yo recordaba era una mujer más delgada y menos exótica que la señora que hizo el trayecto conmigo hasta la piscina. Mis amigos cotillearon con la frivolidad con que suelen hacerlo los jóvenes, y así me enteré que las cosas no iban como la seda entre la nieta de Maura y el famoso general,

> porque, según el chismoso, Hidalgo de Cisneros tenía mucho éxito entre las gringas y Constancia de la Mora era más celosa que Otelo [...]. Volví a encontrar a nuestra compatriota en algún acto de los refugiados españoles y siempre la vi con atuendo mexicano, rebozo incluido, porque ella sabía, sin duda, que le iba mejor que la ropa burguesa. Su tez mate y cetrina, sus enormes ojos rodeados de «ojeras borrachas de sol», como decía el bolero de moda, y su largo cuerpo desgarbado no debieron permitirle brillar entre la sociedad madrileña como la señorita aristocrática que, un día de enero de 1906, nació en la cama estilo Luis XV de una mansión madrileña. [*Tiempo de Historia*, pág. 44, número 25, febrero de 1979].

El delirio por Oaxaca

Al calor del éxito de *In Place of Splendor*, Constancia empezó un segundo libro sobre México y sus ambientes indígenas. Para pergeñarlo, viajó a Oaxaca para recopilar material. Es probable que propusiera a Tina Modotti que se encargara de las fotos, pero la activista estaba demasiado apática en esa época para tomar la cámara. La militante había enterrado a la artista; la abnegada revolucionaria había dejado ahogar su mirada de fotógrafa. Se encontraba en un viaje de vuelta que Constancia de algún modo iniciaba. Al contrario que Modotti, la republicana española buscaba el camino del arte y la cultura para no asfixiarse en el doble exilio que vivía: el exterior y el íntimo. Su voz estaba plenamente viva a pesar de todo lo perdido, a pesar del paulatino alejamiento de Hidalgo de Cisneros, y a pesar de la enorme distancia que la separaba de Luli. Incluso a pesar del estalinismo. Entre tantas preocupaciones como la rodeaban, algo en ella renacía. Su curiosidad y su coraje tiraban de ella. El proyecto de captar la belleza de Oaxaca se concretó con el fotógrafo norteamericano John Condax. Él haría las fotos y Constancia escribiría el texto. Trabajando juntos, las posibilidades de publicarlo en Estados Unidos se multiplicaban. Constancia acompañó al principio a John

Condax y a su esposa a los escenarios esenciales por donde discurría su historia, pero su trabajo cotidiano en la Embajada rusa no le permitía ausentarse semanas seguidas, y en alguna ocasión fue Tina Modotti quien se encargó de guiar a Condax. Al menos ésa es la versión que recoge Elena Poniatowska de labios de Vidali. Sin embargo, Vidali ofrece un nuevo matiz en una entrevista realizada por encargo del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México como fuente documental del exilio. «Ella [Tina Modotti] durante el tiempo que estuvimos en México hizo un servicio con Constanza de la Mora, se fueron las dos a Oaxaca […] durante un mes y […] sacaron muchas fotografías que tenían que tener la fiscalía de Constanza de la Mora, por un editor en Estados Unidos. Yo creo que el mismo editor que publicó el libro de Constanza de la Mora *In place of splendor*. Sería bueno dirigirse a aquel editor para ver si él tiene estas fotos […]», relata Vittorio Vidali[36] en un estilo entrecortado y coloquial que se mantiene en la mayoría de las entrevistas realizadas a los exiliados españoles.

De esta última confesión se desprende que Tina Modotti pudo contribuir al proyecto con imágenes propias. Se ajusta más a la realidad, sin embargo, la primera versión, la de que Tina no volvió a disparar la cámara. Ni siquiera se sintió capaz de pulsar en algún momento la Graflex que llevaba Condax. Ya no disponía, por entonces, de cámara propia. Aquella artista singular, carnal y turbadora que aprendió el oficio a través de sus primeras parejas, los fotógrafos Robo y el legendario Edward Weston, había quedado paralizada, progresivamente vampirizada por la activista. La devastación íntima que le sobrevino tras la derrota española influyó en esta mezcla de vacío y amnesia: la fe en la ideología a la que estaba adherida continuaba, pero la ilusión había perecido. ¿Merecía la pena entregarse a la muerte para perder? ¿Tenía sentido volver a ilusionarse con la fotografía después de esa experiencia desgarradora? Margaret Hooks pudo hablar con Luli Bolín, la hija de Constancia, mientras recababa datos para su estudio de Tina, y le confirmó que la activista y amiga de su madre no había hecho ni dejado fotos. De haberlas habido, su cotización habría subido

probablemente como la espuma, y el libro de Connie hubiera encontrado editor, arrastrado por la estela de la fotógrafa. De hecho, las fotografías de Modotti anteriores al 36 empezaron a ser buscadas y valoradas cuando se supo que desde esa fecha Tina no produjo más imágenes.

De cualquier modo, es posible que en algunas etapas del trabajo el matrimonio Condax y Tina y Constancia viajaran juntos, e incluso que hubiera existido cierta colaboración intelectual o teórica entre ambos fotógrafos, aunque Modotti no llegara a disparar ningún clic. Además de Oaxaca, recorrieron Michoacán, Tlaxcala, Veracruz y Puebla. El libro, aunque avanzado, no llegó al mercado editorial. Es difícil determinar en qué grado la muerte de Tina Modotti, a principios de 1942, retrasó el proyecto o influyó en que éste quedara inacabado. Otras razones se debieron de cruzar en el camino de Constancia para que no se publicara. Además de este proyecto, Connie intentó reconstruir las historias de los españoles refugiados en México, pero, según Eladia Lozano de los Ríos, refugiada española que colaboró con Constancia en la Embajada soviética en México, el proyecto no cuajó, en parte porque le faltaba perspectiva. Durante un tiempo, sin embargo, tomó numerosas notas de emigrados y se acercó a sus negocios, como la fundición Vulcano. Los negocios de los refugiados eran diversos, desde laboratorios farmacéuticos hasta zapaterías y alpargaterías. No sólo hubo empresas editoriales o culturales, como el Colegio Madrid o el Instituto Luis Vives, sino formas de ganarse el pan más humildes. Hubo hasta quien fabricó mazapanes, y en una época, como recuerda Luis Azcárate, se hicieron populares unas rosquillas llamadas *refugiadas*.

No sabemos en qué fase quedó este segundo esbozo de libro, interrumpido por la prematura muerte de Connie en Guatemala. Se trataba, sin duda, de una investigación ambiciosa que su muerte dejó inconclusa. Después de indagar por varios medios y de preguntarle directamente, la nieta mayor de Constancia, Lourdes Caraballo Bolín, ha admitido que su abuela dejó un manuscrito titulado *Mexico is theirs*. Aunque el título parece indicar que se trata del

primer libro, ya que Lourdes asegura que lo hizo en colaboración con alguien que se llamaba John, es lo bastante genérico y misterioso como para que *Mexico is theirs* pueda designar, también, el estudio sobre la emigración. En cualquier caso, uno de los pequeños enigmas que alimentan los muchos misterios que acompañaron a Constancia es por qué y cuándo dejó la relación profesional con John, y en concreto por qué no llegaron a publicar conjuntamente sus trabajos.

Teresa Azcárate, hija del coronel Patricio Azcárate y de Cruz Diz, trabajó un tiempo para Constancia buscándole documentación para un libro que preparaba, aunque ya no recuerda sobre qué materia. Poco después, Teresa Azcárate empezó a colaborar con un periódico mexicano de tirada nacional y ya no supo si Connie siguió trabajando en su libro o lo abandonó. Pero recuerda vivamente que en los primeros tiempos del exilio *heredó* un traje de aviador de Hidalgo de Cisneros de color gris marengo. «El traje estaba impecable. Mi madre me hizo una falda de los pantalones, y me adaptó la chaqueta. Yo me encontraba elegante cuando la llevaba puesta y bien abrochada», rememora. Tal vez el aura del apuesto caballero que la había estrenado acompañara a Teresa en sus paseos por la capital mexicana. O al menos así lo sentía la joven.

En la Nochevieja de 1941, Pablo Neruda reunió en su casa a algunos de sus numerosos amigos. Se había convertido en un referente para los artistas mexicanos y los refugiados europeos. Ya en 1939,Neruda había abandonado su retiro en Isla Negra para ayudar a que decenas de familias españolas detenidas, separadas o medio ocultas en Francia viajaran a América en el vapor *Winnipeg*. «La más noble misión que he cumplido en mi vida», confiesa en sus memorias. Al estallar la Segunda Guerra Mundial, Neruda se encontraba en el puerto de Trompeloup junto a los exiliados recién llegados y partió rumbo a Chile. Pero en 1940 fue destinado a México, un escenario perfecto para reencontrarse no ya con los pintores y muralistas Orozco, Rivera y Alfaro Siqueiros, sino con sus amigos de España y algunos de los refugiados europeos que asistieron al Congreso de Escritores de Valencia: León Felipe,

Constancia de la Mora, Wenceslao Roces, Juan Rejano, Herrera Petere, Moreno Villa, Erwin Kish, Anna Seghers… A la fiesta de final de año de 1941 asistieron Tina Modotti y Vittorio Vidali. Probablemente, también Constancia de la Mora e Hidalgo de Cisneros. Y un numeroso grupo de refugiados españoles, latinoamericanos, franceses, italianos, checos, rumanos… Según el apasionado relato de Poniatowska, poco antes de la medianoche alguien propuso un brindis por los aliados levantando su copa de sidra de Huejotzingo. «No, no, por el Ejército Rojo», exigió Constancia de la Mora. ¿Quién sino ella, generosa y exaltada, podía defender la ortodoxia con tanta vehemencia? Y con tanto sacrificio, pues en ese brindis al Ejército Rojo flotaba el recuerdo de Luli, evacuada de Moscú, y tal vez en aquellos días desnutrida o enferma.

A las doce de la noche, los invitados de Neruda cantan con una sola voz *La Internacional*. La de Tina Modotti tiembla. Quizá en ese imperceptible temblor nazca ya el anuncio anticipado de su muerte, que en esas primeras horas del año nuevo empieza a fraguarse. Aunque nadie piensa en morir esa noche. Los brindis se cruzan y se multiplican: «Por los aliados», «Por el Ejército Rojo», «Por la República». Qué felicidad: desde hace unos meses, los soviéticos y los aliados van juntos. Ahora sí, todos contra el nazismo. Y los invitados se van tranquilos, algunos a sus casas y otros a descubrir los primeros rayos de sol del nuevo año.

En *Confieso que he vivido*, Pablo Neruda narra la atmósfera de aquellos días de amistad y solidaridad internacional frente a un escenario mundial menos amable, sumido ya en la confrontación. En la víspera de Pearl Harbor, Neruda recuerda a Constancia de la Mora y el resto de los exiliados. Curiosamente, no cita a Hidalgo de Cisneros, que en diciembre de 1941, víspera del hundimiento de Pearl Harbor, residía en México.

> Llegaban a mi casa los españoles Wenceslao Roces, de Salamanca, y Constancia de la Mora, republicana, pariente del duque de Maura, cuyo libro, *In place of splendor*, fue un *bestseller* en Norteamérica, y León Felipe, Juan Rejano, Moreno Villa, Herrera Petere, poetas; Miguel Prieto, Rodríguez Luna, pintores; todos españoles. Los italianos Vittorio

> Vidali, famoso por haber sido el comandante Carlos del 5.º Regimiento, y Mario Montagnana, desterrados italianos, llenos de recuerdos, de asombrosas historias y de cultura siempre en movimiento. Por ahí andaban también Jacques Soustelle y Gilbert Medioni. Éstos eran los jefes gaullistas, representantes de Francia Libre. Además pululaban los exiliados voluntarios o forzosos de Centroamérica, guatemaltecos, salvadoreños, hondureños. Todo esto llenaba a México de un interés multinacional y a veces mi casa, vieja quinta del barrio de San Ángel, latía como si allí estuviera el corazón del mundo. [P. Neruda, *Confieso que he vivido*, págs. 223-224, Seix Barral, 1974].

Cinco días después, la noche de Reyes, es el arquitecto de la Bauhaus, Hannes Meyer, quien invita a su casa a la pareja Tina Modotti y Vittorio Vidali. Meyer habla de música y de arte y alimenta sueños propios y ajenos. Sueña en voz alta con un próximo viaje a Madrid, a Italia y a Alemania cuando Franco, Mussolini y Hitler ya no tengan poder y no haya fascismo en el mundo… Anfitriones e invitados endulzan ese sueño colectivo con una rosca de Reyes e inician nuevos brindis. Vidali se marcha pronto para ir al periódico *El Popular*, donde colabora, a echar un vistazo a los titulares de internacional con el director. Tina abandona la casa de Meyer pasada ya la medianoche. Parece triste. Toma un taxi, pero en medio del trayecto la vida se esfuma, su destino cambia. La pasajera no va a casa, ni siquiera al hospital General, como le ha dicho al taxista para orientarle, ya que el establecimiento sanitario se encuentra frente a su domicilio. El taxista la deja literalmente en la puerta del hospital, y como la señora no sale y acaba de suspirar muy quedo, avisa a un enfermero. Éste se acerca al asiento de atrás y le dice que ha llegado tarde, que Tina ha muerto, que la lleve más bien a la Cruz Verde, la morgue. El corazón se le paró en el trayecto. Junto a la conmoción que produce la noticia entre los refugiados, surge el rumor de que murió envenenada. Esta muerte súbita parece insinuar un ajuste de cuentas al estilo comunista. Vidali es el primer sospechoso. Finalmente, no hay pruebas, sólo conjeturas, especulaciones, interpretaciones. Años después, en 1948, Benvenuto, uno de los hermanos de Tina, residente en Estados

Unidos, aseguró que su hermana estaba gravemente enferma del corazón. Benvenuto contó que, cuando Tina supo que no podía quedarse en Estados Unidos y que su destino era vivir en México, se despidió de él con un cansado adiós. «¿Por qué no hasta la vista?», le preguntó su hermano. «Ya estoy muerta. Allá abajo no podré vivir», recoge textualmente una de sus biógrafas, Christiane Barckhauser-Canale. Pino Caccucci, por el contrario, introduce sombras en ese final, al negar que a Tina se le realizara una autopsia. De forma tácita, resucita el viejo rumor de que fue envenenada «por saber demasiadas cosas de Vidali». Sin embargo, Margaret Hooks avala la tesis de que dos médicos mexicanos realizaron la autopsia. Según sus conclusiones, la congestión visceral generalizada que provocó la muerte de Tina se debía a un defecto orgánico del corazón.

Ocho años después, el sobresalto por la muerte de Constancia de la Mora no será menor que el que acompañó el entierro de Tina. Dos muertes fulminantes, aparentemente explicadas: natural la primera, accidental la segunda. Al contrario que en la muerte de Tina, ninguna intencionalidad se vislumbra en la de Connie, más allá de la ciega acción del azar. Nadie del entorno de Constancia achaca el accidente a algo más que la mala suerte y tal vez la estupidez de no haber revisado los frenos del vehículo. Aun así, más de uno dejó volar su imaginación, como mero juego mental. Hasta los hechos más obvios rozan a veces el misterio. La muerte temprana de Connie, atribuida ciertamente a un accidente de tráfico, encierra en sí una irregularidad, una interrupción anormal del curso de la vida. Mientras investigaba en México la vida de Tina, Margaret Hooks tuvo ocasión de hablar con muchos amigos de Tina y de Constancia y no se le pasó por alto la triste y nada heroica muerte de esta última.

En 1943, los poetas Manuel Altolaguirre y Concha Méndez y su hija Paloma, recién llegados a México, visitaron a Connie en la Embajada soviética. «Recuerdo que la Embajada se encontraba entre las calles Revolución y Calzada de Tacubaya», explica Paloma Altolaguirre. Muy niña entonces, Paloma Altolaguirre recuerda vagamente que se les invitó a almorzar o a tomar algo, y que sus

padres y Connie hablaron de España. «Fue una comida muy aburrida», añade la hija de Concha Méndez y Manolo Altolaguirre. Connie trabajaba de secretaria de la Embajada soviética, pero Paloma Altolaguirre no recuerda por qué los citó allí. Tal vez pasaba largas horas en la Embajada y tenía libertad para invitar a exiliados y personalidades. O quizá no consideró oportuno citarlos en su casa, al vivir ya en Cuernavaca. Manuel Altolaguirre, pariente de los Bolín, había conocido a Connie en Málaga y entre ellos había una relación no demasiado estrecha, pero familiar. Debió de ser un encuentro estimulante. Cuánto tiempo desde que Connie se empeñó en casarse con Manuel Bolín… Cuánto tiempo incluso desde que volvieron a verse, coincidir o tener noticias, ya en Madrid, a principios de los años treinta, cuando Connie era ya una republicana convencida, y Concha Méndez y Manuel Altolaguirre tenían alojado en su casa a Cernuda y publicaban en su imprenta-editorial, *Héroe*, a los poetas del 27 y a muchachos proclives al falangismo para no sentirse sectarios. Cómo iban a imaginar Altolaguirre y Méndez que su apuesta por el pluralismo iba a ser estéril, que las discusiones ideológicas, teóricas y estéticamente opuestas iban a transformarse en sangre, bombardeos, aniquilación. Concha Méndez tuvo que salir de Barcelona huyendo de las bombas que parecían perseguir sus pasos, y gracias a enfundarse en un viejo abrigo de pieles y a que hablaba idiomas se hizo pasar por extranjera al llegar a Francia y no la llevaron a los campos de refugiados. Manuel Altolaguirre cruzó los Pirineos a pie en el invierno del 39. Desorientado y aterido de frío, iba tropezándose con los cadáveres de otros refugiados que no habían podido sobrevivir. Estuvo a punto de congelarse y de perder la razón por tanto dolor como vio. Al fin, la familia Altolaguirre estaba a salvo en un país amigo, y el poeta se encontraba a la antigua pariente aristócrata, ahora una comunista entusiasta. Mucho más entusiasta que ellos, republicanos no comunistas. A pesar de ese entusiasmo, la vida de Connie en México tampoco era fácil en esos momentos: su hija Luli estaba aún en la URSS. Inservible ya el pacto ruso-germánico, seguía el desenlace de la segunda guerra mundial, como madre y como

antifascista. Qué penurias estaría pasando ahora Luli. ¿Cuándo vería a su pobre hija? Ojalá acabara todo pronto.

Aquel comunismo color de rosa que le reprochaba Zenobia se alejaba. El comunismo de Connie seguía siendo rojo, al igual que sus convicciones. Pero ya no era tan ingenua. Ahora el rosa se fundía con la misteriosa paleta de colores que encontraba al despertar cada mañana en Cuernavaca. Ahora sólo tenía ojos para el color absoluto de México. No más colores que los de la luz, que los de la belleza, que los de la memoria. Aurora Arnáiz escribe que Connie nunca sonreía. Tal vez primara la voz sobre el gesto; quizá sus palabras se adelantaban a la sonrisa y apenas le dejaban espacio. Pero sonreír no siempre es una señal inequívoca de bienestar. La pequeña felicidad del instante puede provenir de una mirada de complicidad, de unas flores que estallan de belleza sólo para quien sabe contemplarlas, de un mueble perfecto que transforma una estancia y que con su presencia elimina incluso una momentánea sensación de soledad. Sonriera o no, Constancia se enfrentaba a la vida con decisión. Su trabajo en la Embajada soviética iba más allá de lo que se espera de una traductora. Desde el principio se convirtió en una colaboradora valiosa para el embajador, Constantino Oumansky, e incluso llegó a sustituir *de facto* en ciertas tareas a la agregada de prensa, de carácter apocado. En 1943, el embajador Oumansky falleció en un accidente de aviación cuando volvía de Costa Rica. Esta muerte traumática no pasó inadvertida. No cabía duda de que al embajador, que había llegado a México envuelto en el halo de una desgracia familiar, le perseguía la tragedia. A Constancia le debió de impresionar esta extraña muerte. A ella la muerte la respetaba hasta el momento, pero parecía cercarla y rondarla con este ruidoso y terrible aldabonazo.

Eladia Lozano de los Ríos es una de las pocas exiliadas supervivientes que trató de cerca a Constancia en México. Ambas se habían conocido en Barcelona en una reunión convocada por la Unión de Mujeres Españolas Mariana Pineda. Eladia, una adolescente entonces, era secretaria de un club juvenil e intervino en el acto. Cuando terminó, Connie se acercó a ella y le dijo: «Has

estado muy bien». Eladia era entonces insultantemente joven y alegre, y su entrega de militante tenía una espontaneidad que la alejaba de cualquier solemnidad o aspaviento de heroísmo. Se dice que Enrique Lister bebía los vientos por ella, aunque no era el único. Cuando salió de España tenía diecisiete años y estuvo un tiempo en un campo de concentración para mujeres y niños. A los dieciocho logró viajar a México. La derrota no había mermado su vitalidad y su energía. Allí volvió a encontrarse con Constancia y ésta le pidió que la ayudara en la Embajada. Podría decirse que Eladia hizo trabajos de secretaría para la secretaria del embajador soviético. Oumansky, ex director de la agencia de noticias Tass, tenía un gran interés en influir en la prensa y solía enviar notas a los periódicos mexicanos, algunas de ellas redactadas por Connie. Eladia Lozano recuerda que Constancia se manejaba bien en francés, inglés e italiano. Parte de su trabajo consistía en traducir al castellano documentos que llegaban a la Embajada en inglés o francés, y viceversa.

Constantino Oumansky fue nombrado embajador al reanudarse las relaciones diplomáticas entre México y la Unión Soviética. Antes que él, llegó a México Tarazov para comprar el edificio en el que se iba a instalar la Embajada. La anterior embajadora antes de la ruptura de relaciones había sido la mítica Alexandra Kolontai. La histórica llegada de Oumansky estuvo precedida de un doloroso duelo familiar. En vísperas de su salida para México, el novio de su hija, un joven algo perturbado, tuvo un arrebato y mató a la joven para evitar separarse. Raya Mijalna, la esposa del embajador, no pudo reponerse del todo de esta desgracia y se mostraba triste en muchos de los actos en los que participaba con su marido. En aquella atmósfera, Constancia de la Mora desplegó sus dotes de mando y eficacia y organizó en buena medida la Embajada. La agregada de prensa, «un poco pasmarote», recuerda Eladia Lozano, llegó a tener celos profesionales de la española. Estas reticencias germinaron en una rivalidad que acabó influyendo en la salida de Constancia de la Embajada, recuerda Eladia Lozano. La memoria de Eladia no llega a fijar la fecha de esta marcha y no es fácil

determinarla. Los testimonios son contradictorios: por un lado, Eladia Lozano asegura que Constancia dejó la Embajada pronto, en cualquier caso antes de la muerte de Oumansky y de su esposa. Aunque, al morir el embajador se presentó en la Embajada por si la necesitaban. Sin embargo, Paloma Altolaguirre la sitúa en la Embajada en ese mismo año, y la nieta de Constancia, Lourdes Caraballo, cree que su abuela siguió vinculada a la Embajada soviética hasta el final de sus días; aunque tenía tres años cuando Connie murió, por lo que sólo lo supo de oídas. Sin duda, la visión de Lozano no es desdeñable, pero es posible que Connie, aun abandonando su puesto en la Embajada, siguiera colaborando con ella a través de distintos trabajos, tal vez a tiempo parcial o desde su propia casa.

La fuerza de las jacarandás

Alta como Connie y llena de vivacidad, Eladia Lozano se casó en México, donde reside, aunque visita de vez en cuando España. Rememora los primeros años de la emigración y dice que la presencia de los españoles se notaba en las peñas, porque hablaban más alto que los mexicanos y tenían que acostumbrarse a bajar el diapasón. Algunos se reunían en El Papagayo, en la avenida de Juárez, y a falta de *whisky* tomaban ron con agua. A este combinado lo llamaban precisamente «el *whisky* del refugiado». A menudo, a esta bebida improvisada se le añadía toda la nostalgia del mundo, el deseo de volver a Madrid, a Barcelona, a Aragón… ¿Para qué deshacer las maletas? José Ignacio Mantecón siempre pensó en volver. Entre las brumas del tiempo, Eladia Lozano recuerda una frase del bibliotecario y gobernador aragonés durante la República: cada año, Mantecón llevaba a su hija Matilde a ver nacer las jacarandás: «Míralas bien, Matilde, quizá no las volvamos a ver más». El bibliotecario soñaba en voz alta y su frase hizo fortuna

entre los exiliados. Años más tarde, cuando Ignacio Hidalgo de Cisneros residía ya en algunos de los diferentes países del Este en los que vivió hasta su muerte, recibió una postal de unos amigos que le recordaban: «Seguimos yéndonos, como dice Mantecón». Esta nota, cartas y otros documentos se encontraron en el apartamento de Bucarest donde Hidalgo murió el 9 de febrero de 1966[37]. Pero Mantecón se quedó en México y tuvo ocasión de ver nacer todas las jacarandás que lo acompañaron a lo largo de su vida, al igual que Concha, su mujer, y sus dos hijas. Tuvieron nietos en México y murieron allí; también Matilde falleció hace unos años. Lo que nunca morirá entre los exiliados supervivientes será la efímera y renovada belleza de las jacarandás.

Su paisaje les dio cobijo, pero la amistad y las afinidades surgidas en el exilio no vacunó a los refugiados contra una enfermedad crónica: las rencillas y rivalidades entre los antiguos dirigentes comunistas españoles. Aunque no podían participar en la política mexicana y su mirada convergía en la situación de los presos españoles, los sinsabores de la derrota y la rigidez de las consignas soviéticas constituyeron un caldo de cultivo pesado y turbio, una molesta resaca. Las complicadas relaciones entre los dirigentes y las sospechas de ortodoxia como arma arrojadiza envenenaron muchas de las reuniones. Margarita Nelken, por ejemplo, fue aislada en algún momento y condenada al ostracismo, aunque ella no siempre se enterara o siguiera comportándose como la diputada y dirigente comunista que fue en España. A pesar de haber perdido a su joven hijo en la segunda guerra mundial, combatiendo al lado del Ejército Rojo, todavía había quien dudaba de su sacrificio y ortodoxia. Aunque esta situación fue transitoria, ya que años después fue rehabilitada, su caso no fue único. Las aperturas de expediente, o las expulsiones temporales acompañadas de autocríticas y posteriores rehabilitaciones, fueron moneda corriente, en el más puro estilo jesuítico-estalinista, de aunar el examen de conciencia con el arrepentimiento y la vuelta al redil.

Como comunista no dirigente aunque de relieve, Constancia de la Mora no tomó parte en las luchas de poder ni se situó en el centro

directo de las insidias. El profesor Adolfo Sánchez Vázquez afirma: «Aunque mantenía contacto con sus dirigentes, su relación en aquellos años con el PCE no era propiamente la de una militante; nunca la vi en las reuniones de la base». Por el contrario, «mantenía cercana relación con los secretarios de la Embajada», añade. Ciertamente, Sánchez Vázquez no tenía un trato directo con Constancia, pero sí con Roces, Mantecón y con Juan Vicens, todos ellos amigos de Connie. En los primeros años, además, su condición de esposa de Hidalgo de Cisneros era un detente que la defendía indirectamente de chismes y trapisondas. No hay que olvidar que, dentro del PCE, el general Hidalgo de Cisneros formaba parte de los héroes y las personalidades de primera, mientras que Constancia de la Mora tenía un perfil valioso, pero políticamente secundario. Con el tiempo, además, Connie e Hidalgo dejaron de ser una única realidad visible.

Eladia Lozano revela que Constancia de la Mora se sintió molesta en cierta ocasión con Vicente Uribe, principal responsable de los comunistas españoles en México en los primeros años del exilio. Eladia Lozano refiere que Uribe llamó a Connie para comunicarle algo, y aunque no sabe qué le dijo, *sí* recuerda que Uribe tenía muy poco tacto y que Constancia volvió con la cara demudada, con una expresión violenta e incómoda. Eladia desconoce qué trascendencia tuvo esa conversación y no puede precisar si desde entonces Constancia dejó de asistir a las reuniones o si se alejó del partido formal o tácitamente. «Dado el carácter autoritario de Uribe y la fuerte personalidad de ella, no creo que se llevara bien con él», indica, por su parte, Adolfo Sánchez Vázquez. El hecho de que viviera en Cuernavaca evitaba que se prodigara. En *In Place of Splendor*, De la Mora menciona a Uribe como ministro de Agricultura y alude a su labor con aprecio, aunque de pasada, pero después, como dirigente, debió de pensar que era intratable. En cualquier caso, Constancia tampoco se dejaba intimidar con facilidad. Los refugiados supervivientes o sus descendientes aseguran que Constancia siempre se mantuvo dentro del Partido. Era la etapa en que lo lideró Wenceslao Roces, además, confluyeron

razones de amistad y posiblemente su relación con el Partido fuera más fluida. Oficialmente al menos, murió siendo comunista.

Aunque Hidalgo de Cisneros permaneció en México hasta 1946, la decisión de divorciarse de Constancia fue tomada apenas dos años después de residir en Veracruz, 56. El 5 de noviembre de 1940 iniciaron la tramitación y el 15 de mayo de 1941 obtuvieron el divorcio en el estado de Tlaxcala. Es difícil entender qué motivó esta decisión y por qué su nuevo estado se mantuvo en una cierta penumbra durante un tiempo. La razón más obvia, el donjuanismo de Hidalgo y su afición a las gringas —y a las mexicanas bellas, sin excluir a las refugiadas sin pareja—, parece el detonante, pero en un matrimonio tan singular este hecho no puede manejarse sin más de forma concluyente. Si se tiene en cuenta que cada pareja crea un mundo de misterios y sobreentendidos, resulta osado aventurar quién decidió poner fin a la convivencia. No hay que olvidar que no siempre quien rompe o decide la ruptura la desencadena o la desea. Connie, más resolutiva, tal vez fue quien tomó la iniciativa. Se dice que era algo dictatorial e Hidalgo esgrimió como causa de su separación en México la incompatibilidad de caracteres entre ambos. «Se fue de México porque ella lo mandó para allá, para Europa», dice una antigua amiga del matrimonio al aludir a la marcha de Hidalgo. Pero su separación legal se produjo mucho antes de que partiera. Da la impresión deque la crisis estalló en seguida y que optaron por establecer vidas separadas en algunos aspectos mientras se mantenían unidos en otros planos. ¿O se estaban dando un tiempo a pesar del divorcio? Aunque la excusa fueran las infidelidades de él, es posible que Connie encontrara cierta liberación en esta nueva vida que le daba más independencia. Su idilio con el feminismo, en el sentido de afirmación personal, y no como alejamiento del hombre, facilitaba el reencuentro consigo misma. No fue una decisión repentina, ni quizá traumática ni tomada a la ligera. Pero sí dolorosa, en cuanto que tuvo que renunciar a alguien a quien quería por razones que no dependían del todo de ella.

La pareja inició dos negocios que fracasaron o que al menos no

llegaron a funcionar. Primero lo intentaron con los vinos. A Ignacio, su vinculación familiar con La Rioja y con el mundo de las bodegas tradicionales le daba cierta autoridad en la materia, pero el negocio no salió adelante. Ignacio actuaba más bien como representante, pero no remataba las ventas. Muchos refugiados y amigos le encargaban vinos, entre ellos Neruda, pero luego no se los pagaban. Lo recuerda Mercedes Sánchez-Arcas, hija del arquitecto y militante del 5.º Regimiento, Manuel Sánchez Arcas. Con él y su familia, Hidalgo mantuvo en Varsovia, años después, una relación casi familiar. Solía acompañarlos a almorzar y en alguna ocasión debió de contarles con cierta ironía y nostalgia aquella aventura comercial. El segundo negocio que emprendieron fue el cultivo de flores, bello quehacer que a ambos los apasionaba. Una plaga de langostas se cruzó en su camino y causó los suficientes estragos en la plantación como para que desistieran. Hay quien piensa, además, que estos negocios, creados para sobrevivir y, sobre todo, para que el general Hidalgo de Cisneros se ocupara, no agradaban demasiado a Connie. Esperaba, tal vez, misiones de mayor altura para su marido.

En 1944, la editorial Atlante de México publicó la primera edición en castellano de *Doble esplendor*. Detrás de esta aventura estaba Juan Grijalbo, exiliado y socio de Atlante. Constancia preparó directamente la publicación de la versión española. El editor pidió a José Ignacio Mantecón que prologara el libro, pero éste se encontraba enfermo y no llegó a hacerlo. Se barajó también la idea de que Rafael Alberti escribiera el prólogo, pero Constancia no fue a verlo a Argentina para pedírselo. La edición de Atlante fue un acontecimiento, ya que los exiliados que no habían leído su autobiografía en inglés tuvieron ocasión de acceder al texto de Connie y valorarlo por sí mismos. Poco antes de la edición castellana, *In Place of Splendor* se tradujo al ruso y en 1943 se publicó en Moscú. Después de la edición de Atlante, se tradujo al francés, al italiano y al alemán. En los años sesenta se publicó una nueva edición en español en Cuba. En España, no pudo editarse hasta la muerte del dictador. Lo rescató, en 1979, Crítica, puesta en marcha por el incansable Juan Grijalbo a su vuelta del exilio mexicano.

Encuentros familiares en Europa

Desde México, Constancia reanudó el contacto con su familia madrileña. Germán de la Mora enviaba a Connie una cantidad mensual «para alfileres», es decir, para sus gastos, que Eladia estima en unos cuatrocientos pesos. El padre de Constancia no le enviaba a su hija directamente el importe: se lo mandaba a un refugiado catalán afincado en la capital, y Eladia solía recogerlo en su oficina para entregárselo a Connie en la Embajada o en Cuernavaca. Al mismo tiempo, Connie viajaba de vez en cuando a Europa, concretamente a Portugal, para reunirse con sus padres. La empresa de don Germán tenía intereses en el país vecino, y él viajaba a Portugal de forma periódica. Constancia Maura, su esposa, lo acompañaba cuando tenían previsto reunirse con Connie. El padre solía enviarle el billete o el dinero para el trayecto, generalmente en un camarote de primera clase. Aunque hubiera otras cosas más importantes en su vida, Connie nunca renunció a cierto bienestar. La austeridad la dejaba para México o para esos viajes de Partido en los que apenas podía salirse del guión. Con su padre era otra cosa. Su primo Jorge Semprún rompe a reír con hilaridad cada vez que cuenta la ocurrencia de su tío Germán de proponer a Connie que si volvía a España él le construiría un *koljosh* en la finca de «La Mata». ¿Por qué no? ¿Por qué negar a su hija preferida, por muy equivocada que estuviera, su pequeño paraíso? Quizá don Germán hubiera olvidado para entonces la anécdota que vivieron él y su hija en Alemania en torno a 1919, cuando Connie era todavía una adolescente de trece años. Eran las fiestas de Navidad y se encontraban de médicos en Berlín. Aquellos eran días de agitación, «de revueltas, de asesinatos políticos, de la lucha desesperada de un pueblo que estaba tratando de conquistar su libertad económica», relata Connie. «Rosa Luxemburgo fue asesinada y nuestro padre comentó su muerte con estas palabras: "Quizá tuviera razón, pero era una fanática"». Una frase sintética y paradójica que a Connie le intrigó. «Nunca pude conseguir que se me explicase qué había hecho

Rosa Luxemburgo para que la matasen», recuerda en las primeras páginas de *In Place of Splendor*. Veinte años después, en la década de los cuarenta, su padre podía haber empleado unas palabras parecidas para referirse a su hija, aunque en tiempo presente: «Quizá tenga parte de razón, pero es un poco fanática». Problablemente, no llegó a decirlo, aunque en algún momento lo pensara. Pero tal vez al final de su vida, en los momentos de abatimiento y de nostalgia, cuando se negaba a aceptar la estúpida muerte de su primogénita, una absurda idea lo empujara a darle la vuelta a la frase: «¿Qué importa que tuviera o no razón?». Después de todo, ella vivió como si la tuviera.

En los reencuentros con sus padres, Connie les hablaba de su hija y de su necesidad de recuperarla. En estos tiempos no se entiende que Connie no pudiera reunirse con su hija hasta 1946. Comunista con contactos y recursos, es difícil comprender que ni siquiera ella fuera capaz de lograr que su hija abandonara la URSS al comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Pero eran tiempos duros y complicados, marcados por un alto nivel de exigencia y de sacrificio. Lo difícil siempre era más difícil, y lo fácil no valía la pena. No podemos saber cómo vivió íntimamente esta espera Constancia de la Mora. Hasta qué punto asintió o se rebeló contra Stalin. Tal vez ni se le pasó por la cabeza que su hija y los otros niños pudieran estar siendo utilizados como rehenes o incluso como botín de guerra. Una cadena de infortunios retrasaron el encuentro de madre e hija. La derrota republicana impedía que fuera entregada a España; la Segunda Guerra Mundial bloqueaba la entrega a las familias exiliadas. El gesto de Connie de enviarla a Moscú para salvarla del ataque franquista se había convertido en una trampa.

Luli, ya una adolescente cuando se inició la Segunda Guerra Mundial, debió de sufrir con esta prolongada separación a pesar de haberse adaptado bien a la Unión Soviética. A su llegada, durante la guerra civil de España, residió durante un tiempo con la familia de un aviador ruso amigo de Hidalgo de Cisneros que había estado en España, relata Mercedes Sánchez Arcas. Ni Connie ni Hidalgo mencionan este hecho en sus memorias, por lo que es difícil precisar

si fueron semanas o meses los que Luli pasó con esta familia, previsiblemente en un ambiente de bienestar superior a la media rusa. Cuando empezaron a llegar otros niños españoles, Luli se integró en la casa adecentada para ellos. Más tarde, cuando llegó Hidalgo de Cisneros y el grupo de exiliados españoles de alto nivel, como Dolores Ibárruri, la pequeña Luli se sintió de nuevo especialmente arropada. Es un gran misterio, que de nuevo remite a la complejidad de la época, averiguar por qué Hidalgo de Cisneros no pudo llevarse a Luli cuando decidió marcharse a América. El hecho de que Luli no fuera su hija biológica podría presentar alguna dificultad ante países terceros, pero no en la URSS, donde era conocida como Luli Hidalgo de Cisneros y se la consideraba su hija a todos los efectos. A la marcha de Cisneros, Dolores Ibárruri e Irene Falcón se ocuparon de la adolescente, aunque, lógicamente, no en exclusiva. Curiosamente, la Pasionaria le prestó un ejemplar de *Cristina Guzmán*, una novela de corte sentimental publicada en 1934 en España y convertida en poco tiempo en éxito de ventas. Su autora era Carmen de Icaza, aristócrata y posteriormente falangista. Icaza, que sabía idiomas, fue una de las colaboradoras de Pilar Primo de Rivera en sus contactos y viajes al extranjero, en especial a Alemania e Italia. La tía de Luli, Marichu, se llevó una sorpresa cuando Luli, en uno de sus viajes a España, recordó que la Pasionaria le había facilitado la lectura blanda y sentimentaloide de su correligionaria Carmen de Icaza, tal vez porque escaseaban las lecturas en español, al margen de los clásicos, y Dolores trató de que la muchacha se distrajera.

La suerte cambió para Luli, como para todos los niños españoles y la población rusa en general, en el invierno del 41, cuando la ofensiva del ejército nazi obligó a las autoridades rusas a evacuarlos. Las condiciones del éxodo no fueron gratas, y los alimentos empezaron a escasear. Leonor Estévez coincidió con Luli en el barco que los alejaba de Moscú, y observó que durante el viaje iba leyendo un libro. La memoria de Leonor Estévez es ya muy frágil y los nombres geográficos y las fechas se le escapan. Asegura que vio a Luli en alguna ocasión con el libro de su madre entre las manos, o

aferrado a su pecho, pero es difícil saber si se refiere a la edición rusa, de 1943; a la española editada en México en 1944, o a la más improbable primera edición inglesa de 1939. Todas ellas llevan la hermosa dedicatoria que la joven leería y releería feliz: «Para Ignacio y Luli». El libro, fuera cual fuera su edición, representaba algo íntimo y sólido de su madre; sus propias palabras, su historia familiar compartida. En aquel momento, el libro guardaba algo del alma de su madre. Al igual que Luli guardaba el libro consigo, como parte o encarnación de su madre que era, Ignacio, el otro nombre de la dedicatoria, optó por desprenderse de él cuando la unión entre él y su esposa se desvaneció. Ambos, Luli e Ignacio, reconocieron de ese modo que Constancia y *Doble esplendor* eran una misma cosa.

La carta

Una carta[38] fechada el 1 de mayo de 1944 explica la mezcla de sentimientos con que Constancia vivía la ausencia de su hija. Es una de las muchas cartas que debió de escribir a Luli desde México, consciente de que no todas le llegaban. A pesar de que Constancia utilizaba a veces la valija diplomática para comunicarse con su hija, la correspondencia sufría retrasos y pérdidas. Es probable que Luli también tuviera dificultades en enviar a su madre sus propias cartas. Además de mostrarnos el afecto de Connie a su hija y la serenidad con que afronta la separación, el contenido de la carta es doblemente interesante: por un lado, revela, aun con reservas y circunloquios, su actividad diaria, vinculada de algún modo todavía a la Embajada soviética; por otro, expone las ideas y esperanzas que la llevaban a pensar que era posible volver a Europa y tal vez a España, si el nazismo era derrotado, lo que arrastraría a Franco en su caída. Leerlo ahora puede hacer sonreír o suscitar una particular indulgencia por la brumosa visión que ofrece del interior del Régimen franquista, pero ligar la suerte personal a la victoria aliada

era un axioma común en la época. En este escenario de interconexiones internacionales, el apoyo a la URSS no sólo era una especie de dogma político para el militante, sino una necesidad. En la carta que dirige a su hija, Constancia de la Mora alude a su labor de propaganda a través de un boletín editado por la Embajada soviética. De la Mora participaba en el Comité Mexicano de Ayuda a la URSS, integrado por los generales Heriberto Jara y Tomás Sánchez Hernández, el muralista y pintor David Alfaro Siqueiros y el científico Víctor Manuel Villaseñor, entre otras personalidades. A pesar de ser refugiada, Constancia de la Mora formaba parte de él como periodista. Esta identidad y el hecho de no ser dirigente del PCE le permitían multiplicar su actividad en varios frentes de opinión. La pujanza del Comité Mexicano no se puede desligar de la actitud beligerante contra el fascismo del Gobierno de Cárdenas. No se puede olvidar que, en junio de 1941, México fue el único país latinoamericano que condenó la agresión de Alemania contra la URSS. Desde ese momento mostrarse solidario con el Ejército Rojo era una de las formas más directas de combatir al fascismo. La multitudinaria manifestación convocada por el Comité Nacional Antisfascita el 29 de octubre de 1942 congregó en el teatro Bellas Artes de Ciudad de México a figuras del Gobierno y a representantes de más de cincuenta organizaciones. El acto se convirtió en una clara expresión de apoyo a la URSS. El Comité Mexicano de Ayuda a la URSS contaba, por tanto, con la complicidad de la opinión pública y de destacados estamentos del Gobierno. La ayuda se materializaba en un fondo de ayuda a Rusia donde iban a parar, además de dinero, medicamentos, regalos, relojes y otros objetos. El comité editaba un boletín que tal vez sea el mismo del que Constancia le habla a Luli. En torno a 1944, la amistad entre ambos países se materializó en el Instituto de Cultura soviético-mexicano. El instituto editaba una publicación mensual, *Cultura Soviética*, en la que probablemente participaba también Constancia.

En esta larga carta, además, Constancia habla a su hija con naturalidad de Ignacio, como si no estuvieran separados. En parte es

lógico, dado que Luli estaba muy unida a Hidalgo de Cisneros y los recordaba juntos. Lo que no podemos adivinar es si Connie tenía tan buena comunicación con Hidalgo de Cisneros como manifiesta en la carta, o si simplemente así quería verlo y hacérselo ver a su hija:

> Queridísima hija de mi alma: Te escribo esta carta con la esperanza de que te llegue, por fin, pues por lo visto las cuatro anteriores que te envié también por la valija, pero por otro procedimiento, no te han debido llegar, pues a mí último telegrama en que te pedía que me contestaras si habías recibido mis cartas, nome las mencionabas siquiera en la respuesta. Tú debes utilizar este mismo procedimiento para contestar y no dejes de hacerlo, pues ha transcurrido un año desde tu última carta y es demasiado… También te voy a encomendar una cosa, y es que por todos los procedimientos me des noticias por telegrama o por carta (o de las dos maneras) de los Burguete, mencionándome a los cuatro, Ricardo, Jucha, Eduardo y Coral, y dándome sus señas. ES IMPORTANTÍSIMO que lo hagas, pues su madre está pendiente y no vive por no tener noticias. Tú eres una persona mayor y comprendes que hay que tener discreción, y tú, si te preguntan, no sabes dónde están. Sólo sabes que yo me puedo comunicar siempre con ellos y que necesitan [subrayado] tener noticias de sus hijos y saber si están vivos, etc.; pues ya esta separación se va haciendo insoportable para todos.
>
> Como no sé si has recibido mis cartas anteriores, no sé lo enterada que estés de nuestras actividades. Como ya te he contado antes, yo trabajo en un Boletín semanal que se publica por la Embajada en México, semanalmente en español. Es un trabajo muy interesante y lo hago con mucho entusiasmo, pero ya papi y yo no pensamos más que en una cosa: salir para Europa, acercarnos como sea y por donde sea a España y de paso verte a ti y reunirte con nosotros. Hacia estas aspiraciones dirigimos nuestras miradas sin cesar. La situación en España cambia rapidísimamente y no queremos que los acontecimientos decisivos nos pesquen aquí, sin medios de movernos; por eso queremos movernos antes y papi está haciendo todas las gestiones imaginables en una dirección y yo también pienso hacerlo para mí… veremos qué éxito nos espera. Por de pronto, un indicio muy interesante es que después de diez años (pues aun antes de la guerra de España sus hermanos no tenían casi ninguna relación con papi desde que se casó conmigo) los hermanos de papi que están en España le han escrito una carta muy interesante y que nosotros consideramos muy significativa de que la situación está

cambiando rápidamente. No sólo no se recatan de decir quién le escribe, sino que [...] ponen el nombre completo y dirección del remitente, y hacen mención en la carta de todos los hermanos de papi, indicando que uno es el jefe militar de una región y el otro el director de la Academia General Militar de Zaragoza. En fin, cosas increíbles. Mi familia, por supuesto, me siguen escribiendo y mandándome dinero todos los meses. Como seguramente vosotros estaréis enterados de la creación de la Junta Suprema dentro de España, sabréis dar toda la importancia que tienen a estas cosas. Ignacio y yo opinamos que seguramente sus hermanos, enterados de la existencia de la Junta en España, quieren saber de boca de alguna persona que a ello [subrayado] les merezca garantías (como papi) si es verdad que se les va a respetar la vida o si va a haber una «segunda vuelta» como ellos dicen, de la que todos están aterrados... En fin, éstas son nuestras preocupaciones, sin dejar un momento de tener la otra y principal —principal porque a ella están ligadas todas las demás— de la derrota de Hitler. Nosotros esperamos que ahora sí sea de veras lo del segundo frente... veremos también.

Hija querida; te hablo de todas estas cosas como si fueses mi mejor amiga, pues yo creo que de estas cosas hablaríamos si estuviésemos juntas. Eje éstas y de mil otras que me rebosan por todos los poros y no sé cómo contenerlas, pues son demasiado ocho años de contener todo mi cariño de madre y aguantármelo... Papi está bien y te manda un abrazo muy fuerte, yo te envío todo, todo mi cariño, Connie.

(Y a mano, pues la carta está escrita a máquina, añade): «Luli: ¡con lo que necesitamos aquí una traductora del ruso al español!, ¿no servirías tú? Y podrías trabajar conmigo». La carta rebosa optimismo y contención. Importa tanto lo que dice como lo que calla. Los niveles de lectura son múltiples. En el plano privado, papi le manda un abrazo a Luli, pero no le escribe unas líneas directas. En el público, da la impresión de que Constancia sabe que la carta puede pasar por otras manos y ser leída antes de que llegue a Luli, de ahí su tono diplomático cuando sugiere —¿a quién?— que Luli podría ser una buena traductora de ruso, un anzuelo más para poder tenerla a su lado.

CAPÍTULO VII

Al final, toda la libertad

Venceréis, pero no convenceréis.

Miguel de Unamuno a Millán Astray en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca, el 12 de octubre de 1936

La rigidez moral, además de resultar ridícula, superaba la intolerancia política.

Mercedes Formica, *Escucho el silencio* (vol. II de *Pequeña historia de ayer*).

El pasado es pasado

Hubo un tiempo en que Marichu de la Mora no quería hablar demasiado de la guerra civil y de su activo papel en la retaguardia. Hubo un tiempo en el que, a lo sumo, decía: «El pasado es pasado». Algo inapelable, imposible de cambiar, y tal vez no siempre grato de recordar. El pasado era pasado, y no había que darle más vueltas. Lo que no significaba que fuera algo proscrito, o detestable. O incluso algo de lo que tuviera que arrepentirse necesariamente. No se

trataba de eso. Sencillamente no necesitaba hablar de ese tiempo. En la década de los cincuenta, su vida y sus concepciones empezaron a cambiar. Se estaba convirtiendo en una persona distinta, sin dejar del todo a la anterior. ¿Para qué remover esa historia personal que se alejaba? «El pasado se obviaba. En las familias burguesas, además, tampoco había tantas oportunidades para mantener conversaciones profundas con los hijos», admite su nieta María Tellería. Marichu se había convertido en una periodista especializada en moda y vida social. Su vida se asentaba en medio de dudas y retrocesos, como la de cualquier mujer de su generación que no quisiera mantener los ojos cerrados. Su vida, avanzaba; no era el momento de mirar atrás.

Es posible que algunas tardes, al volver a casa y encontrarse con sus bulliciosas hijas adolescentes y el pequeño Jaime, recordara una pregunta que le hizo una de sus amigas de entonces, Leticia Bosch en los años treinta, estando Marichu recién casada. Le preguntó si a ella le bastaba ser esposa y madre, si pensaba limitarse al papel tradicional. Marichu no supo qué contestarle a su amiga entonces. Era algo que no se había planteado. Nunca había teorizado demasiado sobre su destino. La vida y la experiencia fueron revelándole finalmente lo que le interesaba. A finales de los cuarenta había comprobado que sus intereses eran muy diversos. Aunque la prioridad fueran sus hijos, se sentía atrapada por el periodismo y la versatilidad que conllevaba: viajes, horarios flexibles y nuevas amistades. Todo ello, a pesar de su esfuerzo, tenía una doble recompensa: autonomía económica y una mayor seguridad en sí misma. Aunque también, en algunos momentos, un endurecimiento profesional y un sentido del mando, de por sí genuino, más acentuado.

Marichu de la Mora empezó a aportar dinero propio a la familia a partir de los años cuarenta. Aunque contaba con servicio, en ella recaía, en buena medida, la organización de la casa y el grueso de las decisiones domésticas. Pilar de Abia explica que, a partir de un momento, Marichu y su marido acordaron mantener cierta independencia y establecieron determinados espacios separados dentro de la casa, un ático bastante amplio. Aunque Marichu

acostumbraba a ser reservada con sus asuntos, Abia recuerda que su amiga a veces aludía a esta situación con humor, sin asomo de dramatismo. Nada más lejos de Marichu que el melodrama. Su ironía la salvaba de caer en posturas extremas o maximalistas.

Después de todo, su dedicación familiar y profesional no le impidió destinar parte de su tiempo a otras exigencias de su yo más íntimo: la relación con los demás, la vida social y la curiosidad por el exterior. Marichu no fue esa mujer media de la Sección Femenina supeditada al hogar. En cierto modo, y al margen de lo ideológico, transgredió muchos de los principios que sus correligionarias impusieron a las mujeres. No menos determinante fue su deseo de viajar, aunque no siempre la acompañara su marido. A veces se desplazaba a Europa. Con su amiga y colega Sofía Morales viajó alguna vez a Menorca. El marido de Sofía Morales tenía una casa familiar en Ciudadela que frecuentaban sus amigos. Aunque la progresiva pérdida de memoria de Sofia Morales impidió que pudiera evocarla en una tarde de 2004, su marido rescató una frase que a Marichu le gustaba repetir cuando se encontraba con los amigos: «Y, ¿eres feliz?». Es difícil saber si ella lo fue, pero quizá pueda dar algún indicio su facilidad para la risa. «Se reía bastante, incluso de cosas serias. No es que estallara en carcajadas continuamente, pero sabía ver el lado cómico de las cosas, incluso el de las más trascendentes», rememoraba esa tarde el marido de Sofía Morales.

Pilar de Abia acompañó a Marichu en su siguiente proyecto profesional posterior a Y la revista *Ventanal*. Mariano Rodríguez de Rivas, director del Museo Romántico, financiaba esta publicación dentro de la misma línea ideológica falangista. Más tarde, Marichu de la Mora y Pilar de Abia pasaron a hacer *La moda en España* y a depender de Enrique Sánchez-Prieto. Aunque Marichu era una pieza clave en la publicación, pasados unos años pidió un aumento de sueldo y, al no conseguirlo, decidió marcharse. Pilar de Abia piensa que tal vez Marichu creyó que ella iba a secundarla. Eran un tándem, aunque Marichu fuera por delante. Llevaban bastante tiempo trabajando juntas e incluso habían colaborado en un

programa de radio, «De ellas y para ellos». «Marichu era rápida elaborando los guiones», evoca Abia. «Trabajábamos mucho: había que hacer cinco copias a máquina de estos textos: una para el archivo, otra para la locutora, la tercera para la censura…», recuerda. Su memoria es prodigiosa y dota de viveza lo que narra, pero en ocasiones le fallan las fechas. Sin embargo, Abia decidió permanecer en *La moda en España* aunque Marichu se fuera. Años después, ella misma adquirió la cabecera de la revista y en el 2004 continuaba al frente de ella. Lejos de jubilarse, el chófer la lleva todos los días a la redacción, y allí pasa algunas horas supervisando la revista.

Al marcharse Marichu, el tándem se deshizo y la relación con De Abia se enfrió. Tiempo después coincidieron en una fiesta, y al ver que Marichu no reparaba en ella, Pilar de Abia le preguntó: «¿Tú estás enfadada conmigo por alguna razón?». Marichu se apresuró a contestar que no, que en absoluto. «Entonces, ¿por qué no nos saludamos?». «Pues es verdad», aceptó De la Mora con una sonrisa. A partir de esa aclaración, relata Pilar, volvieron a tratarse.

Un cocido sin garbanzos

En los tiempos en que trabajaron juntas, la relación entre Marichu y Pilar de Abia fue muy estrecha. De Abia recuerda detalles y anécdotas de aquella época que, en su opinión, definen a Marichu como una mujer ingeniosa y algo despistada. En una ocasión en que la invitó a ella y a otra amiga a comer en casa, propuso a la cocinera que hiciera cocido. Cuando la empleada le dijo que no había garbanzos, Marichu contestó despreocupadamente: «No importa. Hágalo sin garbanzos». Este tipo de respuestas que a Abia le hacen sonreír aún hoy nos muestran a una mujer que no perdía el tiempo en pequeñeces. Compartir una comida le interesaba más que estar pendiente de los platos. Esta sociabilidad fue una tónica hasta el final de sus días. Nunca le faltaron, además, interlocutores. Aunque

ya no tenía ocasión de hablar con Ridruejo de lo divino y de lo humano, uno de sus mejores amigos de la posguerra fue el arquitecto Juan Zabala, con quien, pasada la vorágine política, compartió una común afición por el arte. Es curioso cómo sus intereses cambiaban de modo parejo a sus relaciones personales. A menudo, tal vez para impresionar a sus amigas, o más bien para provocarlas, Marichu comentaba que muchas de las actividades a las que se había lanzado en su vida habían estado motivadas por amor o amistad. Había aprendido a nadar por un chico cuando era una adolescente, por otro había entrado en política, y gracias a un tercero había empezado a entender de arte. Era una manera de desmitificar su propia vida y de reírse de sí misma, en un empeño por quitar gravedad y trascendencia a las cosas, más que por frivolizarías.

Pilar de Abia recuerda que Marichu y el arquitecto Juan Zabala quedaban a menudo para merendar. Alguna vez ella misma se sumó al encuentro o hizo de anfitriona. Dar un paseo, salir a merendar, compartir una afición, viajar, tal vez… Eso era todo lo que necesitaba. Compartir la vida, o parte de ella, en definitiva, con alguien que tenía su misma gracia e idéntica mirada hacia las cosas. No pocos psiquiatras y terapeutas de corte ortodoxo han reconocido la importancia que tiene para algunas mujeres socialmente activas y volcadas en la comunicación contar con un interlocutor masculino, en definitiva, un cómplice. Los hombres, desde luego, siempre han dispuesto desde su cuna de una interlocutora femenina. Aunque estaba legitimada para hacerlo si así lo hubiera deseado, ya que pasó parte de su vida separada o viuda, Marichu nunca buscó un amante al uso, y menos aún clandestino, ni bajo los aires de libertad de la República ni en los asfixiantes tiempos del franquismo. Le iba más el romance, la seducción, la chispa, el ingenio, la comunicación. Su sentido del deber y su afán de libertad le creaban algún dilema en alguna ocasión, pero siempre tuvo claro hasta dónde podía y quería llegar. Después de todo, en su clase social, y en el ambiente profesional en el que se desenvolvía, no era infrecuente mantener este tipo de amistades ancladas en la mutua admiración y en algún

tipo de juego de seducción más o menos transgresor.

De cualquier modo, no se puede olvidar que en la posguerra separarse era algo insólito y que, cuando algún matrimonio se rompía, la mujer era la perdedora. El caso de la escritora Ana María Matute es bien conocido: casada en 1952, se separó unos años después, y la guardia y custodia del hijo común se entregó al marido. La generosidad de su suegra, que le permitía ver al niño unas horas a la semana, y, sobre todo, los buenos oficios de su abogado la ayudaron a recuperar a su hijo. No es extraño que, cuando tuvo la oportunidad de dar clases en Estados Unidos, se marchara con el pequeño lejos de este ambiente opresivo. Si mujeres de ambiente acomodado y estilo de vida liberal, como Matute, tenían problemas, ¿qué podía esperarle a la separada de clase media y baja? La abogada falangista Mercedes Formica analizó y denunció el fenómeno en un artículo que llevaba por título «El domicilio conyugal», publicado en *Abc* en 1953. El artículo había estado tres meses congelado por la censura. Al publicarse al fin, fue reproducido en la prensa internacional. La valentía en denunciar lo obvio, la indefensión de la mujer ante la separación y la vergonzosa primacía del varón en todos los órdenes contribuyeron a crear un estado de opinión a favor de un cambio legislativo. Una de las periodistas que entrevistó a Formica y se sumó a la campaña fue Josefina Carabias. Carmen Castro, Marichu de la Mora y Carmen Llorca fueron otras de las profesionales que apoyaron en sus columnas o en sus tribunas de opinión una reforma. Marichu contribuyó también a crear una opinión propicia desde dentro de la Sección Femenina, a pesar de que su influencia interna había menguado.

Nuevos aires

Dispuestas al fin a cambiar las cosas, Mercedes Formica y las falangistas más abiertas, como De la Mora, buscaron ayuda en las

instituciones. Formica mantuvo una entrevista con el dictador, bastante receptivo, al parecer, a las demandas de la abogada. Hijo de padres separados, Franco, siendo niño, había tenido que pedir más de una vez que le fiaran en la tienda por la escasez de la pensión alimenticia de que disponía su madre. Sin embargo, para el inquilino de El Pardo, no era ésta una cuestión prioritaria. Además, muchos de los prohombres que deberían avalar los cambios legislativos, como Iturmedi, eran reacios. Formica necesitó cinco años para que sus peticiones más urgentes se plasmaran.

Mientras los hombres de la patria consideraban natural la primacía del varón y se protegían entre sí, la Sección Femenina no sabía a qué carta quedarse. Al iniciarse la década de los cincuenta, Pilar Primo de Rivera encargó a Mercedes Formica y a otras profesionales de la órbita falangista, como Marichu de la Mora, que aportaran ideas de cara al I Congreso Femenino Hispanoamericano. Éste se celebró en 1951 bajo el auspicio de la Sección Femenina. De nuevo la mujer como eje de un cambio de valores en el mundo occidental, que en España apenas empezaba a filtrarse. La asistencia de delegadas del continente latinoamericano por primera vez exigía cierta pluralidad en las conferencias. Las españolas de perfil profesional no afiliadas a la Falange pero cercanas a ella fueron convocadas al Congreso, al igual que los intelectuales y poetas varones próximos, entre ellos Leopoldo Panero, Areilza, Eugenio d’Ors, Jesús Suevos, Antonio Tovar y Gonzalo Torrente Ballester. En el Congreso se analizó la presencia de la mujer en diferentes ámbitos: en la religión y la moral (y curiosamente en este apartado se incluyó «el problema del divorcio»), en la educación, en la política y el derecho y hasta en la guerra. *Ventanal*, la revista filofalangista que durante un tiempo dirigió Marichu, cubrió el acontecimiento de una manera exhaustiva. Sin embargo, después de tanto despliegue de propaganda, los resultados fueron medidos y hasta pacatos, como cabía esperar estando por medio Pilar Primo de Rivera y algunas de sus más rígidas colaboradoras. Es sintomático que ya antes de iniciar el Congreso fuera retirada «por feminista» la ponencia de Mercedes Formica sobre «La mujer en las profesiones liberales», a pesar de que

se la había encargado la misma delegada nacional. Las conclusiones del Congreso resultaron así artificiosas: daban un paso adelante en algunos aspectos y dos atrás, a fin de que todo quedara igual y de que el hombre no viera mermadas sus prerrogativas. El papel de la mujer en la familia quedaba asegurado y bien fijado, si bien se le permitía participar en el ejercicio del poder político «de acuerdo con su propia naturaleza, condición y capacidad». A pesar de tantas cautelas, en las profesiones intelectuales se admitía que «la mujer deberá tener los mismos derechos que el varón» y se pedía que, al distribuir los puestos de gobierno, se tuviera en cuenta «la capacidad intelectual y moral del individuo y jamás la condición de sexo».

Fue pertinaz el empeño de Pilar Primo de Rivera y sus colaboradoras en que la mujer no fuera demasiado lejos en su intento de igualarse al varón. Al menos que quedara unos pasos detrás de él. La presión de la historia, sin embargo, las obligó a ceder y hacer concesiones en los cincuenta y en los sesenta. En 1962, la Ley de Derechos Políticos de la Mujer, amadrinada en las Cortes por las diputadas falangistas, defendió que las casadas no perdieran la plaza de funcionarias. Un logro que sonaba a restitución y que no hubiera hecho falta si en los cuarenta no se les hubiera arrebatado. No deja de ser sorprendente por su ingenuidad o por su cinismo que en 1974, Año Internacional de la Mujer, Pilar Primo de Rivera se atreviera a decir que tal efemérides «comenzó en 1940» en la Sección Femenina. «Nos dimos cuenta de que a la mujer había que situarla en su propio destino y darle un quehacer que remediara los estragos de la guerra». Un destino en la cocina o en la mesa camilla zurciendo calcetines durante el día, al tiempo que por la noche debía transformarse en insinuante y obsequiosa esposa. «Jamás, por ningún motivo, por muy fundado que parezca, la mujer debe rechazar una caricia del marido», escribía sin recato el médico Federico Corominas en *Vida conyugal y sexual*, un libro publicado en 1964 en perfecta consonancia con lo que se pedía que fuera entonces la mujer. Con razón las afiliadas falangistas pasaron de 600.000 a 200.000 en los años cincuenta. El café de achicoria era una pócima más fácil de digerir y de soportar que la anacrónica visión de la

mujer que se difundía desde algunas atalayas falangistas.

Los silencios de Marichu

Al igual que Mercedes Formica, Marichu consideraba que la Sección Femenina cumplió una labor social en los primeros tiempos y que su influencia en las mujeres rurales, difundiendo entre ellas nociones de higiene, tuvo un papel modernizador. Siempre defendió que sus antiguas camaradas habían trabajado duro, pero pasados los años admitía en privado que la cúpula de la organización había quedado anclada en el pasado por su falta de agilidad y de comprensión de los tiempos. La entristecía que aquella organización que tenía para ella una aureola de heroísmo hubiera pasado a ser para muchas mujeres valiosas con las que trataba, una imagen discutida y hasta un poco ridícula, casi en una caricatura de lo que fue en sus inicios. Achacaba ese desfase, en parte, al carácter inseguro y temeroso de Pilar Primo de Rivera, que no supo ver ni aprovechar el potencial que tenía en un tiempo en que lo podía haber hecho todo por la mujer. Pero en parte también atribuía esta involución al hecho de que la dirigente falangista se hubiera apoyado en los últimos tiempos en una camarilla en detrimento de otras camaradas que exigían vientos nuevos. Este análisis, en el fondo, era el mismo que habían hecho antes que ella otras mujeres de carrera que se acercaron en algún momento a la Sección Femenina y que ya desde los años cuarenta empezaron a desertar o a cortar amarras por no resistir su rigidez. Pero al mismo tiempo, por respeto a su propio pasado, Marichu no quiso hacer una crítica profunda ni empeñarse en cambiar las cosas una vez que vio que se estancaban. Optó por mirar hacia delante y dedicarse a vivir los nuevos retos que le traía el presente, consciente de que para afrontarlos ya no valían las mismas recetas.

Mercedes Formica ha analizado de forma reiterada el desfase

entre la Falange soñada y la real y su contradictoria evolución. Lo que en Marichu aparece insinuado o presentido, en Formica adoptó una expresión explícita. Durante una entrevista que concedió a Rosario Ruiz Franco en 1994, publicada parcialmente por esta autora en su posterior biografía sobre la abogada y escritora, a la pregunta de qué fue lo que le hizo apartarse del falangismo, Formica responde: «Después de la muerte de José Antonio comprendí que sus ideas no se podían llevar a cabo, y así se lo dije a su hermana Pilar. "Si te parece podemos ayudar en cierto modo a ganar la guerra, pero sin comprometernos en una idea política". Franco no era falangista y entonces comprendí que aquello iba a ser lo que fue, un albondigón en el que hubo muchos conversos que para salvarse hicieron méritos muy crueles. Antes de la contienda los seguidores de José Antonio éramos poquísimos, quizá unos dos mil en toda España […], y en la zona franquista sólo había quedado una minoría, quizá cien o doscientos. Los que estaban en zona republicana, en Madrid o Barcelona, fueron fusilados. Mi desengaño llegó cuando comprendí que Franco no salvaba a José Antonio porque no quería. Ricardo Gullón, que había sido nada menos que el Fiscal General de la República cuando José Antonio fue juzgado, me dijo que me contaría después de las vacaciones de verano lo que había sucedido con José Antonio, y cómo Indalecio Prieto y Manuel Azaña habían querido salvarle la vida. Desgraciadamente, cuando regresé a Madrid después del verano, Ricardo Gullón había fallecido y nunca pude saber la verdad de los hechos que él conocía»[39].

Estas declaraciones ponen de relieve las contradicciones que acompañaron a Mercedes Formica durante la dictadura franquista. A pesar de su interesante aportación a la causa de la mujer, su independencia de criterio y su probada sensibilidad social, Formica, como otras falangistas liberales, no rompió del todo sus vínculos con el franquismo. Su crítica al sistema y la reivindicación de mejoras sociales se expresaban dentro de una línea divisoria que nunca llegó a traspasar. Aun así, cuando Mercedes Formica denuncia, no se anda por las ramas. En *Escucho el silencio*, segunda parte de sus

memorias, narra las trabas que sufrió al asumir la dirección de *Medina*, muy parecidas, seguramente, a las que debió de soportar Marichu en *Y*. «Estaban prohibidas las referencias a la vida de sociedad, modas y peinados. Tampoco debían emplearse expresiones extranjeras como *boutique, cocktail, toilette*, etcétera. La censura cortaba las fotos por donde le parecía y vetaba la publicidad de bebidas alcohólicas, ropa interior —fajas, sujetadores, camisones— o píldoras para el desarrollo del busto. En vista de la escasez económica se me ocurrió traducir la novela *Rebeca* y publicarla en folletón, lo que aumentaría extraordinariamente las ventas, medio de salir de la bancarrota. Se rechazó la propuesta por razones de moral»[40]. Marichu podría contar inconvenientes y anécdotas similares, pero tal vez ella los superó con voluntarismo y humor. En cualquier caso, Formica era abogada y tenía más capacidad de indignación legal, mientras que Marichu, ante todo periodista, tenía una visión más ágil y tal vez más realista de lo que acontecía. Sería interesante haber asistido a las conversaciones entre Formica y De la Mora en diferentes momentos de la dictadura. Debieron de compartir más de una crítica, aunque Marichu fuera más proclive al silencio y sólo opinara en determinados círculos. «La rigidez moral, además de resultar ridícula, superaba la intolerancia política», escribe Mercedes Formica en *Escucho el silencio*. Tal vez la una alimentara a la otra. A propósito de un viaje a Cádiz en el que unos amigos le comentaron la ridícula represión moral que imperaba en aquella ciudad, Formica relata: «Las parejas no podían demostrar su afecto en público, cogiéndose de las manos. Hombres y mujeres debían circular por las playas cubiertos de albornoces y se sabía que una joven viuda, madre de cuatro hijos, fue condenada a pagar una importante multa al ser sorprendida besándose con su novio en un rincón mal iluminado del parque Genovés».

Cambiaban ellas y también la sociedad española. El Régimen, pese a todo, perduraba. Marichu no explicité con palabras ese distanciamiento. No era de enfrentarse y políticamente no lo hizo. Tampoco creyó que hiciera falta. Mantuvo sus relaciones anteriores y sumó las nuevas. Tenía un fondo político, pero a la vez estaba

interesada por otras muchas cosas. El factor humano le importaba más que los aspectos socioeconómicos y políticos, aunque se acercara a ellos de un modo transversal. Para las falangistas más austeras, era útil, pero algo frívola. Se cuidaba, manifestaba interés por la moda, viajaba. Le gustaba empezar las cosas, pero una vez en marcha, se descolgaba. Aunque por su carácter se entregaba a fondo, era consciente de que no podía abarcarlo todo. «Yo en eso no estoy, haced lo que os parezca», era una de sus frases para anunciar que se apartaba. No tenía miedo a las críticas. Al contrario, había en ella cierto poso de narcisismo infantil que contribuía a que le gustara ser interpelada. Eso le daba pie a contestar, a polemizar y, en definitiva, a mostrarse exquisitamente mordaz, es decir, a comunicarse.

Franco sabía que en la Falange había gente crítica, pero apenas receló de la Sección Femenina y de sus mujeres. Por otra parte, no es probable que Marichu estuviera tan a la izquierda dentro de la Falange como pudo estarlo Ridruejo cuando se sentía parte del colectivo. Tampoco dejó la Sección Femenina de un modo tajante y en una fecha exacta. Su evolución no fue brusca: fue liberal y tolerante socialmente y políticamente más bien conservadora, al menos hasta los años setenta. Pero estuvo atenta a los cambios sociales y siguió y secundó el movimiento de la población en su camino a la democracia. «Después de todo, fue Suárez quien dinamitó a la Falange desde dentro», opina Luisa Isabel Álvarez de Toledo. En el fondo, el viejo sueño de Formica y de Ridruejo de disolver la Falange, aunque por motivos diferentes.

Al iniciarse los setenta, ya en el umbral de la transición, el papel de la Sección Femenina había perdido peso. Muchas de las mujeres más válidas o, en el otro extremo, más radicales se habían alejado y sólo quedaba en pie un edificio hueco y lleno de burocracia. El esqueleto de un organigrama encabezado por la delegada nacional y su consejo rector, en el que sólo permanecían ya como cabezas visibles las más políticas, la mayoría diputadas en Cortes o con responsabilidades sindicales o educativas: Mónica Plaza, Belén Landúburu, Vicky Eiroa… Algunas de ellas, incluso, creyeron realmente en las reivindicaciones de la mujer y se convirtieron en

feministas de última hora —o de primera de cara a la adormecida sociedad española—, y se integraron en la naciente sociedad democrática. Eiroa fue nombrada directora general de Promoción Familiar y de la Mujer, cargo que englobó las disueltas delegaciones nacionales de la Familia y la Sección Femenina. Comenzaba la transición democrática.

El huésped del hotel Velázquez

En la década de los sesenta, Marichu y su familia se trasladaron de Lista a la calle de Velázquez, dentro del mismo barrio en el que habían vivido. Fue el momento en que Tomás Chávarri se instaló en el hotel Velázquez, situado en la misma calle. Aunque en su ambiente social no era infrecuente que los cónyuges gozaran de cierta independencia pasado el tiempo de la crianza de los hijos, al marcharse él a vivir al hotel, se plasmó de forma nítida su separación. Lo que no significa que se diera un corte total. Al tener cerca la oficina, Chávarri iba a menudo a almorzar al domicilio familiar e incluso en alguna ocasión a desayunar. Esa familiaridad más allá de la vida conyugal refuerza la idea que Marichu no era amiga de rupturas, sino de ir dejando las cosas. Sorprende que, a pesar de esta actitud, las discrepancias con su hermana Connie nunca se cerraran. La herida entre ambas había sido honda. Más allá de la hecatombe de la guerra civil, lo que Constancia escribió después sobre su hermana avivó la fractura. De la boca de Marichu apenas salió alguna réplica. Pero su silencio sobre la figura de su hermana mayor fue una refinada forma de negarla. En definitiva, su ruptura fue una brecha insoluble que cada una asumió en soledad, ignorándose. «Hay momentos históricos en los que la diversidad de criterios aflora con fuerza y marca a una generación», sostiene Ángeles Villarta. «En los años treinta, con la República, estas diferencias se agudizaron. Se produjo un corte profundo, una

quiebra importante», añade. Ese desgarro lo sintieron intensamente ambas hermanas.

Tomás Chávarri permaneció en el hotel Velázquez más de una década. Marichu contó así a una amiga periodista a la que acababa de conocer, que se había separado recientemente: «Mi marido se alojó en el hotel Velázquez mientras nos mudábamos de piso y está tan a gusto que ha decidido quedarse allí». El humor siempre antes que el drama. Fue una separación física sin consecuencias legales, al estilo franquista. Tomás Chávarri vivió sus últimos años en ese hotel señorial como un príncipe. Todo estaba a mano: domicilio familiar, amigos, oficina… En el hotel encontró incluso al peluquero que le atendió en los últimos años de su vida. Allí le iban a ver sus hijos y sus amigos. Uno de los empleados del hotel recuerda las visitas de Jaime Chávarri a su padre, tal vez por ser el más conocido de los hijos. Al final de su vida, cuando los años empezaron a pesar, restringió sus salidas, y algunas tardes maceraba sus recuerdos en el elitista bar del hotel, en el que camareros de la mejor escuela se mostraban atentos a satisfacer su deseo de paladear su *whisky* predilecto. No deja de ser una curiosa coincidencia que el marido de Marichu e Ignacio Hidalgo de Cisneros, aun siendo tan distintos, valoraran la buena compañía de un trago de *whisky* y supieran deleitarse con ella. Hidalgo de Cisneros, dentro de la austeridad en la que vivió sus últimos años de vida, no renunciaba, si podía, a este tónico, aunque no siempre pudiera ser de la mejor marca. Se dice que al ceder los derechos de autor de sus memorias, *Cambio de rumbo*, al Partido Comunista de España, sólo pidió que no le faltara *whisky* hasta el fin de sus días. La petición fue respetada escrupulosamente. Aunque, alguna que otra vez, el general republicano hubiera considerado un lujo lo que Chávarri saboreaba sin restricciones y sin dar cuenta a nadie. Quizá fuera el único paralelismo entre hombres tan dispares, además de su apostura y su éxito entre las mujeres. No es fácil adivinar qué se dirían los ex cuñados si hubieran coincidido al final de sus días en algún hotel de París. En ocasiones, paladear una copa puede ser un pretexto para recordar lo mejor del pasado, además de saborear el presente.

Habituado a vivir en una intermitente soledad, a pesar de sus secretos romances y de la constante presencia del Partido, Hidalgo de Cisneros afrontó el tramo final de su vida con alguna melancolía que relativizaba gracias a su genuino buen humor. En el fondo, lo que separaba a ambos cuñados era algo evidente y a la vez muy sutil: Tomás era un neto triunfador al que el poso y el placer de vivir habían agotado. Hidalgo de Cisneros se sabía derrotado por una parte de la historia —como Constancia de la Mora no llegó a ver el restablecimiento de la democracia ni la vuelta de los exiliados—, pero no por la historia: conservaba la fe, mantenía su ideal, resistía. Al mismo tiempo apuraba los placeres posibles, consciente de que tal vez la vida, una vez cumplida, era poco más que eso: al igual que su ex cuñado Tomás Chávarri, a fin de cuentas.

Al no optar por la separación legal en su matrimonio, Marichu de la Mora se planteó en un momento dado acceder a cierto control económico y establecer una administración de bienes conjunta adaptada a su situación, recuerda Pilar de Abia. Vinculada por su padre y por alguno de sus hijos a la judicatura, De Abia explica que facilitó a su amiga una entrevista con el fallecido Antonio Pedrol, entonces decano del Colegio de Abogados de Madrid, para que le aconsejara la fórmula al respecto. Transcurrido el tiempo y descartada la separación legal, Maruchi confesaría a sus amigas que, teniendo en cuenta en qué situación quedaban muchas de sus conocidas al divorciarse, el comportamiento de su marido había sido bastante aceptable al final. Unas palabras que, además de dejar traslucir su generosidad, demuestran su capacidad para olvidar lo desagradable y recordar lo mejor del pasado.

Tomás Chávarri seguía en el hotel Velázquez cuando le llegó la hora de la muerte. La década de los setenta avanzaba y el veterano huésped salió del hotel para ir al hospital. Allí murió. Fue enterrado con un crucifijo que Marichu había encontrado en Bilbao durante la guerra civil y que más tarde él conservó. Sólo Dios sabe qué otras manos lo guardaron y lo rezaron antes. Marichu se encontraba en San Sebastián cuando Bilbao cayó —o más bien *fue tomado*, desde la perspectiva falangista—, y se le encomendó que pasara a la ciudad

vizcaína con Casilda Ampuero y José María Oriol para reorganizar sus respectivos partidos. Adentrarse en una ciudad que fue próspera y que acababa de pasar por la hecatombe de la guerra era un ejercicio fantasmagórico. Los nuevos amos tenían que decidir, entre otras cosas, qué hacer con las casas abandonadas, abocadas a ser requisadas o al destrozo y al pillaje. Muchos de estos enseres abandonados o propiedad de personas ilocalizables o fallecidas iban a trasteros o acababan en la trapería, o, en determinadas provincias, a las casas de algunos gerifaltes. En la visita a una de estas casas sin dueño, Marichu evitó la tentación de fijarse en los libros, pero vio un sencillo crucifijo de madera y no se resistió a dejarlo allí. El crucifijo cerraba ahora la vida de Tomás y, en cierto modo, su existencia en común.

La periodista Dolores Pérez-Camarero, que en sus inicios colaboró con Marichu, piensa que De la Mora rebasó su clase al dedicarse al periodismo cuando la mayoría de las mujeres de su rango y generación se dedicaban a la familia y a la vida social. «Como periodista ocupó una fase intermedia entre las pioneras y señoras antiguas que escribían en los periódicos y las que llegamos al periodismo porque quisimos estudiar una carrera y sabíamos desde pequeñas que queríamos trabajar», opina. Dolores Pérez-Camarero estudió Derecho y al salir de la Universidad se encontró con las mismas barreras que Mercedes Formica y Pilar de Abia: a pesar de tener el mismo título que los varones, no podían acceder a la judicatura ni presentarse a determinadas oposiciones. Por otra parte, lanzarse al ejercicio libre de la profesión, como hizo durante una etapa Formica, era cosa de heroínas o de mujeres bien relacionadas. Pérez-Camarero se decantó por el periodismo y se estrenó en publicaciones de la órbita falangista estando Marichu al frente de ellas. Pero pudo observarla más de cerca años después, pasados los sesenta, cuando Marichu lideraba el Círculo de Escritores de la Moda y coincidían en viajes relacionados con este género informativo. Una cita anual obligada era la Feria de Barcelona, donde los periodistas especializados, en su mayoría mujeres, eran invitados durante tres días por la Cámara de la Moda. «La recuerdo

alta y delgada, bien vestida, más bien clásica. Era reservada. Unos días hablaba mucho y otros no; era amable, pero no hacía mucha vida social fuera de las comidas relacionadas directamente con la moda o con sus íntimos y sus salidas al campo. Estaba separada, o así se presentaba, y en alguna ocasión la acompañaba una de sus hijas. Más de una vez, observándola con detenimiento, tuve la duda de si el periodismo fue algo vocacional, o más bien le fue cogiendo gusto porque era lista y tuvo que trabajar y, como tantas separadas, hacer de cabeza de familia», rememora. Después de *La moda en España*, Marichu de la Mora trabajó en *Sucedió, Textil y La Actualidad Española*, para pasar, en torno a los sesenta, al diario *Madrid*. En 1955, en la etapa de *Sucedió*, la identificación de Marichu con el periodismo era ya tal que sé planteó mandar algunos de sus artículos al premio Mariano de Cavia, tal como le cuenta en una carta con fecha del 9 de febrero a su tío Gabriel, duque de Maura. Ella misma reconoce su *osadía* al comentarle que tiene previsto enviar dos de ellos, *Cementerio* y *Veraneo en Casita*, que, «por sus títulos, comprenderás, uno es serio y el otro —trata al menos— de ser algo humorístico». Confiesa que le hace bastante ilusión conseguir este premio, y le pide al político conservador y patriarca del clan en ese momento «tu protección y tu cuarto de espadas». Curiosamente, el año anterior había conseguido el citado premio Dionisio Ridruejo por un artículo en el que recordaba al gran filósofo liberal que había alimentado a los jóvenes intelectuales de izquierda y de derecha de su generación: *En los setenta años de don José Ortega y Gasset*. No sabemos si su tío la ayudó, o incluso si llegó a presentar esos artículos, pero no consta que ganara. Seguramente lo asumió con humor y con toda tranquilidad, como una aventura más de las que le había proporcionado el periodismo.

«Ni más se puede pedir, ni más se debe esperar».

Dentro de sus posibilidades, Marichu de la Mora compartió la visión aperturista de Dionisio Ridruejo al acercarse a mujeres valiosas ajenas al falangismo o vinculadas en el pasado con la República. Una de las intelectuales a las que tendió la mano fue Maria de Maeztu. Feminista, intelectual y exiliada, Maria de Maeztu formaba parte de los republicanos moderados. Directora de la Residencia de Señoritas de 1914 a 1936, algunas de las chicas que se alojaban en esta institución en los años de la República, como Matilde Landa, se extrañaban de que Maria fuera a misa a diario. Sincera republicana, la guerra civil la lanzó al exilio. El asesinato de su hermano Ramiro, fusilado en 1936 por unos milicianos, desgarró su vida. Sufrió la doble perturbación de irse al exilio sabiendo que los suyos, o algunos de los suyos, mataron a su hermano sin que los intelectuales republicanos dieran la cara por él ni trataran de salvarlo. Aunque mantuviera sus convicciones, sentía que ya no podía identificarse con ninguna de las dos Españas. En 1945 se barajó la posibilidad de que regresara y se incorporara a la cátedra de Geografía de la Escuela Normal de maestras de Ávila, pero la tentativa no prosperó. En 1947 volvió temporalmente y fue bien acogida, pero la atmósfera que encontró, tan distinta a la de la etapa republicana, debió de desconcertarla. Antonina Rodrigo asegura en *Mujeres para la historia* que a María le hubiera gustado asumir de nuevo «la dirección de la Residencia de Señoritas [entonces colegio Mayor Santa Teresa]»[41], en manos de Matilde Marquina. Naturalmente, el sueño de María no fue posible, pues el tiempo no había pasado en balde. Tampoco se podían eludir las consecuencias de la victoria franquista y la derrota republicana. Marichu le envió unas líneas después de haberla escuchado en una conferencia que dio sobre su hermano con motivo de la inauguración de la cátedra universitaria Ramiro de Maeztu. Al contestar a Marichu el 30 de enero de 1947, María de Maeztu le agradece su interés y acepta encontrarse con ella, tal como De la Mora le había propuesto. La carta de María de Maeztu da fe de su soledad y aislamiento y del impacto que le produjeron las palabras de aliento de Marichu: «Las necesito. Necesito que me digan que mis palabras tienen todavía

resonancia en las almas jóvenes y que mi presencia física aguanta todavía con dignidad el peso de una grave conferencia», admite, al tiempo que acepta los puentes personales que le tiende la falangista. «A los 20, a los 30, a los 40 años yo despreciaba todo eso porque me parecía que tenía el mundo en mis manos. Después… he llegado a saber que no tenía nada; hoy tengo más, aunque están mis manos en desposeimiento. Tengo más pero lo tengo de un modo precario, por poco tiempo en estos breves días que me quedan por vivir y que he de aprovecharlos no como oro sino como diamante fino», dice la antigua directora de la Residencia de Señoritas y fundadora del Lyceum Club. «Ayer empecé a pagar una deuda que tenía con Ramiro desde los años de mi juventud. […] A ese hombre cuyo nombre casi no podía pronunciar ayer, debo cuanto soy. Y Dios ha permitido que mi entrada en la Universidad, mi reconquista, se hiciera de manera tan solemne. Estoy orgullosa no de mí (pobre de mí), sino de mi España, de esta España mía que ha firmado ayer, con un aplauso, el acta de aprobación de mi conducta». Y añade la elocuente frase: «Ni más se puede pedir, ni más se debe esperar…».

Un año después de esta visita, María de Maeztu falleció en Buenos Aires. Al no poder ejercer su magisterio, optó por volver a América. Aunque contaba con suficiente patrimonio para vivir sin problemas, residir en España en esas circunstancias teniendo aún «la cabeza tan firme» le hubiera parecido estar en «un cementerio», reconoció la intelectual al explicar su vuelta al exilio.

No sabemos si en esa tímida y particular labor de acercamiento de Marichu había un sentido político, como en Ridruejo, o más bien un instinto de justicia y de curiosidad intelectual. Al menos, había un intento de reconciliación, un afán de superar las viejas heridas y de integrar a mujeres con otros enfoques. Su sociabilidad y su faceta comunicativa se anteponían en ocasiones a sus propias ideas, o indirectamente las solapaba. Sin duda, no había en esta actitud una intención política en sentido estricto, ya que siempre le interesó más la circunstancia humana —la suya y la de los demás— que la pública. No deja de ser curioso, además, que a la vez que se alejaba de la esfera política se acercaba a posiciones distintas a las suyas por

la vía personal y las relaciones humanas. Más que una paradoja era una forma de ensanchar su círculo vital e ideológico sin abandonar del todo su primitivo núcleo humano.

Algo que llama la atención es la diferente actitud de las dos hermanas De la Mora al recordar su pasado y su papel en la guerra civil. Mientras que Constancia asumió que su vida había sido bastante excepcional —con razón—, Marichu acentuó su búsqueda de la normalidad y huyó de cualquier liturgia que la entronizara en la historia. Esa premeditada discreción contribuyó a que, llegados los sesenta y los setenta, ella misma creyera en algún momento que era una mujer absolutamente normal sin excesivas cuentas con el pasado. Sin embargo, su papel histórico, aunque corto en el tiempo, no se puede minimizar. Desde finales del 36 a finales del 39 reorganizó con Pilar Primo de Rivera la desperdigada Sección Femenina y fue corresponsable de muchas de sus iniciativas. Por otra parte, no se puede obviar que dos políticos importantes de la España del siglo XX, José Antonio Primo de Rivera y Dionisio Ridruejo, estuvieron de algún modo enamorados de ella. En ambos casos, la atracción física no fue lo único que contó en su relación, sino otros elementos más sutiles y más raros de encontrar. El fundador de Falange alabó en más de una ocasión su clarividencia; Ridruejo cantó su ingenio y su gracia, lo que contribuyó a que la correspondencia entre ambos fuera una deliciosa esgrima mental y literaria. Sin embargo, Marichu vivió la tercera parte de su vida como si todo eso no le hubiera sucedido, o como si no le hubiera dejado excesiva huella ni hubiera hipotecado su vida. Como si en definitiva no hubiera tenido arte ni parte. En el fondo no era más que una estrategia íntima para sobrevivir. Durante muchos años, una gran foto de José Antonio presidió uno de sus rincones preferidos de «La Mata». Necesitaba recordar en paz y, al mismo tiempo, decir adiós a ese personaje que había conmocionado con sus ideas y su muerte sus años de juventud. Distanciarse de esa época y de sus vivencias era imprescindible para seguir adelante y volver a entusiasmarse con lo que le deparaba el destino. Gracias a ese ejercicio de distanciamiento pudo conjugar la lealtad a la persona de

José Antonio y a su recuerdo y dirigir su vida hacia caminos sociales y políticos más afines con sus verdaderas necesidades. Por eso cuando en los años ochenta escuchaba cómo algunos demonizaban la figura del fundador de la Falange o incluso que hasta a ella misma se la tildara de antigua fascista oficial, siempre supo relativizar, ponerse en el punto de vista del otro, y, en caso necesario, explicar el suyo sin rehuir nada, pero sintiéndose ya muy lejos de la intensidad de aquellos años. Con Ridruejo, el balance final fue más sereno: mientras duró su relación, De la Mora mantuvo una tónica que era al mismo tiempo una estrategia de supervivencia sentimental: nunca reconoció estar enamorada del poeta, aunque aceptó, de algún modo, que el enamorado era él. En sus últimos años, sin embargo, llegó a dudar en algún momento de si aquella apreciación fue del todo cierta por su parte. ¿Cómo nombrar y calificar entonces unos sentimientos tan fértiles y una amistad igualmente espléndida?

Además de su tarea periodística, Marichu de la Mora escribió algunos relatos, algunos de ellos publicados previamente en *Y*, y una biografía. Su hijo Jaime Chávarri asegura que nunca dio importancia a esta actividad, por lo que tal vez alguno se haya perdido. Pero en los expedientes de libros enviados a la censura, trámite obligatorio en la posguerra, constan: *Pájaro de las nieves y otros cuentos, La venganza del mar, La vuelta al mundo de Carmelito y Verdeóla*, además de una biografía, *La condesa de Bureta*[42], una heroína de la guerra de la Independencia. *La vuelta al mundo de Carmelito y Verdeóla* era un delicioso relato que quizá llegó a contar a sus hijos, en el que el personaje central, un niño, se caía por el desagüe del baño y vivía un sinnúmero de peripecias. En *Revista de Occidente* publicó *El pájaro de las siete cabezas*, un título muy similar al del conjunto de relatos presentado a la censura con el título *Pájaro de las nieves y otros cuentos*. Este pequeño esfuerzo demuestra que, a pesar de su aparente frivolidad, Marichu de la Mora puso empeño en superarse y en ser reconocida como periodista y escritora. Es posible incluso que su estilo periodístico, impregnado de alusiones a la moda y a la vida social, le haya restado méritos a la hora de valorar su carrera. María Campo-Alange, a pesar de destacar su estilo personal, cae en

el mismo cliché al decir de ella que «capta aspectos de la frivolidad femenina en los que pone de relieve la incongruencia junto a una cierta lógica»[43]. Ciertamente, la moda fue el campo del periodismo en el que supo hacerse un hueco y adquirir renombre. Fue la primera presidenta del Círculo de Escritores de Moda, un club donde durante un tiempo fue la reina. Madrina de la moda *ad lib*, ella misma colaboraba para que los desfiles ibicencos adquirieran resonancia.

Su paso por el periódico *Madrid* marcó una inflexión vital, al coincidir esta atractiva etapa profesional con algunos momentos clave de su evolución personal. Aunque Marichu se incorporó a *Madrid* antes de que lo pilotara Calvo Serer y su equipo, ya sonaban vientos renovadores en el periódico y la sociedad madrileña. A pesar del discurso oficial, los españoles añoraban de nuevo la libertad. Juby Bustamante, en 1965 una joven redactora que acababa de llegar al diario *Madrid*, por poco se rasga las vestiduras cuando le encargaron que echara una mano a Marichu de la Mora, la especialista de moda del periódico. De ideas izquierdistas, lo primero que pensó Juby es que no estaba dispuesta a trabajar con aquella cursi. Aunque no la conocía más que de nombre, suponía, por los temas que tocaba, que era una señora insoportable. Finalmente, la joven periodista no tuvo más remedio que reunirse con la colaboradora de moda. Marichu se mostró encantadora y le recordó con mucho arte que un periodista tiene que hacer de todo. Convenció a la redactora de que no importa el qué sino el cómo en el curso del primer café que tomaron juntas. Desde entonces se hicieron amigas. Juby la recuerda «adorable, lista, llena de curiosidad, ágil y terriblemente joven; además de muy liberal», sostiene. A pesar de que Marichu rondaba ya los sesenta años, a Bustamante le pareció más joven que muchos de sus amigos de su misma edad. «Era tan graciosa y tan poco convencional que a veces trabajaba recostada en la cama, para que le descansaran las piernas, y allí me citaba con las maquetas de las páginas. Como aprovechábamos la hora del almuerzo, me quedaba a comer. Cada una tomaba una bandeja con la comida y ella seguía en la cama. En ocasiones, Tomás Chávarri se acercaba a la casa y se sumaba al

almuerzo. Comíamos los tres juntos, cada uno con nuestra respectiva bandeja, y ella en medio de los dos, en la cama», rememora Juby Bustamante. Lo de trabajar en la cama se convirtió con el tiempo en un hábito y en una institución. Una joven y conocida periodista de moda le comentó a una de las nietas de Marichu en una ocasión: «¡Qué fantástica era tu abuela! ¡Qué bien nos mandaba a todas desde la cama!».

«No se quedó atrás. Le fascinaba lo nuevo. En algunos aspectos iba por delante de sus propios hijos», afirma Juby Bustamante. Aunque a Marichu nunca le faltaron acompañantes, admiradores o *chevalier servant* de su edad, pasados los cincuenta redescubrió los valores de la juventud. Al igual que a Carmen Martín Gaite la estimulaba rodearse de escritores jóvenes, como Marcos Giralt Torrente o Belén Gopegui, al frisar la madurez, Marichu se sentía feliz con el trato de gente inquieta y bohemia, aunque la diferencia de edad fuera notable. En los años sesenta realizó un viaje de quince días a Nueva York con su hijo Jaime Chávarri y Juby Bustamante. «Vimos obras de teatro como *Hair* y *Oh Calcuta* y pasamos unos días divertidos e inolvidables», rememora Juby. La periodista recuerda algunos otros viajes compartidos. Más tarde, al casarse y ser madre, e incrementar al mismo tiempo sus responsabilidades periodísticas, Bustamante ya no pudo viajar con su amiga. Pero cuando Marichu se encontraba ya jubilada del periodismo y recluida en «La Mata», solía llamarla de vez en cuando para que se acercara a la finca a almorzar. «Y al final nos reuníamos a comer diez o doce personas: unas amigas que habían ido, como yo, desde Madrid, el farmacéutico de un pueblo cercano, otros conocidos de Segovia… En fin, el mundo de Marichu», relata Juby Bustamante. Plural y a veces abigarrado.

Khathleen Richmond fue una de las últimas estudiosas de la Sección Femenina que tuvo la oportunidad de hablar con Marichu de la Mora. La autora entrevistó a Marichu el 27 de octubre de 1997 y, aunque no cita textualmente sus palabras, analiza así su trayectoria: «Sus cargos como regidora de Prensa y Propaganda y, luego, como directora de la revista *Y* fueron los puntos de arranque

de su trayectoria personal. Cuando hubo explotado aquellas oportunidades, se marchó para hacer carrera fuera»[44]. Cabe pensar que durante la entrevista De la Mora defendió esta línea argumental.

La peligrosa amistad con Lidia Falcón

En los años sesenta, cuando Marichu colaboraba en el diario *Madrid*, encargó, sorprendentemente, a la abogada feminista Lidia Falcón varios artículos sobre cuestiones legales que afectaban a la mujer. Es aventurado adivinar cuál era su opinión sobre la abogada, pero en una carta con fecha de 10 de noviembre de 1965 dirigida a la feminista le indica que ha sido su común amiga Mercedes Formica la que la ha animado a escribirla. «Dirijo el suplemento femenino del diario *Madrid*», le explica Marichu de la Mora al presentarse, «suplemento que desearía no se limitara a las secciones usuales de modas, cocina, etcétera, ya que considero que la mujer se enfrenta hoy con otros problemas, además de los puramente domésticos», añade. Marichu hace referencia a las obras de Falcón, *Derechos civiles de la mujer* y *Derechos laborales de la mujer*, y le pide justamente si podría escribir una serie de artículos sobre estos asuntos, con rigor jurídico y al mismo tiempo de un modo popular y sencillo. Pensando en los lectores y en especial en las mujeres que puedan sentirse afectadas, le sugiere que los artículos se presenten como casos personales de consulta, «dando en ellos la solución y el consejo pertinente». E incluso «sería recomendable que se hiciera en forma de diálogo para facilitar la lectura. Estos artículos deberán tener de dos a tres folios a máquina y a dos espacios y se abonará por cada uno de ellos la cantidad de setecientas cincuenta pesetas». Lidia Falcón le contesta el 13 de noviembre, satisfecha con el encargo. «Procuraré corresponder a la confianza que deposita en mí. Siguiendo sus indicaciones presentaré mis artículos como resolución

de casos planteados en el terreno jurídico femenino, aunque creo que el desarrollarlos en forma de diálogo le quitaría calidad y desprestigiaría un poco la sección», le escribe. Parece claro que a la abogada le venía de perlas publicar en un medio de gran difusión. Desde el punto de vista económico también le era útil sumar ingresos. Falcón cuenta en sus memorias, *La vida arrebatada*, cómo había estudiado Derecho siendo ya madre de familia y mujer separada, robándole horas al sueño y trabajando al mismo tiempo para pagar el colegio de su hija. En esos años era justamente cuando empezaba a despuntar como abogada.

A raíz de estas primeras cartas, ambas mujeres desarrollaron una cordial relación profesional y personal. «Espero que esto sea el principio de no sólo una interesante colaboración sino también de una amistad», le contesta Marichu, siempre abierta a la comunicación, el 21 de noviembre. Aunque se trataban respetuosamente de usted, desde el primer momento introdujeron el encabezamiento de «Querida amiga» en sus cartas. El 2 de diciembre es Lidia Falcón quien se dirige a Marichu, tras una visita a Madrid en la que no habían podido verse: «En la redacción del periódico no quisieron darme su teléfono particular y sólo conocía su domicilio por el remite de sus cartas. Busqué en las guías telefónicas y tampoco lo encontré, y el tiempo me apremiaba para regresar a Barcelona […] por lo que me tuve que volver sin el placer de haber hablado con usted y de entregarle el primer artículo que tenía ya terminado. Le incluyo en la presente dicho artículo y espero me dé su sincera opinión para poder acomodarme a sus deseos». Marichu expresa, a los pocos días, su disgusto por no haberse podido conocer. «Para el *futuro*, le diré que mis teléfonos son: 225… y 22564… El primero es mío particular, puede no contestar de no estar yo, el segundo es general de la casa, *deberá* contestar a no ser los días festivos». A continuación le indica que el próximo sábado, D. m., «se publicará su primer artículo», y le especifica que saldrán cada quince días. Le insiste en que descienda a casos concretos como «qué puede o no puede hacer una mujer sin consentimiento del marido» o cómo hacer un testamento, en sus siguientes artículos.

Aunque constituían una pareja insólita, formaron un buen equipo. Como Lidia vivía en Barcelona, le enviaba los artículos a la dirección personal de Marichu, en la calle de Velázquez, y ésta se los editaba y los llevaba al periódico. El 12 de enero de 1966, Lidia le envía el segundo artículo. Se disculpa por haber tardado en enviárselo, al haberse tomado unas cortas vacaciones. «Como supongo sabrá, me casé a principios del mes pasado», explica. Probablemente se refiere a su unión con Eliseo Bayo. El 14 de enero de 1966, Marichu le anima a seguir tocando en sus artículos aspectos económicos, ya que espera que Mercedes Formica le escriba algo sobre las «anulaciones» (matrimoniales). Al mismo tiempo le propone que, en vez de mandarle el importe de los artículos por giro postal, ella misma puede cobrarlos en su nombre si le envía una autorización, y entregarle el importe directamente, ya que del 7 al 9 de febrero irá a Barcelona para asistir al VI Salón de la Confección, y se alojará en el hotel Ritz. En efecto, Lidia Falcón le envió una autorización para que cobrara en su nombre 1.500 pesetas por los dos artículos el 2 de febrero de 1966. En esta carta, el tuteo se impone entre las dos profesionales. «Naturalmente estoy de acuerdo contigo en que debes tener uno o dos artículos adelantados. Llevo pensando escribirlos desde hace dos meses, pero ¿qué pasa con el tiempo? ¿Tú consigues acabar con tu trabajo cada día?», pregunta Falcón. «De todos modos te prometo intentarlo».

Marichu de la Mora y Lidia Falcón se conocieron efectivamente en Barcelona y, a partir de entonces, almorzaron alguna que otra vez durante sus respectivos desplazamientos a la Ciudad Condal o a Madrid. Es difícil asegurar si Marichu sabía que Falcón militaba en el clandestino partido comunista o si al menos lo intuía y, en todo caso, si realmente le importaba. Es decir, si en caso de haberlo sabido, le habría encargado igualmente que colaborase en sus páginas. En el primer almuerzo debió de salir a relucir qué pensaban, más allá de la relación profesional y del evidente feminismo de Lidia, que a Marichu no sólo no la molestaba, sino que en algunas dosis compartía. Pocas palabras bastan para definir o intuir lo que el otro piensa, y en esos encuentros directos debieron

de comprender los abismos que las separaban. Como ambas eran inteligentes y había una cordialidad de fondo, se detuvieron en lo que las unía. ¿Recordaría Marichu en algún momento a su hermana Connie mientras charlaba amigablemente con Lidia? ¿Relacionaría el radicalismo de su hermana con el que enarbolaba Lidia? Qué curioso que pudiera hablar y reírse tranquilamente con Lidia y que treinta años antes no hubiera sido capaz de entenderse con su hermana. ¿O era el paso del tiempo lo que la había hecho más tolerante? Su amistad no pasó de cierta cordialidad, pero Lidia Falcón estima que aquellas conversaciones eran agradables y que Marichu era bastante liberal, teniendo en cuenta su origen político y social. Mujeres de carácter ambas, y al mismo tiempo amigas de las buenas maneras, en una carta fechada el 12 de marzo, Falcón se queja con guante de seda: «He visto publicado mi último artículo […] al que por cierto habéis mutilado el final, supongo que por mor de la censura moral. ¡Qué se le va a hacer! Espero enviarte dentro de dos o tres días —¡qué horror de tiempo!— otro sobre la discusión planteada en las Cortes por la aprobación de la Ley de Administración Judicial en lo que respecta al acceso de la mujer en los cargos de fiscal, magistrado y juez. ¿Qué te parece? No me contestes si te cansa escribir, hazlo después de recibir mi artículo, y así de paso me dices si te gusta».

El 21 de abril, nueva carta de Marichu de la Mora para animar a Falcón a que siga enviándole artículos. Los tiene «muy abandonados», se queja, a la vez que le comunica que ya salió el artículo que trataba sobre los hijos naturales. Lidia Falcón contesta rauda el 23, y en un tono coloquial reconoce que los reproches de Marichu son justificados, pero argumenta: «El tiempo agobia y yo no tengo más que dos manos y media cabeza, no doy abasto a más. Te mando hoy la contestación a la sesuda contestación de la Dirección General de los Registros, y que conste que yo no tengo ningún hijo natural, ¿eh?, cosa que acabarán creyendo los lectores por la vehemencia con que los defiendo. Querida amiga, ahora me toca a mí hacer reproches. Aparte de la pereza terrible que sientes para escribir a las amigas, y que además te lleva a escribir cuatro

líneas en un trozo de papel, y a comerte la mitad de las letras —en la última debías tener un hambre atroz— pues no hay Dios que te entienda, hija. Necesito experto en crucigramas y jeroglíficos egipcios para descifrar tus garabatos». Ciertamente, Lidia Falcón, que siempre escribía a máquina, tenía razón al describir la dificultad que entrañaba descifrar la letra minimalista de Marichu. En su carta de respuesta, ésta hace el esfuerzo de escribir a máquina. «¡Para que no me regañes!», aclara. Después le indica que le devuelve el artículo por excesivamente largo, y le recuerda que no pueden superar los dos folios.

En sus recientes memorias, *La vida arrebatada*, Lidia Falcón tiene un justo recuerdo para esta falangista que confió en ella cuando la abogada tenía mucho que ganar y Marichu poco que perder. Aunque su deseo de aprender la llevara a comprender y estimar a esa feminista radical que encarnaba ya Lidia Falcón en aquellos años. En sus memorias, después de advertir que incluso en países alejados de las democracias occidentales, como la Unión Soviética y algún país árabe, las mujeres accedían a puestos relevantes ya en los cincuenta, Falcón mira a la España de los sesenta y asevera: «En España, en cambio, la promoción de la mujer quedaba lejos, correspondiendo a la ideología falangista que había señalado su lugar en la casa, el huerto y el paritorio. Así lo definía Marichu de la Mora, una periodista conservadora como corresponde a la nieta de Maura y defensora de las esencias patrias, pero que con tan moderado lenguaje se garantizaba la seguridad para sacar adelante con mucha astucia y prudencia, sus ambiciones profesionales, que años más tarde sintió simpatía hacia mí, tanta como para contratarme una colaboración semanal en el diario *Madrid* mucho antes de que fuera propiedad de Calvo Serer. Marichu de la Mora manifestaba una evidente afinidad con el incipiente feminismo de aquellos años en sus artículos y conferencias, como aquella titulada “El novio con mayúscula”, donde explicaba que el novio español era muy difícil, “lo que él ordena se hace… y a él no le gustan tantas cosas”»[45].

Muchas eran las ocupaciones y actividades de Lidia Falcón en

aquel momento, entre ellas las inherentes a su militancia clandestina. Es imposible verificar qué sintió Marichu cuando trascendió de forma oficial que Lidia se movía en la órbita comunista, aunque seguramente tampoco le causó una gran sorpresa. Sus actividades subversivas llevaron a Lidia Falcón a la cárcel en 1972. Dos años más tarde volvió a prisión con Bayo, «implicados falsamente por la policía en el atentado terrorista de la calle del Correo», escribe Falcón en *La vida arrebatada*. Esta segunda estancia en prisión supuso un grave paréntesis en su vida personal y familiar. Luego, ya en democracia, Lidia Falcón, separada por entonces de Bayo, creó el Partido Feminista y a él dedicó sus posteriores afanes.

La dama del apartamento

Con los años, Marichu evolucionó de una forma inusual en una dama de la alta burguesía. Cuanto más segura se sentía en su identidad, más abogaba por la simplificación en la vida diaria. De tener doncella personal en sus casas del barrio de Salamanca, pasó a vivir prácticamente sola en un apartamento en la calle de Bretón de los Herreros cuando sus hijos se casaron o se independizaron. Anteriormente este piso había sido de Mercedes Formica y se encontraba en el mismo edificio donde había vivido Blanca Bolín, hermana de Manuel (el primer marido de Constancia) y de Luis, el colaborador y propagandista de Franco. En su nuevo apartamento, las ayudas externas se simplificaron y Marichu se encargaba de todo, hasta de lavar su ropa si hacía falta, aunque contara con alguna empleada ocasional. Por aquella época descubrió las bondades de la comida al horno y las virtudes de la independencia. Aunque ese planteamiento es habitual en nuestros días, para una persona de su tiempo y de sus circunstancias, representó un claro viraje.

El periodismo fue quizá su gran ventana al mundo. Al menos a

esos otros mundos que alguien de su origen no hubiera conocido ni siquiera en sus muchos viajes. Marichu de la Mora, no obstante, encarnó un modo de hacer periodismo hoy prácticamente en extinción. Pocos han sido los periodistas que han logrado mantener, como ella, una estrecha y a la vez flexible relación con los medios en los que trabajaba, sin necesidad de pisar la redacción a diario. Es cierto que, al igual que otros especialistas en gastronomía, moda o viajes, no tenía necesidad de estar sujeta a un horario ni integrarse en la plantilla, pero ella logró mantener una autonomía envidiable. Curiosamente, hizo el camino inverso al de muchos periodistas que empiezan a colaborar en un medio y con el tiempo se integran en la redacción. De la Mora pasó de ser directora o responsable de las primeras publicaciones en las que trabajó a ser una colaboradora cada vez más libre en las últimas. Su vida periodística finalizó en *Semana*,donde fue colaboradora fija durante varios años. Enviaba a la revista un artículo semanal que preparaba en casa con medios bastante artesanales. En una mesa de trabajo colocaba las diapositivas que iba a comentar y del techo de su habitación colgaba una lámpara potente para verlas con detalle. Escribía luego el artículo a máquina y lo mandaba a la redacción o pasaban a recogerlo. No hay duda de que si su carrera se hubiera prolongado unas décadas más se habría incorporado al periodismo tecnológico y habría acarreado el ordenador portátil para enviar sus crónicas desde los hoteles o refugios en los que se encontraba. Probablemente sentada en la cama, como acostumbraba al trabajar en casa o en los hoteles en los que se alojaba.

Al tiempo que vivía en Madrid como una mujer moderna y de su época, aunque se acercara ya a los setenta años, Marichu frecuentaba la finca de «La Mata», donde organizaba fiestas y reuniones. «La Mata», supuso para ella no sólo un lugar físico, sino un espacio de libertad, unos pulmones adicionales desde los que respirar sosiego y autonomía. En cada etapa de su vida la finca representó un papel, y si a veces buscó allí su soledad o la de sus íntimos, en otros momentos organizó reuniones o actuó de gran matriarca para hijos y nietos.

«Mi abuela era liberal. Su falangismo no tuvo en ella una connotación extrema. Hay que tener en cuenta que en los años cuarenta no había otra cosa», afirma su nieta María Tellería. En su empeño por adaptarse a los tiempos, María Tellería revela que en el tramo final de su vida su abuela quiso aprender a navegar por Internet y a usar el ordenador, simplemente porque le parecía que si todo el mundo de su entorno utilizaba esta herramienta no podía mantenerse al margen. De hecho recibió unas cuantas clases de ordenador para dominar los secretos de Windows. Aunque una operación le dificultó la visión en los últimos tiempos, leía novela inglesa e histórica y, en la medida en que podía, la prensa nacional o la local. Tellería indica que esa capacidad de adaptación no se manifestaba sólo en aspectos profesionales, sino en la moda que vestía y hasta en la ropa de casa. A pesar de que algunas de sus amigas y colegas consideraban que era mujer más bien clásica en el vestir, con los años incrementó su debilidad por lo nuevo y las últimas tendencias de moda en su guardarropa. Le gustaba seducir, y hasta escandalizar. Tellería recuerda que en una época en que su abuela era ya una persona mayor, aunque bien cuidada, se aficionó a tomar el sol de vez en cuando en «La Mata» con un bikini de rayas de leopardo. Según la nieta, una de las diversiones de su abuela cuando vestía este modelo de bañador era observar las reacciones, miradas y expresiones que suscitaba en sus hijas y en sus yernos. Nada le hubiera encantado más, incluso, que alguno de sus yernos más serios hubiera comentado a su esposa si no era demasiado juvenil el atuendo de su madre, a fin de que la hija se atreviera a decírselo. Probablemente nadie lo hizo nunca, y eso desilusionó un poco a la niña traviesa que era a veces Marichu. Aunque, después de todo, ¿quién iba a contradecir en su propia casa a una mujer de su carácter?

Tenía mucho temple, evoca Juby Bustamante. En torno a los años setenta se produjo un incendio en la finca de «La Mata», al prenderse fuego la chimenea y propagarse las llamas por la casa. Marichu se encontraba allí y abandonó el edificio huyendo del fuego. Sus amigos y empleados salieron también precipitadamente

afuera. Todos lloraban al ver cómo las llamas se adueñaban de la vivienda. Menos Marichu, que no vertió ninguna lágrima. «Haremos la casa nueva, esta vez con calefacción», prometió en voz alta. Así fue. Es difícil saber si en ese incendio se llegaron a perder apuntes autobiográficos o cartas de importancia histórica. De haber guardado en su momento las de Ridruejo, tendría decenas de ellas. Lo más probable, sin embargo, es que se hubiera desprendido de parte de estas cartas y que sólo conservara algunas anotaciones personales. Las llamas sí destruyeron algunos libros, entre ellos una antología de cuentos de escritoras españolas en la que aparecía uno de Marichu de la Mora, junto con los de Carmen de Icaza y Pilar de Abia y otras autoras.

A pesar de haber sido una mujer adelantada a su época, fue en la democracia cuando Marichu de la Mora descubrió la plena libertad ya sin matices que otras mujeres más jóvenes que ella estrenaban sin miedos ni hipocresías. Debió de ser una época de balance. Sí, había sido libre, dentro de sus circunstancias, pero antes de decidir siempre había pensado en los demás. Había renunciado a muchas cosas que a las mujeres que empezaban a vivir en democracia ni se les podía pasar por la cabeza. ¿Cómo explicar a aquellas jóvenes mujeres que el adulterio femenino —pero no el masculino— había sido delito hasta 1978 y que constituía un atenuante para el marido si éste daba muerte a la infiel? Pero el tiempo, al menos parte de su tiempo, había pasado, y aun asumiéndolo, se resistía a perder el que le quedaba. Atraparlo y vivirlo exigía dotar de una nueva intensidad los años finales. En la medida en que pudo eso fue lo que hizo.

Cuando «La Mata» pasó a sus manos y los empleados empezaron a llamarla doña María, y no Marichu, se sintió a sus anchas, dispuesta a hacer mejoras e innovaciones. En los setenta se dejó de oír misa en la capilla, tal vez por los nuevos tiempos y la dificultad de que fuera algún párroco cercano a decir misa, tal vez por propio sentido práctico. Desde entonces se iba al pueblo de Sotosalbos a misa, generalmente los sábados por la noche. «Era religiosa, pero no tontorrona», señala Ángeles Villarta. «Iba a la misa del sábado noche y después, si se terciaba, se tomaba un

whisky», añade Villarta recordando algún fin de semana en que estuvo alojada en «La Mata». Creyente y religiosa sí, pero no entusiasta. De la muerte y su liturgia tampoco. La muerte no significaba nada. Sólo un tránsito. La vida sí. Plenamente.

Varias personas de su entorno aseguran que al menos en las elecciones del 82 votó a los socialistas, entusiasmada con los cambios que se avecinaban. El voto es secreto y sólo Adela, la empleada que la acompañaba y que la ayudaba a introducir las papeletas, podría confirmarlo o desmentirlo. Lo que parece cierto es que en aquella época le hubiera gustado conocer al joven Felipe González. Con quien sí se reencontró más tarde fue con su primo Jorge Semprún en la etapa en que era ministro de Cultura del Gobierno socialista. Semprún convocó a varias ramas del apellido Maura a una comida familiar al establecerse en España después de vivir tantos años fuera. Marichu de la Mora fue una de las primas del ministro que no se perdió el almuerzo. «La recuerdo muy viejita ya, y simpatiquísima», evoca Jorge Semprún.

Tuvo desde joven problemas de huesos y le gustaban los baños termales. Al agudizarse estos problemas, la movilidad quedó mermada. Pero sólo una rotura de cadera, y no la edad, motivó que dejara la vida activa y se recluyera en «La Mata». Aun así, organizó, con más de ochenta años, un viaje a la Expo 92 con algunas de sus amigas. «Se encargó de todo, ya que le gustaba llevar la voz cantante», evoca Ángeles Villalta. A edades más avanzadas viajó a Washington a ver a su hija Natalia, y con su nieta Regina Chapapietra se desplazó en tres ocasiones a Florida, la última en torno al año 2000, ya con noventa y tres años. La celebración de sus ochenta y nueve cumpleaños fue multitudinaria. Invitó a «La Mata» a personas de varias generaciones y de diversos círculos, desde un ex presidente de Gobierno hasta la cantante Alaska y otros amigos de su hijo Jaime. Durante esa época todo el mundo era aceptado en «La Mata», sin ideologías ni etiquetas. Eso sí, al final de su vida, cuando ya la movilidad era limitada, tenía que utilizar un coche eléctrico para trasladarse por la finca.

Recordar, ¿por qué no?

Sentía pudor a hablar de sí misma, y más si eran flaquezas y achaques. «Lo desagradable, el dolor, se eludía, no se tocaba», afirma María Tellería. «No se habló de enfermedades ni de muerte hasta que se estaba muriendo», añade la nieta periodista de Marichu de la Mora. «Mientras sucedían, sin embargo, se obviaban. Nadie supo de los dolores que tuvo en los últimos años. Ella amaba la fiesta, pasarlo bien, reunir a la gente a su alrededor», continúa. María Tellería observa que no se puede olvidar que su abuela vivió sus años de juventud en tiempos de la República. «Eso se notaba en sus actitudes, en su sentido de la libertad. Las mujeres cultas de su generación eran más libres que las educadas bajo el franquismo», sostiene. La autarquía, el mirar hacia dentro que propugnaba la dictadura franquista, impregnó la crianza de las nuevas generaciones. La costumbre de ir a Cambridge se interrumpió en la siguiente generación, la de sus hijos. Sin embargo, todos los hijos de Marichu tienen algo que recuerda a su madre: son viajeros y cosmopolitas y algunos son capaces de trasladarse de país para asistir a una ópera apreciada. Sus familiares y amigos opinan que la hija mayor de Marichu, Macarena Chávarri, baronesa de Grado, es bastante parecida a su madre en cuanto al humor, la ironía, el don de gentes y de mando y la sociabilidad, aunque no comparta su fondo político. Marichu de la Mora consideraba, por otra parte, que Natalia se parecía mucho a ella, aunque en mejor carácter, ya que, decía, no había heredado su mal genio. Su hijo menor, el cineasta Jaime Chávarri, encarna una línea algo más bohemia y menos convencional dentro de la familia. Con Jaime, Marichu de la Mora vivió momentos de gran complicidad en los años de la transición. Aunque algunos de los que la conocieron no sabrían decir quién de los dos era más joven y abierto en sus actitudes.

Nada nuevo en una familia liberal aunque generalmente conservadora, como la que engloba el apellido Maura. Un poco bohemio, aunque bastante señorito, era ya Honorio Maura; Julia

Maura tenía también su pose extravagante; Connie desconcertó con su *desviacionismo* político, doblemente iconoclasta y transgresor entonces por ser mujer, y hasta su hermano pequeño, Ignacio de la Mora Maura, fue lo bastante anticonvencional como para ser durante un tiempo boxeador. Ignacio sufrió de adolescente un accidente en Francia mientras asistía a un curso de verano, y cuando poco después decidió que no quería estudiar, se especuló si el golpe que sufrió entonces le habría dejado alguna secuela. Fuera lo que fuera, quiso boxear y así lo hizo. Sus herederos compartieron la heredad de Salamanca con Luli Bolín y sus hijos, los nietos de Constancia.

Al final de su vida, Marichu empezó a hablar de su juventud y de su pasado falangista con sus nietas. Rememorar el pasado más lejano al final de la vida no es algo inusual. Los balances realizados a edades tardías tienden a rescatar más el tiempo vivido en la adolescencia y la juventud que en los años inmediatos. Mientras se vive y se acumula experiencia, apenas hay tiempo para procesar y analizar: suceden tantas cosas, que unas se superponen a las otras y da la impresión de que el pasado se esfuma o se oculta. Tal vez algo de eso pudo ocurrirle a Marichu. Mientras seguía en activo, en los sesenta o en los setenta, su nuevo estilo de vida parecía haber sustituido plenamente al pasado. Pero en los años noventa, los recuerdos afloraban, el tiempo se había detenido. Por distintas razones, tanto María Tellería como Regina Chapapietra vivieron un tiempo con la abuela Marichu en «La Mata» y ocasionalmente viajaron con ella. En esas horas de vuelo, o en alguna tarde de invierno, junto a una copa, la abuela sí contaba aventuras que nunca había compartido antes con sus hijos. Las nietas la admiraban, le tiraban de la lengua, y Marichu, consciente del abismo histórico entre su tiempo y el de ellas, se apresuraba de un modo didáctico a entregarles sus vivencias. Entre consejos sobre la vida y anécdotas propias, Marichu de la Mora les entregó algún comentario político o alusiones históricas o personales. Como periodista, María Tellería intentó en una ocasión que su abuela volcara ante las cámaras, en un programa serio como «Documentos TV», la riqueza y versatilidad de

su vida, pero no lo logró. Poco antes se había emitido en el mismo espacio una entrevista con Mercedes Formica, grabada en sus años finales. A Marichu la impresionó el deterioro físico que mostraba la cámara de una mujer tan bella y exquisita como Formica, y más siendo ésta nueve años menor que ella. Tellería cree que fue la coquetería y no el deseo de ocultar su biografía lo que motivó la negativa de su abuela a ser grabada en televisión. Tanto Tellería como Chapaprieta creen que su abuela estaba en paz con su biografía y se sentía lo bastante segura de sí misma para hablar sin hipocresías de su propia historia. Una peripecia difícil de deslindar en algunos momentos de la historia de España. O dicho de otro modo: no se pueden separar sus vivencias, en especial las de su juventud y primera madurez, de las corrientes históricas que conformaron su tiempo, y, en concreto, de las trayectorias de algunos hombres y mujeres que, junto a ella, construyeron y protagonizaron esa porción de historia.

CAPÍTULO VIII

De todo me arrancaron

De todo me arrancaron.
Me dejan el destierro.
[…] Un día, tú, ya libre
de la mentira de ellos,
me buscarás. Entonces,
¿qué ha de decir un muerto?

LUIS CERNUDA,
«Un español habla de su tierra».

Una mujer con *allure*

«Volveré mañana con el corcel de Viento / Volveré. Y cuando vuelva, vosotros os estaréis yendo». Lo decía León Felipe, lo pensaba probablemente Constancia de la Mora. Pero sus sueños no se cumplieron. Hitler fue derrotado, pero Franco se quedó. No hubo manera de que las potencias mundiales vencedoras consideraran al Régimen español apéndice y bandera del fascismo vencido. Si en la guerra de España se habían amparado en la neutralidad, en el 45 miraron sencillamente a otro lado. Por unos días, tras la victoria aliada, el Régimen franquista quedó varado en la historia como un hecho anacrónico e intolerable. Pudo ser su fin, pero sobrevivió. Después de meses de aislamiento y penitencia, Estados Unidos

decidió que podría ser un buen peón en la partida de ajedrez que iba a librar contra la URSS: comenzaba la guerra fría. En consecuencia, el Régimen permaneció. Y Constancia se hundió en la incertidumbre, fundida ya para siempre con Cuernavaca. La historia, la grande y la minúscula historia tejida por las grandes potencias, la alejaba de su tierra. Sólo le quedaba la aventura estética, la melancolía de la belleza, el pulso cotidiano con la vida.

Como Cernuda, algunas tardes podía imaginar y presentir la incorruptible luz de Madrid antes del anochecer, las parameras y sierras de Guadarrama o el vaho azul de Barcelona. Sólo espejismos. Nunca los acariciaría de nuevo. A cambio, tenía toda la belleza del mundo en Acapatzingo; una belleza que algunos días le parecía inexplicablemente vacía… Como Cernuda, tenía derecho a gritar: «Ellos los vencedores / Caínes sempiternos, / de todo me arrancaron. / Me dejan el destierro». Pero podía añadir los versos más optimistas de León Felipe, presidente de la Unión de Intelectuales Españoles en México: «Mas yo te dejo mudo… ¡mudo! ¿Y cómo vas a recoger el trigo y alimentar el fuego si yo me llevo la canción?». Tendría que pasar algún tiempo para que los ganadores se dieran cuenta de que los vencidos se habían llevado la canción. De momento se empachaban de victoria. Lo descubrirían Dionisio Ridruejo, Lain Entralgo, Antonio Tovar y Torrente, al despertar del sueño fascista; lo anunciaría Carmen Laforet al elegir un poema de Juan Ramón para iniciar *Nada*; lo comprenderían Aranguren, y Valverde, y Tierno. Lo recordarían más tarde Josefina Aldecoa y Carmen Martín Gaite. Pero desenmascarar todo aquello requería tiempo. Y tiempo era lo que a Constancia iba a faltarle.

En 1945 seguía en la brecha y mantenía su activismo en la Junta Antifascista del Comité de Ayuda al Refugiado. Un año antes, en 1944, publicó, juntamente con la escritora Anna Seghers, un opúsculo en el que daban cuenta de sus actividades y repasaban la historia de la Junta Antifascista. Recordaban que los afortunados 15.000 refugiados españoles residentes en México sólo eran una pequeña fracción entre el medio millón forzado a abandonar su patria y sus hogares. La ocupación de Francia por los nazis había

complicado aún más el éxodo. Las autoras tenían la convicción de que, en los últimos veinte años, en Estados Unidos no había surgido un movimiento de simpatía tan fuerte como el que había despertado la causa republicana española. La Junta había nacido gracias a la solidaridad norteamericana y su labor se había extendido a Latinoamérica, Europa y África. Seghers y De la Mora ofrecían el importe recaudado desde diciembre de 1943 a mayo de 1944 (118.529,27 dólares) y su envío a México, Estados Unidos, Cuba, República Dominicana, España, Portugal, Suiza y países del norte de África, para emplearlo en becas escolares, hospitales, billetes de viaje, atención médica, etcétera. El fin de la segunda guerra mundial, con la vuelta de algunos exiliados españoles a Europa, junto al regreso de los refugiados centroeuropeos a sus respectivos países, amortiguó el papel de la Junta. Anna Seghers, escritora judía y eficaz colaboradora de Constancia, volvió a Berlín en 1947. Conocida por su novela *La séptima cruz*, Anna Seghers era, en realidad, el seudónimo de Netty Reiling, nacida en Mainz, en 1900, dentro de una acaudalada familia judía. Socialista de ideas, judía abierta a otras concepciones religiosas, Anna Seghers y su marido se exiliaron en los años treinta en Francia y en los cuarenta en México. Desde Francia, Anna Shegers asistió al Congreso de Escritores Antifascistas celebrado en España en 1937 y allí trabó relación con Constancia y con algunos de los intelectuales y escritores con los que coincidió más tarde en México. Pablo Neruda, cónsul general de Chile en México, le ofreció una comida de bienvenida a su llegada y la consideraba su «amiga del alma». «Anna Seghers: alemana, judía, comunista, escritora, mujer, madre. En cada una de estas palabras hay que pararse a reflexionar», dijo de ella Christa Wolf, poniendo la mirada en «tantas identidades contradictorias» y en «tantos ligamentos profundos y dolorosos». De Constancia podría decirse algo así: española, republicana, comunista, hija de la oligarquía conservadora, mujer, exiliada, madre, divorciada… Una figura llena de identidades contrapuestas, unidas entre sí de forma imprevista y dolorosa, como si se hubiera construido a sí misma. Es llamativo cómo Constancia, en realidad, no renunció a ninguna de sus

identidades, ni siquiera a su origen familiar. Incluso cuando reniega de su inoperante clase social, y de los privilegios que conlleva, jamás rompe afectivamente con sus padres ni con su abuelo Antonio Maura. En la carta de 1944 a su hija Luli, cuando ésta se encontraba aún en la Unión Soviética, Constancia afirmaba: «Mi familia, por supuesto, me sigue escribiendo y mandándome dinero todos los meses». Ese *por supuesto* indica que le parece normal, casi obligado, natural, dado que se trata de su familia. Es difícil saber si los padres de Constancia leyeron o conocieron a través de algún allegado *Doble esplendor*. Aunque sus hermanas sí lo acabaron leyendo, Regina cree que sus padres no llegaron a tenerlo en sus manos. En cualquier caso, y aunque haya algunas puyas incómodas, Constancia ataca a su familia desde un punto de vista político, pero mantiene, entre paréntesis, y de un modo no siempre perceptible, el vínculo sentimental.

Con el paso de los años, conforme avanzaba su fusión con México, acentuó su imagen bohemia. No se trata de que rebajara sus convicciones desde un punto de vista político o ideológico. Mantuvo los vínculos, pero su vida se fragmentó en distintos intereses. En parte era lógico: el exilio había dejado de ser una parada de urgencia para convertirse en un modo de vida. El destierro se prolongaba. El exilio se presentaba a la vez como abismo y como ruptura definitiva con la vida anterior. Consciente de que el destierro era su nueva patria, Constancia de la Mora desarrolló una actividad febril en los primeros años de su llegada a México. Formaba parte de varios comités y organizaciones de refugiados, como FOARE (Federación de Organizaciones de Ayuda a Refugiados Españoles), y sus lazos con la Unión Soviética eran vibrantes. Teresa Azcárate rememora una fiesta de homenaje a la Unión Soviética, tal vez de solidaridad con sus gentes y soldados, que contó con Constancia entre los promotores. «Recuerdo que los jóvenes trabajamos mucho. Las chicas que hacíamos de camareras nos vestimos de andaluzas o algo parecido», evoca Teresa Azcárate. «Lógicamente, Constancia estaba entre los organizadores. Lo suyo siempre fue mandar. Lo digo como virtud», añade. «Tenía *allure* (distinción) como dicen los franceses.

Una elegancia que se mezclaba a menudo con un toque de autoridad».

Con el tiempo, sin embargo, Constancia cedió protagonismo a otros exiliados. Su retiro en Cuernavaca la apartó de intrigas y conspiraciones, pero también la aisló de la militancia. En ocasiones fue el carácter o el personalismo de algunos líderes lo que la alejó de determinados círculos: su temperamento fuerte no casaba bien con papeles de subordinación. Si con Uribe no se entendió, con Emilia Elias, una maestra que aglutinaba la Unión de Mujeres Antifascistas, tampoco tenía mucho en común, aunque les uniera la misma causa. Mientras que Constancia sobresalía por su buen gusto y era «sumamente distinguida» a la vez que sobria, evoca Teresa Azcárate, Emilia se vestía mezclando colores y lazos por doquier. Aunque se trate de algo exterior que en nada cuestiona el trabajo de Elias, Teresa Azcárate piensa que era imposible que dos mujeres tan distintas pudieran entenderse. Aun así, Constancia perteneció a la UME y ayudó en lo que pudo. En cualquier caso, la combinación de todos estos factores humanos y políticos contribuyeron a que, al finalizar la segunda guerra mundial, el protagonismo político de Connie mermara y enfocara sus afanes hacia el arte y la vida privada.

En 1946 se publicó en Francia *Doble esplendor*, con el desgarrador título de *Fière Espagne*. Un título lleno de coraje que remite a la Carmen de Bizet y a la España romántica y valerosa presente en el imaginario francés. Connie viajó a París de forma expresa para concretar y alentar la traducción del texto. Lo tradujeron del español C. Dalsace y Lulú Viñes, esposa del pintor Hernando Viñes. El matrimonio Viñes había tratado en Madrid a Connie de la Mora e Ignacio Hidalgo de Cisneros, tal como éste relata en *Cambio de rumbo*. Fue lógico que quisieran colaborar en la edición francesa. *Fière Espagne* se publicó en ediciones Hier et Aujourd'hui, y el prólogo lo escribió Francis Jourdain, el padre de Lulú.

Connie siguió con entusiasmo la edición de su libro en Francia, pero no quedó contenta. Quién sabe si a la vez que sus memorias volvían a la imprenta y a las librerías francesas trataba de encontrar

un nuevo eslabón para regresar a Europa. Si fue así, tal vez fuera su último intento. Probablemente esos días de Francia estuvieron llenos de conversaciones y de esperanzadoras promesas. Por un tiempo había abandonado sus trenzas izadas sobre la cabeza y su cómoda ropa mexicana y volvía a ser la joven señora que años atrás residía en Roma o viajaba a la Costa Azul. Cuando regresaba a Europa se vestía al estilo burgués, incluyendo el sombrero si la ocasión lo requería. Probablemente el día que llamó a su primo Jorge Semprún para encontrarse en un hotel del barrio latino, cerca de Saint-Germain-des-Prés, donde ella se alojaba, no llevaba sombrero, o si se adornaba con uno, sería muy ligero. Hacía tiempo de verano, aunque Semprún no puede recordar si era el del 45 o el del 46. Lo que sí evoca es su imagen de mujer alta y bien vestida y su aire cosmopolita. «Era bien simpática y hablaba todos los idiomas. Estaba llena de esperanza, era de las que pensaba que Franco podría caer», evoca Semprún. «Pero estaba descontenta con el libro y obsesionada por Luli», matiza. «Era comunista, desde luego», y tal vez algo exaltada, pero «no de obediencia servil, iba un poco por libre», sostiene su primo. «Ciertamente, tenía el perfil idóneo para que los servicios secretos hubieran querido captarla: tenía clase y prestigio y era capaz de introducirse en cualquier ambiente», reflexiona Semprún. «Pero no parece probable que Connie estuviera interesada en ese juego», concluye. No se consideraba una pieza a mover. Semprún era un niño cuando escuchó hablar en España de su escandalosa prima Constancia. A pesar de que su padre, José María Semprún Gurrea, era republicano —de orientación liberal y católica—, nadie había ido tan lejos en la familia hasta entonces. Y mucho menos una mujer. Pero el tiempo había pasado velozmente en diez años: el padre de Semprún había servido como diplomático a la República en los Países Bajos y con el triunfo de Franco abandonó La Haya para refugiarse en París. El que luego pasaría a España con el nombre de Federico Sánchez tenía entonces quince años y su padre decidió que ingresara interno en el liceo Henri IV. Después vino la ocupación, la resistencia, el campo de concentración nazi. De golpe, en pocos años, la aventura

interior y exterior de Semprún había desbordado la metamorfosis de su escandalosa prima. Jorge Semprún había tejido ya su leyenda en suelo francés: era conocido como un rojo español, un *Rotspanier* en Buchenwald. Connie, republicana y comunista exiliada, debió de sentir una enorme curiosidad y complicidad ante aquel superviviente. Dos números uno frente a frente, dos identidades fuertes, carismáticas. Semprún apenas recuerda ya de qué hablaron. Aunque era un día de verano los recuerdos son ya niebla, no es fácil convocarlos en una tarde de mayo de 2004 en un salón del madrileño hotel «Wellington», sesenta años más tarde.

«Yo sentía vergüenza».

El encendido prólogo de Jourdain en la edición francesa de *Doble esplendor* revela el sentir de la izquierda del país vecino comprometida con la causa republicana. Jourdain evoca un artículo que había escrito unos cuarenta años antes sobre el atentado frustrado del anarquista Miguel Artal contra Antonio Maura: sus recuerdos de esa época afloran al tener delante las memorias de la nieta del jefe del partido conservador. Frente a ese mundo decadente que representa el pasado, encarnado en su propia familia, Connie salvará de algún modo a España y hallará la modernidad, viene a sugerir. A pesar de su posterior derrota, su causa sobrevivirá. Aquella niña afortunada que fue Constancia de la Mora, evoca el prologuista, logró despojarse del «velo que el privilegio y el prejuicio» habían puesto sobre sus ojos. «La historia de esta liberación es muy hermosa», escribe Jourdain. La singularidad de su autobiografía deriva de que «se desarrolla en el tiempo en que España toma conciencia de su servidumbre y la fuerza que le insufla su pasión por la libertad», sigue el prologuista, presentando a la autora como una heroína. Pero estas memorias descubren, al mismo tiempo, «la persistencia de los prejuicios, el anacronismo de una

clase social». Cuando Constancia descubre «la miseria que subyace en la razón de su bienestar», se siente incapaz de asumir sus antiguos privilegios. Ella se pasa AL «enemigo», subraya el prologuista. Jourdain cita la frase que determina el giro de Constancia cuando, a su vuelta de Londres, palpa la ignorancia de los campesinos de «La Mata» que sirven a su padre: «Yo sentía vergüenza», afirma ella. En definitiva, «Constancia», concluye Jourdain, narra «la vieja reacción camuflada bajo los gestos de la demagogia fascista; el abandono de la República, *la no intervención*, la innoble duplicidad de los gobiernos inglés y americanos». Saludado con elogios por los fieles comunistas y republicanos españoles, el libro no rompió del todo el frío abismo que representaba Francia frente a la calidez ya experimentada en México. Al volver a América, Constancia dejó atrás probablemente muchos cabos sueltos que ya no iba a poder soldar desde el otro lado del Atlántico.

No sólo publicó su libro en Francia, encrucijada de caminos para tantos exiliados, 1946 fue un año decisivo para Constancia, ya que al fin recuperó a su hija. Fue también el año en que se selló su definitivo alejamiento de Hidalgo de Cisneros. El general republicano volvió a Europa poco después de que Luli se reuniera con su madre. Algunos de sus amigos, como Conchita Mantecón, opinan que no se marchó por razones personales, sino cumpliendo órdenes del Partido. Para los refugiados menos próximos que ignoraban que estaban divorciados, la separación tuvo una carácter geográfico y no sentimental. Al despedirse, tal vez a Connie o a Hidalgo se les pasó vagamente la idea por la cabeza de que quizá no volverían a verse. Así fue. Pero no por el océano que los separaba, sino por algo fortuito que se les escapó en la despedida: la muerte como agente exterminador, como irrupción extemporánea en el ciclo vital. Estremece pensar que a Constancia apenas le quedaban ya cuatro años de vida. La muerte tal vez lo supiera; ellos no.

Teresa Azcárate asegura que encontró a Constancia de la Mora en París entre el 46 y el 47. No puede precisar más, asegura, por lo que no podemos confirmar si Semprún y Azcárate se refieren al mismo viaje a París y si los recuerdos de ambos podrían fundirse en

un único retrato de Constancia en ese momento de su vida. Parece bastante probable que fuera el mismo viaje a Francia y que esta estancia fuera más larga que una simple visita. Pero no se puede descartar que se tratara de dos viajes distintos y que Connie hubiera aprovechado los diversos encuentros con sus padres en Portugal para saltar a continuación a Francia en más de una ocasión. De cualquier modo, los recuerdos de Semprún y Teresa Azcárate se complementan. Si Jorge Semprún vio a su prima elegantemente vestida y con el porte social y el optimismo político que la caracterizaban, Teresa Azcárate guarda una imagen más intimista. Constancia la citó en su hotel, y Teresa apenas recuerda que hablaran de política. Recordaron el tiempo pasado en México y se adentraron en los cambios acaecidos en su vida personal.

Habían transcurrido ya varios años desde que Teresa abandonó México, en torno a 1942. Aunque su padre era socialista, Teresa siguió los pasos de su madre, Cruz Diz, comunista y colaboradora de Socorro Rojo Internacional con Tina Modotti durante la guerra civil española. Ya en México, Teresa fue designada por los dirigentes comunistas para pasar clandestinamente a Estados Unidos y hacer de enlace entre los exiliados que deseaban —o que debían— retornar a España o a Europa. ¿Qué hacían tantos hombres desperdigados por América cuando eran más necesarios en España o en los alrededores? Su vuelta era uno de los objetivos del Partido, y Teresa reunía condiciones para moverse en Estados Unidos. Era joven, sabía idiomas, y, por ser mujer, tenía una ventaja: si la descubrían no la mandarían al ejército o al frente, como habían hecho con otros comunistas varones. Se dice que algunos acabaron en el norte de África o fueron enrolados en las tropas aliadas. En cualquier caso, la clandestinidad desgasta y Azcárate pronto abandonó Estados Unidos y cruzó el Atlántico. Llegó a Francia como polizón en un barco en el que, naturalmente, contaba con la complicidad de parte del personal. «Me protegían y me mimaban dándome comida y dejándome salir de mi escondite cuando no había peligro», evoca. Azcárate estaba ya casada con Tomás García, destinado en Francia, y llegar a Europa suponía

reunirse con él, además de servir al Partido.

Su aventura había sido apasionante y Connie la escuchó con afecto, pero también ella tenía novedades. Le habló de una relación sentimental con un norteamericano algo mayor y, por lo que dijo de él, Teresa dedujo que tenía dinero y que era un hombre detallista y afable. Algo importante para una mujer del estilo de Connie, observa Teresa. Una mujer fuerte en todos los órdenes, pero necesitada en la intimidad de atenciones para compensar esa dureza. Aunque también cabe que la necesidad de mandar se prolongara en su mundo afectivo, hasta requerir un hombre amable y condescendiente. Azcárate la vio ilusionada con este nuevo amigo que aparece en otros testimonios, aunque nunca con un perfil definido como para pensar que constituyeran pareja. Probablemente mantuvieron sus mundos separados, aunque el norteamericano no fuera del todo ajeno a la ideología de Constancia ni a sus obsesiones. Si el otoñal galán que era Hidalgo de Cisneros había desaparecido de su vida, la llegada de este maduro amigo la ayudó, sin duda, a equilibrar la balanza de su soledad.

La llegada de Luli

Luli llegó a México a finales de 1945. Era una tímida chica larguirucha de una palidez lechosa que causó sorpresa entre los rostros atezados de la colonia española, curtidos ya por los soleados años de exilio en México, aunque en su origen tuvieran la piel tan blanca como ella. Su llegada estuvo precedida de cierta expectación. Además de haberla reclamado su madre, hasta su abuelo paterno realizó gestiones ante la Cruz Roja internacional en nombre de su hija para que la nieta se reuniera con los suyos. No era fácil que los niños salieran por entonces de la URSS y menos aún que, una vez fuera, se alejaran geográficamente de España. Aunque el final de la segunda guerra mundial facilitó la marcha de algunos de ellos. La

salida de Luli no fue excepcional: con ella abandonó la URSS rumbo a México una hija de Wenceslao Roces y Carmen Dorronsoro. Unos meses antes, Luli estuvo a punto de trasladarse a Italia, lo que hubiera supuesto un cambio sustancial en su vida. El hijo de un dirigente comunista italiano refugiado en la URSS se había enamorado de ella y le pidió que se casaran y que se marchara con ellos a Italia a su regreso, al desaparecer Mussolini. La carta de Connie en la que le decía a su hija que hiciera su voluntad y que aprobaba la relación si era de su agrado llegó tarde. Entre medias, los superiores y profesores de Luli le quitaron la idea de la cabeza: ella, argumentaban, se debía a España, y para ir a España se preparaba. Finalmente, Luli viajó a México. El encuentro entre madre e hija, aunque feliz, no careció de sorpresas. Eran casi dos desconocidas. Las dos habían cambiado, y para Luli, además, aquel escenario, tan alejado del paisaje y del modo de vida soviéticos, representó un choque un tanto brutal. La ausencia de su madre en su adolescencia cobraba ahora un poso de distancia. La mezcla de idealización y de lejanía que había tejido en torno a ella y la realidad que descubrió se contradecían. Su madre seguía siendo una figura imponente, y desde luego una mujer de izquierdas, pero el comedido y austero estilo soviético allí se desvanecía. No se trataba de que Constancia viviera de un modo desahogado. Su vida tenía la triste ambivalencia que rodea a los refugiados: muchas cosas escaseaban y a la vez otras sobraban ante la conciencia del destierro. Aunque México, al menos, atrapaba. Luli, por otra parte, había conocido ya la abundancia en su propia casa y en la de sus abuelos. Lo que reinaba en la vida de Constancia era un ambiente de estética barroca, exótica y abrumadora. El arte, la fascinación indígena y su éxito como escritora habían modificado el primer perfil puramente político de Connie. Del delirio ideológico, aún vigente, a la fascinación, en ocasiones febril, por lo exótico. Al contrario que los escritores y artistas comprometidos que un buen día se pasan a la política activa, Connie, sin dejar su identidad republicana, dirigía sus intereses hacia el arte. Amiga de María Asúnsolo, promotora de la galería de arte GAMA, Constancia le planteó en algún momento

unir textos y pintura y editar libros. Luli, además, vio que en aquella casa faltaba Ignacio Hidalgo de Cisneros, al que todavía denominaba «su adorable papi». Desde que su madre se casó con Ignacio, ella se acostumbró a llamarse Luli Hidalgo de Cisneros Mora. Así era conocida en la URSS durante el tiempo que vivió allí. No sabía que él vivía en otra casa. Fue una decepción enterarse de que se habían separado.

«No sé si usted sabe que yo llevé su apellido durante 14 años y que es el único padre que yo he tenido. Fue la única razón que me hizo volver a México en 1945, con la consiguiente decepción al descubrir que ya nada era lo mismo. Y no lo he vuelto a ver desde 1946». Así se expresaba Luli el 15 de julio de 1966 en una carta dirigida al sobrino del que había sido su padre, meses después de que el general Hidalgo de Cisneros falleciera. El sobrino, Hidalgo de Cisneros Alonso, que había asistido al sepelio de su tío en Bucarest y había visitado después el apartamento que habitaba, envió a Luli las cartas que de ella y de su madre encontró en la vivienda del general. Aunque Luli ya conocía la noticia de la muerte de Ignacio, al recibir la correspondencia, contestó a Hidalgo de Cisneros Alonso para agradecerle el envío de las cartas. «Siempre he conservado su recuerdo en mi corazón y me entristeció muchísimo saber la noticia de su muerte», añadió.

¿Por qué se habían separado? Luli debió de preguntárselo muchas veces. A no ser que su madre se lo explicara de forma expresa, es posible que no llegara a entenderlo. Tal vez ni siquiera Constancia pudiera decirle con franqueza la causa o la cadena de causas que los habían llevado a aquella situación. Razones había, desde luego. El principio del fin pudo ser efectivamente la relación de Ignacio con Deidée, la norteamericana que llegó a México para asistir a los cursos de verano de la UNAM y que luego pidió al general que le enseñara equitación. Aquellas clases fueron decisivas para el futuro de la pareja Hidalgo-De la Mora. Deidee regresó a Estados Unidos, más tarde se casó con un señor llamado Williams y fijó su residencia en Nueva York. Durante algún tiempo mandó felicitaciones de Navidad al matrimonio Mantecón y tal vez a

algunos otros vecinos de Veracruz, 56. Deidée no olvidaría fácilmente México. No podemos saber hasta qué punto su paso por Veracruz, 56 fue el episodio que hizo rebosar el agua de la paciencia de Connie o un eslabón más en su camino de desencuentros con Hidalgo de Cisneros.

En el entorno de Cuernavaca se atribuye a Hidalgo de Cisneros otra relación sentimental decisiva en el itinerario que le alejó de Constancia. Algunos residentes atribuyen a su amistad con una joven polaca del Comité Francés de Ayuda al Refugiado una de las razones que llevaron al general Hidalgo de Cisneros a Europa, y en concreto a Polonia. No obstante, parece exagerado pensar que Ignacio se afincó en Varsovia por esta causa, teniendo en cuenta que su vida pendía de las decisiones del PCE. Más bien parece que, así como el PCE tenía una misión para él en Europa, no reclamó a Constancia. No tenía sentido, por tanto, que ella lo siguiera, puesto que ya estaban separados. Por otra parte, Hidalgo de Cisneros contaba con otro buen motivo para viajar a la capital polaca, al residir allí su amigo Sánchez Arcas. Por si fuera poco, era lógico que Hidalgo de Cisneros se aficionara a Polonia, y en concreto a Zakopane, centro deportivo y punto de vacaciones para militantes necesitados de reposo. Hidalgo de Cisneros se encontraba allí cómodo y aprovechó las oportunidades que se le concedieron para pasar en Zakopane varias de sus vacaciones. Luis de Azcárate afirma con cierta malicia que algunos correligionarios bautizaron al general como *alcalde* de Zakopane por su identificación con el lugar y su carácter sociable. Era el estilo amable, algo desfasado pero irresistible de aquel hombre encantador que con la mejor de las sonrisas comentaba a sus dirigentes y amigos: «Como la URSS no hay nada, y para vivir es fabulosa, pero a mí, la verdad, no me va aquello». La disciplina para la aviación; en la vida, mejor algo de flexibilidad y un poco de hedonismo, pensaba el general.

Quizá simplemente rompieron por razones parecidas a las de cualquier pareja, y fue su condición de comunistas lo que impregnó de una pátina puritana su separación, no siempre asumida por su entorno. Acaso el exilio les hizo ver como en un espejo que sus

caminos divergían y que el tiempo pasado juntos fue sólo algo excepcional, una realidad no hecha para el sostenido y pequeño esfuerzo de lo cotidiano. Tal vez las supuestas y llamativas conquistas amorosas de él en México fueran consecuencia de haberse separado y no la causa inicial de su distanciamiento. Por fin Ignacio Hidalgo de Cisneros y José Castejón se fundían en una sola identidad, sin hipocresías. En cualquier caso, el estupor contribuyó a que Luli madurara aprisa y se desenvolviera de un modo autónomo en unos pocos meses. Probablemente Connie estaba también perpleja. Luli se alejaba. Quizá se preguntara alguna vez si había hecho bien en mandar a su hija a la Unión Soviética, aunque es probable que concluyera que no había tenido otra opción para salvaguardarla de los peligros de la guerra; seguramente pensó que había hecho lo mejor que podía hacer. Lo cierto es que Connie ya no recuperó a Luli del todo. La muchacha se enamoró de Severiano Caraballo, al que inicialmente consideraban el lechero, al encargarse él de abastecerlos de este producto en Cuernavaca. En realidad, Severiano era hijo de una joven de tez oscura y del dueño del rancho en el que su madre trabajaba. A los seis meses de llegar a México, Luli se casó con él. Educada sin prejuicios, amante de la lectura y desprendida, a Luli ni se le pasó por la cabeza que tuviera que renunciar a Severiano ni que las diferencias culturales representaran un abismo. Hay que tener en cuenta que Luli aún no había cumplido los veinte años y que Caraballo rondaba ya los treinta. A su madre la desconcertó aquella precipitada boda, pero ni tenía argumentos serios para contrariar a su hija ni, desde luego, se opuso. ¿Iba a ser ella, la hija transgresora, una madre autoritaria? No, no podía, pero algo más que un nudo debió de atravesar su corazón el día que se casó su hija. «Ha sido su elección, no la mía», confesó a sus amigas. No se puede ser más expresiva con menos palabras. A Hidalgo tampoco le convencía aquel matrimonio, ni aprobó la apuesta sentimental de Luli, pero tampoco intervino. ¿Qué podía hacer él, tan poco dogmático para la vida diaria, sino ironizar sobre las complicadas obligaciones maternales en las que se involucraba Luli de golpe siendo aún tan joven?

La boda facilitó que el padre de Severiano respaldara más al hijo en el negocio familiar y que éste obtuviera más responsabilidades. Pronto tuvieron su propio rancho. Cuando la pareja estableció contacto con la familia española, Severiano entendió el origen relevante de su esposa. Desde el punto de vista económico su padre no se quedó atrás y ofreció recursos al hijo y a su nueva familia. Aquel amor entre la joven española recién llegada de la Unión Soviética, hija de la que ya era una celebridad política entre los refugiados, y el atractivo ranchero fue apartando a Luli de los afanes políticos de su madre. Y de algún modo la arrancó de su propio mundo. Luli no se dedicó a traducir ruso, como quería Connie. Eladia Lozano recuerda que en una ocasión alguien le pidió que escribiera una carta en ruso y se negó. Tampoco utilizó las otras lenguas extranjeras que conocía, algunas, como la alemana, aprendida a través de una institutriz de esa nacionalidad. Aunque amaba los libros y trató de que a Severiano le gustara leer, los ocho hijos que fueron llegando no dejaban resquicios para escaparse de la realidad. Por otra parte, el peso del rancho recayó muy pronto en el joven matrimonio, aunque tuviera servicio y ayuda. Luis Azcárate oyó decir en México que Luli trasladó algunos de los formalismos de la casa de sus abuelos a su hogar y que trató de poner cofia a las indias que empleaba a su servicio, lo que, según él, resultaba algo exótico. Pero Luli, además, puso especial énfasis en cuidar personalmente a sus hijos. Influyó su generosidad y la herida latente de la escasa dedicación que le había prestado su madre durante su crianza, acostumbrada, a su vez, por cuna, a contar con niñeras durante su propia infancia. En el caso de Connie no se trataba de disponer de *nurses* para brillar en sociedad como sus antepasadas, sino para trabajar y asumir responsabilidades públicas. Lourdes Caraballo, la nieta mayor de Constancia, reconoce que, a pesar de ser bastantes diferentes entre sí, las hermanas De la Mora han sido mujeres de temperamento fuerte. Por su educación y en parte por ese fuerte carácter, las unía cierta tendencia a mostrarse secas o a escatimar las expresiones de afecto, aunque con los años Marichu y Piti consiguieron una mayor espontaneidad que su abuela

Constancia no tuvo tiempo de conquistar del todo. Esa severidad formaba parte de la cultura de su tiempo, en la que a los hijos se los criaban las nurses. Luli tenía ante sí otro escenario, recordaba con tristeza la ausencia de su madre en su adolescencia y no siguió la tradición familiar. Su educación igualitaria en la Unión Soviética le daba cierto margen de autosuficiencia doméstica. Luli consideraba positiva su estancia en la URSS. Había sido allí una niña feliz, educada en la cultura española y tutelada por Dolores Ibárruri en algún período. Mercedes Formica se asombra en sus memorias de que Luli, educada en Rusia desde los nueve años, supiera canciones populares españolas. La abogada y escritora cuenta que Maruchi llevó a su sobrina, de visita en Madrid para ver a sus abuelos, a una excursión en la que coincidió con Formica y otras falangistas, y que Luli no se quedó muda cuando se lanzaron a cantar «*Ya se murió el burro / el de la vinagre/ya se lo lleva Dios / de este mundo miserable*». Sorprendidas, las falangistas le preguntaron dónde lo había aprendido, y la muchacha, tranquilamente, dijo que se lo había enseñado Dolores (la Pasionaria). En otra ocasión, durante una reunión familiar en una finca de Ávila, alguno de sus primos le preguntó por su experiencia en la Unión Soviética, y Luli poco menos, dicen los testigos, se echó a llorar. Tal vez aquél no era el contexto para hablar de sus recuerdos; quizá le vino a la memoria algo emotivo; acaso no encontró una intimidad y complicidad suficientes para confiarse entre tanta gente. Su hija Lourdes asegura que su madre guardaba un recuerdo feliz de su estancia en la Unión Soviética. Lo que no aminora el trauma de haber estado separada tanto tiempo de sus padres y las calamidades que tuviera que soportar durante la Segunda Guerra Mundial. Con tantas vivencias y tan diversas influencias no es extraño que Luli se habituara a ser tolerante y un poco camaleónica. Expuesta a doctrinas opuestas, podía haber caído en la confusión, pero optó por una actitud ecléctica y prudente de conciliar extremos. Si Constancia era una mezcla de rigor y entusiasmo, Luli encarnó la flexibilidad y la devoción a la familia. Gracias a estas cualidades pudo adaptarse con facilidad al rancho y a su nueva vida.

Más allá del contacto, ya escaso, que Constancia e Ignacio mantuvieron cuando él marchó de México, Luli y el que a todas luces consideraba su padre se escribieron de forma regular. Poco después de llegar a Europa, Ignacio Hidalgo de Cisneros se instaló en Varsòvia. Su amigo Manuel Sánchez Arcas, destinado como encargado de negocios extranjeros en la capital polaca, reclamó su presencia y sus consejos. No hay que olvidar que Polonia formó parte de los países reacios a reconocer la España de Franco y leal a la República. El contacto con la familia Sánchez Arcas fue intenso; a menudo almorzaba o cenaba con ellos y les contaba sus aventuras empresariales en México. Por aquel tiempo, además de asesorar en asuntos militares a Sánchez Arcas, Hidalgo de Cisneros se encontraba a disposición del PCE en el exilio para cualquier misión que le encomendasen. Debido a su condición de militar, sus superiores le encargaban estrategias de cara al Ejército español o le pedían que sondeara a través de sus hermanos o conocidos el estado anímico de sus antiguos compañeros. A menudo hacía escapadas a París y sólo ocasionalmente asesoró a los países satélite de la Unión Soviética en los que se hospedaba en cuestiones de aeronáutica, pero nunca se vinculó a sus respectivos ejércitos. Otros generales españoles, como Antonio Cordón, sí se integraron en la Academia Militar y en el Estado Mayor soviético. Hidalgo descartó entonces esa opción por considerarse «hombre de Occidente». Con Antonio Cordón y su familia coincidió algunos veranos en Polonia. Teresa Cordón, hija del general, recuerda que lo conoció en el verano del 48 o el 49. «Era dandi, altóte, caminaba con la espalda erguida, la dentadura perfecta», evoca. Naturalmente, hacía honor a su leyenda y era galante. «Iba arreglado pero no a la moda, ni de estreno», añade. En una ocasión que le comentaron lo bien que le quedaba un traje confesó que era una adaptación del uniforme de aviador. Le había quitado los galones y apañado un poco para camuflarlo de traje civil. Teresa Cordón no recuerda que hubiera rehecho su vida ni que tuviera pareja. «En Polonia vivía solo en un cuartito. En una ocasión le vi prepararse él mismo unos huevos fritos», rememora.

Cuando regresó a Europa, pensaba que el Régimen franquista

tenía los días contados. Al reafirmarse Franco, en 1949 se planteó volver a México, «donde la vida siempre es más fácil», confesó en una carta a su hermano Paco. No tenía medios económicos ni un trabajo definido y la vuelta a México no estaba descartada. Finalmente no lo hizo. Al parecer, desde que Cárdenas dejó el poder, los refugiados ya no contaban con tantas facilidades para acceder al país. Por otra parte, no sabemos si la muerte de Connie, a primeros de 1950, entorpeció indirectamente su vuelta. Hidalgo de Cisneros siguió entre Polonia y Rumania, con pequeños viajes a París donde se relajaba mentalmente, aunque su clima perjudicara a sus pulmones.

En julio de 1948, al menos, se encontraba en París. En aquellos días, la capital francesa rebosaba de diplomáticos, al celebrarse con carácter excepcional la Asamblea General de la ONU. Militantes de los derechos humanos, políticos y traductores se habían dado cita en París. Aquel caballero otoñal que era ya el general acompañaba en ese tiempo a una de las intérpretes de la Asamblea, evoca Luis de Azcárate. Una gripe incisiva diezmó durante unos días los equipos de traductores y Azcárate y algunos otros jóvenes con idiomas que merodeaban por allí encontraron un trabajo inesperado: sustituir a los intérpretes enfermos. A Luis de Azcárate aquella gripe colectiva le reportó experiencia y ganancias nada despreciables en aquellos años.

No era infrecuente que Hidalgo de Cisneros viajara a París por los más diversos motivos. Solía alojarse en el hotel Kensington, o en casas de amigos. A menudo se registraba con el nombre de José Castejón. Entre las notas y cartas del general depositadas en el Archivo del PCE permanece una invitación del embajador de Polonia en París fechada el 22 de julio de 1949 para asistir a una recepción en la sede diplomática. Se guardan, asimismo, dos agendas telefónicas que repiten prácticamente los mismos nombres y direcciones. La mayoría son asimismo amigos de Connie. Abriéndolas al azar, aparecen entre otros los teléfonos y direcciones de entonces de Negrín, Anna Seghers (en Berlín), Isabel Palència (en Estados Unidos), Jay Allen, Miguel Maura en Pau… Y

curiosamente una dirección francesa de Connie: 130 Boulevard Murat. A no ser que sea una clave u otra, Connie podría referirse a una dirección de paso de su esposa o incluso indicar que la pareja se encontró alguna vez en París estando él ya en Europa. Quizá tenga relación con la visita de Connie a París con motivo de la publicación de su libro, en 1946, cuando él también acababa de llegar al continente.

Más tarde, en los cincuenta, Hidalgo se instaló de forma permanente en Bucarest y formó parte del equipo de Radio Pirenaica. En esos años de soledad, el general español tuvo tiempo de reflexionar sobre su presente y su inmediato pasado. Aunque no le gustaba mucho recapitular ni mirar hacia atrás. Lo mismo le sucedía a su cuñada, Marichu de la Mora. Curiosamente, ambos compartían una cierta ligereza ante la vida, tomada a menudo como juego, aunque sin despojarla de su necesaria seriedad en los momentos justos. Hidalgo de Cisneros y Marichu de la Mora, seductores y conversadores natos, ocurrentes e ingeniosos, podrían haberse entendido bien. El abismo ideológico que los separaba en la preguerra hizo imposible que la chispa de la amistad surgiera entre ambos. Paradójicamente, con Connie, Hidalgo compartía una idéntica visión del mundo, pero en los pequeños placeres y en el trato continuado, la aridez y el sentido del deber de ella oscurecían a veces la felicidad de cada día. Hidalgo de Cisneros estuvo lo bastante solo en Europa para evocar su vida en México y volverla del revés y del derecho. Tuvo tiempo para recordar a Connie, siempre activa, incansable, organizando, dando órdenes… Palmira Arnáiz, hermana de Aurora, con la que coincidió en Bucarest, trató de que le contara sus aventuras amorosas, pero no lo consiguió. Aunque Arnáiz oyó hablar de otras mujeres y de algunas de sus acompañantes en Rumania, no les atribuye una entidad concreta. «El general se quedó solo», sintetiza. En consecuencia, Palmira sólo lo relaciona abiertamente con Connie. Con ella trabajó en Valencia y Barcelona durante la guerra de España Palmira Arnáiz. «Yo dependía de la Secretaría de Cultura de las Juventudes Socialistas Unificadas y, como éramos jóvenes, trabajábamos mucho. Colaboré

con Constancia en Valencia y Barcelona. Recuerdo que era esbelta y muy estricta», evoca. Palmira se exilió primero en la URSS, donde coincidió con Luli, y luego en Rumania, aunque ahora vive en Madrid. Una de las imágenes que le quedó grabada y que aparece mezclada con otras muchas es que, al marcharse a México, Luli dejó una colección de botes y de tazas de té en la habitación donde se alojaba.

Poco después de tener a su segunda hija, a la que llamó Constancia Caraballo Bolín, Luli escribió a Hidalgo de Cisneros a la dirección de Varsovia desde la que él le había remitido una postal. En este texto, escrito en un animado tono familiar, se filtra el gran afecto que sentía Luli por el ex marido de su madre:

> Queridísimo papi: Creo que no te imaginas bien la alegría que me das cada vez que recibo alguna letra tuya, porque de lo contrario estoy segura de que procurarías escribirme más a menudo. Pero en fin, no me quejo porque ya sé lo que eres escribiendo y sí te agradezco infinitamente la tarjeta que me mandas desde Polonia. […] No sé si sabrás que eres abuelo por segunda vez de otra hermosa criatura (4 kilos al nacer a pesar de tu incredulidad) del género femenino. Comprendo que esto quizá te decepcione, pero te conformarás como su padre lo ha hecho, pues están tan hermosas y monas las niñas que da gusto verlas. Aunque sé que a ti no te da gusto ver ningún niño, pero en fin. Lulita, la mayor, no tiene más que año y medio pero hay que verla subida en un caballo. […] Y Constancia, la chiquita, no tiene más que tres meses y medio pero en mi vida he visto una cosa más tranquila. […] Todo esto gracias (ya sé que está mal que yo me pondere, pero no tengo más remedio porque el mérito es auténticamente mío) al cuidado que tengo continuamente con las niñas para que sean sanas y fuertes […] y para que al mismo tiempo uno también pueda disfrutar de la vida sin amargársela con niños malcriados. Como que estoy empezando a pensar que yo nací para ser madre de familia. ¿Tú qué crees?
>
> Todo esto no quiere decir que no me interese por lo que está pasando en el mundo, lo que pasa es que creo que estas cosas de familia te serán más interesantes por lo desconocidas […]. Cuando estuve en México esperando mi entrada al Sanatorio […] estaba en casa de los Mantecones, que son un encanto. Ya me enseñaron la carta que enviaste al niño de Roces… Lo pasé muy bien con ellos y estoy convencida que no hubiera estado mejor, en las condiciones que estaba, en ningún otro

sitio. […]. Estos días estoy sola porque Severiano se tuvo que ir a Colima a arreglar un asunto […]. Así que tengo todo el rancho a mi cargo. […] Ahora tenemos el negocio de la leche, otro rancho con cabras y también tenemos gladiolos (¿te acuerdas de esa flor?) y otras cosas propias del lugar. […] Por la tarjeta veo que estás en un lugar muy simpático. No dejes de saludar a Sánchez Arcas y familia de mi parte, pues me acuerdo mucho de ellos. […] Tengo algunas fotografías que les hicieron Maruja y Fernando a las niñas y que me gustaría mandarte, pero como no sé hasta cuándo vas a estar ahí prefiero que tú me digas a qué dirección quieres que te la mande. […] Mil cariños, Luli [firma].

Un año y medio después de esta carta, el matrimonio Caraballo vendió el rancho de Cuernavaca y se trasladó a Colima con las dos niñas. Allí Severiano adquirió otro rancho de mayor extensión y amplió el negocio. Este traslado implicaba una distancia no sólo física con su madre, ya que el trato dejaba de ser asiduo. El cambio se efectuó poco antes de que Constancia de la Mora viajara a Yucatán y a Guatemala. Dos semanas después de la mudanza, en plena adaptación a su nuevo hogar, a Luli le avisaron de algo terrible: su madre acababa de morir en Periajachel (Guatemala).

La mansión de los alacranes

El arquitecto Rodolfo Ayala construyó para Constancia de la Mora una casa de ensueño en la que vertió su estética cinematográfica y desafiante. Era una casa grande, sin apenas puertas, rodeada de un jardín hermoso, pero salvaje. Constancia invirtió en esta casa buena parte de los derechos obtenidos por *Doble esplendor*. Juntos, arquitecto y propietaria, la decoraron como si formaran un equipo de interioristas eficaces. Tenía algunas obras de muralistas mexicanos, como David Alfaro Xiqueiros, mucha artesanía y cierta humildad de materiales. Ayala y ella los habían elegido en los poblados y en los ranchos deshabitados. La visión de la casa sorprendía, pero no todo en ella era amable. De vez en cuando, el

lugar aparecía asaltado por alacranes, que encontraban natural aquel hábitat. A Constancia no le importaba, o al menos se acostumbró a ellos. En algunas tardes, la melancolía se adentraba en aquella soledad sólo rota por la cercanía de los alacranes. Era sólo un instante. No se permitía demasiadas nostalgias. Su actividad era lo suficiente densa como para pensar en estupideces y chaladuras. Pero en esos momentos vacíos en los que pactaba con alguna melancolía y rescataba el pasado podría haber sentido algo parecido a lo que movió a Juan Ramón a escribir: «En esta luz estás tú, / pero no sé dónde estás, / no sé dónde está esta luz». Ignacio, España, Luli, sus padres… Había tantos motivos para la nostalgia… Un pensamiento roto, quizá, por el movimiento fugaz, imperceptible y sinuoso de uno de sus afilados y diminutos intrusos, los alacranes. Un movimiento suficiente para que su pensamiento se detuviera y, paradójicamente, recobrara la calma. Una compañía minúscula para volver a la realidad. A fin de cuentas, bastaba mirar afuera para encontrarse de golpe con la luz, al menos aquella luz aplastante, cálida y exterior de Cuernavaca.

Algunas noches soñaba con la finca de «La Mata». Con sus largos veranos, como el de 1920, en el que pasó todo julio en la finca. Por las mañanas daban clases y hacían labor dos horas, luego jugaban o montaban a caballo. Por las tardes jugaban al tenis. Se lo contaban en largas cartas a sus abuelos, Antonio Maura y Constancia Gamazo, que pasaban el verano en el balneario de Corconte. Aquel verano, Marichu creció y engordó bastante, unos cincuenta kilos, le escribió Constancia a los abuelos. Todas engordaban en «La Mata», a excepción de Piti, que se mantenía «por el estilo». Algunas veces las hermanas De la Mora decidían ir a las Navas de Riofrío a confesarse, pero eso sí, necesitaban que las llevara el chófer, y a veces éste, solicitado para otros menesteres, no llegaba a tiempo para ellas. En agosto, la familia se marchaba al norte. La madre, con Marichu, Piti, Teresa y el pequeño Ignacio, iban a San Juan de Luz, donde los acompañaba don Germán durante algunos días antes de volverse a Madrid. Connie se quedaba en Fuenterrabía con las hijas de tío Paco, pintor y hermano del

abuelo. Al haber bastante diferencia de edad entre don Antonio y su hermano, Connie hacía buenas migas con las hijas de tío Paco, sobre todo con Susana, más o menos de sus años. La familia de tío Paco tiraba a bohemia y Constancia percibía algo más de libertad. Con Susana no paraba de montar en bicicleta por los alrededores y apenas las controlaban: no estaban aún en edad de novios y tampoco eran niñas, así que vivían sus catorce años a conciencia. Ese verano descubrió, además, que tío Paco, el hermano del abuelo, era antimonárquico. Criticaba sin disimulo a Alfonso XIII y decía que no paraba de darle disgustos a su hermano. Pero ¿no eran el rey y el abuelo amigos, no le agradecía reiteradamente sus servicios? Qué lejos estaba entonces para ella la política. Fuenterrabía, San Juan de Luz… A menudo pasaba allí el día de su santo, el 19 de septiembre. Añoraba estos lugares porque representaban su infancia. Se recreaba en ellos al igual que se añora ese helado de limón asociado al verano, o el rincón secreto compartido con las mejores amigas del colegio, o la primera carta de amor. A Constancia se la había mandado por primera vez un niño que se llamaba Pedro. El chico la hizo sufrir un poco aquel verano porque ella creía que quien le gustaba era Susana. Después, cuando supo que era ella quien le interesaba, dejó de preocuparse. Ese verano, además, evocaba Constancia, fue más largo que los demás: sus padres salieron hacia Berlín para que don Germán se tratara del estómago y las niñas volvieron a «La Mata» para pasar allí parte del otoño. La casa de Madrid la habían cerrado. Un día apareció por allí el abuelo, don Antonio. Hacía mucho aire ese día y Marichu y ella, que estaban jugando, se sentaron junto a la chimenea con don Antonio. Fuera de su despacho, el abuelo parecía otro. Hablaron del campo, de los prados, de la caza. Don Antonio era buen cazador, pero en las épocas de veda pintaba a la acuarela los paisajes campestres que tan bien conocía. Las niñas aguantaron en «La Mata» hasta bien entrado el otoño. Pero cuando llegó el frío volvieron a Madrid con el servicio que las acompañaba. Los abuelos les ordenaron que regresaran, y Constancia y sus hermanas obedecieron y les rogaron que avisaran a Paca, la doncella, para que tuviera todo preparado. En Madrid siguieron hasta que, en Navidad,

sus padres, todavía en Berlín, pidieron que una institutriz acompañara a las mayores a Alemania para reunirse con ellos. Allí supo quién era Rosa Luxemburgo, sin pensar en las concomitancias de esa mujer legendaria con el rumbo que tomaría su vida. Un rumbo que en realidad se inició ese mismo año de 1920, al pisar por primera vez el internado inglés de Saint Mary… Pero ¿por qué se filtraban estos recuerdos en sus apacibles noches de Cuernavaca? ¿Los había vivido ella en realidad? ¿O era ahora cuando soñaba? ¿Qué era más irreal, su exilio en Cuernavaca o sus olvidados días de adolescente que no podía dar un paso sin una doncella? ¿No era ya otra la mujer que habitaba en Acapatzingo? ¿No habían quedado atrás los veranos en el norte y las escapadas a «La Mata»? Pero entonces, ¿por qué a veces, para espantar la momentánea e inesperada soledad de un día pleno o el desfallecimiento ante una inexplicable e injustificada sensación de vacío, rememoraba sus veranos adolescentes en «La Mata» y Fuenterrabía? ¿Por qué de vez en cuando, a pesar de su envidiable altura, se sentía tan pequeña como cuando apenas ocupaba algo más de un palmo ovillada en aquella formidable cama estilo Luis XV en la que creció?

El arte la unió a Ayala y se hicieron íntimos. El arquitecto, aun apodándose *el Loco*, le dio mucha compañía y serenidad a Constancia. Sin llegar a ser pareja, algo de amor hubo entre ellos, sobre todo si no vinculamos este sentimiento necesariamente al ejercicio del sexo. Si es posible enamorarse del alma sin desear sexualmente al otro, Constancia y Ayala crearon una amistad amorosa singular. Pero Ayala no fue la única relación masculina que Constancia cultivó en los últimos años de su vida. Si el arquitecto, dada su orientación sexual, fue más bien un amoroso *chevalier servant*, según aclara Lourdes Caraballo Bolín, a Constancia la ayudó a paliar la rutina aquel romance con un norteamericano algo maduro con el que salía de vez en cuando. Lourdes escuchó en su casa hablar del americano, pero no sabe detalles. Eladia Lozano recuerda que se habló que el norteamericano estaba en el grupo de amigos que viajaban por Guatemala cuando Connie sufrió el accidente. Este extremo no se ha confirmado.

De ninguna manera se recluyó en Cuernavaca. Constancia de la Mora recibía en su casa a muchos de sus amigos y refugiados. Una de sus amigas, enamorada también del paisaje de Cuernavaca, fue María Asúnsolo. Musa de Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros, Asúnsolo brilló en el México de los cuarenta y los cincuenta y fue una interlocutora interesante para Pablo Neruda y otros poetas. Mantenía relaciones fluidas con muchos miembros del Gobierno, sin pertenecer a ningún partido, y apoyaba a los artistas jóvenes. Su casa, en los Jardines del Pedregal de San Ángel, era uno de los centros artísticos de la capital. Activa antifascista, confluyó con Constancia por el lado humanitario, en especial la ayuda a los presos, y el artístico: alentaron el proyecto de crear conjuntamente libros de arte, pero la idea no cuajó finalmente. De Asúnsolo se cuenta una anécdota que parece retratarla, sin agotar su personalidad poliédrica: a finales de los cincuenta, Roberto Berdecio convocó a sus amigos en casa y les mostró un gran dibujo en sepia de tamaño natural de María Asúnsolo, desnuda, sentada en un sillón en una postura en escorzo. Uno de los invitados, al parecer Emilio *el Indio* Fernández, hizo un comentario machista en voz alta: «Muy bonito, pero le hiciste el favor a María». La retratada estaba allí y enrojeció. A continuación entró en otra habitación, se desvistió, volvió al salón lleno de invitados y sin decir palabra se sentó desnuda en el sillón en que había posado adoptando idéntica postura. Después de unos minutos de permanecer allí acaparando las miradas de los presentes, se levantó y poco después regresó vestida. Se cuenta que uno de los asistentes, Juan de la Cabada, apostilló: «¡Así se callan los pendejos!». Decidida, transparente y sin prejuicios, Asúnsolo se encontraba entonces en la cuarentena. A Constancia la conoció en la década anterior, cuando quizá fuera más idealista y estuviera menos curtida. En aquellos tiempos, algunos escritores la definían como un ángel libre y ligero. Sin duda era una mujer enigmática. Parte de su grupo de amigos, todos ellos progresistas y audaces, acogieron a Connie y la ayudaron en su activismo sin compartir necesariamente su militancia. Una mujer mentalmente refinada como Constancia debió de sentirse cómoda en medio del rebullir de aquellos

mexicanos vanguardistas que aceptaron como hermanos a los refugiados más cosmopolitas. Algunos de estos refugiados recalaron también en los alrededores de Cuernavaca. Constancia hubiera encontrado demasiado opaca y gris la España de Franco después de emborracharse de tanto colorido. Ni siquiera su hermana falangista, Marichu, se sentía del todo libre en aquella España en la que habían triunfado los suyos. Hasta ella tuvo que notar que la entonces inapreciable libertad que respiraba en su juventud se había esfumado. En cierto modo, Constancia fue más afortunada. Al igual que otros exiliados, se había llevado la canción. Pero qué pena no ver ya más «La Mata», ni Zarauz, ni el Prado. Aunque qué consuelo levantarse cada día y sentir el calor de Cuernavaca en los pies, en las manos y en la cara. ¿Quién le iba a decir que el destierro y el paraíso acabarían siendo lo mismo? Es decir, las dos cosas, con su cara y su cruz fundidos. Con el tiempo, Asúnsolo se retiraría también a Cuernavaca, cuando ya Constancia había desaparecido de este mundo, libre ya de la compañía de los dorados alacranes.

Además de la relación con los artistas mexicanos y los refugiados europeos de Cuernavaca, Connie mantuvo su amistad fraternal con los Mantecón y el grupo inicial de Veracruz, 56. Aunque Cuernavaca la retenía con fuerza, no dejaba de ir a los acontecimientos políticos y culturales de la capital que juzgaba importantes. Cuando México reconoció la República como único Gobierno de España en 1947 y los refugiados se congregaron para celebrarlo, allí estaba Constancia, recuerda el azañista Juan Carlos Climent, de Izquierda Republicana. Fue un gesto de aliento simbólico. El Gobierno republicano se mantuvo hasta 1977, en que México aceptó a la nueva monarquía parlamentaria española. En mayo del 49, además, Constancia interrumpió por un tiempo su retiro en Cuernavaca y se trasladó a vivir durante dos meses al piso de los Mantecón. Quería vivir un tiempo en la capital para activar su libro sobre la emigración. Los viajes a Guatemala y la búsqueda de objetos de arte y de ropa artesanal que algunas de sus amistades le encargaban fueron otras de sus ocupaciones. En el fondo, algo parecido a lo que hacía cuando entró en contacto con Zenobia y

Arte Popular Español.

El último viaje a Guatemala se produjo a finales de 1949. Su largo cuerpo volvió a casa en avión, y Ayala y sus amigos la depositaron en una mesa inundada de flores. «Poco después de las cinco salió el cortejo. Comenzamos a sacar las flores que cubrían el féretro y el suelo, y se repartieron entre los amigos que partían hacia el pequeño cementerio de Acapatzingo», le escribe Pablo Neruda a Hidalgo de Cisneros el miércoles 1 de febrero, relatándole lo ocurrido entre las tres y las siete de la tarde. Neruda continúa:

> Debajo de un ficus, gomero o hule, estaba abierta la tumba. Este árbol es enorme y hermoso, redondeado y extenso. Todo el cementerio es alegre, con las pequeñas tumbas pintadas de azul, blanco y amarillo. Desde sus bordes se extiende el valle, y detrás los volcanes. El popo y la Mujer dormida estaban descubiertos y magníficos. Cuando descendió el ataúd éstos se velaron, ya era tarde, y desaparecieron. Habló Wences en nombre del P., un hermoso discurso lleno de seriedad, firmeza y ternura. Luego habló María Asúnsolo un pequeño y emocionado discurso. Yo también dije unas palabras. El ataúd bajó envuelto en la bandera republicana, y entre las flores, una cinta con los colores de Chile. En esos momentos en que caía tierra sobre Constancia muchas gentes lloraban. Conchita parecía ser inagotable en sus lágrimas, desde el día anterior lloró sin cesar. Allí estaba la señora Nikiforov a quien con Connie debíamos ver en estos días. Había un dolor grande, contenido […]. He sabido que al hacer los preparativos del entierro se pensó en la posibilidad de alguna vez trasladar los restos a España. Se dispusieron pues, así, las cosas. Te abraza, Pablo [firma] y Hormiga [a mano].

Las cartas de pésame a Ignacio desde México y París se sucedieron. Clarita Porset escribe una de las más largas el 2 de febrero desde México, dándole algunos detalles más sobre el accidente de los ya narrados por Luli. Al volcar el coche en una curva, cayó «en una cuneta de cuatro o cinco metros de altura, un pequeño precipicio. Connie estaba junto a la ventanilla y recibió el golpe más fuerte y la presión del coche y de los pasajeros que iban en él. La contusión le produjo una hemorragia interna que le hizo morir instantáneamente y sin sufrimiento. El chófer quedó

malherido y los demás ilesos o con pequeños golpes. Nancy Johnstone —la que montaba a caballo en Acapatzingo— vive ahora en Guatemala y estaba con ella en el accidente. Fue después, junto con el cónsul de México en Guatemala, quien se ocupó de embalsamarla y de hacer las gestiones para el embarque a México del cadáver». Después, completa el relato de Neruda sobre la ceremonia final: «Se tendió a Connie en la estancia de su casa nueva en Acapatzingo, entre montañas de flores frescas, y ayer tarde se le enterró en el pequeño cementerio […]. Ella había dicho alguna vez que quería que se le enterrara allí cuando muriera». Después de las palabras de despedida, «rodeada de gentes humildes del pueblo, y de amigos cercanos, se bajó su caja en la tarde transparente con los volcanes claros en la distancia y la luna ya empezando a salir. Fue un entierro sencillo y poético como ella hubiera deseado. Y había tanta paz en aquel lugar humilde que parecía una compensación a su vida, dinámica hasta la febrilidad a veces. […] Sabemos de ti por amigos que van y vienen. A veces nos dicen que estás en Polonia, curando tu reuma», concluye Clarita Porset. Pero antes aventura: «Cuántas cosas maravillosas estarás viendo en esos países que nacen a la vida humana, y cuántas también, que vemos aun sin ojos, que están pasando en el Oriente. América, en cambio, va hacia el fascismo […]. Xavier y yo te abrazamos con el mismo cariño de siempre. Clarita [a mano]». Otra pareja de amigos, Lya y Luis Cardoza y Aragón, escribe desde París el 6 de febrero de 1950: «No sé si recibiste ya la mala noticia y no sé cómo dártela. Aquí te incluyo un recorte que me llegó hoy de México. […] Sé muy bien cuánto se han querido y que a pesar del tiempo, la distancia y mil otras cosas, tú eres el más dolorosamente herido por esta pérdida», terminan.

Apenas quedan vestigios del estado de ánimo de Ignacio Hidalgo de Cisneros cuando supo que Connie había muerto. Sus respuestas alas cartas de Luli y sus otros amigos no han trascendido. Sin embargo, su sobrino Ignacio Hidalgo de Cisneros Alonso conserva una carta de su tío dirigida a su hermano Paco [padre del primero] con fecha del 22 de mayo de 1950, en la que habla de sus sentimientos hacia la que había sido su esposa. Ignacio Hidalgo de

Cisneros responde así al pésame que le hizo llegar Paco:

> La muerte de Connie fue para mí un golpe muy duro, aunque separados continuamos teniendo una gran amistad y como muy bien dices en tu carta no pasan las cosas que hemos vivido juntos sin que siempre queden recuerdos que no se olvidan, murió en Guatemala en un accidente de auto, se rompieron los frenos en una cuesta muy pendiente, se trasladó su cadáver en avión a México, fue enterrado en Acapatzingo cerca de Cuernavaca en un pequeñísimo cementerio lleno de flores y de grandes árboles situado cerca de la casa donde vivimos a nuestra llegada a México [allí] me dijo varias veces Connie que le gustaría ser enterrada.

Su pasión encendida

Entre la lluvia de pésames, a Hidalgo de Cisneros le llegó también el texto de despedida pronunciado por Wenceslao Roces, responsable del PCE en México, ante el féretro de Constancia:

> Despedimos hoy para siempre a una grande y querida amiga. El P. C. de España dice, por mi conducto, su último adiós a una vieja camarada. En nuestra guerra de Liberación nacional, Constancia de la Mora dio lo mejor de su esfuerzo, su gran talento, su pasión encendida, a la lucha contra los incendiarios de la patria. Los dio, desde el primer día, uniéndose con clara visión al partido que encabeza la lucha y garantiza la victoria de nuestro pueblo, al Partido de la Liberación de España. La entrada de Constancia en el P. C., saltando sobre siglos de rancias tradiciones feudales, rompiendo valerosamente recias ataduras de familia y de clase, fue un claro exponente de los profundos cambios sociales producidos en España. Fue también una prueba magnífica del coraje, de la gran sensibilidad, del firme espíritu, del amor y la fe en el pueblo de esta mujer excepcional a quien hoy enterramos. […] En esta dura y larga emigración, en la que vemos caer a tantos hermanos, Constancia de la Mora supo mantenerse fiel a las banderas de España, de la República y de su Partido. Estuvo siempre con quienes, en medio de la negrura del camino, no pierden de vista la claridad del horizonte […]. Con quienes no se dejan arredrar por las agresiones y amenazas del imperialismo de

> *Mr*. Truman y de los instigadores de la guerra, en un mundo que marcha hacia delante […] bajo la guía de la Unión Soviética de Stalin, de las democracias populares de Dimitrov y Rakosi, de la China democrática de Mao Tse Tung, del glorioso partido de Dolores Ibárruri, cuya enseña acompaña, en este último homenaje, a la querida camarada de quien nos despedimos. Con Constancia de la Mora entregamos un hermano más de lucha a la generosa tierra de México, a la custodia amorosa del pueblo mexicano al que tanto quería[46].

Cuesta imaginar que en, aquellos momentos, Roces o algún otro camarada de la fallecida pensara o sospechara que la muerte de Constancia pudo obedecer a una acción premeditada. Seguramente, tras aquellas vehementes palabras no había fisuras ni recelos. Pero días más tarde alguien pudo unir la muerte de Tina a la de Oumansky y a la de Connie y empezar a hacerse preguntas. Quizá la de Oumansky fuera la que más interrogantes suscitara: el avión en que viajaba a Costa Rica con su esposa para presentar sus credenciales se estrelló. ¿Un accidente fortuito? El accidente de Constancia, en cambio, parecía lo bastante estúpido y azaroso como para descartar la acción de una mano exterior. El escenario, fuera de su residencia habitual, tampoco facilitaba la investigación. Aparentemente, además, no había motivos para liquidar a alguien como Connie; tampoco era una figura de primera fila dentro del mundo comunista. ¿Quién podía temer a Constancia? Aunque la motivación tal vez fuera lo de menos. Por esas fechas, en pleno apogeo del estalinismo, muchas figuras importantes *desaparecían* no porque estuvieran en contra del Partido, sino simplemente porque sabían demasiado y representaban un peligro. Fue esa siniestra tradición la que hizo sospechar a algunos malpensados que el accidente del coche sin frenos pudo ser planificado. Hasta ahora, la versión oficial es la que goza de mayor aceptación. La otra parece más apropiada para una película de misterio aderezada con un buen guión de Hollywood. Algunos de sus amigos escritores y corresponsales de guerra que la ayudaron a pulir *Doble esplendor* y que luego se pasaron al cine como guionistas podrían haber hecho un producto impecable.

En Colima le llegó a Luli la triste noticia de que su madre había muerto en un accidente automovilístico en Guatemala. La orfandad definitiva llegaba como un mazo seco, inesperado y cruel, cuando ella estaba inmersa en su propia vida de madre de familia. Sus dos niñas, Lourdes y Constancia, eran, en aquellos momentos, dos bebés espléndidos de tres años y de uno y medio, respectivamente. Conchita Mantecón en su carta de condolencia a Ignacio Hidalgo de Cisneros explica cómo Luli vivió horas de auténtico estupor antes de darse cuenta de que la muerte de su madre era un hecho inapelable.

Aunque Luli envió todo lo pronto que pudo un telegrama a sus abuelos para comunicarles la muerte de su madre, éstos se enteraron a través de las agencias de prensa casi simultáneamente o incluso minutos antes de que les llegara. Sin embargo, Eladia Lozano recuerda que tardaron varias horas en comunicar con su nieta porque al haberse cambiado Constancia de casa en Acapatzingo tiempo atrás no tenían su nuevo teléfono. Debieron de ser horas de angustia e incertidumbre para los padres de Connie: aquella noticia era lo último que esperaban y sin duda lo peor que podía ocurrir frente a todas las locuras que les había hecho padecer su primogénita. Poco después de la muerte de Connie, su padre, Germán y su hermana Regina (Piti) viajaron a México para visitar en el cementerio a su vehemente hija y hermana. Marichu no les acompañó, pero sí lo hizo su hija mayor, Macarena. Eladia Lozano señala que en este viaje Germán de la Mora llevó a Luli el collar que Connie había aceptado recibir de las joyas familiares y que tal como narra en *Doble esplendor*, guardaba para su hija. Los familiares visitaron también la espectacular y disparatada casa de Acapatzingo que tan poco tiempo pudo disfrutar Connie y prepararon su venta o asesoraron a Luli para que lo hiciera. Con la venta de la casa, el rastro del fiel Ayala se perdió. Se cuenta, sin embargo, que en algunos aniversarios Ayala llevaba mariachis a la tumba de Constancia de la Mora. Un poco de música no le vendría mal a aquella mujer infatigable que durante años sólo dormía para estar despierta al día siguiente.

Doble esplendor apareció en alemán en 1961, y en 1966 Cuba

publicó una nueva edición en español, prácticamente desconocida en el mundo occidental. En 1977, por fin, Crítica decidió editarla en España. En cierto modo era lógico, ya que Juan Grijalbo, en ese tiempo vinculado a Crítica, había publicado en Atlante la primera edición en español. Gonzalo Pontón, responsable de Crítica, acudió a «la cadena informativa» del exilio (Alberto Sánchez Vázquez, Wenceslao Roces, etcétera) para localizar a Luli. Cuando supo de qué se trataba «nos autorizó muy contenta a publicar por primera vez el libro de su madre en España. Se editaron 4.938 ejemplares en diciembre de 1977 y vendimos la edición», prosigue Pontón. Al título original, *Doble esplendor*, se añadió el subtítulo *Autobiografia de una aristócrata española, republicana y comunista*, más largo que el primitivo (*Autobiografía de una mujer española*). La elección de ese subtítulo obedece a razones claras: llamar la atención del lector olvidadizo o que no hubiera vivido la guerra civil sobre la figura de Constancia de la Morá, y subrayar el antagonismo que implican los términos aristócrata y comunista. En realidad, Constancia de la Mora no procedía exactamente de la aristocracia, sino de la alta burguesía, aunque hubiera nacido en una cama Luis XV. Su abuelo, don Antonio, no quiso que Alfonso XIII le concediera un título nobiliario, pero sí lo ostentó su descendiente, el duque de Maura. En cualquier caso, Constancia, en efecto, procedía de una familia de pátina aristocrática y logró unir en su figura realidades aparentemente opuestas.

Luli, probablemente ya enferma o aquejada del mal que se cebaría después en su organismo, escribió una carta a Gonzalo Pontón el 29 de enero de 1978 para comentarle su impresión ante la edición española de *Doble esplendor*, y reconoció su emoción al «verlo editado en España». Como anécdota, a Luli la sorprendió en un principio la portada del libro, al no identificar un pequeño fragmento del *Guernica*, de Pablo Picasso, que aparecía en la parte inferior de la cubierta. Pontón le aclaró a vuelta de correo que el maquetista había pretendido «simbolizar con ello que el libro de Constancia de la Mora —su autobiografía— es un elemento importante para comprender lo que fue y lo que significó la guerra

de España». Luli se deshizo en disculpas. «Sobre todo [subrayado] porque creía conocer el *Guernica*», aseguró, «ya que lo he visto en el original y en reproducción». Luli añade, además, que tiene los dos libros de su madre en español, la edición de Atlante y la de Crítica, «a la vista, en mi cuarto», yen ambos aparece la obra de Picasso. Aunque también es cierto, precisa, que el de Crítica «no es el fragmento más conocido».

En esta carta, con fecha del 18 de febrero de 1978, Luli anuncia que en julio o agosto viajará a España y tal vez pueda acercarse a Barcelona. Como prueba de la antigua relación de amistad que mantenía con Juan Grijalbo, en una carta anterior Luli pide al ex editor de Atlante «diversos favores» referidos a que la suscriba a distintas publicaciones españolas: *Cambio 16* (que ya le llegaba desde 1977), *Gaceta Ilustrada* y la revista *Horizonte*. Al parecer, de las dos primeras ya se había encargado Grijalbo con anterioridad (aunque la *Gaceta* no le llegaba) y ahora añadía la tercera. Solicita, además, que le envíen *La autobiografía de Federico Sánchez*, de su tío segundo Jorge Semprún. «Dígame si todo esto me lo cargan en cuenta o si les envío un cheque en pesetas», requiere. Estos curiosos encargos revelan el interés lector que mantuvo Luli hasta el final y su dependencia de las suscripciones, entre otras razones por las dificultades de acceder a la prensa española desde Colima.

Doble esplendor formó parte de la riada de libros prohibidos que no pudieron ver la luz en España en tiempos del dictador y que, una vez muerto Franco, salieron al encuentro con los lectores. Aunque la censura previa ya no era obligatoria, Crítica envió voluntariamente al dictamen de la Administración ejemplares del libro ya editados. En los archivos de la Administración del Estado se conserva el ejemplar sometido a censura profusamente subrayado con rotulador rojo. Junto al libro figura una nota de oficio, con el número de expediente 379, en la que el jefe del negociado de tramitación confirma la entrega de seis ejemplares. Por oficio o por costumbre, el especialista encargado de leer el libro no pudo pasar por alto las afirmaciones más duras de Constancia de la Mora. Algunas páginas, como la 29, acaparan numerosos subrayados y llamadas en círculo.

Además de la frase ya citada en el anterior capítulo, en que De la Mora asegura haber comprobado «por medio del archivo fotográfico de un periódico de Barcelona que la junta rebelde de Franco utilizó en los primeros meses de la guerra fotografías de la Semana Trágica para ilustrar sus historias de asesinatos y crímenes de los rojos», el censor subraya también los comentarios de la autora sobre la represión que siguió a las revueltas de la Semana Trágica y a la huelga del 17. Algunas cifras parecen escandalizar al censor, pero equivocada o no, Constancia mide perfectamente lo que quiere decir, no en vano aclara que su abuelo (en relación con la huelga del 17) «hizo todo lo posible por evitar semejantes desmanes y por salvar las vidas de los líderes republicanos y socialistas». La palabra desmanes, que Constancia emplea para referirse a la represión del ejército y la Guardia Civil de la época, es otra de las subrayadas en rojo, como si al encargado de evaluarlo le pareciera excesiva[47]. Otra de las frases subrayadas es la que aparece en la última página de *Doble esplendor* y que comienza: «Franco ha asesinado a millares de españoles». Aunque los tiempos de la censura habían pasado y el cuerpo del dictador reposaba ya en el Valle de los Caídos, y, en consecuencia, el libro siguió en las librerías, no deja de ser aleccionador contemplar este ejemplar desencuadernado y descosido a causa de la presión del rotulador.

Cuando Crítica publicó *Doble esplendor*, Constancia de la Mora era prácticamente una desconocida para los españoles. Entre tantos iconos recuperados: María Zambrano, María Teresa León, la Pasionaria, María Lejárraga, etcétera, la historia de Constancia no traspasó la barrera de la primera edición. Sin embargo, con los años, agotado el título en la editorial, *Doble esplendor* se convirtió en un apreciado testimonio para lectores de culto o particularmente informados. A pesar de sus excesos, la autobiografía de Constancia de la Mora conserva hasta 1939 el sello de la autenticidad, además de cierto *glamour* republicano. Luisa Isabel Alvárez de Toledo, duquesa de Medina Sidonia y pariente de Connie, cree que es un libro escrito desde una gran libertad interior. No cree que Connie, su tía segunda, fuera dogmática, ya que «fue educada de un modo

liberal, y, al igual que al resto de sus hermanos y primos, se le enseñó a pensar desde niña», asegura. «Entrar en un partido tiene dificultades porque aunque estés de acuerdo en líneas generales, el peligro es dogmatizarse», reflexiona. «Pero en una guerra las cosas cambian, no se puede decir esto sí y esto no», añade. Al entrar en el PCE, Connie asumió ese riesgo. Probablemente nunca hubiera ingresado en el partido de no estar en peligro la República. No sabemos en qué medida combinó ese pensar por su cuenta que la caracterizaba con el fuerte estalinismo que impregnaba entonces la militancia comunista. Todo lo hizo por la República, y no sólo porque gracias a ella pudo divorciarse de Bolín, sino porque fue en aquellos años cuando aprendió a dirigir su destino. Lo que no deja de ser inquietante es qué pudo pasar por sucabeza en plena guerra civil si tuvo que enfrentarse a algo que le desagradara o le excediera. Tal vez la fe del converso se transformara entonces en pasajera ceguera o en un manto protector.

Cuando Lourdes Caraballo, la nieta mayor de Connie, viajó a España y conoció a su tía Piti creyó ser víctima de una alucinación. El parecido físico entre Piti y Connie era notable ya desde jóvenes, pero en la madurez debió ser asombroso: «Yo tenía once años y cuando vi a tía Piti me encerré en una habitación espantada porque el parecido con mi abuela, que yo conocía en fotos, era enorme». La niña quiso llorar cuando descubrió que aquellos ojos y aquellas facciones le devolvían a su abuela. ¿Era su abuela, que ya había fallecido? ¿No lo era? Los rasgos de Piti eran un calco de los de la abuela, un espejo imaginario, un dulce fantasma. A pesar de que el aspecto y la forma de arreglarse de las hermanas eran distintos, Lourdes encontró en su tía esa común identidad que no se borra con un corte de pelo o un cambio de ropa. Los gestos infantiles indelebles, la historia sentimental común, el alma de una familia.

Connie no llegó a conocer a sus otros seis nietos, los siguientes hijos de Luli tras Lourdes y Constancia Caraballo: Germán (que cumplió cincuenta y tres años en 2004), Severiano (cincuenta y uno), Concepción (cuarenta y siete), Eva (cuarenta y tres), Fernando (cuarenta) e Ignacio (treinta y cinco). La maternidad no apartó a

Luli de la lectura. En Colima había una farmacia y perfumería que ofrecía a sus clientes por suscripción un servicio de novedades de libros. Caraballo suscribió a su esposa y pidió al encargado que surtiera siempre a Luli de todas las novedades literarias. Sabía lo que significaba para ella. Estos detalles de Severiano conmovían a Luli. Quizá fueran estos gestos los que la llevaron a confesar a Eladia Lozano, la secretaria de su madre, que era un marido fácil de llevar y de contentar. Cuando Luli ya tenía su propia familia, apareció en México su padre, Manuel Bolín. De pronto daba señales de vida. Apenas dejó huella en su hija, pero Luli conservó los lazos con su doble familia española: los De la Mora y los Bolín. En especial tomó cariño a su primo Enrique Bolín, durante años alcalde independiente de Benalmádena, hijo de Mickey y sobrino de Manuel y de Luis. «Enrique, al terminar el servicio militar, descubrió la existencia de su tío Manolo y de mi madre», relata Lourdes Caraballo, y se puso en contacto con ella. «Ambos primos habían nacido en la misma fecha, un 27 de febrero, y ese pequeño símbolo los unió mucho», continúa Lourdes. En el primer viaje que Luli hizo a España después de haberse casado, «cuando yo tenía once años», recuerda Lourdes, «fuimos a ver a la familia Bolín». A pesar de su dedicación al rancho y a la familia, Luli solía viajar a España cada dos años.

Con el tiempo, sin embargo, aquella vida apacible, aunque laboriosa, se mostró esquiva con Luli: Severiano y ella tuvieron problemas y se separaron. Poco después Luli enfermó gravemente. Tenía cáncer de mama con metástasis en huesos. Sus últimos años fueron duros y sacrificados, y los soportó con coraje. Murió de cáncer de huesos el 15 de septiembre de 1983, a los cincuenta y seis años. En los meses anteriores a su muerte vivió con su hija Lourdes en su casa de Tijuana, a 3.000 kilómetros de Colima, y utilizada ahora sólo como segunda residencia. Lourdes y la mayoría de sus hermanos, excepto Eva, continúan viviendo en Colima. Aunque desarrollaron diferentes actividades profesionales en su juventud, algunos han inaugurado trabajos o estilos de vida nuevos en la madurez. Concepción, historiadora, ha abierto hace poco una

oficina de bienes raíces, y algunos de ellos se dedican a negocios relacionados con la gastronomía y la restauración. Lourdes ha tenido una vida intrépida, con diversos negocios y actividades, y una estancia en Chiapas. Ahora está volcada en la familia y en el cuidado del hijo pequeño que ha llegado a su vida después de que la mayor le haya hecho ya abuela.

La desaparición de la otra Constancia

La suerte de Constancia Caraballo Bolín ha sido más misteriosa y desafortunada. Un escalofrío acompaña a sus hermanos cuando la recuerdan. En 2003, el rastro de los hijos de Luli parecía haberse perdido entre los supervivientes del exilio español en México. Ni siquiera Mary Carmen de la Mora, hija de Alfonso de la Mora Mardones, pariente del padre de Connie, y familiar más próximo de la familia en el país mexicano, conocía el paradero de los hijos de Luli. Sabía que estaban en Colima, pero no disponían de su dirección. Una rápida búsqueda en Internet combinando Caraballo Bolín y Colima (México) arrojó de golpe un doble resultado: por un lado, había una referencia a Concepción Caraballo Bolín como responsable, hace unos años, del Archivo General del Congreso del Estado de Colima. Por otro, en una lista de desaparecidos políticos aparecía Constancia Caraballo Bolín. Qué estremecimiento unir cincuenta años después a la abuela y a la nieta en la tragedia y evocar en una línea invisible sus destinos. Unos meses después, la hermana mayor, Lourdes, confirmaría que su hermana Constancia es, en efecto, una desaparecida política. Aunque es un hecho doloroso del que los hermanos no quieren hablar demasiado, al parecer, Constancia Caraballo militó en movimientos estudiantiles en torno a 1973, y cuando viajaba de luna de miel con su marido, fueron interceptados por sus captores. Nunca volvió a casa. Cerca de treinta años después, en 2002, la agrupación Trabajo, Ecología y

Naturaleza del estado de Colima reclamaba «la presentación con vida» de Constancia en un comunicado por Internet, al igual que la de otros tres desaparecidos oriundos del mismo estado. Constancia Caraballo habría cumplido cincuenta y cuatro años en 2004.

Ignacio Hidalgo de Cisneros no volvió a México. Su familia de Vitoria recibió una nueva carta de él en 1951 fechada en Polonia. Poco después les fueron llegando alguna que otra carta o postal desde Copenhague, de nuevo desde Polonia (Zakopane) y desde Bucarest. En esos años intentó obtener, a través de su hermano Paco, un permiso de treinta días para visitar España, pero no lo consiguió. Franco no autorizaba por aquel entonces que volviera nadie que tuviera alguna connotación republicana y mucho menos roja. Franco conocía perfectamente, además, al general Hidalgo de Cisneros, antiguo compañero y finalmente enemigo. Dentro de su lógica de aniquilar al adversario, Ignacio Hidalgo de Cisneros y López Montenegro no tenía cabida en España.

Los hermanos Hidalgo de Cisneros acabaron reencontrándose en París. Por aquellos años, Hidalgo de Cisneros había iniciado la redacción de sus memorias, divididas en dos entregas. La primera parte de *Cambio de rumbo* se publicó en Bucarest, en 1961. La segunda, en 1964, también en Rumania. Los dos volúmenes fueron traducidos al francés por la editorial El Globo. Hidalgo de Cisneros envió a su hermano Paco la primera parte de sus memorias, pero no hubo tiempo de que leyera la continuación. Paco falleció unos meses antes de que el segundo volumen de *Cambio de rumbo* apareciera. En ese tiempo, Hidalgo de Cisneros se hallaba integrado en el equipo de Radio España Independiente, conocida como Radio Pirenaica, instalada en Bucarest, y residía habitualmente en Rumania.

Sería interesante detectar las huellas de la evolución de Hidalgo de Cisneros desde el obligado estalinismo que encontró al ingresar en el PCE hasta la progresiva autonomía de la URSS y la estrategia de la reconciliación nacional. Pero más que cambios ideológicos en alguien que, aun siendo leal, tal vez no profundizó en la ideología marxista, lo único que se puede atisbar es el talante conciliador de sus memorias y el acercamiento a su familia. Su muerte, en 1966, le

impidió asistir a las grandes transformaciones del PCE y a su papel en la democracia. En el VI Congreso del PCE, celebrado en 1959 en Praga, se empezaron a oír algunas voces levemente aperturistas, pero la resistencia a cambiar pesaba más. Al Congreso asistió Hidalgo de Cisneros, aunque sin tomar parte activa en los debates, en los que intervinieron, entre otros, Enrique Lister y Víctor Claudín, cerrando el acto la Pasionaria. La figura del Buró político desapareció en este Congreso, dando paso a una comisión ejecutiva con Dolores Ibárruri en el cargo de presidente del Partido y Santiago Carrillo como secretario general, junto con diversos miembros: Enrique Lister, Julián Grimau, Fernando Claudín, Federico Sánchez (Jorge Semprún), Manuel Delicado, Santiago Álvarez, Ramón Mendezona, Luis Lacasa Lardiez, Ignacio Gallego y Juan Rejano, entre otros. Juan Rejano, director de *Ultramar*, revista creada en el exilio mexicano, amigo de Mantecón, Roces y Sánchez Vázquez, ya había advertido en 1956 en la República Democrática Alemana que el Partido tenía que cambiar de táctica frente a España, ya que «estaban en la inopia» respecto a lo que ocurría en el interior. Tal vez Rejano e Hidalgo de Cisneros, que contaba con informaciones desde dentro y que, desde luego, habían coincidido en México en los cuarenta, tuvieran visiones o impresiones parecidas, e incluso cambiaran opiniones de modo informal con motivo del Congreso de Praga. Semprún recuerda al general Hidalgo de Cisneros de entonces: coincidieron en el mismo hotel de Praga y asegura que vivía con una gran austeridad. Es inaudito que en algunos informes o crónicas sobre el VI Congreso se escriba que junto a Hidalgo de Cisneros asistió Constancia de la Mora, lo que era a todas luces imposible. Una muestra del retraso con que llegaban algunas noticias al PCE y del inmovilismo con que se seguían los acontecimientos. Nada había cambiado para algunos desde el 39, y en su lógica estática, si Hidalgo de Cisneros estaba en Praga, ¿por qué no incluir a su célebre esposa? El reloj se había parado para algunos, pero otros decidieron ponerlo en marcha. En 1964, Claudín y Semprún mostraron sus discrepancias con la línea oficial y fueron expulsados, pero sus críticas dejaron un poso. Ya

nada sería igual. El tiempo hacía su labor, callada y silenciosa. Mientras que a Franco y a su Régimen los iba matando poco a poco la arterioesclerosis y la flebitis, al PCE le llegaban nuevas estrategias: había que abrir ventanas para que se fuera la polilla. Hidalgo de Cisneros percibió este nuevo aire, pero él mismo, nacido a finales del XIX, iba a cerrar pronto su propio ciclo.

Jordi Solé Tura, entonces un joven militante del PSUC, evoca en sus memorias a Hidalgo de Cisneros, con quien compartió días de amistad y de camaradería en torno a Radio España Independiente. La redacción de Radio Pirenaica se encontraba en un chalé de tres plantas rodeado de jardín junto al Museo de Historia del Movimiento Revolucionario, en la plaza de la Victoria, «en una zona agradable de grandes avenidas», relata Solé Tura, que se sumó al proyecto durante un tiempo. Encontró allí a Josefina López, esposa de Víctor Claudín, del que estaba separada, a Luis Galán (autor de *Después de todo*) a Francisco Melchor y a Roberto Carrillo, hermano menor de Santiago. Poco después de su llegada se incorporó «el mítico general republicano de familia aristocrática», Ignacio Hidalgo de Cisneros. «Todos los hermanos de Ignacio Hidalgo de Cisneros se habían unido a Franco durante la guerra civil y ocupaban cargos muy importantes en la estructura militar del franquismo», recuerda Solé Tura. Como Hidalgo mantenía contactos con sus hermanos, «Santiago Carrillo siempre pensó que podría ser uno de los enlaces fundamentales para el diálogo con los sectores militares que tendían a distanciarse de Franco» y le encargó que redactase y leyese ante el micrófono unas crónicas militaristas con la esperanza de que su prestigio «pudiera abrir brechas en algunos sectores del Ejército». Y añade: «Hidalgo de Cisneros era un *bon vivant* en el mejor sentido de la palabra, le gustaba el *whisky* y le gustaban las mujeres y procuraba paladear a menudo ambos placeres. Era un personaje fino, lleno de humor y al mismo tiempo un militante convencido». El político catalán vivió durante una temporada en un apartamento cercano al de Ignacio, en la avenida Miciurin, y relata la ya difundida anécdota de que al publicar *Cambio de rumbo* cedió todos los derechos al Partido «con la

condición de que se le asegurase hasta la muerte el suministro de *whisky*»[48].

Además del pacto del *whisky*, se le atribuye la afirmación de que, a pesar de no sentir devoción por el trabajo, el PCE había conseguido que le dedicara sus afanes. «Nadie me ha hecho trabajar más en la vida que el Partido». Seguía jugando con su papel de señorito para disfrazar emociones y aligerar la vida. Le daba un toque bohemio y desprendido. Había sido un diletante gran parte de su vida, pero se propuso ser un buen comunista. Huía de las solemnidades y no tenía un sentido trascendente de lo que hacía, aunque creyera en ello. En eso volvía a parecerse a su ex cuñada Marichu de la Mora. Bien distinta de Constancia: ella era solemne y algo dictatorial. Él gozó de una situación privilegiada en Bucarest, dentro de su austeridad. Pero terminó sus días solo y triste. Franco no le permitió volver a su Vitoria natal ni acercarse a sus tierras familiares de La Rioja. Y su corazón no pudo esperar a 1975.

La bella Brahmina

La dedicatoria de *Cambio de rumbo* es enigmática: «A la bella Brahmina». Aunque parece ser que también podía traducirse por «la noble Brahmina». Algunos de los que trataron esos años al general piensan que la dedicatoria alude a una mujer que estuvo cerca de él en ese tiempo, aunque no fuera formalmente su pareja. Se trataría, en realidad, de una enfermera que inicialmente se ocupaba de cuidar que tomara los tratamientos médicos prescritos. La relación de amistad fue más allá y una refugiada octogenaria habla de que «lo cuidó tan bien que no le faltó ni afecto ni compañía íntima. Hay quien dice que algunos de sus cuidados cansaron en exceso su corazón», ironiza. Naturalmente, son sólo aproximaciones a la vida de un hombre discreto que no dejó traslucir más que una mínima parte de lo que le acontecía. Por su parte, Palmira Arnáiz no aclara

ni desmiente la identidad de la enfermera. Pero insiste en que vivía solo. «En Bucarest teníamos asignada la misma policlínica, que llevaba un médico bilbaíno. Allí coincidimos alguna vez. Ignacio tuvo algún ataque cardíaco y tenía que tomar unas pastillas, pero no llegaron a indicar expresamente que podía darle un infarto», añade. «Que me da el ataque», dice Palmita que dijo él cuando se sintió morir. Estaba en la cama, y allí murió.

El general Ignacio Hidalgo de Cisneros falleció en Bucarest el 9 de febrero de 1966. Su sobrino Ignacio Hidalgo de Cisneros Alonso, hijo de Paco, se quedó doblemente sorprendido cuando un desconocido que se identificó como alguien del entorno del PCE le dio la noticia de que su tío había fallecido y le invitaba a asistir al funeral y el entierro en Rumania. El sobrino del general Hidalgo de Cisneros no sabía que su tío, a quien había visitado en París después de que su propio padre falleciera, estaba tan delicado de salud y tan expuesto a un inmediato final. Tampoco se le había pasado por la cabeza atravesar el Telón de Acero. Pero aceptó el reto y la invitación. Hidalgo de Cisneros Alonso, ingeniero industrial, había tomado el testigo de su padre y había mantenido alguna correspondencia con su tío. En vida de su padre ya se habían conocido y en seguida prendió el afecto y la comprensión. Cuando supo que había fallecido el tío Ignacio, marchó a París y desde allí lo acompañaron a Bucarest. Mikel, del que luego supo que se llamaba José María Juaristi, del comité central del PCE, del que formaba parte Ignacio, y Rómulo Zigu, del rumano, atendieron al sobrino. Al parecer, las autoridades rumanas, de acuerdo con los responsables comunistas españoles, retrasaron el entierro para que le diera tiempo a llegar al sobrino, de quien Ignacio había hablado con sumo afecto. El general Ignacio Hidalgo de Cisneros y López Montenegro, jefe de las Fuerzas Aéreas de la República, fue despedido con honores militares y acompañado de delegaciones comunistas de diversos países. El Gobierno rumano invitó al sobrino a visitar algunas ciudades turísticas, e Hidalgo de Cisneros Alonso prolongó su estancia. En más de un momento pensaría si soñaba o era real lo que le sucedía. De su estancia en Rumania se podría hacer una película

de situación que relatara el asombro del hijo de un militar franquista ante los logros y peculiaridades de un país del bloque soviético. La vuelta a España fue también novelesca. Hay que tener en cuenta que Franco controlaba aún un poder en el que hablar de apertura era un espejismo. El año anterior los universitarios de Madrid se habían echado a la calle apoyados por los profesores Aranguren, Tierno y García Calvo, y éstos habían sido sancionados con la pérdida de sus cátedras. Sin embargo, Hidalgo de Cisneros Alonso se sentía lo bastante libre en su interior como para haber traspasado el Telón de Acero viajando clandestinamente a Bucarest y haber vuelto a Vitoria sin que sus convicciones ideológicas hubieran experimentado el menor pliegue, arruga o distensión. Sólo el cariño había guiado sus pasos. Nunca renunció a la posibilidad de que su tío descansara en España, y en 1994, él y su familia lograron traer una urna con los restos de su tío y la depositaron en el panteón familiar de Vitoria, junto a sus hermanos. Varios ex combatientes republicanos y militantes comunistas fueron invitados por la familia para que asistieran a la ceremonia. Su leyenda perduró en el imaginario de otros comunistas y militantes de izquierda. Manuel Vázquez Montalbán lo recordó junto a Constancia de la Mora en sus *Coplas a la muerte de mi tía Daniela: «[…] y qué se hizo / del tigre Clemenceau I de la tigresa / Theda Bara / de los caballeros desnudos / que nunca llegarían / a Córdoba / de Hidalgo de Cisneros / Constancia de la Mora / de Rafael / carnoso y preproletario/señorío de la adelfa/Alberti / como tenor o clown / de carrusel prohibido*»[49].

Antes de volver a España, el sobrino de Ignacio, Hidalgo de Cisneros Alonso, visitó el apartamento en que había vivido su tío. El general murió sin hacer testamento, pero al sobrino se le permitió recoger algún recuerdo y las cartas familiares. Entre el puñado de cartas de su padre y de él mismo, encontró algunas de las que le habían escrito Connie y Luli. A su vuelta, Hidalgo de Cisneros Alonso escribió a la hija de Constancia ofreciéndose a enviarle aquellas cartas. En el texto que sigue, el sobrino de Ignacio le hace a Luli el relato de la desaparición y entierro de su tío:

> Le extrañará mi carta al ver mi membrete, pero sigo un impulso del corazón al hacerlo en recuerdo de mi tío Ignacio Hidalgo de Cisneros […]. Por azares del destino he vivido en Rumania unos días de gran emoción al asistir como único representante de su familia al entierro, que fue aplazado en espera de mi llegada. El Gobierno rumano le dispensó los máximos honores militares, y dentro de lo humano puedo decir que difícilmente podría superarse un sepelio como el que presidí rodeado de sus amigos. Era el único hermano de mi padre que vivía y me cupo la satisfacción al morir éste, en 1964, de continuar la correspondencia familiar que con él mantenía, poniendo por encima de sus diferencias políticas y religiosas el cariño de hermanos que siempre se profesaron. De la misma manera continué yo como sobrino, llegando a entrevistarnos en Francia […], el verano pasado, acompañado de mis tres hermanos. Aparentemente, se encontraba tan bien de salud que fue una trágica sorpresa la noticia de su fallecimiento. […] Por mi parte tuve el gran consuelo de ver su cadáver, rezar sobre él y acompañarle hasta el cementerio donde quedó enterrado en sitio bien señalado, junto a los grandes literatos rumanos, debido a que el libro de sus Memorias es bien conocido en aquel país, y al parecer sirve de texto de español en la Universidad de Bucarest. Estuve en el apartamento que él solo ocupaba […] recogiendo unicamente algunos objetos personales como recuerdo suyo, así como su correspondencia familiar. Entre ellas aparecen algunas cartas de usted y de su madre, que las conservo a su disposición. […] Es posible que esta carta me sea devuelta si usted desde entonces ha cambiado de domicilio, pero por lo menos habré intentado devolvérselas, junto con unas fotografías que también conservo de sus hijos.

Luli contesta en julio de 1966 a esta carta fechada en abril desde Vitoria que, reconoce ella, «ha viajado mucho para encontrarme». La hija de Constancia de la Mora agradece el impulso del sobrino de escribirle y le insta a que le envíe las cartas de su madre y de ella misma y las fotos de sus propios hijos que conservaba Ignacio. Aunque ya sabía que había fallecido, asegura que le tranquiliza lo que dice del sepelio, y es en este contexto en el que escribe la emotiva frase ya citada: «Yo no sé si usted sabe que llevé su apellido durante 14 años y que es el único padre que yo he tenido», a la que añade la idea de que ésa fue la única razón que le hizo viajar a México en 1945. «No lo he vuelto a ver desde 1946», termina Luli. «Sin embargo, siempre he conservado su recuerdo en mi corazón y

me entristeció muchísimo saber la noticia de su muerte».

Niña de la guerra, española exiliada de su país por la intolerancia y los errores de la generación anterior, Luli debió de guardar las cartas que envió a Ignacio, al igual que las de su madre al que fuera el amor de su vida, con verdadera devoción. Algunas de estas cartas deben de conservarse, quizá, en la casa de Tijuana, donde Luli vivió con su hija Lourdes el último año de su enfermedad. Los hijos, sin embargo, no han examinado con detalle si permanece aún esa correspondencia y otros vestigios del desarraigo y de la tiranía que ejercen las guerras en el destino de los ciudadanos.

Mientras tanto, queda la duda de qué podían encerrar esas cartas de Constancia a Hidalgo de Cisneros y si ayudarían a despejar algunas de las brumas sobre la verdadera relación de la pareja después de su divorcio. Es posible que sean cartas vagamente amistosas, o que toquen asuntos prácticos, sin ahondar o desvelar si hubo alguna quiebra seria de tipo sentimental o ideológico entre la pareja. El sobrino de Hidalgo de Cisneros asegura que no hizo copia de las cartas de Constancia que devolvió a Luli, e incluso da a entender que prefirió no leerlas, o que si las examinó por encima no recuerda el contenido. De ser así cabe especular si a Luli pudo llegarle a través de ellas alguna sorpresa o al menos algo de luz sobre la relación de su madre con Ignacio. No obstante, el tono delicado y cordial de Ignacio Hidalgo de Cisneros Alonso al mandar a Luli las cartas familiares que conservaba su tío apoya la idea de que eran cartas amistosas o neutras, sin más complicaciones. Tampoco parece probable que Hidalgo de Cisneros conservara cartas incómodas de Connie.

Son varios los testimonios o indicios que abonan la idea de que, en los años finales de su vida, Hidalgo de Cisneros eludía hablar de su antigua esposa. ¿Significaba eso que hubieran acabado mal, no sólo en el terreno privado, sino en el político? El historiador Herbert R. Southworth, que había tratado a Constancia en Nueva York, mientras aquélla vivió en casa de Jay Allen, plantea esta posibilidad en una carta dirigida el 28 de octubre de 1980 a Mary (Walner). O'Brien, residente en Cuernavaca. Southworth pide autorización a

Mary O'Brien para acceder a una copia de un manuscrito inédito que ésta había escrito sobre Constancia de la Mora y del que había tenido noticia a través de Victor Berch. En esta curiosa e interesante carta, el historiador relata una anécdota personal referida a Hidalgo de Cisneros. Southworth comenta que coincidió con Ignacio Hidalgo de Cisneros en París en torno a 1967 en un acto organizado por el PCE. Evidentemente, la memoria de Southworth flaqueaba respecto a la fecha: debió de ser un año o dos antes, ya que el general republicano falleció en 1966. Ignacio dio una conferencia, probablemente relacionada con sus memorias y con la postura del Partido sobre la cuestión militar en España, y Teresa Azcárate, organizadora de este tipo de actividades en París, invitó a Southworth, conocido autor de Ruedo Ibérico, a que asistiera y participara en el acto. Una invitación que aceptó amistosamente, se apresura a explicar el historiador, a pesar de que no era frecuente que el Partido Comunista contara con él. Después de la conferencia, Southworth se acercó a Ignacio Hidalgo de Cisneros con uno o dos ejemplares de sus memorias para que se los firmara y al saludarlo le comentó que había conocido y tratado a Constancia de la Mora en Nueva York. Hidalgo de Cisneros no reaccionó ante el nombre de su difunta esposa y el historiador se quedó confundido. Esta anécdota lo había llevado a plantearse algunos interrogantes que traslada finalmente a O'Brien: «¿Cuáles eran las creencias políticas de doña Constancia en la época anterior a su muerte? ("*What were Doña Constancia political beliefs at the time of her death?*")». Southworth relaciona esta pregunta con el interés que Constancia había manifestado por la obra del escritor conservador y antiguo corresponsal de guerra en España, Burnett Bolloten. ¿Por qué ese interés? ¿Qué sentido tenía que una republicana y comunista siguiera a un escritor como Burnett Bolloten, que había escrito críticas encarnizadas contra el papel del PCE durante la guerra civil? Herbert R. Southworth había polemizado con Burnett Bolloten y refutado muchas de sus tesis. En la época en que escribió a Mary O'Brien trabajaba precisamente en textos que corregían algunas versiones de Bolloten y en ese sentido iba su pregunta: quería saber

si el escritor conservador y la republicana española habían intercambiado puntos de vista durante la etapa en que Bolloten visitó México, entre el 39 y el 49, y en qué sentido podían haberse influenciado.

Las dudas de Southworth eran lógicas, pero de difícil respuesta. Contestar con rigor a unos planteamientos tan sugerentes como subjetivos resulta complejo. Constancia de la Mora conoció a Burnett Bolloten en España cuando empezó a trabajar como censora en la Oficina de Prensa Extranjera y, aunque sabía que era conservador, lo consideraba un profesional bien informado y lo atendió sin reparos. Probablemente esta primera impresión perduró en sus encuentros posteriores. Posiblemente Constancia prolongó aquella primera relación entre una agente de propaganda que buscaba cautivar al adversario y un reportero puntilloso y *beligerante*: al mostrarse cordial con él sólo salía a relucir las relaciones públicas que Bolloten conoció en Valencia. De cualquier modo sí resulta sorprendente que Constancia de la Mora escribiera en 1940 una carta a Nueva York pidiendo apoyo para que Burnett prosiguiera sus investigaciones. Aunque se tratara solamente de un acto de cortesía a una posible petición del propio Bolloten. ¿Fue el gesto de alguien que creía en la libertad de información y de investigación y que confiaba en que la República a la que había servido iba a salir bien parada, o trataba, simplemente, de que ese apoyo le fuera tenido en cuenta? Se dice que Bolloten logró reunir una importante documentación de la guerra civil. Sus archivos, en los que consta una entrevista con Constancia de la Mora y su marido, ofrecen un amplio número de documentos sobre la contienda. Sin embargo, cuando Bolloten publicó en 1961 su conocida obra *The grand camouflage (El gran engaño,* en español), en la que vertía rotundas críticas a los comunistas y mostraba claras simpatías hacia los rebeldes, quedó al descubierto su punto de vista, excesivamente crítico con el bando republicano y plenamente amable con los insurgentes. Para muchos republicanos, su sectarismo resultaba insoportable. Constancia de la Mora había fallecido ya y no pudo leerlo, pero es lógico pensar que se habría sentido decepcionada y en

parte traicionada de haber vivido entonces. Una de las tesis medulares de este libro es que en el bando republicano España quedó a merced de los agentes soviéticos encargados de asesorar o apoyar la acción bélica. Entre los exiliados comunistas y republicanos se dijo que *The grand camouflage* había sido editado en una editorial financiada por la CIA y se enmarcó dentro de las obras de propaganda anticomunista. Sin embargo, indirectamente, Bolloten dio aliento a las tesis anarquistas frente a los comunistas, y su libro fue considerado una especie de Biblia entre exiliados poumistas o libertarios. Por otra parte, y a pesar de su parcialidad, Bolloten explota a su conveniencia un hecho que hoy resulta ya incontestable: el excesivo peso de los agentes y militares soviéticos en las filas republicanas. Un lastre que los republicanos de adscripción no comunista sobrellevaron sin entusiasmo, y en ocasiones desde la impotencia de estar perdiendo la guerra y verse abocados a mendigar la ayuda internacional. La misma influencia alemana e italiana se reflejaba en el bando franquista, pero sin sonrojos: Franco y sus generales, a través de diversos intermediarios, entre los que se contaba Luis Bolín, el ex cuñado de Constancia, habían solicitado desde el principio ayuda militar a las naciones amigas. El precio a pagar no importaba. Sólo contaba la victoria.

Burnett Bolloten llegó a reconocer en privado que se había hecho un uso partidista de su obra, empezando por el título, que él no había elegido directamente y que era en sí toda una acusación. Años después volvió a reeditar su obra con un título más descriptivo y neutral: *The Spanish Civil War*, aunque la línea dura y conservadora persistía. En cualquier caso resulta desmesurado atribuir a Constancia de la Mora alguna influencia efectiva sobre Burnett Bolloten, o, en el otro extremo, reprocharle que no temiera o previera que el historiador iba a escribir un libro contrario a sus intereses. Es igualmente improbable y hasta mentiroso deducir que ella le pasó alguna información confidencial o secreta que el historiador tergiversó o utilizó a su modo. Más bien parece que, a pesar de la amabilidad de Constancia de la Mora hacia él, Bolloten pergeñó su obra de acuerdo con sus propios intereses y se guió por

otros testimonios.

Desde un enfoque opuesto, Herbert R. Southworth rebate en sus libros más conocidos, *El mito de la cruzada de Franco* y *Antifalange*, algunas de las interpretaciones de Bolloten. Se les puede considerar rivales desde una perspectiva intelectual y de interpretación histórica. Southworth descalifica directamente los argumentos de Bolloten en *El gran camuflaje: Julián Gorkin, Burnett Bolloten y la guerra civil española*[50], La tesis de Southworth y de otros historiadores españoles que han tenido acceso a documentos que inicialmente sólo manejó Bolloten es que, a pesar de la riqueza de sus archivos, se obcecó en una interpretación parcial de la contienda.

Eso en nada atañe a Constancia de la Mora. Los interrogantes de Southworth sobre su posible evolución demuestran su agudeza y son sugestivos, pero poco sólidos[51]. Ni su respeto o simpatía por Bolloten, ni aún menos el hecho de que Ignacio Hidalgo de Cisneros no se encontrara con ánimo para hablar de ella en los meses finales de su vida, prueban que el pensamiento de Constancia hubiera variado. Murió demasiado pronto para poder apreciar en ella una evolución que de haberse iniciado en los años previos a su desaparición no había hecho más que despuntar. Constancia era una republicana cabal y una comunista con toda la fuerza de los conversos. Por sus nuevas ideas se había desprendido de todo su pasado y había entregado a la URSS a su hija durante unos años. Cambiar no era tan fácil, aunque las sombras crecieran a su alrededor. Más que cambios ideológicos, lo que Constancia debió de experimentar tras la derrota fue un cúmulo de decepciones. Que su hija tardara tanto en llegar a México fue, sin duda, una de ellas. Que escuchara el eco de otras injusticias, purgas incluidas, en la URSS, tampoco debió de dejarla indiferente. Gran parte de los asesores y militares soviéticos que participaron en la guerra civil española, en especial los que se identificaron más con el país y no se limitaron en sus informes a recomendar que España fuera una pieza más dentro de la partida de ajedrez que Stalin quería jugar con Hitler, fueron eliminados a su vuelta. ¿Sólo porque habían perdido, porque se

habían *desviado*, o sencillamente por inercia o porque a Stalin le estorbaban? Poco a poco a Constancia debieron de llegarle estas funestas noticias. Algunos de los ejecutados habrían sido amigos suyos y temería por la suerte de otros. «Algo se oía ya en esos años», admite Teresa Azcárate. «Pero Constancia tampoco era una dirigente del Partido, no iba a ponerse a debatir ni a analizar la situación», razona. En efecto, no tenía cauces a su alrededor para discutir en profundidad lo que sucedía en el PCE y en la URSS. En su imaginario, la República y el Partido Comunista español estaban fundidos, eran lo mismo, su razón de ser. En consecuencia, si esta doble fe se erosionó en algún momento, apenas trascendió de puertas afuera. Constancia no tenía interlocutores con los que debatir su desengaño: así que esta tristeza, o melancolía, quedó alojada en su corazón, fijada en él. Una melancolía que a veces era evocación y otras delirio. ¿Había sido derrotada de verdad o la pérdida de la República y de Ignacio Hidalgo de Cisneros eran sólo un sueño? ¿Estaba soñando, quizá, desde que llegó a México o el sueño, ya desvanecido, había sido justamente creer en el ideal republicano? Breves sueños mezclados con la vida en los que el despertar se imponía: Constancia sabía perfectamente que había sido derrotada; sabía asimismo que Hidalgo de Cisneros ya no la acompañaba en la derrota.

Southworth no actuaba a la ligera al demandar respuestas precisamente a Mary O'Brien. No en vano fue esta acaudalada norteamericana afincada en Cuernavaca la principal compañera de viaje de Constancia en su último recorrido por Guatemala. O'Brien fue la célebre gringa que cambió la suerte de Connie en el último recodo del viaje, al cederle su habitual asiento delantero junto al chófer poco antes del accidente. En parte, Mary O'Brien fue su último testigo. La depositaría de sus últimas confidencias, tal vez. La primera que descubrió que había muerto, al encontrar su cadáver. La afortunada superviviente de aquel estúpido accidente en el que la gringa *debía* haber muerto en lugar de Connie. Aunque de dar crédito a sus memorias, y si el relato de Mary O'Brien es veraz, la norteamericana no estaba en condiciones de responder al

historiador. De la narración de O'Brien se desprende que su amistad con Connie no era profunda: lo que compartían ante todo era la aventura del viaje. Apenas tuvo ocasión Connie de hacer grandes revelaciones a su amiga, tal vez porque no era la interlocutora adecuada. Quizá también porque no había necesidad de hacerlas, ya que en aquellos últimos días Connie vivía en un continuo presente, dedicada al viaje, sin otras perspectivas a corto o medio plazo. Atrapada sin embargo, también, por un pasado que rememoraba de modo intermitente, llena de nostalgia. Ése es el encanto y a la vez la decepción que encierra el relato de Mary O'Brien sobre los últimos días de Constancia de la Mora. En sus más de 180 páginas, la norteamericana narra ante todo la crónica del viaje compartido, a la vez que ofrece un retrato desdibujado, pero bastante verosímil, de Constancia de la Mora en las semanas previas a su muerte. O'Brien no era escritora ni historiadora y esa doble mirada se echa de menos en su crónica. Su testimonio está escrito desde el punto de vista de una viajera curiosa que busca un recorrido distinto al itinerario convencional, tiene dinero y encuentra la compañera perfecta para llevarlo a cabo. Vecina de Cuernavaca, Mary O'Brien había conocido a Connie a través de una amiga común, Dorothy, y la gringa y la española congeniaron. Aunque O'Brien sabía que Constancia provenía de la oligarquía española y era refugiada, desconocía al parecer su ideología y su credo comunista. No fue por tanto la ideología sino la atmósfera de compartir vivencias y paisajes lo que las unió en aquella aventura viajera iniciada a finales de 1949.

En la primera parte del trayecto, ambas mujeres recorren la región del Yucatán yendo a los núcleos de población genuinos, empapándose de fiestas populares y ambientes exóticos. Aunque Luli comenta en una carta a Hidalgo de Cisneros que su madre no sentía muchos deseos de hacer este viaje, no es ésa la impresión que recoge Mary O'Brien. Es cierto que Constancia tenía reparos y temores a desplazarse en avión, pero en el relato de O'Brien, emprende el viaje con moderado entusiasmo, tal vez porque no tenía nada mejor que hacer. Las dos recorren Mérida, Uxmal y Tizimin hasta atravesar el Yucatán y a continuación se trasladan a

Guatemala. Ambas damas van sencilla y cómodamente ataviadas, y Connie lleva unos viejos huaraches para moverse con facilidad por las poblaciones que visitan. Los hoteles que encuentran a su paso suelen ser sencillos y sobrios, pero algunos les ofrecen inesperados encantos y exquisiteces no programadas. Lo que predomina en el viaje, sin embargo, es cierto toque bohemio. En una localidad, en su intento por confundirse con la población indígena, las toman por gitanas, lo que sin duda las divierte. O'Brien podía suscitar alguna duda, pero fue Connie, morena y exótica y de ojos hermosos, la que pudo propiciar que pensaran que quizá fueran gitanas. Connie, además, frecuentaba los mercados y mercadillos de las poblaciones a la búsqueda de piezas de artesanía. A través de estas compras que más tarde vendía a sus amistades en su propia casa había encontrado un pequeño filón económico, además de una afición. Constancia de la Mora se liberó de muchas cosas, hasta llegar a un despojamiento que muy pocas personas consiguen en esta vida aun proponiéndoselo, pero no pudo prescindir de tener servicio y de vivir un poco a lo grande en su amplia casa de Cuernavaca. El dinero para mantener en pie esta casa no sobraba, de ahí que cualquier ayuda fuera bienvenida.

O'Brien asegura que ya desde el primer tramo del viaje Constancia de la Mora le confesó que se había fabricado una nueva vida. Frase enigmática y ambigua que no sabemos si se refería al exilio y a todo lo que comportaba o a un nuevo cambio personal en ciernes. La segunda parte del viaje de Connie y Mary O'Brien, ya en Guatemala, es más densa en episodios y más abigarrada en paisajes. En Guatemala se les une Nancy Johnstone, una antigua amiga de Connie. Mary O'Brien se siente sorprendida cuando Nancy, al llegar a suelo guatemalteco, indica a Constancia que debe ir a registrarse. O'Brien pregunta por qué hay que registrarse, ya que tiene entendido que las autoridades guatemaltecas sólo exigen este requisito a los comunistas… A estas alturas, Mary O'Brien desconoce la militancia de Connie. Johnstone la tranquiliza y le dice a Mary que, como norteamericana que es, no está obligada a hacerlo, pero que Connie, por ser refugiada, sí debe registrarse.

Nancy vive ahora en Guatemala con su segundo marido, Ferdinand, y no se limita a hacer de anfitriona de las viajeras. Las acompaña en sus excursiones y habla animadamente con Connie de la guerra civil española, de los ideales dela República y de Ignacio Hidalgo de Cisneros… Mary O'Brien vislumbra en estas conversaciones una antigua camaradería e intuye que Constancia sigue enamorada de Hidalgo de Cisneros o atada emocionalmente a su recuerdo. A las tres mujeres se les suma en ocasiones otra viajera, Clara. La compañía de Nancy reaviva en Connie sensaciones o ideas amortiguadas y la vuelve un tanto melancólica. Mary O'Brien empieza a comprender que el compromiso de Connie con la causa republicana es más hondo de lo que había pensado y que el sentimiento de derrota y su identidad de refugiada ensombrecen su mirada y la vuelven frágil. Aunque Connie confiesa que no es creyente y que ha perdido la fe religiosa que abrazó en su infancia, las amigas recorren con emoción algunas iglesias antiguas y visitan el Cristo de Esquipulas. Constancia de la Mora se muestra sensible a esa estética dolorida y barroca, y sucumbe ante sus símbolos cada vez que se funden con la particular atmósfera de velas e incienso. Después de todo, no son más que turistas ávidas de sensaciones, y algunas de ellas las encuentran en estas bellas iglesias de corte colonial en las que impera el sincretismo de antiguos rituales indígenas con la solemnidad de los rituales católicos. En una de las visitas, frente a la imagen de una Virgen, a Constancia se le deslizan unas lágrimas. Mary O'Brien sigue con detenimiento el recorrido de esas lágrimas indiscretas por las mejillas de su amiga. La nostalgia de España se funde con la añoranza de su infancia junto a sus padres y la felicidad vivida con Ignacio Hidalgo de Cisneros. Son tres sentimientos dispares que en el recuerdo de Connie permanecen unidos: España-República, padres-infancia y felicidad-Ignacio. Son las tres ideas-fuerza que se agolpan en su cabeza esos días en los que la muerte empieza a rondar a las viajeras.

Después de Antigua pasan a Puerto Barrios. Guatemala las tiene embrujadas, pero Connie ya piensa en volver a Cuernavaca. Al grupo se le han unido algunos compañeros de viaje más (Carlos,

Enrique y una mujer joven). Disponen de un turismo que conduce el chófer Roberto Jordán. Por el contrario, su anterior compañera, Clara, ya había vuelto en avión a México. Connie parece haber perdido su habitual empuje de organizadora nata, pero sugiere que vayan a ver Chichicastenango, y después Quetzaltenando, San Cristóbal, Totonicapán y Huelhuetenango. El chófer recomienda que de camino a Chichicastenango pasen por Patzia, Teopan y Chicoy y reposten en un hotel de Panajachel. Desde allí podrían realizar pequeñas excursiones a Santiago Atilán, San Antonio Polopo, San Lucas Toliman, San Pedro y San Pablo de Laguna. Secundan la propuesta y se instalan en el hotel. La belleza que redescubren a su alrededor es ya insoportable. Según la gringa, ante el lago Atilán, Connie exclama: «¡Olé!». De vez en cuando Mary O'Brien introduce en su relato alguna palabra coloquial en español. El grupo se hace más compacto y acude a escuchar piezas musicales de *Marimba*. Al día siguiente se dirigen a Chichicastenango. El auto rueda por malas carreteras montañosas. Parece tener problemas y los hombres sugieren que un buen mecánico lo revise. Mary O'Brien escucha con preocupación las deficiencias del coche y se pregunta cómo van a encontrar ayuda en parajes tan aislados, pero Roberto Jordán le asegura que el auto está en buenas manos, que aguantará.

Desde hace días Nancy Johnstone está extrañada ante el comportamiento de Connie. En Chichicastenango, había optado por ir sola a un mercadillo después de sugerir a Nancy y a Mary que visitaran por su cuenta la hermosa iglesia de Santo Tomás, donde se reunirían las tres más tarde. Nancy, sin embargo, decide seguirla en su recorrido por el mercado. Connie parece distraída, con la cabeza en otro sitio. Nancy, que va detrás, observa que alguien le desabrocha el cinturón donde guardaba el dinero sin que se dé cuenta e impide que le roben arrebatando al intruso el botín. Más tarde, cuando le enseñe a Connie el cinturón en su poder, ésta se quedará demudada. A Mary O'Brien no le sorprenden tanto los altibajos de ánimo de Constancia, habituales en el viaje, pero logra que su amiga le cuente por qué se siente tan vulnerable esos días. Connie lo achaca a que se encuentran en vísperas de su cumpleaños,

un acontecimiento que la incita a hacer balance y a sentirse triste por todo lo perdido. La derrota pesa más que nunca, a pesar de la ligereza que la envuelve en aquellos días. Hay una gran belleza en esta Constancia frágil que parece fragmentarse levemente por dentro sin llegar a derrumbarse en ningún momento. Hay una gran dignidad en esta exiliada que se ha quedado sin papel y sin destino en el umbral de sus cuarenta y cuatro años. Esta nueva Constancia parece muy alejada de la estricta organizadora estalinista de los años de la guerra civil española y de los primeros tiempos del exilio, pero Mary O'Brien no demuestra que Constancia hubiera cambiado de ideas. En sus últimos días, Connie parecía abocada no tanto al descreimiento como al vacío. Tal vez la fe comunista no era ya tan fuerte, quizá la sabiduría del tiempo le había revelado los grises de la vida frente a los blancos y negros antagónicos, pero el sentimiento de pérdida que le acechaba no era por sus ideas, sino porque tenía la certidumbre de que nada decisivo dependía ya de ella ni pasaba en esos momentos por sus manos.

La noticia de que al día siguiente, 27 de enero, iba a ser su cumpleaños cala en sus compañeros y deciden celebrarlo. Acuden a comprar un buen vino para la fiesta y, de vuelta al hotel, Connie intercambia su sitio con el de Mary. Poco después el turismo interrumpe su trayectoria en una curva y cae al precipicio. Mary, sobresaltada y dolorida, pero consciente, se hace cargo de la situación en seguida: algunos de sus compañeros, en especial el chófer, están heridos. Connie, muerta. Si hubiera permanecido en el asiento de atrás en vez de intercambiar el sitio con ella, Constancia estaría viva. La muerta sería ella, reconoce Mary, un hecho que no olvidará el resto de sus días. El cambio de asiento se convertía de pronto en un hecho enigmático, o al menos cargado de simbolismo. Aunque es absurdo siquiera pensar que Connie propuso el cambio de asiento porque quería morir o porque se sintió impelida a hacerlo. Interpretar los hechos y las intenciones pasados a la luz de lo sucedido siempre tiene una lectura tramposa. De haber sabido que iba a producirse un accidente, Connie no hubiera montado en el coche. Otra cosa es que, aun sin saberlo ni quererlo, al cambiar de

posición, hubiera facilitado la tarea a la muerte.

El cuerpo de Constancia de la Mora permaneció cerca de cinco días en Guatemala hasta su traslado definitivo a México. Después de unas primeras horas en la morgue, fue embalsamado para propiciar su conservación y posterior traslado, pero el relato de O'Brien no da demasiados detalles. Mary y Nancy la velaron y acompañaron en aquellos días. Recogieron asimismo sus cosas personales en la habitación del hotel de Panajachel y se hicieron cargo en las dependencias municipales de los objetos que llevaba en el automóvil: dos colchas que había comprado en el mercadillo y un bolso de piel marrón en el que guardaba las anotaciones del viaje. No es posible asegurarlo, pero es probable que O'Brien leyera algunas notas y que, incluso en la distancia, algunas de las observaciones de su amiga le inspiraran al escribir su crónica.

De vuelta a Mexico, los familiares y amigos de Constancia recogieron su cuerpo en el aeropuerto entre lágrimas. Mary O'Brien, conducida por su chófer, Juan, marchó a su casa de Cuernavaca. Estaba agotada y necesitaba descansar. Horas después pidió al chófer que la acercara a «Casa Mora», ya que sabía que el cadáver de Connie iba a ser velado durante la noche. Cuando entró en la finca, percibió en seguida el olor y la luminosidad de las velas encendidas, pero Ayala le salió al paso y la acusó de ser la causante de la muerte de Connie: «Si no hubiera sido por ti y tu asqueroso dinero no habría realizado el viaje y ella estaría viva. Tú la has matado…», vino a decirle profundamente exaltado. Mary atribuyó las palabras de Ayala a su propio dolor. Se fue, pero volvió a la casa de los alacranes al día siguiente, antes del entierro. El féretro estaba envuelto en una bandera de la República española, pero lo que la sorprendió es que había, además, diversas coronas de flores enviadas por diversas instituciones y organizaciones de izquierdas, entre ellas una de la delegación cultural de la Embajada checoslovaca, enumera O'Brien.

Antes de salir la comitiva para el entierro, Rodolfo Ayala quiso abrir el féretro para ver a Connie por última vez y O'Brien le rogó que no lo hiciera y que la recordara tal como era, temiendo que los seis días transcurridos desde el accidente hubieran realizado

estragos. Ya en el cementerio, Mary O'Brien vio cómo los amigos de Connie la despedían con el brazo y el puño en alto y con un único y universal saludo: «¡Camarada!». Después de leer su elegía, Neruda volvió a repetir la misma palabra: «¡Camarada!». O'Brien asegura que fue entonces cuando se le cayó la venda de los ojos, y descubrió que su compañera de viaje profesaba una ideología considerada *maldita* en su país. Norteamericana y anticomunista, Mary O'Brien, sin embargo, recordaría siempre a Connie como una mujer generosa, adorable y de gran corazón. No obstante, tuvo que escuchar durante mucho tiempo cómo el exaltado Ayala contaba en las reuniones y en las fiestas multimillonarias a las que ella a veces también asistía, que había sido la inductora de la muerte de Constancia, a la que habría llevado al accidente por orden de la CIA. Al parecer, Ayala aseguraba seguir enamorado de Connie veinte años después de su muerte y propagaba la historia de que la gringa era agente de la CIA y que esta organización había liquidado a la española. Qué difícil fue aceptar su muerte para sus amigos. Unos sospecharon si sería un ajuste de cuentas desde dentro; Ayala creyó o quiso creer que el ataque venía del enemigo exterior, la CIA. A pesar de esta doble interpretación, lo único cierto es que Constancia de la Mora perdió la vida en aquella curva de Panajachel. Esa fue la razón por la que Mary O'Brien escribió el relato de su viaje y su punto de vista sobre Connie[52]. En el manuscrito queda reflejada su ingenuidad e ignorancia respecto a los vínculos políticos que mantenía la exiliada española. Al final relata que, además de Ayala, que apareció en su propia casa para acusarla de nuevo después del entierro de Connie, la visitó el FBI para interrogarla sobre el tiempo que había viajado con la española y qué clase de amigos tenía. Le llegaron a preguntar si Nancy era comunista o hasta si ella misma era simpatizante… Mary tenía una única respuesta: «No sé». Ciertamente, el paso de Constancia por su vida había dejado en ella, pese a tantas lagunas, un rastro difícil de olvidar y de eludir.

En un principio, resulta poco verosímil deducir que el accidente pudo ser provocado por alguno de sus compañeros o el chófer, con

el consiguiente riesgo de morir al mismo tiempo que ella. Pero también es cierto que el viaje de Connie fue lo bastante largo como para que fuera conocido por personas distintas, y no sólo por sus compañeros de viaje. No puede descartarse al ciento por ciento que alguien interesado en hacerla desaparecer y con acceso al vehículo lo hubiera manipulado para desencadenar el accidente, aun arriesgándose a que hubiera otras víctimas. Cualquier otra interpretación más refinada, como que el accidente fue falseado o amañado, entra dentro de lo rocambolesco y lo improbable. Pero no se puede cerrar del todo la puerta de la imaginación, con frecuencia superada por algunas realidades.

La tumba de la leyenda

Lourdes Caraballo recuerda que, durante algunos años, su padre la llevó a limpiar la tumba de su abuela. «Mi padre quería y admiraba mucho a mi abuela y nosotros íbamos todos los años desde Colima a Cuernavaca, entonces un viaje de dos días completos por carretera. Mi padre me llevaba a la tumba y la limpiábamos», evoca. Con el tiempo, el ritual se extinguió, pero no en el recuerdo de Lourdes. «Hace veinte años fui a Cuernavaca y acudí al cementerio para hacer lo mismo que hacía de niña y resultó que estaba ya clausurado y abandonado, pero localicé a un albañil que había trabajado allí. Me dijo: "¿Busca la tumba de la leyenda?". Porque no hay monumento, sólo una enorme roca sobre la tumba. Le pregunté al hombre el porqué de la leyenda y me dijo: "No lo sé muy bien, pero toda la gente vieja de Cuernavaca hablaba de esta señora". Entonces Cuernavaca era un pueblo pequeño lleno de refugiados de la segunda guerra mundial y mi abuela era un ser exótico», comenta Lourdes, «debido a su forma de vestirse». Fredericka Martin, que trabajó como voluntaria en los hospitales republicanos durante la guerra civil y fue vecina de Cuernavaca, acompañaba a muchos

brigadistas a visitar la tumba de Constancia. Aun estando abandonado el cementerio, la leyenda de aquella mujer singular que había roto todas las barreras y tabúes latía aún allí. Lourdes no pudo averiguar de qué leyenda se trataba. No importa. Cada uno puede inventar, intuir o imaginar la suya.

Victoria Kent y Federica Montseny volvieron a España en 1977. Volvieron casi todos y todas: María Teresa León, Dolores Ibárruri… Constancia, por el contrario, no pudo festejar la fiesta de la democracia recuperada. ¿O volvió quizá alguna vez con su poderosa imaginación y su refinada sensibilidad antes o después de morir? ¿No sería ésa parte de la leyenda? ¿Está realmente Constancia en aquel cementerio clausurado en el que quiso ser enterrada? ¿No flotará su espíritu en los días de niebla sobre las colinas de Oaxaca, confundida con los indios a los que tanto amó? ¿O irá a refugiarse entre las neblinas del Popocatepel para adormecer junto a él sus soledades? ¿O elegirá acaso alguna tarde el dorado cielo azul del atardecer de Madrid, ese cielo inigualable pintado por Patinir? María Zambrano, sabia transgresora de las fronteras del pensamiento, plasmó en *Delirio de la paloma* cómo el alma del desterrado puede traspasar espacios reales e imaginarios. No en vano el exilio es en sí una geografía que de día tiene forma extranjera y de noche se confunde con la antigua patria. Como en una alucinación, el pensamiento de María Zambrano voló desde París en 1939 para imaginar cómo sería adentrarse en España, recorrer las eras, los campos de Castilla oliendo a trigo y el seco verano de un Madrid vacío de funcionarios, visitar el Prado, y volver a la plaza de su infancia… ¿Por qué no pudo sentir o acariciar lo mismo Constancia aunque a ella la separase de su casa un océano? «Quiero ser polvo, polvo, polvo de tu suelo, España, si pudiera ser yerba de tu prado, al borde de una acequia, rosa del mes de mayo, azucena al pie de un cerro, España»[53] deliraba Zambrano. Un sueño que, con otras palabras, pudo compartir Constancia. Acaso ni Franco, con su calculada crueldad, ni la estupidez de un chófer que no revisó los frenos le impidieron del todo volver a su tierra. Son muchas las formas de aproximarse y de amar algo; muchos los

modos de perdurar. En el 2004, el Museo de Atlanta adquirió el busto de Constancia de la Mora que realizó Jo Davidson durante la guerra civil. Además de sentir su alma y su impaciencia en *Doble esplendor*, el rostro enjuto y sobrio de Connie de la Mora puede visitarse ahora en este museo estadounidense.

Don Germán de la Mora sintió más de una vez que Constancia volvía mientras él, golpeado por su desaparición, perdía fuerzas y enfermaba. Él, que tantas cosas supo controlar en su vida, ¿cómo no previó que su hija iba a seguir hasta el final una senda parecida a la de aquella Rosa Luxemburgo políglota y valiente? ¿Por qué no pudo salvarla? Ni sus coníferas, ni sus gatos calentándole el regazo pudieron librarle a él de la melancolía final. La madre de Connie, a su estilo, no permitió tampoco que su ausencia se impusiera, y, a los pocos días de su muerte, le encargó misas y le rezaron rosarios. Lo recuerda Luisa Isabel Álvarez de Toledo, biznieta de don Antonio y nieta de Gabriel, duque de Maura. En aquel invierno de 1950, Luisa Isabel visitó a sus abuelos y en la casa se encontró también ese día a tía Constancia (Maura), madre de Connie. Los adultos recordaron a la hija y sobrina fallecida, y rezaron un responso por ella. Esos rituales duraron varios meses. De los rezos se pasó al silencio, pero no al olvido. La libertad de elegir que encarnó desde su juventud Constancia de la Mora y su descubrimiento del valor de ser autónoma, a pesar de sus errores, forman parte ya de esa oculta historia de las mujeres españolas que ahora aflora.

Epílogo

Marichu de la Mora murió el 1 de noviembre de 2001, día de Todos los Santos. Vivía prácticamente retirada en «La Mata», acompañada de un matrimonio ecuatoriano. Durante años, hasta doblar los noventa, Marichu se mantuvo joven y, en muchos aspectos, siguió siéndolo. Envejeció de golpe, al final, lista ya para morir. No hubo períodos intermedios dilatados entre la vida y la muerte. «En los últimos años, aunque tenía dolores, nadie lo supo, se lo callaba», evoca su nieta María Tellería. Por pudor, o por coquetería, vivió su deterioro con discreción. Aunque muy distinta a la de su hermana Constancia, su muerte fue igualmente breve, aunque, en este caso, anunciada. Juby Bustamante fue a verla, ya en los prolegómenos de una muerte que se adivinaba segura, y la encontró rodeada de la parafernalia médica, pero tranquila. Al preguntarle qué tal estaba, contestó con ese toque de humor que fue lo último que debió de abandonarla: «Ya ves, aquí, una pobre agonizante». Una sonrisa maliciosa debió de acompañar aquellos minutos previos al silencio.

Con la muerte de Marichu de la Mora, tras una vida que había durado el doble que la de su hermana Constancia, se cerraba un período esencial en la familia De la Mora y Maura, y también en la historia de España. A María de la Mora y Maura la acompañaron en su entierro, tal como reza la esquela en la que después del nombre figura su profesión, periodista, y que fue viuda de Tomás Chávarri, sus hijos, yernos, nietos y biznietos, sus primas y amigas Josefina Gamazo y Pilar de la Mora y un largo número de fieles acompañantes: Adela, Florencia, Nelly, Berta, Mai y Caqui… La

gran dama de la Falange y del periodismo se despedía después de haber seguido absorta ante el televisor, durante semanas, las consecuencias del atentado terrorista contra las Torres Gemelas de Nueva York. Una mujer con múltiples vínculos en el pasado y a la vez abierta a la modernidad desaparecía y, con ella, su particular concepción del mundo, incesantemente renovada. Su hermana mayor superó ese tránsito a los cuarenta y cuatro años: su aventura personal quedó entonces detenida. Una aventura todavía emocionante que ha dejado su rastro en una calle alicantina. No hubo tiempo para que hicieran las paces ni se reencontraran. Pero con los años, las dos Españas que ambas simbolizaban iniciaron su aproximación.

«Es terrible lo que hacen las guerras civiles en las familias», escribía hace meses Lourdes Caraballo Bolín, nieta mayor de Constancia y sobrina nieta de Marichu, y, a pesar de la obviedad y sencillez de la frase, no se puede eludir su lamento ni su verdad. Tanto Lourdes Caraballo, que mantiene el afecto por sus parientes españoles a pesar de la distancia, como los descendientes de Marichu, alejados, pero no del todo, de la familia de allá, han realizado tácita o explícitamente la reconciliación que no pudieron efectuar las dos hermanas. Como recordaba la escritora Mercè Rodoreda, la guerra es la máxima perturbación, y una vez que se desencadena, nada vuelve a ser igual: nadie gana, todos pierden. Constancia y Marichu lo sabían perfectamente. Cuando murieron, habían asumido de un modo u otro sus propios errores colectivos y, al morir, valoraban por encima de todo la tolerancia.

Bibliografía

Obra de Constancia de la Mora

In Place of Splendor: the autobiography of a Spanish Woman. Harcourt. Brace and Co., 1939. (Un año después se publica la primera edición europea, en Michael Joseph. Londres, 1940). Primera edición en español: *Doble esplendor. Autobiografía de una mujer española*. Atlante, México, 1944. Segunda edición en español: *Doble esplendor*. Ed. Venceremos, Cuba, 1966. Primera edición editada en España: *Doble esplendor. Autobiografía de una aristócrata española*. Crítica, 1977. Última: Gadir, 2004. Ediciones en otras lenguas: *Fiére Espagne: Souvenirs d'une républicaine*. Éditions Hiers et Aujourd'hui, Paris, 1948. *Gloriosa Spagna: autobiografia di una donne spagnoula*. Roma, Renascita, 1951; *Doppelter Glanz: Die Lebensgeschichte einer Spanischen firau*. 3.ª ed. Berlin, Dietz, 1957.

México is theirs (inédito).

Seghers, Anna, *y* Constancia de la Mora: *Tell the story ofthe Joint Antifascist Refugee Committee*. Nueva York, Alba (Archivos de la Brigada Abraham Lincoln). Hay copias en la Universidad de Barcelona (Fundació Figueres. Exili) y en universidades norteamericanas.

Artículos

Silvia y Silvio: *Notas de sociedad. Mary rosa*, La Unión Mercantil (Málaga), 7 de septiembre de 1930, pág. 12. (Véase en Manuel Altolaguirre: *El caballo griego*, págs. 383-386).

Bibliografía sobre Constancia de la Mora

Altolaguirre, Manuel: *El caballo griego* (pág. 50). Obras completas.

Arnáiz, Aurora: *Retrato hablado de Luisa Julián. Memorias de una guerra*. Compañía Literaria, 1996.

Barea, Arturo: *La forja de un rebelde*. Ediciones Montjuich, México, 1959.

Barckhausen-Canale Ch.: *Tina Mondotti*. Ed. Txalaparta, 1998.

Bravo Cela, Blanca: *«Doble esplendor» de Constancia de la Mora: La idealización de la Segunda República española*. Las literaturas del Exilio Republicano de 1939. Actas (VI-II) del II Congreso Internacional. Bellaterra, 1999, vol. 1.

Caballé, Anna: *Contando estrellas* (vol. III de *La vida escrita por las mujeres* [autoras de literatura hispánica e hispanoamericana]). Círculo de Lectores, 2003, págs. 333-342.

—*Breve historia feminista de la literatura española* (en lengua castellana), vol. V. Anthropos (Cultura y Diferencia. Pensamiento Crítico/Pensamiento Utópico, 101), Barcelona, 1998.

Cacucci, Pino: *Tina Modotti*. Circe, 1992.

Camprubí, Zenobia: *Diario 1. Cuba (1937-1939).* Alianza

Tres-Edupr, 1991.

—*Diario 2. Estados Unidos (1939-1950).* Alianza Tres-Edupr, 1995.

Estévez, Leonor: *La vida es lucha*. A-Z Ediciones, 1993.

Feld, Rose: *A patrician in Republican Spain: Constancia de la Mora's Moving Autobiography Bridges Contrasting Worlds of Aristocracy and Democracy*. Rev. of *In place of Splendor: autobiography of a Spanish Woman* by Constancia de la Mora. Times Book Review, Nueva York, 19 de noviembre de 1939: 6.

Greene, Patricia V.: *Constancia de la Mora's In Place of Splendor and the persistence of Memory*, Journal of Interdisciplinary Literary Studies 5. 1. (1993). University of Nebraska-Lincoln.

Hooks, Margaret: *Tina Modotti. Photographer and Revolutionary*. Londres, Harper Collins-Pandora, 1993; Plaza y Janés, Barcelona, 1998.

Jiménez, Juan Ramón: *Un esplendor conjiiso* en *Guerra en España*, edición, introducción y notas de Ángel Crespo. Seix Barral, Barcelona, 1985, págs. 316-322.

Klezner, D.: *Constancia de la Mora* en *Women in World History*. The Gate Group (in press), Nueva York.

Mangini, Shirley: *Recuerdos de la resistencia. La voz de las mujeres de la Guerra civil española*. Península, Barcelona, 1997.

Martínez de Pisón, Ignacio: *Enterrar a los muertos*. Seix Barral, 2005.

Miralles, Ricardo: *Juan Negrín. La República en guerra*. Temas de Hoy, 2003.

Neruda, Pablo: *Confieso que he vivido*. Seix Barral, Barcelona,

1974, págs. 223-224.

Nash, Mary: *Rojas: mujeres en la Guerra Civil*. Taurus, Madrid, 200.

Pacheco, Bettina: *Mujer y autobiografia en la España contemporánea*. Lito Formas, San Cristóbal, 2001.

Palència, Isabel (Oyarzábal) de: *I must have liberty*. Longmans, Green and Co, Nueva York, 1940.

—*Smouldering Freedom*. The story of Republicans in Exile. Longmans, Green and Co., Nueva York, 1945, pág. 100.

Pérez, Janet: *A manera de introducción, la guerra, la literatura, la mujer y la critica*. Femeninas, núm. XII, vols. 1-2, 1986.

Pàmies, Teresa: *El doble esplendor de Constancia de la Mora*. Tiempo de Historia, núm. 25, febrero de 1979, pág. 43.

Poniatowska, Elena: *Tinísima*. Era, México, D.F., 2003 (primera ed., 1992).

Rodrigo, Antonina: *María Lejárraga, una mujer en la sombra*. Algaba, 2005.

Samblancat, Neus: *Navegando contra Leteo. La memoria transterrada: Constancia de la Moray Clara Campoamor*, en Manuel Soler (ed.), *El exilio literario español de 1939. Actas del Primer Congreso Internacional* (Bellaterra, 27 de noviembre-1 de diciembre de 1995), vol. I. Sant Cugat del Vallès, Associació d'Idees/GEXEL (Serpa Pinto, 1), 1998. También en *Lectora*, 3 (1998).

Sánchez-Moltó, Vicente: *Las mentiras de la historia…: Ninfue asesinado en Alcalá* (y III). *Diario de Alcalá*, 20 de junio de 2000.

Spender, Sthephen: *Un mundo dentro del mundo*. Munik Editores, Barcelona, 1993.

Vázquez Montalbán, Manuel: *Coplas a mi tía Daniela*. El Bardo, 1973; Laia, 1984.

Ugarte, Michael: *Women and Exile: The Civil War Autobiographies of Constancia de la Mora and Maria Teresa León*. Peninsulares, núm. 11, pág. 1 (Spring, 1998, págs. 207-222).

—*Testimonios de Exilio: «Desde el campo de concentración a América. En el exilio de las Españas de 1039 de las Américas: Adónde fue la canción?»*. Anthropos, Barcelona, 1991.

VV.AA.: *Voces y textos de la guerra civil española - I Voices and texts of the Spanish Civil War*. Letras Peninsulares, núm. 11, pág. 1, 1998.

Otras fuentes de documentación sobre Constancia de la Mora

Archivo General de la Administración del Estado. Expediente sobre *Doble esplendor*, en el que aparece profusamente subrayado en rojo un ejemplar enviado voluntariamente por el editor de la primera edición publicada en España en 1977 al departamento de censura. (3) 50.01 SIG. 21/6450.

Cartas a Pedro Salinas. Jay Allen a Salinas, con copia de carta de Constancia de la Mora a Allen. Archivo virtual de la Plata. Residencia de Estudiantes. Madrid.

Carta de Constancia de la Mora al editor del *New York Times* puntualizando la situación de los refugiados españoles en Francia. 18 de enero de 1940. Fredericka Martin Collection. Archivo de la Brigada Abraham Lincoln (ALBA). New York University.

Cablegramas entre Hidalgo de Cisneros y Constancia de la Mora en 1939. Archivo del Partido Comunista de España.

Carta sin fecha de Luli Bolín a Ignacio Hidalgo de Cisneros y López Montenegro. Archivo privado de Ignacio Hidalgo de Cisneros Alonso.

Carta de Luli Bolín a I. Hidalgo de Cisneros. Archivo del Partido Comunista de España.

Carta de Constancia de la Mora a su hija Luli. 1/5/1944. (Archivo del PCE).

Cartas de Constancia Maura y Germán de la Mora a su tío Gabriel participándole el nacimiento de Constancia de la Mora Maura. 1906. Fundación Antonio Maura.

Cartas de Constancia de la Mora a sus abuelos maternos fechadas en 1920. Fundación Antonio Maura.

Cartas de Constancia Maura Gamazo a su padre, don Antonio Maura, desde Reino Unido, comunicándole en la primera que han dejado a Constancita en el colegio de Cambridge (1921) y, en una segunda, en el verano siguiente, que Connie y ella pasan unos días en la playa de Sheringhan (1922). Fundación Antonio Maura.

Cartas de Luli Bolín de Caraballo a Gonzalo Pontón, responsable de Editorial Crítica, al editarse en España *Doble esplendor*. 1978.

Entrevista a Vittorio Vidali realizada por Concepción Ruiz-Funes para el Instituto de Antropología de México y Ministerio de Cultura de España. CIDA.

Frente Rojo, núm. 424 (4 de junio de 1938). Hemeroteca. Signat. 1621. Archivo General de la Guerra Civil Española. Salamanca.

Frente Rojo, núm. 521 (29 de septiembre de 1938). Signat. 1622. Hemeroteca Archivo General de la Guerra Civil Española. Salamanca.

Notas y postales de Constancia de la Mora a Zenobia Camprubí. Juan Ramón Jiménez. Archivo Histórico Nacional.

Cartas alusivas a C. de la Mora en la correspondencia de Zenobia a Ginesa y Guerrero. Sala Zenobia y Juan Ramón de la Universidad de Río Piedras (Puerto Rico).

Cartas de Constancia de la Mora a Zenobia. Archivo privado de

Francisco Hernández-Pinzón Jiménez.

Kurzke, Jan, y Mangan, Kate: *The Good Comrade* (memorias inéditas de su paso por Valencia durante la guerra civil. Kate Mangan trabajó con C. de la Mora en la oficina de Prensa Extranjera).

O'Brien, Mary (Walner). Manuscrito inédito en inglés que recoge el último viaje de Constancia de la Mora a Guatemala y relata el accidente que le costó la vida. Fredericka Martin Collection. ALBA (Archivos de la Brigada Abraham Lincolñ). New York University. Nueva York.

Programa de actos del XIII aniversario de la República española en el Webster Hall de Nueva York (119 East 1 lth Street). Festival conmemorativo en el que, además de actuar Carmen Amaya y su conjunto (de gira en esos años por América), se anuncia la intervención de Constancia de la Mora, «distinguida autora de *In Place of Splendor* y ex secretaria del Ministerio de Propaganda de la República española». ALBA.

Carta de Herbert R. Southworth a Mary O'Brien sobre C. de la Mora. 28 de octubre de 1980. ALBA.

Diversas cartas de M. O'Brien recabando datos de Constancia de la Mora para completar el relato de sus días finales. ALBA.

Carta de M. O'Brien a Victor Berch ofreciéndole el manuscrito para su posible publicación, con la opción de que si no le interesa le envíe copia al guionista Alvah Bessie. Agosto de 1976.

Carta de Fredericka Martin (enfermera voluntaria en la guerra civil española y depositarla del manuscrito de Mary O'Brien) a Alvah Bessie sobre la posibilidad de narrar los últimos días de C. de la Mora a través del testimonio de O'Brien. ALBA.

Crítica de *In Place of Splendor* en *The Nation*, en diciembre de 1939, con el título «Testamento español». La crítica, firmada por Leigh White, recorre la biografía de Constancia de la Mora y señala determinadas lagunas y omisiones en el libro. Entre ellas, la ausencia de Aurora Riaño y José María Quiroga Pía, colaboradores de De la Mora en la oficina de Prensa Extranjera. ALBA.

Mensajes en la red de la agrupación Trabajo, Ecología y

Naturaleza, de Colima (México), reclamando la vuelta con vida de Constancia Caraballo

Bolín (conocida como *Marina* o *La Tony*), nieta de Constancia de la Mora y desaparecida política.

«Operación Nikolai». Documental de TV-3 con guión de Dolors Genovés y Llibert Ferri. (Véase www.fundanin.org).

Documentos y testimonios sobre la muerte de Constancia de la Mora

Elegía en prosa de Pablo Neruda durante el sepelio de Constancia de la Mora. Copia en el Archivo del PCE.

Palabras de Wenceslao Roces durante el entierro de Constancia de la Mora. Archivo del PCE.

Telegrama de Luli Bolín de la Mora a Ignacio Hidalgo de Cisneros. 31/1/1950 (Archivo del PCE).

Carta de Luli Bolín de Caraballo al general Hidalgo de Cisneros con fecha de 3 de marzo de 1950 en la que le narra la muerte y el sepelio de su madre. Archivo del PCE.

Cartas de diversos amigos de Constancia de la Mora (P. Neruda y Hormiga, Concha Mantecón, Clarita Porset y Lya y Luis Cardoza Aragón) a Hidalgo de Cisneros transmitiéndole su dolor por la muerte de su ex esposa (1 y 2/2/1950). Archivo del PCE.

Cartas de P. Neruda (1/2/1950), Clarita Porset, Carmen y Wenceslao Roces y Concha Mantecón a Ignacio Hidalgo de Cisneros (2/2/1950). (Archivo del PCE).

Correspondencia entre Ignacio Hidalgo de Cisneros Alonso y Luli Bolín de la Mora relativa a las cartas de Constancia y de ella misma que el primero le envió al morir su tío. 1966. Archivo privado de Ignacio Hidalgo de Cisneros Alonso.

Extracto de la carta de Ignacio Hidalgo de Cisneros a su hermano Paco, agradeciéndole el pésame por Constancia de la

Mora. 22/5/50. Archivo privado de Ignacio Hidalgo de Cisneros Alonso.

Artículo sobre su muerte publicado en *España popular*. 3 de febrero de 1950. XL, núm. 488, pág. 2. Hemeroteca Nacional de México.

Entrevista con Constancia de la Mora e Ignacio Hidalgo de Cisneros. Papeles de Burnett Bolloten. Hooner Institution (Estados Unidos).

Obras de Ignacio Hidalgo de Cisneros y López de Montenegro

Autobiografía de Ignacio Hidalgo de Cisneros López de Montenegro (Archivos Soviéticos).

Cambio de rumbo. Ignacio Hidalgo de Cisneros. Ikusager Ediciones. Vitoria, 2001. (Anterior edición en español: Laia, 1977). Éditions de la Librairie du Globe, 1964.

Entrevistas y conversaciones en torno a Constancia de la Mora y su entorno

Regina de la Mora Maura, Lourdes Caraballo Bolín (a través de diversos correos electrónicos entre 2004 y 2005), Germán Escrivá de Romaní de la Mora, Ignacio Hidalgo de Cisneros Alonso, Luisa Isabel Álvarez de Toledo, Eladia Lozano de los Ríos, Conchita Mantecón, Marco Aurelio Torres H. Mantecón, Robert Ellis, Paloma Altolaguirre, James Valender, Mary Carmen Mora, Carmen Romero de Roces, Alicia Herráiz, Leonor Estévez, Teresa Pàmies, Teresa Azcárate, Luis Azcárate, Adolfo Sánchez Vázquez, María Luz Nogués, Miggie Rdbles, Teresa Cordón, Mercedes Sánchez-

Arcas, Blanca Bravo Cela, Palmira Arnáiz, familiares de Alfredo Bauer, Gonzalo Pontón, Vicente Sánchez Moltó, Wilebaldo Solano.

Obra de Marichu de la Mora

La condesa de Bureta. (Biografía). Editora Nacional, 1945.

Pájaro de las Nieves y otros cuentos. (Original enviado a censura. SIG. AGA 21/6589. Archivo General de la Administración del Estado).

El pájaro de las siete cabezas y otros cuentos. Revista de Occidente (adaptación).

La venganza del Mar. (Original enviado a censura. SIG. AGA 216450. Archivo General de la Administración del Estado).

La vuelta al mundo de Carmelito y Verdeóla. Relatos publicados en la revista *Y*.

Historia de Julián y su amigo. Boris Bureba Editor, 1949

Artículos

«Mi abuelo don Antonio». *Diario Madrid*, 8-X-1964.

«Así recuerda» (sobre don Antonio Maura), inédito. Fundación Antonio Maura.

Bibliografía sobre Marichu de la Mora

Campo Alange, María: *La mujer en España. Cien años de su historia*. Aguilar, Madrid, 1964.

—*Mi atardecer entre dos mundos. Recuerdos y cavilaciones*. Planeta, Madrid, 1983.

Falcón, Lidia: *La vida arrebatada*. Anagrama, 2004.

Formica, Mercedes: *Visto y vivido. 1931-1937*. Pequeña historia de ayer. Planeta, 1982.

—*Escucho el silencio*. Planeta, 1983.

Foxá, Agustín de: *Madrid de Corte a checa*. Planeta, Barcelona, 1993.

Gallego Méndez, M.ª Teresa: *Mujer, Falange y franquismo*. Taurus, 1983.

García Venero, Maximiniano: *Falange en la guerra de España: la Unificación y Hedilla*. Ruedo Ibérico, 1967, pág. 200.

González del Valle Herrero, M.: *Vivencias y semblanzas*, 2004. Edición no venal. (Alusiones a Marichu y a su amistad con Serrano Suñer y Pedro Gamero del Castillo).

Jiménez Losantos, F.: *Ideología feminizadora en el franquismo, orígenes y evolución*. Estudis d'Història Contemporània del País Valencià, núm. 9.

Payne, Stanley G.: *Falange, Historia del fascismo español*. Sarpe, Madrid, 1971.

Penella, Manuel: *Dionisio Ridruejo, poeta y político. Retrato de una existencia auténtica*. Caja Duero, 1999.

Preston, Paul: *Las tres Españas del 36*. Plaza & Janés, 1998.

Primo de Rivera, José Antonio: *Obras completas*. Delegación Nacional de la Sección Femenina de la FET y de las JONS, Madrid, 1959.

Primo de Rivera, Pilar: *Recuerdos de una vida*. Madrid, Dyrsa, 1983.

Primo de Rivera, Rocío: *Los Primo de Rivera. Historia de una familia*. La Esfera de los Libros, 2003.

Ridruejo, Dionisio: *Primer libro de amor*. Ed. Yunque, Barcelona, 1939.

—*Primer libro de amor. Poesía en armas. Sonetos*, edición y notas del autor. Castalia, 1976.

—*Casi unas memorias*, prólogo de Salvador de Madariaga, edición de César Armando Gómez. Planeta, Barcelona, 1976.

—*Escrito en España*. Losada, Buenos Aires, 1962. Segunda ed. corregida, 1964.

—*Los cuadernos de Rusia*, ed. de Gloria de Ros y de César Armando Gómez. Planeta, Barcelona, 1978.

—*Cuadernos de Rusia. En la soledad del tiempo, Cancionero de Ronda, Elegías* (ed. de Manuel Penella). Castalia, 1981.

Rubio, M., y F. Solana: *D.R. de la Falange a la oposición*. Taurus, Madrid, 1976.

Ros, Samuel: *Dolor y memoria de España en el segundo aniversario de la muerte de José Antonio*. Jerarquía, Barcelona, 1939.

Sánchez, R.: *Mujer española, una sombra de destino en lo universal. Trayectoria histórica de la Sección Femenina de Falange (1934-1977).* Universidad de Murcia.

Southworth, Herbert Rudedge: *Antifalange: Estudio critico de Falange en la Guerra de España: la Unificación y Hedilla de*

García Venero. Ruedo Ibérico, París, 1967.

Ximénez de Sandoval, Felipe: *José Antonio (Biografía apasionada),* prólogo de Ramón Serrano Suñer. Editorial Juventud, 1941.

Otras fuentes de documentación sobre Marichu de la Mora

Archivos de Nueva Andadura, Sección Femenina. (Contiene parte del legado político de Pilar Primo de Rivera y documentación interna de la Sección Femenina). Real Academia de la Historia. Madrid. Carpetas consultadas: Serie Azul (2,2A, 6,16,17,24, 24A, 25,29,30,31,36, 56, 57, 80, 85, 103, 164 A, 164B, 169, 172) y Serie Roja (1021, 1023, 1060, 1068, 1073 y 1076).

Colección de la Revista *Y*. Real Academia de la Historia, Madrid. Nombramiento de Marichu de la Mora como directora de *Y* con fecha de 17 de abril de 1938, firmado en Burgos por el delegado nacional de Prensa y propaganda de Falange Española Tradicionalista y de las JONS. (Archivo de Dionisio Ridruejo depositado en el Archivo General de la Guerra Civil).

Cartas de Ramón Serrano Suñer a Marichu de la Mora (año 1941). Archivo General de la Guerra Civil, Salamanca. (Dentro del Archivo de Dionisio Ridruejo).

Carta de Marichu de la Mora a Dionisio Ridruejo desde la sede del Descanso del Soldado. San Sebastián, 1938. Archivo General de la Guerra Civil. (Archivo Dionisio Ridruejo).

Correspondencia inédita entre Dionisio Ridruejo y Marichu de la Mora entre 1941 y 1942. Más una carta anterior sin fecha de Dionisio Ridruejo a Marichu de la Mora en torno a 1937 comentando una crisis política interna. (Archivo privado de Dionisio Ridruejo Ros).

Carta de Marichu de la Mora a su tío Gabriel, duque de Maura. 9/2/1955. Fundación Antonio Maura.

Carta de María de Maeztu de 30 de enero de 1947 a Marichu de la Mora. Documentación personal de Regina Chapaprieta Chávarri.

Noticia de sociedad sobre el enlace entre Marichu de la Mora Maura y Tomás Chávarri. *Abe*. Semana del 4 al 10 de marzo de 1929. Reproducido en marzo de 1979 en la sección «Hace medio siglo *Abe* decía». Semana del 4 al 10 de marzo de 1929.

Artículo de Pilar de Abia en *La moda de España* sobre Marichu de la Mora a las pocas semanas de su muerte. Núm. 583. Invierno 2002-2003.

Correspondencia entre Marichu de la Mora y Lidia Falcón entre 1965 y 1966 relativa a la colaboración que la periodista solicitó a la abogada para el diario *Madrid*. (Archivo de Lidia Falcón). Algunos de los artículos, publicados en 1966, analizan la situación económica de la mujer casada y separada y llevan por título: *Ni casada, ni viuda ni soltera* y *Mujer, adjetivo calificativo*; otros se refieren a la discriminación de los hijos nacidos fuera del matrimonio: *Hijo de padre desconocido*.

Entrevistas y conversaciones sobre Marichu de la Mora y su entorno

Jaime Chávarri de la Mora, María Tellería Chávarri, Regina Chapaprieta Chávarri, Regina de la Mora Maura, Luisa Isabel Álvarez de Toledo, Vicky Eiroa, Pilar de Abia, Juby Bustamante, Pura Ramos, Mercedes Sanz Bachiller, Ángeles Villarta, Alfonso Berenguer Pérez Maura, Manuel Penella, Dionisio Ridruejo Ros, Jorge Semprún, Rosario Ruiz Franco, Dolores Pérez-Camarero, empleados del hotel Velázquez.

Bibliografía general

Abellán, J. L. (ed.): *El exilio español 1939* (6 vols.). Taurus, 1976.

Abramson, Paulina y Adelina: *Mosaico roto*. Compañía Literaria, Madrid, 1994.[1]

Alted Vigil, Alicia: *El exilio republicano español de 1939 desde la perspectiva de las mujeres*, en *Arenal (Revista de historia de las mujeres).* Granada, vol. 4, núm. 2, julio-diciembre de 1997, págs. 223-238.

Alted, A., E. Nicolás y R. González: *Los niños de la guerra de España en la Unión Soviética (1937-1999).* Fundación Largo Caballero, Madrid, 1999.

Álvarez del Vayo, Julio: *La guerra empezó en España*. Ed. Séneca, México, 1940.

Alvira, Montserrat (coordinadora): *El exilio español en México 1939-1982*. FCE, México D.F., 1982.

Angosto, Pedro Luis: *Sueño y pesadilla del republicanismo español. Carlos Espió: una biografía política*. Biblioteca Nueva, Universidad de Alicante y Asociación Manuel Azaña, Madrid, 2001.

Ayala, Francisco: *Recuerdos y olvidos*. Alianza, Madrid, 1982.

Azcárate, Manuel: *Derrotas y esperanzas. La República, la*

Guerra Civil y la resistencia. Tusquets, Barcelona, 1994.

Aznar Soler, Manuel, y L. Mario Shneider (eds.): *II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (1937).* Generalitat Valenciana, 1987.

Baroja y Nessi, Carmen: *Recuerdos de una mujer de la generación del 98*. Tusquets, 1998.

Beevor, Anthony: *La guerra civil española*. Crítica. Traducción de Gonzalo Pontón, Barcelona, 2005.

Bizcarrondo, Marta, y Antonio Elorza: *Queridos camaradas- La Intenacional comunista en España. 1919-1939*. Planeta, Barcelona, 1999.

Bolloten, Burnett: *La Guerra civil española: Revolución y contrarrevolución*. Alianza Editorial, 1989 (traducción de Belén Urrutia). *[The Spanish Civil toar* (la primera versión y edición apareció con el título de *The grand camouflage. The Communist Party in the Spanish Civil War*. Hollis and Carter, Londres, 1961. Publicada en España por Caralt en 1967 con prólogo de Manuel Fraga y sin autorización de Bolloten)].

Campo Alange, María: *La secreta guerra de los sexos*. Revista de Occidente, 1948.

Díaz-Plaja, Fernando: *La saga de los Maura*. Nihil Obstat Ediciones, Barcelona, 2000.

Domínguez Prats, Pilar: *Voces del exilio. Mujeres españolas en México* (1939-1950). Comunidad de Madrid, 1994.

Falcón, Lidia: *Los derechos civiles de la mujer*. Nereo, Barcelona, 1963.

Ferrer Rodríguez, Eulalio: «El exilio español en México». *El País*, 1 de septiembre de 1999, pág 10.

Fusi Aizpurúa, J. P. (coord.): *La época de Franco*

(1939-1975). Sociedad, vida y cultura, tomo XLI, vol. II. Historia de España, Menéndez Pidal, dirigida por J. M. Jover Zamora. Espasa Calpe, 2001.

Gracia, Jordi: *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*. Anagrama, 2004.

Hemingway, Ernest: *Por quién doblan las campanas*. Planeta, Barcelona, 2002.

Herbst, Josephine: *The Starched Blue Skay of Spain and Others Memoirs*. Harper Collins, Nueva York, 1991.

Illie, Paul: *Literatura y exilio interior. Escritores y soc. en la España Franquista*. Fundamentos, 1981.

Jover, J. M., G. Gómez Ferrer y J. P. Fusi: *España: Sociedad, política y civilización (siglos XIX-XX).* Debate, 2001.

Julià, Santos: *Historias de las dos Españas*. Taururs, 2004.

Koetsler, Arthur: *Autobiografía*. Debate, 2000.

—*Diálogo con la muerte: Un testamento español* (relato de su detención en Málaga en 1937 por las fuerzas franquistas). Amaranto, 2004.

Krauze, Enrique: *General misionero: Lázaro Cárdenas*. FCE, México, 1987.

Lejeune, Philippe: *Le pacte autobiographique*. Seuil, París, 1975.

León, María Teresa: *Memoria de la melancolía*. Castalia, Madrid, 1999.

London, Arthur: *La confesión en los engranajes del proceso de Praga*. Ikusager, 2000.

London, Lise: *La madeja del tiempo: Roja primavera*. Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 1996.

—*La madeja del tiempo: Memorias de la Resistencia*. Ediciones

del Oriente y del Mediterráneo, 1997.

Malraux, André: *La esperanza (Lespoir,* 1937). Cátedra, 1995.

Martín Gaite, Carmen: *Usos amorosos de la postguerra española*. Anagrama, 1988.

Martín Casas, J., y Pedro Carvajal Urquijo: *El exilio español* (1936-1978). Planeta, 2002.

Mateos, Abdón: *De la guerra civil al exilio. Los republicanos españoles y México*. Biblioteca Nueva/Fundación Indalecio Prieto, 2005.

Mistral, Silvia: *Éxodo, Diario de una refugiada española*. Ed. Minerva. Prólogo de León Felipe, México, 1940.

Morán, Gregorio: *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España (1939-1985).* Planeta, Barcelona, 1986.

Moreno Juliá, Xavier: *La División Azul. Sangre española en Rusia, 1941-1946*. Crítica, Barcelona, 2004.

Nin, Andreu: *Los problemas de la revolución española*. Ruedo Ibérico, París, 1971.

O'Neill, Carlota: *Una mujer en la guerra de España*. Turner, 1979.

Ortuño, Manuel: *Cárdenas, México y España*. Leviatán, 61, 1995.

Orwell, George: *Orwell en España, Homenaje a Cataluña y otros escritos sobre la Guerra Civil española*, ed. de Peter Davison. Tusquets, Barcelona, 2003.

Pamies, T. y T: *Testamento en Praga*. Destino, Barcelona, 1971.

Preston, E: *Palomas de guerra*. Plaza & Janés, 2001.

Primo de Rivera y Urquijo, Miguel: *Papeles póstumos de fosé*

Antonio. Plaza & Janés, 1977.

—*No alas dos Españas: memorias políticas*. Plaza & Janés, 2002.

Rodrigo, Antonina: *Mujeres para la historia. La España silenciada del siglo XX*. Edie. Carena, 2002.

—*Mujer y exilio*. Compañía Literaria, 1999.

Rojo, G., y J. Valender: *Las Españas, de cara a España. 1946-1963*. Boletín de la ILE, 27, 1997.

Semprún, Jorge: *Federico Sánchez se despide de ustedes*. Tusquets, 1993.

Solano, Wilebaldo: *Vida, obra y muerte de Andreu Nin*. Vicente Álvarez Editor, Barcelona, 1977.

—*El POUM en la Historia. Andreu Nin y la Revolución Española*. La Catarata, Madrid, 1999.

Southworth, Herbert R.: *El gran camuflaje: Julian Gorkin, Burnett Bolloten y la guerra civil española*, en Paul Preston: *La República asediada*. Península, 2000.

Tussell, J., y G. Queipo de Llano: *Alfonso Xlll*. Madrid, Taurus.

Ulacia Altolaguirre, Paloma, y Concha Méndez: *Memorias habladas, memorias armadas*. Mondadori, 1990.

Usandizaga, Aránzazu: *Ven y cuenta lo que pasó en España. Mujeres extranjeras en la guerra civil: una antología*. Planeta, 2000.

Valdeón, Julio: *La represión en la zona nacional*, en *La memoria de los olvidados. Un debate sobre el silencio de la represión jranquista*. Ámbito, 2004.

Zambrano, María: *Delirio y destino. Los veinte años de una española*. Mondadori, Madrid, 1989.

—*Horizonte del liberalismo*. Ediciones Morata, 1996.

—«Un testimonio para "Esprit"» en *Senderos*. Anthropos, 1986, págs. 52-59.

Zuzagoitia Julián: *Guerra y vicisitudes de los españoles*. Tusquets, Barcelona, 2001.

Agradecimientos

A comienzos de 2001, mientras conversaba con Emilio Sanz de Soto, amigo de la autora de *Nada*, sobre Carmen Laforet y su mirada sobre los estragos morales y materiales que dejó la guerra civil, salió a relucir la historia de las hermanas De la Mora. Emilio Sanz de Soto confesó que si tuviera que escribir alguna vida de mujer de este período se fijaría en la de Constancia de la Mora y la compararía con la de su hermana Marichu. Desde ese día, la historia de estas dos hermanas quedó prendida en mi memoria. Poco después pregunté a Emilio Sanz de Soto si tenía intención de escribir esta historia y me confirmó que no, al tiempo que me incitaba a que me aproximara a las vidas paralelas de ambas hermanas. Quiero pensar que, de algún modo, fue Carmen Laforet quien puso en mi camino esta historia que aún sigue conmoviéndome.

Conocer a Regina de la Mora Maura, la hermana nonagenaria de Constancia y de Marichu, constituyó para mí un encuentro de gran valor, consciente de que tenía delante un testigo excepcional de la infancia y del tiempo histórico familiar de ambas hermanas. Igualmente esencial fue establecer contacto con Lourdes Caraballo Bolín, la mayor de los nietos de Constancia de la Mora. Eladia Lozano de los Ríos, a quien tuve la fortuna de conocer en un viaje que efectuó a España en el verano de 2004, me proporcionó una visión insustituible de Connie en el exilio. El contacto con Conchita Mantecón, en cuya casa paterna vivió Connie meses antes de morir, y la paciencia con la que su hijo, Marco Aurelio Torres H.

Mantecón, contrastó algunas de mis dudas han sido muy útiles. La conversación y posteriores contactos con Ignacio Hidalgo de Cisneros Alonso, sobrino del general Hidalgo de Cisneros, fue doblemente enriquecedora por sus propias aportaciones y por las fuentes sobre Connie que me facilitó. El hispanista Robert Ellis, buen conocedor de la obra de Constancia de la Mora, ha sido un buen cómplice en el tiempo en que ha durado la investigación del libro.

Aunque el recuerdo de Marichu de la Mora estaba más próximo en el tiempo, conocer su figura sin clichés o maniqueísmos fue un reto interesante y en ocasiones arduo. Agradezco la confianza de Dionisio Ridruejo Ros, hijo del político falangista, a quien me dirigí después de leer *Casi unas memorias*, libro en el que su padre deja testimonio sobre su amistad y cariño hacia De la Mora. El hijo de Ridruejo me ofreció la posibilidad de consultar parte de la correspondencia entre su padre y Marichu de la Mora. En la carpeta que guardaba estas cartas se encontraba también un cuaderno corriente con tapas de color verde agua que incluye varias cartas dirigidas supuestamente a Marichu de la Mora atribuidas a José Antonio Primo de Rivera. Manuel Penella, secretario durante años de Dionisio Ridruejo, constituyó un amable interlocutor. Pilar de Abia me aportó datos de Marichu que sólo alguien que había mantenido una estrecha relación personal y profesional con ella podría haberme proporcionado. La veterana periodista Angeles Villarta y la falangista Vicky Eiroa me ofrecieron una imagen de Marichu viva y cercana. Gracias a ellas y a la naturalidad con la que me hablaron de su abuela María Tellería Chávarri y Regina Chapaprieta Chávarri pude atisbar su interesante y en ocasiones fascinante personalidad. Antes de hablar con ellas, Loli Viudes, hermana del dibujante de tantas portadas de *Y*, Vicente Viudes, y Elena Catena me sugirieron nombres y me dieron las primeras orientaciones; Pura Ramos, una pionera del periodismo todavía en activo, me ayudó a comprender la figura y trayectoria de Marichu, y Mercedes Sanz Bachiller, una de las mujeres más relevantes del primer falangismo, me ofreció su perspectiva histórica. Más tarde,

Juby Bustamante me sorprendió con una visión inteligente y alejada de estereotipos de la nieta falangista de Antonio Maura.

Además de estos testimonios fundamentales, otros más variados me permitieron construir la evolución de las dos hermanas. Una de las primeras personas a las que hablé de este proyecto fue Jaime Chávarri, el hijo cineasta de Marichu de la Mora. En esta primera aproximación a Jaime Chávarri y a otros descendientes de Marichu de la Mora descubrí que mencionar a Constancia no era tabú y que los lazos con sus primos mexicanos no se habían roto: el afecto se mantenía, si bien la relación era lejana. Jaime me reveló que su prima Luli Bolín de la Mora, la única hija de Constancia, a quien su madre quería mucho, había fallecido, por lo que encontrar testimonios directos de Connie en México se complicaba. Leonor Sarmiento, del Ateneo de México, y Dolores Pía me ayudaron a rastrear en los círculos de exiliados el paradero de los nietos de Constancia, afincados en Colima. Pero ni siquiera Mary Carmen de la Mora, prima lejana de Connie y residente en México DF, conocía la dirección actual de sus parientes. Finalmente fue Enrique Bolín, alcalde de Benalmádena (España), quien me proporcionó la clave para localizar a Lourdes Caraballo Bolín. En aquella etapa de la investigación había conocido también a Alfonso Berenguer Pérez-Maura, eficaz director de la Fundación Antonio Maura, a quien agradezco su cordialidad. Agradezco la complicidad del hispanista Robert Ellis, al igual que la de otros de mis comunicantes en diferentes momentos del proyecto, como James Valender, Gonzalo Pontón, Poppy Grijalbo y Pedro L. Angosto. Con Adolfo Sánchez Vázquez, Teresa Cordón, Mercedes Sánchez Arcas, Palmira Arnáiz y Paloma Altolaguirre he mantenido algunas conversaciones sobre Connie y su entorno, al igual que con Teresa Pàmies, Alicia Herráiz y Leonor Estévez. Ha sido un placer hablar asimismo con Jorge Semprún y Luisa Isabel Álvarez de Toledo, familiares de ambas hermanas de reconocida trayectoria y criterio propio. En el último recodo del libro encontré en Ignacio Martínez de Pisón un buen aliado, y gracias a él hablé con Luis Azcárate (que a la vez me habló de María Luz Nogués), con su hermana Teresa Azcárate, con

Miggie Robles, Wilebaldo Solano y Charlotte Kurzke, hija de Kate Mangan. A todos ellos les agradezco sus opiniones y comentarios sobre Constancia de la Mora y su papel en la Oficina de Prensa Extranjera.

La sobrina de Juan Ramón, Carmen Hernández-Pinzón Moreno, me ha facilitado en todo momento una información ágil. Le agradezco que me haya permitido acceder a las cartas de Constancia a Zenobia, y de ésta a Guerrero, dentro de la numerosa correspondencia de Zenobia que la profesora Emilia Cortés está recopilando. Gracias también al interés de Alfonso Alegre, embarcado en recoger el epistolario completo de Juan Ramón, y a la amabilidad de Antonio Campoamor, biógrafo del poeta. Bertrán Gambier me orientó en momentos clave de la redacción del libro. También le agradezco a Poppy Grijalbo su colaboración.

Antonina Rodrigo conoció el proyecto desde los primeros tiempos y su amistad me ha acompañado en diferentes ocasiones. Agradezco también la ayuda de personas que me ofrecieron contactos interesantes aunque finalmente no dieran el fruto deseado. Arturo Ramoneda y Abdón Mateos me facilitaron referencias bibliográficas. Ernesto Santolalla, editor de Ikusager, me envió una copia de *Doble esplendor* de la edición mexicana de Atlante, en un momento en que la edición española de 1977 estaba agotada. Elvira Siurana, colaboradora de Lidia Falcón, me hizo llegar una copia de las cartas entre Marichu de la Mora y la abogada. Mario Mengs me habló de su proyecto biográfico sobre el general Ignacio Hidalgo de Cisneros. Elena Poniatowska atendió mis preguntas y tuvo la deferencia de mandarme desde México su *Tinísima*, con múltiples referencias a Connie. Marta Bizcarrondo y Antonio Elorza me orientaron sobre los archivos soviéticos y me informaron sobre la existencia en la URSS de una autobiografía de Hidalgo de Cisneros. Llibert Ferri y Vicente Sánchez Moltó me dieron su versión sobre el lugar de tortura de Andreu Nin en Alcalá de Henares.

El tiempo transcurrido en los dos largos años dedicados al libro ha sido tan dilatado que tal vez olvide, involuntariamente, a alguien que en alguna etapa me ayudó de una manera crucial. Gracias a

todos. Agradezco, asimismo, la información que me han facilitado diversas instituciones: Real Academia de la Historia (Archivo Nueva Andadura), Archivo de la Guerra Civil, Archivo de la Administración General del Estado, Archivo Histórico, Fundación Antonio Maura, Archivo del Partido Comunista de España, etcétera. Con un reconocimiento muy especial a Gay Malgreen, de los Archivos Abraham Lincoln, y al personal de CIDA. No olvido tampoco por diferentes motivos a mis compañeros Carlos Montejo y Mike Elkin.



INMACULADA DE LA FUENTE, periodista y licenciada en Historia Moderna y Contemporánea, ejerce el periodismo desde 1977, primero en El País Semanal y después en El País, donde trabaja en la actualidad.

En 1985 obtuvo el Premio Nacional de Periodismo en la modalidad de Reportajes y Artículos Literarios. Es autora del ensayo *Mujeres de la posguerra*, publicado por Editorial Planeta. En el campo de la ficción ha escrito una novela, *Años en fuga*. Ha colaborado asimismo en varias publicaciones, como Revista de Occidente, Bitzoc, Claves de la Razón Práctica, Barcarola y Tiempo de Paz, con relatos, perfiles literarios y ensayos sociológicos o de divulgación histórica sobre la mujer, la educación sentimental y las relaciones entre lo público y lo privado.

Notas

[1] Este dato contradice las versiones más extendidas de que sólo falleció Constancia. <<

[2] Esta carta, como las que hacen referencia a la muerte de Constancia de la Mora, se encuentra en el Archivo Histórico del PCE, en Madrid. <<

[3] Texto facilitado por Marco Aurelio Torres, nieto de José Ignacio Mantecón. Una de las copias se encuentra también en el Archivo del PCE. <<

[4] Véase *Tina Modotti. Photographer and Revolutionary*, de Margaret Hooks, Londres, 1993. <<

[5] «Notas de sociedad. Mar y rosa», *La Unión Mercantil* (Málaga), 7 de septiembre de 1930, pág. 12. Manuel Altolaguirre recoge una de las crónicas firmadas por Silvia y Silvio en *El caballo griego* (págs. 383-386). <<

[6] Ob. cit., págs. 383-386. <<

[7] Archivo ruso estatal de los documentos de la actualidad/España (anterior archivo del Partido Comunista Soviético). <<

[8] Archivo familiar de Carmen Hernández-Pinzón. <<

[9] Archivo familiar de Carmen Hernández-Pinzón. <<

[10] Cito por Ignacio Martínez de Pisón. *Enterrar a los muertos*, Seix Barral, 2004. <<

[11] Véase *Juan Negrín*, de R. Miralles, Temas de Hoy, 2003, pág. 288. <<

[12] Además de Germán de la Mora, de este primer matrimonio nacieron Paulino y César. <<

[13] María Gamazo Abarca se casó con Juan Pimentel Velarde, conde de la Nava. Juan Antonio se casó con Marta Arnús Gayón, hija de uno de los propietarios de la Banca Arnús, socios del marqués de Comillas. Julia murió joven y soltera. <<

[14] No todos los Maura ni Gamazo optaron por la endogamia. Gabriel Maura, hijo de don Antonio, se casó con Julia Herrera, condesa de la Mortera, una rica y bella cubana. Su hermano Honorio se casó con una argentina, al igual que Antonio. Éste decidió marcharse a América después de que, por razones inexplicadas, sus padres le impidieran contraer matrimonio con Leticia Bosch, hija de industriales catalanes. Más tarde Leticia Bosch se casaría con un Borbón, el duque de Dúrcal. <<

[15] En esta finca, llamada «El Pendolero», Jaime Chávarri, hijo de Marichu, ambientó la película *Ana y los lobos*, de Carlos Saura. Marichu contribuyó al rodaje con un juego de té de plata y otras pertenencias. A cambio de su colaboración, la productora la obsequió con un chaquetón de pelo de camello. <<

[16] Constancia escribe en *Doble esplendor* que pasó seis años con las Esclavas, mientras que Marichu contabilizaba cerca de nueve. Es probable que utilizaran distintos métodos de contar, por años o por cursos, pero también es posible que las niñas iniciaran sus estudios juntas, y que la delicada salud de Constancia le evitara una permanencia continuada. Cuando Constancia marchó a Cambridge, además, Marichu permaneció al menos un año más en las Esclavas.
<<

[17] La evocación de la infancia y la juventud de ambas hermanas procede de conversaciones con diversos familiares y amigos de la familia, y de cartas no transcritas de contenido familiar (en general felicitaciones de las nietas a los abuelos en fechas señaladas, comunicación de noticias en épocas de vacaciones o durante los viajes de sus padres) depositadas en los archivos de la Fundación Antonio Maura. <<

[18] Quiere decir Germán de la Mora. <<

[19] A Ridruejo se le atribuye la redacción final de «Volverán banderas victoriosas / al paso alegre de la paz». <<

[20] Las cartas originales de José Antonio fueron destruidas en un incendio. Más tarde la destinataria reconstruyó ampliamente su contenido a mano, pero de un modo incompleto. Una de las cartas recuperadas coincide con el mismo texto que aparece en el original quemado y parcialmente conservado, atribuido al líder falangista. Las nuevas canas fueron escritas en un cuaderno de tapas color verde agua. Dionisio Ridruejo conservaba el cuaderno en la misma carpeta en la que su secretario personal, Manuel Penella, encontró parte de su correspondencia con Áurea, nombre poético que el falangista atribuía a su camarada y amiga Marichu. Los extractos que se citan son los referidos a la situación política y carcelaria de José Antonio y su estado anímico. <<

[21] Véase pág. 187, en P. Preston: *Las tres Españas del 36*. Debolsillo, 2003. (En esta página, Preston escribe: «Constancia de la Mora […] explicó amargamente a Herbert Southworth, que estaba convencida de que su hermana Marichu mantenía una relación lésbica con Pilar». El historiador acompaña al texto una nota en la que añade: «El doctor Southworth me comunicó en privado la acusación». Blanca Bravo Cela recoge la misma cita en *Doble esplendor*, de Constancia de la Mora: «La idealización de la II República»). <<

[22] Los italianos abundaban en la zona nacional. Mussolini envió entre 75.000 y 85.000 hombres. <<

[23] Los extractos de estas cartas pertenecen a la correspondencia de Zenobia a Guerrero y se encuentran depositadas en la «Sala Zenobia y Juan Ramón» de la Universidad de Ríos Piedras (Puerto Rico). La profesora Emilia Cortés está estudiando y recopilando la caudalosa correspondencia de Zenobia. <<

[24] La entrevista forma parte de una serie de ellas realizadas a exiliados españoles por encargo del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México en colaboración con el Ministerio de Cultura de España. CIDA (Centro de Información Documental de Archivos). <<

[25] Pág. 119. <<

[26] En la misma sede se encuentra hoy el Instituto de la Mujer. <<

[27] Dionisio Ridruejo guardó algunas de las cartas recibidas y enviadas por su amiga junto con las copias de las propias cartas que él le escribió a ella, en diversas carpetas, bajo el epígrafe de *Áurea! Correspondencia*. El poeta acostumbraba a hacer copia de las cartas que enviaba. Los extractos entresacados de estas cartas constituyen una mínima parte de la correspondencia consultada. La correspondencia aludida, comprendida entre 1941 y 1942, se encuentra en el archivo privado de Dionisio Ridruejo Ros. <<

[28] Pág. 241 (*Dionisio Ridruejo, poeta y político*. M. Penella. Ediciones Caja Duero). <<

[29] Sería interesante que algún día pudiera publicarse esta correspondencia íntegra debido a su calidad literaria y al intercambio de puntos de vista que refleja. <<

[30] Pág. 89 de *Mujeres de la posguerra*. I. De la Fuente. Planeta, 2002. <<

[31] Véase pág. 271 de Manuel Penella, *Dionisio Ridruejo*, *poeta y político*. <<

[32] Cartas a Pedro Salinas. Archivo Virtual de la Plata. Residencia de Estudiantes, Madrid. <<

[33] R. R. Ellis, *Constancia de la Mora. Aristócrata, republicana, comunista, and feminist* (off print of Romance Notes. Volume XXXIV, Number 1), 1993. Al titular su ensayo, Ellis juega con el subtítulo de la primera edición de *Doble esplendor* impresa en España: *Autobiografia de una aristócrata española, republicana y comunista*. Ed. Crítica (Barcelona, 1977). El resto de las ediciones en castellano mantienen el primitivo: *Autobiografía de una mujer española*. <<

[34] Véase en Ricardo Miralles, *Juan Negrín*, Temas de Hoy, la cita de H. R. Southworth en *El gran camuflaje: Julián Gorkin, Burnett Bolloten y la guerra civil española*, en *La república asediada*. Península, 1999. <<

[35] Ed. Crítica. Barcelona, 1977. <<

[36] Entrevista realizada en 1979 para el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México en colaboración con el Ministerio de Cultura de España. CIDA (Centro de Información Documental de Archivos). <<

[37] Esta documentación se encuentra en el Archivo del Partido Comunista de España. <<

[38] Archivo PCE. <<

[39] La entrevista fue realizada el 29 de enero de 1994. Es de suponer que Formica se refiere al verano del 93 cuando habla de su frustrada conversación con Gullón. En Rosario Ruiz Franco, *Mercedes Formica*, pág 61. Ediciones del Orto, 1997. <<

[40] Véase *Mujeres de la posguerra*, pág. 278. Inmaculada de la Fuente. Planeta, Barcelona, 2002. <<

[41] Véase *Mujeres para la historia*, pág. 48. Antonina Rodrigo. Ediciones Carena, Barcelona, 2002. <<

[42] La condesa de Bureta, Editora Nacional, 1945. Los expedientes de censura de todos estos libros se encuentra en el Archivo General de la Administración del Estado. Alcalá de Henares, Madrid. <<

[43] *La mujer en España*. Aguilar, 1964. <<

[44] Págs. 211-212. Kathleen Richmond. *Mujeres en el fascismo español*. La Sección Femenina de la Falange. 1934-1959. Alianza, 2004. <<

[45] *La vida arrebatada*. Lidia Falcón, pág. 216. Anagrama, 2003. <<

[46] Archivo del PCE. <<

[47] Pág. 29 (*Doble esplendor*. Crítica, Barcelona, 1977). Salvo esta alusión, en el resto cito siempre por la edición de Atlante, 1944, México. <<

[48] Págs. 174-175. Jordi Solé Tura. *Una historia optimista: memorias*. Aguilar, 1999. <<

[49] M. Váquez Montalbán, *Coplas a la muerte de mi tía Daniela. Memoria y deseo*. Mondadori, Barcelona, 2000. <<

[50] En Paul Preston, *La República asediada*. Península, 2000. <<

[51] La carta de H. R. Southworth a Mary O'Brien está escrita el 28 de octubre de 1980. <<

[52] O’Brien finalizó su manuscrito en torno a 1976. Por consejo de la norteamericana Fredericka Martin, voluntaria en la guerra civil española como jefa de enfermeras, trató de publicarlo a través de Victor Berch y de Alvah Bessie. Finalmente, el manuscrito, inédito, se encuentra dentro de la Fredericka Martin Collection en ALBA (Archivos de la Brigada Abraham Lincoln). F. Martin lo donó al archivo junto con otros documentos sobre la guerra de España y su correspondencia personal a su muerte. Mary O’Brien ha fallecido igualmente. <<

[53] Pág. 256. María Zambrano, *Delirio y Destino. Los veinte años de una española*. Mondadori, 1989. <<